ANT
XIX
617

R-43563

EL ADALID

ALMOGAVAR,

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL,

SOBRE LA EXPEDICION DE LOS SOLDADOS
CATALANES Y ARAGONESES Á ORIENTE.

POR

LA INFANTERIA ESPAÑOLA,

POR

GUIDO ARTAL.

21 aus.
R-43.563
BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

EL ADALID

ALMOGAVAR,

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL;

BASADA SOBRE LA ESPEDICION DE LOS SOLDADOS CATALANES Y ARAGONESES Á ORIENTE EN 1303.

DEDICADA

Á LA INFANTERIA ESPAÑOLA,

POR

GUIDO ARTAL.

SEVILLA: 1856.
Juan Moyano, Impresor y Encuadernador,
calle de Pajaritos número 12.

Esta novela es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima, traduzca ó publique sin su consentimiento, con arreglo á las leyes y tratados sobre propiedad literaria.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados;
ni las muestras, regalos, ni ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas,
de aquellos españoles esforzados
que á la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada.

ERCILLA.—*Araucana, canto 1.°*

I.

Llegó el dia señalado
De la fiesta apregonada:
Comienzan alegres juegos
Y á salir revueltas danzas,
Los unos por una parte
Los otros por otra banda.

JUAN DE LA CUEVA, *El robo de las Sabinas.*

Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zaide rey de Belchite
Y del valenciano Tarfe.

Romance morisco.

El dia 10 de Mayo del año 1302, á la hora de tercia, las iglesias de la muy fuerte y leal ciudad de Mesina echaron al vuelo todas sus campanas, anunciando con alegre repique grande y general regocijo para el pueblo siciliano. Desde muy temprano las plazas y calles se veian llenas de gentes, que, vestidas como en dia de fiesta, circulaban alborozadamente, comunicándose de unos en otros la fausta noticia que llenaba de júbilo todos los corazones. Los pesados balcones de piedra, y las rasgadas ventanas de las casas, aparecian adornadas con ricas colgaduras, tapices, gruesos blandones y antorchas

dispuestas para la iluminacion de la prócsima noche; mostrando bajo sus arcos ojivales ó de herradura, segun el estilo de la arquitectura arábiga, ricas hembras, dueñas galanas, gentiles damiselas y apuestos caballeros, vestidos con el lujo y pompa de aquella córte que fué citada como la mas espléndida y brillante del siglo XIII.

Donde el gentío se apiñaba en mas confuso tropel, donde mas algazara, ruido y movimiento habia, donde, en fin, iban á desembocar estrellándose en murallas vivientes, con alegre vocerío, las oleadas del pueblo, era en la gran plaza de la ciudad, en la que levantaba su gigantesca mole gótico-arábiga el palacio de los reyes de Aragon. Allí mirábanse reunidos caballeros españoles, sicilianos y normandos; soldados catalanes, mesnaderos aragoneses, frailes, letrados y musulmanes; el yelmo, la capucha y el turbante con los ciudadanos de Mesina, los habitantes de Palermo, Catania, Siracusa y Trápani; los labriegos del val de Notho, de Mazzara, Término y Mone; allí finalmente, parecia se habian reunido en un mismo dia todos los habitantes de aquella heróica Sicilia, medio cristiana medio musulmana á la sazon.

Empero ¿cuál era la causa que así movia el júbilo y entusiasmo de aquel pueblo?

¿Jerusalem y el Santo Sepulcro habian caido de nuevo en mano de los soldados de la Cruz?

¿El Pontífice, habia publicado otro jubileo que como el de 1300 redimiera todos los pecados, y abriera las puertas del Paraiso á los cristianos, que fueran á Roma para visitar alguna santa capilla?

No; la Sicilia celebraba en Mesina con estraordinario regocijo las bodas del muy alto, muy noble y muy poderoso Don Fadrique de Aragon, rey de Sicilia por la voluntad de Dios y el esfuerzo de su invencible brazo, con Doña Leonor, hija del rey Cárlos II de Nápoles.

Es decir; la consagracion de las Vísperas Sicilianas; la confirmacion de su independencia, y el lauro que coronaba sus victorias sobre los franceses, cuyo tiránico y aborrecido yugo quedaba hecho definitivamente pedazos en aquel dia. Por eso los hijos de Sicilia batian las palmas y se entregaban sin temor á los trasportes de una justa y sentida alegria.

Fraccionado en grupos mas ó menos numerosos, el pueblo discurria por la plaza, escuchando aquí, las graciosas cántigas, los favorosos decires, las baladas, chazas, rondelas é complaintas de dulcísimos trobadores; ó la música de los ministriles, que subidos en los

tablados mandados construir por la Ciudad, llenaban el aire con el eco de sus marciales armonias. Allí, contemplando las grotescas pantomimas de los *yoglares* y *yoglaresas*, ó desternillándose de risa al oir las truhanescas bufonadas, los picantes diálogos de los farsantes, mimos, y remedadores. Mas allá poniendo su mano en las de alguna vieja y andrajosa hechicera que pretendia leer el porvenir de las criaturas en las líneas sinuosas de la palma; ó escuchando, con supersticioso temor los pronósticos y adivinanzas, dichas con acento cómicamente profético por un hambriento maestro de astrología judiciaria. Acullá entregando sus ducados y maravedises á los truhanes quirománticos que se decian iniciados en la ciencia del sábio Merlin, el hijo del diablo, á trueque de unos polvos que habian de hacer de una dobla dos, ó de una piedra que podia convertirse en plata, ó de tal cual pedazo de cobre que se tornaria en oro, si el comprador pronunciaba ciertas palabras cabalísticas en noche tempestuosa, entre la primera y tercera vigilia, estando la luna en cuarto creciente y dando la espalda al septentrion; y finalmente, echando sus limosnas en la escarcela de los peregrinos que se decian venidos de la Tierra Santa por Roma, de donde traian largas historias que contar, y muchas reliquias que vender.

Y entretanto crecia el bullicio y algazara por todo el ámbito de la plaza; los diálogos se cruzaban y la curiosidad é impaciencia de los concurrentes se manifestaba en contínuas preguntas y contestaciones graciosas ó brutales, segun el humor de los interlocutores.

. . . . . .

—Por mi patron *Sent Jordi!*—decia un almogavar alto, seco, color cetrino, mirada de ave de rapiña, y de movimientos sueltos y lijeros como los de un salvaje africano de las faldas del grande Atlas, inclinándose hasta casi tocar con las cerdas de su bigote el cuello blanco de una linda moza mesinense que se miraba cercada de adoradores—que de buen grado diera por vos, gentil damisela, mi alma al diablo y mi cuerpo á quien lo quisiera.....

—Paso, señor soldado, le contestó un apuesto doncel separándole con la mano izquierda, en tanto que con la derecha sacaba medio palmo de la hoja de su puñal;—reparad que con este hierro mi padre mató un francés en Palermo, al salir de vísperas, por menos de lo que vos haceis.

—Paso vos, buen cibdadano—replicó el almogavar irguiendo el cuerpo y dirijiendo una insolente mirada sobre su contrario—y cuidad que si las cotas y coseletes de los franceses pueden ser horadadas por

el puñal de un siciliano, la pellica de un almogavar resiste una ascona montera lanzada con ribadoquin.

. . . . . .

—Hola! maese Arcángelo.

—Guárdele nuestra Señora Santa Maria, maese Passino, ¿qué me quereis?

—Vos que sois paje del señor arcediano, ¿sabreis decirnos si es cierto que Monseñor el legado del Papa, viene para bendecir las bodas?

—Sí por cierto, maese.

—Pues pesiamí, que me duelo de ello.

—¡Cómo así! cuando Monseñor viene para terminar á satisfaccion de todos las dudas, que en algunos puntos, tocante á lo eclesiástico, se han originado despues de alzado el entredicho que pesaba sobre la isla!

—Porque cuido que la venida del legado, será como siempre ha sido, motivo de nuevos disturbios en Sicilia; y me lo hace sospechar así el ver el numeroso cortejo de sires, barones y caballeros franceses y napolitanos que han acompañado á la infanta Doña Leonor.

—Estad quedo, sabiendo que las paces se han hecho á satisfaccion de todos y con el beneplácito de nuestro Santo Padre; y que ahora menos que nunca se romperán, porque.... guardad el secreto.... el legado viene para predicar una cruzada.

—Contra el turco?

—No; contra el herético y cismático emperador griego de Constantinopla.

—Confúndalo Dios! amen.

. . . . . .

—Eh! señor sarjento, id mas paso, ó vive Dios!

—Bruto! parece que cierra con una compañia de provenzales!

—Descortés! no cuidais que es una dueña á quien habeis atropellado!

—Eh! galeote ahorrado, ¿venís huyendo de una galera genovesa?

—Ribaldo! ¿se quebró la soga en la horca?

Estos y otros dicterios eran dirigidos á un sarjento de armas, que con desenfado militar se abria paso á empellones y codazos entre la apiñada multitud. Seguia el militar haciéndose sordo á los ultrajes que le dirijian, cuando entre tantas, se alzó una voz gritando.

—Garfain! (1)

Al oir este denuesto, el hombre de armas se detuvo, y volviéndose con rapidez, esclamó, mirando con saña hácia el grupo de donde partiera la voz.

—Garfain, no; sino aragonés, vive Dios! y soldado leal de D. Fadrique.... Y hora rufianes y malandrines, os voy á descabezar á todos para que entendais quién es Pedro de Artasona.

Y esto diciendo requirió la espada, é iba á cerrar con el grupo, cuando un religioso de la órden de los frailes menores, que se hallaba inmediato á él, le detuvo el brazo diciéndole—Tenga, hermano; que está escrito, que el que con fierro mata con fierro morirá.

. . . . . .

—No lo creais, miser Arnau; las bodas no son la paz, sino una tregua en la guerra. Porque ni el Papa abdica los derechos que la Iglesia tiene al feudo de la isla, ni el rey de Nápoles tiene tan pocos hijos que quiera renunciar á dar la investidura della á uno dellos. Vos que sois un hombre de letras no podeis ser engañado como el vulgo.

—Digo vos, que las armas de la Iglesia no podrán probarse en mucho tiempo en Sicilia; porque carecen de la alianza de Francia, cuyo rey acaba de ser escomulgado y su reino puesto en entredicho; y de la del de Aragon, que, satisfecho con la investidura que se le ha dado por concesion apostólica de la Cerdeña y Córcega, y bastante cuidadoso de las cosas de sus estados de España, no vendrá á movernos guerra.

—Cuido, mal pecado, que terminadas las bodas y las fiestas públicas, sean despedidos los soldados de España; y esto, en ocasion en que el rey de Nápoles está aderezando una poderosa armada que diz vá contra el emperador de Oriente.

—Y de ello ¿qué deducís?

—Que así como el gran Federico de Suavia, en vez de ir con sus cruzados á combatir los turcos, vino á apoderarse de la Sicilia, asi el rey de Nápoles pudiera, en vez de navegar la via de Oriente, hacer un desembarco en la isla.

—No hayais temor; puesto que está cumplida una de las condiciones de la paz, por la que se han devuelto al rey D. Fadrique

(1) Epíteto injurioso con que los sicilianos señalaban á los catalanes y aragoneses que vinieran con el rey D. Jaime, para distinguirlos de aquellos que permanecieron al servicio de D. Fadrique.

todos los castillos que se tenian en ella por el de Nápoles.

—Ah! miser; ¿y qué pueden los castillos sin guarniciones?

—Y quién vos dice que quedarán desguarnidos?

—No tengais duda, miser; el rey D. Fadrique tendrá que despedir las compañias españolas, porque los habitantes de la isla, que tan generosamente dieron sus haciendas á los soldados, en tanto duró la guerra, hora con la paz no se prestarán á ello.

Los dos interlocutores fueron interrumpidos por un gran vocerío que se levantó á sus espaldas; y muy luego tuvieron que ceder al empuje de una oleada de gente que corria prorumpiendo en gritos de júbilo, y dando vivas á D. Berenguer de Entenza. Hiciéronse á un lado, y vieron llegar una brillante comitiva que se dirigia al Alcázar.

Venian delante dos lindos pajes vestidos de seda blanca recamada de oro, jinetes en dos poderosos caballos del mismo color, cubiertos con paramentos grana que arrastraban por el suelo, en los que se veian bordadas las armas de los Entenzas, que eran un escudo partido, de oro y gules, sin divisa. Seguia la prez de los rico-hombres catalanes, D. Berenguer de Entenza; vestido, calzas grana con zapatos del mismo color, bordados de plata, y de puntas tan largas que asomaban tres palmos fuera de la estribera, á la usanza de entónces: un jubon columbino, estofado, de manga perdida y tan primorosamente escarchado de oro, que era maravilla el verlo, le cubria desde los hombros hasta la cintura, y sobre él traia una cuera perfumada con ámbar; llevaba puesta en la cabeza una gorra de paño de Contray, morado, que daba al aire una larga pluma de gallo. Morado era tambien el paramento de su caballo, de larga crin y ondulante cola, y la silla cocera que montaba, estaba cuajada de rica filigrana, obra que parecia hecha por un artífice cordovés.

Cerraban la marcha ocho escuderos á pié, criados de su casa, vestidas huzas blasonadas, con las armas de su señor.

El noble y lozano rico-hombre, devolvia con sonrisa placentera los parabienes y vivas que recibia; y mas de una gentil doncella mesinense sintió latir su corazon cuando sus ojos se encontraron con los del apuesto caballero.

Asi que hubo desaparecido tan graciosa vision debajo del arco ojival de la puerta del Alcázar, la calma volvió á renacer en aquel estremo de la plaza; que bien puede llamarse calma el rumor que sucedió á la estruendosa gritería con que fué recibido el caballero.

Si grande era la muchedumbre y algazara que reinaba en la ciudad, no menor era la que se notaba en el espacioso arenal comprendido entre el mar y las murallas de la villa. Allí todos los mareantes, naocheres (1), alieres (2) y galeotes ahorrados (3) esperaban con impaciencia la llegada de la cabalgata, compuesta de damas y caballeros de la córte, que debia cruzar por la playa, despues de terminada la ceremonia, que habia de celebrarse en la iglesia mayor de Mesina para solemnizar las bodas de D. Fadrique y Doña Leonor.

Entretanto, los ojos de la muchedumbre se estasiaban contemplando el azulado mar del estrecho de Mesina, sobre cuyas rizadas olas se mecian, mezclados en ordenada confusion;

La graciosa y temible galera catalana, armada para la guerra, con treinta remos por banda y doscientos soldados entre hombres de armas y ballesteros.

La *sencilio* veneciana, galera de alto bordo y birreme.

El *ballener* francés, nave larga, angosta y de mucho andar.

La *carraca* genovesa, bajel que aquella opulenta señoría armaba en corso para el comercio y la guerra.

El *cárabo* y la *zabra*, del corsario moro.

La *tarida*, bastimento pesado y de construccion casi redonda, que servia para el trasporte.

El *leño*, que seguia en importancia á la galera.

La *coca*, lijera embarcacion, sutil y de andar muy seguro, nave que hacia pocos años se veia cruzar el Mediterráneo. Y en fin,

Multitud de naos de alto bordo, de aquellas que solo se movian á fuerza de vela.

Y entre todos aquellos vasos reunidos en el puerto de Mesina, abierto por la paz, despues de los muchos años que la guerra lo tuvo cerrado al comercio, se veian cruzar multitud de esquifes, barquetas y copanos (4) que conducian á tierra los hombres de guerra y de marina francos de servicio, á bordo de los bastimentos surtos en el puerto.

Aquí como en la plaza el regocijo se manifestaba con ruidosas

(1) Pilotos.

(2) Encargados en la defensa de los costados de las galeras, asi como los *proeles* lo estaban de la proa.

(3) Libres.

(4) Bote de una galera.

aclamaciones, y se cruzaban las preguntas y respuestas con el mismo entusiasmo ó curiosidad que delante del palacio de los reyes de Aragon.

. . . . . .

—Ala hé! ala hé! ¿dónde va esa beta de canes de crujía? (1)

—Vamos á acompañar al señor cómitre (2) á la posada del almirante Conrado de Oria.

—Esperadnos allí, que iremos á la hora de vísperas á encontraros para remojar un vizcocho (3) en un cubilete de vino de Calabria, por el rey D. Fadrique.

. . . . . .

—Eh! catad señor naocher, ¿sois siciliano?

—Ni naocher ni siciliano.... Soy catalan y espalder (4) de la galera Santa Maria del muy noble caballero Roger de Flor, vice-almirante de la armada del muy alto y poderoso rey D. Fadrique de Aragon.

—¿Quereis decirnos, graciosamente, qué dos naos son aquellas que han echado las áncoras en la punta del puerto, al oriente del castillo de San Salvador?

—Qué me place. Son dos panfilios del emperador de Constantinopla, que conducen á los embajadores de aquel poderoso príncipe.

—Qué decís! ¿el emperador griego manda plácemes al rey D. Fadrique?

—Y ¿por qué no?

—Porque el rey de Nápoles adereza una armada de mar y tierra para ir á castigar á aquel cismático príncipe, cuyos estados han de venir al dominio de la Iglesia; y en la jornada ha de tomar parte el rey de Sicilia segun condicion del tratado de paz.

—Por santa Madrona! que miente quien tal diga! D. Fadrique sabe bien, que si es rey de Sicilia lo debe á Dios, á su fuerte brazo y á los bizantinos de oro que donó galanamente el emperador de Constantinopla para la conquista de este reino. Y D. Fadrique no es ingrato.

—Podrian forzarle á ello.

—No, vive Dios! en tanto que en Cataluña, Valencia y Aragon

(1) Cuerda de perros de galera.
(2) Capitan de buque.
(3) Galleta.
(4) El marinero que remaba de espaldas á la popa y daba la *boga* á los demas.

se armen galeras y se fabriquen espadas, lanzas y ballestas.

. . . . . .

—Eh! Gil de Buñolas ¿qué diablos catas há mas de una hora con tanto cuidado?

—Aquella fusta que tiene en su bandera las lises de Francia, y aquella galera que lleva en la suya las armas de la Iglesia, y que están abrazadas ambas á dos por la banda.

—Y ¿qué ves en ello que te estrañe?

—Que siempre que he visto unidas ambas banderas, ha sido señal de guerra.

—Y tambien de tantas victorias como veces las hemos encontrado juntas en la mar. ¿Te acuerdas del muy noble y nunca vencido señor Roger de Lauria?

—Sí, mientras fué leal al muy alto rey D. Fadrique; no desde que le fué traidor.

—Podrá volver á ser servidor suyo.

—Quien hace un cesto hará ciento.... Pero.... catad, catad.... la fusta comienza á desabrazar..... la galera guinda el artimon..... Pone la proa á tierra de Calabria ¿qué será ello?

—Nada.... catadla como gira hácia el puerto.... vé sinó con qué fuerza vogan los remos desta banda.

. . . . . .

—Señor cómitre, servíos decirnos, qué galera es aquella que ha echado su tabla en la playa y nadie sale de ella?

—Es una galera de la Iglesia que conduce al legado que viene á bendecir las bodas del rey.

—No hemos visto salir á Monseñor de ella.

—No, ni lo vereis hasta el momento preciso de ir á dar la bendicion.

—¿Por qué esa demora?

—Eso preguntádselo á la astuta cautela de Roma.

Volvamos á la plaza, en donde el alegre bullicio de las primeras horas de la mañana comienza á descrecer; no porque la muchedumbre la haya abandonado, sino porque habiéndose anunciado que entre las horas de tercia y sesta saldria la régia comitiva para la iglesia mayor, y apesar de estar muy próxima esta última nada anunciaba el principio de la ceremonia, la muchedumbre comenzaba á fas-

tidiarse por la tardanza, y tambien á murmurar porque no llegaba Monseñor el legado, á quien atribuian el retraso. Además los trovadores, juglares, farsantes, adivinos y hechiceras, habiendo ya realizado una buena cosecha de monedas, iban retirándose poco á poco á sus miserables posadas para saborear en paz el fruto de sus trabajos; con lo cual tenian término los variados accidentes que entretuvieron la impaciencia de la multitud.

No obstante; el pueblo continuaba reunido y apiñado principalmente hácia la puerta del Alcázar, cuya entrada guardaban veinte hombres de armas, con arnés de guerra, y cuarenta ballesteros de los que armaban á cinto, soldados de la guardia personal de D. Fadrique, puestos allí para mantener el paso franco á los caballeros que penetraban en el palacio.

Por una razon natural, aquellos grupos se componian en su mayor parte de las honradas dueñas de los buenos ciudadanos de Mesina, y sus gentiles hijas, que en aquel lugar se hallaban mas á la mano para cruzar miradas y palabras con los lindos pajes y escuderos que discurrian por la entrada y patio de armas.

. . . . . .

—Señora Marta,—preguntaba una diminuta comadre que parecia un rosario de cuentas de hueso, colgada del brazo de un moceton, cuyo traje revelaba su oficio de adobador de pieles;—habeis visto á la infanta doña Leonor?

—No, vecina Petra,—respondió la interpelada, que era una buena mujer de figura casi esférica, toda vez que su altura estaba en razon de uno á uno, con su circunferencia—pero mi hombre que la pudo ver cuando desembarcó, me ha dicho que es tan hermosa como noble.

—Y ¿qué os dijo del atavío que traia cuando la vió?

—Oh! lo tengo muy en las mientes; diz mi hombre que estaba vestida de paños de seda azul de brocado de plata, de tres altos, escarchado de anillejos, con manga perdida armiñada; y traia un guadamacil de corderillo perfumado, y un tocado de corneta (1) á la usanza francesa, labrado con ricas telas de brocado; y cubierta de la cabeza á los pies con blancos cendales de adria de Venecia.

(1). Tocado de señora, en el siglo XIV, hecho de tela y en forma de cuerno ó punta, que tenia generalmente 18 pulgadas de elevacion. *Catálogo de la real armería.*

—Oh! que de ver serian esas galas! señora Marta, ¿dicen que es rubia?

—Si, como unas candelas.

—Bien haya D. Fadrique que tanta dicha tiene merecida.

. . . . . .

—Isela, ¿que os contó ese jentil escudero con quien tanto espacio estuvisteis hablando?

—Díjome que solo se esperaba la llegada de Monseñor para salir el cortejo.

—¿Nada mas os dijo?

—Si, señora Claudia; díjome tambien que despues de las justas y torneos, se jugarian cañas al uso de España y se alancearian toros á la manera que lo hacen los moros de Granada.

—Oh! eso será cosa muy hermosa de ver ¡y nosotros que no hemos de asistir!

—Háme ofrecido un lugar en el tablado.

—Luego, habeis quedado en verle de nuevo?

—Sí; —dijo Isela á media voz y ruborizándose por haber dejado adivinar su secreto.

—Pedidle, pues, un lugar para mí y para mis hijas.

. . . . . .

—Señor caballero ¿quereis decirnos quienes son esos dos gentiles hombres que vienen hácia aquí con sus comitivas?

—De buen grado, gentil damisela; son mesire Leonete de Alancastre, primo del rey de Inglaterra, ese que monta el caballo obero, cubierto con paramento rojo: y estotro que trae por divisa un oso sentado que lame sus manos, mosen Gualter, de la casa del duque de Berry.

—Porqué tal divisa? qué quiere decir?

—Quiere decir, que la casa de Berry es como esa brava animalia, que si le hacen mal, mata: y si le dejan quieto, él come de lo suyo y no torna por sí.

—Gracias, señor caballero.

—Caballero, no; sino paje noble de la casa del muy poderoso señor D. Blasco de Alagon. ¿Y vos, hermosa doncella?

—Hija de maese Bruno, aderezador de arneses de guerra en la rua de San Juan, de Mesina; para serviros, mi señor; —replicó un ciudadano que estaba junto á la moza.

—Que me place, maese Bruno: teneis una hija tan gentil como

discreta. Mañana á la hora de tercia iré á vuestra posada, para probarme un coselete con el que he de hacer mis primeras armas en las justas que se han de celebrar en las bodas.

. . . . . .

—Arredrarse, arredrarse! gritó de improviso la multitud.—Paso, paso, á los muy nobles señores en Roger de Flor y en Bernaldo de Rocafort! El pueblo se separó dejando una ancha calle delante de la puerta del Alcázar, y los hombres de armas y ballesteros de la guardia se formaron en dos filas.

Por ellas atravesaron, primero cuatro pajes, dos vestidos juboncillo, calzas y birrete de paño de seda color purpre, adoptado por Roger de Flor, que era oriundo de Alemania donde tal color estaba en uso; y luego otros dos con vestidos verdes de seda de brocado oro, que eran de la casa de Rocafort; los paramentos que cubrian los caballos de los cuatro pajes, eran del color de sus ropas respectivas.

Detrás cabalgaban los dos nobles caballeros.

Bernaldo de Rocafort montaba un caballo negro, cubierto con paramento aceituní. Vestía una sobrevesta forrada de armiño, toda blasonada con sus armas; calzas verdes y borceguíes grana recamados de oro; un birrete con larga pluma negra cubria su altiva frente, y de su ancho cinto chatonado, colgaba con tiros y vaina de terciopelo negro, una espada corta y ancha. El caballero catalan llevaba alto el rostro, en el que se veian reflejadas la dureza y altanería de su carácter indomable y ambicioso, bañado con una lijera tinta sombría y melancólica. Diestro en el cabalgar, dirigía con mano segura las bridas de su generoso corcel, que cedia tascando el freno y dando corcobos á la presion de las robustas rodillas del jinete.

Al mirar la arrogante figura de Rocafort, los soldados que se amontonaban en su paso, aplaudian frenéticamente, sintiendo palpitarles el corazon con recuerdos de gloria y de batallas; y las dueñas y doncellas, admiradas á un tiempo que asustadas, dirigian sus atónitas miradas sobre el semblante del orgulloso caballero, cuyos ojos no se dignaban fijarse en ellas; y en cuyos lábios no se veia asomar la sonrisa.

La aureola guerrera que rodeaba al terrible catalan, hubiera sin duda eclipsado la gloria de Roger de Flor que cabalgaba á su derecha, no menos gallardo ni menos bien ataviado que él, si el buen pueblo de Mesina no recordara con viva gratitud el dia aun no muy lejano, en que la ciudad estrechamente sitiada por mar y tierra por las armas francesas, estaba á punto de rendirse, diezmada por la peste y el hambre,

á sus aborrecidos enemigos, cuando le vió entrar en su puerto con doce galeras, trayendo, cuando menos lo esperaban, víveres en abundancia y soldados para rechazar el ataque, librándolos asi de la afrenta del yugo francés.

Por último, cerraban la marcha numerosos escuderos, vestidos con huzas blasonadas con las armas de ambas casas.

No bien acababan de penetrar en el palacio los dos caballeros y su comitiva, cuando se levantó un vocerio general, que, partiendo de la puerta del Mar, vino á morir en la del Alcázar, despues de haber recorrido zumbando por todo el ámbito de la plaza. Esos gritos en que prorrumpieron millares de bocas, parecieron, sin embargo uno solo por lo unísono; fué un «Ah!» estentóreo que espresaba la general satisfaccion. A ese grito sucedió un silencio y quietud, como no podia esperarse de una tan numerosa reunion de gentes en una plaza pública.

Luego, como si todo aquel pueblo, poco há tan bullicioso é inquieto hubiese sido tocado de improviso con una varita encantada, se separó espontáneamente dejando una ancha calle desde la muralla al palacio, y por un movimiento uniforme cayó de hinojos en tierra, mostrándose todas las cabezas descubiertas.

Precedido de la cruz pontifical, debajo de un palio rojo, cuyas varas de plata llevaban sendos pajes vestidos con dalmáticas blasonadas con las armas de la Iglesia, y seguido de una numerosa comitiva compuesta de clérigos, religiosos y familiares, venia, jinete en una mula blanca, sin paramento y conducida del diestro por dos escuderos, Monseñor el legado del santísimo Papa, dando la bendicion apostólica á la religiosa multitud que la recibia con verdadera compuncion cristiana. Cerraba la procesion un corto escuadron de caballeros franceses y napolitanos vestidos con arnés de guerra, y llevando las armas de la Iglesia bordadas en los pendoncillos de sus lanzas, que llevaban afianzadas en las cujas de las sillas bridonas.

La vista de estos irreconciliables enemigos del pueblo siciliano, produjo un sordo murmullo entre la multitud, espresion de su natural descontento; este rumor amenazador, que alarmó la conciencia de las personas timoratas, continuó en toda la plaza hasta que la procesion hubo penetrado en el Alcázar.

—Voto á San Martin!—esclamó levantándose con despecho un noble de Palermo, dirigiéndose á un mesnadero aragonés que se encontraba á su lado durante el paso del legado—¡qué no hemos de

ver las armas de la Iglesia sin tropezar con las lises de Francia y los colores de Nápoles!

—Y qué nos importa si encima está el escudo de Sicilia partido con las armas de Aragon y de Manfredo!

—Ello es verdad; pero siempre para la pobre Sicilia ó el vasallaje del Papa ó el yugo estrangero!

—Cuido que no es agora vive Dios! Porque D. Fadrique es hijo de doña Constanza hija del gran Manfredo, y en tal conceto heredero lejítimo deste reino; la sangre de Suavia corre por sus venas, y no es bueno quien no le acate por lejítimo señor de Sicilia.

—Sea; pero el Estado no es libre en tanto que gentes estrañas, sean catalanes y aragoneses, lo gobiernen y guarnezcan.

—Hallad solos esa libertad contra las armas unidas de la Iglesia, Francia y Nápoles.

—Decís bien, pesiamí, buen caballero!

. . . . . .

Luego que el legado fué entrado en el Alcázar, el pueblo comenzó á moverse alborozadamente en la plaza, creyendo que no podria tardar mucho la salida de la réjia comitiva. Empero, aun se demoró buen espacio de tiempo, y tanto que muchos ciudadanos cansados de esperar, comenzaban á retirarse con sus familias hácia sus posadas para buscar algun descanso.

De improviso se notó gran movimiento de pajes, escuderos y caballos en el apeadero del Alcázar, y el pueblo se apiñó presuroso en la puerta para ver salir la cabalgada tanto tiempo esperada. Mas pronto tuvo que retroceder empujado con violencia por los hombres de armas y ballesteros de la guardia, que con espada y ballesta alzada, cerraron con la multitud, distribuyendo sendos golpes entre denuestos é imprecaciones.

Luego comenzaron á salir á todo correr de los caballos, y seguidos por sus pajes y escuderos en desórden, la mayor parte de los ricos-hombres y barones que pocas horas antes habian penetrado pacíficamente en el palacio.

Aterrada la multitud, abandonó la plaza, y se dispersó dando alaridos por las calles de la ciudad, donde presto cundió el temor de tan inesperado caso.

Solo quedaron en ella algunos grupos todavia numerosos, compuestos de hombres de armas catalanes y aragoneses, almogavares y marineros, á quienes el temor y la ignorancia del género de peligro

que amenazaba á la ciudad, obligó á mantenerse reunidos para hacerse fuertes contra él, esperando las órdenes de sus cabos.

Muchos de los caballeros que salieron precipitadamente de la réjia morada, se paraban delante de los soldados, dirijíanles palabras misteriosas, y luego volvian á dar de rienda y espuela á los caballos, y partian al galope en todas direcciones.

Los soldados españoles imitaron su ejemplo y con gritos de Armas, Armas! se dispersaron por las calles y plazas llenando de sobresalto y angustia á los pacíficos ciudadanos, que cerraban sus puertas con estrépito, y descolgaban aceleradamente balcones y ventanas.

Pocos momentos despues, las calles de la ciudad quedaron desiertas y silenciosas.

II.

. . . . . ,
. . . . . .
y aquellos humos franceses
di españoles desengaños.
ALVARO CUBILLO.=*Perderse por no perderse.*

Mientes, y si acaso el rey
Los ampara en esta causa,
En su cara le diré
Al rey, que me lo levanta
Por no pagarme el servicio
Que debe á mi brazo y lanza,
Creyéndose de quien quiere
Acreditarse con gracias.—
Por la puerta de palacio
Los ojos vueltos en brasa,
Bravo y furioso Saler
Sale empuñando la espada.

Romance morisco.

Obedezco la sentencia,
Magüer non soy culpado.
ESCOBAR.=*Romancero del Cid.*

Vamos á sentar aqui, y en globo, ciertos precedentes, para la mas fácil inteligencia de los sucesos que dejamos anotado en el capítulo anterior.

Durante el curso de los siglos XII y XIII, en tanto que las armas victoriosas de los turcos arrojaban de la Siria y Palestina á los soldados de la Cruz, ahogando en sangre cristiana aquella brillante epo-

dos de la cruz, ahogando en sangre cristiana aquella brillante epopeya que fué la mas maravillosa de la historia; y mientras los innumerables ejércitos del Atila de la edad media, el gran Gengis-Kan, y de sus sucesores, despues de haber conquistado la Tartaria, la India y la Persia; devastado la Rusia, la Polonia y la Silecia; arrasado todas las ciudades de la Hungría y puesto, finalmente, las avanzadas de sus bárbaros Mogoles en las orillas del Adriático; en tanto, repetimos, que parecia mas próximo el dia que el nombre cristiano debia desaparecer de la haz de la tierra, los pontífices de Roma y los emperadores de Alemania desolaban la Europa occidental con sus feroces é implacables guerras.

En vano las lágrimas de la cristiandad toda, que se miraba arrastrada hácia un precipicio; las súplicas del Santo rey de Francia Luis IX, el interés de la Iglesia de Jesucristo y la paz del mundo católico, requerian á los papas y emperadores para que pusiesen término á esa guerra sacrílega y fratricida; nada podia torcer aquella política inflecsible, que pretendía hacer triunfar la integridad de su sistema, ciega sobre los males que ocasionaba á la fé, al mundo y á la religion del hijo de Dios.

Los emperadores de Alemania decian que les pertenecia el patrimonio del mundo entero; y querian reconstruir, sin perder una sola pulgada de tierra, el imperio de Carlomagno y de Oton el grande.

Los pontífices respondian:

El sucesor de San Pedro fué puesto por Dios para gobernar la Iglesia y el mundo.

Él solo destituye á los emperadores.

Él es el vicario de Cristo, ungido del Señor; inferior á Dios, superior al hombre, mas pequeño que Dios, y mayor que el hombre.

Los emperadores querian avasallar el mundo á su cetro de hierro.

Los pontífices de Roma lo querian avasallar á la unidad católica.

Ambos poderes aspiraban á la monarquía universal.

Y entre tanto, la obra de 2900 años, iniciada por Moisés y terminada por el hijo de Dios hecho hombre, estaba á punto de caer desplomado bajo los rudos golpes que le asestaban á un tiempo la ambicion demente, la impiedad, la herejía, y las armas de los infieles y de los idólatras.

La desgraciada Italia fué el teatro donde se representó ese gran drama que duró mas de dos siglos; el sacerdocio y el imperio, *güelfos* y *gibelinos* inundaron su suelo, y el de una parte de Europa con

aquella sangre que pudo escapar á los alfanjes de los mamelucos en la Palestina.

Empero donde con mas furor se disputaron los dos poderes el imperio del mundo, fué en Sicilia, por cuya posesion encendió la guerra el emperador de Alemania Enrique VI y en cuyo suelo terminó la querella D. Fadrique de Aragon.

Hé aquí un lijero bosquejo de los sucesos que pusieron aquel reino bajo el dominio de los reyes de España.

Manfredo, hijo bastardo de Federico II, se alzó, á la muerte de su padre acaecida en 1250, con el reino de las Dos Sicilias, y mantuvo con las armas las pretensiones de su padre y abuelo. El pontífice Inocencio IV, puso el feudo del reino bajo el dominio de San Pedro, y escomulgó á Manfredo, como lo habian hecho los pontífices sus predecesores con los progenitores del bastardo; quien en venganza combatió y derrotó el ejército de la Iglesia. En 1260, Manfredo solicitó la alianza del rey de Aragon, D. Jaime el conquistador, y á fin de hacerla mas estrecha le ofreció para su hijo primogénito, D. Pedro, á su hija Constanza. El rey de Aragon aceptó apesar de la oposicion del Papa, y las bodas se verificaron en Mompeller en 1262.

El hermano de San Luis, Cárlos de Anjou, á quien el pontífice habia dado la investidura del reino de Nápoles (1266) reunió un ejército con el que derrotó en *Campo florido*, junto á Benevento, el de Manfredo, quien halló una muerte oscura, que no merecia este príncipe cuyo denuedo, bizarría, clemencia y liberalidad le hicieron digno del trono.

Dos años despues, su sobrino Coradino, hijo del emperador Conrado IV, intentó recuperar con la ayuda de los príncipes del imperio el reino de sus padres; mas su ejército fué derrotado y él hecho prisionero por Cárlos de Anjou junto á Tagliozzo en los campos de Polenta. El vencedor, hombre de un carácter sombrío y cruel, creyó asegurar su conquista dando muerte al último príncipe de la casa de Hohenstauffen; y al efecto hizo decapitar al desgraciado Coradino, jóven á la sazon de 16 años, en la plaza pública de Nápoles.

En el cadalso, el heróico príncipe sacó un guante de la mano, y tirándolo en medio del pueblo, que contemplaba con lágrimas su corta edad y su suplicio, dijo, que lo arrojaba en señal de investidura á su vengador, y que dejaba por heredero de sus Estados á D. Pedro de Aragon.

Un noble de Palermo, llamado Juan de Prócidas, servidor leal que habia sido en Italia de la casa de Suavia, recojió el guante, y partió para Aragon donde reinaba entónces D. Pedro III, de Aragon y II de Barcelona, llamado el *Grande* por su magnanimidad, y vulgarmente *dels Francesos* (1) por las grandes derrotas que causó á esta nacion; casado con Constanza hija de Manfredo, quien era la última sucesora de la casa de Suavia, toda vez que el emperador Federico habia instituido por su testamento, heredero de todos sus dominios, caso de morir sin hijos lejítimos, á Manfredo su hijo natural.

Prócidas, hombre de génio activo y emprendedor, supo despertar la ambicion de D. Pedro, para cuya grandeza eran harto estrechos los límites de su reino de Aragon; y este soberano, instigado ademas por su esposa que le pedia con justicia, vengase á su desgraciada familia y la devolviese los estados que de derecho la correspondian, aceptó la nueva corona con que el destino le brindaba y facultó á Prócidas para que dirijiese la empresa.

El vengador de Coradino hizo dos viajes á Constantinopla, cuyo emperador, Miguel Palcologo, aceptó de buen grado la alianza que á nombre de D. Pedro le proponia Prócidas, para combatir el poder del rey de Nápoles, que ya amenazaba sus propios estados, (2) y dió de su tesoro para la empresa 30,000 onzas de oro; suma muy considerable para aquellos tiempos.

El infatigable ajente de la córte de Aragon, pasó de Constantinopla á Sicilia, y comprometió en la conjuracion al pueblo y á los principales caballeros y barones de la isla, que estaban cansados de sufrir unos y otros las estorsiones, la rapacidad é insolente tiranía de los franceses. Urdióse la trama con tanto misterio, que casi en un mismo dia todas las ciudades de la isla se alzaron contra los franceses. Palermo dió la señal el dia 30 de Mayo de 1282 en el momento que las campanas de la iglesia de Santispíritu llamaban los fieles á vísperas. La carnicería duró un mes, en el que fueron degollados mas de cuatro mil franceses.

Cárlos de Anjou voló con su ejército á poner sitio á Mesina que resistió heróicamente todos sus ataques.

(1) Bofarull. Los Condes de Barcelona vindicados.

(2) Balduino II, último emperador latino de Constantinopla, hizo cesion de sus derechos á Cárlos de Anjou, y para hacerlos valer, el rey de Nápoles disponia á la sazon una poderosa armada.

Al mismo tiempo que estallaba la conspiracion en la isla, la armada del rey de Aragon, compuesta de 150 naves, mandada aprestar en los puertos de Cataluña y Valencia, apareció sobre las costas de Sicilia, donde desembarcó tres mil hombres de armas y quince mil almogavares. Dando luego principio á una série de gloriosos triunfos que enaltecieron las armas de Aragon, hasta entónces poco conocidas fuera de España, y que humillaron en todos los encuentros las banderas de la Iglesia, Francia y Nápoles.

El rey D. Pedro, despues de haberse hecho coronar rey de Sicilia, abandonó su nuevo reino dejándolo bien provisto de todo lo necesario asi en leyes como en armas para su defensa y conservacion, y regresó á España cubierto de laureles y con la bendicion del pueblo siciliano.

En 1291 murió D. Alonso hijo y sucesor de D. Pedro III en el reino de Aragon, dejando por heredero de todos sus estados á su hermano D. Jaime que reinaba en Sicilia. Al recibir D. Jaime la noticia, abandonó la isla dejando en ella á su hermano menor, Don Fadrique, como su lugar-teniente y vino á España á tomar posesion de la herencia de D. Alonso.

Cuatro años despues (1295) D. Jaime acosado por las armas de Castilla y los disturbios que los ricos hombres producian á cada paso en el reino; y ademas hostilizado incesantemente por los ejércitos franceses, todo lo cual le ponia en la imposibilidad de defender sus estados de Italia combatidos sin treguas por las armas de la Iglesia, aceptó la paz que le fué propuesta con las siguientes condiciones: Que el rey D. Jaime restituiria á la Iglesia el reino de Sicilia y que recibiria á título de indemnizacion la investidura de las islas de Cerdeña y Córcega: Que el pontífice relajaria y revocaria todas las sentencias de escomunion y las suspensiones y entredichos que se habian declarado por la Iglesia contra él y su hermano D. Fadrique, y por último, que el rey de Francia habia de renunciar á los derechos que tenia, por concesion apostólica de Martin IV, al reino de Aragon.

Cuando se supo en Sicilia la noticia de la renuncia de D. Jaime, apoderóse de todos los habitantes el temor de volver á caer bajo el dominio de los franceses; y fué tal la indignacion que esto causó, que de comun consentimiento, el pueblo, los nobles y los síndicos de las ciudades se juntaron en Palermo y coronaron solemnemente á Don Fadrique rey de Sicilia, saliéndose de la obediencia del rey de Aragon.

Para combatir lo que Roma llamaba un atentado contra sus de-

rechos, se formó una liga formidable entre las armas de la Iglesia, Aragon, Francia y Nápoles, á cuya cabeza, el político Bonifacio VIII puso al rey D. Jaime, entregándole el estandarte de la Iglesia y nombrándole Gonfaloner, ó Capitan general del ejército.

La guerra se encendió con nueva furia en Sicilia; pero el génio, valor y perseverancia del jóven monarca, secundado bizarramente por la bravura y pericia militar de los capitanes y soldados españoles, y por las invencibles compañias almogavares, triunfó de todos sus enemigos cuantas veces vinieron á las manos.

Por último, habiéndose separado de la liga con su armada y ejército el rey D. Jaime, despues de haber vencido las galeras de su hermano en un combate naval empeñado junto al cabo Orlando, derrota que fué suficientemente compensada con la batalla que en los campos de Falconara vencieron las armas de D. Fadrique sobre el ejército francés, que dejó el campo cubierto de muertos y á su caudillo, el príncipe de Taranto, hijo del rey de Nápoles, prisionero de guerra, se firmó la paz en Calatabelota (1301).

El tratado de Calatabelota, que fué propuesto por Cárlos de Valois, quien pasara á Sicilia á la cabeza de un numeroso ejército francés para restablecer el estado de las armas de la Iglesia, que desde la defeccion de D. Jaime caminaban de derrota en derrota, aseguró en la frente de D. Fadrique la corona de la isla de Sicilia' y puso fin á una guerra sangrienta de veinte años, cuyo peso soportaron las robustas espaldas de los soldados de Cataluña y Aragon.

Roma tuvo que sancionar el tratado, mal de su grado, porque Francia y Nápoles se negaban ya á dar mas soldados para combatir en un pais que habia destruido completamente cuantos ejércitos mandaran á él para su conquista.

Una de las condiciones estipuladas en el tratado de paz, fué el matrimonio de D. Fadrique con doña Leonor, hija del rey Cárlos II de Nápoles; y como ambos soberanos conocian la necesidad de establecer una paz duradera sobre bases de interés recíproco, se apresuraron cuanto les fué posible por llenar esta condicion.

En su consecuencia á principios del año de 1302 la infanta doña Leonor aportó con algunas galeras á Messina, llevando un numeroso acompañamiento de damas y caballeros franceses y napolitanos; y á poco de su llegada se anunciaron las bodas y festejos al buen pueblo siciliano.

Hechas estas aclaraciones, reanudemos el hilo de nuestra narracion.

En tanto que el pueblo lleno de regocijo discurria por la plaza, apellidando á gritos la gloria de D. Fadrique y aplaudiendo estrepitosamente todo cuanto tenia relacion con el héroe que el destino le habia dado por soberano, el noble y generoso rey de Sicilia se hallaba sentado, con la infanta su desposada, en un trono levantado debajo de un magnífico dosel en el salon de embajadores del alcázar, recibiendo los homenages y sinceras felicitaciones de los altos dignatarios de su corte, y de todos los ricos-hombres, caballeros y barones de la isla, así catalanes como aragoneses y sicilianos, que habian sido convidados para asistir á los oficios y solemnes ceremonias que habian de celebrarse en la iglesia mayor de Mesina.

La vasta sala del Alcázar, donde tenia lugar la recepcion, estaba adornada con el lujo verdaderamente asiático que los últimos emperadores alemanes de la casa de Suavia habian naturalizado en Sicilia; ostentacion que les mereció el concepto de los príncipes mas ilustrados, y á su corte el de la mas brillante de aquellos tiempos. Lujosos tapices de Persia y de Irac alfombraban el pavimento; plegadas y tupidas colgaduras de seda, tejidas en la India, pendian, formando festones y sostenidas por argollas de oro y plata, de la techumbre artesonada labrada con molduras y florones tallados en madera; lindos trofeos formados con armas de guerra y de caza, combinadas injeniosamente, cubrian las paredes cuajadas de graciosos arabescos (1) y en los ángulos de la estancia ardian en magníficos pebeteros los mas esquisitos perfumes de la Arabia. Las damas, damiselas, ricos hombres y barones convidados para la ceremonia correspondia con el lujo de sus vestiduras á la pompa de la decoracion; y apesar de su número, y que muchos de aquellos caballeros estaban mas acostumbrados á pisar los campos de batalla y el duro suelo de

(1) Durante el primer tercio del siglo IX, los sarracenos de Africa y los árabes de España se apoderaron de la Sicilia, que conservaron hasta fines del siglo XI, en que fueron arrojados de ella por las armas del normando Rogerio. Durante su larga dominacion floreció la agricultura en la isla y se construyeron en las ciudades principales soberbias mezquitas, alcázares, baños públicos y fortalezas, enriquecidos con preciosos mármoles y mosáicos segun el estilo de la arquitectura arábiga.

las tiendas de campaña, que los mullidos tapíces de los salones palaciegos, reinaba allí tal órden y compostura, y observábase de tal manera la etiqueta, que hubiérase creido que todos estaban allí en presencia de Dios.

Cuatro reyes de armas, vestidas dalmáticas recamadas de oro y plata, y blasonadas con las armas de Sicilia, sostenian cada uno sobre el hombro un pesado montante, y permanecian derechos é inmóviles como cariátides de mármol al pie de las gradas del trono; detrás del cual se veian formados en ala veinte hombres de armas, armados con largas partesanas y mandados por el capitan de los soldados del palacio; y finalmente, en cada una de las puertas de la estancia, habia dos pajes empuñando sendos montantes cuyas puntas tenian fijas en el suelo.

D. Fadrique sentado sobre el trono, ceñida la diadema y cubierto con un magnífico manto de paño de seda color grana forrado de blanco armiño, tenia á su costado derecho, y ocupando el primer puesto en la asamblea, conforme al privilejio del Rey Roger al *Estratigo* (1) y diputados de la ciudad de Mesina; y luego á Jarberto, vizconde de Castelnou, y Andrés Macia, infanzones de Aragon, embajadores del rey D. Jaime; Mateo de Termini, Maestre-justicier de Sicilia; Ricardo de Pasaneto, conde de Garciliato y de Vinchiguerra de Pallici, gran canciller del reino; Conrado de Oria, almirante de la armada de Sicilia; Roger de Flor, vice-almirante y miembro principal del Consejo de Estado; Berenguer de Entenza y Bernaldo de Rocafort ricos-hombres de Cataluña y afamados capitanes; y por último, D. Blasco de Alagon, conde de Mistreta, hijo del invencible general que en una sola campaña y con escasas fuerzas, arrebató la Pulla y la Calabria de mano de los franceses y las puso bajo el dominio de D. Fadrique.

Al lado de la infanta Doña Leonor estaban los obispos de Mesina, Palermo y Catania, y el Archimandrita de San Salvador del Faro; muchos prelados, abades y sufragáneos, y luego los principales caballeros franceses y napolitanos del séquito de Doña Leonor, condecorados con las insignias de la órden del Creciente. Los demas, grandes de la córte, y nobles caballeros convidados, formaban diferentes grupos entre los cuales se distinguian por el lujo de sus vestiduras y por la

(1) Autoridad superior judicial y administrativa de la isla.

fama que tenian de generosos y valientes capitanes, los muy nobles señores D. Guillen de Calceran, conde Cantazaro; Manfredo y Juan de Claramonte; el rico-hombre Fernan Jimenez de Arenos, Juan de Veintemilla, conde de Girachi; D. Simon de Valguarvera; Federico de Incisa, el valeroso caudillo que defendió durante cuarenta dias el castillo de Jaca contra todo el ejército francés de Cárlos de Valois á quien obligó á levantar el cerco: D. Ugo de Ampurias, conde de Esquilache, y otros muchos caballeros y barones que se habian cubierto de gloria durante la guerra de los veinte años.

En el régio salon, como en la plaza pública, la tardanza de Monseñor el legado era el tema obligado de las conversaciones, y ya todos aquellos orgullosos barones comenzaban á dar señales inequívocas de su disgusto, cuando los farautes diseminados por los pasillos del Alcázar que conducian al salon de embajadores, anunciaron su llegada corriendo la voz de unos en otros hasta la puerta de la estancia. Esta suspirada noticia sosegó la inquietud; y cuando el Legado penetró en la sala fué recibido por todos los circunstantes con una benévola sonrisa, que el enviado de Roma interpretó como una prueba de alta consideracion hácia su persona ;pero que en realidad solo era un reproche dirijido en términos corteses.

Asi que hubo llegado al medio del salon, donde se paró, D. Fadrique y Doña Leonor descendieron las gradas del trono, y se arrodillaron á sus pies sobre dos cojines que les pusieron los pajes; besaron la mano al representante de la Santa Sede y recibieron de él la bendicion apostólica. Cumplidos ya los deberes de príncipes muy cristianos y humildes servidores de Jesucristo, los réjios desposados se pusieron en pie, y subieron otra vez las gradas del trono. Don Fadrique se sentó en él majestuosamente, y recobrando su carácter y dignidad, hizo seña al Legado que podia hablar.

El enviado de Roma comenzó su discurso rindiendo gracias á Dios por haberse servido poner paz entre tantos príncipes cristianos; y luego manifestó, en nombre del sucesor de San Pedro, la esperanza que alimentaba de que, á contar desde ese dia, todos aunarian sus fuerzas para combatir á los infieles y á los idólatras, y destruir los herejes y cismáticos donde quiera que se encontrasen. Despues dijo, que para mostrar al universo cristiano el placer inefable que tenia el vicario de Jesucristo en la tierra, de poder llamar á D. Fadrique hijo muy querido de la Iglesia, le habia delegado á él, humilde siervo de los siervos de Dios, para que bendijese las bodas del muy alto y muy poderoso

rey de Trinacria (1) con la hija del rey de Napoles; empero que antes de dirijirse al templo, el rey D. Fadrique habia de jurar, en nombre de las tres Personas de la Santísima Trinidad, y en presencia de toda la córte, que no volveria á hacer armas contra la Iglesia; que acataría humildemente todos los mandatos de la Santa Sede, siempre que no estuvieran en contradiccion con las cláusulas del tratado de paz de Calatabelota; que contribuiria con sus armas de mar y tierra para la reconquista de los Santos Lugares, y que tomaria por enemigo suyo á los enemigos del pontífice; a los cuales perseguiria con el hierro y con el fuego, y que los entregaria á la Iglesia, si los hubiese en las manos fuese cual fuese su clase y condicion.

Cuando el Legado hubo concluido de hablar, el rey D. Fadrique, que le habia escuchado con religioso silencio, permaneció algunos momentos en actitud de meditacion, y luego prestó el juramento con la fórmula que le fué exigida.

Entonces el rostro del enviado de Roma se iluminó con una indecible espresion de júbilo, y, olvidándose de la humildad que tambien cuadraba al carácter de que se hallaba revestido, se adelantó con desenfado hasta las gradas del trono y en voz fuerte é imperiosa esclamó:

¡Rey D. Fadrique, te conjuro en nombre del Santísimo en Christo, Padre nuestro Señor el Papa, que solo á Dios es inferior en la tierra, me sea entregada la persona de Roger de Flor, fray sargento de la órden del Temple, acusado de los crímenes de heregía y sacrilegio; de haber despojado de todos sus bienes á los míseros cristianos que huyeron de Tolemaida en la galera el Alcon, que él capitaneaba, cuando las armas del Soldan de Egipto se apoderaron de la ciudad cristiana, por mal de nuestros pecados; y pido su persona para que ses entregada al Maestre y tribunal de jueces de la órden!

La sorpresa, el terror y la indignacion se manifestaron en todos

(1) Determinó (el papa Bonifacio) que el rey D. Fadrique como antes se llamaba rey de Sicilia y del ducado de Pulla y del principado de Capua, se llamase rey de Trinacria, que fué uno de los nombres que en lo antiguo tuvo aquella isla, llamándola asi los griegos por la figura y asiento que tiene, y quiso que se intitulase con este nombre, porque al rey Cárlos quedase título de rey de Jerusalen y Sicilia.

los semblantes al escuchar tan tremenda como inesperada acusacion, pronunciada en nombre del Papa y en presencia del rey y de toda la córte.

Aprovechando el primer momento de silencio y estupor en que quedaran abismados todos los circunstantes, Roger de Flor se adelantó hasta el medio de la sala, haciendo sonar el pavimento bajo su planta, y con voz vibrante y sonora, si bien trémula por el sentimiento de cólera que ardia en su pecho, esclamó, dando el rostro al trono y lanzando una insolente mirada sobre el Legado.

—¡Quién tal diga, sea Papa ó sea rey, ese miente!

—Blasfemo!—gritó el Legado alzando los brazos con gesto amenazador—¡téme la ira de Dios y los rayos de la Iglesia!

Roger, sin dejarse intimidar por tan terrible amenaza, sacó un guante y lo arrojó á los pies del mensagero apostólico.

Todos los caballeros franceses y napolitanos que se hallaban presentes, se precipitaron á recojerlo ansiando cada uno ser el primero que lo levantase; empero como otros muchos guantes arrojados al mismo tiempo por los barones españoles y sicilianos, vinieran a caer sobre el de Roger, cada enemigo pudo recoger una prenda de desafio.

Furioso y despechado, el enviado de Roma alzó la voz gritando: ¡Anatema..... Anatema..... Anatema!!!

A esta palabra se siguió una estraordinaria confusion, que amenazaba tener un desenlace sangriento en aquel lugar, que para todos debia ser sagrado; cruzáronse algunas palabras amenazadoras; todas las miradas revelaron saña y encono, y no hubo mano derecha que no se pusiera sobre la guarnicion de una espada.

D. Fadrique no menos sorprendido é indignado por aquel suceso, se enojó viendo el desacato cometido contra su persona, y con gesto imperioso, esclamó, poniéndose en pie sobre las gradas de su trono, cuyo primer escalon bajó.

—¡Cómo así señores! habrá en mi córte vasallos que se dicen leales, que osen desnudar la espada en mi presencia!

Estas palabras devolvieron á cada uno de los caballeros presentes el conocimiento de sus deberes, y la calma volvió á reinar entre ellos.

Al cabo de un momento de meditacion, D. Fadrique se sonrió imperceptiblemente, como un hombre á quien se le ocurre una idea feliz ara resolver en el acto una situacion difícil, y luego dijo al capitan de su guardia:

—Id; prended al vice-almirante, y cuidad que nadie sea osado hacerle mal; vuestra cabeza me responde del cumplimiento de mi voluntad.

Un murmullo de descontento acojió la órden del soberano.

Roger de Flor, á quien las amenazas fulminadas por el representante del Vicario de Cristo no habian intimidado, al escuchar la sentencia de D. Fadrique, inclinó con abatimiento la cabeza sobre el pecho, se adelantó hasta las gradas del trono, y con voz hondamente conmovida dijo poniendo una rodilla en tierra.

—Señor!..,. tal galardon no merecian mi lealtad y mis servicios!.. Devuélvoos los castillos de Tripi, la Alicata y Palazolo con todo cuanto tengo de vos, y os demando plazo, á fuero de Aragon, para salir de vuestro reino é ir á buscar otro señor á quien servir, haciéndome vasallo del rey D. Jaime.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando en Berenguer de Entenza esclamó, poniéndose á su lado:

—Rey D. Fadrique; los vasallos nobles del rey D. Jaime, solo pueden ser juzgados por el Justicia de Aragon y su consejo; por ende pido fuero para en Roger de Flor.

Entonces los embajadores Jerberto de Castelnou y Andrés Macías se pusieron cada uno al lado de Roger, y apellidando en alta voz tres veces Aragon, reclamaron el fuero para el nuevo vasallo de su señor.

Viendo el legado que la presa se le iba de las manos, dijo con acento colérico;

—Qué valen en Sicilia los fueros de Aragon ni las constituciones de Cataluña! Y, aunque si valieran ¿podrian amparar á un tránsfuga de una religion? El juicio de los crímenes de un religioso del Temple pertenece solo á la órden y es de la jurisdiccion eclesiástica: Por ende, la órden y el santo Pontífice, usando de sus derechos, reclaman al freire Roger de Flor, no embargante que sea aragonés ó siciliano.—Luego mirando con gesto iracundo á D. Fadrique, y dando á su voz un acento solemne, continuó:—Rey de Trinacria, te amonesto en nombre de la Iglesia, que cumplas lo que jurastes á Dios; porque de faltar á ello, caerán sobre tu cabeza y tu reino los rayos del santo Pontífice, y daré principio á tu castigo, retirándome en este dia de tu córte y Estado!

Semejante amenaza en vez de intimidar á D. Fadrique ecsasperó su ánimo generoso, que no podia avenirse de bueno ni mal grado

con entregar á la venganza de la orgullosa órden del Temple al esforzado y leal caballero que tan señalados é importantes servicios le habia prestado durante la última guerra. Ademas, influyó en su resolucion el temor de que si franqueaba á la corte de Roma el camino de las exigencias, y otorgaba concesiones antes de que estuviera solemnemente confirmado y ratificado el tratado de paz de Calatabelota, se esponia a verse despojado lenta y astutamente de todas las ventajas que por él se le concedian; acabando por perder en negociaciones diplomáticas el fruto de veinte años de una guerra tan costosa como sangrienta y gloriosa para las armas españolas.

No podia ocultarse á su alta prevision, que al negarse á conceder la peticion de Monseñor el Legado, corria el riesgo de llamar sobre sí las iras de la Santa Sede; pero tambien considerabase bastante acostumbrado a luchar de poder a poder con ella, y á vencerla en el terreno en que podia ser vencida. Finalmente, confiaba en que el Pontífice, cediendo á la razon y conveniencia, arrancaria de sus ojos la venda que pusiera un miserable espíritu de ruin venganza, y que el suceso no seria ocasion de nuevo rompimiento y guerra; y caso de que, por una imprudente tenacidad llegase a serlo, la grandeza de su animo preferia arrostrar todos sus azares a cometer un hecho tan contrario a su opinion, como el de pagar con la mas negra ingratitud los esclarecidos servicios que Roger de Flor hiciera a su persona.

Sin embargo, tanto por no exasperar la altivez del Legado, y dar tiempo para hallar los medios de conducir tan espinoso asunto á una solucion pacífica, cuanto por no amenguar el prestijio de su autoridad comprometida en la órden que diera al capitan de su guardia para reducir á prision al vice-almirante de Sicília, el cual buscó un pretesto para eludirla, insistió de nuevo en ella, fundándose en que cuando mandara prender á Roger era todavia vasallo suyo.

Roger y sus amigos no pudieron menos de comprender el derecho y razon que asistia al rey D. Fadrique, y en este concepto se sometieron sin murmurar, conociendo que el menor asomo de resistencia les haria incurrir en la nota de rebeldes y malos caballeros.

El vice-almirante inclinó la cabeza en señal de obediencia al rey, y el capitan de la guardia se puso a su lado.

Al fin triunfaba Roma; y ya el rey y los caballeros se disponian para abandonar la sala del trono, cuando se hizo de improviso un estraño movimiento entre los grupos, que se abrieron con algun desórden para hacer lugar á los diputados de la ciudad de Mesina, que

con su presidente á la cabeza llegaron con paso resuelto hasta las gradas del sólio de D. Fadrique, donde se detuvieron en actitud reverente.

Sorprendido el rey por tan impensado suceso, esclamó, mirando con severidad al *Estratigo*:

—¿Qué pide Mesina?

—Señor—replicó con dignidad el interpelado—venimos á requerir de vos que sea puesso en libertad, para ser juzgado por sus jueces naturales, la persona de en Roger de Flor, ciudadano de Mesina.

—Y, ¿en nombre de quién se me hace tal peticion?—dijo el rey frunciendo lijeramente las cejas.

—En nombre de los privilejios que el rey Roger concedió á la ciudad (1) los cuales disponen que, salvo el caso de traicion contra el Estado, ningun ciudadano de Mesina pueda ser juzgado ni sentenciado por otros que no sean sus propios jueces.... Recordad, señor, que cuando fuísteis coronado en Palermo, jurásteis, ante los barones y los síndicos de las ciudades de la isla, guardar y conservar estos privilejios.

La noble frente de D. Fadrique se desarrugó al oir estas palabras, y una imperceptible sonrisa de satisfaccion se dibujó en sus labios; sin embargo, despues de haber dirijido una mirada á Monseñor el legado, como para tomarle por testigo de que por su parte hacia cuanto le era dable á fin de obedecer la órden del pontífice, esclamó aparentando severidad:

—¿Qué hay de comun entre los fueros de la ciudad y un vasallo mio y capitan de mi hueste?

—Hay, señor; que estando en el mes de diciembre de mil trescientos uno, la ciudad de Mesina estrechamente cercada por mar y tierra por el duque de Calabria, y reducida al último aprieto, tanto que estaba á punto de capitular, el vice-almirante, en Roger de Flor acudió con doce galeras y otros bajeles en nuestro socorro, trayéndonos en víveres, armas y soldados lo bastante para obligar al anjovino á levantar el cerco. Por este importante servicio, el Consejo de la ciudad recompensó al vice-almirante dándole carta de ciudadanía.

(1) El rey Roger concedió, en 15 de mayo de 1129, una carta con ámplios privilejios á la ciudad de Mesina, en recompensa de los servicios que habia recibido de ella para la espulsion de los normandos.—*César Cantú.*

Un prolongado murmullo de aprobacion acojió las palabras del presidente de los diputados de Mesina; y el semblante de D. Fadrique manifestó bien á las claras el placer que sentia su corazon al considerar los medios de que se valia la Providencia para salvar al noble Roger de las manos de los freires de su órden. Mas viendo que monseñor el Legado se disponia á tomar la palabra para insistir, sin duda, en su peticion, se apresuró á decir, poniéndose en pie y dirijiéndose á Mateo de Termini, Maestre-justicia de Sicilia.

—Reunid el consejo de Estado, y que juzgue el caso con arreglo á justicia, y esto en el plazo mas breve. A vos, en Roger, os mando retirar á vuestra posada de donde no habeis de salir hasta que tengais nuevas mias. Cuidad que todavia sois mi vasallo, y no ciudadano de Mesina puesto que para ello no hubísteis mi permision.

Esto diciendo, saludó con un movimiento de cabeza á todos los circunstantes; bajó lentamente las gradas del trono dando la mano á la princesa Leonor, se inclinó al pasar por delante del Legado, y desapareció por una de las puertas laterales del salon, seguido de los oficiales reales, de los criados de su casa y de las dueñas y doncellas nobles del servicio de la infanta.

Temeroso el capitan de la guardia que con la ausencia del rey estallase el encono que se profesaban los nobles de la comitiva de la infanta y los españoles y sicilianos, se apresuró á ponerse al frente de sus soldados, á los cuales formó delante del trono dispuesto para protegerle contra cualquier desacato. Todos los caballeros presentes comprendieron desde luego su intencion y permanecieron tranquilos y respetuosos en tanto abandonaban la régia estancia.

Los caballeros catalanes y aragoneses llegaron apresuradamente al apeadero del Alcazar, montaron á caballo y salieron á galope cada uno hácia su respectivo alojamiento.

La precipitacion y desórden de su salida produjo la alarma que dejamos descrita al final del capítulo anterior.

III.

Cómo en vuestro dolor, dijo inocente
Madre infeliz, la cana cabellera
Tendida al aire y los quemados ojos
Con muestra lastimera
Y bañados de lágrimas, de hinojos
No os postrais ante Dios?.....
(Espronceda, *Diablo Mundo.*)

Caballero, caballero,
Que tanto bien me fasie,
Recordá cedo á mis voces,
Que yo por bien lo tenia.
La Infantina de Francia, (*Romancero general.*)

¿Qué mal teneis, caballero?
¿Queredes me lo contare?
¿Teneis heridas de muerte,
O teneis otro algun male?
Valdovinos y Carloto, (*Romancero general.*)

En una espaciosa cámara de techumbre artesonada con labores imitando estalactitas doradas, é injeniosas figuras geométricas, labradas con tiras estrechas de maderas de colores, en las que solo se veia la línea recta; y cuyas paredes cubiertas de graciosas labores y tablas de ajaraca y frisos de preciosos azulejos de vivo esmalte, denotaban su orijen arábigo, se veia sentada en un pesado sillon de madera

de nogal artísticamente tallado al estilo gótico, y allegado al antepecho de una rasgada ventana ojival, una mujer jóven de tez blanca, ojos azules sombreados por largas y sedosas pestañas de un hermoso color castaño y cabello de un rubio de oro, cuyas trenzas tejidas con sartas de menudas perlas le caian por la espalda; la cual vestia un jubon de grana fina adornado en el pecho y en las mangas con tiras de terciopelo picadas de dos en dos, y sugeto á la cintura con un ceñidor de cabos de plata, que sostenia un brial de seda atornasolada, bordado y jaquelado con pasamaneria de oro y filigrana.

Un poco retírada, y media envuelta en la penumbre que proyectaban los vidrios de colores de la ventana, estaba sentada en un ancho taburete, una dueña, jóven todavia, que acariciaba la graciosa cabeza de un soberbio galgo blanco, que sentado sobre sus patas, habia colocado su afilado hocico en las rodillas de la moza.

—Duélome, señor,—decia la dama á un gentil caballero que permanecia en pie y reclinado sobre el respaldo de su sillon—que por cuidados mios esteis privado de asistir hoy á las ceremonias de las bodas de D. Fadrique.

—No vos cuideis de ello, mi dulce señora,—respondió el caballero mirando apasionadamente á la dama.—¿Dónde mejor que á vuestro lado pudiera encontrarme yo?

—Os vivo agradecida, señor; y espero que este mal que me aqueja no durará mas allá del dia de hoy, con lo que podremos asistir á las fiestas. ¿Sabeis cuántos dias durarán las justas?

—Seis, mi dulce señora.

—Y, ¿quiénes son los caballeros mantenedores?

—Los tres primeros dias, vuestro muy noble padre, Bernaldo Rocafort, Berenguer de Entenza, los hermanos Pedro y Sancho de Oros, y vuestro humilde esclavo.

—¿Y los otros tres?

—Lo serán por mitad caballeros franceses y napolitanos.

—Hanme dicho que se alancearán toros.

—Sí; y por cierto que habrá una novedad que será de gran contento para el pueblo. Un soldado, mozo valiente como pocos, ha de lidiar á pie, sin mas armas que su espada y tres asconas monteras con una de aquellas bravas animalías.

—Es caballero ó escudero?

—Es un almogavar.

Al oir este nombre, la dama se estremeció, y paseó una mirada,

al parecer distraida por su derredor. Luego dijo con rapidez, como si tratara de ocultar su turbacion:

—Cómo tal! ¿se permitirá á uno de esos feroces soldados tomar parte en los festejos al par de los caballeros?

—Templad vuestro enojo, mi dulce señora, y cuidad que no soldado, sino adalid-capitan, es el lidiador.

—Adalid!—esclamó la dama cada vez mas turbada.

—Sí, en verdad; y adalid cuyos hechos de armas podrian enaltecer al mas noble infanzon de España. El fué quien en la batalla de Falconara, lidiando como bueno, hizo prisionero al príncipe de Taranto; él, quien á las órdenes del ilustre capitan D. Blasco de Alagon, hizo mas que hiciera ningun caballero en Calabria; y él, en fin, quien nos libró de la afrenta á vuestro padre y á mí, cuando por la traicion del villano y felon Apiano de Frimi fuimos sorprendidos en el castillo de la Alicata, y agarrotados para ser entregados al rey de Nápoles.

—Oh, señor!—dijo la dama cuyos ojos se llenaban de lágrimas —contadme eso.

—Que me place—respondió el caballero:—escuchad.

—Los soldados de Francia y Nápoles recorrian la comarca sin ser osados allegarse á los muros y fuertes torres del castillo de la Alicata, defendidos por una numerosa guarnicion de catalanes y aragoneses. Pocos dias antes habiamos dado asilo en él, á la compañia de Apiano de Frimi, deudo del traidor Alaimo de Lentin, que habia sido mal parada en un encuentro habido con un escuadron de provenzales. Tres dias despues, el felon Apiano concertó la entrega del castillo con un capitan francés, y una noche le dió entrada por una poterna cuya guarda le habia sido encomendada. Los enemigos entraron sin dar golpe; sorprendiéronnos á todos durmiendo, y nos agarrotaron. Mas quiso nuestra señora Santa Maria, que el adalid que con quinientos almogavares guerreaba en aquella tierra, tuviera conocimiento del suceso en aquella hora. Sabido que lo hubo, vino presto sobre el castillo, donde llegó al cuarto del alba; lo escaló denodadamente, pasó al filo de la espada la compañia francesa con su capitan, y nos devolvió la honra y la vida.

—Déle Dios su bendicion!—dijo la dama juntando las manos y elevando una mirada al cielo—y, ¿es mozo? preguntó con timidez.

—Sí, mozo, tan gallardo como esforzado; y tan apuesto, que no hay caballero en la isla que le aventaje ni cabalgue mejor que él.

—Cómo se llama ese generoso mancebo?

El caballero iba á responder, cuando de súbito se levantó debajo de la ventana un estrepitoso vocerío, entre el cual se oian por momentos los gritos agudos y penetrantes de una mujer. Despues de un instante de indecision, la dama y el caballero abrieron precipitadamente los entornados vidrios de la ventana, y se asomaron á la calle. En ella vieron como una anciana mujer, vestida con estravagancia al uso de los hechiceros y embaucadores, empero con cierto lujo de relumbron, luchaba desesperadamente para desprenderse de las manos de una turba soez de hombres, mujeres y chiquillos del pueblo que la aporreaban sin piedad, y le arrojaban piedras y barro en medio de mil imprecaciones y de gritos de muerte.

Indignado el caballero, echó el cuerpo fuera del alfeizar, y á grandes voces mandó imperiosamente á la multitud que dejasen á aquella infeliz; y luego dió órden á los criados de la casa, á quienes el tumulto habia hecho salir á la calle, que la socorriesen. La muchedumbre obedeció gruñendo como una fiera enjaulada que se siente hostigada y no puede tomar venganza, y se dispersó. La desgraciada mujer, cuando se vió libre de las manos de sus verdugos, alzó los ojos hácia la ventana de donde le viniera tan impensado socorro, movió la cabeza con una indecible espresion de gratitud, y echando á correr con el vestido y cabello en desórden, penetró en la casa, y, sin que pajes ni escuderos pudieran detener su rápida carrera, atravesó como una bacante escaleras, pasadizos y habitaciones, viniendo por fin á caer á los pies de aquellos á quienes debia la vida.

—Alza del suelo—dijo el caballero ayudándola á ponerse en pie—¿por qué te has entrado hasta aquí?

—Ah magnífico señor!—contestó la desgraciada mostrando su rostro cárdeno con los golpes, é inundado en lágrimas que el dolor arrancaba de sus ojos inyectados de sangre—cuán bueno y santo sois, cuando asi habeis amparado á la pobre Wilda.

—Quién eres? qué me quieres?

—Soy Wilda, la hechicera española, que viene á besar vuestras plantas, porque sois bueno y español tambien.

Estas sencillas palabras produjeron un efecto májico en la dama y el caballero, que sintieron aumentarse el compasivo interés que les inspiraba aquella mujer por su doble carácter de compatriota y desgraciada. La dama corrió presurosa á tomar un pequeño taburete que la ofreció diciendo:

—Sentaos, cuitada, que buena falta debe haceros.

—Gracias, noble señora—dijo la hechicera juntando las manos en actitud de adoracion—cuando vuestra voz, señor caballero, hubo apartado de mí aquellos crueles que me martirizaban sin ninguna compasion, alzé la cabeza, y creí ver un ángel á vuestro lado.... Mi vision era realidad.... Dios sea loado.

—Sosegaos, infeliz—dijo el caballero—y contadnos vuestra cuita.

—Ah, noble señor! hace tres dias que rondaba yo este palacio y esta calle, porque habia leido en las estrellas que aqui encontraria lo que hace veinte años estoy buscando. Esta mañana, rendida por la fatiga, pues hace tres soles que no tomo alimento ni duermo bajo techado, me dejé caer desfallecida al pie de vuestra ventana.... El sueño me venció, y tuve una espantosa vision.... Oh! muy horrible, nobles señores! soñé que en medio de la plaza de Nápoles se levantaba un cadalso maldito, que un pueblo inmenso rodeaba, bramando de impaciencia porque le ofrecieran la víctima!... El sol despedia su luz de color de sangre, y soplaba un furioso vendabal.... Abriéronse las nubes; cayó el rayo, y á su rojizo resplandor le ví, á él, arrodillado al pie del tajo.... tomóle el verdugo por los cabellos.... silvó el hacha.... y.... su cabeza rodó hasta mis pies..., levantéla entre mis manos, beséla en los ojos y en la boca que me escupió sangre sobre la faz.... lanzé un grito y caí sin vida.... Entónces ví todo aquel pueblo despiadado arremolinarse como las hojas secas azotadas por el viento en medio de una selva.... girar en derredor mio é insultar con frenética risa mi angustia y mi dolor.... Hela! hela! la hechicera maldita—decian unos, que ronda hace tres dias y tres noches estos lugares... Ella es la que ha encanijado al hijo de maese Pietro.... Otros me arrojaban barro á la cara gritando: Toma, vieja endiablada! por haber hecho mal de ojos á mi hermano que estaba en la cuna.... Perra judia!—voceaban los mas, aporreándome con palos ñudosos—dínos donde has llevado los dos hijos pequeñitos de maese Eurico, que robastes ayer noche de su casa.... Y todos herian á porfía sobre mí, sin piedad ni compasion.

—Pobre mujer! dijo el caballero, conmovido por el acento de dolor y angustia con que la española referia sus desgracias.—Sosegaos, que yo os ampararé siempre que llegueis á mi puerta.

—Permitidme, señor, que bese vuestros pies.

—Alzad, y decidnos cómo siendo española os hallais en Sicilia.

—Ah, señor, es una triste historia.

—Referidla, pues.

—Cuido que os molestará.

—Ya veis que no cuando queremos oirla.

—Magníficos señores; nací de padres solariegos en....—aquí se interrumpió la anciana y luego continuó—no le hace el nombre. Caséme niña aun con un hombre de armas, que andando en busca de fortuna, se hizo criado de la casa de un poderoso baron catalan, el cual tenia guerra, habia luengos años, con un su vecino, rico-hombre tambien; pero que tenia mas pueblo y tierras en su feudo, y mayor número de criados. Quedé viuda á los dos años, y con un hijo de cuatro meses. Mi noble señora parió á la sazon un niño, que me dieron á criar; y yo me alegré de ello, por que en vez de uno hallábame con dos hijos á quienes querer. Una noche los enemigos de mi señor, escalaron el castillo, incendiáronlo, y mataron á ambos mis nobles señores y á mi hijo que estaba en la cuna..... Yo pude salvarme herida y aporreada, llevando entre mis brazos ensangrentados al hijo de mi señor..... Aquellos verdugos arrasaron el castillo despues de dar muerte á todos sus moradores, salvándonos de la matanza otro hijo mozo de mi noble señor, su hermanito, y yo..... Despues supe que aquel hijo mozo habia sido socorrido por un vasallo leal de su padre, y llevado á la córte de Aragon donde fué criado en el palacio del rey. Yo me torné viuda y madre desconsolada al solar de mis padres que habian muerto, donde procuré hallar un consuelo á mi malaventura en el cariño del hijo que Dios me habia dado. Seis años viví cubierta con los paños de la viudez, viendo crecer en donaire y gentileza al hijo de mi noble señor. Un dia.... dia de maldicion....! llegó á la comarca una compañía de Almogavares, y..... los crueles se llevaron á mi hijo..... Oh, sí! se lo llevaron..... Porque ellos se alojaron en el pueblo, y desde entonces no le han vuelto á ver mis ojos..... Furiosa como una leona á quien roban sus hijuelos, salí en busca de ellos.... pero, cuitada de mí! no los hallé..... Anduve, anduve por montes y por valles, un sol tras otro sol, una luna tras otra, luna y no los logré encontrar. Tomando lenguas y siguiendo sus huellas, llegué á Tortosa donde se reunia la hueste del rey de Aragon que iba á la conquista del reino de Sicilia. Quince mil almogavares se juntaban allí, y yo esperaba encontrar á mi hijo.... Vana esperanza....! á todos pregunté; ninguno me dió nuevas de él.... Guiada por una voz secreta que me gritaba sin cesar en el corazon que solo entre aquellos feroces soldados podria encontrar á mi hijo, uní mi destino al de ellos;

y como era yo jóven y hermosa, enseñáronme la ciencia de los conjuros y adivinaciones en los libros que ellos guardan con grande veneracion. Entre tanto embarquéme en la armada con los bagajes del ejército; con él fuí á la costa de Africa y con él vine á Sicilia. Dentonces, nobles señores, hace veinte años que corro sin cesar la Sicilia, la Calabria, la Pulla, Nápoles y Roma en busca de mi hijo, maltratada, escarnecida y aporreada como una fiera, porque, señor, ninguno vé en Wilda la madre desconsolada que busca á su hijo, sino la hechizera maldita que estudia en las estrellas, que consulta el vuelo de las aves y que lee en el libro del destino..... para saber de las estrellas, de las aves, y del destino, donde se encuentra el hijo que robaron á su amor.

La pobre Wilda cesó de hablar, y la dama enjugó las lágrimas que arrancaron de sus ojos los lamentos de aquella infeliz madre.

El caballero hizo un esfuerzo para vencer la emocion que embargaba su ánimo generoso y esclamó, mirando tristemente á la anciana.

—Porqué no haceis pública esa historia, nombrando los padres de vuestro hijo? Quién sabe si el mozo vive, y si apesar del tiempo que pasó se recuerda de vos y os busca como lo buscais á él.

—Oh! no.—dijo la hechizera con acento que denotaba terror.

—¿Porqué ese misterio, cuando sin él acaso podeis hallarle?

Wilda dirijió en torno suyo miradas de espanto, y bajando la voz de manera que solo el caballero y la dama pudieran oir lo que tenia que comunicarles, respondió.

—Porque vive, y está aquí un hijo del enemigo, que digo, del verdugo de mi noble señor.

—Y bien, ¿qué hay en ello que os espante?

—Qué?—replicó la hechizera, sonriendo amargamente,—que me ayudaria á buscarlo, es verdad, pero para matarlo como á sus nobles padres..... Porque habeis de saberlo, señor, es un alto y poderoso caballero, para quien todavia no han empezado á lucir los dias de luto, y las tinieblas de la muerte..... Pero ellos lucirán..... oh! si que lucirán..... su sino está escrito en el firmamento..... yo lo he leido en él, y la ciencia no me engaña..... Todas las noches veo su estrella caminar lentamente hácia Oriente seguida de una pequeña mancha negra, que crece y se aprocsima mas y mas á ella, y llegará un dia en que la envuelva como en un sudario.

—Está en Sicilia, decís?

—Sí, noble señor, y en Mesina.

—Cómo se llama?

—Oh! no lo sabreis; porque si yo pronunciara su nombre en alta voz, se desharia el conjuro, y el maleficio se tornaria contra mi hijo.

—Entónces, desgraciada, renunciad á encontrarlo.

—No, noble señor; no renunciaré en tanto el cielo me otorgue un dia de vida; y mucho menos cuando he leido en las constelaciones, hace tres noches, que mi hijo llegará á encontrar á su hermano.

—Y, sabeis dónde se halla ese hermano?

—Sí, noble señor; en Mesina donde todos los dias le veo sin poder llegar hasta él para besarle los pies..... Tambien él es un noble y esforzado caballero, y valeroso capitan.

—Lleva el nombre de su casa y familia?

—Sí, noble señor.

—Conoce al matador de su padre?

—Sí, noble señor, y es su amigo.

—Y no le torna la amistad?

—No, noble señor.

—Pues si él le perdona, perdonadle vos tambien desgraciada.

—Ah! señor caballero, él no ha perdido dos hijos como yo.

El estrépito producido por un peloton de caballos que á todo correr llegaron y penetraron en el patio apeadero de la casa, puso término á la conversacion del caballero y la hechicera.

Pocos momentos despues, se abrió con violencia la puerta de la estancia, y penetraron Roger de Flor, Entenza y Rocafort; sombrío y amenazador el uno; orgulloso y altanero el otro, y el tercero aun mas sombrío y mas orgulloso que los dos.

La dama y el caballero les salieron presurosos al encuentro, y aquella esclamó, echándose en los brazos de Roger.

—Padre y señor, qué os aflije!

—Elfa, hija mia,—respondió el vice almirante, estrechándola sobre su pecho. Y como si aquella espresion de un afecto tierno y paternal hubiese agotado sus fuerzas, retrocedió hasta tropezar con un sitial sobre el que se dejó caer.

—Señor, dijo el caballero—que cosa os aconteció que tan ajitado os puso?

—Una negra felonía, una torpe ingratitud,—respondió Roger, dejando caer un puño con violencia sobre el brazo del sitial.

—Que es ello?

—Sabed, amigo Corbaran de Lahet, que monseñor el legado del

Papa, me ha amancillado en presencia del rey y de toda la córte; y ha pedido mi prision, para que sea entregado á la ruin codicia de mi órden.

—Y el rey D. Fadrique....?

—El rey D. Fadrique mandó al capitan de su guardia que me prendiese.

—Y vos, esora, ¿cómo estais aquí?

—Delante de toda la córte me aparté de su servicio; llaméme á fuero de Aragon, é híceme vasallo del rey D. Jaime.... Es decir, que en pago de mi lealtad, saldré de Sicilia perdida la opinion, sin un palmo de tierra que pueda llamar mio, y tendré que ir como un pobre aventurero á pedir, á fuer de vasallo, una lanza y un caballo al rey de Aragon, para hacerme un estado, si es que no estoy destinado á morir en el rincon de un claustro.

Calló el vice-almirante, y permaneció un momento silencioso, durante el cual su semblante manifestó que en su imajinacion se ajitaba un pensamiento que le martirizaba. Al corto rato tomó una mano de Corbaran y le dijo con voz sorda y conmovida.

—Noble Corbaran; cuando me pedísteis la mano de Elfa, os la cedí gustoso por que cuidé que la hija del vice-almirante de Sicilia bien podia ser la mujer de un rico-hombre catalan..... Mas hora que de Roger de Flor solo queda un nombre amancillado..... hora que ella es la hija de un pobre caballero, sin patria y maldito de Dios por boca del legado, os devuelvo la palabra y os hago libre de vuestro empeño.

—Señor,—dijo Corbaran, dando á su fisonomía una espresion de dignidad ofendida,—yo vos pedí á Elfa, solo porque era noble, discreta, é hija vuestra; vos y no el vice-almirante fué quien me la otorgó.... Ved si vos ó yo podemos deshacer lo hecho.

—Sois noble y generoso, buen Corbaran,—dijo Roger, manifestándose vivamente conmovido,—pensadlo bien.

—Pensado lo he, señor, como lo piensa un caballero.

—Entonces,—dijo Roger, que iba recobrando lentamente su energía habitual,—aun no todo se ha perdido, que me sobra valor y tengo todavia amigos, soldados y castillos para tornar por mi razon.

—En Roger,—dijo Entenza, en cuya hermosa fisonomía se retrataba el hondo pesar que le causara la desgracia de su amigo,—contad conmigo, y con doscientas lanzas y mil peones que puedo poner á sueldo mio.

—Y con mis castillos de Calabria y seiscientos soldados,—esclamó con acento breve el austero y sombrió Rocafort, cuyo pie derecho golpeaba reciamente el suelo;—y por las barbas de mosen Sent-Jordi que ha de pesar al Papa y á D. Fadrique de la deshonra que os hicieron.

—Deshonra—esclamó Corbaran con ecsaltacion,—que á todos nos atañe, y contra la que debemos desnudar la espada.

—Gracias, amigos y señores!—dijo Roger, en cuyo corazon renacia la esperanza.

—No, sino dejemonos sacrificar uno en pos de otro,—continuó Corbaran,—para satisfaccion y venganza de los que no pudieron vencernos en buena lid. Hora piden á en Roger, y mañana pedirán á otros caballeros que serán cabezas para los verdugos de Nápoles y de Roma.

—Dice bien el buen caballero—esclamó Rocafort á quien ciertos remordimientos de conciencia por sus hechos durante la última guerra, hacian uno de los mas interesados en contrariar las ecsijencias de la córte pontificia.—Cuido que lo de la desobediencia del fray sargento de la órden del Temple, no es mas que un pretesto; lo que el papa procura es la persona de en Roger de Flor, vice-almirante de Sicilia, para pedirle estrecha cuenta de las talas y buenas presas que ha hecho en las provincias y vasallos de la Iglesia. Y siendo esto asi, como no puede haber duda dello, igual suerte espera á cada uno de nosotros, porque iguales agravios tiene el papa de nos.

—Por Dios que no errais, Rocafort—dijo Entenza pronunciando con lentitud estas palabrass.—Empero antes de obrar, hemos menester pensar con gran seso; porque si no concertamos todas las partes, y somos sorprendidos, habremos de sufrir como rebeldes y traidores.... Yo no puedo persuadirme que el rey D. Fadrique quiera pagar tan ruinmente á sus mas fieles servidores; cuido que, como rey prudente, quiere luchar de astucia á astucia con Roma, y arrebatarle de las manos la presa que ya cree tener asida, sin llamar sobre sus estados nuevas guerras y escomuniones. Empero si no lo hiciese asi; si cuidase mas en la paz que en la opinion, sepamos como habremos de hacer para tornar por nos.

—Tocando armas, y cabalgando—le interrumpió Rocafort.

—Y con tal ocasion, ¿uniránse á nosotros todos los capitanes y caballeros catalanes y aragoneses?—dijo Entenza.

—Sí, porque va en ello el interés de todos.

—¿Y seremos bastantes contra el rey y los barones de la isla,

que no hay que dudarlo, no moverán guerra en favor nuestro?

—Olvidais que para dar el reino á D. Fadrique no contamos con ellos?—dijo Corbaran.

—No, pero tampoco olvido, que si nos hacemos deservidores de D. Fadrique, lo seremos del rey D. Jaime, y tendremos contra nos, sus armas, las de la Iglesia, Francia y Nápoles.

—Ya las hemos tenido una vez, y por muchos años—replicó el indómito Rocafort haciendo un jesto altanero—y, vive Dios! que tuvieron que pedirnos la paz..... Y, ya que el destino nos hizo dispensadores de reinos, daremos el de Sicília á quien bien nos plazca y bien nos pague. Yo para el comienzo de la jornada, reuniré hoy mismo mis deudos y amigos, y partiré á Calabria á poner en armas los castillos que tengo por D. Fadrique: y, juro á mí, que no tardará la Sicilia en tener nuevas mias.

Roger de Flor, que durante las razones anteriores habia permanecido silencioso revolviendo un plan en su imajinacion, juzgó llegado el momento de mediar con su autoridad en la contienda movida entre sus amigos ansiosos de servirle, y esclamó.

—Amigos, ved que somos pocos para concertar tamaña empresa; cuido que lo mas prudente será consultar el ánimo de nuestros amigos y ver de consuno cuales son los medios y el lugar conveniente para dar comienzo á la resistencia; puesto que nos sobra espacio, toda vez que el consejo de estado mandado reunir por D. Fadrique ha menester tiempo para dar sentencia. Entretanto, vos Rocafort, amigo, permaneced en Mesina, porque en ella están mis galeras que yo mandaré aderezar de todo lo necesario, para que puedan conducir, si llega el caso, nuestros soldados á Calabria, donde debemos dar principio á la guerra, á pretesto de no entregar los castillos de aquella tierra; con lo cual no apareceremos desde luego deservidores de D. Fadrique, sino descontentos de la paz de Calatabelota, y soldados celosos de su honra y de cobrar las pagas que se les deben; puesto que esta última condicion no se ha satisfecho, para que se pueda hacer la entrega de aquellos castillos.

—Sois tan prudente como esforzado capitan, en Roger—dijo Entenza, que comprendió desde luego toda la inteligencia y prevision del plan propuesto por el vice-almirante—y si os place, esta noche durante la segunda vigilia, podremos reunirnos en mi posada, para no despertar sospechas, y alli concertaremos lo mas conveniente para la jornada.

En esto se abrió la puerta de la estancia, y un caballero de cabellos blancos, pero cuya mirada viva y penetrante, airoso cuerpo, y soltura de movimientos desmentian los años que las arrugas de su rostro estampaban en su frente, apareció en el umbral. Al verle, los tres ricos-hombres hicieron una esclamacion de júbilo y sorpresa; Roger corrió á su encuentro y tomandole una mano, que estrechó afectuosamente entre las suyas, le dijo:

—Dios os guarde, miser Ramon Montaner; venís en buen hora, pudiendo servirnos con vuestra prudencia y consejo.

—Eso será en otra ocasion—replicó Montaner, devolviendo con respeto el cordial saludo que los caballeros le hicieran—hora vengo en nombre del muy alto y muy poderoso señor D. Fadrique, á deciros, á vos, en Roger de Flor, que os aguarda el rey en el castillo de Matagrifon.

—A mí en Matagrifon! esclamó Roger retrocediendo sorprendido por tal nueva.

—A vos, señor vice-almirante de Sicilia.

—Y, ¿qué quiere de mí el rey?

—Lo ignoro; y vos no debeis preguntar, sino obedecer—dijo el noble anciano con respetuosa severidad.

Los cuatro caballeros permanecieron durante algunos segundos silenciosos y consternados, no acertando á darse cuenta de una órden que venia inopinadamente á echar por tierra el plan que acababan de concertar. Roger parecia entregado á una violenta lucha interior y sus amigos se miraban unos á otros sin osar ninguno ser el primero que tomara la palabra.

En aquel momento, un ruido sordo y acompasado que desde algunos instantes se venia oyendo en la calle, llegó claro y distinto revelando su origen á los oidos de todos.

—Ah!—hizo Roger alzando la frente, y mostrando su semblante en el que brillaba una indefinible espresion de júbilo—no me engañaba..... son las abarcas de los almogavares..... amigos, huyó el peligro!

Los caballeros se asomaron presurosos á una ventana.

Elfa, que desde que conoció, por el giro que tomaba la conversacion entre su padre y los caballeros, que su presencia podia ser molesta, se habia retirado al estremo de la cámara, y ocultádose con los pliegues de una cortina, asi que oyó la esclamacion de Roger, se asomó tambien á la calle.

Y todos vieron; una compañía de almogavares cubiertos con sus zamarras de pieles blancas, que llevaban el zurron á la espalda, la pica sobre el hombro, la espada batiendo el muslo izquierdo y tres dardos pasados por el cinturon de cuero y traidos hácia el costado siniestro en disposicion de batalla. Delante venian cuatro adalides ginetes en buenos caballos, y haciendo cabeza de la columna un gallardo y apuesto doncel que montaba un poderoso alazan tostado.

La compañía hizo alto delante de la casa de Roger; se formó en ala, y descansó en tierra el cuento de las picas.

Habido el permiso de en Roger de Flor, el jóven que viniera al frente de los almogavares penetró en la camara, donde fué recibido con un murmullo de satisfaccion. Corbaran se adelantó á tomarle por una mano, y le condujo frente á Roger.

Era el recien entrado un jóven como de veintiseis años: de estatura mas que mediana, esbelto de talle, alto de pecho, ancho de hombros y recio de piernas y brazos. Su rostro bello y varonil ligeramente tostado por el sol de Italia, tenia cierta espresion de dureza guerrera que se manifestaba por unas cejas espesas y arqueadas, hondamente fruncidas sobre una nariz de perfil griego, y por sus ojos negros y brillantes animados con el fuego de la juventud, y por las violentas emociones de una ecsistencia guerrera, que no conocia mas placeres en la vida que los azares de los campos de batalla, de las marchas y de los campamentos. Empero á la manera de un rayo de sol que ilumina un cielo tempestuoso, bañaba su hermosa fisonomía una tinta de suave melancolía, que dulcificaba su natural aspereza. Vestia fina malla desde la cabeza á los pies; ceñia su airoso cuerpo una lujosa jaquetilla de guadamacil perfumada con ambar, que se veia asomar por la abertura de la pellica rizada de borreguillo blanco que le cubria los hombros y le bajaba hasta medio muslo, sujeta al talle por un cinturon ancho, de cuero labrado con realces, y tachonado con menudos botones de plata, del que pendia una espada recta y ancha, un puñal de *misericordia* y un esquero de cabritillo rojo adobado, con varias labores estampadas en prensa. Traia caido sobre el cuello y los hombros un camal de malla anillada, y cubierta la cabeza con un bacinete bruñido que remataba en punta.

—Bien venido, mozo,—esclamó Roger dandole su mano derecha que el almogavar besó respetuosamente—¿cómo bueno por aquí?

—Señor—respondió el mozo tomando una actitud militar—ha corrido la nueva en la ciudad, que trataban de prenderos, y venimos

los almogavares a formar con nuestros cuerpos un reparo para vuestra defensa.

—Llegais en buena ocasion—dijo Rocafort.

—Mandad—replicó el mancebo—que venimos aparejados para obrar.

—Gallardo y esforzado es el mozo:—esclamó Berenguer de Entenza, mirandole complacido—le tengo por bueno, y es lastima que no podamos hacer de él un caballero.

—Por qué?—replicó Roger cuya gratitud no conocia límites en aquel momento.

—Porqué?—dijo Entenza haciendo un jesto altanero—porque no se ha visto todavia una pellica de almogavar blasonada.

—Mejor—esclamó Roger,—así esta será la primera... y por Dios que bien lo merece!

—Y yo tuviera gran placer en ello,—replicó Entenza,—porque ha ya tiempo que quiero á este mozo, á quien he visto lidiar como bueno en Calabria, en la batalla naval del cabo Orlando, y en la de Falconara; empero no basta, pesiamí, para ser caballero saber lidiar; es menester tener padres nobles y solar.... en tanto que almogavar puede serlo el hijo de una barragana.

La frente y mejillas del mancebo se enrojecieron, y sus grandes ojos negros que hasta aquel momento permanecieron fijos con tenacidad, en la dama que desde el fondo de la estancia asistia á esta escena, se tornaron inyectados de sangre sobre el rostro de Berenguer de Entenza.

—Señor capitan—esclamó con voz sonora y vibrante,—cuando los nobles caballeros caen á los golpes de nuestras espadas, y cuando vencemos las batallas para dar feudos y riquezas á los ricos-hombres, nadie nos pregunta quienes son nuestros padres... Y cuando denostamos á un noble, llamándole villano, no se lava la mancha con decir que no somos hijos-dalgos.

—Villano! A mí semejante ultraje!—esclamó Entenza dando dos pasos hacia el almogavar.

—A vos, señor caballero,—replicó el mozo con entereza—á vos, que olvidandoos de quien sois, habeis denostado sin razon á quien nunca os hizo mal, y os desafia.

El semblante del orgulloso rico-hombre se cubrió instantaneamente de una palidez mate; midió al almogavar de los pies á la cabeza con una mirada de leon herido, puso la mano en la cruz de la espada, é iba sin duda á precipitarse sobre él, cuando un rostro lívido como el de un ca-

dáver, que se alzó entre los dos, le obligó á retroceder ladeando la cabeza con un movimiento de horror. Todos los circunstantes hicieron el mismo jesto y dejaron en medio de ellos un ancho espacio, en cuyo centro estaba en pié, con la frente erguida y la mirada brillante, Wilda la hechicera.

Esta infeliz que quedara olvidada por Elfa y Corbaran, harto preocupados con los sucesos de aquel dia para pensar en ella, habia permanecido agazapada detras de un mueble de la estancia, mirando y escuchando, al parecer con indiferencia, cuanto pasaba en su derredor, hasta el momento en que el almogavar entrara en la cámara. Al verle, abandonó su escondrijo, y llegóse arrastrando como un gato montés, hasta ponerse á espaldas de Berenguer de Entenza, donde permaneció, conteniendo la respiracion, hasta el instante en que el noble catalan, afrentado por el almogavar, hizo intencion de tomar ejecutiva venganza. Entonces se alzó del suelo, y vino á colocarse frente al caballero, fijando en él dos ojos fosforecentes como los de una hiena, cuando en noche oscura pasea un cementerio, buscando un sitio donde la tierra recien removida le anuncie que hace pocas horas se enterró un cadáver.

—Entenza cerró los suyos que no podian soportar la fuerza magnética de la mirada de la hechicera, y apartó involuntariamente la mano que habia colocado sobre la guardia de su espada.

Una amarga sonrisa, que mas bien remedaba un estremecimiento convulsivo, plegó y dilató durante algunos segundos los pálidos labios de Wilda. Sus ojos, que del rostro de Berenguer, se habian fijado suavizando su dureza en el de Rocafort, se posaron definitivamente sobre el almogavar. Entónces su semblante se animó súbitamente con una espresion de ternura inefable, y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus cárdenas y huesosas mejillas. Cayó arrodillada, y levantando sus manos juntas al cielo, esclamó con acento desgarrador:

—Dios mio, Dios mio!! mi corazon estará ya seco cuando duda todavia! Esos ojos...! ese rostro...!

Pasados los primeros momentos de estupor general, los caballeros volvieron en sí, mostrando en sus fisonomías la indignacion que les causara el verse interrumpidos y casi amenazados por una mendiga. Luego picóles la curiosidad por saber como se habia valido para penetrar hasta ellos, y todos, escepto Entenza y el almogavar, se llegaron para interrogarla; pero Corbaran los satisfizo, refiriéndoles brevemente el caso.

Entre tanto, Wilda permanecia arrodillada, y tan encojida, que su

rostro parecia tocar el suelo, murmurando algunas palabras que los circunstantes no comprendian.

Cuando Corbaran hubo terminado su narracion, Roger esclamó, dirijiéndose á los pajes que guardaban la puerta de la cámara.

—Sacad de aquí esta mendiga hechicera.

Dos criados se adelantaron, y tomando por los brazos á la anciana comenzaron á arrastrarla fuera de la estancia, sin que ella opusiera la menor resistencia.

Elfa, que que no habia separado un momento la vista de aquella escena, comprendió, con ese instinto vivo y penetrante de la mujer, que allí se encerraba algo mas de lo que á la simple vista aparecia. Impulsada por ese pensamiento, al tiempo que movida por la compasion, llegóse á Roger en actitud suplicante, y le dijo:

—Padre, no permitais sea maltratada esa desgraciada.

—Que me place—contestó Roger dirijiendo una tierna mirada á su bondadosa hija.—Cuidad de no hacerla mal alguno, y dadla cuanto haya menester antes de despedirla.

La hechicera se incorporó con lentitud ayudada por los pajes y salió de la estancia mirando alternativamente á Elfa y al almogavar.

Los cinco caballeros y el adalid quedaron silenciosos y mirándose mútuamente de hito en hito, no atreviéndose ninguno á proferir una palabra por temor de que esta fuese la señal para hacer estallar la tormenta que la providencial aparicion de la hechichera habia dejado en suspenso.

Por fortuna, miser Ramon Montaner, puso término al embarazo en que todos se encontraban, diciendo al vice-almirante.

—Cuido, señor, que habeis olvidado que el rey D. Fadrique os aguarda en el castillo de Matagrifon.

—No asi,—replicó Roger, gozoso interiormeñte de hallar un pretesto para distraer la atencion de todos los concurrentes hacia un asunto distinto de aquel que debia preocuparlos—sino que dudo en obedecer, hasta tanto que sepa si el rey me llama como servidor suyo ó como vasallo del rey de Aragon.

—El rey os llama—replicó Montaner con severa dignidad—os toca solo obedecer; vasallo que asi no cumple, es deservidor del rey y perjuro á sus juramentos.

—Y, ¿quién me responde que no me será hecha sinrazon?

—El rey D. Fadrique os manda su seguro conmigo.

—Vamos pues, caballeros—dijo el vice-almirante con resolucion.



Ugo adalid-capitan de almogavares

Llamó á Elfa, estrechóla sobre su pecho, y despues de besarla en la frente salió de la sala. Siguiéronle los demas caballeros, y el almogavar, que volvió repetidas veces la cabeza para mirar á la jóven.

Pocos momentos despues, Roger, Entenza, Rocafort, Corbaran y miser Montaner marchaban al galope de sus caballos hácia el castillo de Matagrifon.

Cuando el adalid fué á poner el pie en el estribo, Wilda que permanecia en la inmediacion de la puerta de la casa de Roger, espiando este momento, se lanzó hácia él, y deteniéndole por un brazo le dijo con acento suplicante:

—Señor caballero, ¿cómo os llamais...?

—Ugo—respondió el adalid.

—Ah, por piedad! no me mintais.... ¿no teneis otro nombre? decídmelo, señor!

—Ya os lo he dicho, buena muger.

—¿Recordais á vuestra madre?

—Dejadme—respondió el almogavar haciendo un movimiento de cabeza que denotaba despecho, y procurando al mismo tiempo desasirse de las manos de la anciana.—En nombre de nuestro señor Jesucristo, no me rechaceis asi, sin contestarme, señor caballero....

Ugo se desprendió de las manos de Wilda con un violento esfuerzo; empero esta, antes de soltarle, logró estampar en la suya un beso tan ardiente y apretado que hizo estremecer al jóven.

La pobre madre ecshaló un grito y cayó en tierra; mas se levantó con presteza, llamando entre gemidos al jóven almogavar.

—Vamos, vamos!—esclamó Ugo saltando lijero sobre la silla. Clavó los acicates en los hijares de su caballo que dió algunos botes desordenados y luego partió á galope.

La compañia almogavar se puso en marcha á la carrera en pos de Roger de Flor y los caballeros que le acompañaban, los cuales salieron de la ciudad, por no alarmar á los habitantes con la vista de la pequeña hueste, y caminaron hácia la parte de Tavormina para entrar en el castillo de Matagrifon.

IV.

Llegó la fama del Cid
A los confines de Persia,
Cuando andaba por el mundo
Dando razon de quién era;
Y como lo oyó el Soldan,
Y supo bien la certeza
De los hechos del buen Cid,
Un presente le apareja.

ESCOBAR, *Romancero del Cid.*

El castillo de Matagrifon por sus altos torreones, recias murallas y doble barbacana, era en aquella época la principal fortaleza, ó si se quiere la ciudadela de Mesina. Estaba unido al recinto fortificado de la plaza, y la protejia por su ventajosa posicion contra los ataques que el enemigo pudiera dirijirla desde los collados que al O. la dominaban; facilitaba las salidas de la guarnicion contra cualquier punto de la línea de un ejército sitiador, y, finalmente, se oteaban desde las plataformas de sus macizas torres, las fortificaciones del norte y oeste de Mesina.

En la torre de homenaje de este castillo, y en su sala de armas, cuyo á mbito cuadrado apenas media ocho varas por cada lado, ha-

llábanse paseando en la tarde de este dia, dos horas antes de la puesta del sol, el rey D. Fadrique y el gran canciller del reino, Vinchiguerra de Pallici, entregados á una animada conversacion.

—Señor—decia el canciller—no comprendo cómo tratais de poner en aprieto vuestro reino por tan liviana ocasion.... ¿Merece, en Roger de Flor, que movais una güerra con la Iglesia por no entregar su persona á los freires de la Orden? ¿Vos es tan necesario, hora que están firmadas las paces, para que no podais pasar sin él? ¿Es acaso natural de vuestro reino de Sicilia para que hagais cuestion de Estado la defensa de su persona; ó es catalan ó aragonés para que tomeis su honra por vuestra? Pensadlo, señor, con gran seso; y ved que sus servicios no fueron de vasallo á su señor natural; sino los de un aventurero que corre en pos de la fortuna, vendiendo su espada á aquel que mejor se la paga.... Recordad, señor, que há poco mas de tres años, Roger de Brindiz, (1) desleal al partido de la casa de Suavia, por el cual su padre, que era criado de ella, murió como bueno en los campos de Polenta defendiendo los derechos de Coradino, fuese con una galera á ofrecer sus servicios á Roberto, duque de Calabria, cuando este príncipe se hallaba en güerra con vos; y porque no le fueron admitidos, vinose despechado á serviros; no porque cuidase que vuestros derechos eran los mejores, sino porque habia necesidad de buscar quien le amparase contra el Maestre de su órden, que le queria prender porque estaba acusado de haber defraudado los derechos comunes de los Templarios, y alzádose con todos los despojos que sacó de Tolemaida.

—Catad, señor canciller—dijo D. Fadrique despues de un momento de silencio, durante el cual estuvo mirando fijamente á su interlocutor—que allá en Aragon, habemos por costumbre no castigar á nuestros vasallos por los hierros que hicieron á otro señor; y sí premiar como mejor podemos los servicios que nos hacen á nos. Sabed, que es muy frecuente ser buenos en Zaragoza, nobles que fueron rebeldes en Castilla y en Navarra.... ¿Habeisme comprendido?

(1) Roger de Flor, á quien los nuestros elijieron por general y suprema cabeza, nació en Brindiz (*Ciudad de Nápoles en la provincia de Tierra de Otranto*) de padres nobles, su padre fué aleman, llamado Ricardo de Flor, cazador del emperador Federico; su madre italiana, y natural del mismo lugar.—*D. Francisco de Moncada.*

—Comprendido os he, señor—dijo el canciller inclinando la cabeza en señal de obediencia.

—Hora, pues, que alcanzais lo que cumple á mi opinion de caballero, fuerza será que os haga entender lo que conviene á mis deberes como rey; mas antes decidme, ¿qué temores son los vuestros?

—Señor—replicó el canciller tomando una actitud grave—sospecho que vuestra negativa encienda las iras de Roma, y á mas, que vuestra alianza con el emperador de Oriente sea ocasion para un rompimiento con el rey de Nápoles. Lo primero podrá no ser motivo á muy graves disgustos; pues por tan pequeña causa no entiendo que Roma trate de mover guerra, ni menos que halle valedores que sostengan sus pretensiones; pero lo segundo, sí, porque viene á contrariar los proyectos de la poderosa casa de Anjou, cuya ambicion desmedida pretende sentarse sobre el trono de Constantinopla. Ora bien, señor, ved si es prudente, antes que la paz esté asegurada, dar ocasion para nuevos y sangrientos disturbios en el reino.... Y en qué momento vais á entablar los preliminares de vuestra alianza con el emperador Andrónico! Cuando Monseñor el Legado está en Mesina.

—Avenga lo que Dios fuere servido—replicó D. Fadrique con resolucion—yo cumplo con un deber; á mas, que siendo tan secretas las vistas que he tenido con los embajadores, no entiendo que hombre alguno de mi reino, salvo vos, tenga conocimiento del caso. Bien sabeis, como os dije poco há, que esta mañana, despues del suceso que tuvo lugar en la sala del trono, recibí un pliego de los embajadores, pidiéndome una entrevista, y como solicitaban el mayor secreto, citélos á este castillo donde me manifestaron la ocasion de su embajada.

—Pero, señor; el caso se hará público, y entonces el Legado interpondrá su autoridad, el rey de Nápoles retirará su palabra y llamará á sí á su hija; la Francia os declarará la guerra, porque ayudais á los que ella tiene por enemigos, y la Santa Sede, que solo aguarda una ocasion para recobrar el feudo de la isla, se aprovechará de la presente para poner vuestro reino en entredicho eclesiástico, por haber vos hecho alianza con un príncipe cismático y enviádole soldados y armada.

—Abultais el riesgo, señor canciller.

—No lo abulto, señor. Cuidad que la Iglesia, Francia y Nápoles preparan de consuno una espedicion contra el emperador de Grecia; y que es precisamente en tal ocasion cuando vos haceis alianza con él.

—Roma y Francia están hora mal avenidas.

—Sí, en verdad; empero se avendrán bien, si el rey de Francia ofrece al Papa ayudarle á recobrar el feudo de la isla á trueque de que le levante la sentencia de escomunion; y Roma, á quien cuesta tanto retirar una sentencia como lanzarla, se avendrá á ello puesto que se lo pagan con un reino.... Señor, no les deis ocasion para hacerse amigas, porque nos será costosa, no la dudeis.

—Ved, señor canciller, que tal alianza no aparecerá. Parad bien mientes en mis palabras.... Yo no autorizo la jornada; lo que hago es despedir aquellos soldados de que no he menester, puesto que la guerra ha concluido y que no puedo pagarlos; en cuyo caso, siendo ellos libres de darse señor á su agrado, y teniendo derecho á vivir de su oficio, se ponen á sueldo del emperador de Grecia y van allá para combatir á sus enemigos. Con esto libro mi reino de una carga tan pesada cuanto inutil como son los soldados en tiempos de paz, y pongo á salvo mi opinion de la nota de ingrato en que necesariamente he de incurrir, si entrego á Roger de Flor en manos del Legado, ó le permito abandonar mi servicio por no osarle defender. Otrosi, el Papa no podrá tener en queja de que amparo en mis reinos á los fujitivos de las relijiones, y nuestra santa madre la Iglesia habrá de agradecerme el que autorice una jornada contra el orgullo de los infieles, que si ponen un pie en Constantinopla, no tardarán en quererse probar con Roma y toda la cristiandad.

—Sois hábil y político, poderoso señor.

—Como cumple á mi intento que este asunto quede terminado á la mayor brevedad, he mandado venir al vice-almirante para que tenga una entrevista con los embajadores del imperio á presencia mia; así como he enviado á Conrado de Oria á verse con Monseñor el Legado, para que demore su partida en tanto concluimos á satisfaccion de todos estas negociaciones; con encargo que me traiga á este lugar la contestacion del enviado de la Santa Sede.

—Ayudareis, señor, á la jornada si se resuelve por vuestros soldados?

—Sí haré! y con cuanto lo permita el estado de mi tesoro. Señor canciller, no debo permitir que los valientes á cuyo esfuerzo debo la conquista y conservacion de mi reino, cuiden que los despido por librarme de la obligacion que tengo con ellos: asi que, les daré cuanto pueda, y por mucho que les dé, siempre será corta paga para sus grandes merecimientos.

La presencia de Conrado de Oria, puso término á la conversacion entre el rey y el canciller.

—¿Qué nuevas nos traeis, señor almirante? dijo D. Fadrique recibiendo á Conrado con una benévola sonrisa.

—Señor, el Legado insiste en que le sea entregada la persona de en Roger de Flor, y os concede plazo de tres dias para resolver. Entre tanto, os suplica que aplaceis las ceremonias de vuestras bodas.

—Oh!—dijo D. Fadrique sonriendo—es Roma siempre la misma.... débil con los fuertes y fuerte con los débiles. Por esta vez su cautelosa política se ha estrellado contra un decreto de la Providencia; y tendrá, mal que le pese, que bendecir mis bodas y dejar libre á Roger de Flor.

Los tres interlocutores quedaron silenciosos durante algunos instantes.

—¡Qué es ello!—esclamó de improviso D. Fadrique, á quien el ruido producido por un tropel de caballos habia conducido hácia una de las ventanas de la torre:—venid acá, señor canciller, y mirad!

El Canciller y Conrado de Oria se llegaron donde el rey llamaba, y vieron venir, en la direccion del arrabal situado al nor-oeste de la ciudad, cinco caballeros que traian sus bridones á media rienda, y seguidos por un peloton de mas de trescientos infantes.

—Id, señor canciller—dijo el rey con gesto sañudo—mandad alzar el puente levadizo, y que salga el alcaide del castillo á reconocer esas gentes.

—Señor—dijo Oria—cuido que son el vice-almirante, miser Ramon Montaner y tres ricos hombres de Aragon.

—Siendo así—dijo el rey—dése entrada al vice-almirante y a los caballeros que llegan con él, y que los peones queden allende el foso.

Salió el canciller à comunicar las órdenes de D. Fadrique, y pocos momentos despues introdujo a Roger de Flor y á miser Montaner.

—En Roger,—dijo el rey mirando con severidad al vice-almirante, que se inclinó respetuosamente en su presencia—os mandé venir solo, porque era muy gran nueva la que tenia que comunicaros, y vos acatasteis mi precepto, haciéndoos acompañar de una hueste... Esto no es de vasallo leal.

—Señor—respondió Roger—mandéles estar quedos, y no me quisieron obedecer.

—Y, qué quieren esos rebeldes?

—Vienen, señor, á rogaros humildemente que no me sea hecha alguna sinrazon, y despues para acatar vuestros mandamientos á fuer de soldados leales.

—Perdónolos en gracia de su intencion—dijo D. Fadrique desarrugando la frente.—Y hora, pues, que estamos aquí, id señor canciller, y conducid los embajadores á mi presencia.

El canciller salió de la estancia á la cual regresó muy en breve precediendo á dos caballeros ancianos y uno mozo, que saludaron al rey inclinando lijeramente la rodilla derecha.

D. Fadrique les devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, y dijo:

—Señores embajadores, seais muy bien venidos. Ruégovos que hagais de nuevo relacion de vuestra embajada delante de estos caballeros.

El mas anciano dió un paso al frente, cruzó los brazos, con las manos estendidas sobre el pecho, á la manera oriental, saludó tres veces inclinando la frente, y dijo:

—Venimos á vos y os saludamos, magnánimo príncipe, en nombre del muy alto y muy poderoso, siempre divo césar, Andrónico Paleólogo, emperador invicto de Oriente, quien desea á vos, y á vuestro reino perpetua felicidad. Bien sabeis como la raza maldita y proterva de los turcos, esos pueblos que niegan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, han llevado sus armas victoriosas por toda la Natolia, sujetado a su aborrecido yugo el imperio griego de Asia y levantado ya sus tiendas sobre el cabo de Artacio, desde donde amagan sin cesar la Silla del imperio. Agotado nuestro tesoro y destruidos nuestros ejércitos con las espediciones á la Tierra santa y las sangrientas guerras que los latinos movieron en la Grecia, nos hallamos débiles para resistir, y en el trance de ser vencidos por los turcos. Si ellos vencen, será, no lo dudeis, el triunfo en la tierra del Coran sobre la doctrina del hijo de Dios, que es igual al padre, y la muerte ó esclavitud de todos los cristianos. Por ende, el siempre invicto emperador Andrónico, acude en demanda de ayuda á sus hermanos en Cristo. Ya en ocasiones varias, las muy nobles y poderosas repúblicas de Venecia, Génova y Pisa han prestado sus armadas para la defensa del imperio; mas la cristiandad toda ha visto con dolor, que mas han cuidado de establecer colonias y factorías allí donde han logrado poner el pié, que en combatir á los in-

fieles con los cuales tratan, así como con nosotros, siempre que de sus tratos avenga bien á su comercio. Enemigo de nuestra Iglesia, el Sumo Pontífice de la latina, ha escusado con razones livianas el dar ayuda á sus hermanos en Jesucristo; y Francia impone tan duras condiciones, que seria mengua al Imperio el aceptar su socorro. Solo, pues, nos queda, en medio de nuestra cuita, la esperanza de que la muy alta y poderosa casa de Aragon recuerde las obligaciones que ella y el Imperio se deben mutuamente, y pedirle, á ella que siempre fué nuestra amiga leal; á ella que tiene los soldados mas recios y esforzados de la tierra, que nos otorgue generosamente la mano para salvar la relijion del hijo de Dios vivo, y el imperio griego. Si accedeis, jeneroso príncipe, á nuestra demanda, el siempre invicto emperador ofrece á los soldados de Aragon, que vayan á su servicio, toda clase de mercedes. A los jinetes y peones, armas y caballos para guerrear y paga doblada de la que toman los demas ausiliares del Imperio; á los capitanes y principales cabos, dignidades, prez, tierras y castillos en feudo: al caudillo que dirija y gobierne la empresa, una de las primeras dignidades del Imperio, y, si es mozo, la mano de su nieta, la muy alta princesa María; finalmente, al ejército todos los despojos que pueda haber del enemigo, y todo cuanto oro sea menester para aderezar la armada que le haya de llevar á Constantinopla. Si otorgais vuestro permiso, príncipe magnánimo, las tres personas de la Santísima Trinidad vos lo recompensarán. Amen.

El anciano embajador cesó de hablar, inclinó de nuevo tres veces la frente y volvió á reunirse con sus acompañantes.

Un lijero murmullo de satisfaccion acojió las palabras del anciano, á quien D. Fadrique contestó en estos términos.

—Señor embajador; cuando volvais al invicto emperador de Oriente, decidle que le estoy obligado por el crecido servicio en dinero, que hizo á mi señor padre, el muy alto y poderoso rey D. Pedro tercero de Aragon, para la conquista de este reino. Que me reconozco en el deber de ayudarle en su quebranto con todo cuanto valgo y poseo. Que me duelo de que la estrechez de los tiempos, y lo muy gastado que está mi reino por la guerra pasada, ataje mis buenos deseos, permitiéndome solo asistirle, no con cuanto mi ánimo quisiera, sino con cuanto la suerte me ha dejado en las manos. Retiraos, pues, y permaneced en secreto hasta que tornemos á vernos, que cuido será muy pronto.

Los embajadores salieron de la sala de armas, manifestando en el semblante lo muy complacidos que quedaban.

D. Fadrique se llegó á los caballeros que le acompañaban, y dijo á Roger de Flor, á quien deseaba hacer olvidar la escena de la mañana.

—En Roger, qué os parece del caso?

—Cuido, señor—respondió el vice-almirante, cuyo rostro manifestaba la alegria que llenaba su corazon—que es lo mas acertado que pudiera acontecer en esta ocasion; porque si dais licencia á vuestros soldados para que pasen á Levante, no solo conseguirán un señalado beneficio para ellos, sino que proporcionarán paz y provecho á vuestro reino de Sicilia, libertándole de una carga tan molesta como es la gente de armas cuando no hay guerra.

—No desconozco vuestra razon—dijo el rey—mas temo que alguno entienda que esta jornada de mis soldados, es una traza de que me valgo para verme libre de las obligaciones que les debo. En tal caso, primero aventuraria mi reino y mi vida que dar lugar á que me llamen ingrato.

—Señor—replicó Roger conmovido al oir aquellas frases que revelaban la grandeza y generosidad del príncipe que las pronunciaba—ellos publicarán la verdad del hecho, y todos retaremos al que sea osado en dudar de él. Otrosi, señor, no porque vuestros soldados vayan á servir á un príncipe estraño, se olvidarán de la servidumbre y vasallaje que os deben; y en cualquier lugar de la tierra donde se hallen, vendrán á serviros siempre que los llameis porque hayais necesidad de ellos.

—Ora, pues, en Roger—dijo D. Fadrique complacido en estremo, y orgulloso de tener tan leales servidores—se os ofrece una buena ocasion para libertaros de las manos del Maestre de vuestra relijion. ¿Quereis aprovecharla, ó permaneceis en la intencion de haceros vasallo del rey D. Jaime?—Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el rey con marcada ironía.

—Señor—replicó Roger en el mismo tono—solo el cuidado de ser entregado á los caballeros de mi Orden por manos del Papa, si vivo salia dellas, lo que dudo, pudiera hacer que me desnaturalizase de vuestro reino, y abandonase el servicio de un tan generoso príncipe.... Hoy, que cuido ha pasado ya el peligro, os pido gracia humildemente, y os ruego me mantengais siempre en vuestra devocion.

—¿Aceptais la jornada á Levante?

—Sí, la acepto, señor.

—Que me place; empero guardad el secreto hasta que el Consejo de Estado haya dado su sentencia, que no dudo os tornará la honra, no sea que el enviado del Papa quiera hacerme fuerza.

—Seréis obedecido.

—Entretanto, ved de reunir vuestros amigos y paniaguados; recomendadles el provecho de la empresa, y haced porque seais nombrado capitan de la jornada. Cuando tengais buenas nuevas que darme, volved á mi, que yo haré por vos de manera que tengais cumplida satisfaccion del yerro que vos hicieron.

—Señor, bésovos las manos.

—Id, señor vice-almirante de Sicilia, que tengo en mientes, habeis de ser presto príncipe del imperio de Oriente, y afamado caudillo que ha de llevar por lejanas rejiones la bandera de Aragon.

Roger de Flor, besó la mano al rey, y salió de la sala de armas seguido de miser Montaner.

V.

Y el cómitre silva y dice
Leva, leva!
(*Romancero general.*)

Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viaje gritan desde tierra:
N. Moratin.—*Las naves de Còrtes.*

El 10 de Julio, es decir, dos meses, dia por dia despues de los sucesos que dejamos referidos en los capítulos anteriores, el pueblo de Mesina estaba reunido en la orilla del mar que baña la ciudad. Pero en lugar del júbilo y alegría que entonces se veía retratado en todos los semblantes, ahora se miraban las señales del sentimiento y pesar.

En la espaciosa playa que se estendía á lo largo de la ribera, desde el arrabal de Vivonesse hasta la estremidad Sur de la poblacion, se hallaban formados en batalla hasta cuatro mil almogavares equipados para la guerra, y descansando en el suelo los cuentos de las picas; á su derecha, y guardando idéntica formacion, veíanse como dos mil soldados, entre hombres de armas y caballos lijeros, con sus respectivos capitanes al frente, todos ellos desmontados; á su izquierda, hasta mil ballesteros valencianos, con bacinete y cuera de mella, y á sus

espaldas y costados un innumerable gentío que contemplaba con inequívocas señales de pesar aquellos ilustres veteranos, con los cuales se habia familiarizado tanto durante veinte años de duras pruebas, que ya los consideraba como hijos de un suelo que redimieron del yugo francés con su indomable valor y á costa de su sangre generosa.

En el mar, y con las proas hácia la costa de Calabria, mecíanse sobre las olas diez y ocho galeras, cuatro *leños* y algunos barcos de trasporte, hasta el número total de treinta y seis velas, sobre cuyas gavias (1) flotaban vistosas banderas de colores, adornadas con las armas de Aragon y de Sicilia; luego, multitud de barcas que conducian desde la playa á las naves criados, caballos y equipajes.

A media mañana dejóse oir, hácia la puerta de la ciudad, el sonido de una trompeta, y á los pocos momentos la multitud dió paso á un lucido cortejo de nobles, jinetes en sendos caballos, el cual torció á la izquierda y vino á pasar por delante de los soldados. A la cabeza de la cabalgata marchaba el rey D. Fadrique, llevando á su derecha á Roger de Flor y á su izquierda á Bernaldo Rocafort; luego seguian los altos dignatarios de la corte, los oficiales de Palacio y un pequeño escuadron de caballeros que formaban la escolta.

El rey fué recibido por el pueblo y los soldados con gritos y vivas entusiastas, á los que se mezclaban las ruidosas y marciales armonías de las trompetas y atambores. Detúvose algunos instantes en el frente de batalla contemplando con particular empeño aquellos valientes soldados, veteranos de los reyes D. Pedro y D. Jaime de Aragon, con quienes él tantas veces se habia cubierto de gloriosos laureles en los campos de batalla, donde humilló la pujante soberbia de los franceses y napolitanos. Luego se dirigió con paso lento hácia la cabeza de la línea, donde hizo alto con su comitiva.

De allí á poco, Fernando de Ahones, que estaba encargado de dirigir la operacion del embarque del ejército, se llegó al rey y le dijo:

—Señor, cuando bien os plazca, podeis mandar á la hueste que pase á las naves, que ya están aparejadas para recibirla.

D. Fadrique despidió al caballero con un movimiento de cabeza, y esclamó, dirigiéndose á Roger de Flor.

(1) Cofa. Jaula de mimbres que se fabricaba en el estremo superior del mastelero, y servia de atalaya.

—Amigo Roger, haced como gusteis.

Roger, habida la venia del rey, puso al trote su caballo y fué en persona á dar las órdenes á los cabos del ejército. Sonaron de nuevo las trompetas y atambores, *Vamos! vamos!* gritaron los capitanes, y la hueste se puso en marcha, desfilando con marcial continente por delante de D. Fadrique, quien durante el paso, no cesó de saludar con la mano y con sonrisa entre doliente y placentera á aquellos sus mas leales servidores.

Terminado el desfile, á una voz de los cabos, los soldados se dividieron en grupos y tuvo principio el embarque de la hueste en los cópanos y esquifes de la armada.

Entonces, el torrente de las lágrimas, harto tiempo comprimido, rompió el dique, y el buen pueblo de Mesina, cual una madre que mira marchar, acaso para no volverle á ver, á su hijo único, se arrojó sollozando en los brazos de los soldados españoles y les hizo una tierna despedida.

Cuando estuvo terminado el embarque, Roger de Flor y Rocafort echaron pie á tierra y se pusieron á la derecha de D. Fadrique, quien soltó las riendas de su caballo, puso el cuerpo fuera de la silla cuanto pudo, colocó las manos sobre los hombros de Roger, y asi permaneció algun tiempo dándole finalmente un ósculo de paz. Roger sintió sus mejillas humedecidas por las lágrimas que brotaban de los ojos del rey. Rocafort le besó respetuosamente las manos, y ámbos caballeros se dirigieron á pie á la orilla del mar, donde entraron en un cópano que los condujo á la galera capitana, sobre cuya gavia ondeaban dos banderas, una con las armas de Sicilia, y otra con las del vice-almirante.

Media hora despues, la armada levó anclas, guindó artimones, alzó velas del bastardo, y centenares de remos comenzaron á azotar acompasadamente el agua, levantando montañas de espuma que trazaban una faja blanca y brillante en derredor de las naves. Puestas las proas á la punta de la Escaletta, los bajeles españoles navegaron para salir del Estrecho.

D. Fadrique abandonó la playa seguido de su comitiva; empero antes de entrar en la ciudad, volvió repetidas veces la cabeza hácia el mar.

El bueno y agradecido pueblo Siciliano se mantuvo reunido en la orilla, hasta que la lijera bruma del mar hubo ocultado completamente las blancas velas de la armada. Entonces, cuál si todo él

despertara de un sueño penoso, lanzó un grito doliente por despedida, y regresó á la poblacion, silencioso y abatido como un cortejo fúnebre que vuelve de visitar el último asilo de los mortales.

Una sola idea bullia en todas las cabezas, y un sentimiento solo ajitaba todos los corazones..... ¡Quién nos defenderá ahora contra las escomuniones de Roma, y contra las armas de Francia!.... Adios milicia invencible! llévate allá las bendiciones de nuestros padres cuyas vidas y haciendas salvastes de la rapacidad de los franceses, y tambien las lágrimas de nuestros hijos que dejas sin amparo!

Mis lectores habrán naturalmente curiosidad de saber los acontecimientos que tuvieron lugar entre el dia 10 de mayo y el 10 de julio.

Hélos aquí:

Roger de Flor, de acuerdo con el rey D. Fadrique, convocó repetidas veces en su casa á sus amigos, capitanes y caballeros catalanes y aragoneses, y les manifestó la peticion que traian los embajadores del emperador de Oriente. En todas aquellas reuniones hizo presente los incalculables beneficios que reportarian su honra y sus haciendas con aceptar el partido que les proponian, tanto por el acrecentamiento de la gloria y fama militar que habian adquirido en las guerras de Sicilia, cuanto por las riquezas que les brindaban los despojos de los pueblos que iban á combatir. Aquellos hombres de pasiones fogosas y vida aventurera, verdaderos caballeros andantes que vivian solo de la guerra y por la guerra, se miraban entonces reducidos á la inaccion, para ellos precursora de la miseria, á consecuencia del tratado de paz de Calatabelota; asi que, empujados por sus naturales inclinaciones y por la necesidad, acogieron con júbilo la proposicion, y suscribieron de buen grado á la jornada; seguros que los mismos motivos arrastrarian á los cabos inferiores y á todos los soldados.

Acordada la empresa, se reunieron para nombrar capitan general de ella, y de comun consentimiento eligieron para este cargo á Roger de Flor, almirante poderoso en la mar, soldado valiente y de fortuna y persona que á todos escedia en dignidades y riquezas.

Diéronle por lugar tenientes á Berenguer de Entenza, Ferran Jimenez de Arenos y Bernaldo de Rocafort, los tres ricos-hombres y capitanes de mayor esfuerzo y nombradía. Resuelta finalmente esta

no pequeña dificultad, los caballeros regresaron á sus estados y castillos para disponer lo necesario y poner en armas sus soldados respectivos. Roger de Flor comenzó luego á concertar con el rey y los embajadores de Oriente los medios y condiciones para llevar á cabo la espedicion, y al poco tiempo todo estuvo listo para la jornada.

Una sola cosa retardó la rápida ejecucion del plan, contrariando la viva impaciencia de todos los que tenian parte en él: esta fué la falta de dinero que la penuria de los tiempos habia ocasionado en el tesoro de D. Fadrique. Sin embargo, el jenio y actividad de Roger supo orillar este obstáculo, que hubiera hecho retroceder á un hombre menos enérjico y resuelto que él.

Para verificar la empresa, vendió sus pueblos, castillos y alquerías; tomó sesenta mil florines á los genoveses, saliendo garantes al pago los embajadores de Oriente en nombre del emperador Andrónico, y recibió una no pequeña suma del rey D. Fadrique; todo lo cual reunido con los cuantiosos socorros en dinero que le facilitaron Corbaran de Lahet, Jimenez de Arenos, los hermanos Oros, Ahones y otros caballeros, le permitió aparejar una armada y adelantar dos pagas á los hombres de armas, caballos lijeros, cómitres y pilotos de la armada y á los soldados y marineros.

El orgulloso caballero Berenguer de Entenza, que á ninguno queria ceder en importancia y representacion, envió á Cataluña órden para que le vendieran alguna hacienda y le enviasen nuevas compañías de soldados, para pasar á levante, sinó con la misma dignidad, al menos con iguales fuerzas que Roger. Este fué uno de los motivos que retardaron la jornada, siendo, por último, causa de que no saliera con la espedicion, por no haber recibido á tiempo los socorros pedidos á España.

El áustero y sombrío Rocafort, demoró su marcha mas de lo que su impaciencia requería, por verse obligado á permanecer en sus castillos de Calabria, que debia entregar, segun una de las condiciones del tratado de Calatabelota al rey de Nápoles; entrega que retardó hasta quedar enteramente cobrado de lo que se le debía por razon de su sueldo de guerra.

El consejo de estado mandado reunir por D. Fadrique para dar su sentencia en la cuestion suscitada por Monseñor el legado respecto á Roger de Flor, la dió de la siguiente manera.—Considerando que en Roger de Flor, frai sargento de la Orden del Temple, no era natural del reino de D. Fadrique; y sí solo un capitan aventurero que

habia venido á su servicio durante la guerra, y que de serlo lo reclamaba como ciudadano suyo la ciudad de Mesina.—Considerando, que por el tratado de paz de Calatabelota, aquella había concluido á satisfaccion de las partes, lo que obligó al rey de Trinacria á licenciar su ejército; con lo cual quedaba desatado el lazo de servidumbre y obediencia que ligaba á los soldados con el rey D. Fadrique.—Considerando, que por las constituciones de Sicilia, el rey no podia obligar á ningun caballero, no siendo su vasallo natural, á que le prestase pleito homenaje ni permaneciese en su servicio mal de su grado.—Considerando, que por todo lo espuesto, en Roger de Flor, era dueño de darse señor de su gusto; lo cual el dicho Roger habia verificado en presencia de toda la córte y de los embajadores de Aragon, al fuero de cuyo reino se habia amparado: El muy alto y muy poderoso rey de Trinacria, D. Fadrique de Aragon, no tenia derecho valedero sobre su persona, y sí solo sobre las tierras y castillos que le habia dado en feudo. Otro sí, que para tomárselos habia, el rey, de satisfacerle las pagas que le debia por sus servicios durante la guerra.

Esta sentencia del consejo, fundada en razon y justicia, le fué comunicada al Legado, quien la remitió al supremo del Papa. La Santa Sede tuvo que aprobarla, mal de su grado, viéndose obligada á ello por la fuerza de la razon, y las representaciones de los embajadores de Francia y Nápoles, que no estimaban conveniente mover una nueva guerra en Sicilia, por motivos tan livianos, y por defender exigencias descabelladas cuyo fundamento estaba al alcance de todos. En su consecuencia envió nuevas instrucciones al Legado para que desistiera de su pretension; empero que exigiese de D. Fadrique que habia de despedir á en Roger de Flor de su servicio. De esta manera, la astuta política de Roma pretendia cohonestar su derrota, sin temor de sufrir un nuevo desaire, toda vez que, teniendo pleno conocimiento de la empresa que se preparaba en Sicilia para ir á Levante, no temia sufrir la menor contrariedad en su última concesion y ecsijencia. En su consecuencia, Monseñor el legado desistió de su demanda, y, orillada esta dificultad, bendijo las bodas de Don Fadrique de Aragon y Doña Leonor de Nápoles, las cuales se celebraron en Mesina y en toda la isla con solemnes festejos y públicos regocijos.

Ugo, el adalid almogavar, obrando con arreglo á las instrucciones de Roger, recorrió por diferentes ocasiones la isla, con objeto de

reunir en Mesina las compañías diseminadas por las comarcas y guarniciones; desempeñando con tal celo y actividad su comision, que á él solo se debió que todos los almogavares se prestasen gustosos para la jornada, bajo las mismas condiciones con que guerrearon en Sicilia; es decir, no recibiendo otra paga por sus servicios, que los despojos que pudieran haber de los enemigos. En premio de su lealtad, en Roger agradecido, le regaló dos caballos, un precioso arnés de guerra, y á pesar de la diferencia de condiciones, le sentó diferentes veces á su mesa.

Corbaran de Lahet instó con empeño á Roger para que se verificasen sus bodas con Elfa antes de salir de Sicilia, las que hubieran tenido lugar, sin la constante oposicion de la dama, que manifestó haber hecho solemne voto á Dios, de retardar un año su matrimonio, si su padre salia libre de la escomunion que amagaba caer sobre su cabeza, á consecuencia de la demanda entablada contra él por el santo Pontífice. Como la resistencia de Elfa tenia, en la apariencia, un motivo tan santo y justificado, Roger y Corbaran hubieron de ceder, y aplazar las bodas para celebrarlas, si Dios era servido, en Oriente.

En cuanto á Wilda, nadie volvió á oir hablar de ella; si bien los vecinos de la calle donde habitaba el vice-almirante, nunca pasaban por ella despues del toque de la plegaria de la noche, sin hacer frecuentes señales de cruz, y murmurar algunas oraciones y conjuros, por temor á un fantasma, ó alma en pena que se decia rondaba todas las noches aquellos sitios.

VI.

A Grecia parte Rugero
El gallardo enamorado,
Temerosa el alma y triste,
Aunque tan furioso y bravo,
Que de todo el mundo junto
Hiciera muy poco caso.

PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*

Al penetrar el caballero Clermont en aquel palacio, sorprendiéronle su arquitectura y magnificencia; tanta riqueza y esplendor no pueden pertenecer á la morada de un simple mortal. Las paredes están formadas de pórfido y mármol serpentino, y en las puertas de bronce hay figuras cinceladas que parecen moverse y respirar.

ARIOSTO.—*Orlando furioso.* Canto XLII.

Henchidas las velas por un viento próspero y favorable, las galeras españolas resbalaban levantando copos de blanca espuma sobre las rizadas olas del mar Jónico, agitadas blandamente por la brisa perfumada. Al amanecer del quinto dia de su salida de Mesina la armada descubrió las costas del Peloponeso, y pocas horas despues, dobló el cabo de Matapan, donde termina la cordillera Helénica, que cuenta entre sus célebres montañas, el Pindo, el Parnaso y el Helicon, ese monte sagrado de cuyas faldas manaban las fuentes de

Hipocrene y Aganipe, cerca de las cuales ecsistieron el templo y el bosque consagrados á las musas. Poéticos lugares que recuerdan el genio de la cultura y civilizacion griega, celebrando fiestas anuales en honor de las nueve hermanas y de Apolo.

A la hora de sesta, la galera capitana descubrió la voluptuosa Cythera, tierra memorable donde aportó en una concha de nácar la diosa de la hermosura, Venus salida de la espuma de la mar.

Siempre con próspera navegacion, la armada llegó al puerto de Malvasía, en la Morea, donde echó anclas, y la gente á tierra, con objeto de proporcionar algun descanso á las tripulaciones. Aqui permanecieron los españoles pocos dias, festejados y aplaudidos por los habitantes, que noticiosos del destino que llevaban, se apresuraron á cumplir generosamente con las órdenes enviadas por el emperador de Oriente, que mandaba fuesen provistos de cuanto hubiesen menester. Recobradas las tripulaciones, refrescados los víveres y la aguada, dieron de nuevo la vela para su destino, y pasaron por el archipiélago de las Ciclades, dirigiendo una mirada sobre Paros, isla que los antiguos llamaron *opulenta*, *poderosa* y *feliz*; Sciro la de los blancos mármoles, y Tenos la del suelo fértil y las límpidas aguas.

Dos dias despues de su entrada en el mar Egeo, avistaron el Oeste de las costas de Chios, la que pretende para sí la gloria de haber visto nacer á Homero, y que atribuye á su delicioso vino, que los poetas llamaron *nectar* ó *ambrosía*, la virtud de haber inspirado al padre de la historia y de la poesía.

De Chios, navegaron hacia el Helesponto, costeando la isla de Lesbos, patria de Arion, el inventor de la Lira; de Pitaco uno de los siete sábios de la Grecia; de Safo, llamada la décima musa, y de tantos otros hombres célebres de la antiguedad: tocando luego en Tenedos, isla de donde salieron las serpientes de anchos y enroscados anillos, que ahogaron al sumo sacerdote Laocoonte y sus dos hijos, para satisfacer la venganza de la irritada Minerva. En esta isla, reconocida como llave del estrecho de los Dardanelos, la armada echó el ancla, y su capitan envió la noticia de su prócsima llegada á la capital del Imperio.

Durante la travesía ¿qué sensaciones y pensamientos debieron asaltar el corazon y la cabeza de los osados aventureros que iban en busca de una nueva pátria? Aquellos rudos soldados para quienes el destino no tenia reservados otros goces que los del campo de batalla, se sentian fuera de su centro bajo un cielo de zafiro, y res-

pirando el ambiente embalsamado de aquel inmenso laberinto de jardines. A su izquierda vieron la memorable Grecia de Platon, de Apeles y de Pericles; pátria de las ciencias, de las artes y de la guerra, poblada de dioses, sabios y héroes, cuya gloria alcanzó tan alto grado de esplendor, que Alejandro Magno daba de buen grado sus laureles del Gránico y de Arbela, por obtener el sufrajio de sus pobladores, y que movió á la orgullosa Roma, á adoptar su cultura y todos sus adelantos.

A su derecha se desarrollaron las pintorescas costas del Asia menor; delicioso Paraiso que se ostenta bajo un cielo siempre azul, bañado con una pura y dulce temperatura, refrescada en el verano por la brisa que se desprende de numerosas cordilleras y altas montañas, y suavizada en el invierno por la procsimidad de tres mares, que templan á su vez los rigores del frio. En ellas, por do quier, la rica y feraz naturaleza produce una lozana vejetacion, que hace de aquellas riberas un continuado jardin, solo interrumpido por la multitud de rios que desembocan en los mares. Alli los olivos, naranjos, mirtos, laureles, terebintos, lentiscos y los tamarindos, florecen formando encantadores verjeles. Alli la vid silvestre, enroscándose hasta la cima de los árboles, y cayendo en graciosos festones, forma pintorescas grutas de verdor, impenetrables á los rayos del sol. Alli el plátano estendiéndose majestuosamente, construye vistosos doseles que dan sombra á un suelo cubierto de flores y esmaltado con vivísimos colores; alli, en fin, bajando de la alta Frigia hacia el Helesponto, se miran los lugares que hizo célebres el génio de Homero; el Olimpo, morada de los dioses, el monte Ida, donde el pastor Páris dió á Venus el premio de la hermosura, la memorable Troya, ó mejor dicho, sus ruinas, y el estrecho de Sesto y Abidos, famosos por los amores de Leandro y de Hero.

Al contemplar tan májico espectáculo, que ni soñado hábian, los aventureros españoles se sintieron poseidos de aquella admiracion que dos siglos despues habia de ecsaltar el entusiasmo de los compañeros de Colon al descubrir los verjeles naturales de la América. Preguntáronse unos á otros; qué tierras eran aquellas cuya ecsistencia fué hasta entonces un secreto para ellos: y, ¿por qué no fueron llevados á su conquista, así como habian sido conducidos á la de las islas de Mallorca, á las costas de Africa y al reino de Nápoles?

Refrescada ya la armada, mandó Roger levar anclas, alzar las velas y dirijir el rumbo hácia el estrecho de los Dardanelos. Las

galeras catalanas atravesaron viento en popa el estrecho canal, y navegaron prósperamente por el mar de Mármara hasta el cabo donde se levantaba la antigua abadía de San Estéfano, á tres millas de Constantinopla, donde echaron anclas.

Desde allí, en tanto venia la órden del emperador para que la armada fondease en el puerto de Bizancio, los soldados de Roger de Flor contemplaron estasiados la sin par gala y hermosura de la reina de las ciudades, la hija muy amada de Constantino el Grande, rival de Roma y Atenas de aquellas edades.

Nada tan delicioso, magnífico y pintoresco como la situacion de Constantinopla á quien la naturaleza parecia tener destinada para ser la capital del mundo. Situada en la estremidad oriental de Europa, sobre un promontorio que se adelanta en forma de triángulo hácia el Asia; unida al continente por el Oeste; bañada al Sur por la Propóntide; al Este por el Bósforo de Tracia, y al Norte por un golfo de este canal que forma su puerto llamado *Cuerno de Oro*, rada la mas vasta y segura que se encuentra en el universo, era en lo antiguo, como en lo moderno, la reina de tres mares y la llave que abre las puertas de la Europa occidental.

La magnificencia de la ciudad, correspondia á la importancia de su posicion. Cubria siete colinas encerradas dentro del recinto de sus bien construidas murallas flanqueadas de fuertes y macizos torreones; y sobre aquellas colinas, mirificos palacios obra de la soberbia opulencia de los Césares del Bajo-Imperio; inumerables basílicas, iglesias y conventos de severa arquitectura bizantina, y un laberinto de calles separadas por dilatadas plazas, hermosos jardines y huertos, entre los que sobresalian, como el penacho de un capitan entre los de sus soldados, altas columnas, obeliscos y soberbios edificios que erigiera el orgullo y riqueza de sus soberanos y moradores. Y luego se veia por doquier, formando el marco de tan hermoso cuadro, lindos pueblecillos, aldeas y caseríos cuyos blancos muros se destacaban sobre el fondo verde de los espesos bosques de plátanos, laureles, cipreses, árboles frutales y espesas masas de floridos arbustos y odoríferas plantas que cuajaban las pendientes de los cerros vecinos, formando un inmenso tapiz de verdura esmaltado de flores, que se desarrollaba desde la orilla del mar hasta la cumbre de las montañas.

No bien circuló por la ciudad la noticia de la llegada de las compañias españolas, cuando el numeroso pueblo de Constantinopla acu-

dió presuroso sobre los adarves de las murallas, ansiando ver cuanto antes aquellos soldados cuya fama militar habia llegado hasta él, abultada con las pinturas que la poética imajinacion de los griegos hacia de todo lo que heria su atencion. Asi que la multitud se hubo cerciorado de la valía de sus nuevos defensores por el número y buen órden de las galeras catalanas, batió las palmas y lanzó gritos de júbilo que fueron una amenaza dirigida á los eternos é implacables enemigos del nombre cristiano y del imperio de Oriente, cuyas tiendas, iluminadas por los rayos del sol, se veian blanquear por las costas de la Propóntide desde Scutary hasta Cizico.

Habida licencia del emperador, la armada española abandonó la punta de San Estéfano y vino á echar definitivamente el ancla en el *Cuerno de Bizancio*, al Norte del Agrópolis, fortaleza que defendia la entrada del puerto.

Pocas horas despues, Roger de Flor envió á Ramon Montaner en comision con otros dos caballeros, para que saludaran en su nombre al emperador Andrónico Paleólogo, y recibieran sus órdenes á fin de efectuar el desembarco.

Andrónico recibió los mensajeros con grandes muestras de júbilo; y pasados dos dias que se emplearon en la solemne ratificacion de las clàusulas del tratado, en disponer las ceremonias de la recepcion, señalar cuarteles á la tropa, preparar caballos para los hombres de armas y buscar dinero para distribuir las pagas á la hueste, Montaner regresó á la galera capitana con las órdenes del emperador para que se efectuase el desembarco.

En su consecuencia, Roger, Rocafort, Arenos y los principales caballeros españoles, se embarcaron en una barca de crujía revestida con paños de seda y graciosamente empavesada con banderas y gallardetes; y, siguiendo el itinerario que en el ceremonial se les habia trazado, doblaron el Agrópolis, navegaron por la Propóntide y llegaron á atracar á la punta Sur mas saliente de Constantinopla. Allí encontraron una comision de nobles bizantinos que debian acompañarlos, y caballos para hacer su entrada en la ciudad, la que verificaron por la Puerta de Oro, (1) uno de los monumentos mas célebres del Bajo Imperio.

(1) Teodosio, despues de su memorable victoria sobre Máximo, mandó construir un magnífico arco de triunfo de mármol blanco, que se apoyaba en dos torres de la misma materia, y coronado con una colosal estátua de

Desde ella hasta el palacio de Constantino, augusta morada del soberano, los capitanes de España caminaron en triunfo entre la apiñada multitud, que llenaba el aire con gritos de alegria, entusiasmándose hasta el delirio al contemplar su marcial apostura y gentileza, sus lucientes armas y vistosos trajes, y la guerrera aureola que bañaba sus tostadas frentes.

Así, llevados en palmas por la muchedumbre, atravesaron las calles de la ciudad y llegaron al atrio del palacio donde fueron recibidos por Esteban Marzala, gran *Drungario*, ó introductor de embajadores, y conducidos á la presencia del emperador, despues de haberles concedido algunos momentos de descanso en el vestíbulo del Alcázar.

En presencia de Andrónico Paleólogo debieron cesar, porque hallaron su *no mas allá*, la sorpresa y admiracion de los aventureros, no acostumbrados á ver en ninguna de las córtes occidentales, que habian visitado, pompa tan deslumbradora ni fausto tan imponente.

Las paredes del vasto salon del trono eran de pórfido y mármoles de colores, adornadas con pilastras corintias, sobre cuyo entablamento, artísticamente tallado, se alzaba una archivolta artesonada, que contenia en cada caseton magníficas labores de alto relieve, doradas ó plateadas, segun que la combinacion de ambos colores, heridos por los destellos de la luz producian mejor efecto, y en el sotabanco, que corria á todo el largo de la cornisa, se alzaban magníficas estatuas de mármol blanco. La entrada de este mirífico salon, era un medio punto sostenido por ocho columnas pareadas, de mármoles verdes y rosa. En el testero se levantaba á algunos pies del pavimento alfombrado con tapices de Irac, el sólio de los emperadores, al cual se llegaba por cinco gradas de mármol, cubiertas de paños de seda azul bordados con estrellas de plata. El dosel lo formaba un árbol artificial cuyas ramas doradas y hojas esmaltadas de verde, sostenian multitud de pajaros contrahechos cubiertos de vistosos plumajes naturales,

la Victoria, de bronce dorada, por lo que se le dió el nombre de *Puerta dorada*. Este arco era la mas soberbia entrada de Constantinopla por el lado de la Propóntide, y solo se abria para dar paso á los emperadores cuando regresaban triunfalmente de sus victoriosas espediciones contra los bárbaros y los enemigos del Imperio. No obstante, Andrónico, quiso usar de tan señalada distincion con los nobles españoles á fin de ganarse desde luego su reconocimiento y simpatías.

y al pie de las gradas, cual centinelas encargados de la custodia del sólio, habia dos leones de madera admirablemente tallados y dorados desde las uñas hasta la cola.

Sobre el trono, espacioso lecho formado de cojines bordados de oro y plata, se miraba sentado al emperador Andrónico Paleólogo, vestido el manto púrpura de los Césares y calzado el alto coturno rojo. A su izquierda estaba la princesa Maria, hija de Irene, hermana del emperador, y de Azan, príncipe de los búlgaros; era Maria, la hermosa prometida del capitan de la hueste española, por cuya razon Andrónico la habia señalado tan distinguido lugar. A su derecha, algo separados, se veian dos pequeños tronos algo mas bajos que el del soberano, en los cuales estaban sentados sus dos hijos Juan y Manuel, vestido el primero con las insignias de *Déspota* del Imperio, y el segundo con las de *Sebastocratos*; y luego, mas abajo todavia, y en pie, estaban el *César*, el *Panipersebastos*, y el *Protosebastos*, altas dignidades vinculadas en los príncipes de la sangre. Inmediatos á las gradas del trono se hallaban por el órden de sus respectivas categorías, los altos dignatarios de la córte, ocupando los primeros puestos el *Protopertiario*, que presidia con varilla de plata las audiencias públicas y particulares que concedia el emperador; el *Phogoteta*, tesorero del patrimonio imperial; el *Protostrator*, gran caballerizo; el *Estratopedarca*, juez supremo del campamento; y con ellos el *Podestá* de los genoveses; el *Bailio* de los venecianos, y el *Cónsul* de los pisanos, jueces de estos pueblos, los cuales á título de príncipes de las tres repúblicas ausiliares del Imperio, gozaban de las mismas prerogativas que los grandes oficiales de la córte. Un poco separados de los primeros magnates, estaban los *patricios*, los *ilustres*, los *respetables*, los *preclaros* y los *perfectísimos*, títulos con que se cubrian los nobles del Imperio de Oriente, y con ellos los domésticos *Ascalonas* y el *Ploas* de los longaristis, gefe el uno de la infanteria griega, y el otro de los marinos; y, finalmente, los generales de las tropas ausiliares, masajetas, búlgaros y turcopeles.

Cuando los capitanes españoles hubieron penetrado en el salon imperial, se sintieron momentaneamente deslumbrados en presencia de tanta pompa y majestad; y su admiracion creció de todo punto, cuando, al llegar, apoyados cada uno en los hombros de dos eunucos (tal era una de las etiquetas de aquella fastuosa corte), junto á las gradas del trono, oyeron á los leones de madera lanzar un espantoso rujido, que imitaba admirablemente la voz del rey de los desiertos; á los

pajarillos enearamados sobre las ramas del árbol trinar con melodioso canto, y vieron el trono alzarse algunos pies del suelo en que se apoyaba, movido por un mecanismo oculto á la vista. (1)

La sorpresa que semejantes maravillas les causó, fué tal, que ni ellos acertaron á disimular su confusion, ni los magnates de la corte de Bizancio dejaron de apercibirse de ella; lo cual movió en los labios del emperador y de sus nobles, una maliciosa sonrisa, espresion de la orgullosa satisfaccion que sentian.

Empero recobrados luego, se apresuraron á cumplir con gentileza el ceremonial que se les habia impuesto, que consistia en arrodillarse sobre las gradas del trono, humillar la frente ante el emperador, y adorarle llevándose tres veces la mano derecha estendida á la boca.

Terminado el acto de la presentacion y adoracion, los capitanes españoles se nombraron cada uno por el órden de su respectiva categoría. Andrónico prendado de la gallardía de sus personas, y deseando manifestarles su benevolencia y generosidad, prescindió de la mas importante etiqueta del ceremonial de su córte, en lo que hacia referencia á los embajadores, la que prohibia al emperador contestar á ningun mensaje ni ponerse en inmediata relacion con persona alguna hasta que hubiesen trascurrido tres dias entre la presentacion y la respuesta; asi que, dió la bienvenida con palabras lisonjeras á Roger de Flor y sus nobles compañeros.

Luego mandó al capitan de los españoles que subiese la primera grada del trono, y cuando le vió en ella, esclamó con acento en que se traslucia la emocion de su pecho:

—Señor caballero; la fama ha traido de Occidente á Oriente la noticia de vuestro renombre como capitan, y de vuestra nobleza y esfuerzo como caballero. Me felicito de teneros á mi lado con los valientes que acaudillais; cortos en el número, pero grandes en el valor y pericia militar que los distingue. Todo cuanto os ofrecí, segun los términos de la convencion sellados en la Bula de oro que os presentaron mis embajadores en Mesina, será satisfecho cumplidamente á vos y á los vuestros. Vuestros enviados me manifestaron que aceptábais con reconocimiento la esposa que os tengo destinada

(1) Luitprando, obispo de Cremona, que fué en el siglo X á Constantinopla con una embajada, refiere estos prodijios de las artes del Bajo Imperio.

y el cargo con que quiero honraros en la milicia de mi Imperio. Quiero, pues, que empiece hoy mismo para vos, el premio que espero sabreis merecer mucho mejor mañana.

Asi que el emperador hubo pronunciado las anteriores palabras, que fueron escuchadas con el mas respetuoso silencio por todos los concurrentes, y acompañadas al final con un murmullo de aprobacion. hizo un movimiento con la mano, á cuya señal se delantó el Gran Chambelan, gefe de los eunucos, seguido de dos oficiales subalternos suyos, hasta colocarse al costado izquierdo de la princesa Maria á quien ayudó á ponerse en pie.

Andrónico fijó alternativamente sus ojos en Roger y en Maria, sonriendo bondadosamente al ver la turbacion que se pintaba en los semblantes de los futuros esposos, y continuo;

—Señor caballero; hé aquí la esposa que os prometí, y el lazo que unirá estrechamente nuestras mutuas obligaciones. Casado con una porfirojeneta, de hoy mas sois príncipe y miembro de la familia imperial, y estais en el deber de velar por sus intereses que ya son tambien los vuestros; sin que esta nueva obligacion escluya la que por razon de naturaleza debeis al rey de las costas del Levante de España, mi muy alto y poderoso aliado, con quien estoy unido por lazos de política y recíproca conveniencia.

Roger inclinó tres veces la frente en señal de respeto y gratitud, sin apartar la vista del rostro de Maria, cuya juventud y belleza le tenian cautivado, así como á todos los caballeros de su comitiva.

Andrónico hizo una nueva señal, y obedientes á ella adelántaronse hácia Roger algunos oficiales del palacio llevando en bandejas de oro guarnecidas de piedras preciosas, un bonete encarnado, un sello, un baston y un estandarte; doblaron la rodilla ante el caudillo español y le ofrecieron el presente.

Señor general de los ejércitos imperiales—dijo el emperador con voz vibrante y estendiendo el brazo.—Tomad las insignias de vuestro cargo.

En el momento los oficiales se pusieron en pie, y colocaron el bonete sobre la cabeza de Roger, en su mano izquierda el baston, en la derecha el estandarte, y en su escarcela el sello, símbolo de su nueva dignidad.

—Hora, pues, señor Megaduque,—dijo el emperador—podeis retiraros al alojamiento que he mandado disponer para vos y los vuestros, donde no tardareis en recibir nuevas mias.

Terminado este acto tan brillante como ceremonioso, los capitanes españoles salieron del salon de Pórfido, vivamente conmovidos por el cordial y fastuoso recibimiento que les fuera dispensado; haciendo firme propósito en el fondo de sus corazones, de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa del generoso señor que los habia llamado para la defensa de sus estados y persona.

Con arreglo á las órdenes del césar, Roger fué conducido por un general, secretario del gabinete imperial, al palacio de las *Blanquernas*, llamado tambien *Pentapyrgion*, porque tenia cinco torres; hermoso edificio cuyos vastos apartamentos habian sido alhajados con suntuosidad para el objeto de su destino. En él los nobles españoles encontraron cuanto podian haber menester para su servicio; las cuadras provistas de buenos caballos, numerosos criados griegos y latinos, y, lo que mas les sorprendió, mostrándoles la previsora solicitud de los encargados en cuplimentar las órdenes del soberano, fué, ademas del lujoso mueblaje de los aposentos destinados para la hija de Roger y dueñas de su servidumbre, el hallar seis eunucos de la de palacio, puestos alli para el cuidado personal de las damas.

El mismo dia saltó en tierra todo el ejército español, que fué á tomar posesion de los alojamientos que se le tenian destinados en el cuartel de las *Blanquernas*; barrio que tomaba su nombre del palacio donde fuera alojado Roger de Flor, y que se estendia por el suroeste de Constantinopla hasta el castillo de Boemundo, edificio que fue en tiempo anterior una abadia amurallada. Pocas horas despues de su instalacion en los alojamientos, los hombres de armas y los *ginetes* recibieron caballos aparejados para la guerra, y aquellos, la infantería almogavar y los marinos del servicio de la armada, las cuatro pagas anticipadas que se les tenian ofrecidas; con lo cual el entusiasmo de los soldados por el emperador Andrónico, rayó tan alto como el de los capitanes.

Cuando el pueblo de Constantinopla vió por primera vez las mesnadas aragonesas, quedó admirado y sorprendido del órden y marcial aspecto conque marchaban aquellos recios hombres de armas, cubiertos con bruñidas piezas de arnés, llevando largas espadas, lanzas, pesadas mazas y hachas de batalla; y luego en pos de ellos, los numerosos caballos lijeros, temible milicia usada solo en España, donde la contínua guerra con los moros la hacian utilísima y necesaria. Empero cuando la multitud contempló las compañías almogavares cuyos soldados iban vestidos con pieles blancas adovadas, que

conservaban todo su pelo; calzadas las piernas con antiparas de cuero, y armados tan pobremente que mas parecian pastores que hombres aparejados para la guerra, trocóse el entusiasmo en desprecio, y comenzó por mofarse de ellos, haciendo las mas burlescas conjeturas sobre el valor y pericia militar de jente tan ruin, que al cruzar por las calles de la ciudad, semejaban piaras de ovejas que corrian presurosas á guarecerse en los apriscos; con lo cual, aquel pueblo superficial y voltario, se arrepintió muy pronto de haberse dejado mecer por las esperanzas que la vista de los capitanes y la de la caballería le habia hecho concebir.

Sin embargo, cuando aquellos que mas temerarios osaron aproximarse lo bastante para reirse con insolencia en las barbas de los almogavares, sintieron caer sobre la cabeza, á manera de martillo, la huesosa mano de estos; y cuando todos pudieron ver de cerca la robusta contestura, y la feroz espresion que brillaba en los semblantes de los hombres que componian la infantería española, que asi les moviera á burla y compasion, la sonrisa desapareció de todos los labios, y la plebe de Bizancio reconoció que aquellos toscos y bárbaros soldados eran fieras vestidas con pieles de cordero.

Un incidente casual acabó de disipar la prevencion con que los almogavares fueron mirados en un principio. Como las compañías marchando por las calles de la ciudad obstruidas por la muchedumbre llegasen á un paraje donde, por efecto de la estrechez del sitio, esta se apiñaba en mayor confusion, unos cuantos marineros genoveses, con el insolente orgullo del criado que se torna en amo de su señor, movieron pendencia para ponerse en primera fila, resultando de ella mal parados algunos hombres y mujeres del pueblo. Con tal ocasion, un jóven almogavar que marchaba al frente de una numerosa compañía, se vió atropellado; enfurecido por ello tanto como dolido por la demasía de los genoveses, desnudó la espada y cerró impetuosamente con ellos. Los genoveses sorprendidos, huyeron dando gritos entre los sarcasmos y silvidos de la multitud. Agradecido el pueblo, victoreó á su generoso defensor, y muy pronto corrió por la ciudad la noticia, poetizada en tales términos, que todos los ciudadanos decian, que un mozo español, hermoso como Apolo habia combatido él solo con todos los genoveses de Bizancio.

VII.

Ajitado interiormente por mil principios de destruccion, combatido al esterior por enemigos muy superiores, puesto sobre la pendiente que le arrastraba hácia su total ruina, el imperio de Oriente se sostuvo sin embargo muchos años con todos sus vicios y todas sus desgracias.

D. Levi, (*Elementos de historia general.*)

En las ventanas alfombras,
En el suelo juncia y ramos,
Y de trecho en trecho habia
Mil trovas al desposado.

Romancero general.

Ya comienza de tañer,
Muy dulcemente á cantar
. . . . . .
Bien lo oia la infanta
Y holgaba de lo escuchar.
Desque lo vió tan gracioso
De gracia muy singular,
El amor que nunca cesa
En ella fué á aposentar.

Romance caballeresco.

Antes de dar comienzo á la narracion de los esclarecidos hechos, brillantes y memorables episodios guerreros, que cubrieron de inmarcesibles laureles la frente de aquellos héroes españoles durante sus gloriosas espediciones militares por el Asia menor, y las provincias europeas del Imperio de Constantinopla, vamos á bosquejar sumariamente la situacion política, que al despuntar el siglo XIV tenian

los griegos y los turcos; tomando desde algunos años atrás la historia de esos dos pueblos, cuya ruidosa celebridad estuvo á punto de verse oscurecida por un puñado de soldados veteranos, salidos de las montañas de Aragon y Cataluña.

Con la muerte del último príncipe de la dinastía de los Comnenos, el imperio de Oriente, que desde muchos años atrás venia marchando hácia su ruina, aceleró los pasos que le conducian á una completa destruccion. Los sérvios y los búlgaros se hicieron independientes; los turcos estendieron y aseguraron sus conquistas por las provincias del Asia dependientes de la silla de Bizancio, y los gefes de la cuarta cruzada, indignados de la mala fé que usaban con los soldados de la cruz los emperadores de Constantinopla, causa eficiente de los sangrientos desastres que sufrieron las anteriores, prescindieron, arrastrados por un ciego espíritu de venganza, de Jerusalen y el Santo Sepulcro, y se apoderaron, en 1204, de Constantinopla, á despecho del derecho de gentes y de las amenazas y escomuniones de Inocencio III.

Cincuenta y siete años duró el imperio latino en Bizancio.

Los griegos, que habian trasladado la silla del imperio á Nicea, en Bitinia, pusieron la corona sobre las sienes de Teodoro *Lascaris I;* héroe cuya prudencia y valor salvaron, por entónces, la pátria de su ruina total. Juan *Ducas* su sucesor, continuó con écsito la guerra de la reconquista, atravesó el Bósforo y tomó por las armas la ciudad de Andrinópolis.

Muerto en 1255, le sucedió su hijo Teodoro *Lascaris II*, quien ocupó el trono solo tres años, dejándolo á su hijo Juan *Lascaris*, niño, á la sazon de nueve años, bajo la tutela de Miguel Paleólogo, general de las tropas griegas.

Fué Miguel uno de los grandes hombres de la Grecia moderna, quien despues de haber detenido las armas de los tártaros, y rechazado á los turcos, se apoderó del trono haciendo privar de la vista á su jóven pupilo. Dueño por tan reprobados medios del cetro de los *Lascaris*, el nuevo emperador y fundador de una dinastía, se esforzó en hacer olvidar con sus glorias la iniquidad de su usurpacion. En 1261 arrebató Constantinopla de mano de los latinos y trasladó de nuevo á ella la Silla del Imperio.

Tan sábio político como afortunado guerrero, empleó los recursos de su genio en libertar sus estados de los turcos y de los tártaros, haciendo combatir estos pueblos entre sí; sujetó la venganza de

los latinos, indignados de haber perdido el trono de Oriente; puso un freno á la ambicion de Cárlos de Anjou, ayudando á D. Pedro de Aragon á conquistar el reino de Sicilia, y supo hacerse respetar ó temer de todos sus enemigos. Para poner el sello á la concordia que deseaba establecer entre sus vasallos, intentó la reunion de la Iglesia griega con la latina; mas el clero y el patriarca de Constantinodla se opusieron á esta sábia resolucion, y manifestaros audazmente su resentimiento de que el emperador reconociera la supremacía de Roma. Miguel Paleólogo se mantuvo inflexible y castigó con el destierro á los principales disidentes; mas las pesadumbres que le ocasionaron estos disturbios, fueron causa de una enfermedad que le condujo al sepulcro en 1283. El reinado del primer Paleólogo fué un manantial fecundo de prosperidades para la república de Génova, que obtuvo, en premio de los servicios que prestara al emperador, el comercio esclusivo del mar negro y grandes privilegios en Constantinopla para los subditos de la *Señoria* (1).

Sucedióle su hijo Andrónico, cuyo primer acto, al sentarse en el trono, fué anular todo lo hecho por su antecesor en punto á la union de las dos iglesias, con el fin de conciliarse el clero griego y escitar en su favor las simpatías de una parte numerosa de sus vasallos.

El carácter de Andrónico fué diametralmente opuesto al de su padre. Supersticioso, tímido y falto de resolucion llevó su desconfianza hasta el estremo de separar del mando los mejores capitanes de su ejército; persiguió encarnizadamente á los grandes de su corte y príncipes de su linaje, cuando los creia poco afectos á su persona; llevó su demencia hasta el estremo de mandar sacar los ojos á un hermano suyo por sospechas, y, solo por falsos informes, mandó encerrar en una jaula de hierro á otro, donde murió al cabo de diez y seis años. Una política tan sombría y tiránica no tardó mucho en enajenarle el amor de sus pueblos que se rebelaron dife-

(1) Miguel Paleólogo dió á los genoveses la ciudad de Pera, y les autorizó para fortificarla, en pago del servicio que le prestaron para recuperar á Constantinopla. La opulenta Señoria, era dueña á la sázon de las tres grandes vías de comercio del Asia central y de la India; la primera desembocaba en el mar Negro, por el Caspio y el Volga; la segunda en Pozolato y Layaccio por el golfo Pérsico, Alepo y la Armenia; la tercera en Alejandria por el mar Rojo y el Egipto.

rentes veces y pusieron en peligro su trono. No sintiéndose con fuerzas para resistir á sus enemigos esteriores, compró de ellos la paz con grandes sumas de dinero que dejaron esahusto su tesoro. Desconfiando de la fidelidad de sus vasallos, introdujo en los ejércitos del imperio grandes cuerpos de tropas auxiliares, que acabaron por constituir su principal fuerza.

Las faltas de Andrónico y la guerra intestina que fué su natural consecuencia, aniquilaron gradualmente el imperio de Oriente, é hicieron mas en provecho de los turcos que la fortuna de sus armas.

Este pueblo, originario de las cercanías del mar Caspio, se dejó arrastrar por la doctrina de Mahoma con el mismo entusiasmo que los árabes, y llegó á fundar un imperio tan vasto y de mas larga duracion que el de los afortunados hijos del Yemen. Ademas de los que crearon en la Tartaria, establecieron cuatro grandes monarquías en medio del Asia; las tres primeras las poseyeron los príncipes de una familia llamada Seljucidas y la cuarta los de la familia de Otman ú Osman.

El Asia menor compuesta de los reinos del Ponto, Bitinia, Media, Frigia, la Galacia, la Armenia y otros paises que formaban una estensa península entre el Euxino, la Propóntide, el mar Egeo, el Mediterráneo, y la Siria hasta el Eufrates, constituian la hermosa parte del imperio griego que los asiáticos llamaban el país del *Rum*. Los turcos penetraron en él en 1072 persiguiendo á los árabes, y se posesionaron de aquellas provincias que llamaron despues Anatolia. Empezó la conquista Melek Shah, sultan Seljucida de Persia, y la cedió luego á un primo suyo llamado Soliman, que fué el tronco de la dinastía turca llamada *Seljucidas del Rum*.

Soliman, príncipe emprendedor y guerrero, supo aprovecharse de la discordia y perpétua anarquía que reinaba en la córte de Bizancio, para proseguir sus conquistas por las provincias asiáticas del imperio griego, y estableció finalmente su capital en Nicea de Bitinia. A su muerte dejó el reino á su hijo Kili-Arslan, jóven y valeroso príncipe que combatió con fortuna las armas de los griegos y los ejércitos de los cruzados á quienes causó memorables derrotas; si bien estos lograron tomar á Nicea, lo cual obligó á Arslan á trasladar la capital de sus estados á Iconio, desde donde continuó una guerra sin tregua contra los soldados de la cruz.

Finalmente; despues de una larga série de triunfos y reveses, la raza Seljucida fué destruida por los mogoles; mas no la de los turcos que

subsistió en la de los Otomanos. Estos últimos establecidos en el Asia menor, se erigieron en soberanos de sus provincias. Destruida la monarquía de los sultanes de Iconis, en 1299, Otman formó el proyecto de levantar otra sobre sus ruinas. Uniéronse á él muchos emires musulmanes, y con su ayuda arrebató definitivamente toda el Asia menor á los emperadores de Oriente.

Ensoberbecidos los turcos con tantas victorias como veces se habian medido con los griegos, encontraron demasiado estrechos para su ambicion los límites del Asia menor, y comenzaron á dirigir sus codiciosas miradas, desde las orillas del Bósforo tracio y de la Propóntide, sobre la cúpula de Santa Sofia, reconociendo en ella la llave que podia abrirles las puestas de la Europa occidental. El desastroso estado en que se encontraba á la sazon el imperio de Bizancio los alentaba para emprender su conquista, que estimaban tan fácil de alcanzar como lo fuera la del hermoso pais que pensaban dejar á sus espaldas.

La proximidad é inminencia del peligro asustó al débil Andrónico, que no acertaba á encontrar en sus propios recursos medios para enfrenar la pujante ambicion de tan infatigables enemigos. Desconfiando con justo motivo del valor de sus soldados y de la fidelidad de las tropas auxiliares, solicitó la alianza de los reyes cristianos de la Europa occidental; mas todos se negaron á dar socorro á un príncipe aborrecido de sus vasallos, cismático y escomulgado por el Papa; escepto el generoso D. Fadrique que le envió sus valerosos soldados de Aragon y Cataluña.

Estos valientes aventureros aparecieron desde luego en la corte de Bizancio como nobles soldados esclavos de su palabra, y fieles servidores del príncipe á cuyo sueldo se ponian; porque no manifestaron mas exijencia que la del exacto cumplimiento de lo que se les ofreciera, ni otra pretension que la de llenar bien y lealmente el empeño que habian tomado. Nada, pues, debia temer de ellos el emperador Andrónico, y sí prometerse mucho de su esfuerzo y ardimiento; del cual era una buena garantía la fama de sus proezas en la guerra de Sicilia. Bien al contrario de los otros auxiliares del de su corona, genoveses, pisanos y venecianos, que habian llegado á ser una carga molesta para el Imperio, cuyo tesoro ponian de continuo á saco, y cuyo territorio se repartian cual si fuera una herencia propia; mas atentos á hacer prosperar el comercio de sus colonias y factorias, verdadero móvil de los socorros que vendian al emperador, que á rechazar las crecientes invasiones de los turcos.

Triste por demás y desesperada era la situacion del imperio griego cuando llegaron para su defensa los soldados de Roger de Flor. Sin crédito, sin recursos, con una marina mercenaria mas comerciante que militar, y un ejército compuesto de elementos heterojéneos, indisciplinado, cobarde y turbulento; cuyos jefes eran eunucos ó hechuras de las damas de la córte, y cuyos soldados habian perdido los hábitos de la obediencia militar, el amor á la patria y el entusiasmo por las grandes empresas, se veia abocado á una catástrofe que le igualará con sus dos predecesores, el de Cárlo-Magno y el de los califas árabes.

No era ya el imperio de Constantino el *Grande*, ni el de Justiniano y Belisario, era una nacion de eunucos voluptuosa y depravada; una sentina de vicios donde bullia un pueblo infatuado con su pretendida ciencia y su muelle cultura; disputador y arrogante que tenia por bárbaros á todos los pueblos de la tierra, y que gastaba inútilmente la corrompida sangre que circulaba por sus venas, sangre que la de los bárbaros no pudo rejenerar, en disputas teolójicas cuando el ariete de los turcos batia sin tregua sus murallas; y en intrigas palaciegas sostenidas por los patriarcas, los eunucos y las mujeres, cuando no podia contar con un soldado ni una nave para defender los girones del manto de púrpura de sus emperadores, que solia arrojar mas bien que poner sobre los hombros de un monedero falso, de un medidor de trigo, de un pastor ó del hijo de un zapatero. Tal era el imperio de Bizancio en 1303.

Su indolente fausto, su depravacion y su incapacidad para todo lo que fuera grande y virtuoso le habian hecho el ludibrio de la Europa entera y el escarnio de los bárbaros acampados en el Asia, que no se habian ya engalanado con sus despojos por carecer de naves para atravesar la Propóntide. No sabiendo ni pudiendo esgrimir mas armas que las de un charlatanismo insoportable, tuvo que comprar los ausilios de los bárbaros moradores de las orillas del Danubio y de la Tracia, y los socorros de las opulentas repúblicas de Italia.

Sin embargo, en medio de los apuros del tesoro nacido de la miseria de los pueblos y de la reduccion progresiva de las rentas públicas, por efecto de la pérdida de importantes provincias y la insurreccion de los estados feudatarios del Imperio, los ministros de aquella córte dislocada sabian encontrar recursos, por medio de tiránicas exacciones y la frecuente alteracion de la moneda, para mantener el fausto de palacio, la sibarítica ecsistencia de los altos dignatarios

y oficiales del servicio del emperador, y pagar los cuerpos de tropas y la marina, ausiliares del Imperio.

Víctima Andrónico de la viciosa organizacion político-social de su imperio, é instrumento, como lo habian sido sus predecesores, de una política tortuosa, pérfida y corrompida, atenta solo á encender el cisma relijioso, á castigar herejías y á amontonar víctimas inmoladas por causa de intrincados enigmas teolójicos, en lugar de atender, cual debiera, á la seguridad interior de sus pueblos y á la conservacion de las mas ricas provincias de su corona, veia desmoronarse bajo sus plantas el trono de Constantino y pasar el cetro de los césares de Bizancio, de su mano, á la de los sultanes del *Rum*. Asi que, sintió renacer la esperanza dentro de su pecho, cuando encontró los robustos hombros de los españoles para apuntalar el derruido edificio de su grandeza, y confió en aquellos valientes ausiliares como no le era dado confiar en su propia familia, en sus soldados ni en sus vasallos.

Ansioso de ver lucir para su reino nuevos dias de paz y prosperidad, se apresuró á dar cumplimiedto á todos los empeños que en Mesina y en Constantinopla habia contraido con ellos; cuidando al mismo tiempo de dar impulso á los aprestos para la campaña que muy luego Roger habia de abrir contra los turcos. Deseando á la par que la guerra se emprendiese bajo los mas favorables auspicios, mandó que se activasen los preparativos para efectuar el enlace del *Megaduque* con la princesa Maria, y que se desplegase en las bodas y en los festejos públicos con que habian de celebrarse, toda la pompa y ostentacion que en las grandes ceremonias del Imperio era usual en la corte de Bizancio.

Tan inequívocas muestras de aprecio por parte de Andrónico, alarmaron la codiciosa suspicacia de los genoveses, que miraban con ojo receloso esa nueva influencia que amagaba sustituir la suya en Constantinopla, y hacerles perder las pingües ventajas que habian obtenido y pensaban todavia obtener en el territorio griego. Con tal motivo, y bajo frívolos pretestos, comenzaron á enemistarse con los españoles, dando por motivo de su conducta el racional temor de que la casa de Aragon, muy poderosa ya en Italia, intentase lograr iguales beneficios en las tierras y mares del Imperio; á cuyo efecto, decian ellos, habia enviado á Constantinopla esa avanguardia de su ejército. Poco trabajo les costó asociar á sus miras á los venecianos tan interesados como ellos en mantener el gabinete imperial en per-

pétua tutela, y lograron tambien atraer á su partido á los masajetas, cuyo general George se mostraba descontento del matrimonio de la sobrina del emperador, porque habia soñado en casarla con su hijo Brienno, valeroso capitan muy acreditado entre los soldados de su hueste. Unidos los descontentos, formaron un partido bastante poderoso para combatir con esperanzas de écsito la nueva influencia que se levantaba en la corte. Empero, no estimando ser aquella la ocasion oportuna para atacar de frente al enemigo, en vista de lo muy pronunciada que se manifestaba la opinion pública en su favor, aplazaron su venganza para el dia en que la ausencia de los españoles les dejase el campo libre para obrar.

Sus apreciaciones no eran infundadas; pues los patricios, la nobleza y toda la corte se habian unido sinceramente al emperador para honrar á los capitanes de Aragon. Y, cosa inaudita en los fastos de las intrigas de palacio; los eunucos y las damas, les prodigaron señales inequívocas de afectuosa simpatía, sin parar mientes en que habian llegado á compartir con ellos la facultad de dirijir el ánimo de Andrónico.

Por su parte, el pueblo y plebe de Bizancio tan amigo de novedades y espectáculos, como entusiasta por la gloria del Imperio, siempre que esta no fuese adquirida á espensas de su propia sangre que reservaba para verterla en sus cuestiones relijiosas, ó en sus disputas del Hipódromo, aplaudia con entusiasmo á los latinos de España, cuya sobriedad, franqueza y gallardia le habian cautivado en términos que, prescindiendo de su oríjen de *bárbaros occidentales*, les ofreció lealmente su amistad.

Al mes de la llegada de los españoles, lució por fin el suspirado dia en que debia tener lugar la ceremonia de los desposorios de Roger de Flor y la princesa Maria.

La víspera, segun costumbre, se pregonó en la ciudad la salida del emperador, para que las calles del tránsito se despejasen, barriesen y perfumasen, quemando en ellas yerbas aromáticas y resinas olorosas. A la salida del sol, las ventanas de todos los edificios públicos y particulares se engalanaron con vistosas colgaduras de seda, luciendo preciosidades de oro y plata, entre lindos ramajes y ramilletes de flores. Los encargados de la policía urbana, empleados que desempeñaban en Constantinopla las mismas funciones que los ediles plebeyos en Roma, cuidaban de hacer cumplir las órdenes de buen gobierno, espulsando á la multitud de aquellos parajes en que su aglomeracion pudiera in-

terceptar el libre paso de la comitiva imperial, y poniendo todo en órden á fin de que cosa alguna interrumpiese la majestad de la ceremonia.

Llegada la hora, salió del palacio la procesion guardando el órden siguiente:

Rompian la marcha los oficiales capitaneando pelotones de tropa vistosamente armada y equipada; seguian numerosos coros de músicos y cantores; luego, en dilatada pompa, los majistrados y miembros del gobierno civil, y un escuadron de turcopeles ostentando sus lujosas y orientales vestiduras. Venia en pos una litera cubierta de láminas de oro y suspendida entre dos mulas blancas, en la que iban la princesa Maria y su madre Irene; llevando al estribo derecho al Protospatario y al izquierdo el Protostrator, ó gran caballerizo. Detrás caminaba á paso lento, ginete en un caballo nevado el *divo* emperador Andrónico, entre Roger de Flor, su hijo Miguel, *Déspota* del Imperio, y rodeado de todos los príncipes de la sangre y altos dignatarios de la córte; por último, cerraban la procesion doscientos hombres de armas y caballos lijeros de las mesnadas aragonesas y catalanas.

La comitiva imperial marchaba entre soldados griegos armados de pequeños escudos y lanzas cortas, que formaban dos hileras para mantener desembarazado el trayecto hasta la iglesia. El pueblo que llenaba los espacios dejados libres por las tropas, prorumpia en gritos de júbilo, aplaudia la suntuosa pompa de la procesion, y se estasiaba al contemplar el lujo de las vestiduras de los convidados relumbrantes con el oro y pedrerías que las cuajaban. Empero la bulliciosa algazara con que eran acojidos los que formaban la cabeza de la procesion, cesaba al paso del emperador. Entónces, los numerosos coros de músicos y cantores que se hallaban estacionados en diferentes puntos de la carrera, aprovechando el respetuoso silencio de la muchedumbre, entonaban sus cánticos de alabanzas, repitiendo en altas y armoniosas voces:

Ved que llega la Aurora y arrolla el negro manto de la noche.
Eros se aprocsima y anima al mundo con su fuerza creadora.
Hélo ahí, el hijo de Vénus Urania.
Marte en la guerra, terror del sarraceno infiel.
Divo y Augusto Andrónico, el mundo te saluda.
Naciones de la Tierra, pueblos del Universo,
Adoradle, veneradle, humillad la frente ante él.

Y entre estas y otras serviles alabanzas prodigadas á un falso Dios, quien al dia siguiente podia verse mutilado de la nariz, privado de la vista y encerrado en un monasterio, por ese mismo pueblo voltario y corrompido que le victoreaba con entusiasmo, llegó la procesion á la gran plaza que se estendia delante de la iglesia de Santa Sofía. Detúvose al pie de la columna de pórfido sobre la que se levantaba una jigantesca estátua ecuestre, hecha de un coloso del Apolo Pithio, traido de Athenas á Constantinopla, y que representaba al emperador Constantino el *Grande*, en cuyo momento las campanas de Santa Sofía, única iglesia que gozaba de este privilegio en Bizancio, fueron echadas á vuelo.

A esta señal, las cinco puertas del templo se abrieron, jirando lentamente sobre los goznes sus grandes hojas forradas de chapas de laton cincelado y bruñido con esquisito primor. El patriarca Anastasio (1) y el clero en traje de gran ceremonia, salieron á recibir al emperador, que penetró por la puerta del centro, la mas alta: y seguido de su imperial comitiva llegó por la nave central hasta el altar de Santa Sofía, situado bajo aquella imponente cúpula, cuya clave los ojos no alcanzaban á ver desde el pavimento de mosáico de la iglesia.

Cuando Andrónico hubo tomado asiento en un trono dispuesto al efecto, y su comitiva en las galerías circulares que habian sido profusamente adornadas para recibir á los convidados, la ceremonia tuvo principio con arreglo á las prácticas del rito griego.

El *Megaduque* Roger y la princesa Maria espléndidamente ataviados, se arrodillaron sobre blancos cojines de paño de seda, recamados de oro y pedrería, y recibieron la bendicion nupcial de manos del pontífice de la iglesia griega.

Terminada la ceremonia relijiosa, la imperial comitiva regresó á palacio, en el mismo órden con que habia salido, entre las ovaciones del pueblo que sembraba de flores las calles que atravesaban los egrégios desposados.

Entretanto se disponian en el *Triclinio dorado* los aprestos para

(1) Desterrado de Constantinopla por Miguel Paleólogo en 1289, en castigo de haberse opuesto a la union de la iglesia griega, con la latina; y repuesto en la silla patriarcal por Andrónico, quien anulara todo lo hecho por su padre en punto á religion.

el festin que habia de celebrarse en la noche de aquel dia en honor de la princesa y su gentil esposo.

El banquete imperial empezó durante la segunda vijilia de la noche. El mirífico salon estaba profusamente adornado, é iluminado con hachas de cera de colores y lámparas de plata cinceladas, donde ardia un aceite perfumado. Los convidados tomaron lugar, por el órden de sus respectivas categorías, en derredor de una mesa larga y estrecha cubierta con finos manteles, sobre cuya blancura destacábase, entre ramos de flores y pequeños pebeteros en que se consumian deliciosos perfumes de la Arabia, una inapreciable vajilla de oro y plata.

El emperador Andrónico, sentado en un trono de ébano con incrustaciones de oro y marfil, ocupaba el testero de la mesa, teniendo á su derecha á Roger de Flor, al que seguian los príncipes de la sangre y los magnates de la córte, entre quienes se habia señalado lugar á los capitanes españoles; y á su izquierda la princesa Maria sentada entre su madre Irene, y su hija adoptiva Elfa, y junto á esta la hermosa Teodeta, hija del general masajeta George; mujer que por su rara belleza y carácter resuelto y varonil era el ídolo y la admiracion de la sensual córte de Bizancio. Seguian á continuacion las damas de palacio, y luego los demas convidados nobles griegos, genoveses, pisanos, búlgaros, masajetas y turcopeles.

Durante la cena que se prolongó hasta altas horas de la noche, numerosos cantores, juglares y bufones, colocados en lugar conveniente donde pudieran lucir sos habilidades, entretuvieron á los convidados entonando himnos de alabanza, y ejecutando juegos de fuerza y equilibrio combinados con representaciones mímicas.

Cuando hubo terminado el servicio de las viandas y aparecido en su lugar sobre la mesa las frutas, los pasteles hechos con harina y miel y sazonados con especias aromáticas de la India, las conservas trojezadas, los vinos esquisitos de las islas del Archipiélago griego, y los néctares hechos con vino, miel y flores, un Conde de los domésticos de la mesa, pidió venia al emperador para introducir en la sala á un trovador español que habia sido mandado llamar por el *Megaduque* Roger, para que amenizara la fiesta haciendo oir á los convidados un canto guerrero de los soldados de Cataluña.

Andrónico dió su consentimiento, y pocos momentos despues entró en el salon con gentil continente, y seguido de ocho almogavares, Ugo el apuesto adalid, que fué á situarse inmediato al emperador y frente á la princesa Maria.

El gallardo mancebo vestía el sencillo y gracioso traje de los trovadores provenzales, y traia sobre su hermosa cabeza un birrete de paño de seda carmesí, en el que se veia brillar, al arranque de una ondulante pluma blanca, la joya que ganara en uno de los certámenes poéticos verificados por D. Fadrique —— misma, á imitacion de los que se celebraban en Barcelona desde el tiempo de D. Jaime I, quien introdujo en su córte el estudio de la *Gaya Sciencia*.

Cuando cesó el murmullo de sorpresa que produjera entre los circunstantes la inesperada aparicion de aquellos feroces soldados, vestidos y armados cual si debieran entrar en batalla en aquella hora, Ugo atrajo sobre su pecho una vihuela de péndola que traia atravesada en las espaldas, sostenida con un cordon de seda, y comenzó á preludiar punteando con una pluma las cuerdas del instrumento. Luego, con voz llena y vibrante, cuyo eco retumbaba en el espacioso salon, entonó el siguiente romance.

Era la noche apacible
Largo está el alboreare
Cuando tocan armas! armas!
Las jentes almogavares.
Silencio reina en el campo
E tambien por la cibdade,
Ca folgando los fronteros
Non se cuidan del gran male;
E por ende el atalaya
Non cata desde el adarve.
Luego aina, á la vegada
Como canes montaraces,
Compañias é adalides
La caba se ven saltare;
Allegando con cautela
La barbacana á trepare.
E salvan los fuertes muros,
E entran por la cibdade,
E tirando sus asconas
Voces dan que hacen temblare.
Scorprendidos del rebato
Corren armas á empuñare
Los cibdadanos, é lidian
Con valor por todas partes,
En acucia de sus fijos
Algos, mugeres é padres;
Mas non basta su porfia
Que non logran arredrare,
El valor é la pujanza
De la jente almogavare;
Que incendia destroza é mata
Todo adentro la cibdade.
. . . . . .
Antes que el sol en Oriente
La su faz llegue á mostrare,
De sangre charca horrorosa
Era todo aquel logare;
E do quiera se escochaba
De los feridos los ayes,
Los jemidos del que muere,
De las fembras el llorare.
E cuando ya non tovieron
Mas jentes que degollare,
Moradas que entrar á saco

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

Nin palacios que incendiare,
Se retiran acuciosos
Los recios almogavares,
Llevando muchos cativos,
De oro é plata gran caodale,
E cantando en ronco acento
Que espanto caosa escochare:.....

La música de esta cancion guerrera, estaba en perfecta consonancia con la ruda marcialidad de los conceptos de la poesía. Unas veces las notas eran suaves y lentas como el murmullo de la brisa entre las hojas de un rosal; otras graves y sonoras como el rompiente de las olas en una playa de arena, y otras, en fin, semejaban al fatídico ruido del trueno cuando retumba de una en otra montaña. Entonces las cuerdas de la vihuela heridas con dureza por la mano del inspirado trovador, producian un sonido áspero y sin eco; y la voz de Ugo, de suave y modulada, se tornaba en bronca y estridente remedando el fragor de una batalla, de tal manera, que se creia escuchar los gemidos de los moribundos, las quejas de los heridos y las voces de triunfo del vencedor. Su último sonido fué un grito sonoro y penetrante que se perdió lentamente en la techumbre artesonada del salon, á la manera del eco cuando recorre una vasta llanura.

El cantor quedó silencioso, inmóvil, jadeante y con los ojos elevados hácia el cielo.

A medida que iba perdiéndose la última frase armónica del trovador, crecia un murmullo cadencioso que terminó en un grito unísono, ronco y salvaje; una especie de aullido prolongado y espantoso, lanzado por los almogavares formados en ala á espaldas de Ugo. En pos de aquel grito de lobo hambriento, dejóse oir el siguiente coro, cuya música compuesta de notas breves é inarticuladas, y de nerviosa y bárbara armonía, acompañada con el ruido de las espadas desnudas que chocaban entre sí los soldados, produjo un indefinible sentimiento de terror en todos los circunstantes.

Despierta fierro despierta,
Torna luego á despertare,
En busca de otro enemigo
Para comer de sus carnes.

Al terminarse el coro, no hubo un solo pecho que no respirase con violencia cual si hasta aquel momento hubiese estado bajo la presion de un grave peso: tan briosos y varoniles acentos lasti-

maban los delicados oidos de aquellos afeminados cortesanos, habituados á escuchar solo lijeros y voluptuosos cantares y no las guerreras melodías de los campos de batalla. Las damas abrieron los ojos que el miedo les obligara á tener cerrados, y sus mejillas recobraron el color bajo el afeite que las cubria; en cuanto á los patricios y caballeros, no españoles, permanecieron largo rato con la vista fija en el rostro de los almogavares sin acertar á darse cuenta si era de terror ó admiracion el sentimiento que esperimentaban.

Andrónico no menos conmovido que los nobles que le rodeaban, empero satisfecho interiormente de la impresion que el canto de sus nuevos aucsiliares habia producido en todos los convidados griegos, genoveses y masajetas, dió órden á su tesorero, el Conde de las *sagradas liberalidades*, para que galardonase á cada uno de los almogavares con una bolsa llena de monedas de oro; y los despidió con una benévola sonrisa.

Entonces, Teodeta, la hija de George, única entre los convidados que habia permanecido impasible, si bien contemplando con creciente admiracion al gentil trovador, tomó en uno de los ramos de flores un clavel rojo, y mandó á un eunuco que lo ofreciera en su nombre al adalid.

Ugo lo aceptó con reconocimiento y lo llevó á sus labios; mas al levantar la frente que inclinara en señal de gratitud, su mirada se encontró con la de Elfa, cuyas mejillas se iban cubriendo de carmin. El doncel palideció imperceptiblemente, y reconociendo su yerro, entregó á un almogavar la flor y la vihuela que separara de sí con un movimiento de cólera, y salió de la sala del banquete, llevando la cabeza inclinada sobre el pecho.

Repuestos los convidados, con la ausencia de los almogavares, de la emocion desagradable que esperimentaran, volvieron á ocuparse del festin, procurando recobrar la anterior alegría. El emperador dió el ejemplo apurando de una vez la copa de oro llena de vino de Chios que tenia delante; rasgo de buen humor que fué imitado por la mayoría de los concurrentes sin distincion de secso. Luego, deseando dar un nuevo rumbo á las ideas de sus conmensales, preguntó á los capitanes españoles noticias circunstanciadas de las costumbres de su patria, inquiriendo con particular empeño detalles de los recursos, soldados y bajeles que tenian los reyes de España. Miser Ramon Montaner, como hombre de letras, y en este concepto mas autorizado que otro alguno, para satisfacer cumplida-

mente la curiosidad del emperador, describió con orgullosa satisfaccion la índole de las sabias constituciones de su patria, el poder de los reyes de Aragon, valor y número de sus soldados, y la importancia de la marina militar y mercante de Cataluña.

Mostróse complacido Andrónico al escuchar de boca del ilustre anciano lo que tanto le interesaba saber, para formar su plan de conducta con respecto á los españoles; y luego á su vez comenzó á detallar sus propios recursos, que estimaba inmensos é inagotables, y la estension y grandeza de su poder, del cual solo habia dado hasta entonces, segun dijo, una pequeña muestra á los capitanes de Aragon.

Con este motivo, el general George apuntó maliciosamente la impresion que produjera en Roger y sus compañeros el suntuoso aparato de la corte la vez primera que se presentaron en ella; y recordó, acompañando sus palabras con una sonrisa irónica, el terror que esperimentaron los españoles cuando al llegar junto á las gradas del trono, los leones de madera que las guardaban, exhalaron un rujido. Bellaca observacion que hizo asomar el rojo de la vergüenza en las mejillas de los vencedores de las armas de la Iglesia y de Francia.

Bernaldo de Rocafort, que, segun su costumbre, habia permanecido hasta entonces silencioso y sombrío, no pudo llevar en paciencia semejante burla; y con la altanería propia de su carácter, dijo alzando la voz.—Que lo que él y sus amigos habian sentido en aquel momento, no fué miedo, sino estrañeza de la novedad; lo cual él estaba dispuesto á probar á quien quisiere; y que para ello, él se ofrecia á lidiar cuerpo á cuerpo con un leon, no finjido, sino vivo y pujante, en presencia de la corte y de todo el pueblo de Constantinopla; y esto el primero ó el último dia de las justas que estaban por celebrar, á voluntad de los jueces del palenque.

Un prolongado murmullo de aprobacion acojió el audaz reto del esforzado catalan. Andrónico complacido de hallar una ocasion donde pudieran lucir sus valerosos aucsiliares, y contento de poder ofrecer á su pueblo un espectáculo que no dudaba seria muy de su agrado, prometió que se darian órdenes para que fuesen satisfechos los deseos del capitan español.

Terminado el banquete, al tiempo de levantarse los convidados de la mesa, la hija de Roger echó de menos un precioso brazalete que su madre adoptiva la habia regalado aquella mañana antes de

dirigirse á la iglesia de Sta. Sofía. Diéronse órdenes á los domésticos subalternos de palacio para que lo buscasen por el salon; mas todas sus diligencias fueron vanas.

Entonces, miser Ylario Socato, *Podestá* de los genoveses, alzó la voz y dijo; que la joya no estaba perdida, sino en lugar donde solo podia ser tomada con el hierro de una lanza, y que á su debido tiempo y hora apareceria.

Los capitanes españoles manifestaron intencion de querer recojer el guante arrojado por el caballero genovés; mas Roger de Flor interpuso su autoridad, con lo cual, en vista del misterio con que fué hecha la declaracion y de la promesa de miser Socato, ninguno insistió para obtener mas esplicaciones, por entonces, sobre el particular.

La reunion se disolvió, citándose todos los convidados para dentro de tres dias en el Hipódromo, donde habian de tener lugar las justas y los juegos dispuestos para solemnizar las bodas de Roger.

VIII.

Nadie en la plaza se mueve,
Con estar toda la plaza
Llena de bizarros moros,
Y de damas las ventanas.
Esperábase una fiesta,
Fiesta entre ellos nunca usada,
Que mantiene Reduan
Por una dama cristiana.
Romancero general.

Y sin hacer desden ni movimiento,
ni revés el caballo, ni mudanza,
diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos, sin romper la lanza;
Con tanto gusto, y general contento,
Como si cada uno, su esperanza
La tuviera empleada por entero,
En el brazo y valor del caballero.
Balbuena.—*Bernardo del Carpio,* Libro XVII.

En la tercera rejion, ó cuartel, de las catorce en que fué dividida la ciudad de Constantinopla desde que en ella se puso la silla del Imperio, é inmediato al palacio de los emperadores, ecsistía el célebre Hipódromo empezado á edificar por Séptimo Severo y concluido por Constantino el *Grande*. Era un suntuoso edificio digno de la celebridad de las obras arquitectónicas del bajo imperio: su área interior, ó arena, que medía 400 pasos de largo y 200 de an-

cho (1), tenia una figura limitada por dos rectas paralelas unidas en un estremo con una semi-circunferencia que les era tanjente, y en el otro por una curba de pequeña sajita y lijeramente oblicua con respecto á las líneas paralelas; en este estremo estaban situadas en número de doce las *carceres*, desde cuyas puertas arrancaban los carros en los juegos públicos. El espacioso recinto estaba cerrado con hileras de gradas, cuya disposicion, altura y ornamento variaban segun la clase de personas que debian tomar asiento en ellas durante los espectáculos. En medio de la arena, en su lonjitud, de *meta á meta*, se veian algunas de las obras maestras de escultura arrebatadas por Constantino de las principales ciudades de la Grecia, Italia y del Asia, y traidas á las orillas del Bósforo para embellecer á la *hija de Roma*. Entre ellas se admiraban la columna *Serpentina*, llamada asi porque la formaban tres colosales serpientes de bronce, torcidas y enlazadas entre sí hasta las cabezas, que tenian separadas para sostener el Trípode de Delfos; la magnífica columna de bronce que mandó dorar Constantino Porfirojeneto; y en el centro, sobre un pedestal de mármol blanco, en cuyos cuatro frentes habia un hermoso bajo relieve que representaba al emperador Teodosio con sus dos hijos Arcadio y Honorio, rodeado de su corte en el acto de asistir á los juegos públicos, se levantaba sobre cuatro altares de bronce dorado, el magnífico obelisco de Tebas, de granito rojo, y cubierto de geroglíficos ejipcios, cuya altura media sesenta pies. La entrada principal del circo era un átrio con un pórtico de treinta y siete columnas altas de veintisiete á treinta pies (2), unidas por arcos de medio punto, sobre los cuales corria una espaciosa galería; estas columnas como todo el edificio, eran de mármoles blanco y de colores, lo cual realzaba el grandioso aspecto de tan fastuoso monumento.

En él, pues, debian verificarse los juegos públicos mandados celebrar por el emperador Andrónico en honor de los egréjios desposados.

Lució por fin el dia tan deseado por la nobleza, pueblo y plebe

(1) Gibon. Historia de la decadencia del imperio romano.

(2) El cual es cerrado de mármoles blancos, é tan gruesos quanto tres hombres podrian abarcar con los brazos, é tan altos como dos lanzas de armas é mas, los quales mármoles eran puestos por compás uno con otro al derredor, é eran treinta é siete mármoles.

Ruiz Gonzalez de Clavijo. *Vida del gran Tamorlan.*

de Constantinopla, en que los caballeros españoles debian dar el primer testimonio de su renombrado esfuerzo y de su pericia en el ejercicio de las armas. El vulgo de Bizancio para quien en todos tiempos fué el circo el centro de sus esperanzas, su templo, foro, basílica y hasta su habitacion, estaba fuera de sí con la noticia de los juegos que se preparaban.

Sin embargo, este pueblo, tan àvido de espectáculos, no encontraba en el de las justas y torneos, cuya costumbre introdujeron los latinos en el imperio griego, en donde nunca llegaron á aclimatarse, todo el encanto y atractivo que tenia para la Europa occidental durante los tiempos heróicos de la edad media: reputábalo como juego bárbaro en razon de su orígen, y preferia los ejercicios ecuestres y las carreras del circo, tan llenos de emociones para él; porque en el color que vestian los conductores de los carros que entraban en la liza, *verde, azul, prasino* y *veneto*, veia reflejadas las preocupaciones de cada faccion, y asociadas las ideas políticas y relijiosas de la multitud, que tantas veces habia convertido las calles y plazas de la ciudad en un espantoso campo de batalla por sostener la reputacion de un cochero favorito de los unos y antipático para los otros.

En la ocasion presente, la indiferencia habia hecho lugar al entusiasmo, no solo por ser quienes eran los campeones que habian de combatir en las justas, sino porque tambien se daria al pueblo un espectáculo que recordara las sangrientas luchas de los gladiadores y de las fieras, y por que, además, se celebrarian carreras de carros y juegos hípicos.

Por eso, desde muy temprano, antes que la espléndida faz del sol iluminara desde un cielo de záfiro la superba reina del Bósforo, la plebe de Bizancio bullía y se apiñaba en las puertas del Hipódromo, donde muchos ciudadanos habian pasado la noche en vela, esperando que se abrieran para ser los primeros en acomodarse en las gradas. Entre tanto, la impaciente muchedumbre voceaba y discutia con el mismo calor que en los buenos tiempos de los *verdes* y de los *azules*, augurando, los unos, el renacimiento de la prosperidad del Imperio, toda vez que volvian los juegos del circo, y apostando los otros en favor de tal ó cual cochero que era el ídolo y la admiracion del vulgo.

El ceremonial y órden del torneo, se habia arreglado segun los estatutos y prácticas de la cofradía ó caballería de *Mossen Sent Jordi*, á peticion de los capitanes españoles, à quienes pertenecia este derecho

por su condicion de retadores y mantenedores; en este concepto las justas habian de celebrarse á la usanza de España, si bien alteradas en muchos de sus detalles por tener que plegarse á los usos del pais, al carácter de los diferentes pueblos que tomaban parte en ellas, y, finalmente, á la posicion de los caballeros españoles, que completamente estraños á las costumbres griegas, como estos lo eran á las caballerescas de los occidentales, tuvieron que ceder á ciertas ecsijencias de la corte, atentos solo á lidiar para ganar honra, que era la única cosa á que aspiraban sus ánimos generosos.

El mismo dia en que se anunciaron los festejos y regocijos con que habian de celebrarse las bodas de Roger y la princesa Maria, anunciáronse tambien por público pregon las justas con todos los detalles y modo de llevarlas á efecto, á fin de que los caballeros que quisiesen tomar parte en ellas en calidad de aventureros ó conquistadores, fuesen á inscribir sus nombres en un rejistro que se abrió al efecto, y á dejar en prenda una espuela ó guante, que no debian recojer hasta que hubiesen hecho sus armas cumplidamente con los mantenedores, cuyos nombres, escritos en vitela, se fijaron en los parajes mas frecuentados de la ciudad.

El entusiasmo que movió la noticia, no tardó en manifestarse por el número y calidad de los nobles griegos, capitanes aucsiliares del imperio y caballeros estrangeros, que se hallaban en Constantinopla, los cuales acudieron presurosos á sentar sus nombres en el rejistro, y á escojer las armas y clase de justa que mas era de su agrado; toda vez que estas habian de ser á pie y á caballo.

Los juegos corteses se repartieron en tres dias; en el primero de los cuales, y durante su mañana, debia tener lugar el torneo á caballo, con lanza de hierro de punta de diamante; no permitiéndose á los justadores quitarse pieza alguna del arnés. La tarde estaba destinada para la temeraria lucha que el intrépido Bernaldo de Rocafort se había propuesto sostener con un leon. Es de suponer que esta parte del programa fué la que mas agradó á la plebe de Bizancio.

La mañana del segundo dia se destinó á los justas, á caballo tambien, pero con espada bota, permitiéndose á los lidiadores, que asi lo solicitasen, quitarse una pieza del arnés á su eleccion. Por la tarde, la lidia habia de verificarse á pie con espada bota, maza, ó hacha de armas sin filo. Finalmente, el tercero se habia destinado para los juegos ecuestres del circo.

Diez y ocho era el número de los mantenedores; seis para las

justas del primer dia, y doce para las del segundo, el de los aventureros considerable.

Entre los primeros figuraba Roger de Flor como capitan de la empresa, y luego los mas esforzados é ilustres ricos-hombres y caballeros españoles.

Entre los segundos, miser Ylario Socato, Podestá de los genoveses, miser Roseo del Final, general de las tropas de la *Señoría;* George, el general de los auxiliares masajetas y su hijo Brienno: Basila, capitan de los búlgaros; Meleco, jefe de los turcopeles, y los principales nobles residentes en la corte del imperio, caballeros pisanos, venecianos, búlgaros y turcopeles. (1)

Para velar por el cumplimiento de las leyes del torneo, resolver cualquiera diferencia y hacer justicia á quien le fuera hecha sin razon; nombráronse dos Maestres de campo ó jueces, cuya eleccion recayó en los ancianos caballeros catalanes, miser Ramon Montaner y miser Alvero Borell, á los cuales se agregó, á peticion de los nobles griegos, el patricio Leoncio Argiro, sabio jurisconsulto de Constantinopla.

Para estos jueces, se mandó construir á la derecha del *Podium*, un tablado alto y cubierto con ricos tapices, y en él, á espaldas de los asientos que debian ocupar los maestres de campo, se puso un paño grana estirado sobre un recio bastidor de madera, en el que se habian de colgar las espuelas y guantes de los caballeros aventureros, y delante de los sitiales una mesa para colocar los premios destinados á los vencedores.

Finalmente, fué nombrada por aclamacion unánime, reina del torneo, la hermosa Elfa, para honrar en ella la persona de su padre; y de su blanca mano debian recibir los premios, aquellos dos caballeros que mas se distinguieran en las justas, el uno por mejor *justador* y el otro por ser el mas *galante*.

A la hora prefijada de antemano, se abrieron las puertas del Hi-

(1) Azzeddin Kaikan desposeido de sus estados por el sultan Seljucida, Rokneddin, salió de su patria con 12,000 turcos, y se estableció, consintiendo en ello el emperador en la Tartaria Dobrudscha, entre Silistria y las bocas del Danubio. Desde allí puso los ojos en la ciudad imperial, pero Miguel, (padre de Andrónico) noticioso de ello, le condenó á muerte. Azzeddain huyó y fué á pedir asilo y socorro al Genjiskánida Berke-kan. Un millar de turcos que habian quedado en Constantinopla, se convirtieron al cristianismo, y fueron llamados Turcopeles. Esta es la vez primera que aparecieron los turcos en Europa.

pódromo, y por ellas penetró el pueblo, cuyo estrepitoso rumor semejaba al ruido que producen las olas cuando se estrellan mujiendo contra las rocas que forman los bordes de una peñascosa y estrecha ensenada.

Pocos momentos despues, el emperador seguido de su corte, pasó desde el palacio de Constantino al circo, por la escalera acaracolada que ponia en comunicacion ambos edificios, y tomó asiento en el trono de mármol blanco, levantado en medio del *Podium*; lugar preeminente sostenido por columnas corintias de mármoles de colores, y profusamente adornado de estátuas y bajos relieves, obras debidas al cincel de los mejores escultores de la Grecia libre, en el cual los emperadores, por razon de su alta dignidad, asistian á los juegos, separados del pueblo y de la pequeña nobleza. Los príncipes de la sangre y los altos dignatarios de la corona ocuparon los suyos respectivos, segun su categoría, y las damas aquellos que se les tenian señalados inmediatos á la balaustrada de bronce y mármol que formaba el antepecho en el frente y los dos costados del *Podium*; en el centro de estos se habia alzado un pequeño trono ricamente adornado, en el cual ocupó Elfa, la reina del torneo, cubierta de deslumbrantes joyas eclipsadas por la natural belleza de la hija de Roger.

Los caballeros españoles, que despues de haber asistido en la iglesia de Santa Eufemia á los solemnes oficios, celebrados segun el rito católico por un sacerdote latino, habian acudido á las tiendas que se habian levantado fuera del Hipódromo para que en ellas se armasen, cuando supieron que la córte estaba ya instalada en el *Podium* montaron á caballo y entraron en el circo en órden de buenos guerreros, en medio de las ruidosas aclamaciones de la multitud, cuyo alegre vocerío se mezclaba con las marciales armonías con que llenaban el aire numerosos coros de cantantes y músicos, situados en diferentes lugares de las gradas.

Abrian la marcha, ginetes en sendos caballos blancos cubiertos con ricos paramentos, seis graciosos pajes lujosa y galanamente vestidos con calzas grana, sobrevestas y medias huzas bordadas con las armas y divisas de sus respectivos señores.

Seguian, pareados, los seis caballeros mantenedores en aquel dia; delante los magníficos señores en Roger de Flor y en Bernaldo de Rocafort. El primero cubierto con un bruñido arnés de fino acero, nielado en oro, y armada la cabeza con un cincelado almete, sobre

el cual flotaba á merced del viento un penacho de plumas de Airon, que arrancaba de la calva, entre ramos de oro. Montaba un generoso caballo tordo rodado, cubierto con un largo paramento purpre con cortapisas de marta cebellina, y blasonado con sus armas, que eran, en campo azul, una cadena de plata rota por los agudos espolones de dos galeras. Roger, balanceando gallardamente su cuerpo de procérica estatura, sobre una silla cocera recamada de oro y pedrería, mostraba, bajo la cara alzada de su almete, un semblante risueño que reflejaba el gozo y entusiasmo que hacian latir su corazon.

El segundo, venia cubierto con una armadura empavonada y nielada en negro, debajo de la que llevaba una *almilla* que le llegaba á las rodillas; largos lambrequines hechos de jirones de tela oscura arrancaban de la cresta de su yelmo, y caian por sus espaldas hasta la grupa del caballo; traia sobre los hombros la capa blanca con cruz roja larga de un palmo y tan ancha *como la uña del dedo menor de la mano* (1), de los caballeros de la órden de Mossen Sent Jordi, y montaba un fuerte é inquieto bridon de guerra, cubierto con un paramento morado con cortapisas bordadas de oro, que obedecia tascando el freno y salpicando de espuma el negro y atabanado pelo de sus anchos pechos y cuello recojido; la silla cocera que montaba, era de badana carmesí bordada, en oro y con aderezos negros. Rocafort, taciturno y melancólico como siempre, mostraba un altanero semblante que brillaba en este dia con un gozo feroz, espresion fiel del júbilo que le enajenaba, y su mirada altiva desafiaba orgullosa el peligro y los azares de una lidia que era solo un juego para él: su mano derecha se apoyaba en la lamida muslera de su negro arnés, y con la izquierda llamaba de continuo sobre las piernas á su fogoso corcel.

En pos de ambos marchaban Corbaran de Lahet, Ferran Jimenez de Arenos, Fernando Ahones y Martin de Logran, los cuales traian sobre sus finos arneses la capa blanca de Mossen Sent Jordi, y flotando sobre sus celadas largas plumas y lambrequines de varios colores. Los cuatro lozanos y gallardos caballeros venian ginetes en soberbios caballos, cuyos paramentos arrastraban por el suelo las anchas corta-

(1) Com la ungla del dit menor de la ma. Orijen de la caballeria de Mossen Sent Jordi.=Bofarull, *Los Condes de Barcelona vindicados.*

pisas bordadas de oro y plata que ribeteaban sus orillas: una sonrisa placentera, nuncio de la victoria que esperaban, brillaba en sus guerreras fisonomías, y el trotar de los bridones arrancaba de las piezas de sus bien templados arneses un ruido metálico que enardecia la generosa sangre de los caballos, cuyas dilatadas narices resoplaban con estrépito en tanto que el incesante meneo de sus cabezas salpicaba la espuma en todas direcciones.

Por último, cerraba la marcha un numeroso cortejo de escuderos y criados á pie, vestidos juboncillos y medias huzas bordadas y blasonadas.

La guerrera cabalgada dió dos vueltas al Hipódromo entre los mas frenéticos víctores y estruendosos aplausos del pueblo de Constantinopla.

En un paraje conveniente de las gradas, se habia señalado lugar á los ocho mil hombres entre infantes, jinetes y marineros de la hueste española; y no era ciertamente en él donde menos bullicio y algazara se producia.

Cuando los caballeros pasaron por delante de sus soldados, fueron tan desaforadas las voces en que estos prorumpieron, y tan ruidosas las palmadas, que se detuvieron un momento para saludarlos con la mano y el jesto. Entónces, cual si esta hubiese sido una señal convenida, todos los soldados desnudaron á la una sus espadas, y entonaron una cancion salvaje y guerrera, acompañándose con el chocar de sus armas. Los espectadores que no estaban prevenidos, hicierou un movimiento de terror y sorpresa, imajinándose que tan rudos acentos procedian de un ejército de bárbaros que hubiese asaltado el Hipódromo; mas al ver que los caballeros españoles continuaban serenos y tranquilos su paseo, comprendieron el oríjen del ruido, y cesó el sobresalto.

A la segunda vuelta, la guerrera cabalgada se paró frente al *Podium*, los caballeros adoraron al emperador llevándose tres veces la mano á la boca, y luego saludaron galante y respetuosamente á la reina del torneo.

Andrónico, que manifestaba sin rebozo la mucha parte que tomaba en el entusiasmo de su pueblo en favor de los españoles, mandólos subir al *Podium* para contemplar mas de cerca sus vistosos arreos y gallardas personas, y los caballeros se apresuraron á satisfacer el deseo del augusto emperador, despues de entregar á los escuderos las riendas de los caballos, y sus almetes á los pajes que marcharon en pos de ellos.

En presencia de Paleólogo, Roger y sus compañeros repitieron la adoracion, recibiendo y devolviendo graciosamente las felicitaciones de los patricios y las sonrisas de las damas. En tanto que Andrónico se entretenia complacido con Rocafort y Ahonés, Roger fué á besar la mano á su gentil esposa, que se mostraba satisfecha de tener tan noble y apuesto marido; y Corbaran se llegó á Elfa, cuya mano tambien besó, siendo recibido de ella con una triste sonrisa.

Prócsimo ya el instante en que debia empezar la lidia, los jueces enviaron un faraute á los caballeros para que se apercibieran al efecto; mas cuando se disponian á cumplimentar la órden, dejóse oir en la puerta del palenque el sonido de una trompeta que anunciaba la llegada de un aventurero. Acto continuo aparecieron en la arena, precedidos de un paje, tres caballeros armados en blanco y visera calada, que llegaron al galope de sus caballos frente al tablado de los jueces. Entonces, el que hacia de jefe, se levantó sobre los estribos, alzó la cara de su almete y con voz fuerte y sonora, esclamó:

—Yo, miser Arnaldo Socato, Podestá de los genoveses, caballero de la órden del Temple, digo: que ha dias encontré un brazalete que la hermosa señora Elfa perdió al salir del templo de Santa Sofía; y como yo dijera, cuando se hizo dilijencia en palacio por hallarlo, que él pareceria en su debido tiempo y lugar, lo manifiesto:—esto diciendo, el caballero tomó la joya que traia sujeta en una presilla de oro en los arzones delanteros de la silla, y levantándolo por encima de su cabeza continuó.—Como es prenda que mucho estimo, si alguno ó algunos caballeros quisiesen rescatarla, habrán de justar conmigo y estos dos caballeros, mis deudos, que me acompañan.... Ella será el premio del vencedor; y entretanto la pongo bajo la custodia de los maestres del Campo.

Acabadas de pronunciar estas palabras, dió el brazalete al paje, que le acompañaba, quien subió al tablado, y lo puso en manos de miser Montaner.

Tan estraño incidente llenó de sorpresa á toda la corte y en particular á los capitanes españoles, los cuales hicieron intencion de dirijirse al tablado de los jueces para presentarse como conquistadores, si estos tenian á bien admitir el reto; pero les detuvo la actitud que tomara Rocafort, quien adelantándose hasta la balaustrada arrojó, con mano vigorosa, no á los pies, sino sobre el caballo del genovés, su negra manopla de justar, reclamando para sí, y antes que otro

alguno, el honor de conquistar la joya. Sus compañeros hubieran de buen grado imitado su ejemplo; mas no se atrevieron á ello, considerando que la empresa estaba en buenas manos y que, ademas, hubiera sido vano su intento. Solo Corbaran se llegó al temido catalan, y le dijo:

—El ser vos quien sois, mitiga la pena que siento, al ver que otro que no yo torna por la honra de mi futura esposa.

—Cuidad, amigo Corbaran—replicó Rocafort—que si yo fuese vencido, lo que solo avendrá, si á Dios place, quedais vos para tornar por la honra de mi señora Elfa y la mia.

Luego bajó al tablado de los jueces. y desde él dijo en altas voces.

—Yo, Bernaldo de Rocafort, rico-home de Cataluña, y cofrade de Mossen Sent Jordi, estoy aparejado para lidiar á todo trance con miser Socato, arrancando del arnés aquella pieza en que razonablemente mas peligro venir pueda. E si non, romperé quince lanzas; cinco con cada uno de los retadores, por conquistar la joya de la gentil señora Elfa.

Estas razones dieron mucho que discurrir á los jueces, tanto por no estar este caso previsto en el ordenamiento de las justas, cuanto porque amenazaban hacerlas sangrientas. Empero hubieron de ceder á las reiteradas instancias de Roger, y dieron sentencia conforme á los deseos de Rocafort, si bien aceptando solo la segunda condicion de su reto, y que por ella habian de tener comienzo las justas.

Manifestósele asi a miser Socato, por medio de un rey de armas, y el caballero se retiró complacido con sus compañeros.

Deseando los jueces dar al acto toda la solemnidad que requeria, mandaron echar un pregon anunciando el reto y las condiciones con que debia verificarse el combate. Al efecto, un rey de armas y dos farautes dieron una vuelta al palenque deteniéndose de trecho en trecho para hacer la grita, terminandola con las siguientes palabras: *Hay quién mas haga?*

Nadie contestó; y pasado un cuarto de hora, Rocafort se disponia para montar a caballo, cuando una nueva señal de trompeta anunció la llegada de un caballero. Rocafort se detuvo y su semblante se contrajo manifestando inquietud.

La curiosidad hizo cesar el bullicio de la multitud, cuyas miradas se fijaron en la puerta del palenque, por la que vieron entrar, ginete en un poderoso alazan tostado, un doncel lujosamente

vestido sin arma alguna defensiva. El mancebo clavó con fuerza los acicates en los hijares de su caballo que arrancó á galope en derredor del Hipódromo. La sorpresa y los gritos de admiracion de todo el pueblo acompañaron al recien venido durante su veloz carrera, y todos se preguntaron quien era aquel caballero, y que empresa lo traia allí de tal manera. Empero las dudas concluyeron, cuando al pasar el ginete por delante de la gradería de los soldados españoles, se alzó en ella un grito estentóreo, y millares de bocas esclamaron á un tiempo... Ugo... Ugo! entre estrepitosos aplausos.

Este nombre que resonó en el *Podium* como en todo el ámbito del palenque, hizo latir allí muchos corazones con variedad de sentimientos. Rocafort dirigió sobre el doncel una torva mirada; Roger y Corbaran manifestaron júbilo y sorpresa alternativamente, Andrónico sonrió y los grandes de su corte le imitaron, esperando alguna nueva y agradable peripecia. Elfa palideció, cerró los ojos cual si temiera dejar leer en ellos la emocion que esperimentaba, y Teodeta, no pudiendo dominar la suya, se incorporó un poco sobre el asiento donde estaba reclinada y fijó sus encendidos ojos en el jóven adalid.

Este, llegó frente al *Podium*; adoró al emperador, obligó á su caballo á poner las rodillas en tierra para saludar á la reina del torneo, y luego recojiéndolo con mano maestra fuese ante el tablado de los jueces, á quienes dijo:

—Señores jueces; mandásteis decir por público pregon, si alguno habia que mas hiciera que el muy noble caballero en Bernaldo de Rocafort, por conquistar la joya que tan sin razon tomara miser Socato. Catad, pues, á Ugo, capitan de dos mil almogavares, adalid bien probado en la guerra, y tan noble por sus hechos como el mas noble caballero, que vos dice; que él lidiara, solo y á pie, sin mas armas que su espada y tres asconas monteras, primero con miser Socato y luego con sus dos compañeros, todos armados en blanco y ginetes en sendos caballos; y forzáralos á confesar, que no son buenos caballeros, y que hicieron malfetria en tomar lo que no debian.

Tan singular y audaz proposicion llenó de asombro á todos los que la escucharon, y fué causa de un vivo altercado entre los jueces del palenque y los nobles españoles. Oponíanse los primeros á admitir el reto, fundándose en que si bien era mas heróico que el de Rocafor, no era caballero quien lo proponia, y en tal concepto no debia ser admitido para entrar en la tela; uniéronse á ellos algunos ricos-hombres, empero el mayor número sostuvo la demanda del

adalid á pretesto de la novedad del caso. Por último, hubieron de convernirse todos en admitirla, movidos los unos por la estrañeza del reto, que revelaba la grandeza de ánimo de quien lo proponia, y los otros porque ardian en deseos de probar á la corte y pueblo de Bizancio el valor y pericia militar de unos soldados à quienes se tenia por bárbaros y poco aptos para la guerra, en razon de la pobreza de su traje y de la ruindad de sus armas.

Habido el permiso de los jueces, Ugo volvió á situarse frente al emperador para adorarle; y ya se disponia á volver grupa, cuando Elfa, no pudiendo vencer el sentimiento de terror que la sobrecojiera al considerar el inminente peligro á que se esponia el jóven adalid, se alzó de su trono, y sin ser dueña de si misma, le arrojó su lenzuelo que vino á caer á los pies del caballo del mancebo, volviéndose á sentar muy luego avergonzada de lo que habia hecho.

Esto pasó con tanta rapidez, que muy pocas personas notaron el movimiento de Elfa; sin embargo, Teodeta y Rocafort lo advirtieron, y fijaron una inquieta y sombría mirada en el semblante de la hija de Roger, que continuaba absorta en la contemplacion del mancebo.

Ugo, al ver caer el lenzuelo en tierra, quitóse el birrete y lo arrojó encima; y luego escitando con la voz y las piernas al caballo, arranco al galope, describiendo un ancho círculo en la carrera. Cuando se vió prócsimo a su punto de partida, soltó las riendas, se lió las crines a los dedos, abandonó los estríbos y echó el cuerpo fuera de la silla, quedando afianzado en ella solo con la corva de la pierna izquierda; y asi, vencido para un lado, y llevando la mano derecha rozando con la tierra, pasó y recojió del suelo su birrete y el lenzuelo de Elfa, y se repuso con jentil continente sobre la silla, atandose luego el pañuelo al mollero del brazo izquierdo a guisa de empresa de su dama.

Ugo salió del palenque en medio de los aplausos de la multitud y fuese á tomar las armas para entrar en liza.

Los jueces del campo mandaron prevenir á miser Socato y sus compañeros del nuevo género de combate que habian de sostener, y ellos alegraronse muy mucho, pues creian salir asi sin riesgo alguno de la empresa que habian acometido; y ciertamente, entre un solo adversario á pie y mal armado, y el temible catalan cuyo valor, destreza en las armas y fuerza muscular se habia hecho proverbiales, la eleccion no podia ser dudosa para quien solo aspiraba á la victoria sin estimarla en proporcion a los riesgos que pudiera ofrecer.

Todo esto pasó con tal rapidez, que media hora despues de haber hecho su entrada en el palenque los seis caballeros mantenedores, Ugo se encontraba ya en su puesto, cubierto de malla desde las manos á los pies, vestida una pellica blanca como el armiño, sujeta a su esbelto talle por un ancho cinturon tachonado con botones de acero talladòs a facetas, del cual pendian su espada y tres asconas monteras; habíase echado el camal sobre la frente, y cruzados los brazos sobre el pecho aguardó con jentil continente la llegada de miser Socato, que no se hizo esperar mucho.

El caballero genovés entró en el palenque armado en blanco, alzada la visera, puesta la espada en la baina y llevando su caballo al paso. Movia sus labios una sonrisa altanera, que se tornaba en insolente cuando fijaba sus ojos en el almogavar; y como aquel que marcha á un triunfo despreciable por lo facil, llegóse al jóven sin dignarse desnudar el acero.

Ugo comprendió desde luego la intencion de su enemigo, y sintió subir á su frente el rojo de la vergüenza por tan marcadas señales de desprecio; sin embargo, se mantuvo inmóvil, y pagó la burla del caballero volviendo el rostro á otro lado.

Miser Socato llegó á él, y cuando la cabeza de su caballo hubo rebasado el cuerpo del Adalid, estendió el brazo, y bajó la mano para asirle por el camal y los cabellos. Al sentir tan ultrajante desprecio, Ugo exhaló un grito de rabia, y dando un salto atras se puso fuera del alcance del caballero; este se sonrió y torció las riendas para repetir su intento. Entonces el almogavar, sin volver el rostro retrocedió treinta ó cuarenta pasos a la espalda, sacó del cinto una ascona y la lanzó contra su enemigo. El dardo despedido por mano fuerte y segura, penetró un palmo en los pechos del caballo.

El animal, herido de muerte, lanzó un relincho de dolor, reculó, y se negó a obedecer a la mano y acicates del ginete, que lleno de rabia pugnaba por arrojarle sobre su contrario; mas antes que el caballero y el caballo se hubiesen recobrado, Ugo desnudó la espada y se precipitó á su encuentro descargando un nublado de golpes sobre la cabeza del animal, que aturdido volvió grupa y huyó dando tan recios botes, que obligaron al caballero á asirse á los arzones delanteros para no caer; el adalid le siguió en la carrera hiriéndole sin tregua, hasta que el ginete, no pudiendo resistir los saltos de su montura, perdió los arzones y cayó pesadamente en tierra.

Ugo dejó de seguir al caballo; llegóse á miser Socato que intentaba le-

vantarse, le derribó con un pié que le puso sobre el pecho, y le introdujo la punta de la espada por la babera del almete hasta apoyársela, sin herirle, en el rostro.

Tan trájico desenlace, que no correspondia ciertamente á la farsa que empezara á representar el genovés, arrancó millares de aplausos y gritos á la multitud. Los jueces se pusieron en pié sobre el tablado, y arrojaron su baston en la arena, para prevenir á los combatientes de que sus armas estaban bien hechas y concluídas.

El jóven adalid volvió la espada á la baina, y tornó á su puesto sereno y altivo, mostrándose sordo á los víctores que resonaban por todo el ámbito del palenque, atento solo á las miradas de una muger.

Cuatro escuderos levantaron del suelo al malparado miser Socato, y lo sacaron del Hipódromo cubierto de ignominia entre los silvidos y ultrajes de la multitud.

Poco despues aparecieron los dos compañeros del genovés; empero aleccionados por los sucesos anteriores, manifestaron intencion de combatir al almogavar con todo el rigor de sus armas. Sin embargo, como su conciencia de buenos caballeros les vedaba combatir dos á la vez contra un enemigo solo y mal armado, detúvose uno de ellos, y el otro arrancó sobre el adalid con la espada alzada.

Ugo, siempre sereno y animoso, desnudó la suya, cuya hoja tomó entre los dientes; sacó la segunda ascona de su cinto, echó el cuerpo atrás y la lanzó contra el caballero; el dardo dirigido por un brazo nervudo, atravesó la plata delantera del coselete del genovés é hirió al misero caballero debajo de la tetilla derecha. No fué tan pronto hecha la herida, cuando el adalid se lanzó contra el caballo que continuaba su carrera, y le obligó á detenerse dándole una fuerte cuchillada en el hocico, con lo cual el animal se encabritó furiosamente.

El aprieto en que se encontraba el caballero, obligó á su amigo á venir á su socorro, viéndose luego el almogavar en trance apurado entre dos enemigos; el uno que acudia de refresco, y el otro que parecia no sentir la herida, pues no habia soltado la espada á pesar de tener la ascona clavada en el peto. Mas el doncel sin dar muestras de temor, concibió y puso instantáneamente en ejecucion uno de esos pensamientos atrevidos, que se ofrecen á la imaginacion de todo hombre sereno en la crísis suprema de un peligro inminente; miró la direccion que traia el nuevo contrario, y viendo que se adelantaba al galope de su caballo, describiendo un arco de círculo

para cargarle por el lado siniestro, se colocó de un salto á la izquierda del primer combatiente; y aprovechándose del trastorno en que le habian puesto sus acertados golpes, le dirigió una vigorosa estocada que le entró en el sobaco por el defecto de la coraza..... El genovés ecshaló un grito penetrante y cayó de espaldas fuera de la silla.

No bien recogiera su espada que goteaba sangre, cuando vió sobre su cabeza alzada la del tercer genovés.... Un segundo de indecision le hubiera perdido sin remedio.... Y así debió ser, cuando todos los espectadores que durante la lucha anterior habian permanecido silenciosos y conteniendo la respiracion por temor de perder la mas insignificante peripecia de tan terrible escena, lanzaron todos á una un grito de terror, viendo ya bajar sobre la frente del héroe aquella espada pronta á hendirla.

El jóven se hizo atrás con tal agilidad, que la espada del caballero al caer, solo logró hacerle un ancho jiron, con la punta, en la pellica. Sin desconsertarse, el adalid le devolvió un revés tan descomunal, que alcanzando al caballo en la cabeza, le hizo levantarse de manos, jirar sobre los pies y partir luego poseido de un vértigo en línea recta hasta encontrarse con el mas prócsimo antepecho de la gradería, donde se estrelló, lanzando fuera de la silla al ginete, que quedó contuso y magullado en el suelo con la violencia del golpe.

Viendo que el caballero no se movía, Ugo dió por terminado el combate, puso la espada en la vaina y se dirigió con gallardo continente hacia el *Podium*, entre los mas frenéticos aplausos del pueblo y las guerreras tocatas de los músicos.

Al pasar junto á la columna serpentina, detúvose como herido por una súbita idea; retiróse luego unos sesenta pasos, sacó la tercera ascona, y despues de haberla hecho jirar entre sus dedos por encima de su cabeza, la disparó contra el monumento de bronce donde quedó profundamente enclavada. Semejante golpe de destreza y fuerza sobre natural, causó general asombro, y fué mas aplaudido por el pueblo que las anteriores proezas del valeroso almogavar.

Los jueces de campo dieron por bien hechas las armas de Ugo, y mandáronlo subir al tablado donde miser Montaner le echó los brazos al cuello, y entre lágrimas que el júbilo hacia brotar de sus ojos, el buen caballero le entregó el brazalete que tan heroicamente habia conquistado. Luego el lozano doncel pasó al *Podium*, hincó una rodilla en tierra ante la reina del torneo, y le presentó la joya.

Elfa vivamente conmovida, esclamó, mirándole con ojos en que se manifestaba el júbilo que enajenaba su corazon.

—Guardadlo, animoso mancebo, que bien ganado lo habeis..... Quiera Dios seros siempre propicio!

Ugo, loco de alegria. besó con trasporte la mano que Elfa le presentó y permaneció á sus pies enajenado hasta que la llegada de Roger y Corbaran, que venian con órden del emperador para conducirle á su presencia, le despertó de su embelesamiento. El adalid fué conducido asido de las manos por los dos ilustres caballeros hasta las gradas del sólio, donde se arrodilló y adoró al emperador. Este olvidando su augusta dignidad y la severa etiqueta de la corte de Bizancio, mandó con un gesto al adalid que subiera hasta llegar á sus pies, y cuando le tuvo cerca, despues de aplaudir con encarecidos elogios sus rasgos de valor, quitóse del cuello una gruesa cadena cuyos eslabones de oro estaban enriquecidos con piedras preciosas, y se la echó sobre los hombros. Ugo besó humildemente sus plantas y bajó de las gradas del trono, siendo recibido en brazos de los caballeros españoles que se afanaban por estrecharle las manos.

Los magnates y damas de la corte, celebraron á porfia con sus jestos y palabras la gloria del jóven adalid, que orgulloso y confuso á la par, no acertaba á devolver todas las atenciones de que era objeto.

Solo dos personas permanecieron silenciosas en medio de la alegria general; estas fueron Rocafort y Teodeta.

IX.

Y en llegando junto al Rey
Escaramuza trababan
Mostrando cuan diestros eran
En el jugar de la lanza.

PADILLA, *Romance morisco.*

Quién á un bravo español en osadía
y atrevido ademan pasó adelante?
. . . . . .

BALBUENA, *Bernardo del Carpio.*

Aturdido está el gentío
Viendo lo tal, no acertando
Que ambos eran leones,
Mas el Cid era mas bravo.

Romancero del Cid.

El glorioso hecho de armas con que fueron inauguradas las justas acabó de exaltar el entusiasmo de la corte y pueblo de Bizancio en favor de los españoles; tanto que desde aquel momento comenzaron á ser los almogavares el ídolo de la multitud, que en su ecsajerado y poético modo de ver las cosas, comparaba las pobres pellicas de la infantería española al escudo de Aquiles, y sus groseras asconas, que lo mismo mataban un caballo que perforaban una bien templada armadura, ó se hincaban en el duro bronce, á los rayos del padre de los dioses del Olimpo.

Bien es verdad, que además de la admiracion motivaba la alegría general la vergonzosa derrota que habian sufrido los genoveses; y esta sola causa bastaba por sí sola para mover el júbilo de un pueblo que tanto tenia que sufrir de la codicia y altanería de aquellos costosos ausiliares.

Estos, por su parte, al sentirse heridos en su orgullo por unos hombres que comenzaron á despreciar y temer, desde el primer instante que pusieron el pie en Constantinopla, se poseyeron de enconado despecho, y juraron secretamente lavar en sangre la humillacion y afrenta que recibieran; y con objeto de poner inmediatamente en ejecucion su venganza, gran número de caballeros, súbditos de la *Señoria*, que no habian querido en un principio, tomar parte en las justas, acudieron ahora presurosos á dejar sus espuelas en el paño del tablado de los jueces, pidiendo campo para combatir á pie ó á caballo con los mantenedores. Los *maestres* tuvieron que acceder á su peticion, y con sus nombres se aumentó considerablemente el número de los aventureros.

Los honorables jueces conociendo que el plazo señalado para el torneo á caballo no bastaria para dar campo á tantos combatientes, estimaron oportuno no malgastar un tiempo precioso, y al efecto enviaron un rey de armas á los caballeros españoles para intimarles la órden de acelerar su entrada en liza.

Roger y sus compañeros se despidieron del augusto emperador y de la corte, y bajaron á la arena; caláronse las cofias, armáronse la cabeza y montaron á caballo. Recibidas las lanzas de manos de un persevante, fueron á tomar campo dando el rostro á la entrada del palenque.

Al mismo tiempo que esto sucedia, los caballeros aventureros, penetraron en número de seis en el hipódromo, seguidos cada uno de dos criados, uno á pie y otro á caballo para servirles en lo que hubieran menester. Llegaron á presencia de los jueces, y estos, despues de reconocidas sus armas y caballos, que aprobaron, les devolvieron sus respectivas espuelas y les mandaron apercibirse frente á los mantenedoresr

Colocados unos y otros en posicion, se hallaron estarlo por el órden siguiente;

Jorge, general de los alanos, contra Roger de Flor; Brienno su hijo, contra Bernaldo de Rocafort; miser Roses del Final y miser Oberto Espínola contra Corbaran de Lahet y Fernando Ahones: He-

racleonas y Leoncio, jóvenes patricios griegos y caballeros de la órden constantiniana de S. Jorge, (1) contra Ferran Jimenez de Arenos y Martin de Logran.

Apercibidos todos, y puestas lanzas en ristre, los dos trompeteros, subidos en el tablado de los jueces, dieron una señal, que fué repetidas por los músicos cuyos instrumentos entonaron una marcha guerrera. Al mismo tiempo, el rey de armas y un faraute echaron el viva la gala, gritando á voz en cuello;

Legeres aller, legeres aller, é faire son deber.

A esta señal, los caballeros aventureros arrancaron los primeros, segun era práctica, y luego los mantenedores; viniendo á encontrarse todos en medio del Hipódromo.

El encuentro fué terrible y desgraciado para los aventureros. Bien es verdad que se las habian con soldados á quien veinte años consecutivos de guerra en España y en Italia, habian hecho sin disputa los primeros campeones de su época; hombres para quienes el batallar era una necesidad, así como para sus contrarios lo eran las delicias de una vida muelle y afeminada, y tan recios y endurecidos en las fatigas, que llevaban sus pesados arneses cual si fueran jaquetillas de perfumado guadamacil.

La lanza del general Gorge no encontró; pero la de Roger de Flor le dió en el peto, resbalando el hierro hasta la babera del almete; y le hizo tomar tan descomunal revés, que el caballero quedó aturdido y casi fuera de la silla, teniendo que asirse al arzon delantero para no venir al suelo.

La de Brienno encontró á Rocafort en la guarda de la manopla izquierda cuyo gocete le desguarneció, y resbalando el hierro tocóle en el guarda brazo donde se rompió en rajas hasta la arandela, tal era la fuerza del jóven masajeta. El español le encontró por la visera del almete hácia la sien derecha, y rompió su lanza un palmo del hierro. Fué tan recio el encuentro, que Brienno y su caballo rodaron por la arena, en tanto que Rocafort pasaba con jentil continente sin haberse movido una pulgada de la silla.

La de miser Roseo del Final no encontró; pero la de Corbaran de Lahet topó al genovés en el piastron donde remachó el hierro, haciendo una abolladura en el peto; luego resbaló hàcia la falda

(1) Orden de caballería fundada en 1190 por Isaac Angel Comneno.

del guarda brazo izquierdo donde se detuvo. Miser Roseo se bamboleó en la silla cayendo finalmente al suelo.

La de Oberto Espínola, hirió en el brazuelo derecho al caballo de Fernando Ahones; la de este tocó, al genovés en la guarda de la manopla izquierda y en el volante de las platas donde se rompió á dos palmos del hierro; fué tal el encuentro, que á no encontrar, primero la manopla, la lanza del español le pasara de parte á parte. Espínola tomó un gran revés; mas no perdió los arzones.

Los dos jóvenes patricios, Leoncio y Heracleonas, poco acostumbrados á tan bélicos y rudos ejercicio., se vieron muy embarazados con el peso del arnés, y sus débiles brazos no pudieron sostener el peso de las lanzas de justar; así que, desde el momeuto que arrancaron sus caballos, no solo se descompusieron en la silla, sino que tambien se les salió la lanza del ristre, y en tanto que el uno la perdió en la carrera, el otro clavó en tierra el hierro de la suya. Jimenez de Arenos y Martin de Logran tan valientes como corteses, en vez de herir á sus contrarios, cuando estuvieron á punto de encuentro, alzaron sus lanzas y pasaron jentilmente sin tocar.

Los cuatros caballeros griegos y españoles volvieron á tomar campo, y corrieron la segunda carrera, que fué fatal á los primeros.

La lanza de Heracleonas encontró á Arenos en la falda de la manopla derecha, y luego en el arzon zaguero de la silla, quebrándole un pedazo de él: la del español le encontró en el volante de las platas entre el peto y la escarcela, y luego en el piastron que le abolló, con tanto empuje, que saltó el hierro con un pedazo de la lanza. El griego tomó tal revés, que cayó al suelo donde permaneció sin movimiento aturdido con la violencia del golpe.

La de Leonicio encontró en la oreja del caballo de Martin de Logran y se la desgarró. La del español topó al griego en la arandela, y saliendo de ella le entró en el sobaco por el defecto de la coraza. El mísero caballero herido de gravedad, soltó las riendas, dió un quejido lastimero, y cayó sin sentido sobre la tierra que muy luego se vió enrojecida con su sangre.

Los escuderos de los caballeros caidos acudieron presurosos á levantar sus respectivos señores, y los sacaron en brazos fuera del Hipódromo.

Los jueces dieron por terminadas las armas de los seis primeros aventureros, y los mandaron retirar á sus tiendas donde fueron asistidos por los médicos del emperador.

Pocos segundos despues, entraron nuevos justadores en el palenque; llegaron al tablado de los jueces, dieron á reconocer sus armas y caballos; y siéndoles aprobadas, recobraron las espuelas, recibieron lanzas y fueron á tomar campo frente á los mantenedores. Sonaron de nuevo las trompetas; los músicos repitieron sus marciales tocatas, y dada la grita por el rey de armas, arrancaron los unos contra los otros.

Salvo particulares incidentes, el resultado de esta carrera fué para los aventureros en un todo igual á la primera. Tres perdieron los arzones; dos tomaron revés y salieron ligeramente heridos, y el sesto, que fué un esforzado caballero masajeta, encontró bien y rompió la lanza, mas su caballo hubo de asustarse, volvió grupa, y dando recios corcovos salió huyendo sin que el jinete pudiese contenerle.

Finalmente, verificáronse otras dos carreras con nuevos caballeros, no menos venturosas que las anteriores para los capitanes españoles, quienes obtuvieron un completo triunfo sobre los veinticuatro conquistadores que lidiaron en el torneo. En la última sucedió una desgracia que llenó de desconsuelo el generoso corazon de los mantenedores: fué el caso, que corriendo una lanza Roger de Flor con un caballero turcopel, el español encontró á su enemigo en la visera del almete, que era fija al uso de las armaduras de cabeza de los griegos; y como tuviera la vista demasiado abierta entró por ella el hierro de la lanza de Roger, hasta clavarse en el ojo del mísero caballero donde se hincó. Este bajó tanto la suya, que la clavó en la tierra y la rompió; así ayudado de los dos encuentros, salió de la silla y cayó á los pies de su caballo donde espiró sin proferir una sola palabra. Cuando le quitaron el almete, le hallaron la cabeza horriblemente destrozada, y que ya no daba señal alguna de vida.

De los seis mantenedores, ni uno solo perdió los arzones, ni menos tomó revés que mereciera ser tenido en cuenta. Rompieron diez y ocho lanzas de fresno, y no tuvieron mas accidente deplorable, que el de haber encontrado la lanza de uno de los conquistadores á Jimenez de Arenos en el piastron, resbalando hasta el brazal izquierdo que le desguarneció, causándole una insignificante herida en el morcillo; y Bernaldo de Rocafort á quien la de Basila, capitan de los búlgaros encontró por el sobrebarbote, falseándole los tornillos que le unian al peto volante, donde se rompió, quedando hincado el pedazo en direccion de la garganta del caballero, lo cual hizo creer á todos los espectadores que estaba herido mortalmente. Pero el invencible catalan tomó con ambas manos el trozo de la lanza y forcejeó hasta que lo hubo sacado, y arrojándolo

por alto, gritó para tranquilizar á sus amigos:

—No es nada.... no es nada.... Aragon, Aragon!

La derrota de los veinticuatro primeros conquistadores, y el incontrastable empuje y valor de los mantenedores, intimidaron al resto de los caballeros que se habian inscrito para hacer armas en el torneo, y el miedo les hizo tan prudentes que prefirieron perder las espuelas y reconocerse vencidos sin lidiar, á trueque recobrarlas con una segura y sangrienta derrota. Esto, que en la Europa occidental hubiera sido motivo de grande escándalo y perpétua ignominia para los caballeros cobardes, en Constantinopla pasó casi desapercibido.

Verdad es, que las leyes del honor y los deberes que imponia la órden á todo buen caballero, eran desconocidos ó iban cayendo en completo desuso en aquella corte abyecta, compuesta de nobles que pasaban la vida en los banquetes, el juego y los lupanares, reservando su flaca enerjía para las disputas teolójicas que eran su alimento cuotidiano; de caballeros genoveses, venecianos y pisanos, que á fuér de buenos súbditos de las orgullosas repúblicas mercantiles de Italia, estaban mucho mas acostumbrados á las especulaciones lucrativas del comercio que al ejercicío de las armas, y de ausiliares turcopeles, búlgaros y masajetas, pueblos bárbaros aptos solo para la guerra de vandalismo y esterminio.

La despreocupacion de estos séres tan orgullosos como corrompidos llegó al estremo de querer cohonestar su cobardía con un pretesto que en otro pueblo hubiera sido recibido entre silvidos. Dijeron que los caballeros españoles debieran su victoria, no á su ánimo y generoso esfuerzo, sino á la calidad de sus armas, que por ser fabricadas en paises frios y que vivian constantemente en guerra, estaban mejor templadas que las que ellos usaban; deduciendo de esto, que el miedo á la muerte que sus contrarios tenian, estaba en razon de las precauciones que tomaban forrando su cuerpo para no ser heridos.

Terminada con tanta gloria como ventura la honrosa empresa, y no teniendo mas contrarios con quienes lidiar, los caballeros españoles se dirigieron al tablado de los jueces, los cuales dieron sus armas por cumplidas y por concluido el torneo de aquella mañana.

En su consecuencia, el emperador Andrónico abandonó el *Podium* seguido de toda la corte, y pasó por la escalera de caracol al palacio, donde estaba dispuesto un refresco, al cual fueron convidados

Roger y sus compañeros y los honorables maestres de campo.

El pueblo permaneció en las gradas departiendo alegremente sobre el valor de los españoles, y devorando cada cual las provisiones de boca que llevara consigo, á fin de no dejar el puesto hasta que estuviesen completamente terminados los juegos de aquel dia.

A la hora de vísperas los músicos anunciaron el regreso de la corte al *Podium*, y el principio de la segunda parte del programa, que era el combate de Rocafort con el leon.

Como la arena del Hipódromo no estaba dispuesta para que en ella se verificasen luchas de fieras y gladiadores, fué preciso tomar ciertas precauciones para evitar que la fiera, lanzándose sobre las gradas, orijinase funestos accidentes. La premura del tiempo no habia permitido tomar otras disposiciones salvadoras sino aquellas que desde un principio habian indicado los ordenadores de las fiestas; y fueron, que cuatro mil almogavares armados con sus picas estableciesen un doble cordon movible, situado de tal manera, que pudiese trasladarse hácia cualquier sitio amenazado, formando con sus cuerpos una barrera que se opusiera á los intentos del animal. Ademas, se situaron convenientemente cien ballesteros valencianos para ayudar con sus viratones á los almogavares, dado caso que arreciara el peligro.

En su consecuencia, momentos antes de empezar la lucha, la infanteria española hizo su entrada en el Hipódromo, y fué á ocupar su puesto en medio de los aplausos de la multitud. Luego, unos cuantos hombres robustos, entraron, empujando delante de sí, una enorme jaula de hierro y madera, montada sobre macizas ruedas; la cual dejaron queda en el primer tercio de la arena.

Al mismo tiempo apareció Bernaldo de Rocafort vestido un camisote de malla, coselete con escarcelas y sin brazales, y armada la cabeza con una lijera capellina asentada sobre el camal; traia embrazada una gran adarga vacarí de Fez, y una media pica, ó esponton, en la mano derecha. Despues de haber paseado una orgullosa mirada por las gradas, fuese con jentil continente á situar frente á la jaula.

Dos hombres subidos sobre ella y temblando, descorrieron con un gancho el cerrojo, dando salida á un enorme leon de roja y larga melena, que se echó fuera de un salto y ecshalando un rujido.

Los almogavares calaron las picas; los ballesteros armaron á cinto, y Rocafort, sin dar señales de sorpresa, dobló la pierna izquierda hasta poner la rodilla perpendicular con la punta del pié; estiró la

derecha cuanto pudo, haciéndola servir de puntal á su cuerpo; empuñó con fuerza el esponton por mitad de la vara, é hincando el cuento en la tierra inmediato á su talon derecho, presentó la moharra á la fiera, cuya arremetida esperó cubriéndose con la adarga.

La jaula fué retirada por medio de dos largas maromas.

Un silencio sepulcral reinó en el Hipódromo, y el terror se manifestó en todas las fisonomías.

El leon dió algunos pasos hácia adelante azotando con la cola su robusto lomo, y se detuvo, dirijiendo en torno suyo miradas atónitas, en tanto que sacudia majestuosamente su larga melena.

Rocafort lanzó un grito para llamarle la atencion; la fiera dió un pequeño rujido y fijó en el caballero sus ojos centelleantes; y cual si comprendiera el papel que le estaba señalado en aquel terrible drama, y que el hombre que tenia delante era el único enemigo que osaba desafiar con entereza su valor, se adelantó hácia él con paso alzado pero corto y menudo, y cuando estuvo á menos de medio tiro de ballesta se paró de nuevo sin separar la vista de Rocafort, que al verlo venir se preparó para recibirlo.

Los espectadores creyendo era llegado el momento supremo, se levantaron sobre sus asientos, poseidos de la mas viva ansiedad. Empero el animal dejó burladas sus esperanzas, pues cambiando súbitamente de direccion, torció á la derecha y se dirijió á media carrera hácia las gradas.

Un alarido de angustia y espanto resonó por todo el ámbito del Hipódromo, y aquellos que se veian amenazados mas de cerca, se apiñaron tumultuariamente en las gradas superiores. Los almogavares acudieron presurosos al sitio amenazado por la fiera, y formando una inespugnable barrera con sus cuerpos, la esperaron calando sus picas. Como esta continuara avanzando en ademan de asaltar las gradas, los ballesteros encararon el tablero de sus armas, y uno de ellos, por órden del cabo que los capitaneaba, disparó un viraton que alcanzó en el cuello al leon.

El animal al sentirse herido lanzó un quejido de rabia y se retiró azotando la tierra con su cola descomunal; mas como al retroceder viniera á situarse prócsimo á Rocafort, este, que se habia puesto en pié, volvió á tomar su primitiva posicion golpeando el suelo con su escarpe. El ruido llamó la atencion de la fierra que se volvió con rapidez dando frente al caballero.

Castigado el leon tan oportunamente por la saeta del ballestero, se

hizo receloso, y en vez de arrojarse sobre su enemigo, lo que todos esperaban, se tendió en el suelo como el gato que acecha á un raton y comenzó á mover la cola, rujiendo sordamente, en tanto que abria y cerraba su temible y enorme boca.

Irritado Rocafort por el desprecio que la fierra parecia hacer de él, dió dos pasos hácia adelante moviendo de alto á bajo la adarga para escitar al animal; el cual al verse provocado con tanta temeridad, se arrastró un corto trecho sobre el vientre, clavando sus afiladas uñas en la tierra donde hicieron un profundo surco; luego se puso en pie de un salto, é hizo oscilar su cuerpo para tomar vuelo y lanzarse sobre la presa.

En aquel momento salió una voz de las gradas que decia:

—Cuidado, buen caballero, cuidado.

Rocafort agradeció con un movimiento de cabeza el aviso, y se afirmó sobre los pies.

El leon rujió con estruendosa fuerza, hizo un movimiento convulsivo que puso en relieve sus fornidos músculos y se lanzó estirando las garras sobre el caballero.

No hubo espectador cuyo corazon no cesara momentáneamente de latir, ni ojos que no se desviaran con espanto de encima de aquel grupo hibrido.

Rocafort, sin perder un momento su estóica sangre fria, recojió el cuerpo hasta fijar la rodilla izquierda en el suelo; cubrióse bajo su adarga como la tortuga en su concha y enderezó el hierro de su media pica hácia el pecho del animal.

El leon, elevado mas de dos varas de la tierra, se dejó caer sobre su enemigo á la manera que cae un peñasco desgajado por el huracan desde una inmensa altura; sus uñas desgarraron la adarga cual si fuera un lijero lienzo; empero sintiéndose herido por el hierro del esponton, que se le introdujo por bajo del brazuelo derecho rompiéndose la vara en astillas á impulsos del recio encuentro, ecshaló un grito de rabia y dolor, y cayó sin fuerzas cojiendo debajo de su cuerpo el del caballero.

Por un momento solo se vió una masa informe que se ajitaba con desesperados esfuerzos.

Por fin, Rocafort merced á su vigor muscular, logró zafarse de su enemigo, y se puso en pie pálido, sin pica, sin adarga y sin capellina.

Aturdido el animal por el dolor que le hacia sufrir el trozo de

esponton que tenia introducido por el pecho en direccion de las entrañas, huyó con paso lento, cojeando y dejando en pos de sí un ancho reguero de sangre.

Rocafort le siguió espada en mano. Viéndose la fiera en la imposibilidad de salvarse, revolvióse con presteza mostrando sus ojos fosforecentes y su ancha boca inundada en sangre.

No atreviéndose el caballero á poner término á la lucha con una cuchillada, por el razonable temor de que el animal esquivase el golpe y se lanzara de nuevo sobre él, recojió el brazo hácia atras, colocó su espada en línea horizontal en direccion del cuello de la fiera, y se precipitó sobre ella, dirijiéndole tan recia estocada que el hierro penetró tres palmos en su garganta.

El leon dió un rujido bronco y prolongado y se desplomó, comenzando luego á ajitarse entre las convulsiones de la agonía.

Rocafort le puso un pie sobre el vientre, alzó con las dos manos la espada, y de un solo golpe tan descomunal como certero, le cercenó la cabeza. Despues, la tomó con la mano derecha, la hizo jirar por encima de sus hombros mostrándola al pueblo, y la arrojó á larga distancia.

El asombro hizo enmudecer á todos los espectadores; mas pasado el primer momento de estupor, resonó un grito general que celebró la victoria del esforzado caballero.

Habiendo dado cima á su aventura con tanta gloria como bienandanza, el catalan montó en el caballo que le presentaron sus escuderos, y salió del Hipódromo entre los aplausos de la multitud.

Terminados los juegos marciales de aquel dia, los músicos tocaron los instrumentos para celebrar la victoria de tan señalada empresa, y luego entraron en el palenque Roger de Flor y sus compañeros, con el órden y solemnidad que lo verificaran por la mañana; y despues de pasear el campo, como era costumbre de los caballeros victoriosos, se pararon frente al tablado de los jueces. Estos les mandaron permanecer quedos, en tanto se ponian de acuerdo para la distribucion de los premios.

Los honorables Montaner, Borrello y Argiro, despues de una madura deliberacion, adjudicaron el premio de *Galant* á Roger de Flor, el de *mejor justador* á Bernaldo de Rocafort porque además de sus proezas en el torneo, habia llevado á cabo el hecho mas señalado venciendo al leon; no obstante que el patricio Argiro que participaba del entusiasmo que el pueblo y corte de Bizancio tenian por

los almogarares, reclamaba para Ugo el mejor premio, en atencion á que el jóven adalid habia vencido la mas brillante empresa de aquel dia. Empero Montaner y Borello se opusieron, fundándose en que las leyes de la caballería de Mossen Sent Jordi, no permitian fuera premiado por justa el combatiente que hiriese de punta, ó hiciera *golpe feo* con el caballo de un contrario; y Ugo se encontraba en ambos casos, por haber herido de esa manera, y dado golpes de espada en la grupa al caballo de miser Socato. Además, porque el adalid no era caballero, y en este concepto no habia lidiado como tal, sino como villano contra caballeros, es decir, á pié con armas enastadas y la cara descubierta.

Tomado el acuerdo definitivo, los honorables jueces mandaron á los caballeros subir al tablado, y cuando estos lo hubieron verificado, se dirijieron con ellos al *Podium*, seguidos del rey de armas, que llevaba la bandeja de oro con los premios.

Roger y Rocafort se arrodillaron á los pies de la reina del torneo, quien les entregó las joyas y les dió su mano á besar. Terminado el acto, los capitanes españoles volvieron á montar á caballo, y despues de haber adorado, desde la arena, al emperador, salieron del palenque entre los víctores de la multitud y los himnos y tocatas de los músicos.

En vista de la procsimidad de la noche, la corte se apresuró á regresar á palacio donde la esperaba un espléndido banquete, y el pueblo comenzó á desocupar las gradas del Hipódromo; bien á pesar de muchos ciudadanos que hubieran de buen grado pasado la noche en sus asientos á fin de conservarlos para el dia siguiente.

X.

. . . . . .

al fin, por su saber y encantamentos
escudriña y entiende los secretos,
y alcanza por los astros influentes
los destinos y hados de las gentes.

ARAUCANA, *Cant. XXIII.*

Rompió el silencio la angustiada vieja
Con lastimada voz, y entre quebrantos
Que encuentra eco á su doliente queja
Y halla un consuelo entre pesares tantos.

ESPRONCEDA, *Diablo Mundo.*

En el barrio las Blanquernas y en su estremo mas occidental, que tocaba á las murallas del Oeste de Constantinopla, ecsistia, entre un monton de ruinas, una pequeña casa que podia ser considerada como una parte del edificio entre cuyos escombros se alzaba; sus paredes agrietadas y ennegrecidas, cual si un incendio las hubiese abrasado, la daban un aspecto tan repugnante como sombrio. Una sala baja y otra entresuelo, que se comunicaban por una escalera al aire, toscamente labrada de madera, componian toda la distribucion arquitectónica de tan miserable morada, que ya sea por efecto de su situacion, ó por esa incomprensible fuerza del hado que señala á cada cosa el destino que irremisiblemente debe tener en el mundo, habia sido, desde tiempo inmemorial, albergue de adivinos, em-

baucadores y hechiceros. Por esta razon, el supersticioso pueblo de Bizancio la miraba como un lugar maldito, á cuya puerta llamaba aquel que se veia perseguido por la desgracia y desesperacion, y solo en lo imposible creia encontrar remedio para la pena ó la enfermedad que le atormentaba.

En esta casa, pues, y durante la primera vigilia de la noche del dia en que tuvieron principio las justas, se encontraba, en la sala superior, una mujer anciana cuyo blanco cabello caia despeinado sobre sus espaldas, y vestida con un traje de relumbron, como el que usaban los histriones que representaban en las plazas y calles de la ciudad.

Sentada junto á una mesa, leia, á la débil claridad que despedia una tosca lamparilla de barro, en un libro, cuyas hojas de pergamino, estaban escritas con caracteres arábigos, entre los que se veian los signos del Zodiaco, y una confusa multitud de figuras cabalísticas y geroglíficos simbólicos, dibujados con tinta roja indeleble.

De vez en cuando dejaba la lectura para trazar en una tablilla encerada, con un punzon de hueso, tres cifras ó signos que copiaba del libro, cuya significacion secreta ella arreglaba convencionalmente en su mente; y luego las pasaba seis veces por encima de la candileja rozando con la luz. La accion del calórico derretia la cera, originándose de su licuefaccion una sola y caprichosa figura compuesta de las tres gravadas en la cera; esta cifra, correspondia casi siempre á la idea convencional, fausta é infausta que ella habia concebido, haciéndola sonreir ó entristecerse alternativamente.

Trascurrida una hora larga, se dirigió á la ventana, abrió los postigos de par en par, y púsose á contemplar las estrellas, pronunciando algunas palabras en jerga oscura y bárbara, en tanto que con el dedo trazaba en el aire estrañas figuras compuestas de círculos, espirales y líneas rectas. Así permaneció largo espacio de tiempo, hasta que, ya fuese por efecto del cansancio, ó bien porque hubiese terminado el sortilegio, lanzó una imprecacion de maleficio, y tornó á sentarse junto á la mesa para hojear de nuevo el libro.

Concentrada su intelijencia en ese mundo de sueños y quimeras; no oyó tres golpes que sonaron de improviso en la puerta de la casa, y que de allí á poco volvieron á ser repetidos con tal violencia, que la hicieron dar un salto sobre el asiento y correr apresuradamente hacia la ventana, á la que se asomó diciendo á media voz:—Eres tú Tallaferro?

—Yo soy; voto á San Cucufate!—respondió un acento bronco y colérico.

—Espera pues, que á abrirte voy.

Tomó la candileja y bajó pausadamente al zaguan. A los pocos momentos la puerta se abrió empujada con violencia, oyéronse algunas palabras mezcladas con groseras interjecciones, y luego los peldaños de la escalera rechinaron bajo las pisadas de un hombre, que entró en la habitacion votando y renegando por la detencion que sufriera en la calle.

Era el recien entrado un hombre de seis pies de alto, enjuto de carnes, pero huesoso y de constitucion atlética. En su moreno rostro se notaba una espresion de dureza y ferocidad que se hacia mas imponente por las profundas arrugas que zurcaban su frente y mejillas; sus ojos garzos, medio ocultos por espesas cejas entre canas como su cabello y barba, tenian la movilidad de la ardilla, y todos sus ademanes eran ligeros y resueltos como los de un mozo robusto y de buena edad; finalmente, vestia el traje de soldado almogavar, que llevaba con marcial gallardía.

Entrado que hubo, se desciñó la espada, desnudóse de las antiparas y la pellica, y lo arrojó todo en un rincon de la estancia; y gruñendo como un mastin, se dejó caer sobre el escabelo que estaba junto á la mesa, vestido un raido jubon y unas calzas de malla. Cuando estuvo acomodado, pidió un jarro de vino que la anciana se apresuró á ponerle delante con un cubilete de estaño, quedándose en pie y silenciosa á su lado.

—Por Nuestra Dona de Ripoll!—dijo el soldado, despues de haber apurado de un solo trago el contenido del vaso—¿qué mil diablos hacias que así me tuvistes una hora aporreando la puerta?

—Me habia quedado dormida—replicó la anciana sonriendo con agrado para templar el mal humor del almogavar.

—Dormida, eh! cuidé que estuvieras como siempre haciendo tus hechizos é diablurías que te han de tornar cabeza atada.

—Arcertado lo has.

—Y bien, qué supiste? dilo presto.

—Oh! es muy largo de contar.

—Pues cállalo; ca no estoy para oir conjuros ni maleficios.

—Y porqué, si dello pudiéramos sacar provecho?

—Porqué?—replicó el soldado frunciendo las cejas y moviendo la cabeza de un lado á otro—Voto á San Cucufat del Vallés, ¡por que

estoy mas en ánimo de barajar que de otra cosa, cuando miro que no nos hacen razon porque somos almogavares, é no nos quieren dar mas que darian á un can cárabo.

—Qué desafuero os hicieron?

—Hiciéronnos, que los maestres de campo se negaron á dar premio á Ugo, por que dicen que no es caballero, é que hizo un golpe feo con el caballo del primer genovés con quien lidió.... Como si el justar á pie, un hombre solo sin armas defensivas, contra tres caballeros cubiertos de todas ellas, y vencerlos, no fuera el hecho mas señalado que se ha visto..... Voto á San Cucufate! que por tal mengua buenas ganas se nos pasaron á Coll de Cabrils, á Cap de Estopa y á mí, de mover una asonada, para tornar por la honra de Ugo.

—Tanto lo quieres?—dijo la anciana poniendo una mano sobre el hombro del soldado y mirándole cariñosamente.

—Que si le quiero?—replicó este mostrándose sorprendido por tal pregunta—no lo he de querer si es mi hijo é cuidelo siempre con el amor de una madre!

—Tu hijo—dijo la anciana sonriendo con una espresion de duda —pues ¿porqué lo tienes separado de tu lado, y nunca te llegas á él que no sea con temor?..... Ha mucho tiempo que lo tengo en duda, y tú no me quieres decir verdad.

El almogavar hizo un gesto de impaciencia, y contestó;—Cuido Wilda que traes algun intento, cuando un dia y otro desde que me buscaste en Mesina, estásme siempre preguntando eso mismo; sin parar mientes en lo que te digo, que es mi hijo como nuestro señor Jesus lo es de nuestra Dona santa Maria; él Dios, y ella muger hasta que subió á los cielos.

Oh! no—dijo la anciana cuyo rostro espresaba una inquietud creciente á medida que la conversacion adelantaba en este terreno—porque tú lo has dicho; nuestro señor Jesucristo es Dios, y su Madre la reina de los cielos; pero tú y tu hijo sois hombres, y ese temor que tú le tienes, debiera él tenértelo á ti.

El almogavar quedó un momento pensativo, al cabo del cual dijo, suavizando la aspereza habitual de sus palabras;

—Heme dicho muchas veces eso mismo, Wilda; empero siempre que voy á él, me falta el ánimo para pedirle la obediencia..... Mírome á mí, y miróle á él..... Yo un cuitado y rudo almogavar, traido de aquí para allí como un can de montería..... Prendo la

res, pero es la gloria para el señor, y para mí, por despojos la sangre que puede haber en la boca al morder la animalía, y un poco de sus trigas que me arrojan para que no muera de hambre; este soy yo..... El, mozo tan hermoso y galan como el mas lozano rico-hombre de la corte; tan ardid como el mas animoso capitan de hueste; cavalgando como el mas diestro y esforzado caballero, y tañendo la vihuela como el mejor y mas dulce trovador.

Al pronunciar estas palabras, la ruda fisonomía del veterano espresaba un sentimiento de ternura y entusiasmo tal, que la anciana conmovida sintió llenársele los ojos de lágrimas, y se dejó caer arrodillada á sus pies, estrechando entre las suyas las huesosas manos de Tallaferro.

Este continuó, despues de un corto intérvalo de silencio:—Es tan generoso, que no hay soldado de los dos mil de la su hueste que no se hiciera matar por él, porque nos ama á todos como hermanos suyos..... Responde á todos pacíficamente y con mansedumbre. é tiene siempre inclinada la oreja á la peticion del pobre..... Ademas, tiene el corazon ordenado de todas las virtudes de los hombres del mundo, é abonda en él la lengua graciosa y el sutil entendimiento...,. Cata porque no entiendo como puede ser mi hijo, cuando hay tanta diferencia de su alma á la mia, y de su gentileza á mi rusticidad..... Por ende, avergüenzome de llegar á él, y manda mas en mi el respeto que el amor,..... porque es noble, mucho mas noble de ánimo que yo, é mas crecido de fuerzas tambien. Ves esta mano—dijo desprendiéndola de las de la anciana—que hace como una maza de armas cuando hiere á puño cerrado sobre el contrario? pues no es mas dura que la suya, que la tiene tan pequeña, que cuidara quien no viera el brazo que la lleva, que es de una gentil damisela. Cata—esclamó despues de una corta pausa, sacando de su jubon un guante de malla—Cata esta *lua* tan pequeña que no hay mano qua pueda entrar en ella, é dime si no parece engaño que quien la calza, sea un hombre de armas tan robusto que no le cede á nadie en empuje y ardimiento.

Wilda arrebató el guante de Ugo de manos del soldado, y despues de besarlo con ternura hizo intencion de guardárselo en el pecho. Tallaferro la asió por las muñecas y la dijo con acento colérico:

—Tórname esa *lua*, muger, que no he de él otra prenda que guardar.

La pobre anciana no hizo resistencia, porque conoció cuan inútil seria, y devolvió al soldado el guante, ecshalando un doloroso gemido cual si con él le arrebataran un pedazo del corazon.

Al notar Tallaferro la espresion del semblante de Wilda, y las lágrimas que brotaban de sus ojos, esclamó, manifestando la mas viva sorpresa.

—Qué es ello! cuido amiga que estás llorando!.... Qué mil diablos tienes tú que haber con Ugo?.... Temo, cuitada, que le quieras hacer algun maleficio....

La anciana se puso en pie con la prontitud de una corza sorprendida en medio del sueño por la cercana detonacion del arma de un cazador; y mirando al almogavar con ojos que centelleaban de ira, esclamó con voz anhelante:

—Maleficio, yo, á Ugo!.... cuando le amo mas que tú!

—Mas que yo?... mientes!—dijo el soldado.

—Mas que tú que le abandonas—respondió la anciana con vehemencia,—cuando yo sigo sus pasos noche y dia como su sombra; atenta siempre, y siempre presta para arrojarme en el peligro por librarle á él.

Tallaferro inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó caer pesadamente un puño sobre la mesa murmurando por lo bajo algunas palabras inintelijibles, en tanto que Wilda decia con esaltacion creciente.

—Su padre tú!... engaño que ninguno puede creer; porque tan florida rama no ha podido nacer de un tronco tan silvestre y tosco como el tuyo.....! Dónde está, dí, la semejanza que natura dió al hijo con el padre.... Dónde el amor de ambos que tiene sus raices en el corazon y lo muestra la lengua de fuera....! Si eres su padre ¿por qué ni él así te llama, ni tú cuidas de su mocedad?

—Por Nuestra Dona Santa María!—gritó el soldado—vieja deslenguada que estas probando mi paciencia!

—Y tú—replicó Wilda con resolucion, sosteniendo sin dar muestras de temor las iracundas miradas del soldado—estás robando á Ugo, opinion, fama y hacienda.

—Saña del Señor Dios!—gritó Tallaferro poniéndose en pie y alzando el brazo derecho sobre la cabeza de la anciana—¿qué has dicho cuitada.....

—Digo—respondió la anciana sin retroceder ante la amenazadora actitud del soldado—que si Ugo no fuese hijo de un almogavar, en

vez de obtener deshonra en premio de sus hazañas, y en vez de ser traido de aquí para allá como un can por servir á los nobles señores, é comiendo el pan con dolor, seria un buen caballero, ilustre por su esfuerzo, y tendria, porque lo tiene bien ganado, renombre, castillo y vasallos.....

Estas razones dichas por Wilda con acento solemne y actitud digna y resuelta, desarmaron la cólera del almogavar, quien á pesar de la tosquedad de su entendimiento, comprendió desde luego la exactitud y fuerza del razonamiento. Fueron como un rayo de luz que disipó las tinieblas de su inteligencia, y le puso de manifiesto ante los ojos la solucion de este problema que atormentaba incesantemente su imajinacion y que en vano intentaba resolver: como, Ugo, siendo adalid de dos mil almogavares, uno de los capitanes mas entendidos, valientes y llenos de pericia militar, y soldado que en la guerra de Sicilia habia hecho los mayores servicios á la causa de Don Fadrique, permanecia oscurecido, sin títulos ni consideracion, en tanto que otros muchos con menos merecimientos alcanzaban honra, fama y hacienda..... Wilda lo habia dicho, porque era hijo de almogavar; es decir, uno de esos hombres que los ricos-hombres tomaban á su servicio, única y esclusivamente para matar ó morir en la guerra; especie de plebe villana militar despreciable y despreciada, cuyas proezas, indomable valor é infatigable teson para sufrir los trabajos de la guerra, eran consideradas por la orgullosa nobleza, no como virtud, no como esfuerzo del verdadero soldado, sino como una condicion innata en ellos, como lo es en el buen caballo. Así que, solo les daban en premio de sus esclarecidos servicios, un pedazo de pan que ellos remojaban en su sangre para reblandecerlo, y los eventuales despojos que pudieran tomar del enemigo.

Tallaferro, que hasta este momento no habia comprendido ni sabido definir la situacion de Ugo, que ahora heria tan á lo vivo su imajinacion, llevóse ambas manos á la cabeza, dió un violento golpe con el pie en el suelo, y se dejó caer sobre el escabelo turbado y sin acertar á proferir una sola palabra que pudiera contestar satisfactoriamente á la anciana, que le contemplaba con creciente satisfaccion, viendo ya prócsimo el anhelado momento en que iban á esclarecerse todas las dudas que hacia un año atormentaban su corazon respecto de Ugo.

Momento que ella comenzó á preparar á fuerza de paciencia y perseverancia, el dia en que, sabedora que Tallafero se decia padre

del jóven adalid, logró unir con destreza su suerte á la del veterano, cuyo alojamiento, mesa y peligros compartía á título de compañera viuda de un almogavar muerto en Sicilia; esperimentando de contínuo, por efecto de su desdichada suerte, golpes y denuestos que sufria con resignacion, porque esperaba, por tan rudo sendero, llegar á la meta de sus esperanzas; y llevando su sufrimiento y abnegacion hasta el estremo de hallar un placer en los malos tratamientos, que ella pagaba á su tirano proporcionando todo género de satisfacciones á sus groseros apetitos, con las pingües utilidades que le producia su asendereada ecsistencia de adivina y hechicera.

Al cabo de un largo intérvalo de silencio, el soldado alzó la cabeza, y Wilda notó con sorpresa en su semblante una espresion tan sombría, que temió estallara una nueva tempestad de injurias que retardasen otra vez la ejecucion de su plan. Sin embargo, el veterano esclamó, pero hablando consigo mismo, y con palabras apenas inteligibles.

—Dice bien la muger!..... no lo supe querer..... por darle toda la ventura del otro, hube de perderlo todo..... Porque si muero ¿quién le dará honra y hacienda?

—Yo.—esclamó Wilda con presteza.

—Tú, muger! no estás apercibida para ello, ni puedes aunque lo estuvieras.

—Oh! si que lo estoy.

—Muger, si no es aquí donde podemos tornar por él.... es en España y sabe Nuestro Señor Dios quien volverá allá.

—Yo, torno á decirte; por que no hay peligro en el mundo que pueda arredrarme..... Ha mas de veinte años que lo busco por la tierra y por el mar..... Cata, pues, si podré desfallecer cuando sepa que lo he encontrado.

—No te comprendo, amiga; y dígote otra vez que no sé lo que puede haber de comun entre Ugo y tú.

—Ni yo; porque si lo supiera de cierto, ha tiempo que él no seria tu hijo, ó yo no te incomodara mas.

—Hácesme perder el seso Wilda.—dijo el almogavar cuya fisonomía espresaba el asombro.

—Tallaferro!—esclamó la anciana con resolucion—en tanto que ambos permanezcamos desta guisa, recelando el uno del otro la confianza de nuestro secreto, puede placerle á Dios tomarnos la vida, y entonces permanecerá Ugo, como hasta aquí, sufriendo hambre,

sed y afan..... Menester es que acabe entre los dos el desacuerdo y las dudas en que vivo..... no sea que esté yo perdiendo á tu lado un tiempo de que puedo haber necesidad en otra parte..... Júrame, pues, por nuestra Señora Santísima María, que Ugo es tu hijo!

—No,—dijo Tallafero erguiendo la cabeza con un jesto de dignidad—un soldado bueno, no debe mentir por el nombre de Nuestra Dona.

—Luego, lo confiesas!..... no es tu hijo!

El almogavar abrió la boca para hablar, y la volvió á cerrar sin pronunciar una palabra, inclinando luego la cabeza sobre el pecho en actitud pensativa.

Wilda aprovechó esta ocasion para poner sobre la mesa un odrecillo de vino, que tomara de un hueco practicado á modo de alhacena en la pared de la sala, llenó el cubilete, arrimó un escabelo, sentándose en él de manera que sus rodillas tocaran las de Tallaferro, y luego dijo, ofreciendo el vaso lleno al soldado:

—Parece amigo que tienes un ñudo en la garganta..... Bebe, que bebiendo pasan penas y se alegra el corazon.

Tallaferro tomó el vaso, apuró su contenido de un solo trago, y despues de haber paladeado la bebida, esclamó:

—Sangre de Cristo! ¿dónde tomaste tan buen vino, que parece un brevaje de aquellos que dan la vida?

Wilda sonrió sin contestar, y llenó otras dos veces el cubilete que el soldado vació con igual prontitud.

—Oh, oh,—esclamó Tallaferro, animándose progresivamente—hora, pues, creo que nos entenderemos.

—Sí,—replicó Wilda—siempre que tú me digas que Ugo no es tu hijo y en qué lugar le hallaste.

—Voto á san Cucufate,—dijo el soldado cuyos ojos poco antes tan apagados comenzaban á brillar—que pides con tan buenas razones, que no hay sino otorgarte lo que pides..... ¿Pero qué prenda me darás tú para tener merecimiento á mi confianza?

—La que me pidas—respondió Wilda dándole la mano.

—Sea; pues dime ¿que razon te movió á unirte á mí y á catar tanto por Ugo?

—Que perdí ha muchos años un hijo—dijo la anciana suspirando dolorosamente—y Ugo se parece tanto á él que jurara ser el mismo.

—Hora comienzo a entender..... Cuéntame como pasó.

—Ha veinte años que perdí mi hijo; mas no lo perdí de muerte, que me lo robaron.

—Te lo robaron hace veinte años!—esclamó Tallaferro cuya fisonomía comenzó á manifestar inquietud.

—Sí; y fueron almogavares los que me tomaron mi tesoro.... mi ventura.

—Muger!—dijo el soldado mirando fijamente á Wilda cuyo semblante estaba inundado de lágrimas.—¿Dónde acaeció el suceso?

La anciana quedó pensativa un momento, se mordió los labios y movió la cabeza como aquel que recela decir verdad, y luego respondió, tomando una mano del soldado, que sintió temblar entre las suyas:

—En Cataluña....

—En Cataluña.....!

—En un pueblo pequeño del señorio de Castañadell en el condado de Ausona.

—Entonces, muger, busca á tu hijo en otro lugar—dijo el soldado haciendo un jesto de mal humor, y apurando el vaso que Wilda le volvió á llenar.—E, por Nuestro Señor Dios, que no valia la pena de menguarme el seso por tan liviana ocasion.

—Perdóname si te hice yerro; y hora págame la deuda que me tienes—respondió tristemente la anciana cuyo corazon comenzó á desfallecer al escuchar las palabras del veterano.

Tallaferro movió el cuerpo de un lado para otro sobre el asiento, frunció las cejas varias veces, abrió y cerró la boca sin decir nada; en suma, parecia estar luchando con los últimos escrúpulos que tenia, para hacer una confianza, penosa para él, porque la estimaba arriesgada para los intereses de Ugo; hasta que vencido por las reiteradas instancias de su compañera, que no queria, ciertamente, soltar la presa, se resolvió á descubrir su secreto; así que, despues de beberse un vaso de vino y limpiarse los labios con el dorso de la mano, dijo:

—Hará como unos veinticinco ó veintiocho años, que un mi hermano llamado Assolf, vivia, y era el mas recio almogavar, y el mejor y mas esforzado adalid que naciera en todo el condado de Urgel; y mas, en toda la Cerdaña de aquende y allende el Pirineo. Eran tantas las valentías que tenia hechas, que si no fuese porque Dios le ayudaba no pudieran ser cumplidas por cuerpo de hombre; ca él hizo cosas en armas que cien hombres no las pudieran aca-

bar. Hallábame yo con él y cuatrocientos de los nuestros á sueldo y gaje de un rico-hombre que hacia guerra en las tierras de un su enemigo; é andando, andando, llevamos la jornada cerca del monasterio de Santa Maria de Ripoll, é pasamos el invierno de aquel año en la comarca..... Habia allí un home de *Paratge* que tenia una hija tan jentil como discreta, é un alodio que era lo mejor que verse pudiera en todo el condado. Assolf prendóse de ella, é ella, que habia por nombre Ermengarda, prendóse de él; é como el padre se negara á las bodas, cuando la compañia tornó al condado de Urgel, ella se huyó con él..... Al año siguiente hubo Assolf en ella un hijo, que le pusimos por nombre Ugo; y ella murió cuando lo vió nacido.... pero antes de su muerte, como el padre de Ermengarda no tenia otro hijo, Assolf casó con ella para que Ugo tuviera la herencia é fuera hombre de valia.

Calló el almogavar en tanto que bebia un vaso de vino para refrescar su garganta y memoria, dirigiendo al mismo tiempo miradas cariñosas á Wilda, cuyo semblante espresaba el desaliento al ver cuán distante estaba la relacion del soldado de lo que ella esperaba. Despues continuó diciendo:

Creció el rapaz en donaire y gentileza, tanto que era el mas hermoso que se pudiera hallar; blanco de cara, ojos y pelo negro, y bien hecho de cuerpo. Cada uno de nosotros lo queriamos como su padre, y nuestras hijas y mujeres como un hijo.... Assolf amábalo como nuestra Dona Santa Maria amaba al suyo, é ayuntaba oro cuanto podia para dejarle poderoso con los algos que hubiera de su abuelo por herencia.

Al llegar aquí se interrumpió de nuevo el soldado, por que su lengua comenzó á trabarse en términos de hacérsele dificultosa la pronunciacion; pasóse una mano por la cara cual si quisiera separar una nube que le velara los objetos, y su vista turbada ya, empezó á divagar con los síntomas primeros de la embriaguez. Wilda, para quien la narracion del almogavar no tenia interés alguno, apoyó la mejilla sobre su mano izquierda, y llenó maquinalmente el cubilete vacío del soldado, presentándoselo con indiferencia: este bebió con la ansiedad del beodo cuya sed parece aumentarse á medida que se aproxima á la saciedad. Despues de un corto intérvalo de silencio, durante el cual se esforzó en reanudar el hilo de sus ideas, continuó.

—Algunos años despues, no habiendo guerra en los estados del Señor rey de Aragon, acordó la compañia marchar á la frontera, á

correr en algarada tierra de franceses, donde hubimos muchos y ricos despojos en dineros, ganados y ropas..... Tornábamos para el condado; é habiendo necesidad de folgar, alzamos tiendas á orillas del Segre, en el Pirineo donde nace..... Una noche, los franceses del señorío de Montlui dieron un rebato en el campo, é cojiéndonos desapercibidos mataron con saña en nosotros, é nos tomaron los despojos que les tomáramos, é algunos de nuestros hijos é mujeres..... Tornaron á su tierra dejándonos desconsolados con muchos muertos é muchos feridos..... diéronme una en la cabeza con hacha..... Assolf herido de un tiro de ballesta en el vientre..... que le dieron por..... guardar..... Ugo..... que fué.....

Despues de estas palabras, el almogavar pronunció algunas otras cada vez mas oscuras é incoherentes, por efecto del entorpecimiento físico en que se hallaban sus potencias embotadas con el esceso de la bebida; luego ecshaló un suspiro á manera de gruñido, y dejó caer pesadamente la cabeza sobre su brazo izquierdo que tendiera á lo largo de la mesa.

Las últimas palabras del soldado habian alarmado á Wilda y despertado su curiosidad, por que creyó entrever en ellas un átomo de luz que iluminara el ensueño de su fantasía; así que, al ver el estado de postracion en que se hallaba, temió perder una ocasion que acaso tarde ó nunca volveria á encontrar; asióle por una mano, de la que tiró repetidas veces con fuerza á fin de despertarle, gritándole al mismo tiempo:

—Ugo, Ugo!.... que fué dél, lo mataron los franceses?....

El soldado, cediendo á los gritos y violentas sacudidas que le daba la anciana, abrió lentamente los ojos, y dijo, sonriendo de esa manera estúpida propia de la embriaguz.

—Qué estaba..... yo diciendo?.....

—Que los franceses dieron un rebato en vuestro campo, que os mataron é hirieron mucha gente—replicó Wilda alzando cada vez mas la voz; y llegándose hasta casi unir su rostro al del almogavar, le gritó con fuerza.

—Ugo, Ugo, el hijo de Assolf, lo mataron tambien?

El soldado abrió los ojos cuanto pudo, los volvió á cerrar, y continuó murmurando con frases incoherentes.

—La jornada contra el moro de Africa..... Mandaba el señor rey D. Pedro dels francesos..... contra el Papa é el anjoino..... Pregonóse en el condado, é todos tomamos las armas..... Assolf no

queria..... E díjele, ven Assolf..... ca debes ser farto de llorar..... Ven, que si á Dios place, podremos hallar..... ventura en otras tierras..... E vino..... é en el condado de Manresa..... un pueblo del monasterio..... San Pedro de Serrahima.....

—Gran Dios!—gritó Wilda, que pálida y presa de la mas violenta ajitacion se dejó caer de pechos sobre las rodillas del soldado, poniéndole ambas manos en los hombros.

Este, se hizo atrás murmurando.

—El niño de rostro blanco..... ojos é cabellos prietos..... lloraba..... besólo Assolf..... Mio hijo..... é..... é.....

No pudo continuar; su embriaguez llegaba al período del completo embrutecimiento; apretó los labios y los párpados, y su cabeza cayó de un golpe sobre la mesa.

—Tallafero!—gritó Wilda poniéndose en pié para zamarrearle con mas fuerza—Ese niño se llamaba Gisper, vestía un jubon aceituní é tenia un birrete azur con una pluma blanca!..... Dios mio! Dios mio! no me oye....! Cuitada de mí, que le adobé el vino con yerbas!— y gritaba con mas fuerza—Tallaferro, Tallafero!.... ese niño no era el hijo de Assolf y de Ermengarda.... no es verdad?

Viendo que no obtenia contestacion, asió entre sus manos la cabeza del beodo para mantenerla derecha, y repitió con voz angustiada, uniendo casi sus labios á los de Tallafero:

—No es verdad, que ese niño no era el hijo de Assolf.....!

—Assolf...—repitió el soldado haciendo el último esfuerzo—matáronlo de un flechazo..... Calabria.

—Pero Ugo, Ugo! ¡quién es!..

El almogavar se llevó una mano al sitio donde habitualmente traia colgado el esquero.

—Ah!—esclamó Wilda abandonando la cabeza del soldado, cuyo cuerpo, falto del punto de apoyo que hasta entonces le sostuviera, se deslizó del asiento, y cayó pesadamente en el suelo. La anciana se arrodilló á su lado, le desgarró el jubon y buscó con las manos y la vista un objeto que su instinto de mujer le indicaba podia encontrarse allí, donde el soldado señalara, con el cual esclareciera sus afanes. Mas viendo ser vana su diligencia, corrió presurosa hácia el rincon de la estancia donde se hallaba la pellica y armas del almogavar, arrancó del cinto la bolsa de cuero y la vació sobre la mesa.

Entre la piedra, yesca, eslabon, y varias monedas de oro y plata, cayó una pequeña bolsa de cabritillo cuidadosamente atada con un

cordon de seda. Wilda la abrió con ávida inquietud, y sacó de ella algunos pergaminos enrollados, que leyó.

Eran una copia del contrato de matrimonio de Assolf con Ermengarda; otra de la fé de bautismo de Ugo; y escritura de propiedad de algunas tierras, y conocimientos de ciertas cantidades de dinero entregadas á comerciantes genoveses y judios establecidos en Barcelona, puestas á nombre de Ugo para que las percibiera en llegando á mayor edad.

La anciana arrojó con despecho los pergaminos al suelo, y lanzando un hondo jemido, se dejó caer de rodillas esclamando con acento desgarrador.

—Todavia no, todavia no....,!

Trascurrido un buen espacio de tiempo, se levantó, corrió hácia la ventana desde la cual contempló de nuevo el firmamento; luego se sentó junto á la mesa, atizó la lamparilla de barro, y púsose á leer otra vez y con mayor afan en el libro de los signos cabalísticos.

XI.

Las bodas fueron muy buenas,
Las tornabodas muy malas.
Romance de los Infantes de Lara.

. . . . . .

Ea, soldados, al arma:
Ah, como vuelven feroces!
LOPE DE VEGA.—*Contra valor no hay desdicha.*

Que si el bárbaro sale con la empresa
Las tristes fiestas pararán en llanto:
BALBUENA.—*Bernardo del Carpio.*

Mucho antes de que los primeros destellos del sol dorasen la cúpula de Sta. Sofía, las calles y plazas de Constantinopla se veian llenas de ciudadanos, que con alegre vocerío se dirigian, los unos al Hipódromo para asistir á las justas á pie que debian tener efecto aquel dia, y los otros hácia el Augusteo (1) noticiosos de que el emperador, con el deseo de prodigar á sus valientes aucsiliares todas las honras de su espléndida corte, habia dispuesto hacer en público su salida de palacio, y verificar su entrada en el circo, marchando en carroza por determinadas calles de la ciudad.

(1) Plaza espaciosa entre el palacio de Constantino y la iglesia de Santa Sofía. GIBON.

Entre las horas de prima y tercia ya se veia el Augusteo enteramente lleno de curiosos, cuyas miradas se dirigian con frecuencia hacia el pórtico y ventanas del palacio, donde observaban el alegre rumor y las idas y venidas de los domésticos de todas gerarquías, que se ocupaban en disponer los detalles de la procesion.

De improviso, y sin causa aparente, el bullicioso regocijo de la multitud comenzó á decrecer, y notóse en todos los semblantes señales inequívocas de sobresalto; los ciudadanos formaron numerosos y apiñados grupos, entre los cuales discurrian muchos individuos que parecian circular una infausta nueva; luego se oyeron algunas sordas esclamaciones, quedando por último la plaza silenciosa, y la muchedumbre dirigiendo inquietas miradas en todas direcciones.

Junto á la estátua ecuestre de Constantino, que se alzaba en medio del Augusteo, estaban departiendo con voces un poco descompuestas, tres almogavares de alta talla y robustos miembros. Uno era el temible Tallaferro; otro, Cap de Estopa, soldado de jesto no menos feroz que su compañero; pero algo mas jóven y aparentemente mas inquieto y resuelto, y el tercero, Coll de Cabrills, mozo todavia, de atléticas formas, movimientos nerviosos y ojos un poco vizcos, que brillaban á manera de relámpagos, sobre un rostro tan tostado por el sol, que semejaba al de un etiope.

—Por San Feliu,—decia Cap de Estopa, ajitando con un brusco movimiento de cabeza las rojas y largas guedejas de cabello que le caian sobre el cuello, circunstancia á que debia el apodo con que era conocido entre los soldados de la hueste—que si no nos dan en las justas ocasion para ganar premio, hemos de buscarla donde bien nos convenga.

—¿Y qué nos hace—replicó Tallaferro—que nos den ocasion, si luego no tenemos premio? Cata sinó lo que avino á Ugo en el dia de ayer.

—Dice bien, el viejo—esclamó Coll de Cabrills, acomodando sobre su frente el bacinete—asi que, mejor será procurárnosla, que no esperar á que nos la den.

—Y no la hemos de lograr.—dijo Tallaferro—Catad que los juegos corteses y la gloria de ellos es para los nobles y caballeros..... Para nosotros no ha mas que trabajos é peligros; pan mohoso, agua encharcada ó de odres, mucho fierro entre las manos, y los enemigos siempre al ojo.

—Por nostra dona de Ripoll!—replicó Coll de Cabrills—que

eso no ha de ser desde hora, salvo Dios; que haremos entender á los caballeros de la hueste, que nada pueden sin nuestra ayuda, é que si la quieren, habrán de galardonarla aquí, mejor que en España y en Sicilia.

—Y será, voto á San Cucufate!—esclamó Tallaferro requiriendo la espada—que en esta empresa no tenemos señor rey que nos mande, ni á quien deservir..... E puesto que nos ofrecieron por paga los despojos que háyamos del enemigo, entraremos á sacomano las ciudades del turco, é guardaremos para nos las preseas que topemos.

—Sábese cuando será la jornada?—preguntó Cap de Estopa.

—Aina—replicó Tallaferro—que asé me lo dijo Ugo.

—Qué me place!—esclamó Cap de Estopa dando algunos golpes con la mano en su esquero—Anoche, despues de la justa, jugué á los dados en la taberna con unos ballesteros valencianos de la hueste, y dejáronme la bolsa como un odre horadado; es decir, sin un solo sus barcelonés. (1)

En esto llegóse á los tres almogavares una mujer que venia á la carrera, oculto el rostro entre los pliegues de un manto oscuro que la cubria hasta los pies; paróse al lado de Tallaferro mostrándole su semblante en el cual se retrataba la mas viva inquietud.

—Que es ello, Wilda?—esclamó el almogavar, haciéndose á un lado para que la anciana entrase en el corro—llegas así turbada.... Sin duda traes malas nuevas..... dílas presto.

—Amigos.....—dijo Wilda cuya respiracion anhelante daba paso con dificultad á sus palabras.—llego de Pera..... donde estuve desque comenzó á alborear.

—Y, ¿qué cuidados te llevaron allá?

—Pues qué! ¿no sabeis la nueva?

—No, díla aina.

—Decidme antes, donde se encuentra en Roger de Flor, pues á él cumple, como capitan, saberla primero, para mandar apercibir la hueste.

—Entró en palacio con su hija, Rocafort, y los criados é dueñas de su casa.

—Menester he de hablarle,.... hacedle avisar.

(1) Moneda catalana que valia 2 dineros, y equivalia á 18 maravedises de nuestra moneda actual.

—Y cómo? los canes no entran en la cámara de los señores: quédanse en el corral.

—Y, sabeis, luego, dónde se halla Ugo?

—Ha poco lo ví en el átrio del palacio, departiendo con algunos hombres de armas.—dijo Cap de Estopa.

—Vamos aina á él; no sea sorprendido.

—Amágale algun peligro?—preguntó Tallaferro haciendo un jesto de sobresalto.

—Amáganos á todos; y bueno será que nos ayuntemos para estar apercibidos.

—Por Nostra Dona! —dijo Coll de Cabrills—que nos harás sospechar que peligramos mas de lo que razonablemente pudiéramos haber temor.

—Sí tal;—replicó Wilda haciendo con la cabeza un movimiento de impaciencia; por ende vamos á buscar á Ugo.

—Eso será luego—dijo Tallaferro que comenzaba á entrar en grave cuidado con las palabras y las reticencias que usaba Wilda—hora conviene sepamos el aprieto en que estamos; y no hayas temor por Ugo, ca aqui ha corazon para le defender.

Como Wilda insistiese en ir á reunirse con el adalid, Tallaferro la dijo, mirándola con enojo.

—Sandia muger, tú harás lo que me plazca; é mándote que nos refieras la nueva, para que tomemos consejo; antes de hablar con hombre alguno queremos estar apercibidos.

Wilda inclinó la cabeza; y acostumbrada como estaba á obedecer sin replicar la voluntad de Tallaferro, dijo luego:—Ayer cuando hubo concluido el torneo, anduve por las calles de la ciudad oyendo los encomios que las gentes hacian del esfuerzo de nuestros caballeros, é fuí llamada por unos genoveses que cataron mi vestimenta é por ella me conocieron. Hola, la hechicera!—dijeronme—¿eres española? Yo recelándome de ellos, les dije que italiana y calabresa, por darles mas confianza. E ellos me dijeron.—Entonces serás con nosotros en lo que te vamos á preguntar. Díjeles que sí; y ellos contestaron.—Queremos que hagas un sortilegio para venir en averiguacion de una empresa que traemos entre manos. Díjeles que vinieran á mi posada para hacer el conjuro; é ibanlo á hacer, cuando se llegó á ellos un soldado de su nacion y les dijo con grandes voces, que de órden de su Podestá é Rector, se fueran aina sobre aina á le ciudad de Pera; é que llevasen consigo todos los genoveses que topasen en la via. Con esto, ellos me dejaron, y yo hube sospecha de que acontecia algo que

fuera de temer. Para salir de dudas, fuime al portillo de Quinigo desde donde cataba el puerto, é vi como acudian à gran prisa todos los genoveses de Constantinopla é pasaban al otro lado. Púsome esto en mui mayor cuidado, y torné aina á mi posada para hacer un sortilejio en averiguacion de la verdad del caso. Fícelo, é con él solo descubrí nuevas sospechas; mas sin esclarecer ninguna. Al cuarto del alba, despues que quedastes dormido; ¡Te recuerdas Tallaferro!

—Si,—respondió el almogavar arrugando el entrecejo.

Wilda ecshaló un hondo jemido, y continuó.—No pudiendo apaciguar mis temores, é sintiendo una voz en mi corazon que me decia como se aprestaba algo en nuestro daño, mudéme las vestiduras, salime de mi posada é fuime por la ciudad al puerto, donde tomé una barqueta que me llevó á Pera. En ella vi gran movimiento de hombres y caballos, aparejos de guerra, é oí grandes voces que pedian venganza. Como mi habla italiana engañó á los genoveses, pude andar sin peligro entre ellos y tomar lenguas tanto como quise. Entonces supe como los de aquella nacion, con deseo de tornar por la afrenta y deshonra que hubieron en las justas del dia de ayer, se ponian en armas cautelosamente, y se aprestaban para dar un rebato sobre nuestros alojamientos. Con el temor que de ello hube, salime aina de la ciudad de Pera, é fuime para nuestros cuarteles buscando à Ugo, que no lo hallé... é sabiendo que muchos de los nuestros eran en esta plaza, vine á ella por ver si lo encontraba é darle la nueva.

Wilda guardó silencio, y los tres almogavares se miraron, espresando sus semblantes la sorpresa y el furor que la relacion de la hechicera habia despertado en sus corazones.

—Voto á san Cucufate!—esclamó de pronto Tallaferro llevándose la mano á la barba—que ha de haber mala ventura toda esa pieza de gente si nos mueven contienda... ca no podran, por muchos que sean, tocar á la pellica del mas ruin de los nuestros.

—E cuantos son?—dijo Cap de Estopa interrogando á Wilda.

—Cuido que serán dos mil é cinco cientos rocines; é muy mayor número de ballesteros é piqueros los que han de mover la baraja; pues esto entendí andando entre ellos.

—Poco son para tamaña empresa—dijo Coll de Cabrills—é habran de pagar cara su soberbia.

—Tambien entendi—continuó Wilda—que en tanto que los hombres de armas pelearan dentro de la ciudad, la su armada combatirá la nuestra en el puerto.

—Hola, hola!—esclamó Tallaferro, haciendo una mueca—cuanto mas yela mas aprieta!... E diga, Wilda, averiguaste á que hora darán el rebato?

—Oiles decir, que en tanto estubiérais en el palenque; pues asi os habian de ferir á todos reunidos, é que á la par combatirian nuestro alojamientos para que no quedará uno solo vivo. Y esto debe ser asi, puesto que cerraron los portillos de la ciudad de Pera, guarnecieron la muralla con ballesteros, é yo hube grande aprieto para salir de allí.

Los almogavares se miraron de hito en hito mostrándose indecisos sobre el partido que debian tomar, hasta que Tallaferro esclamó:

—Cuido que lo mas avisado que podemos hacer, es dar cuenta del suceso á Ugo, é que él lo diga á en Roger para que mande tocar armas é nos apercibamos para obrar.

—Ello es verdad—dijo Wilda—vamos pues.

Los cuatro se disponian para dirigirse hácia el atrio del palacio, cuando un sordo rumor que de súbito se levantó en aquella direccion, les obligó á permanecer quietos, y á requerir sus armas por si era llegado el momento de hacer uso de ellas.

Empero muy luego cesó su alarma viendo la quietud de la muchedumbre reunida en la plaza, la cual se separaba lentamente para dar paso á una comitiva de caballeros y escuderos genoveses que salian del palacio, y venian en direccion de la estátua de Constantino, llevando á su cabeza á Roseo del Final y un caballero cubierto con las insignias de Podestá.

Al pasar la comitiva genovesa, los tres almogavares se dieron de ojo manifestando intencion de cerrar con ella; mas hubieron de contenerse al considerar la desproporcion del número, y ademas que no les asistia por entonces, razon alguna para acometer á los que venian en actitud pacífica; hiciéronse, pues, á un lado para dejarles el paso franco.

Empero, una casualidad providencial les proporcionó ocasion para dar gusto á su carácter pendenciero, y anticipó de algunas horas el estallido de la tormenta.

Los caballeros genoveses, al pasar junto á los soldados españoles, les lanzaron miradas insolentes y burlonas, y aun hubieron de dirigirles á media voz algunas palabras escarneciendo su traje y figura. Alentados los criados con el ejemplo de sus señores, llevaron mas allà la groseria del ultraje, riéndose descaradamente en las barbas de los almogavares; y hubo uno que se detuvo frente á Cap de Estopa, y esclamó haciendole una mueca.

—Oh, oh! la bruta bestia.

—Que dice este bellaco?—esclamó Cap de Estopa interrogando con el jesto y la palabra á Wilda.

—Nos denuesta—contestó la hechicera.

—Cuerpo de Nuestro Señor Dios!—gritó el almogavar dando un paso hácia el insolente—mercader judio, te voi á tirar la lengua!

El genovés prorrumpió en una estrepitosa carcajada, é hizo intencion de tomar al español por la barba. Cap de Estopa se echó atrás con presteza; alzó la mano y la dejó caer á puño cerrado sobre el rostro del escudero, que dió un alarido y huyó á ocultarse entre sus compañeros.

Los mas cercanos á él desnudaron las espadas y acometieron á los almogavares para vengar su afrenta; mas antes que descargaran el primer golpe, tres de ellos cayeron mortalmente heridos por mano de los soldados españoles, que cerraron desesperadamente con la cola de la comitiva.

Fué tan recia la acometida, que en el primer momento los criados genoveses se desordenaron, y algunos huyeron por la plaza gritando; Génova! Génova!

Sorprendidos los caballeros por el tumulto que se moviera á sus espaldas, se revolvieron con presteza, y enterados de la causa de él, se arrojaron sobre los españoles. Estos al principio se mantuvieron firmes, apesar del número de espadas asestadas contra su pecho; empero cargados por tantos enemigos á la vez, tuvieron al fin que ceder, y se retiraron defendiéndose heróicamente, y apellidando á grandes voces; Aragon! Aragon!

El estrépito de la pendencia se oyó en toda la plaza; y muy luego se vió abandonada por el pueblo que huyó aterrado en todas direcciones. Los almogavares y genoveses que circulaban por ella, acudieron desalados á dar ayuda á los de su nacion; con lo cual, á los pocos momentos de empeñada la escaramuza, el Augusteo se vió convertido en un campo de batalla, en donde mas de dos mil hombres entre el uno y el otro bando, combatian con las espadas desesperadamente.

En tanto tenian lugar en la plaza los sucesos que dejamos referidos, veamos lo que acontecia en el palacio de Andrónico.

Antes de que el pueblo de Bizancio comenzara á vislumbrar la trama que los genoveses urdian sordamente contra los españoles, la corte reunida en los salones de la augusta morada, tenia ya algun conoci-

miento de ella; empero cada uno encerraba la inquietud en el fondo de su corazon, temeroso de provocar una alarma que hiciese imposible los festejos de aquel dia. Además, se complacian todos en creer que el acontecimiento no pasaria de una insignificante pendencia, cuyo resultado no comprometeria mas allá de una hora la tranquilidad de la ciudad. Empero, las esperanzas de la corte se vieron harto pronto desvanecidas con la imprevista llegada de una comision de genoveses, presidida por el Podestá y Roseo del Final, que solicitó con urgencia una entrevista del emperador.

Andrónico, á quien lo triste de su situacion política le obligaba á ceder mal de su grado á todas las pretensiones de un pueblo estrangero que era tácitamente dueño de sus estados, no pudo eludir la peticion, y tuvo que acceder á la solicitud.

En presencia de toda la córte reunida para asistir á los juegos del circo, el Podestá de los genoveses manifestó, despues de adorar al augusto emperador, que:

Habiendo cundido el descontento y la alarma entre todos los súbditos de la muy alta y poderosa *Señoría*, por las señaladas pruebas de deferencia con que la córte de Bizancio distinguia á los españoles, haciéndolos mejores que todos los demás pueblos auxiliares del imperio, y por los groseros ultrajes con que la plebe de Constantinopla denostaba de contínuo á todos los genoveses residentes en la ciudad y en Pera, escudada con el amparo de sus nuevos valedores, venia á pedir esplicaciones, al siempre divo emperador; las cuales pusieran término á la indignacion de los súbditos de Génova, asi como á saber á ciencia cierta si la hueste española habia llegado para dar guarnicion á Constantinopla, ó para emprender la jornada al Asia; en cuyo último caso deseaba saber el dia en que se verificaria la espedicion. Y, que si no obtenia las esplicaciones que estimaba necesarias á la honra y tranquilidad de los suyos, entenderia que se querian eludir sagrados compromisos; y en tal virtud, anunciaba, que desde aquel momento Génova rompia su alianza con el imperio griego, y exijia inmediatamente el pago de lo que se le debia por razon de sus servicios, asi como el de los sesenta mil florines que prestara á Roger de Flor en Mesina para aparejar la armada que le condujo á Constantinopla.

Esto, en resúmen, fué lo que con palabras soberbias y altaneras manifestaron de público los genoveses; mas otro era el intento que los movia; intento que tenia dos faces, la una que reflejaba sus ideas am-

biciosas de esclusiva dominacion, y la otra su orgullo humillado por un puñado de aventureros, que les demandaba pronta y ejecutiva venganza.

Harto sabian que sus intereses marítimos y comerciales no les permitian abandonar de esa manera el servicio y la alianza del emperador de Oriente; pues de hacerlo así, comprometian la suerte de sus colonias y factorias de Grecia, el Ponto y Palestina, que podrian verse envueltas en una guerra de funesto resultado para su comercio. Pero á la par, no podia ocultárseles, que desde la llegada de los españoles á Constantinopla, su poder decrecia visiblemente, y que Andrónico, apoyado en sus nuevos auxiliares pugnaba por sacudir el yugo que Génova tenia puesto sobre sus hombros. Además, contemplaban con despecho alzarse un astro que amagaba eclipsar el suyo en Oriente. Astro que desde algunos años, Génova, con ojo receloso, miraba lucir por los mares de la Europa Occidental, combatiendo hasta vencer las escuadras italianas, francesas é inglesas; y cuyas irradiaciones se estendian ya por el imperio griego. Reconocida, pues, lo peligroso de tal vecindad, los genoveses de Bizancio, intentaron esterminar en la cuna un poder que anunciaba sobreponerse al suyo sin pararse en los medios, siempre que consiguieran el fin.

Para mayor mortificacion de su insolente orgullo nacional, se habian verificado, en mal hora, unas justas, cuyo resultado puso de manifiesto la superioridad guerrera de los españoles, mientras á ellos los cubrió de afrenta ante un pueblo que temblara hasta entonces en su presencia. Asi que, ya no era solamente el temor de ver balanceada su preponderancia marítima por un puñado de aventureros hijos de un pais muy temido en los mares, lo que movia su enconada saña; era tambien la vergüenza de una derrota que publicaba su debilidad militar, y les imposibilitaba de volver por su honra á espensas de unos soldados que la propia esperiencia les hacia mirar como invencibles.

Atormentados por esta multitud de ideas á cual mas sombrías, y sintiendo la necesidad de tomar ejecutivamente una resolucion que pusiera término á sus alarmas, los principales caballeros y comerciantes, instigados por el pueblo, se reunieron á los veinticuatro vocales del consejo de la ciudad la noche del primer dia de las justa , y elijieron por Podestá á Hilario Volterra, en reemplazo de Miser Socato y le asociaron Oberto Espinola: luego se pusieron de acuerdo sobre dos puntos que estimaron necesarios para alcanzar el objeto que se habian propuesto. El primero fué buscar un pretesto cualquiera para que los

de su nacion no tomarán parte en las justas de aquel dia á fin de evitar una nueva y sangrienta derrota; y luego pasar á cuchillo el mayor número posible de españoles, cosa que creian hacedera, toda vez que se prometian cojerlos desprevenidos en el palenque, en sus alojamientos y diseminados por las calles de Bizancio; contando para ello con las numerosas fuerzas de caballería é infantería que tenian dentro del recinto de las murallas de Pera. El segundo, mandar una comision al emperador, la cual le hiciese comprender, con amenazas, ó de la manera que estimase mas conveniente, la necesidad de alejar á los españoles de Constantinopla, y la de dar una satisfaccion á los súbditos de la Señoría de los agravios que desde algun tiempo se les venian infiriendo; esto con objeto de intimidar al emperador, que sabian habia mucha necesidad de ellos; separarlo de la alianza con los españoles y recobrar su anterior influencia en la corte y consejo imperial.

Puestos, finalmente, de acuerdo, nombraron los individuos que habian de componer la comision, y luego reunieron los cabos de su ejército, les mandaron poner en armas á los soldados y disponerlo todo para el ataque que proyectaban contra sus enemigos. Terminados todos los preparativos, á la hora de tercia salió de Pera la comision que llevaba el mensaje para el emperador, la que, en lugar de dirigirse á palacio atravesando las calles de Constantinopla, se embarcó en el puerto en una saetía, y doblando la punta del Acrópolis entró en el alcázar por el pequeño puerto artificial abierto desde la imperial morada sobre la Propóntide.

Ya hemos visto en qué términos desempeñaron su comision los enviados genoveses; términos tan descomedidos, que en vez de intimidar irritaron el ánimo de Andrónico, quien les hizo contestar por el gran *Drungario*, Esteban Marzala, que dentro del tercero dia les haria saber su decision.

Burlados en sus esperanzas los enviados de Pera se retiraron despechados, haciendo firme propósito, en su interior, de entregar la satisfaccion de su querella á la suerte de las armas. Cuando llegaron al puerto para embarcarse, se encontraron muy sorprendidos de ver allí al *Heteriarca* (1), con cuarenta *espatarios* (2), que les

(1) Jefe de las cohortes de la guardia personal del Emperador.
(2) Guardia de honor de los emperadores de Oriente: su arma era una larga espada con la que debian siempre estar armados, Moretti, *Diccionario militar*.

intimó la órden de regresar á pie á su ciudad. El Podestá y Roseo del Final protestaron con palabras amenazadoras contra un mandato, que al fin tuvieron que obedecer, jurando tomar venganza de esta nueva mortificacion que Andrónico se complacia en originarles.

Salieron, pues, del Palacio por el atrio, y atravesaron el Augusteo á pie, en medio de los murmullos de la multitud, que no dejaba pasar ocasion de manifestar su antipatia á los genoveses. Su mala estrella quiso ponerles en el camino los tres almogavares á quienes trataron de escarnecer, y con quien tuvieron que medir sus espadas, dando principio á una contienda que muy luego se convirtió en batalla formal.

La noticia de lo que acontecia en el Augusteo circuló por la ciudad con la rapidez de una exhalacion, sembrando el espanto en el corazon de todos sus habitantes, que huyeron á guarecerse en sus casas; y llegó luego á la orilla derecha del cuerno de Bizancio, abultada en términos, que los mas medrosos aseguraban que los españoles estaban degollando á todos los genoveses que se encontraban á la sazon en Constantinopla. El tumulto que semejante nueva produjo en Pera, fué espantoso; sus moradores se lanzaron á las calles prorrumpiendo en gritos de rabia, y pidiendo venganza á los magistrados; los cuales ordenaron á la guarnicion salir inmediatamente con bandera desplegada para acudir en ayuda de sus hermanos.

Pocos momentos despues, penetraron á la carrera en Constantinopla, por la puerta de Quinigo, siete ú ocho mil genoveses entre infantes y caballos, que se dividieron en pelotones, marchando los unos á combatir los cuarteles de los almogavares, situados en las Blanquernas, y los otros acudiendo al Augusteo, con noticia que tuvieron de ser allí mas encarnizada la refriega.

La llegada del refuerzo reanimó el valor de Roseo del Final y sus soldados, que se veian acorralados y mal traidos por los españoles; estos á su vez se encontraron en grande aprieto, cargados por la caballeria genovesa, que viniendo de refresco les arrebató la victoria de entre las manos. Sin embargo, pelearon denodadamente y vendieron caras sus vidas.

Entonces se generalizó la batalla en todas las calles de la ciudad. Desgraciadamente la infanteria española, sin caudillos, sin ha-

ber tenido tiempo de apercibirse, diseminada en todas direcciones y acosada por numerosas fuerzas de caballeria, llevaba la peor parte de la refriega á pesar de su denuedo é impetuoso valor.

Las tropas griegas y los soldados de las naciones aucsiliares del Imperio, recibieron órden de sus jefes respectivos para permanecer pasivos en sus alojamientos; y en cuanto á los habitantes de Constantinopla, se habian encerrado en sus viviendas, desde cuyas ventanas contemplaban la pelea, haciendo fervientes votos por el triunfo de los españoles, y recogiendos sus heridos, siempre que habian ocasion de hacerlo sin peligro, para prodigarles los mas solícitos cuidados.

Los capitanes y caballeros de la hueste aragonesa se imaginaron en un principio, que todo el rebato se reduciria á una briega entre la soldadesca villana; y que salvo algunas espadadas bien dadas y bien recibidas, se terminaria sin ulteriores resultados, y no se cuidaron cual debieran de la suerte de sus soldados. Mas cuando fueron sabedores de las grandes proporciones que habia tomado el suceso, y del inminente peligro en que se encontraba toda su infantería, acudieron presurosos á los alojamientos de los hombres de armas y caballos lijeros, mandaron tocar á cabalgar, y puestos al frente de sus escuadrones, se lanzaron por las calles de la ciudad, cargando y acuchillando con rigor á los genoveses, quienes trataron en vano de oponer una resistencia que les fué fatal, toda vez que irritó mas y mas la cólera de los soldados españoles.

Asi batallando, la mayor parte de la caballería aragonesa llegó al Augusteo, donde su presencia era ya necesaria; pues á retardarse algunos minutos mas, los infantes que allí peleaban, hubieran sido completamente rotos y pasados al filo de la espada, por que se las habian con triplicadas fuerzas, y la flor de los hombres de armas genoveses, acaudillados por su capitan Roseo del Final.

Ayudados del refuerzo, los almogavares tomaron de nuevo la ofensiva; y entonces llegó á su mayor apojeo el horror y estrago de la batalla. Era tanto el ruido y tanta la gente que combatia, que ni se oian las voces de mando de los caudillos, ni se daba por una y otra parte golpe en vago, amontonados como estaban los combatientes en un recinto estrecho para su número.

Al cabo de cuatro horas de sangrienta lucha, los genoveses, encerrados entre la infanteria y caballería española, comenzaron á ceder y á tratar de abrirse paso para retirarse en órden á su ciudad.

Empero, en el momento en que, si bien á duras penas, habian logrado formarse en masa para lanzarse hácia una de las calles mas anchas que desembocaban en el Augusteo, un hombre de armas llegó lanza en ristre y á todo correr de un caballo sobre Roseo del Final, y abriéndose paso entre los caballeros que custodiaban al general de las tropas de la Señoria le dió tan descomunal encuentro por la visera del yelmo, que el mísero capitan cayó en tierra donde quedó sin movimiento.

Un grito estruendoso de victoria resonó entre los españoles; y el nombre de Pedro de Artasona, el mas valiente sargento de armas de las mesnadas aragonesas, corrrió de boca en boca.

Muerto su capitan, apoderóse de los soldados genoveses el pánico; y olvidándose de la comun defensa, solo trataron de huir á la desbandada, arrojando las armas y pidiendo merced de la vida á sus contrarios, que enardecidos por el entusiasmo de la refriega desoyeron sus súplicas, y se cebaron tan sin piedad en la matanza, que pocos genoveses lograron salvarse sin ser muertos ó heridos. (1)

Durante las horas aciagas que duró la batalla, la corte del emperador encerrada en el palacio, cuyas puertas se habian mandado defender por numerosas guardias, permaneció llena de sobresalto y de terror, considerando que el resultado de la pelea, fuese cualquiera, seria funesto para el trono, que necesariamente habia de encontrar en los vencedores amigos ecsigentes y temerarios.

Solo Andrónico aparecia sereno y tranquilo en medio de la consternacion general. Rodeado de los príncipes de la sangre, de los altos dignatarios de su corte, y teniendo á su lado á Roger y á Rocafort, se habia asomado á una ancha ventana, que desde el salon de Pórfido daba sobre el Augusteo; y desde ella miraba atento la batalla, mostrando en su semblante el regocijo que sentia su corazon al ver maltratados á los genoveses cuyo pesado yugo deseaba sacudir.

—Señor Megaduque—decia trémulo de alegría—me place mucho el ver que teneis unos soldados tan recios, que ni el número de enemigos, ni el cansancio los arredra de la batalla.

—Señor—contestaba Roger sonriendo con orgullosa satisfaccion—así son todos los soldados de Aragon y Cataluña.

—Oh! pues si vencen así á mi otro enemigo, el turco, tendré

(1) Quedaron muertos en la ciudad cerca de tres mil genoveses.—*Don Francisco de Moncada.*

señaladas victorias sobre esa raza maldita, enemiga del nombre cristiano.

—Lidiarán mejor, señor; porque llevarán sus banderas y sus capitanes al frente.

—Mirad, mirad señor Magaduque—esclamó el emperador trasportado de alegria—mirad hacia aquel lado de la plaza..... Arrollan á los genoveses..... los hacen huir..... Decidme, ¿quién es aquel mozo que tan bien lidia, que él solo hace con su espada mas que diez hombres?

—Señor; es el adalid que ayer venció á miser Socato en el torneo.

—Oh! pido á Dios devotamente que no le avenga mal..... Tan valiente mozo no debe esponer su vida en tan pequeña ocasion..... Mandadle retirar de la refriega, Señor Megaduque.

—Señor; vano seria el intento. Cuando el oso se ceba en la presa, solo muerta la sueltan sus uñas.

Andrónico quedó silencioso. De allí á poco, como viera desembocar por las calles la caballería genovesa, su frente se anubló; mas cuando los infantes españoles dieron muestras de cejar ante las numerosas fuerzas que los cargaban, esclamó con sobresaltado despecho.

—Que es ello, señor Megaduque?... Vuestros soldados retroceden!.. muchos caen heridos.....!

—Señor—contestó Roger cuyo rostro se puso lívido de cólera—no veis que cierran con ellos mas de cinco cientos caballos.....!

En aquel momento, Rocafort que se hallaba inmediato a ellos, se echó de pechos poniendo las manos sobre el alfeizar de la ventana, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.:

Aragon!... Aragon!...

Luego volviéndose hácia Roger, le dijo mirandole con ojos centelleantes.—Vamos á ellos en Roger!

—Deteneos—dijo el emperador—no quiero que os separeis de mi lado.

—Señor!—replicó Rocafort apretando los puños con rabia—van a hacer en ellos como el lobo en el rebaño....! ¿Y no ha de ir el pastor á darles ayuda en tal cuita..?

—Señor caballero—dijo Andrónico con severidad—os mandé permanecer á mi lado porque os he menester.

Roger y Rocafort inclinaron la frente y permanecieron inmóviles y silenciosos en sus puestos.

De improviso se oyó en el salon un grito agudo y lastimero. Todos los circunstantes volvieron la cabeza hacia el sitio de donde par-

tiera, y vieron á Elfa privada de conocimiento y caida en brazos de la princesa Maria. A pocos pasos delante de ellas, y frente á una ventana, estaba en pie é inmóvil como una estátua, la hermosa Teodeta, pálida como el mármol de Sciro, y de cuyos negros ojos, fijos con delirante mirada en un punto de la plaza donde se veia á dos almogavares arrastrar un cadáver, brotaban gruesas lágrimas.

Nadie pudo dar razon de la causa del desmayo de la hija de Roger, ni de la angustia que se pintaba en el rostro de la bella masajeta.

Elfa fué retirada del salon, y Teodeta desapareció de allí á poco momento.

Conociendo Roger que el accidente de su hija no era cosa de grave cuidado, por atribuirlo todo el mundo al terror que debió inspirarle la vista de la mucha sangre que se derramaba en el Augusteo, volvió á fijar su atencion en la refriega. Andrónico y Rocafort le imitaron, y los tres tornaron á conversar sobre las diferentes peripecias del drama que se representaba ante sus ojos; rivalizando el emperador en entusiasmo con los caudillos españoles siempre que la victoria se inclinaba hácia los almogavares, y mostrándose tan despechado como ellos cuando los genoveses conseguian ventaja manifiesta.

Así permanecieron departiendo hasta que la caballeria española hubo decidido la contienda; retirándose por último de la ventana, cuando vieron que los soldados de Roger abandonaban el Augusteo por seguir el alcance de los fugitivos restos de sus enemigos.

Entónces, Andrónico sintió deslizarse en su corazon un vago temor, considerando que los magistrados de la ciudad de Pera no dejarian de pedirle cuenta del grave daño que habian sufrido los súbditos de la *Señoria*; y que no vacilarian en apoyar su demanda con todas las fuerzas de mar y tierra que la poderosa Génova tenia diseminadas por el imperio griego, acusándole de no haberse opuesto al esterminio de los genoveses residentes en la orilla del Bósforo. Así que, aunque tarde, dictó algunas disposiciones para aquietar la sangrienta asonada; y entre ellas fué la de mandar que el gran Drungaria, Esteban Marsala, y Marulli, gran Doméstico y general absoluto de las fuerzas terrestres del Imperio, para que fuesen con algunos caballos de su guardia personal, á poner coto al tumulto y dar órdenes en su nombre á la hueste española.

Apenas habia trascurrido una hora desde que Marsala y Marulli salieran del palacio, cuando este último regresó á todo correr de su caballo. De allí á poco penetró en la imperial estancia, trayendo el vestido

en desórden, manchado de sangre y con visibles muestras de haber sido maltratado. Arrojóse á los pies de Andrónico, y le dijo con voz entrecortada por el espanto que le dominaba; Que habiéndose presentado á los españoles para intimarles las órdenes del emperador, estos, que ya habian sacado sus banderas con ánimo de entrar á saco la ciudad de Pera, se habian enfurecido en tales términos, viéndose contrariados en su propósito, que sin respeto á quien los enviaba, y al sagrado carácter de los mensageros, se habian arrojado como fieras sobre la guardia, y muerto y despedazado á todos inclusos al gran Drungario; y que solo él pudo salvarse milagrosamente de las manos de aquellos bárbaros, para venir à dar cuenta al emperador de tan trájico suceso.

Al escuchar la nueva, Andrónico palideció, y permaneció un momento consternado y silencioso. Su imaginacion que la desgracia habia hecho suspicaz y recelosa, se alarmó en tales términos, que en un minuto pasó de la mas ciega confianza en los españoles, á las mas tenebrosas sospechas. No pudiendo, por último, dominar su sobresalto é indignacion, esclamó, mirando con irritados ojos á Roger y Rocafort que mandara venir á su presencia.

—Señores capitanes! ¿Tendremos que arrepentirnos yo y mi pueblo de haberos llamado en nuestro auxilio?... ¿Habremos cambiado la insaciable condicia de los genoveses por la barbara ferocidad de los soldados de España.....? Juro, señores, por el Santo Madero, que vuestras cabezas me responderan de tamaña sin razon, y que el imperio griego no será patrimonio de un puñado de aventureros!

—Señor,—respondió Roger mostrando en su rostro una espresion de dignidad ofendida—en vuestra sospecha no hay justicia..... Dadnos permiso, y haremos que vuelvan pronto á la obediencia los que obraron en vuestro desservicio.

—Y, ¿quién me responde que volvereis á mí si no lo conseguis? —dijo el emperador no pudiendo ocultar su desconfianza.

—La palabra de un caballero español,—se apresuró á replicar Rocafort, cuya altivez no pudo tolerar el agravio que envolvian las palabras de Andrónico.

—Y esa palabra.....

—Es prenda que vale tanto como un imperio!—esclamó alzando la voz el soberbio catalan.

—Id presto—dijo Andrónico, estendiendo el brazo y señalando la puerta á los dos capitanes, que se apresuraron á salir de la imperial estancia.

Roger y Rocafort encontraron en el vestíbulo de palacio á la mayor parte de los capitanes de la hueste, que acudieran á darles cuenta del grave conflicto en que se encontraba la ciudad, y para hacerles entender cuán necesaria era su presencia para hacer volver á la obediencia las insubordinadas compañías de almogavares que todo lo querian llevar á sangre y fuego. En vista de la inminencia del peligro, todos montaron aceleradamente á caballo, y seguidos de una fuerte escolta de hombres de armas corrieron al encuentro de sus soldados.

Con noticia que tuvieron de la direccion que llevaba la hueste, apretaron el galope, y llegaron en pocos momentos á alcanzar la retaguardia que ya se encontraba en el estremo de la espaciosa calle que desembocaba en el Cuerno de Oro, por la puerta de Quinigo. Al ver llegar á los caudillos, cuyas intenciones eran todavia un misterio para el ejército, los soldados prorrumpieron en ruidosas aclamaciones, imaginandose que venian para ordenar el ataque. Empero los capitanes atravesaron silenciosos por medio de las apretadas hileras, y llegaron con celeridad al puerto en ocasion que comenzaba á embarcarse la infantería para dar el asalto contra Pera.

Roger, Rocafort y Jimenez de Arenos, llamaron á son de trompeta á sus repetidos alféreces, y tomando de sus manos las banderas, las levantaron en alto separandose los tres á distancias convenientes. La actitud de los caudillos fué tomada por los soldado como señal para reunir las compañías y disponer el órden de la acometida; en su consecuencia, los que ya se habian embarcado, regresaron á tierra y cada hueste se apiñó en derredor de su jefe:

Adelantaronse los cabos inferiores, y cuando se hubo hecho silencio, los tres caudillos manifestaron á sus subordinados los inconvenientes y peligros de la empresa que iban á acometer, prometiéndoles que, si desistian de su empeño, les seria hecha pronta justicia de los agravios que se les habian inferido. Suplicaronles que se retirasen á sus alojamientos, y no comprometieran su honra y el éxito de la gran jornada que los sacara de Sicilia con un atentado que habia de serles funesto por cualquiera parte que lo mirasen; ya haciéndolos odiosos á los griegos, puesto que desobedecian las órdenes del emperador, órdenes que tenian que acatar á fuer de servidores leales, ya concitando contra sí las numerosas fuerzas de todos los auxiliares del imperio, residentes en la orilla del Bósforo, los que no tardarian en hacer causa comun con los genoveses, uniéndose por la mancomunidad del peligro.

Estas prudentes razones, en vez de aquietar los ánimos, produjeron

el descontento entre aquellos soldados sedientos de sangre y de venganza, que ademas se congratulaban con la esperanza de hacerse dueños en pocas horas de las riquezas que atesoraba la ciudad de Pera, emporio en aquel entonces del comercio genovés en Oriente; y dieron lugar á un espantoso tumulto, en el cual, y durante mucho tiempo, no solo fué escarnecida la autoridad y desoida la voz de los gefes, sino que tambien se vieron en grave peligro de ser maltratados. Por fin, la entereza y decision de los caudillos y la actitud defensiva en que se puso la ciudad de Pera, cuyas murallas y torreones se coronaron aceleradamente con numerosos hombres de armas y ballesteros, en tanto que las galeras de la *Señoria* tomaban posiciones para combatir la pasada de los españoles, redujo finalmente á la obediencia á los mas díscolos, y todos se retiraron á sus alojamientos, murmurando terribles imprecaciones contra los que les habian estorbado satisfacer su angrienta y codiciosa venganza.

Al toque de oraciones, el órden se habia restablecido completamente en Bizancio, y la tranquilidad comenzado á renacer en el angustiado pecho de sus habitantes. Sin embargo, las casas continuaron cerradas; y las calles sembradas de cadáveres, semejaban un campo de batalla, cuyo pavoroso silencio interrumpian solo los ayes de los heridos, que no habian podido ser recojidos, y el estertor de los moribundos.

Entre la primera y segunda vigilia de la noche, vióse cruzar por el Augusteo una muger rebozada en un capuz negro y seguida de cuatro criados que llevaban antorchas encendidas.

Con paso incierto y vacilante llegóse hasta el estremo de la plaza cuyo frente formaba la portada de la iglesia de Santa Sofia; tomó una antorcha de mano de uno de sus acompañantes y comenzó a inspeccionar los cadáveres, revolviendo los que se encontraban boca abajo, é inquiriendo uno por uno todos aquellos semblantes horriblemente desfigurados por la muerte.

De improviso lanzó un leve grito y puso una rodilla en tierra; tomó entre sus brazos uno de aquellos desgraciados, apoyó su cabeza sobre su pierna izquierda, y sacando el lenzuelo, le limpió el rostro de los cuajarones de sangre que le cubrian.

Luego hizo una señal a los que la acompañaban, estos apagaron las antorchas, tomaron entre sus brazos el cadaver, y salieron del Augusteo precedidos por aquella mujer y envueltos en los tinieblas de la noche.

XII.

Por tu amor, mi Valdovinos,
Cristiana me tornaria,
Si me quieres por mujer,
Si no sea por amiga.
Romance de Valdovinos.

Y ella, habiéndole asido de la orla de su ropa, le dijo: Duerme conmigo. El cual, dejando la capa en la mano de ella, huyó, y salióse fuera.
Génesis. c. 39 v. 12.

Entre los soberbios monumentos con que la fastuosa prodigalidad de los emperadores de Constantinopla habia embellecido la reina del Bósforo, descollaba por su magnificencia el palacio de *Megale*, levantado en uno de los cuarteles mas populosos de la ciudad, en el siglo X, por el emperador Teófilo. Su arquitectura era del gusto oriental, habiendo sido construido á imitacion del que poseia el califa Motazem, de la familia de los Abasidas, en Bagdad, sobre la orilla del Tigris; empero aventajaba en grandiosidad á su modelo, pues su conjunto arquitectónico, ornamento y distribucion, participaban de las galas y preciosos detalles arábigos, y de la severa majestad del órden greco-romano. Estaban unidos al palacio deliciosos jardines embellecidos con profusion de estatuas, estanques y bosquecillos de mirtos y laureles, y cinco iglesias la mayor de las cuales te-

nia tres cúpulas de bronce dorado sostenidas por columnas de mármoles de Italia. La entrada de tan mirífica morada era por un atrio formado con quince columnas de mármol frigio, que habia recibido el nombre de *Sigma* á consecuencia de su particular construccion; delante de él, se estendia una espaciosa plaza en cuyo centro se alzaba una hermosa fuente de jaspe de colores, dispuesta de tal manera, que desde ella se arrojaban al pueblo, al despuntar cada estacion, las frutas que le eran peculiares; espectáculo á que asistian los emperadores, por una costumbre tradicional, sentados en un trono erigido sobre las azoteas del palacio.

Andrónico Paleólogo, á quien las sangrientas enemistades de su propia familia, el ódio de sus enemigos, y el descontento de una parte considerable de sus súbditos, habian puesto en la precision de librar la suerte de su Imperio y la seguridad de su persona en el auesilio que le prestaban las naciones estranjeras cuyos soldados tomaba á sueldo, prodigaba á estos mercenarios todo género de estímulos y recompensas para mantenerlos fieles en su servicio. Entre estos, ninguno como los masajetas se habian hecho acreedores á su munificencia, por que no solo se mostraban los mas desinteresados y menos codiciosos, apesar de su condicion de bárbaros, sino que en circunstancias sumamente críticas para la seguridad de su corona, se habian ofrecido á lidiar por él, en número de diez mil, capitaneados por George, caudillo ilustre y valeroso de aquella nacion.

Agradecido Andrónico, á causa del peligro de que se viera librado por el socorro que le llevó George, le colmó de honores y presentes, y le señaló para morada el palacio de *Megale* con todas sus dependencias; é hizo estensivas sus gracias á su hijo Brienno, mozo gallardo y esforzado, al cual dió un cargo importante en la milicia del Imperio, y á su hija Teodeta, jóven en quien la hermosura corria pareja con el donaire y discrecion.

Vamos, pues, á trasladarnos al palacio de *Megale*.

Era cerca de la media noche del tercer dia trascurrido despues de aquel en que los españoles y genoveses, arrastrados por sus rivalidades, habian ensangrentado las calles de Constantinopla, y dado origen á una enemistad implacable que se mantuvo durante muchas edades, hasta que la preponderancia de ambas naciones en la mar, fué gastandose por una serie de triunfos y descalabros.

En una lujosa cámara, colgada de cortinas de seda de la India salpicadas de abejas y estrellitas de oro, alfombrada con tapices de

Persia, perfumada con resinas de la Arabia, é iluminada por la tibia luz que arrojaba una lampara de plata suspendida del artesonado techo, veíase una lujosa y mullida cama, sobre la cual y debajo de un paño de seda de brocado, yacía un hombre herido, segun podia deducirse de la benda que envolvia su cabeza y parte de su rostro.

Junto al lecho, mirabase sentada á Teodeta, que apoyaba la mejilla sobre la palma de su mano derecha, y el codo sobre los almohadones donde descansaba la frente del herido. Blancos cendales de Adria de Venecia cubrian, cayendo en graciosos pliegues, su esbelto cuerpo, y los negros bucles de su perfumado cabello descendian en desórden sobre sus desnudos hombros; tenia fijos los ojos en la alfombra, y adivinabase por la palidez y desfallecimiento de su rostro, y por la incesante ondulacion de su seno, que algun secreto pesar la atormentaba.

Era Teodeta hija de George y de una dama francesa vastago de una familia noble de esas que inmortalizaron su nombre en las memorables cuanto desgraciadas guerras de la Palestina. Habia pasado, á la sazon, la edad de la adolescencia y entrado en aquella en que las pasiones ejercen su mas tiránico influjo en el corazon de la mujer; su belleza física aunaba los suaves perfiles de su secso, y la dureza y soberbia altivez de la raza que le dió el ser. Nacida en un pueblo barbaro, y educada en una corte licenciosa, donde el libertinage tenia templos, y donde los placeres sensuales y el refinamiento de una civilizacion muelle y voluptuosa habia estraviado las ideas y corrompido todos los corazones, su caracter correspondia á la índole de las dos naturalezas que la habian formado. Sin freno en sus pasiones, sin tener conocimiento esacto del mal, pues no podia serlo á sus ojos aquello que se veia ensalzado por la sociedad disoluta y afeminada que la rodeaba, y sintiendo correr por sus venas una sangre ardiente é impetuosa, hubiera sido una Mesalina si el orgullo de su casta y el profundo desprecio que sentia hacia los depravados séres que la rodeaban en la corte y en la ciudad, no hubiesen enfrenado sus instintos. Sin embargo, el caracter de la bella masajeta no podia acomodarse de una manera absoluta á las ecsijencias de la sociedad en que vivia. Nacida de una madre latina que dirigió los primeros pasos de su infancia y sembró en su corazon los jérmenes de las virtudes heróicas y caballerescas que caracterizaban a los pueblos occidentales, se revelaba frecuentemente contra la idea del vicio que pretendia hacer presa en su corazon, y pedia al cielo, si no fuerzas para combatirle, al me-

nos, que aquel fuera disculpado por un objeto digno de su pasion. Cuando vió por vez primera á Ugo, el gentil trovador y apuesto adalid almogavar, en la sala donde se celebró el banquete con que la munificencia del emperador Andrónico festejó a los capitanes españoles, su mente creyó ver realizado el ensueño de su fantasía. La edad, la varonil hermosura del cuerpo y del rostro de Ugo; su airoso traje y gallarda apostura; su voz vibrante y sonora y la noble espresion que brillaba en su semblante, en tanto que sus negros ojos velados por largas pestañas brotaban miradas ora ardientes, ora apasionadas segun que era tierna ó belicosa la idea que espresaba su canto, cautivaron su corazon sediento de voluptuosos arrebatos, y sintió nacer en él, y muy luego madurar una pasion vehemente y profunda hacia tan apuesto doncel. Desde aquel instante, Teodeta, subordinó todos sus pensamientos á uno solo y esclusivo; mandó seguir al jóven por todas partes y procuró cautivar su atencion y atraerle a su lado por mil medios que la casualidad hizo infructuosos. El indómito valor de que dió pruebas el esforzado adalid en las justas del Hipódromo, acabó de trastornar su razon; mas tambien alli vió asomar la primera nube que habia de oscurecer el cielo de sus ilusiones, con el conocimiento que adquirió del amor de Elfa por el jóven almogavar; y lo mas doloroso para su corazon, fué el comprender que ese amor era correspondido. Su instinto de mujer amante se lo reveló, y el interés que la hija de Roger manifestara hácia Ugo, arrojándole su lenzuelo, vino á desvanecer cualquiera duda que pudiera quedarle en el pecho. No obstante, ni se disminuyó su pasion ni menos intentó renunciar á ella. Constábale que Elfa era la prometida esposa de Corbaran de Lahet, y sabiendo cuan religiosamente se guardaban las palabras entre los caballeros latinos, se tranquilizó para el presente; en cuanto al porvenir, no se ocupó de él, pues siendo su afecto hacia el jóven, no un sentimiento acendrado, del género de aquellos que se posesionan de un corazon sin mancilla, sino una pasion instintiva é impetuosa, un deseo vehemente de posesion, que corre desenfrenado hacia la saciedad á fin de aquietar la sobrescitacion del alma, miró con estudiada indiferancia el casto amor de Elfa, y se ocupó solamente en buscar la satisfaccion del suyo. Empero desde aquel dia la calma se borró de su pecho; la sonrisa desapareció de su semblante, sus ojos solo buscaban á Ugo, y sus labios murmuraban incesantemente el nombre del bizarro adalid.

Volvamos á la estancia donde Teodeta, sentada á la cabecera de una

cama, contemplaba tristemente al hombre que yacia sobre ella.

Cuando mas embebida en sus reflexiones se encontraba la bermosa masajeta, el herido exhaló un débil quejido, hizo un esfuerzo, y se incorporó sobre el lecho; mas al ver á Teodeta, pasóse una mano por el rostro y volvió á dejar caer la cabeza sobre los almohadones.

La hija de George fijó en él una tierna mirada, y esclamó con cariñoso acento.

—Sentís mucho el dolor de la herida, señor caballero?

—No, hermosa señora,—contestó el herido mirando con una espresion de gratitud á su bella enfermera,—no es cuideis de ella, que no es nada; y merced á Dios y á vuestros cuidados, no me queda ya de ella mas que la memoria de lo mucho que os debo..... ¿Quién sois vos que hicísteis por mi como una madre hiciera por su hijo?

—No me conoceis?

—Poco, señora, por mi mala dicha.

—Os placiera conocerme mas?—dijo Teodeta con vehemencia y devorando al herido con la mirada.

—Qué mucho que asi fuera, cuando vuestra liberalidad, hermosura y linaje cautivan el corazon, y os hacen ser mirada con tanto respeto como amor!

—Con amor! digísteis, señor caballero,—esclamó Teodeta cada vez mas ecsaltada.

—Os engañais, señora; no soy caballero.....

—Pues ¿qué sois?

—Un almogavar, señora.... Un soldado, y nada mas.

—Un soldado!..... Pues entre vosotros no es ese el oficio que da al hombre timbres, fama y hacienda?

—Sí, cuando el soldado es noble,—replicó el herido sonriendo amargamente,—pero cuando es almogavar; es decir un rudo soldado de fortuna, no ha para él mas que peligros é miserias.

—Pero vos no estais en ese caso..... Vos sois un capitan que acaudilla, segun me dijeron, dos mil hombres, hueste la mas numerosa que capitanea noble alguno de los que vinieron á Constantinopla.

—Pero no los pago, señora, y no estan á sueldo mio ni á mi servicio..... soy á la manera del pastor que pasa con el rebaño al señor que le compró.

—No os entiendo..... Mas dejadme que os llame caballero; por que ese título con que se señalan los latinos, es para mí el símbolo de todo lo noble, todo lo bueno y todo lo generoso que puede en-

cerrarse en el corazon del hombre. Estoy cansada de escuchar un dia y otro esos nombres sonoros y pomposos con que intenta ocultar la lepra de su cuerpo y la vileza de su corazon la decrépita nobleza de la corte de Bizancio.... y doy gracias al cielo de que tan corrompida sangre no circule por mis venas.

—Sois latina, señora?

—Por mi madre, cuyo escudo tiene barras de plata en azur, y un leon de oro en campo de gules.

—Esas son las armas de los Lusiñanes.

—Tambien conoceis el blason?..... Mas dejemos eso, y ocupémonos de vos, señor caballero..... Decís que os encontrais mejor de la herida? Huelgo de oir esta palabra de vuestra boca, por que con ella veo confirmado el pronóstico del hebreo que os la curó por órden mia.

—Tanto, señora, que no he sentimiento alguno de ella; por lo que cuido, que no la herida, sinó el golpe de la descomunal espada que me hendió el bacinete y me cortó el camal, fué lo que me hizo venir á tierra y perder el conocimiento.

—Eso mismo dijo el hebreo.... mas añadió que hubísteis una herida bastante profúnda.

—Poco, señora; asi que pídovos me deis licencia para tornar á mi posada, pues habran los mios gran cuidado de mi ausencia.

—No os encontrais bien aquí?

—Muy mucho, señora, y huelgo de ello; mas quisiera saber con que ocasion?

—Cuando lidiábais en el Augusteo, os ví, desde una ventana del palacio, caer malamente herido; esperé que fuera entrada la noche, no poniendo mayor diligencia porque os creí muerto, y mandé á mis servidores que os condujesen á mi morada.... No pudiendo haberos vivo á mi lado, quise al menos poseeros muerto.

—Mi agradecimiento será eterno por la bondad que usásteis conmigo.

—Mas quisiera.....

—Mas, digísteis?..... Mi vida os pertenece; en cualquiera rejion donde me encuentre, si habeis necesidad de mí, llamadme; y tendreis para vuestro servicio la espada de un soldado leal y agradecido.

—Gracias, señor caballero; pero esa espada que me ofreceis á usanza de los latinos, no puede admitirla una masajeta, porque no la ha de haber menester.

—Qué! ¿tan nobles y honrados son los caballeros de esta tierra, que nunca hacen felonía con las damas?

—No es eso, escuchadme. Las costumbres caballerescas y feudales del Occidente, han dado orígen entre vosotros á una especie de galantería que llamais amor, porque dedicais á las damas de vuestros pensamientos las locas aventuras que acometeis y las proezas que llevais á cabo. Ese amor que provoca en vuestros corazones un sentimiento ecsaltado que se mide por las heridas que dais y que recibís, que sacrifica víctimas sín cuento y quema sangre en lugar de incienso, es una mezcla de barbarie injénita en vuestros pechos, y de sublimidad; porque frecuentemente ni aun conoceis el objeto de vuestro culto, y solo os une á él un afecto ideal, un tormento secreto que se alimenta de quimeras y vive solo con la vida que vuestra fantasía le presta, sin pedir galardon ni esperar otra cosa..... Ese amor es imperfecto; es el sueño de Platon que mece la ruda imaginacion de los latinos, y que lo llevan en la punta de sus espadas y en el hierro de su lanza, creyendo haberlo dicho y hecho todo con ofrecer ambas á la dama de su pensamiento..... ora bien, decidme ¿es ese el amor que me ofreceis?

El herido que habia escuchado con visibles muestras de sorpresa las palabras de Teodeta, volvió á incorporarse sobre el lecho y contestó puesta la mano sobre su corazon:

—Señora, os ofrecí mi espada porque es cuanto poseo, y el tesoro con que puedo pagaros tanto como os debo..... Ella y mi vida son una misma cosa;..... Si mi deber de soldado no me mandara ser viros con ella, mi agradecimiento me obligaria.

—No me hableis de gratitud,—esclamó Teodeta haciendo con la cabeza un movimiento de impaciencia.

—Qué quereis, pues, de mi?

Teodeta fijó en el herido una mirada profunda, y con voz apenas inteligible por el estremecimiento nervioso que ajitaba sus lábios esclamó:

—Vuestro amor.....!

Y luego, como si esta confesion hubiera aliviado su pecho de un peso que la sofocara, continuó con creciente ecsaltacion que se manifestaba por el desorden é incoherencia de sus palabras y por el fuego que brilla en sus negros ojos.

—Ese amor rudo y virginal que solo tiene cabida en un corazon como el vuestro, cuya sangre no está corrompida por los escesos de una

ecsistencia relajada por los desórdenes de las pasiones.....! Amor en que se confundan el idealismo apasionado del Occidente, y la muelle voluptuosidad del Oriente.....! Amor casto como el vuestro, y tierno y delirante como el que abraza mi corazon.....! Por que yo os amo, mi hermoso caballero,..... os amo desde que os ví, desde que vuestra voz conmovió todas las fibras de mi pecho, y penetró en mi alma revelándome la existencia de un mundo de deleites tal como en mis ensueños yo tenia concebido.....! Quereis honores, castillos, vasallos.....! todo lo pondrá mi amor á vuestros pies. Huiremos al otro lado del Danubio, y allí sereis príncipe, rey, cuanto querais; porque yo tengo estados y vasallos bastantes para que formeis ejércitos y marcheis con ellos á la conquista de ciudades y de reinos.....! La gloria y el amor os abren una nueva existencia que será envidiada por los mas ilustres caballeros de vuestra patria; y no tendreis de hoy mas que sonrojaros de la humildad de vuestra cuna, por que os prohijará un pueblo acostumbrado á conquistar coronas para ceñir la frente del caudillo valeroso que sabe conducirlo á la victoria....

Al concluir de pronunciar estas palabras, Teodeta que tenia asido al herido por una mano, le atrajo suavemente hácia sí, y reclinó la frente sobre su pecho cual si quisiera ocultar el rubor que sintio enrojecia sus mejillas.

Ambos permanecieron en buen rato silenciosos; ella soñando con la felicidad, y él asombrado y sin aliento para contestar.

Por fin el herido pareció reponerse de la sorpresa que le tenia embargado, y esclamó, lanzando un hondo suspiro y separando blandamente de su seno la cabeza de Teodeta.

—Recobraos, señora, ved que no cumple á vuestra honra y linaje obrar con tanta liviandad.

—Que me decís de honra y de linaje!—replicó Teodeta, cuyos ojos bañados en lágrimas dirigian al través de sus largas pestañas miradas amorosas sobre el herido—habladme de vuestro amor.....!

—Pedisme, señora, cosa que no vos puedo dar.

—Ah!—esclamó Teodeta poniendo sus dos manos sobre el pecho del herido y rechazándolo con violencia—me olvidé que amais á la hija de Roger de Flor y que sois amado de ella.

—Silencio, Señora, por Nuestro Señor Dios!—gritó el herido juntando las suyas en actitud suplicante.

—Oh! no temais, señor caballero, nadie puede oirnos—replicó Teo-

deta con sarcasmo—y aunque nos oyeran nada nuevo aprenderian.

—Pues bien, señora, si lo sabeis—replicó el herido bajando la voz—por qué me pedís una voluntad de que ya no soy dueño?

—Porque no os pido el amor de Elfa;.... os pido el amor de Teodeta..... Sea ella en buen hora la dama de vuestros pensamientos; amadla en silencio, sin decírselo.... sin esperanza, segun vuestras costumbres; pero amadme á mí tambien un año, un dia, una hora.... no importa el tiempo, si consigo oir palpitar una vez siquiera vuestro corazon junto al mio..... si os miro delirar en mis brazos, y escucho de vuestra boca una palabra de amor, una promesa, siquiera sea pasajera.....

—Basta, señora,—esclamó el herido cuyo rostro se cubrió de carmin al escuchar en boca de una dama razones tan indignas de una alma noble y elevada—mirad por vuestra honra, como yo miro por la mia, concediéndome lo que os pedí poco há; y es que me dejeis tornar á mi posada.—Y esto diciendo intentó arrojarse fuera del lecho por el lado opuesto al en que se hallaba Teodeta.

—Deteneos!—gritó la hija de George poniéndose en pié, presa de un estremecimiento convulsivo que puso de relieve todos los músculos de su rostro, cuyas facciones trastornadas por el dolor y la vergüenza de verse así despreciada, la daban el aspecto de una de esas furias de la mitología que nos describen los poetas.—Deteneos, señor caballero,—continuó—no intenteis reunir á la insensibilidad de vuestro corazon la bárbara dureza de vuestra raza despiadada.....! Cuidad que hablais con una dama que si os pudo amar hasta el estremo de olvidarse de cuanto se debe á sí misma, podrá aborreceros tanto que logre algun dia veros arrepentido de la afrenta que la haceis!

Subyugado el herido por el sentimiento de asombro que le causaron las palabras, la actitud y las iracundas miradas de aquella impetuosa muger, permaneció inmóvil en su lecho, y sin desplegar los labios, por no sentirse con fuerzas suficientes para luchar en un género de combate tan nuevo como estraordinario para él.

Teodeta se aprovechó de la aparente resignacion del herido para continuar desvariando en tono cada vez mas destemplado.

—Despreciada, ultrajada por vos, pobre soldado de fortuna, sin nombre, sin patria, ni familia..... menester es que os ame tanto para no haceros pagar con la vida la ofensa que me hicísteis..... Pero, no, mi hermoso caballero..... cómo pudiera haceros mal quien os ama con sin par delirio!..... Oh! el despecho me ahoga.....! hicís-

teis pedazos mi corazon, y cuando os pido un breve instante, una sola palabra para apagar el incendio que me devora, me dais con el pie y me afrentais arrojándome á la cara mi liviana debilidad....! Esto á mí, á una mujer de mi linaje.....! ¿y podré tolerar mas tiempo tanta vergüenza y humillacion?..... Sabeis, insensato, que á una señal mia vuestro cadáver puede ser arrojado por esa ventana y sumerjido en las aguas del estanque, donde queden sepultados vuestro ultraje y mi deshonra.....! Ah! porqué me mostrásteis un paraiso si despues me habíais de precipitar en un infierno....! Tanto mal os hice en amaros, que ni aun compasion quereis tener de mí?.... Yo no os pido vuestra alma, vuestros pensamientos.... una y otros abandono á mi dichosa rival; quiero solo de vos lo que un caballero puede conceder á una dama sin deshonrarse, lo que entre vosotros es frecuente apesar de vuestro espiritualismo amoroso.....!

—Señora—esclamó el herido que habia recobrado lentamente su energía, y sentia crecer por momentos en su pecho un sentimiento de aversion hacia Teodeta—un caballero español no tiene mas que un Dios y una dama. Quien tal no hace, es fementido y desleal.

—Pero vos no sois caballero.... Lo habeis dicho.

—Falta solo quien me arme.

—No teneis nombre.....

—Yo lo ganaré.

—Aceptad mi amor, y os prometo que eso y mas tendreis.

—Señora, pídovos licencia para tornar á mi posada—dijo el herido cuyo melancólico semblante se revistió con una espresion de severa dignidad—tanto mas permanezca aquí, aumentárase vuestro enojo, y vuestra honra sufrirá daño de que os habeis de arrepentir mañana.

Tan austera virtud, que estaba fuera de la comprension de una dama de la afeminada y sensual corte de Bizancio, no enfrenó, sin embargo, la desordenada pasion de Teodeta; antes por el contrario su impetuoso amor parecia aumentarse á proporcion de la resistencia del herido. Empero aleccionada por tan duro desengaño, se resolvió á emplear otros medios, que anteriormente tenia dispuestos, para llegar al logro de sus deseos.

En su consecuencia, mudó de plan de conducta; y aparentando una calma y resignacion que estaban muy lejos de su alma, dijo al herido suavizando el tono y afectando lamentar su estravio.

—Soy implacable, señor caballero, y pagais con harta crueldad

el tierno afecto de una dama..... No culpo vuestro corazon; culpo el caracter y preocupaciones de vuestra raza, que os obligan á ahogar con mano de hierro las inclinaciones naturales del hombre.... Perdonadme como yo os perdono.....

En aquel momento oyóse un pequeño golpe dado en la puerta de la cámara; Teodeta se dirigió á ella, la abrió cautelosamente, y cambió algunas palabras con un eunuco. Luego lanzó sobre el herido una mirada de triunfo, y salió de la estancia cuya puerta cerró tras de sí.

Con paso lijero, la hija de George, atravesó un largo corredor á cuyo estremo habia una pequeña habitacion que podia considerarse como la antecámara de aquella en que se encontraba el herido. Llegada allí, se dejó caer recostada sobre unos cojines de paño de seda, colocados á manera de lecho, é hizo una señal al eunuco que la acompañara para que condujese una persona á su presencia.

A los pocos momentos; el doméstico estuvo de vuelta seguido de una mujer anciana, cuya estravagante vestimenta, la espresion de su semblante, y la ridícula majestad de su paso y movimientos manifestaban bien á las claras su profesion de nigromántica.

—Acercaos—dijo Teodeta á la hechicera que se habia detenido en medio de la estancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, derecha é inmóvil como una columna.

La anciana obedeció llegándose con paso lento y acompasado hasta colocarse á muy corta distancia de la dama. Esta hizo con todo su cuerpo un movimiento, cual si esperimentara una sacudida nerviosa, hija del supersticioso temor con que eran mirados estos séres tan temidos como solicitados por la nobleza y el pueblo de aquella edad semi-bárbara, empero recobrada instantáneamente, la preguntó con voz tranquila.

—¿Me conoceis?

—No, noble señora, —contestó la anciana sin mirar á su interlocutora; si bien sus lábios se plegaron imperceptiblemente con una maliciosa sonrisa,—he por costumbre no preguntar jamás el nombre de la persona que ha menester de mi ciencia.

—¿Sabeis donde os encontrais?

—Tampoco, señora, porque vuestros criados me condujeron á esta morada con una venda puesta sobre los ojos.

—Pero vuestra ciencia ¿no os enseña á conocer las cosas ocultas?

—Si es menester para el conjuro, sí; sino, nó; porque yo no se lo pregunto.

—Os engañais; no sois mandada venir aqui para hacer ningun sortilegio ni adivinanza; pues nada, pesiami, podrias decirme que ya no sepa.

—Mandad cuanto sea de vuestro agrado y de mi ciencia.

—Ha dias que se habla de vos en Constantinopla como de una sábia nigromántica y profesora hábil en la filosofia hermética; dícese que practicais actos preternaturales, adivinais arcanos consultando los astros é invocando los espíritus malignos, y componeis filtros y brebajes para curar las enfermedades del cuerpo y las dolencias del alma.... Esta parte de vuestra ciencia es la que he menester, y para hacer uso de ella os mandé venir aquí.

La anciana se despojó de la actitud inspirada y misteriosa que hasta entonces conservara, y tomando el tono cariñoso é insinuante del médico que procura captarse la entera confianza del enfermo, á fin de inspirarle ciega fé en los recursos de su ciencia, dijo á la dama:

—Comprendido lo he asi de las palabras de vuestros escuderos, y vengo bien prevenida para serviros en cuanto soliciteis de mi.

Alentada Teodeta por la bondosa espresion del rostro de la hechicera, la dijo bajando la voz:

—Teneis algun filtro de virtud pronta é infalible para inspirar amor?

—Sí, noble señora.

—Cuya influencia en la persona, sea tal, que su sangre se inflame en el momento en que haya hecho uso de él?

—Sí, noble señora.

—Mostrádmelo pues.

La anciana sacó del seno un pequeño pomo de estaño tapado con cera enrojecida con cinabrio nativo, y lo presentó á la dama.

—Bien,—dijo Teodeta cuyos ojos brillaron con una indecible espresion de júbilo; y despues de haberlo contemplado con anhelante curiosidad, continuó:—ora esplicadme el modo de usar de él.

—Adobad con este filtro un cubilete de vino de Chios, y dadlo á beber á quien querais; segura de que quien lo tome sentirá un violento amor hácia quien lo dá.

—Fácil es el remedio...., Mas decidme ¿nó hay peligro alguno en el uso de tan prodijioso brebaje?

Muy mucho, señora; pues si no ha cuidado, el gozo puede tornarse en luto, y las ternezas del amor en las agonias de la muerte.

—Qué es ello, pues?—esclamó Teodeta sobresaltada.

—Es un filtro hecho con el jugo de la adelfa oriental, y el de las flores rojas de una planta que nace entre la humedad de los escombros y que madura con los rayos del sol de julio.

—Luego, es una ponzoña!—prorrumpió Teodeta arrojando con horror el pomo sobre la alfombra.

La anciana lo recojió con presteza del suelo, y dijo sonriendo irónicamente.

—No me habeis comprendido..... El filtro dá la muerte cuando se quiere que la dé; cuando no, solo es el brebaje de amor.... Usanle mucho los árabes de quien lo aprendí.

Estas palabras hubieron de disipar el terror de la dama, que preguntó con apacible sonrisa:

—Sois española?

—No, noble señora,—replicó la anciana con presteza y volubilidad, sin duda para ocultar el sobresalto que aquella pregunta la habia causado,—soy italiana, del reino de Nàpoles y de su ciudad principal.

—¿Con qué ocasion os hallais en Constantinopla?

—Siempre hube deseo de estudiar todos los secret osde la ciencia que profeso; y sabiendo que en el Oriente nació, aproveché la ocasion de la jornada de los españoles al Asia, y embarqueme con ellos para andar el Egipto y la India donde moran los ginosofistas, que me pueden enseñar los misterios de la naturaleza.

—Quereis bien á los compañeros de vuestra vida vagabunda y aventurera?

—Como la luz á la oscuridad; como la ciencia á la barbárie.

—Dadme el filtro,—dijo Teodeta arrebatando el pomo de la mano de la anciana con un movimiento de impaciencia.—Hora decidme como he de hacer con él para que solo sea bebida de amor.

—Haced, señora, como os dije poco ha.

—Cuanto tiempo tarda en manifestar su virtud?

—Poco, pues quien lo bebe queda luego á duerme y vela; postrado, sin fuerzas, oscurecida la razon, y contemplando allá en su mente visiones amorosas que le enajenan y le ponen á la merced de quien le hace el hechizo.

—Oh!—esclamó Teodeta cuyo corazon ébrio de placer palpitaba con estraordinaria violencia,—si decis bien, buena mujer, he de daros tanto oro como nunca habeis soñado....! Decidme presto como he de adobar el vino.

—Basta poner en él algunas gotas del maravilloso filtro.

—Pero cuantas han de ser? pues habeis dicho que puede tornarse en ponzoña.

—Tantas como lo permitan la edad, la robustéz y el estado de quien lo haya de tomar.

—Es jóven, hermoso, recio como un español; mas está herido en la cabeza.

Al oir estas palabras, el rostro de la anciana se cubrió súbitamente de una palidéz mate, y sus facciones se contrajeron, permaneciendo silenciosa y fija la mirada en el semblante de la dama.

Tanta turbacion sorprendió á Teodeta, quien no pudiendo sospechar ni remotamente el oríjen de ella, la atribuyó al temor que concibiera la hechizera de ocasionar la muerte con el brebaje. Alarmada con este pensamiento, púsose en pie, y tomando por una mano á la anciana la dijo.

—Ha peligro de muerte para el herido?

—Noble señora,—contestó la interpelada haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar su inquietud—si está herido en la cabeza y ha perdido mucha sangre, catad lo que haceis, pues podria perder el seso y tornarse demente.

Teodeta permaneció durante un momento silenciosa y en actitud reflecsiva, y luego esclamó con resolucion:

—En este caso, venid conmigo; ecsaminareis su herida, pues mostrais entender de esto, y si no ha peligro de ello prepararemos entre las dos el brebaje.

Esto diciendo, se dirijió con paso precipitado hácia la cámara del herido, seguida por la anciana.

Cuando entraron, la hechicera se quedó arrimada á la puerta á fin de poner concierto en sus ideas y prepararse para recibir la sorpresa que presentía, temerosa de comprometer su situacion con una involuntaria imprudencia. Teodeta corrió hacia el lecho, habló en voz baja con el herido, le ayudó á incorporarse, y luego hizo una señal con la mano previniendo á la anciana qne podia aprocsimarse. Esta obedeció con paso vacilante, y cuando estuvo cerca del enfermo se paró inmóvil y mirándole con desencajados ojos.

—Ugo! murmuró la hechicera desde el fondo de su corazon.

—Wilda! dijo el herido; pero con acento tan leve que apenas

movió los lábios, ni aun llegó á su propio oido el susurro de su esclamacion.

Teodeta nada advirtió, ocupada como estaba en levantar la benda que envolvia la frente del almogavar. Cuando hubo terminado y puesto á descubierto la herida, esclamó dirijiéndose á la anciana:

—Ved, y decídme que debo temer, y puedo esperar....!

Wilda puso sus trémulos dedos sobre aquella cabeza tan querida, inquirió con angustiosa mirada los estragos de la herida, y sin duda debieron parecerle poco temibles cuando esclamó, alzando el rostro en el que se veia brillar la espresion de un gozo inefable que le hizo olvidar el papel que estaba representando.

—No es nada! Gracias Dios mio!!—y volviéndose hácia la dama continuó:—La herida no es profunda... pero ha habido gran pérdida de sangre, porque los anillos del camal destrozaron la carne de la cabeza.... Mas ha sido el dolor y atolondramiento del golpe, quien le dejó como muerto, que lo que penetró el filo de la espada en su frente.

—Luego ¿no ha peligro en darle el brebaje?—esclamó Teodeta con loca alegría, é incapaz de moderar los ímpetus de su desordenado amor.

Estas palabras hicieron volver en sí á la anciana, y la dieron á conocer cuan imprudente anduvo en las suyas, pues con ellas puso al almogavar á la merced de aquella mujer, que le fué sospechosa y temible desde el momento que pudo conocer quien era el objeto de su desenfrenada pasion. Así que, se recojió en sí misma para buscar un medio de conjurar el peligro en que se encontraba Ugo. Trascurrido un corto momento de reflecsion, contestó á la dama que esperaba con visible ansiedad su respuesta.

—Señora, no lo hay; mas he menester, para mayor seguridad, darle en la herida con un bálsamo, y luego hacer una corta oracion para deshacer el maleficio si lo hubiere.

—Haced lo que querais; mas hacedlo pronto—dijo la impaciente masajeta.

Wilda sacó con presteza de su faldriquera un tarrito de barro que contenia una materia vizcosa, á manera de ungüento; tomó una pequeña porcion con la punta de un dedo, é hizo ademan de estenderlo sobre la herida de Ugo; luego volvió á bendarle la cabeza, le obligó á recostarse sobre los almohadones, y le recomendó la quietud. Terminada esta primera parte de la cura, se arrodilló á

la cabecera del enfermo, levantó los ojos y los brazos al cielo, y dió principio á media voz á una finjida oracion pronunciada en jerga bárbara, que Ugo escuchó con religioso silencio, y que comprendió por ser dicha en el dialecto usual entre los almogavares catalanas.

La oracion decia así:

Ugo, hijo mio, no fijeis en mí los ojos ni hagais movimiento alguno. Catad que estais en manos de la hija del general George, que os quiere, y puede haceros grande mal. Avisaré á los nuestros para que os saquen de esta morada, si es qué mañana no vos dejan libre de tornar con nosotros..... Entre tanto, ruégovos por Nuestra Señora Santa María, que no comais ni bebais nada de cuanto vos den. No vos fieis de las añagazas de esta mujer liviana, por que seria vuestra perdicion; usad de cautela y esperadlo todo de Dios y de mí.

Dicho esto, Wilda se levantó y salió de la estancia sin volver la cabeza, en seguimiento de Teodeta.

Pocos momentos despues, la hija de George regresó trayendo en la mano una pequeña bandeja de oro, y en ella una copa cincelada del mismo metal. La palidez de su rostro habia desaparecido, y en vez de esta tinta melancólica, veíanse coloreadas sus mejillas y frente con el mas vivo carmin; sus grandes y negros ojos brillaban con la llama del placer sensual, y su flecsible y musculoso cuerpo tomaba formas de una perfeccion ideal iluminado por la tibia luz de la lámpara que alumbraba la estancia. Llegóse al lecho de Ugo, y con voz trémula pero cariñosa é insinuante le dijo.

—Tomad, mi hermoso caballero; esto vos tornará la fuerza y la salud, y podreis volver pronto con los vuestros.

Ugo asió la copa; mas no la llegó á los labios.

Teodeta se sentó sobre el lecho tomando una amorosa actitud que puso de relieve las graciosas formas de su flecsible cuerpo; pasó el desnudo brazo en derredor del cuello del almogavar, y le ayudó á incorporarse oprimiéndole suavemente contra su palpitante seno.

Ugo levanto la copa á la altura de su boca, miró el contenido, lo olfateó y dijo, presentándola á Teodeta.

—Tomadla, señora, yo no puedo beber esto.

—Porqué?—preguntó la dama mirando con recelo al almogavar.

—Porque este vino está adobado, y pudiera hacerme mal.

—Adobado, sí; pero con yerbas saludables para haceros recobrar la salud.

—Os engañais; lo está con plantas ponzoñosas que pudieran tornarme el seso.

Teodeta se desvió de Ugo llena de asombro, y mirándole con ojos atónitos, esclamó.

—Quién os pudo sujerir tan malicioso engaño?

—Olvidais que soy almogavar y que es comun entre los de mi raza el conocimiento de las hechizerías?

—Pero estais desvariando, señor Caballero,—dijo Teodeta con acento angustiado al ver que un destino inecsorable la arrebataba de los labios la copa de la felicidad; y continuó despues de una breve pausa—Hechizería, dijísteis....? Yo no intento tan fea cosa, sino devolveros pronto la salud. Y al decir esto, inclinó la cabeza para besar en la frente á Ugo.

El jóven se desvió con presteza, y arrojó violentamente la copa en el suelo.

El rostro de la masajeta se cubrió de una lividéz cadavérica; sus facciones se contrajeron como las de un desgraciado que se vé amarrado á un poste sobre una hoguera, y siente el humo y las llamas envolver su cuerpo.

Herida por este nuevo ultraje que le arrebataba el último átomo de esperanza, se arrojó fuera del lecho y quedó en pié haciendo ondular su flecsible cuerpo y dirijiendo al almogavar miradas sombrías y delirantes. Parecia una jóven y hermosa leona pronta á arrojarse sobre su presa en la estacion canicular.

Ugo sintió deslizarse en su corazon un vago é indefinible temor, que le hizo presentir una catástrofe que su imaginacion no acertaba á comprender ni menos á conjurar.

El vértigo de Teodeta pasó con la rapidez del relámpago; pero su enconado despecho subsistió ecsasperando sin tregua su nerviosa naturaleza. Fuera de sí con esta última afrenta, que le revelaba definitivamente el caracter resuelto y la virtud del hombre que la despreciaba, sintió trocarse en ódio su amor, y en sed de venganza su sed de deleites. Con voz enronquecida por la sobrescitacion de su poderoso temperamento, esclamó, cruzándose de brazos y plegando las estremidades de sus finos labios con un jesto de aversion y desprecio.

—Mala ventura habreis, mal caballero, por la burla que hicísteis de mí.....! Yo os enseñaré lo que puede una mujer deshonrada sin compensacion; y lo que merece quien como vos me afrenta y

me dá con el pié.....! Preparaos, pues dentro de pocos momentos tendreis que dar cuenta á Dios.

—Deteneos!—esclamó Ugo al ver que aquella furia se disponia para salir de la estancia—y cuidad que la vida de vuestro padre y de todos los vuestros responderán de la mia.....! Catad que por cada gota de mi sangre que derrameis, mis almogavares harán correr un rio de la vuestra; y la ciudad de Constantinopla se tornará en un campo de batalla como aquel del cual en mal hora me sacásteis!

—Estais demente—replicó Teodeta acompañando sus palabras con una feroz sonrisa de triunfo—¿Sabeis que solo Dios y el jefe de mis eunucos tienen conocimiento de que vos hallais aquí? Ignorais que los vuestros os dejaron sin vida en el Augusteo, y que solo á los genoveses pedirán cuenta de vuestra muerte!....

—Os engañais, señora—gritó Ugo con ecsaltacion—sabed que mañana antes que empiece á alborear mi hueste toda sabrá el lugar en que me encuentro.....

—Delirais....?

—No deliro, señora..... ¿Sabeis quién es la hechicera que poco ha me curó la herida?

—Quién!—esclamó Teodeta aprocsimándose con vacilante paso al lecho.

—Quién? Wilda, la dueña de mi padre adoptivo, la que muy en breve habrá pregonado el yerro que se me hace....! Y si mañana no torno á mi alojamiento, vendrán los mios á buscarme, y si no me hallan, tened por seguro que no dejarán hombre vivo ni piedra sobre piedra deste alcázar.....

Teodeta se cubrió el rostro con ambas manos, y cayó arrodillada junto al lecho exhalando un doloroso grito.

Trastornada por la revelacion y terrible amenaza que hiciera el almogavar, la hija de George quedó silenciosa revolviendo en su mente mil pensamientos inconexos, que despues de todo la dieron á conocer la derrota de su amor y la imposibilidad de llevar á cabo su venganza sin oprobio. Reconocida la impotencia en que se hallaba, su febril enerjía vino por tierra á impulsos del temor y de la debilidad de su secso; la razon volvió á recuperar el puesto que habia perdido en su alma; midió con ella el espantoso abismo en que hubo de precipitarla la exacerbacion de sus pasiones y lloró de despecho, de amor y de arrepentimiento. Sin embargo, no quiso abandonar el campo sin poner en ejecucion un pen-

samiento que la desesperacion le habia sujerido en el mismo instante en que sintió escapársele de entre las manos la última esperanza de satisfacer su amor.

En su consecuencia se levantó del suelo, y con una mano puesta sobre el pecho y la otra sobre los almohadones esclamó con voz desfallecida:

—Todavia estais en mi poder, señor caballero; y yo haré de modo que no me seais arrebatado. Solo un ser en el mundo puede contrariar mis deseos; y ese, por su mala ventura, lo acabais de nombrar..... Yo haré que detengan sus pasos, y que pongan un sello en su boca que impida á su lengua publicar mi deshonra, y dé ocasion para que vuestros valedores os saquen de aquí.....

—No hareis tal....!—prorumpió Ugo, que habiendo adivinado la intencion que envolvian las palabras de Teodeta, la asió con fuerza por una muñeca y frustró su tentativa oblígándola á permanecer en la estancia.

Sorprendida la dama é indignada al verse tratada de una manera tan descortés por quien ella reconocia por un cumplido caballero, esclamó con voz en que se traslucia un sentimiento de terror:

—Teneos! y cuidad que solo á un villano le es dado poner la mano sobre una dama.

—Denostadme si os place—replicó Ugo con resolucion—mas no lograreis que deje á Wilda á la merced de los palos y puñales de vuestros criados..... en tanto no la crea libre de vuestro enojo, no os separareis de mi lado.

Teodeta quiso responder; mas la sombría espresion que vió brillar en los ojos del adalid, la dió á conocer que serian vanos todos sus esfuerzos. Así que, inclinó la frente y se resignó á devorar en silencio este último ultraje.

En esta actitud permanecieron los dos jóvenes por espacio de una hora, silenciosos y sin osar levantar los ojos el uno sobre el otro.

Trascurrido este tiempo, Ugo abandonó la mano de la dama, que la retiró lentamente exhalando un suspiro y retrocediendo hasta el medio de la estancia. Luego, esclamó con palabras entrecortadas por la desesperacion y angustia que destrozaban su pecho:

—Señor caballero...,. gozaos en la humillacion de una dama, á quien tratasteis tan sin piedad.....! Estais libre..... podeis marcharos cuando querais..... yo daré órden para que os conduzcan fue-

ra de esta morada..... Solo os pido el secreto sobre cuanto ha pasado aquí..... y que me concedais, ya que otra cosa no sea, un lugar en vuestra memoria, y el cumplimiento de vuestro ofrecimiento..... Puesto que no quiere el cielo que seais mi amante, sed al menos mi caballero, y pueda yo contar, cuando lo haya menester, con esa espada que se ofreció á mi servicio.

Conmovido Hugo por las palabras de Teodeta, y mas que nada por el hondo pesar que vió retratado en su semblante, dió al olvido todos sus resentimientos, y juró de nuevo á la dama eterna gratitud, y la promesa de lidiar por ella donde y cuando la ocasion lo requiriese.

La hija de George, la altiva y desenfrenada masajeta salió de la estancia dejando en pos de sí el eco de los sollozos que exhalaba su martirizado corazon.

XIII.

Vuestro capitan va preso
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Vive Dios, que hemos de entrar,
Aunque la córte se oponga
En arma en la cárcel misma,
Si la suerte rigurosa
Impide que le alcancemos.
ALARCON.—*El tejedor de Segovia.*

Mas como faltos de caudillo
Que los incite y los llame
Deshácense los corrillos
Y su motin se deshace:
Romance morisco.

La enemistad de los genoveces y españoles, estuvo á punto de producir un rompimiento, y en su consecuencia una declaracion de guerra entre la soberbia República y el inerte imperio de Bizancio.

Ante la perspectiva de la afrenta recibida; ante el grito de agonia de las víctimas que demandaban venganza, el espíritu mercantil de los súbditos de la *Señoría* cedió para dar lugar al justo deseo de demandar cumplida satisfaccion del agravio; aunque debiera producir una guerra desoladora, en la cual ambos páises tenian que perder por partes iguales.

Los genoveses no creyéndose ya obligados á guardar considera-

ciones con un príncipe á quien, sin razon, acusaban de ser causa del sangriento descalabro que su loca temeridad les originó; y temiendo que el buen éxito del primer ensayo de las armas de los españoles, alentase á tan valientes soldados para intentar nuevos ataques contra su poder y riqueza; al par que presentian el ensoberbecimiento de Andrónico, al ver que la Providencia habia puesto en sus manos un instrumento para vengar todas las humillaciones que recibia un dia y otro de Génova, resolvieron de comun acuerdo pedir ejecutivamente al emperador una pública reparacion, ó en su defecto declararle la guerra.

En su consecuencia, reunidos en asamblea los magistrados, comerciantes y capitanes de Pera, acordaron enviar á Andrónico en solemne embajada, al *Rector* del pueblo y al *Podestá*, para los fines que se habian propuesto. Así como tambien despachar mensajeros á todas sus colonias y factorías del Euxino y el Archipiélago, para que se pusieran en armas, y al Gobierno supremo de la *Señoría* para darle noticia de lo ocurrido y cuenta de la estrema resolucion que se habian visto obligados á tomar, con el objeto que les fuese enviada una armada bastante numerosa para protejer su comercio y empezar las hostilidades, dado caso que la guerra se hiciese inevitable.

Estos acuerdos fueron tomados por los miembros y vocales del Consejo, durante la noche que sucedió al dia de la refriega. Al siguiente, á hora de medio dia, Andrónico recibió á los enviados genoveses, quienes olvidados de todo miramiento no escasearon las amenazas, ni se mostraron parcos en pedir humillantes satisfacciones.

Asustado el débil emperador al considerar la tormenta próxima á estallar sobre su cabeza, tormenta hecha mas temible en vista de las crecientes é incontrastables invasiones de los turcos; de la union que en pocas horas se habia establecido entre genoveses y venecianos, aunados por la mancomunidad del peligro, y de lo dispuestos que se manifestaban los masajetas para apoyar las pretensiones de los italianos, arrastrados por su general George; no supo colocarse á la altura de las circunstancias, que si bien eran críticas, le brindaban una ocasion favorable para poner coto á la desmedida codicia de sus auxiliares, toda vez que podia contar en aquella ocasion con las armas de los españoles, y entró en negociaciones depresivas para su corona con los magistrados de Pera.

Tres dias duraron los mensajes y las conferencias entre el ga-

binete imperial y los prohombres genoveses. Apesar de las protestas de fidelidad y obediencia de los capitanes españoles, que tuvieron frecuentes entrevistas con el emperador, yapesar de los juramentos que le hicieron de sacrificarse todos hasta el último soldado por salvarle de la humillacion que Génova queria imponerle, triunfó la soberbia altivez de la *Señoria*, y fué decidido, en la última conferencia, que los soldados de Aragon saldrian dentro de tres semanas, á mas tardar, para emprender la campaña de Asia, reforzados con veinte mil soldados del Imperio; que Génova adelantaria el dinero necesario para hacer los aprestos de la jornada; que el tesoro imperial pagaria la indemnizacion pecuniaria, que fué convenida, á las familias de los soldados genoveses muertos en la última refriega, y finalmente, que el emperador cederia á la República de Génova un terreno, que desde mucho tiempo atrás codiciaba, situado en la orilla del Bósforo, para fundar en él una nueva colonia.

Firmado el concierto, púsose en conocimiento de los capitanes españoles la parte que hacia referencia á ellos, á fin de llevar á cabo con celeridad la ejecucion de las capitulaciones.

Indignados los caudillos aragoneses, al verse sacrificados tan sin miramientos por la debilidad del emperador á las ecsijencias de Génova, se reunieron, la noche del dia en que les fueron comunicados los términos del convenio, en el palacio de las Blanquernas, morada de Roger; no para resistir tan tiránica órden, como en un principio les aconsejara su dignidad ofendida, sino para discutir los medios de ponerla en ejecucion con el menor detrimento de sus intereses.

Roger, Rocafort, Corbaran de Lahet, Jimenez de Arenos, Fernando Ahones principales cabezas de la empresa, y Ramon Montaner como escribano, reunidos en consejo de guerra, despues de haberse lamentado de la injusticia que se les inferia, haciéndoles responsables de un deplorable acontecimiento en el que ellos no fueron agresores sino obligados á defenderse de un enemigo solapado y desleal, entraron á discutir de lleno lo mas conveniente á su seguridad y buen éxito de la jornada que iban á acometer.

Acordaron, puesto que se les habia ofrecido por el emperador, en vista del corto número de sus soldados, un cuerpo de doce mil griegos, otro de seis mil masajetas y dos mil búlgaros para reforzar su hueste, ser conveniente para su seguridad, que el mando en gefe de todas las tropas recayese en Roger de Flor; que los otros

capitanes conservasen el de las suyas propias, admitiendo solamente en calidad de auxiliares los estrangeros que se les agregasen; que las compañías almogavares no fuesen repartidas entre las diferentes divisiones de la hueste, sinó que formasen un solo cuerpo bajo las órdenes de Corbaran de Lahet, que habia de ser nombrado Senescal, quien no deberia obedecer mas que á las que le fueran comunicadas directamente por el principal caudillo, con objeto de tener siempre disponible una fuerza respetable y veterana para acudir á cualquier eventualidad; y que habian de llevar por guia las banderas de Aragon y de Sicilia en memoria de sus reyes, y porque el ejército las tenia por invencibles. Finalmente, reconociendo cuan necesario era para su seguridad, que la armada estuviese siempre pronta para llevarles socorros ó facilitarles la retirada, convinieron en que el mando de esta se diera á Fernando Ahones; pues de esta manera se verian á cubierto de los graves daños que pudieran sobrevenirles si la ruindad ó malicia de un almirante estranjero los abandonaba en el momento en que mas hubieran menester del auxilio de las naves; y terminaron el acuerdo, resolviendo que, si el emperador se negaba á acceder á sus peticiones, entenderian que habia intencion de perderlos; en cuyo caso se creerian libres de sus compromisos, abandonarian el servicio del emperador y se reembarcarian en la armada que los habia traido á Constantinopla, haciendo de sus personas y soldados lo que mas fuera de su agrado.

Apesar de la conformidad de pareceres la discusion duró toda la noche y se prolongó hasta las primeras horas de la mañana siguiente. Cuando estuvo definitivamente terminada, los capitanes españoles se concertaron para ir al siguiente dia al palacio de Constantino con el objeto de hacer presente al emperador sus deseos; é iban á retirarse, no teniendo ya mas puntos de que tratar, cuando se presentó de improviso en medio de la reunion, Martin de Logran, cubierto de todas armas y con visibles muestras en su semblante de sobresalto, y haber hecho diligencia por llegar pronto.

Alarmados los caballeros le preguntaron la razon de su cuidado, á lo que él satisfizó refiriendo como, desde las primeras horas de la mañana se habia notado gran movimiento en los alojamientos de los almogavares, que se reunian todos en armas con intento de acudir en tumulto al palacio de las Blanquernas, lo cual sabido por él, habia prevenido á los caballeros y cabos inferiores del ejército, que reuniesen los hombres de armas y caballos lijeros y llegasen haciendo dili-

jencia para protejer la persona de en Roger de Flor, adelantandose antes que otro alguno á dar cuenta de la novedad para que se tomasen en el palacio las disposiciones convenientes.

Grande fué la sorpresa que tuvieron los capitanes al oir tan terrible nueva, que los dejó absortos durante algunos momentos sin acertar á tomar consejo sobre lo que convenia hacer. Sacólos de su pasmo el sonido de algunas trompetas y el ruido que producian tropeles de caballos que corrian á toda rienda por la plaza de las Blanquernas. Asomáronse á las ventanas y vieron con indecible satisfaccion, que eran los hombres de armas y jinetes que acudian á formar delante del palacio teniendo sus cabos á la cabeza.

De alli á poco, y cuando se disponian para salir á informarse de la causa del alboroto, vieron desembocar por las calles vecinas numerosos grupos de almogavares, los cuales, al observar la actitud de defensa en que estaba la posada de Roger de Flor, se detuvieron, engrosándose por momentos en medio de la plaza. A los pocos momentos vieron abrirse la apiñada masa de los almogavares para dar paso á tres soldados que llevaban casi arrastrando á una anciana muger. Llegáronse al atrio del palacio, y despues de una pequeña briega habida con Pedro de Oros, que se opusiera á su paso, lograron penetrar en el vestíbulo; y habiendo solicitado y obtenido la venia de Roger, se presentaron en la estancia donde se hallaban reunidos los caballeros.

Eran Tallaferro, Cap de Estopa, Coll de Cabrills y la anciana Wilda.

Al verlos en su presencia, Roger dió dos pasos hácia ellos, y con jesto sañudo y acento breve é imperioso, esclamó:

—Qué es esto, hombres malos!.... Parécevos poco ruin el daño que hicisteis en la asonada de hace tres dias, que os ayuntais de nuevo para poner en peligro nuestra honra y opinion? ¡Juro por Nuestro Señor Dios, que os mando descabezar á todos si poneis mano á la espada en tanto no estemos del otro lado del mar.

Tallaferro abrió la boca y la volvió á cerrar dejando oir por toda contestacion un gruñido de mastin; Coll de Cabrills, se puso horriblemente vizco, y permaneció silencioso; y en cuanto á Cap de Estopa, se contentó con sacudir su espeso cabello á la manera de un leon que dá al viento su larga melena.

Estimando Roger el silencio de los almogavares como una prueba de hallarse ya arrepentidos del intento temerario que los habia llevado á su morada, continuó, suavizando el tono para dar aliento á los soldados:

—Qué intentais? hablad y sabremos si lo que pedís os puede ser otorgado.

Tallaferro hizo un violento esfuerzo y contestó:

—Señor; los almogavares piden á su adalid Ugo.

—Menguados—replicó Roger cuyo semblante se cubrió de un velo de tristeza—venís á pedirme un muerto.....? Id á demandárselo á los que lo mataron en el Augusteo.

Estas palabras produjeron un efecto mágico en el ánimo de los almogavares y les devolvieron la resolucion que el enojo de su caudillo les hiciera perder.

—Dadnos vuestro permiso—esclamó con desparpajo Cap de Estopa—y, por nuestra dona Santa Maria, que habremos á Ugo..... ó por Ugo la cabeza de una buena pieza de genoveses.

—Estais endiablados, malvadas gentes!—dijo Roger—si es muerto ha tres dias ¿cómo lo habeis de tomar?

—Tomarémoslo, pesia tal—replicó el soldado—aunque tengamos por ello que poner á saco la ciudad de Pera.

—Otra vez!—gritó Roger.—Traidores! es vuestro intento que ninguno de nosotros salga vivo de esta malhadada empresa?

Rocafort cuya paciencia estaba ya apurada, esclamó terciando en la conversacion.—¿Están mis compañias con vosotros?

—Sí, señor caballero.

—Pues voy á mandar venir mis adalides, y sabráse si tenemos á sueldo nuestro, soldados leales, ó rebeldes y foragidos.

—Soldados leales, señor,—esclamó Tallaferro—y no traidores son los almogavares, pero cuidad que todos estan con nosotros para la demanda.

—Pero no sabeis la desventurada ocasion que le vino?

—Sí sabemos, mas tambien que está sano de la herida y que agora está en muy mayor peligro que cuando lidiabamos en el Augusteo.

En aquel momento una plegada cortina de seda que cubria una puerta abierta en el fondo del salon, se agitó cual si una persona estuviera oculta detras de ella; mas ninguno de los presentes lo advirtió, preocupados como se hallaban con la cuestion de los almogavares.

Sorprendidos los caballeros del estraño misterio que encerraban las razones de Tallaferro, y particularmente Corbaran de Lahet, que permaneciera distraido hasta que el nombre de Ugo fuera pronunciado, pre-

guntaron todos á la vez al almogavar el enigma que envolvian sus palabras.

Agradecido Tallaferro á las inequívocas señales de interés que manifestaban todos los caballeros por la suerte de su hijo, contestó, mirando uno por uno el rostro de los capitanes como para agradecerles sus cuidados.

—Vuestras mercedes sabrán, como estando hace tres dias, todos los almogavares llorando sin consuelo la mal aventura del mejor adalid que nunca tuvimos..... el de los hechos mas esclarecidos..... Otrosí, jurando cada uno de henchir su zurron de orejas de genoveses para tomar cumplida venganza de la muerte que le dieron, vino aina á la madrugada esta cuitada muger á mi alojamiento, y me dijo, que la noche pasada habia visto á Ugo, bueno; mas que corria gran peligro de muerte por tenerle preso los enemigos. Preguntéla donde se hallaba para ir á salvarle, y no lo quiso decir. Salíme de mi posada despechado á recorrer los cuarteles y á dar la nueva á los almogavares, que en poco tiempo se pusieron en armas y vinieron á mi alojamiento para preguntar á Wilda donde estaba Ugo. E ni por amenazas, ni por golpes que la dieron fué posible saber de ella otra cosa, sino que lo diria á vos, que como capitan de la hueste sabria tornar con prudencia por él, como cumple. Por ende venimos á vos para ver de ponerlo en libertad lo mas presto que ser pueda.

Esta sencilla narracion tranquilizó á los capitanes mostrándoles el poco quebranto que por tan liviana ocasion podia sobrevenir al ejército. Con deseos de hacer cesar cuanto antes la alarma que la reunion de los almogavares debia haber producido en la ciudad, Roger interrogó á Wilda que durante el diálogo anterior habia permanecido silenciosa, sobre el paradero de Ugo. La anciana refirió entonces su visita de la noche anterior al palacio de Megale, (ocultando el verdadero objeto para que habia sido llamada por Teodeta) para atender, segun dijo, á la curacion de un herido, en el cual reconoció á Ugo; y que la inquietud que habian concebido procedia únicamente de la enemistad que comenzaba á reinar entre españoles y masajetas, por cuya razon se habia negado á descubrir el paradero del adalid, temerosa de que los almogavares intentasen asaltar el palacio y fuese esto causa de que los guardadores de Ugo le diesen muerte.

Cuando la hechicera hubo terminado de hablar, Corbaran de La-

het se ofreció para ir en persona á la morada del general George en busca del adalid.

Los capitanes aplaudieron la generosa resolucion del rico-hombre catalan, y despidieron á los almogavares, que ébrios de gozo al saber que muy pronto se reunirian con Ugo, pidieron la gracia, que les fué otorgada, de besar la mano á los caudillos de la hueste.

Empero otra satisfaccion mayor les estaba reservada para antes de salir del palacio de las Blanquernas. Disponíanse á abandonar el salon, cuando se vieron detenidos por un estrepitoso vocerío que se levantó por todo el ámbito de la plaza. Sobresaltáronse en el primer instante, mas luego se sosegaron cuando en medio del rumor escucharon el nombre de Ugo, pronunciado entre vivas y ruidosas palmadas. No menos sorprendidos que los almogavares, los caballeros se llegaron á las ventanas, desde donde vieron al adalid dirigirse á caballo hácia el palacio, rodeado de una muchedumbre de soldados que le victoreaban con entusiasmo; y tanto se apiñaban por verle y tocar su vestido, que ínterceptaban el paso á su corcel.

Roger, hizo una seña con la mano al doncel invitandole á entrar; y pocos minutos despues el adalid se hallaba en presencia de los caballeros. Traia en el semblante impresa la huella del dolor; sus negros y aterciopelados ojos rodeados de un cerco azulado se destacaban sobre la pálida tinta que bañaba sus mejillas, y por bajo del birrete que cubria su hermosa cabeza, veíase asomar la benda que sujetaba su herida.

Al entrar, tomó una mano de Roger que beso con respetuoso cariño; y despues de saludar y recibir las felicitaciones de los demas capitanes, y haber estrechado la que Corbaran le ofreciera, se arrojó en brazos de Tallaferro, cuyos ojos garzos se llenaron de lágrimas en tanto que le estrechaba contra su pecho, y que con su callosa mano acariciaba dulcemente la negra cabellera de su hijo. La pobre Wilda, anegada en llanto de júbilo, se dejó caer á los pies del adalid, y mientras este abrazaba á su padre y sonreia á Cap de Estopa y á Coll de Cabrills, ella, la infeliz que tanto le quería, se contentaba con besar sus rodillas y la cortapisa del brial de su juboncillo de manga perdida.

Pasados los primeros momentos destinados á dar entera espansion á la álegria que rebosaba en casi todos aquellos corazones, Ugo, á peticion de Roger, refirió las particularidades de su estancia en el

palacio de Megale, guardando la misma reserva que Wilda en punto á lo ocurrido con la hija de George. Luego contó, como habiendo salido á la madrugada de él, tuvo noticia, al llegar á su alojamiento, de lo que intentaban los almogavares; lo cual le obligó á montar á caballo para ver de sosegar la escitacion de los ánimos con su presencia, llegando asi hasta el palacio de las Blanquernas.

Con la presencia del adalid cesó la inquietud de los turbulentos soldados, que abandonaron la plaza y se tornaron regocijados á sus cuarteles, seguidos de los hombres de armas y caballos lijeros de la hueste; satisfechos todos del feliz é inesperado desenlace que habia tenido el suceso de aquel dia.

Tallaferro, Coll de Cabrills, Cap de Estopa y Wilda fuéronse á reunir con sus amigos y camaradas para hablar de Ugo, y ayudar á la alegria de aquellos valerosos y leales veteranos.

Ugo permaneció en el palacio de las Blanquernas, convidado por Roger á tomar un asiento en su mesa en este dia.

Tan repetidas señales de distincion y tan inequívocas muestras de deferencia prodigadas por aquellos nobles y orgullosos caballeros á un almogavar, necesitan una esplicacion para ser creidas por los que tengan una idea exacta de las preocupaciones de raza y linage de la edad media, durante la cual, el orgullo de las familias y la division de clases, conservaron todavia mucho de las costumbres romanas, que establecian una diferencia monstruosa entre el patricio y lo que una inicua ley llamaba *cosa*.

En aquella edad, en que no existian ejércitos permanentes en las naciones, habia en su defecto grandes compañias de aventureros, que se ponian á sueldo de cualquier príncipe ó rico caballero por el tiempo que se estipulaba. Los soldados de estos cuerpos eran la escoria de la sociedad, y sus capitanes rara vez valian mucho mas que ellos; sin embargo, veíanse honrados frecuentemente por la altiva nobleza, que los despreciaba, pero que tambien los consideraba, porque siendo la guerra el estado normal de aquella sociedad, fuerza era mimar á los que hacian profesion de ella; sobre todo en un tiempo en que el batallar no era una ciencia, sino una série de devastaciones y asesinatos.

Tales fueron en Francia, en el siglo XIV, las grandes compañias

francas, que se pusieron con su gefe Beltran Duguesclin á sueldo de D. Enrique de Trastámara, para usurpar el cetro de Castilla á D. Pedro el *Justiciero*; tales los *Condottieri* que en los siglos XV y XVI levantaban tropas que vendian á las potencias italianas, haciendo un tráfico con la guerra; tales en fin, las célebres compañías almogavares, que ya en el siglo XI ayudaron al Cid y á su primo Alvar Fañez á conquistar los laureles con que adornaron su frente.

Los capitanes de estas compañías eran siempre los hombres de su misma raza que mas se habian ilustrado por su valor y esfuerzo, único título que les franqueaba las puertas del mando; á la manera de los germanos, con quienes los almogavares tenian muchos puntos de contacto por sus costumbres nómadas y guerreras. Como el valor, constancia y endurecimiento en toda clase de fatigas de estos soldados se habia hecho proverbial, los reyes y principales caudillo españoles los tenian en mucha estima, y constituian con ellos la principal fuerza de sus ejércitos. A ellos debió Aragon la conquista de Sicilia; el Cid sus memorables glorias; D. Pedro *dels francesos* sus victorias sobre esta nacion, y D. Fadrique el cetro de Trinacria.

En este concepto, pues, los caudillos españoles de la espedicion á levante, y principalmente Roger de Flor, que en su calidad de estrangero y soldado de fortuna, no debia participar de las inveteradas preocupaciones de la altiva nobleza española, trataron de conciliarse las simpatias y lealtad de los almogavares, toda vez que los estimaban por su número, valor y pericia militar, el elemento indispensable para llevar á cabo las conquistas que proyectaban. ¿Y que medio de mas facil ejecucion para alcanzar sus fines, que honrar aquella milicia veterana é invencible en la persona de su joven caudillo, que habia llegado á ser cabeza de dos mil almogavares aguerridos, los cuales le obedecian ciegamente y se subordinaban como esclavos á el, á pesar de sus cortos años y de que solo los campos de batalla de Sicilia fueran su escuela militar?

Puesto tan importante en aquellos tiempo, lo debia el adalid á su indomable valor, precoz genio militar, y á las tiernas simpatias que despertaba por do quier su gentileza, hermosura y liberalidad; contribuyendo no poco á alcanzarle el prestigio que gozaba, el misterio que envolvia su nacimiento, pues si bien muchos almogavares le creian hijo de Tallaferro, no pocos le daban por padre á Assolf, y los mas ancianos de las compañías afirmaban que era un niño robado, toda vez que recordaban que el verdadero hijo del hermano de Ta-

llaferro, habia sido muerto en una correria hecha en tierra de franceses; este misterio daba lugar á que todos le estimasen de esclarecida cuna, porque solo siéndolo, podian, aquellos toscos soldados, comprender como á tan pocos años se aunaban tantas proezas y tanta nobleza de proceder.

Roger de Flor, que participaba del entusiasmo de los veteranos por el jóven adalid, fundaba en las razones espuestas el aprecio y consideraciones de que tan señaladas pruebas le daba; y esto, no solo por el interés y propia conveniencia, sino tambien movido del agradecimiento que le tenia por el señalado servicio que hiciera á su persona, cuando se vió sorprendido con Corbaran de Lahet en el castillo de la Alicata, en Sicilia, por un cuerpo de tropas francesas; ademas, porque debia a su actividad y prestigio entre las compañias el haber mantenido durante muchos años un crecido cuerpo de almogavares á sueldo suyo, y el haber, finalmente, reunido hasta dos mil para emprender la jornada á Levante; cuando los demas capitanes apenas habian podido, entre todos, atraer igual número á su servicio.

Ugo, pagaba con el mas profundo reconocimiento las mercedes y distinciones que frecuentemente recibia de su capitan, á quien profesaba una especie de culto, habiéndoselo propuesto por modelo. Porque Roger, pobre niño huérfano y casi desamparado desde la cuna como él, supo labrar su propio engrandecimiento á fuerza de perseverancia y prodigios de valor, que le merecieron un lugar distintinguido entre los capitanes mas señalados de su época. Roger de Flor, hechura de sí mismo, no debia ni á su nombre poco esclarecido, ni á privilegio alguno de raza ó de familia el ser caudillo de una hueste memorable y aguerrida, en la que militaban orgullosos ricos-hombres, ni el haber emparentado con el emperador de Oriente; lo debia únicamente á su genio y á sus virtudes militares; y por la misma senda el jóven adalid queria marchar, impelido de una noble emulacion, y resuelto á morir ó conquistar un nombre que hiciera olvidar el estigma que al nacer de una raza mísera y despreciada, la sociedad habia estampado en su frente. Otro aguijon mas poderoso, si cabe en un pecho generoso, que el de la gloria, le escitaba á seguir las huellas de su modelo.—Ugo amaba á Elfa, y era correspondido de ella. Este amor que se ocultaba á las miradas de todo el mundo, era á un tiempo el tormento y la delicia de aquellos dos corazones vírgenes; porque creian en él, si bien nunca se lo ha-

bian confesado mutuamente, ni tenian otra prueba de su ecsistencia mas que esa secreta y viva simpatia que se manifiesta con la mirada, y que nadie ha podido esplicar ni definir. Como y cuando habia nacido ese amor, era un secreto que nunca trataron de penetrar; bastábales saber que existia para creerse felices, sin pretender informarse de su origen. Empero, si sus labios no habian pronunciado una sola palabra que pusiera de manifiesto el tierno sentimiento que abrigaba el corazon, todo se lo habian dicho ya con el elocuente lenguaje de los ojos, que no puede engañar porque es el reflejo de las emociones del alma. Y esto habia sucedido una y cien veces en las embalsamadas playas de Mesina; ya en las funciones religiosas celebradas en la iglesia de santa Maria, ya en la morada del vice-almirante donde Ugo, por razon de su cargo en la milicia almogavar, á sueldo de Roger de Flor, tenia que concurrir con frecuencia; y sobre todo, en las templadas noches, bajo el cielo de amor de Sicilia tachonado de refulgentes estrellas é iluminado por la tibia ley de la luna, cuando Elfa, oculta detras de los vidrios de colores de su arabesca ventana, escuchaba la dulce voz y la armónica vihuela del doncel, que daban al aire en sentidas trovas y tiernas endechas el puro amor que inflamaba su corazon. Elfa, amaba al trobador por que era gentil y apuesto doncel; noble por sus hechos y desgraciado á la par, puesto que la fatalidad le habia negado un nombre con el que pudiera ecsigir el premio á que le hicieran acreedor sus esclarecidas proezas, cuando tantos caballeros, mas que á sus valentias debian al apellido que les legaran sus mayores, el haber subido al pináculo de la fortuna. Cuando el noble y generoso Corbaran de Lahet, pidió y obtuvo de Roger la mano de su hija, Elfa se resignó sin murmurar una queja, por que los deberes de esposa no escluian de su corazon el casto amor que profesaba á Ugo. (1)

(1) En los tiempos feudales la mujer era casada por el padre, el señor ó el rey, sin que se consultasen las inclinaciones de su corazon, y sin que le fuera permitida la menor resistencia. De aqui la costumbre de que la mujer pudiese tener un esposo y un amante, sin que por ello amancillara su fama y su linaje; por que la asociacion de ideas religiosas galantes y caballerescas habian establecido el principio, que ningun noble caballero, pena de infamia, debia manchar la pureza de la gentil dama á quien dedicaba todos sus *pensamientos* y proezas; debiendo estar unido á ella solo por un vinculo moral, manantial de sentimientos puros y generosos, y de tiernas efecciones, que obligaban al hombre á la simple adoracion, y á la mujer á guar-

No menos amante, pero mas enérjico y apasionado, el jóven almogavar se entregó lleno de entusiasmo al amor que le inspiraba la angélica belleza de la hija de Roger. Ni la ruindad de su propio orígen, ni el obstáculo que levantaba entre los dos la notoria diferencia de condicion y fortuna, fueron motivos suficientes para hacerle renunciar á su amor. El carácter de Ugo se habia necesariamente amoldado á las ideas caballerescas de un siglo, durante el cual todo fué rudo y semi-bárbaro, ecepto el amor en sus dos formas divina y humana. Honor al bello sexo; mi *Dios y mi dama* tal era el grito de aquellos caballeros; y cualquier que podia aspirar á este título, se obligaba al cumplimiento de tal precepto divino-humano. Si, pues, le era dado erigir en su pecho un santuario á Dios, cual pudiera hacerlo el mas ilustre y famoso caballero, ¿no le había de ser concedido igual derecho para levantar una ara en su corazon donde pudiera ofrecer en holocausto su amor á un objeto digno de él? En una palabra; Elfa era la mujer á quien Ugo tributaba una especie de culto; la que habia elejido para *dama de sus pensamientos*; aquella sola de quien queria ser amado para tener en el mundo un ser noble y puro que pensara en él, y poder invocar su nombre en el duro trance de las batallas.

Sobrescitados los capitanes españoles con las ocurrencias á que dieran lugar en aquella mañana los almogavares, y sobre todo, por la difícil situacion en que se veian colocados por efecto de las duras ecsijencias de los majistrados de Pera, y de las humillantes concesiones del debil emperador Andrónico, permanecieron discutiendo con calor sobre las consecuencias que pudieran acarrearles ambos asuntos, hasta que fueron llamados, por los pajes, á la mesa, en derredor de la que se sentaron triste y visiblemente preocupados.

Sin embargo, Roger de Flor hizo cuanto pudo á fin de disipar la inquietud y mal estar de sus conmensales. Describió en estilo pom-

dar con escrupulosa religiosidad la fé jurada al pié del altar á un esposo. Algunas veces llegaba á tal estremo la ecsaltacion de las ideas caballerescas, que se comprometian los amante á guardarse un amor eterno, pero á no contraer matrimonio.

poso las honras y provechos que obtendrian en su prócsima jornada al Asia, y la gloria que habian de alcanzar en ella para las armas de Aragon; estuvo galante con la princesa Yrene, hermana de Andrónico; cariñoso con su gentil esposa Maria, y tierno con su hija Elfa á quien dijo, la encontraba en aquella hora, mas galanamente ataviada y de mas placentero semblante que en los dias anteriores, durante los cuales habia permanecido medio reclusa en su aposento quejándose de una grave dolencia. Estas palabras de Roger hicieron subir el carmin á las mejillas de su hija, y llenaron de inefable júbilo el corazon de Ugo, que estaba sentado frente á ella á la izquierda del *Megaduque*.

Poco á poco, la negra nube que empañaba la frente de los caudillos españoles se fué disipando, y una alegria comunicativa se estableció entre los convidados, que acabaron por no hacerse escrúpulo en tomar parte en las halagüeñas esperanzas de gloria de Roger, y en los galantes cumplimientos que dirigia á las damas. Todos, en fin, parecian haber dado al olvido por un momento los graves cuidados que los aquejaban, ecepto Elfa y el jóven adalid, que permanecian silenciosos en medio de la alegria general, atentos solo á saborear el deleite de mirarse, aunque con recelosa timidez, embriagándose con la dicha de estar prócsimos el uno del otro.

Empero, al final de la comida, un relámpago siniestro, nuncio de la tempestad que no debia tardar mucho tiempo en estallar, iluminó con fatídica luz el hermoso cielo que sonreia al mancebo.

Ugo, que durante el banquete habia observado, en un principio sin tomar de ello grave cuidado, mas luego con inquieto recelo, la profunda y apasionada mirada que á breves intérvalos Rocafort clavaba en el semblante de Elfa, sorprendió los ojos de Corbaran de Lahet, fijos por un momento en el del rico-hombre catalan, con una espresion tal de enconado despecho, que sintió un vago temor deslizarse en su corazon.

Este impensado descubrimiento le llenó de sobresalto, por que trocaba sus esperanzas de felicidad en la certeza de una espantosa desgracia. Del amor de Corbaran, noble y generoso caballero, nada podia temer que fuese capaz de labrar la desdicha de su dama; pero del soberbio y altanero Rocafort, cuyo caracter sombrio y voluntad inflecsible se habian hecho proverbiales en España y en Sicilia, donde quedaran sangrientas huellas de sus indomables pasiones y de su

insaciable ambicion, solo podia prometerse dias de luto y de congoja para la mujer que era la mitad de su amante corazon. Constábale con harta certeza, que amando Rocafort à la hija de Roger, intentaria hacer pedazos entre sus manos todos los obstáculos que se le opusieran para llegar hasta ella.

XIV.

. . . . . .
. . . . . .
que antes que de mañana,
entre nubes el sol de nieve, y grana,
primera seña dé su albor primero,
en sus cuarteles embestirle quiero
CALDERON DE LA BARCA=*Para vencer amor querer vencerle.*

Vine, ví, vencí.
CÉSAR.—*Derrota de Farnaces.*

El alboroto que movieron los almogavares á fin de obtener la libertad de Ugo, fué mas contrario á su opinion, que la refriega que empeñaron con los genoveses; porque si bien tenian una razonable disculpa, con respecto á la primera, puesto que se vieron obligados á la defensa propia, carecian del mismo ó igual pretesto para atenuar el escándalo que dieron en Constantinopla, insubordinándose contra sus gefes, y poco menos que sitiando el palacio de las Blanquernas. Esto dió màrgen al descontento de la córte y á los recelos del emperador, quien comenzó á mirar con sobresalto y desconfianza, unos soldados que por razones de tan poco peso faltaban al respeto debido á sus caudillos, y que, ademas, turbaban la paz de su capital, haciéndola á cada paso teatro de sus temibles querellas. Por su parte,

los genoveses tomaron ocasion de lo ocurrido para hacer fuerza al gabinete imperial, á fin de que activase los aprestos para la jornada de los españoles contro el turco; y esta vez encontraron mas propicios á los consejeros de Andrónico, que accedieron desde luego á su peticion,

Con tal motivo, el emperador, deseando no malgastar un tiempo precioso en estériles contestaciones que pudieran acarrear nuevos disgustos, accedió á cuanto le propusiera el consejo de capitanes españoles, respecto al nombramiento de Fernando Ahonés para almirante de las escuadras reunidas, y á la distribucion de cargos y mandos del ejército, conforme á la solicitud de los interesados, mostrando, sin embargo, algunas dificultades, que luégo fueron allanadas, para permitir que las banderas de Aragon y de Sicilia fuesen la enseña que guiase al ejército;

Ajustadas estas condiciones, arreglado con los generales del imperio el plan de campaña que habia de seguirse, y convenido el pais por donde era conveniente empezar las hostilidades, Roger de Flor trató de proveer el ejército de cuanto pudiera serle necesario para empezar y llevar á feliz término la guerra. Al efecto, con ayuda del tesoro imperial, que pudo mostrarse pródigo, merced al dinero que anticiparon los genoveses, armó y aderezó cumplidamente las naves de la flota; reunió un cuantioso material de guerra en máquinas de batir y armas ofensivas, defensivas y arrojadizas; y, finalmente, preparó víveres para el consumo del ejército durante un mes solamente, toda vez que esperaba tomarlos en lo sucesivo del pais que iba á reconquistar. El prudente caudillo no limitó su prevision á solo los aprestos militares, sino que tambien, considerándose como el único amparo de sus soldados, hizo estensivos sus cuidados á los hijos y mugeres de estos, que no debiendo ser llevados en seguimiento de la hueste, iban á quedar huérfanos de sus naturales protectores. Para la tranquilidad de todos, pidió y obtuvo la formal promesa del emperador, de que durante la ausencia del ejército, las familias españolas permanecerian en sus alojamientos de Constantinopla bajo la inmediata proteccion del gobierno, sin permitir fuesen vejadas bajo ningun pretesto; finalmente, no queriendo esponer la suya propia á las penalidades y fatigas de una campaña que prometia ser fecunda en sucesos favorables y adversos, dejó en el palacio de las Blanquernas á su esposa é hija al cuidado de su suegra la princesa Irene, y custodiadas por los mas leales servidores de su casa.

Al fin amaneció el dia 1.° de Octubre de 1302, señalado para que la espedicion diese la vela para las costas del Asia. Durante las primeras horas de la mañana, las murallas norte de Constantinopla, desde la punta de Acrópolis hasta su estremo oéste, y las dos orillas del puerto, se llenaron de un inmenso gentio que acudia desalado para despedir al ejército espedicionario; los griegos, llenos de alegria porque veian ser llegado el momento de entrar en campaña á los españoles, en cuya pujanza confiaba para abatir el orgullo de la media luna, y los genoveses y venecianos, porque esperaban quedar pronto libres de tan peligrosos vecinos en Constantinopla.

Desde muy temprano los diferentes cuerpos del ejército espedicionario se habian escalonado en la playa, donde esperaban con impaciencia la llegada de sus gefes y el momento de pasar á las naves. A la hora de tercia, los caudillos, despues de haberse despedido del emperador en palacio, se presentaron entre sus soldados, que los recibieron con estrepitosos vivas enmedio del sonido de las trompetas y atambores. Antes de verificar el embarque, Roger de Flor pasó muestra de la gente de guerra que se hallaba desplegada en linea dando frente al puerto por el órden siguiente: Formaban á la cabeza dos mil ginetes entre hombres de armas y caballos lijeros de las mesnadas catalanas y aragonesas, teniendo á su frente á Bernaldo de Rocafort, Jimenez de Arenos y Martin de Logran; seguian ochocientos ballesteros valencianos al mando de los hermanos Pedro y Sancho de Oros, y luego cuatro mil almogavares capitaneados por el senescal Corbaran de Lahet. Despues de la division española, venian las cohortes griegas en número de diez mil hombres entre infanteria y caballeria, bajo las órdenes de Marulli, general de las fuerzas terrestres del imperio, que llevaba ademas el cargo de *Estratopedarca*, ó sea juez supremo del campamento; y, por último, seis mil bárbaros de ambas armas, capitaneados por el general George y su hijo Brienno.

Roger miró complacido, y por largo espacio de tiempo, el número y buen porte de sus soldados, estasiándose, sobre todo, al contemplar la falange española, cuyo aspecto marcial, y correcta formacion, fijaban las miradas de la muchedumbre que acudiera á presenciar el militar espectáculo.

A la hora de medio dia se hizo señal para el embarque, el que se efectuó con el mayor órden y celeridad; en términos que dos ho-

ras antes de la puesta del sol la flota, compuesta de la armada (1) que Roger trajera de Sicilia, la de los genoveses y de los numerosos buques de trasportes, levó anclas, dió al remo para salir del Cuerno de Oro doblando la punta del Acrópolis, y penetró magestuosamente en el mar de Mármara, dando al viento sus mil banderas y gallardetes de colores, y la blanca lona de sus velas que cubrian el azulado mar como un bando de nevadas palomas.

El pueblo de Bizancio, como el de Mesina, despidió á los soldados de España con lágrimas en los ojos; si bien templaba su pesar la idea de que presto los tornaria á ver, ceñidos de laureles conquistados sobre los eternos enemigos del nombre cristiano. Con deseo de prolongar algunas horas mas el placer que tenia en despedirlos, acudió presuroso desde el puerto á la playa y murallas de la ciudad que bañan las olas de la Propóntide, y desde allí renovó sus gritos de despedida hasta que las sombras de la noche hubieron ocultado á sus ojos las numerosas naves y sus blancas velas.

Cuando ya no quedaba alma viviente en la orilla del mar, viéronse dos literas llevadas á brazo, retirarse lentamente y penetrar en la ciudad por la Puerta de Oro. La una se dirigió hácia el palacio de las *Blanquernas*, y la otra hacia el de *Megale*.

A la mañana del tercer dia de su salida del puerto de Constantinopla, la flota de Roger avistó la península de Cizico; y pocos momentos despues, fondeó en lugar seguro junto al cabo de Artasio, situado al sur de la costa. Despues de haberse practicado un reconocimiento en ella, por el *cómitre* y algunos *naocheres* de la galera que llevaba la enseña del general de la espedicion, y designado por estos, el punto á propósito, dióse principio al desembarco del ejército, que empezó por la caballeria y concluyó en pocas horas, sin que ningun accidente deplorable viniera á interrumpir el órden y celeridad con que se llevó á cabo tan difícil operacion.

A media tarde, el ejército, despues de haber levantado sus tiendas en un lugar conveniente inmediato á la costa, marchaba en columnas hácia *Peramo*, pequeña poblacion situada en la costa oriental de la península y junto á las derruidas murallas de la que fué memorable ciudad de Cizico. En *Peramo*, Roger de Flor estableció

(1) Hasta principios del siglo XVI por *armada* se designaba en la marina militar lo que en el presente significa division naval.

provisionalmente su cuartel general, y llamó acto continuo á consejo de guerra á todos los cabos principales del ejército para esponerles su plan de operaciones, y tomarles parecer sobre la mejor manera de llevarlo á ejecucion. Como lo primero, y lo mas esencial en aquellas circunstancias, era el saber los últimos movimientos del enemigo y las posiciones que ocupaba, á fin de fundar el acuerdo sobre datos precisos, el consejo resolvió llamar á los magistrados de *Peramo* para saber de ellos las noticias que tan indispensables le eran. Estos acudieron solícitos al llamamiento, y refirieron como el dia anterior, un ejército turco, fuerte de veinte mil hombres, que desde algun tiempo se estableciera en aquellas comarcas con sus familias, habia dado un recio asalto contra los atrincheramientos griegos, que se apoyaban en la muralla que defendia la península de los ataques que le vinieran del continente; y que despues de muchas horas de sangriento combate, habia sido rechazado sin haber alcanzado ventaja alguna de sus esfuerzos. Esta noticia fué recibida por los individuos del consejo con mayor júbilo que temor; lo cual visto por Roger, manifestó cuan conveniente seria marchar inmediatamente contra el enemigo, antes que tuviese noticia de la llegada del ejército cristiano, y tiempo para ponerse en defensa. Los capitanes aplaudieron la resolucion del caudillo, reconociendo de cuanta influencia seria para los resultados de la campaña, el inaugurarla con una victoria que estimaban segura, toda vez que no siendo esperados les seria facil cojer á los turcos desapercibidos y vencerlos. Tomada esta resolucion, se disolvió el consejo, y los cabos acudieron aceleradamente á poner en armas las diferentes divisiones de la hueste. Cuando todos estuvieron aparejados para la marcha, Roger de Flor dirigió á los españoles una breve y enérgica alocucion, en que recordándoles sus pasadas glorias y afamado valor, les encargó lidiasen como buenos, teniendo presente, que si vencian esta primer batalla, el éxito de la guerra era seguro; mas que si se dejaban vencer del turco, ni uno solo entre todos ellos quedaria con honra, y muy pocos salvarian la vida.

Entusiasmada la falange española con las palabras de su caudillo, prorrumpió en estrepitosos gritos pidiendo ser conducida al enemigo. Las trompetas y atambores dieron la señal, y todo el ejército se puso en marcha á la carrera.

Ansiosos de gloria y de mostrar al Imperio griego con cuanto derecho blasonaban de ser los primeros soldados del mundo, los es-

pañoles atravesaron con paso animoso y frente altiva por las ruinas de la memorable Cizico, llamada la *Roma del Asia*, cuya grandeza y magnificencia atestiguaban como aquella ciudad fué una de las principales poblaciones y colonias de la antigüedad. Ni los soberbios restos de su teatro, de su naumaquia (1), de su circo, de sus numerosos templos, palacios y baños públicos, y de sus altas murallas y jigantescos torreones, á cuyos pies Mitridates el Grande perdió un ejército de 300,000 hombres, 74 años antes de Jesucristo, detuvieron la vista de aquellos rudos veteranos, que no concebian mas gloria ni mas deleites de la civilizacion que la que daban los campos de batalla y el ejercicio de las armas.

Carca de la media noche llegó el ejército á la gran muralla, que tenia una milla de estension, levantada en el estremo de la lengua de tierra (2) que une la península de Cizico con el continente, siendo recibido en ella con los honores debidos por la guarnicion griega, que noticiosa de su llegada se habia puesto sobre las armas. Aqui se detuvo Roger para dar algun descanso á las tropas, y adquirir nuevas de las posiciones de los turcos, á fin de ordenar su plan de batalla, las cuales le fueron dadas por el general que mandaba la guarnicion de los atrincheramientos. De él supo, como los turcos, despues de su infructuoso ataque del dia anterior, se habian retirado seis millas tierra adentro, y levantado su campo en una fértil llanura regada por dos pequeños rios; teniendo, consigo á mas de sus familias, numerosos ganados y todos los despojos de las poblaciones que habian puesto á saco en el tiempo que llevaban de operar en aquella provincia.

Esto era mas de lo que podia esperar Roger de Flor; pues veia reunidos, para animar el esfuerzo de sus soldados, el estimulo de la gloria y el aguijon de la codicia. Asi que, mandó tocar armas y cavalgar, poniéndose luego el ejército en marcha con celeridad, á fin de caer al amanecer sobre el campo turco y ver de cojerlo desprevenido. Habiendo circulado entre la hueste española la noticia de la proximidad del enemigo y de las riquezas que atesoraba, pidió á gritos, antes de romper la marcha, la honra de ser la primera en

(1) En Mérida y en Toledo existian tambien estos vastos estanques, donde en tiempo de la dominacion romana se hacian simulacros de combates navales.

(2) Cizico fué una isla hasta que Alejandro Magno la unió al continente.

entrar en accion, y sobre todo los almogavares, á quienes habiéndo seles ofrecido por paga los despojos que tomaran a los infieles, ardian en deseos de encontrar una ocasion en que poder desquitarse del mucho tiempo que llevaban sin cobrar sueldo. Roger, accedió á la demanda, y dió órden á las cohortes imperiales que los siguiesen á una hora de distancia; prohibiéndolas que tomasen parte en la refriega, salvo el caso en que recibieran órden para ello.

Comenzaba á despuntar el dia, cuando el ejército, que habia llegado á una pequeña eminencia desde la cual se descubria una vasta llanura envuelta entre los vapores que á esa hora se desprenden de la tierra, vió llegar á toda brida unos cuarenta caballos ligeros, que habian sido mandados á la descubierta, con la noticia de la proximidad del enemigo, y de haber notado en el campo contrario cierto movimiento de hombres y jinetes que indicaba no estar los turcos enteramente desprevenidos. Considerando, Roger, que era llegado el momento de obrar, mandó hacer alto para ordenar la acometida; y despues de haberse enterado de las posiciones que ocupaban los sarracenos, que no se alcanzaban á ver, con mucha claridad, á pesar de hallarse á corta distancia, por encontrarse envueltos en la espesa bruma que se desprendia de los dos rios que cruzaban por medio de ellos, formó su linea de ataque, colocando los diferentes cuerpos de la hueste de la siguiente manera. Puso en los estremos de la linea la caballeria en dos divisiones, la de la derecha bajo su inmediato mando con la bandera del imperio, y la suya propia propia que llevaba su alferez al frente de los escuadrones, y la de la izquierda a las órdenes de Bernaldo de Rocafort y Jimenez de Arenos con sus guiones respectivos, entresacando doscientos caballos ligeros que debian preparar la carga a fondo con una ligera escaramuza. Dividió la infanteria en tres cuerpos, situándolos en la misma linea que la caballeria; en el centro puso los ochocientos ballesteros valencianos, capitaneados por los hermanos Oros, y a los costados las compañias almogavares, mandadas, las de la derecha por Corbaran de Lahet, Vergua y Alvero, que llevaban la bandera de D. Jaime con las armas de Aragon, y las de la izquierda por el anciano y valeroso caballero Ramon Montaner, y el adalid capitan Ugo, que llevaba la de D. Fadrique con las armas de Sicilia.

Colocada la hueste en órden de batalla, Roger puso al galope su caballo y recorrió el frente, exaltando con su presencia y sus palabras el belicoso ardor de sus soldados; mandó á la caballeria que cargase

simultáneamente, y á la infantería que obrase de la misma manera, pero dejándose preceder de algunos momentos por los ginetes, á fin de acelerar con la repeticion de los choques el desórden de la línea enemiga. Tomadas estas disposiciones, recomendó el silencio hasta el crítico momento del encuentro, y dió la voz de *¡Vamos á ellos!*

La hueste se movió hácia adelante como un solo hombre, y descendió á paso de carga por la pendiente del cerro, guardando las distancias entre divisiones y en correcta formacion.

Media hora despues reconocieron el campamento de los enemigos; quienes sabedores, aunque tarde, del encuentro que iban á sostener, se pusieron no sin desorden sobre las armas.

Al avistarlos, y estando ya la hueste en la llanura, Roger mandó sonar las trompetas, á cuya señal, la caballería enristró lanzas, los alfereces levantaron á la estension de su brazo las banderas, y los pesados escuadrones se lanzaron á la carga en pos de sus respectivas enseñas.

El ímpetu feroz de los ginetes españoles, su pujanza, sus lucidas y recias armas, que heridas por los rayos del sol naciente semejaban otras tantas chispas de un incendio, llenaron de espanto á los turcos, los cuales, sin embargo, aguantaron á pie firme el primer encuentro para dar tiempo á que sus compañeros fuesen llegando á la batalla.

Pero cuando, precedidos de una descarga general de ballestas y asconas, los almogavares exhalaron su ronco y salvaje grito de guerra, y con las picas caladas, la cabeza doblada sobre el pecho y el cuerpo echado para adelante, se precipitaron á la manera de un alud desprendido de los ventisqueros por la fuerza del huracan, sobre las vacilantes filas sarracenas, no les fué posible resistir por mas tiempo el rigor de tanto empuje, ni dominar el terror que les causaban la disciplina y táctica de los latinos. Aterrados de un ataque tan formidable, que ni habian previsto ni les era dado contener, atendido lo desprevenidos que estaban en su campamento, sin reparos y sin género alguno de defensa, y ademas, no habiendo tenido suficiente tiempo para reunir todas sus fuerzas, los turcos se desbandaron y huyeron hacia sus tiendas llevando sobre las espaldas las moharras de las lanzas y las puntas de las espadas españolas.

En pos de los vencidos penetraron los vencedores en aquel lugar que pocas horas antes cobijaba el tranquilo sueño de treinta ó cua-

renta mil personas entre ancianos, guerreros, niños y mugeres, y que la entrada de los soldados cristianos convirtió muy luego en un lago de sangre. Los alaridos desgarradores de las tiernas criaturas y de sus aterradas madres; las súplicas de los ancianos, y las ecsortaciones de los sacerdotes y dervises de la religion mahometana, dieron por un momento el valor de la desesperacion á los turcos, que viendo á sus ojos despedazar y degollar á las prendas mas caras de su corazon hicieron frente á sus encarnizados enemigos, engrosándose continuamente con la llegada de nuevos valedores que acudian desalados á la defensa comun.

Inútil resistencia; los almogavares habian percibido ya el olor de la sangre, y como las fieras, solo la muerte podia detenerlos en su obra de esterminio. Armada la diestra con las espadas en lugar de la pica, que como arma inútil para el degüello habian arrojado, y llevando en la opuesta mano un haz de paja encendida, con el que ponian fuego á las tiendas, discurrian por do quier sembrando la muerte y la destruccion entre los míseros turcos, que embarazados por su número y por sus hijos y mugeres, que se abrazaban con ellos huyendo del incendio y de la muerte que les iba á los alcances, se dejaron, por último, matar sin oponer resistencia y sin demandar un perdon que de cierto les hubiera sido negado.

La espantosa carniceria duró sin interrupcion por espacio de cinco horas; tres mil caballos y diez mil infantes sarracenos perecieron al filo de las espadas españolas; salvándose únicamente aquellos, que reconociendo con tiempo la imposibilidad de contrarestar el empuje de los latinos, huyeron cobardemente abandonando sus hijos y sus mugeres á la crueldad de un enemigo despiadado.

Roger, viendo cumplida la victoria con la muerte de todo el que osara hacer frente al valor de sus soldados, dió órden á la caballeria de ir al alcance de los fugitivos, en tanto que los almogavares terminaban el saqueo y de truccion del campamento turco, cuyos ricos despojos en cautivos y preseas de inestimable valor, fueron amontonando en un lugar conveniente, para ser distribuidos, segun los convenios, entre los soldados de la hueste.

Las cohortes y auxiliares griegos permanecieron de reserva y tranquilos espectadores de aquel imponente drama, no menos espantados que los infieles, del bárbaro valor y escelente tàctica militar de las mesnadas y compañias españolas. Sin embargo, felicitaron con envidioso entusiasmo á los capitanes por la completa victoria que habian

obtenido sobre los, hasta entonces, invencibles enemigos del Imperio.

Roger y sus amigos, ébrios de gozo por haber dado tan ejecutiva y señalada muestra del esfuerzo de sus soldados, recibieron cordialmente estas felicitaciones, que pagaron con ricos presentes á los generales imperiales.

Antes de la puesta del sol regresó la caballeria española; no habiéndose atrevido á seguir mucho tiempo el alcance de los fugitivos por no tener la tierra conocida.

Viendo próxima la noche, Roger, mandó tocar retirada, y el ejército cubierto de laureles, regresó á la península de Cizico, dejando doscientos muertos en el campo de batalla, llevando cuatrocientos heridos y arrastrando un inmenso botin que condujo á sus alojamientos del cabo de Artacio, donde llegó aquella misma noche.

Impaciente el caudillo por hacer llegar cuanto antes á los oidos de Andrónico la noticia de su victoria, despachó aquella misma noche para Constantinopla, una ligera *coca* tripulada por buenos remeros; y al siguiente dia, antes que despuntara la aurora mandó reunir el ejército, para hacer la distribucion de la presa hecha al enemigo, y enviar al emperador y á su primogénito Miguel un magnífico trofeo que patentizara la importancia de la victoria conseguida por las armas españolas. Todos los capitanes contribuyeron al regalo con aquellas alhajas de mas precio que les habian tocado en suerte; y los soldados, no menos generosos, pero mas galantes que sus caudillos, pusieron en manos de Roger de Flor un cuantioso presente para que en su nombre lo ofreciera á su esposa Maria. Con el de la princesa iba otro de no menos gran valor, que dos mil almogavares destinaban á la hermosa Elfa.

Fueron tan cuantiosos los regalos, que hubo necesidad de aparejar cuatro galeras para conducirlos á Constantinopla.

XV.

Vamos á recorrer un pais fecundo en grandes recuerdos, pero ni estos existen ya para sus actuales habitantes embrutecidos por la ignorancia y la esclavitud. Y es de notar que igual oscuridad envuelve la gloria de cien pueblos que en otro tiempo florecian en el Asia occidental: tambien retozan los rebaños sobre la tumba de Aquiles y la de Hector; los tronos de Mitridates y Antioco han desaparecido como los palacios de Piramo y de Creso.

MALTE-BRUN.—*Geografía universal.*

Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos aunque rotos,
No vencidos se tornaron.

Romancero morisco.

No hay voces para espresar el entusiasmo que produjo en Constantinopla la noticia de la primera y ejecutiva victoria que alcanzaron las armas de los españoles sobre los turcos. El pueblo recorrió las calles de la ciudad victoreando á los soldados de Aragon y Cataluña, y los templos se llenaron con la multitud que acudia á rendir accion de gracias al ser Supremo por un suceso, que era una circunstancia precursora, una elocuente premisa de un triun-

fo decisivo sobre las hordas de los infieles que amenazaban la capital del imperio desde la orilla del Bósforo y las costas de la Propóntide.

El emperador, la corte y todos los moradores de Bizancio, se preguntaban admirados ?qué hombres eran aquellos que en tan corto número y con tanta facilidad triunfaban del pueblo mas belicoso de la tierra; aquel que habia resistido sin conmoverse las innumerables oleadas de cruzados que arrojaron las playas europeas sobre el Asia, y que habia destruido las fuerzas militares de los imperios de Alemania y Oriente y las de la Francia, Italia é Inglaterra reunidas;

Sin embargo, de allí á pocos dias, cuando se hubo gastado por esceso el regocijo público, comenzó á sentirse entre la nobleza y el pueblo de Constantinopla un vago temor, cuyo origen nadie trataba de inquirir, porque germinaba en lo mas recóndito de cada corazon. Era el cuidado de que la fama publicando por la Europa occidental la noticia de aquella brillante victoria, despertase en los reyes latinos el deseo de probar fortuna nuevamente en unas provincias, que hasta entonces fueran la tumba de tantos ejércitos y esperanzas; y que recordando á los herederos de Boemundo sus pretendidos derechos al trono de Constantino, diera motivo para que intentaran seguir las huellas de los soldados de Roger. Los genoveses tuvieron arte para dar pábulo á tales alarmas, y con ellos el partido que tenian en la córte, á cuya cabeza se encontraba el hijo mayor de Andronico, Manuel *Déspota* del imperio. Unos y otros comenzaron á levantar descaradamente sospechas contra los españoles, tomando por pretesto de sus cábalas el temor de que la victoria hiciera por demas ecsijentes á los latinos; y la conducta observada por Roger en la batalla, por que se habia negado á admitir la cooperacion de los soldados griegos, como si intentara conquistar la tierra solo en provecho propio. Andrónico se negó á dar oidos á hipócritas declamaciones, cuyo origen y tendencias le eran conocidas; empero deseando ver continuarse con celeridad una campaña inaugurada con tan ruidosa victoria, envió órdenes á Roger para que se apresurase á proseguirla arrojando al enemigo de las provincias marítimas del Asia.

Roger recibió con la órden de marcha, los plácemes del emperador y de toda la corte; y cuando de allí á pocos dias se disponia á cumplimentarla, se vió atajado en su propósito de obediencia por un deshecho temporal, que le obligó á permanecer al abrigo de su campamento.

Siguiéronse muy luego los rigores de un invierno anticipado, con vientos, frios y contínuas aguas, que pusieron intransitables los caminos, y transformaron las tierras en pantanos alimentados con el desbordamiento de los muchos lagos y rios que atraviesan las llanuras de la Misia y desagüan en el mar de Mármara.

En vista de tal contrariedad, Roger, de acuerdo con el consejo de capitanes, resolvió invernar en la península de Cizico, donde lo ventajoso del sitio y la abundancia de vitualla proporcionaban cierto bienestar al ejército. Esta resolucion se puso en conocimiento del emperador, quien no solo la aprobó, sino que tambien envió con toda la diligencia posible, abundantes provisiones para que los sol dados no carecieran de lo necesario. Por último, la flota con su almirante Ahones pasó á invernar á la isla de Chios, puerto seguro y buen fondeadero, vecino á las costas del Egeo que ocupaban los enemigos. Con tales disposiciones y el buen órden que se estableció en el campamento, el ejército atravesó sin gran molestia los rigores del invierno; teniendo, sin embargo, el sentimiento de verse abandonado por Fernan Jimenez de Arenos, quien por ciertas diferencias que tuvo con Roger de Flor, se apartó del campo con algunos centenares de hombres de su hueste que quisieron seguirle, y tomando dos galeras y un buque de trasporte, navegó la vuelta de Sicilia. (1)

Trascurridos los meses mas crudos del invierno, y siendo los primeros dias de febrero de 1303, Roger se dispuso para emprender la guerra; mas antes estimó conveniente dar un viaje á Constantinopla para recibir personalmrnte las instrucciones del emperador y acordar con los miembros del gabinete la campaña de aquel año.

El caudillo de la hueste española fué recibido en la capital del imperio con estraordinaria pompa, é hizo su entrada triunfal por la célebre Puerta de Oro en medio de los atronadores aplausos de la multitud que saliera á recibirle, y le acompañó con sus víctores hasta el palacio del emperador.

Veinte dias permaneció en Bizancio al lado de su bella esposa, festejado por el pueblo y la corte; al cabo de los cuales regresó á Cizico, llevando ámplias facultades para dirigir las operaciones de la

(1) Las naves de Jimenez de Arenos, sorprendidas por una tempestad fueron á guarecerse en el Píreo, en el golfo Sarónico, desde donde el ricohombre y sus soldados pasaron á Atenas á ruegos del Duque que los tomó á su servicio y los honró generosamente.

guerra, y obrar durante su curso con arreglo á las circunstancias. Solo le recomendó Andrónico que acudiese con celeridad al socorro de Filadelfia, ciudad fuerte é importante de la Lidia, que los turcos tenian estrechamente cercada.

En primeros de marzo, Roger de Flor, dió órden para levantar el campo y apercibirse á marchar. Mas antes de emprender la salida, pasó con los habitantes de la península las cuentas de los gastos que sus soldados habian hecho durante el invierno, y reconoció, con tanta sorpresa como disgusto, que estos habian consumido, en los cinco meses de estancia, las pagas de ocho, y aun algunos de un año entero. Sin embargo que tal esceso no podia ser de su agrado, el prudente caudillo, que sabia apreciar en su justo valor el caracter de su jente, y la índole de la guerra que iba á emprender, pagó de su propio peculio todos los acreedores, sin descontar el gasto del sueldo de los soldados, quienes tomaron íntegras las cuatro pagas que les trajera de órden del emperador. Este rasgo de generosidad fué seguido de otro que acabó de estrechar el lazo que le unia á sus valientes veteranos. Cuando estuvieron definitivamente saldadas todas las cuentas, reunió en la plaza de armas á la hueste, y en presencia de todos hizo un monton con los libros de las raciones y todos los recibos del dinero que se le adeudaba, y por su misma mano le prendió fuego, no separándose de allí hasta que las llamas lo hubieron consumido todo. Accion noble y generosa que fué recibida por el ejército con las muestras del mas vivo reconocimiento.

Por fin, señalóse el dia para emprender la marcha, que fué de nuevo interrumpida por un funesto accidente, orígen casual del sinnúmero de desgracias que se continuaron para los españoles por una larga série de años.

Estando unos pocos almogavares y ballesteros valencianos jugando alegremente sus pagas junto á las tapias de un molino en el que se les molian algunos sacos de trigo, llegó un peloton de masajetas con la misma pretension. Díjoles el molinero que cuando concluyese la tarea que le habian dado los españoles, despacharia la suya; mas ellos no se conformaron, alegando que la molienda que solicitaban era para su general George; razon por la que no estaban en ánimo de esperar. Mediaron algunas contestaciones acaloradas, cuyo rumor hizo á los almogavares dejar el juego y acudir á terciar en la contienda. Como entre soldados la mejor razon es la espada, unos y otros apelaron á ella á fin de dirimir la cuestion. Estando en lo mas acalorado

de la pelea, acertó casualmente á pasar á caballo por las inmediaciones del molino, Brienno, el hijo de George, quien al reconocer el aprieto en que se hallaban sus soldados, acudió en su ayuda, denostando con voces descompuestas á los españoles. Estos se contuvieron; mas el bárbaro en vez de agradecerles su respetuosa conducta, continuó cada vez mas enojado diciéndoles: que cuidasen no eran los masajetas como los genoveses, y que si otra vez eran osados á provocarlos á contienda, darian lugar á que hicieran con Roger de Flor lo que con Alejo Raul, *gran doméstico* del emperador, á quien mataron de un flechazo por la espalda, en una fiesta militar, por tener recibidas grandes ofensas de él.

Amenaza tan imprudente irritó el ánimo de los españoles, que regresaron al campamento para dar cuenta á sus capitanes de lo acaecido. Habíales ya procedido la noticia de la refriega, la cuál fué mirada por todos con indiferencia, hasta que los valencianos y almogavares repitieron á todo el que quiso escucharlos, las palabras del masajeta Brienno, como es consiguiente: indignáronse los soldados de Roger, y formaron propósito de tomar ejecutiva venganza del agravio.

Cuando las sombras de la noche hubieron envuelto el campo en su oscuridad, los almogavares salieron furtivamente de sus tiendas, y reuniéndose en pequeños grupos dieron un rebato sobre las de los masajetas, ensañandose sobre todo contra la del general George, donde degollaron muchos bárbaros y entre ellos al desgraciado Brienno que se defendió con bizarra desesperacion. La alarma cundió en todo el ejército, y muy luego el real se vió convertido en teatro de una batalla que duró hasta la salida del sol del siguiente dia; hora en que los capitanes españoles y griegos, puestos al frente de las tropas que permanecieran obedientes á sus órdenes, pusieron fin á la batalla obligando á los almogavares á retirarse á sus alojamientos. Tres cientos masajetas quedaron muertos en la pelea y justamente indignado sus caudillo George, mandó levantar su campo y en aquel momento se dispuso á regresar con su hueste á Constantinopla, para dar cuenta al emperador de lo sucedido, y pedirle le fuera dada satisfaccion de la sangrienta ofensa que le habian inferido los españolees. Roger quiso aplacar al padre por la muerte del hijo, ofreciendole una gruesa suma de dinero con arreglo á la ley occidental que imponia una pena pecuniaria por el homicidio; mas George se dió por afrentado con semejante medio de indemnizacino, y se apartó del grueso del

ejército con los suyos jurando tomar una cumplida venganza.

Pocos dias despues, calmados ya los ánimos y desvanecidos los temores que los soldados griegos habian llegado á concebir en vista de lo sucedido á los genoveses y masajetas, el ejército se puso en marcha, fuerte de 7000 españoles, 10000 griegos y 1000 masajetas, que Roger pudo conservar á su servicio en fuerzas de dádivas y de promesas, para llevar socorro á Filadelfia.

La hueste española arrebatada por el entusiasmo, atravesó, en alas del deseo de gloria y de botin, aquellas fértiles comarcas de la Misia que hizo tan célebres el génio de Homero, y que fueron por largo espacio de tiempo el campo de batalla de los persas y de los griegos, y despues de los romanos. Al tercer dia, despues de su salida de Cizico, se internó en la cordillera de montañas que forma un ramal del Tauro y corre al N. O. de la Misia, en la que levanta su jigantesca mole, el Ida, que oculta entre sus frondosos y balsámicos bosques la gruta donde Páris, el hijo de Priamo, dió á Venus el premio de la hermosura.

Dejando á sus espaldas los afortunados valles del Ida, cuyas deliciosas florestas parecen evocar las graciosas divinidades de la peética gentilidad, la hueste llegó, sin haber encontrado un solo enemigo durante su marcha, à Anchirao, donde hizo alto para tomar algun descanso.

En esta ciudad, los capitanes tuvieron noticia de hallarse los turcos encastillados en la inespugnable fortaleza de Germes, situada en los confines de la Misia y de la Lidia, desde donde asolaban la comarca con sus frecuentes correrias. Deseando encontrar ocasiones para lucir su valor, marcharon denodadamente contra aquel primer baluarte de los infieles; mas estos noticiosos, por los fugitivos de la rota de Cizico, de la clase de enemigos que se les venia encima, abandonaron la fortaleza antes que el ejército de Roger diera el asalto; y los españoles se apoderaron de ella sin mellar la hoja de una espada.

Gozosos con tan fácil suceso, pasaron á Tyatira, ciudad fortificada de la Lidia, situada á una jornada S. E. de Germes, sobre la orilla del Caycus, y residencia de un general búlgaro llamado Sausi Crisanislao, gobernador por Andrónico del pais comprendido entre el Hermo y la cordillera del Ida. En la primera entrevista que tuvieron el caudillo español y gobernador imperial, hubo Roger de dirigir Crisanislao algunas reconvenciones por no haber sabido de-

fender con energía el país cuya guarda le estaba confiada. Resentido el gobernador por la reprension que le fuéra dirigida en presencia de doce oficiales de su gobierno, de quienes se hizo acompañar, rechazó con altaneria todos los cargos, y empleó para su defensa voces tan descompuestas, que irritado Roger del insulto hecho á su autoridad, puso mano á la espada é hirió al insolente bárbaro; mandando luego que fuese ahorcado con los doce oficiales que le acompañaban. La sentencia iba a ser puesta en ejecucion, cuando las instancias de los capitanes griegos, fundadas en razónes de conveniencia, detuvieron el brazo de la justicia, y recabaron de Roger el perdon de los condenados.

Asi, un destino implacable conjuraba contra los españoles los odios de todos los pueblos aucsiliares del Imperio, con quienes la mancomunidad de intereses debiera tenerlos estrechamente unidos. Asi, por caminos estraviados llegaban á aglomerarse sobre su cabeza negras nubes preñadas de tempestades empujadas por el viento de la fatalidad. Genoveses, masajetas y búlgaros, heridos alternativamente en su orgullo, solo esperaban ya la señal, ó una ocasion propicia para lavar en sangre española los agravios que recibieran.

A Tyatira llegaron dos mensageros que los majistrados de Filadelfia enviaban al encuentro del ejército latino, para suplicar al caudillo acelerase su marcha sobre la plaza, que falta ya de víveres estaba á punto de entregarse al turco si no le daban un pronto socorro. Roger recibió con agrado a los mensajeros, y los despidió con la promesa de acudir inmediatamente en aucsilio de la ciudad.

Al cuarto del alba del siguiente dia, el ejército se puso en marcha y llegó antes de la puesta del sol á oríllas del *Licus* (1) rio confluente del *Hermo*, que vadeó con el agua hasta la cincha de los caballos, y en cuya orilla izquierda se alzaron tiendas para pasar la noche.

Pocas horas de reposo llevaba el ejército, cuando las trompetas y atambores tocaron á cavalgar; y se emprendió de nuevo la marcha con celeridad, en atencion á ser larga la jornada de aquel dia. Sin mas descanso que el preciso para tomar un frugal alimento, llegó al anochecer al *Hermo*; ese rio-dios de la Lidia, que la cosmogonía filosófica de los poetas gentiles hizo hijo del Océano y de Tetis y

(1) El antiguo Pactolo, que arrastraba arenas de oro, segun Estrabon. *Malte-Brun.*

esposo de la danaide Cleopatra. Lahueste descansó aquella noche en sus amenas riberas, y al cuarto del alba le atravesó venciendo no sin peligros la mucha agua y corriente que traia.

El sol comenzaba á elevarse magestuosamente sobre el diáfano azul del cielo, cuando el ejército hizo alto en una série de colinas, situadas á cuatro millas de Filadelfia, desde cuyas eminencias se oteaban la ciudad y el campamento musulman. Entonces llegaron á todo correr los caballos lijeros que el caudillo enviara desde el amanecer para escaramuzar por el territorio que ocupaba el enemigo, con la nueva de haber los turcos dividido sus fuerzas en dos huestes; la una de las cuales permanecia sobre las murallas de la ciudad, en tanto que la otra, en número de ocho á diez mil caballos y doce á catorce mil peones, venia al encuentro del ejército latino.

En virtud de la noticia, Roger reunió todos los capitanes, y seguido de ellos recorrió las filas del ejército exhortando á los soldados al cumplimiento de su deber, y ofreciéndoles los laureles de la victoria, y el premio que les esperaba dentro de los muros de la ciu que iban á libertar. Aquellos valientes veteranos pidieron á gritos ser conducidos prontamente al enemigo; empero Roger enfrenó su impaciencia, diciéndoles que estaba resuelto á esperar el ataque, y esto en terreno conveniente para aprovechar con tino sus fuerzas, contra un enemigo superior por el número, y que podia ser socorrido en un momento dado por el cuerpo de ejército que dejara en el cerco de de la plaza.

Con arreglo á este inteligente plan, el caudillo dispuso que cuarenta ginetes almogavares, saliesen, en su calidad de adalides *guiadores*, á reconocer la tierra y el lugar mas apropósito para esperar al enemigo. Verificado el reconocimiento con tanto acierto como celeridad, el ejército avanzó á paso de carga para tomar posiciones en el terreno reconocido por los *guiadores*.

Era este una cómoda llanura, situada á dos millas de Filadelfia, limitada á la izquierda del ejército por un riachuelo que desaguaba en el Hermo, y á la derecha por una cadena de cerros, que se continuaban en arco de círculo desde las inmediaciones de la ciudad hasta la espalda de la hueste; lugar ventajoso para dar una batalla con menos fuerza que la del enemigo, pues la estrechez relativa del terreno no permitia á este desplegar todo su poder, y ofrecia ademas la ventaja, para el caso de perderse la accion, de un punto

estratégico donde pudiera refugiarse el ejército y rehacerse al abrigo de unos reparos naturales.

Roger con la esperiencia adquirida del modo de combatir de los infieles, tomó sus disposiciones para asperar el ataque, situando en linea de batalla toda su infantería ordenada en masas dilatadas y poco profundas, y su caballeria dividida en escuadrones colocados á retaguardia con órden de no acometer hasta que le fuese dada la señal; en cuyo caso debieran efectuarlo penetrando por los intérvalos que dejaban los cuerpos de infanteria, á cuya espalda habia de rehacerse en el caso de ser rechazados.

Los enemigos no tardaron en presentarse á la vista, pero en un órden de bátalla inverso del que habia dado Roger á su ejército; pues sus gruesas masas de caballeria marchaban en linea al trote, á vanguardia de sus peones que la seguian á la carrera.

Cuando los turcos avistaron el ejército español, dispuesto para recibir el ataque, hicieron alto, y apiñaron sus filas, cual si quisiesen reunir todas sus fuerzas y aliento para lanzarse con mas vigor sobre el temible obstáculo que se alzaba delante de ellos.

Al mirarlos llegar en aquel órden de acometida, el esperimentado caudillo español se sonrió con orgullosa satisfaccion, reconociendo que tenia segura la victoria.

Sin embargo, en aquel mismo instante modificó su plan de batalla, mandando que los cuerpos de ballesteros, que habia situado un poco á vanguardia de su linea, retrocediesen, y fraccionados en compañías se situaran á los costados de las masas de infantería para hostilizar al enemigo durante la carga; á los infantes que se mantuviese firme sin perder ni ganar una pulgada de terreno, aguantando con las picas caladas el ataque, y, finalmente, envió doscientos caballos lijeros para que preparasen el choque decisivo con una escaramuza.

No bien acababan de efectuarse estas últimas disposiciones, cuando la caballería turca, viendo ante si los ginetes españoles, se lanzó, dando su grito de guerra, con el alfanje desnudo sobre la línea de Roger, arrollando con su número los caballos lijeros que la habian provocado al combate. El ataque fue terrible é impetuoso; empero las primeras filas musulmanas quedaron clavadas en las picas de la infanteria española, que permaneció inmóvil como una roca, en tanto que los ballesteros disparaban una espesa lluvia de dardos y saetas sobre los infieles.

Sorprendidos los turcos por una resistencia á que no estaban acostumbrados, torcieron las riendas, segun su táctica de combate, y huyeron en desorden á ampararse de su infantería donde se rehicieron con presteza; lanzandose de nuevo y con mayor furia, si cabe, que la vez primera sobre el ejército español, que los recibió con la misma inmovilidad y los rechazó con igual denuedo.

En tanto que los infieles preparaba y verificaba su segunda carga, Roger dió las instrucciones convenientes á los cabos de su caballería, y estos, con arreglo á ellas, asi que vieron al enemigo volver grupas, se arrojaron á los gritos de Aragon! Aragon! divididos en dos espesas masas sobre los fujitivos, inclinando á derecha é izquierda la cabeza de sus columnas á fin de tomar al enemigo por los flancos y dejar suficiente espacio á la infantería para que avanzase en línea.

La evolucion se efectuó con tanta precision y acierto, que antes de que la caballería turca hubiese logrado rehacerse, el ejército español, formando un arco de círculo cuyos estremos sostenian sus hombres de armas y caballos lijeros, cerró denodadamente con los enemigos.

En medio de su veloz carrera, los almogavares se detuvieron un segundo; cada uno tomó una ascona de su cinto, fijaron la vista en el hito y lanzaron á la par un nublado de certeros dardos que sembró la muerte en las filas contrarias, sobre las que se precipitaron incontinente espada en mano.

Viendo los peones turcos el desórden de su caballeria, única y verdadera fuerza de su ejército, y sintiéndose embarazados con la multitud de muertos y heridos que la certera descarga de los almogavares habia sembrado en sus filas, comenzaron á ceder terreno, en tanto que los españoles cobraban nuevos brios y arremetian con mayor empuje. Entonces la batalla se convirtió en una espantosa carniceria, en la que cada combatiente se olvidaba del órden de pelea atento solo á matar el mayor número posible de enemigos.

No obstante, los turcos se defendieron con tal esfuerzo y constancia, que mantuvieron suspensa la victoria hasta el medio dia. Iguales en valor á los soldados de Roger, pero menos disciplinadas y aguerridas, y teniendo en contra suya, ademas de la ventaja de las armas ofensivas y defensivas de los latinos, la incontestable superioridad de la infantería española sobre la suya, tuvieron al fin que ceder el campo, y se retiraron lidiando como buenos hácia sns reparos, donde los españoles no les dieron lugar á guarecerse, ha-

biéndose interpuesto, por una rápida evolucion de flanco, algunos escuadrones entre los fugitivos y su campamento.

Desde aquel momento todo fué desórden y confusion para los infieles, que desbandados huyeron hácia los montes arrojando las armas y dejando un ancho rastro de sangre y cadáveres en pos de sus pisadas. Los que habian quedado durante la batalla en el cerco de la plaza, viendo rota la principal fuerza de su ejército, desampararon las trincheras y corrieron espantados en seguimiento de los vencidos.

Dos horas antes de la puesta del sol no se avistaba ya, desde los torreones de Filadelfia, un solo turco en la campiña.

El ejército español durmió aquella noche sobre el campo de batalla, bajo de un espeso bosque de laureles.

A la mañana siguiente el pueblo, los majistrados, y el obispo Teolepto con todo el clero en procesion, salieron á ofrecer las llaves de la ciudad al invicto caudillo que los librara de la afrenta del yugo musulman. Pocas horas despues, estando ya dispuestos los alojamientos, el ejército hizo su entrada tríunfal en Filadelfia, entre los continuados victores y aplausos de la multitud. Marchaba al frente la caballería que llevaba delante los estandartes tomados al enemigo; en pos de ella iba Roger de Flor en un carro de triunfo rodeado de los despojos cojidos al enemigo y seguido de numerosos cautivos, y cerraba la marcha la infantería, en medio de la cual venian las banderas de Aragon y de Sicilia y los capitanes cubiertos con sus lucidos arneses de guerra, que como nunca vistas en aquellos pueblos causaron el asombro y admiracion de la muchedumbre.

Cumplido con tanta gloria como felicidad el primer objeto de la espedicion, conforme á las instrucciones dadas por Andrónico á Roger, despacháronse mensageros á Constantinopla para llevar la fausta noticia de la derrota de los turcos y entrada de los cristianos en Filadelfia.

Dos semanas permanecieron en la ciudad los españoles reposando á la sombra de sus laureles y gozando de los cuantiosos despojos que tomaran á los enemigos. Despojos tan ricos, que no hubo soldado, por ínfimo que fuese, que no se engalanara con joyas y vestidos de seda y grana. Al cabo de este tiempo el ejército salió para recorrer toda la tierra circunvecina, donde no encontró un solo enemigo, que todos huyeron escarmentados de las dos batallas anteriores.

Despues de los dias invertidos en aquel paseo militar, Roger regresó á Filadelfia para concertar un nuevo plan de campaña. Reu-

nido el consejo de guerra convinieron los capitanes en la necesidad de arrojar definitivamente el enemigo de las provincias marítimas, a fin de tener despejadas las comunicaciones con la flota, que estaba anclada en Chio, antes de emprender ulteriores operaciones en los paises donde se encontraba la mayor fuerza de los turcos.

En principios de Junio salió el ejército de Filadelfia, y marchó con celeridad, sín que el calor de la estacion pusiese embarazo a su diligencia, hácia la cadena de montañas que serpentea de S. a O. por la Lidia. Atravesó, sin hallar obstáculos por la pendiente del ramal montuoso que se adelanta hácia el N. E., y llegó, con dos dias de marchas forzadas, a la garganta de la cordillera por donde pasa el Meandro (1), rio-dios que separa la Lidia de la Caria: sin detenerse un punto, tal era la ansiedad que mostraban los soldados por encontrarse de nuevo con el enemigo, el ejército siguiendo el itinerario que se habia marcado en Filadelfia, continuó la marcha por las amenas orillas de ese rio, tan estrecho como profundo, cuya tortuosa y rápida corriente socaba los terrenos inmediatos (2), y llegó á Niza, ciudad importante levantada sobre su orilla derecha. Aquí descansó la hueste algunos dias, pasados los cuales se dirigió á Magnesia de Mandro, ciudad principal, muy poblada y reciamente fortificada, situada á pocas leguas de la costa del mar Ejeo, sobre la falda de la cordillera de los montes *Mesogis;* la que fué elegida por los capitanes para plaza de armas y cuartel general del ejército durante la campaña de aquel año.

Mas, apenas hubieron tomado esta resolucion y el ejército comenzado á alojarse, cuando llegaron, diputados por los magistrados de Tralles, dos ciudadanos, á suplicar al caudillo de los latinos, que diese socorro á su ciudad, que sitiada por un ejército turco, estaba en vísperas de rendirse por carecer hasta de lo indispensable para alimentar á sus desgraciados moradores. Roger, en vista del aprieto en que se encontraba la ciudad, dió órden para que el ejército, de

(1) Segun los poetas de la antigüedad, fué hijo del Océano y del Tétis, y padre de la ninfa Cianea.

(2) Esta circunstancia dió origen á una costumbre singular en los tiempos antiguos. Los propietarios, cuyas tierras sufrían menoscabo por sus aguas, entablaban una demanda contra el rio y recibian una indemnizacion de los productos de los portazgos establecidos á lo largo de su curso. Malte-Brun.—*Geografía universal.*

jando sus bagages en Magnesia y armado á la ligera, se pusiese en marcha en aquella misma hora, para acudir al socorro de la plaza sitiada. Y á fin de obrar con mas celeridad, destacó una vanguardia al mando de Corbaran de Lahet, compuesta de doscientos caballos ligeros y mil almogavares, capitaneados por Ugo el adalid. Corbaran hizo tal diligencia, que llegó á Tralles durante la tercera vigilia de la noche del dia en que salió de Magnesia, habiendo andado en diez y siete horas las treinta y ocho millas de camino que separaban las dos ciudades.

Sin dar á sus soldados mas que dos horas de descanso, el activo capitan mandó tocar armas, cuando empezaba á apuntar el dia, noticioso de que los turcos tenian por costumbre dar al amanecer sus ataques contra la plaza,

Pocos momentos despues, la confusa griteria de los musulmanes dió aviso de su llegada, Corbaran mandó que los dejasen aproximar hasta el pié de la barbacana, sin hacer demostracion de ponerles resistencia; y cuando los vió, que llenos de confianza por ignorar la llegada del refuerzo, se preparaban á dar el asalto á las murallas, mandó abrir las puertas de la ciudad que daban sobre el campo contrario, y salió la carrera, cargando vigorosamente al enemigo á la cabeza de su hueste y una parte de la guarnicion de Tralles. Tan recia é impensada acometida, las armas resplandecientes de la caballeria, el modo de pelear y el estraño equipo de los almogavares, llenaron de tal sorpresa y terror a los turcos, que muy luego volvieron la espalda, y huyeron á la desbandada para buscar un refugio en las enriscadas montañas que pue se estendian al norte de Tralles.

En tanto que la infanteria seguia espada en mano á los fugitivos, Corbaran, al frente de sus caballos, y seguido de Ugo y otros adalides montados. se arrojó al alcance de un escuadron de mil Spahis turcos, que por el estandarte de cola de caballo que llevaban, el lujo de sus vestiduras y el órden con que se retiraban, dieron a entender á los españoles era gente principal.

Aguijoneados por el temor y armados mas á la ligera que sus contrarios, los ginetes musulmanes pudieron guarecerse en las asperezas de una montaña. antes que la caballeria española, embarazada con el peso de las armas, lograra darles alcance. Llegados allí, dejaron los *misracs* (1) y se aparapetaron detras de los accidentes del

(1) Lanza que usaba la caballeria regular de los turcos.

terreno, desde donde con dardos, flechas y piedras rechazaron la caballería española cuantas veces intentó subir á galope por las quebradas pendientes del cerro. Irritado el intrépido Corbaran de verse atajado en medio de su triunfo por un puñado de infieles, mandó echar pié á tierra á sus ginetes, con intento de subir con mas facilidad contra los parapetos del enemigo; empero su resolusion fué vana, pues los turcos se defendieron con gentil denuedo, haciendo rodar desde la eminencia gruesas piedras que desordenaban á cada paso las columnas que los asediaban con porfia. Ciego de furor, el bizarro Corbaran, con mas temeridad que prudencia, se desnudó el arnes y arrojó lejos de sí la celada, para trepar mas suelto y lijero; y asi desarmado embrazó el escudo, y al grito Aragon! ¡Cierra España! se lanzó denodado, seguido de sus soldados, á la cima de la montaña.

Ya habia logrado desalojar al enemigo de sus primeros reparos; ya sus ojos brillaban con el fuego del entusiasmo y sus labios trémulos de gozo proclamaban la victoria, cuando una fatal saeta, que le entró por un ojo, le dejó caer moribundo en brazos de Ugo que combatia á su lado.

Al ver muerto á su caudillo, los soldados lanzaron gritos de venganza, y haciendo un esfuerzo desesperado, pudieron llegar hasta los turcos, atravesando por medio de una incesante lluvia de piedras y saetas. Entonces desapareció la superioridad que las ventajas del terreno daban á los infieles sobre los latinos, y el combate pudo tener lugar cuerpo á cuerpo y con la espada.

En tanto que los veteranos españoles hacian con la mayor parte de los turcos una horrible hecatombe de víctimas humanas, inmoladas sin piedad para aplacar los manes de su general, Corbaran, tendido en tierra y apoyada su cabeza sobre el pecho del adalid, decia con voz que las ansias de la muerte hacian apenas inteligible:

—Ugo, amigo;..... tomad debajo de mi falsopeto una banda bordada..... teñidla en mi sangre..... y llevadla á mi gentil señora Elfa..... decidla que muero como bueno, pensando en Dios y en ella..... Que no dé oidos á las razones de Bernaldo Rocafort,..... decidla que si no encuentra un corazon ordenado como el mio para amarla, que se guarde en un monasterio é pida á Dios por mí, como yo le pediré por ella.....Decidselo..... vos escuchará, ca vos tiene en grande estimacion, como todos...,... Tomad para vos mi espada, é guardádme en la memoria..... Hora, Ugo amigo..... allegaos,..... quiero vos besar en la mejilla.....

Ugo aprocsimó su rostro inundado en lágrimas, y recibió en él un ósculo de paz y el alma del caballero.....

Asi murió el noble, el generoso y esforzado Corbaran de Lahet, lidiando como bueno por el triunfo de la cruz y la gloria de su patria.

Pocos momentos despues de haber espirado el general, los soldados bajaron de la cúspide de la montaña, satisfecha su venganza con el degüello de cuantos enemigos pudieron alcanzar con la espada.

A una señal de Ugo, aquellos invencibles veteranos, cuyos ojos se llenaron de lágrimas al contemplar las yertas facciones de su caudillo, hicieron un lecho con ramas y hojarasca, depositaron en él el cadáver, y cediendo á cuatro almogavares la honra de llevar el cuerpo frio del general de la infanteria, emprendieron silenciosos el camino de Tralles, conduciendo sus caballos por la brida.

. . . . . .

. . . . . .

Entre las horas de prima y tercia llegó el grueso del ejército á la ciudad, y supo antes de penetrar en el recinto de sus murallas la victoria alcanzada por Corbaran sobre los turcos. Con el placer del suceso los soldados dieron al olvido las penalidades de la marcha forzada que trajeran, y en vez de buscar el descanso en los alojamientos, la mayor parte salió al campo para recibir á sus amigos y compañeros.

Roger reunió en su posada los principales capitanes de la hueste, con el objeto de felicitar á Corbaran, y escuchar de su boca los detalles del encuentro venturoso de aquella mañana.

Sentados se hallaban todos en derredor de una mesa, y tomando un frugal desayuno, cuando se presentó en la sala Ugo el adalid. Sorprendidos los caballeros de verle llegar con los ojos preñados de lágrimas y el semblante desfallecido, miraron á Roger de Flor, que se habia puesto en pié para estrecharle las manos, esperando con inquietud que le preguntase la causa del pesar que se retrataba en su fisonomia.

—Qué es ello!—esclamó Roger despues de un momento de silencio—vuestra tristeza, mozo, nos anuncia malas nuevas.....,. ¿Han sido vencidos los nuestros?

—No, señor caballero,—respondió el adalid suspirando tristemente—han vencido, como siempre, y degollado cuantos enemigos tuvieron al ojo.

—Ora pues, ¿de dónde procede la congoja de vuestro ánimo?

—Señor,..... el noble y lozano caballero, Corbaran de Lahet, general de nuestra infantería, ha sido muerto de una saeta, que se le entró por la cabeza, cuando lidiaba como bueno el primero entre los soldados.

—Ah!—hizo Roger retrocediendo hasta apoyar la mano izquierda sobre la mesa, y llevándose la derecha sobre la frente y los ojos.

Todos los caballeros se levantaron con el rostro demudado, al oir las palabras de Ugo, en cuyo rostro fijaron sus miradas con anhelante curiosidad.

Trascurridos algunos instantes de angustioso silencio, Miser Ramon Montaner, instó adalid para que refiriese los detalles de la muerte de Corbaran; y Bernaldo de Rocafort fuese á poner junto á Roger con intento de darle consuelo.

El mancebo satisfizo el deseo de los caballeros, y cuando hubo concluido la triste narracion, Roger esclamó con dolorido acento.

—Amigos, cara jornada es esta, que en ella perdimos uno de los mas esforzados y leales caballeros de la hueste..... Dios lo quiso llamar á su gloria, hágase su voluntad..... Pero en tanto que los bienaventurados reciben con gozo á tan buen caballero, nosotros debemos honrarlo y vengarlo cumplidamente.

Todos los circunstantes se asociaron con calor al pensamiento del caudillo, y sabedores de que el cuerpo de Corbaran estaba ya dentro de los muros de la ciudad, pidieron licencia para ir á disponer la pompa de los funerales con que habia de ser sepultado. Roger dió su permiso; mas detuvo en su compañía á Rocafort y Montaner, para tratar con ellos, segun les dijo, asuntos de grave importancia. Ugo también permaneció en el aposento en actitud de esperar órdenes; pero en realidad, detenido por un secreto presentimiento que hacia latir su corazon con sobresaltado temor. Sin poderse dar cuenta del motivo de su alarma, sus ojos se fijaban con visible inquietud en el semblante de Roger, de Montaner y de Rocafort; viendo brillar en el de este último, á traves de su habitual aspereza, una espresion de contento que helaba la sangre en sus venas.

Cuando estuvieron solos, Rocafort esclamó, tomando una mano á Roger:

—Señor caballero; demos treguas al sentimiento, ca no cumple á hombres de nuestra valia, llorar como mugeres el mal que avino al buen Corbaran, sino vengarlo como caballeros; y esto presto, pues cuido que la hueste estará impaciente por dar buena cuenta de

esos perros que le mataron el general.

Decis bien, pesiami—respondió Roger moviendo la cabeza con lentitud—mas cuidad tambien que he perdido en este mal aventurado encuentro, mas que otro alguno; pues han me muerto con el senescal de la infanteria el esposo de mi hija..... Y si mañana me matan á mi ¡quién tornará por la huérfana cuitada!

—Yo!—esclamó Rocafort estrechando entre las suyas una mano de Roger.

—Vos!—replicó sorprendido el Megaduque, y mirándole con una espresion de duda.

—Yo!—continuó el rico-hombre catalan con creciente ecsaltacion—que ha tiempo vos conozco, y vos tengo por ende en grande estima..... Yo, que puedo ocupar el lugar que dejara Corbaran de Lahet, ofreciendo mi preclaro nombre é limpio linage á la hija del vice almirante de Sicilia y capitan general de los ejércitos imperiales; y mi bandera á nuestra infanteria para conducirla á la victoria.

El júbilo que se apoderó de Roger al escuchar las palabras del caballero, hizo que se borrara por un momento de su memoria la dolorosa impresion de la muerte de Corbaran. Porque le fué grato el ofrecimiento de Rocafort, no solo bajo el punto de vista de las ventajas que le reportaba el enlace de su hija con un rico-hombre que llevaba uno de los apellidos mas ilustres de Cataluña, sino porque aseguraba el porvenir de Elfa, y la fidelidad hácia su persona de un hombre soberbio y ambicioso, cuyas intenciones de suplantarle en el mando de la hueste eran notorias á todos los capitanes, entre quienes, Rocafort, tenian muchos parciales. Estas consideraciones le movieron á aceptar con inequívocas muestras de alegria y reconocimiento la propuesta de Bernaldo, y este lleno de alegria, al ver colmada la medida de sus deseos, se arrojó en sus brazos, y los dos nobles caballeros sellaron con una tierna espresion el contrato verbal que los ligaba á fuer de leales.

Montaner aplaudió el concierto de los capitanes, dando asi con su aprobacion cierta solemnidad á las capitulaciones del futuro matrimonio del noble Rocafort con la gentil señora Elfa. Viendo en tan buen camino de union á los que hasta entonces considerara separadas por una rivalidad, que pudiera ser funesta al ejército, manifestó cuanto convendria á los intereses de todos, que Rocafort fuese nombrado Senescal de la infanteria; lo cual se aprobó por los dos amigos, porque de esa manera, con la distribucion del mando, po-

nian coto al secreto antagonisnio que los dividia.

Llenos de satisfaccion los tres caballeros, salieron de la estancia para reunirse con los demas capitanes en el funeral de Corbaran de Lahet; sin cuidarse del adalid, cuya presencia apenas advirtieron preocupados como estaban con la importancia de los sucesos del momento.

El sin ventura Ugo, desde que viera por el jiro de la conversacion el punto donde habia de ir á parar, inclinó la cabeza sobre el pecho, y se resignó con la agonia de un reo á escuchar su sentencia de muerte. Mas cuando oyó las palabras de consentimiento de Roger de Flor, sus piernas comenzaron á flaquearle, y tuvo que retroceder hasta apoyarse contra la pared por no caer en tierra, espantado ante el abismo que acaba de abrirse bajo sus plantas.

Rocafort se llegó á él antes de abandonar la sala, y cuando se hubo cerciorado de que nadie podia verle ni oirle, tomó al mancebo por un brazo, le atrajo con dureza hácia el hueco de una ventana, y con voz sorda le dijo, acentuando lentamente cada palabra.

—Tiempo ha que me es notorio vuestro amor por la hija de Roger..... cuidad, pues, que de hoy mas, no es esposa de Corbaran, sino de Bernaldo Rocafort....., Haced por olvidarla; y si no ha fuerza en vuestro corazon para ello, haceos matar en el primer encuentro, ca se teneis corazon para morir como bueno..... Hacedlo, porque si os topo en mi camino, os mando enforcar por ende como villano..... Tenedlo bien entendido.

Cuando hubo terminado de proferir esta amenaza, el soberbio Rocafort soltó el brazo del adalid, le miró con gesto sañudo y le volvió la espalda lentamcnte, saliendo de la sala con paso recio en pos de Roger y de Montaner.

Ugo quedó inmóvil, anonadado y sin fuerzas para replicar.

XVI.

No solo le lloró Zaida
Pero acompáñanla cuantos
. . . . . .
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo.
Romancero general.

La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido
Y al crujir los arneses de diamante.
D. Angel de Saavedra.
Oda á la Victoria de Bailen.

La muerte de Corbaran de Lahet trocó en lágrimas el placer de la victoria. Veinte y cuatro horas despues de acaecido el suceso, el cádaver del malogrado senescal de la infanteria, armado con un arnes de guerra, fué llevado en una lujosa camilla cubierta con ricos paños negros bordados de oro, por seis caballeros de la hueste, para ser enterrado en un templo situado á dos leguas de la ciudad, en el que se conservaba el cuerpo de San Jorge. El ejército todo, con lágrimas en los ojos, formaba la comitiva, y la mayor parte de los habitantes de Tralles, se unieron á los soldados para tri-

butar los últimos honores al bizarro y sinventura caudillo.

Diez españoles, que habian muerto en la jornada, fueron sepultados en derredor del senescal; y concluidas las fúnebres honras, mandó Roger que se labrase un sepulcro de mármol, para cumplir y eternizar la memoria de tan ilustre capitan.

Ocho dias despues regresaron los caballeres españoles á Tralles, donde les esperaba la grata noticia de la llegada á Chio, de doscientos hombres de armas y mil almogavares, soldados de la hueste de Rocafort, que venian de Sicilia, donde permanecieran dando guarnicion á los castillos que el rico-hombre catalan tenia por D. Fadrique, hasta que les fueron satisfechas las pagas que se les debian por razon de sus servicios durante la guerra última.

Roger mandó luego á Ramon Montaner con veinte caballos para dar la bien venida en su nombre á la pequeña hueste, y para que la condujese á Efeso, hácia donde se puso en marcha todo el ejército.

Reunidos los antiguos compañeros de peligros y de glorias en la guerra de Sicilia, se entregaron sin reserva á los trasportes de una justa y sentida alegria, considerandose ya suficientes en número para llevar á feliz término la grandiosa empresa que habian acometido en Asia.

De Efeso, el ejército marchó sobre el puerto de Ania, donde se encontraba, por órden de Roger, la armada con su almirante Fernando Ahones. En esta ciudad celebróse consejo de guerra para acordar la prosecucion de la campaña, y elejir el camino y las provincias donde fuera mas conveniente operar.

Prévios largos y concienzudos debates, el consejo resolvió, casi por unanimidad, dirijirse por la Pamphilia á la Cilicia y faldas del monte Tauro, donde se encontraban las mayores fuerzas de los infieles. Heroica y temeraria resolucion, atendido el corto número de los soldados de España; empero que fué recibida por estos con tanto entusiasmo como alegria.

Vista la decision de los soldados que anciaban cojer nuevas cosechas de laureles, alentados con el gusto de las victorias pasadas, los capitanes convinieron en emprender la marcha, á los seis dias de su llegada á Ania. Mas antes de verificarla, Roger, con el deseo de operar con mayor celeridad y desembarazo, envió á Magnesia del Meandro, ciudad fuerte que habia elejido para plaza de armas, todo el dinero, caballos, armas y bagajes, con una escolta de seicientos ma-

sajetas, á quienes encomendó la guarda de los haberes del ejército, y el presidio de la plaza.

Despreciando los rigores de la estacion del estío y los peligros de tan larga y arriesgada jornada, cuyo oscuro y dudoso desenlace debieran intimidar el valor de cualquier soldado, la hueste española se puso alegre en marcha, atenta solo á ganar honra y fama inmortal. ¡Que importaba á aquellos héroes el número de provincias amigas y enemigas que tenian que atravesar; el enjambre de aguerridos escuadrones turcos con quienes habian de lidiar, y el desamparo en que se encontrarian lejos de todo auesilio y socorro! ¿No tenian su incontratable táctica y disciplina; su invencible valor; la fé en la proteccion de *Nuestra dona Santa María*, y sus espadas y lanzas á cuya llamada nunca se mostrara sorda la Victoria?

Marchando ora con celerida, ora con despacio, segun que la comodidad de los lugares lo permitia; consolando á los pueblos cristianos durante tu largo camino, y animándolos á la defensa de la Fé, el ejército español atravesó aquel inmenso territorio que se comprende entre la cordillera de altas montañas que procedentes de la parte occidental de la meseta central del Asia, recorren como una inmensa serpiente todas aquellas rejiones hasta terminar en las islas de Samos y de Chio, y las costas del mar Egeo, sin encontrar un enemigo; que todos huian á la aprocimacion del ejército cristiano de Roger de Flor.

Los ecos de los valles, selvas, montañas, rios y torrentes de la Caria, Licia, Pamphilia y Cilicia repitieron con asombro el ruido de las pisadas de los hombres y caballos de Aragon y Cataluña; y todos los pueblos y moradores de aquellos ricos, feraces y deliciosos paises, los recibieron con palmas y los obsequiaron espléndidamente, mostrando asi el general contento con que eran mirados los nuevos defensores de la Cruz.

De triunfo en triunfo pacíficos, la hueste marchó pisando las huellas que dejara impresas en la tierra Alejandro Magno, diez y siete siglos antes, y llegó á la ciudad de Tarsus, sobre las orillas del Cidno; rio memorable, cuyas frias aguas pusieron en inminente peligro la vida del vencedor de Dario.

Eran los últimos dias del mes de Agosto cuando el ejército español se alojó en la ciudad donde se le permitió algun descanso: que buena falta le hacia despues de tres meses de marchas penosas en medio de los calores de la canícula.

En los primeros de setiembre, refrescado ya y dispuesto para proseguir batiendo la campaña ne busca del enemigo, se puso en marcha hácia las faldas del monte Tauro en direccion del *Pile*; uno de los tres pasos tan estrechos como dificiles, (1) por donde se penetraba de la Cilicia en la Armenia menor.

Marchando unido, alegre y á la lijera con noticia que tuvo de que los turcos le esperaban enriscados en las asperezas de la cordillera y en las inaccesibles montañas que forman las gargantas del paso, el éjército salvó en pocas horas los deliciosos valles y prodijiosas vegas que se estienden por las faldas del Tauro, regadas por infinitos arroyos, y los rios Piramo y Cidno, y llegó en la tarde del segundo dia á la vista del paso llamado *Pile*.

Aqui hizo alto, y Roger mandó alzar tiendas para pasar la noche y tomar consejo antes de penetrar en el desfiladero.

Con este objeto, reunió en la suya á los principales cabos de la hueste á consejo general, y entre ellos acudió Ugo, cuyo parecer no podia desestimarse en tan supremo momento.

Era tan dificil y peligroso el empeño que habian tomado, que consideraron necesario usar de tanta prudencia como valor y cautela para no esponerse á sufrir una derrota, cuyas consecuencias serian el completo esterminio del ejército cristiano, y la pérdida definitiva de todas aquellas provincias.

Duró el consejo toda la noche; y en tanto discutian los capitanes, iban llegando con frecuencia los espias que se mandaran para reconocer al enemigo.

Al cuarto del alba penetraron á la carrera y faltos de aliento en la tienda de Roger, Cap de Estopa y Coll de Cabrills, quienes fueran enviados por Ugo, en calidad de escuchas, hácia el campo enemigo; al cual se aproximaron tanto, arrastrados por su natural temeridad, que hubieron de cambiar algunos dardos con las avanzadas musulmanas. Así que se hubieron repuesto de la fatiga, refirieron á los miembros del consejo, como los turcos, viéndose descubiertos y que su traza les habia salido vana, habian abandonado sus reparos, y que con el mayor sigilo se adelantaban por la llanura para caer sobre el ejército antes que pudiera tomar posiciones, lo cual aconteceria á la salida del sol.

En vista de la proximidad del pelígro el consejo se disolvió,

(1) Quinto Curcio, *Vida y acciones de Alejandro Magno* Lib. III c. IV,

facultando á Roger de Flor para obrar con arreglo á la circunstancia. Los capitanes se retiraron á sus tiendas, donde se armaron aceleradamente, y mandaron tocar las trompetas para que los soldados recojiesen las suya y se aparejasen para entrar en batalla.

Pocos momentos despues, el silencio mas profundo habia sucedido al estrépitoso rumor que produjera la alarma, y los escuadrones y compañias estaban formados y preparados, con sus cabos al frente, para ejecutar las órdenes que les comunicara el caudillo.

Cuando los primeros rayos del sol iluminaron la campiña lo bastante para que ambos ejércitos pudieran considerar sus fuerzas respectivas, el de los cristianos vió con sorpresa, pero sin temor ni sobresalto, las del infiel, que como una inmensa faja, cuyos cabos no alcanzaba la vista á descubrir, estaba pronto á ceñirle por todos los costados.

Roger estuvo contemplando durante algunos instantes y con secreta inquietud, el órden de batalla que tomaba el enemigo; porque era contrario á lo que hasta entonces habia visto practicar á los turcos.

Estos, con tanta prevision como estratejia militar, se habian detenido asi que avistaron el ejército cristiano que permanecia inmóvil y formado en profundas masas sobre declive de unos cerros donde se disponia á tomar posiciones; acto continuo reunieron toda su caballeria en número de diez mil jinetes, y la situaron por el llano frente al costado izquierdo del campo latino, en tanto que sus masas de infanteria, fuertes de veinte mil peones, se escalonaban por la derecha con intencion manifiesta de ganar las alturas, y desde ellas combatir á los soldados de la cruz, cuya pérdida era inevitable, teniendo los infieles la vega y los cerros con triplicadas fuerzas.

La situacion del ejército español, con estas maniobras, se hizo en estremo dificil. Perdidas las posiciones, imposibilitado de avanzar sin peligro inminente, ni retroceder sin deshonra, y reconocida la superioridad numérica del enemigo, solo un golpe de audacia podia salvarle de la derrota; mas tambien podia acelerarla. Esto considerado, Roger, con el temor de llevar sobre sus hombros todo el peso de la responsabilidad del caso, hizo señal para que se le reuniesen los principales capitanes, á fin de concertar ejecutivamente con ellos el plan de batalla.

Obedecieron con prontitud, formando un círculo á caballo en derredor del caudillo, y manifestando en sus semblantes la misma inquietud que devoraba á Roger. Diéronse con celeridad algunos pa-

receres, que fueron tan pronto desechados como oidos, llegando por último el turno á Ugo para emitir el suyo. Como hiciera esperar su opinion mas de lo que la natural impaciencia de los capitanes podia tolerar, Roger esclamó, señalándole con la mano derecha:

—Veamos el adalid, ¿qué nos dice para salir de este aprieto?

—Señor:—respondió Ugo levantándose sobre los estribos—cuido que si intentamos ganar las alturas, perderemos tiempo y fuerza, porque el enemigo las puede tomar antes; é matara é ferirá en nosotros á mansalva, en tanto que su caballeria dará sobre las compñias por la reguarda y nos pondrá en duro trance de perder la batalla.

—No vais errado, mozo —esclamó Roger moviendo la cabeza en señal de conformidad.— Mas hora decid ¿cómo habremos de hacer para salir de tal deshonra y quebrantamiento?

—Señor,—continuó el adalid—la mas grande fuerza del turco está en su caballería; cá de sus peones poco temor habremos cuando no esten enriscados..... Por ende, pues, sera fuerza que demos sobre aquella y que la rompamos.... ¡que la romperemos señor! Y entonces, dueños del llano, podremos sin cuidado esperar los peones, que si son osados de llegar hasta nosotros habran de pagar caro su atrevimiento.

—Y no cuidais— replicó Roger arrugando el entrecejo— que eso que vos proponeis es lo mesmo que queremos evitar; porque cuando peleemos en el llano con la caballería, y en tanto dura la briega, los peones nos cargaran por la espalda, y les habremos dado ocasion para ejecutar lo que desean.

—Digo vos, Señor—contestó el adalid con entereza— que si dais vuestra permision á los almogavares, ellos solos daran aina sobre aina tan buena cuenta de los jinetes enemigos, que cuando llegue la infantería á prestarle ayuda, si es que no ha podido ser arredrada por nuestra caballería, ya no tendran á quien amparar.

La audaz proposicion del adalid fué aprobada por Roger, mas no por el resto de los caballeros cuya orgullosa altanería se sintió herida al oir una opinion que envolvia la idea de superioridad en favor de los almogavares, y que ponia á estos en el caso de revindicar para ellos solos el honor de haber salvado todo el ejército; asi que, se opusieron tenazmente á que se adoptase el plan de Ugo; y como cada minuto que trascurria era para ellos un siglo de zozobras é inquietudes, acordaron á pluralidad de votos dar la batalla, oponiendo á la caballería la caballería y á la infantería los soldados de su misma arma; maniobrando desde luego de manera á traer sobre el llano

todo el peso de la batalla, con el fin de hacer perder á los turcos las ventajas que les dieran la posiciones que pudieran ocupar, si la accion se empeñaba en el terreno en que ambos ejércitos se encontraban situados.

Los capitanes saludaron con la espada al caudillo, y partieron á toda rienda hácia sus puestos para poner al ejército en el orden de batalla que habia acordado. Rocafort, Montaner, los hermanos Oros y el adalid se reunieron con los almogqvares y ballesteros; y el general del imperio, Marulli, con las cohortes griegas. Roger de Flor, Martin de Logran, Siscar, Alvero, Gomez y Palacios, se incorporaron con la caballería y pocos momentos despues los soldados de la Cruz estaban en órden de buenos guerreros esperando la señal para lanzarse sobre los infieles.

Por uno de esos incomprensibles fenómenos, tan frecuentes en una numerosa reunion de hombres que tienen ante los ojos un peligro inminente, á medida que crecia la inquietud en el corazon de los capitanes, se aumentaba el entusiasmo y confianza en el ánimo de los soldados *«que antes de vencer, se daban unos á otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.* (1)

Sin embargo, era demasiada imponente y amenazador el número y actitud de los enemigos, para que los soldados de España se atreviesen á esperar una completa y poco costosa victoria con su solo esfuerzo y ardimiento; asi que, arrastrados por el sentimiento de una fé pura, y por la ciega confianza en la proteccion del cielo, cuya santa causa iban á sostener, aquellos rudos soldados, de alma sincera y creyente, se arrodillaron todos á la vez sin que voz alguna se lo prescribiere, y en confuso clamor entonaron una salve á la Vírgen, é invocaron los santos del Paraiso con cuya proteccion contaban. Terminada su corta ferviente y sublime oracion, se pusieron en pie, y pidieron á gritos ser conducidos pronto al enemigo.

Con las últimas voces del ejército español, coincidieron los primeros movimientos hácia adelante del turco. Dos brillantes cuerpos de *Spahis* (1) fuertes cada uno de mas de dos mil hombres, sobre, cuyos ordenados escuadrones ondeaban la bandera y la cola de caballo, insignias que denotaban ser un príncipe quien los mandaba, cargaron á toda rienda por el costado izquierdo de la ca-

(1) D. Francisco de Moncada.
(1) Caballería regular.

caballería española, en tanto que seis ó siete mil *Akigns* (1) avanzaban trote largo con intención de interponerse entre esta y su infantería.

Roger abarcó con una sola mirada el movimiento estratéjico del enemigo, y los fatales resultados que podria tener para su ejercito, si los turcos realizaban el plan que habian concebido. En su consecuencia, estimando que el punto mas importante y que mas debia conservar, era su costado derecho, pues á ser roto se veria separado de su infantería en la cual tenia puestos los ojos, mandó á los escuadrones griegos y á los caballos masajetas que saliesen al encuentro de los *Spahis*, y él, al frente de los hombres de armas y ginetes de Aragon se lanzó sobre la caballería irregular de los turcos.

El choque fué espantoso; mas de catorce mil caballos se dieron pecho contra pecho.

Al mismo tiempo que la caballería musulmana se lanzaba á la carga, su infantería, atronando el espacio con gritos salvajes, y nublando el cielo con una espesa lluvia de saetas, se arrojaba sobre las compañías españolas y las cohortes griegas. Los *Piades* (2) se adelantaron en compactas masas, en tanto que los *Asabes*, (3) bárbaros y feroces soldados treparon con la ajilidad de los lobos hacia las alturas para envolver el costado derecho de las compañías españolas.

Rocafort, sereno en medio del peligro, ordenó á sus infantes ejecutar el mismo movimiento estratéjico que Roger á sus caballos: es decir, opuso á los *Asabes* las compañías almogavares, y á los *Piades* las falanjes griegas.

La sabia evolucion de los dos caudillos detuvo el impetu del enemigo; y si bien no logró rechazarle, al menos le obligó á combatir desde luego cuerpo á cuerpo y con la espada; lucha en que los españoles tenian tanta ventaja por lo recio de sus golpes y por sus armas defensivas.

Los almogavares ejecutando prodigios de valor, certeza en sus tiros y agilidad, lograron desalojar en pocos momentos á los *Asabes* de las alturas; é hiriéndolos con rigor y acosándolos sin tregua, les hicieron volver las espaldas, é huir casi en desórden hasta ampararse de los *Piades*, al abrigo de los cuales se rehicieron, dando de nuevo frente á las compañías.

(1) Caballeria lijera irregular.
(2) Infantería regular.
3) Infanteria irregular.



Bernaldo Rocafort

(traje de batalla)

Empero esta primer ventaja fué desgraciadamente pasajera; la derrota de los *Asabes* parecio haber aumentado el recio empuje de los regulares, que con igual celeridad arrollaron las cohortes griegas, é introdujeron en sus filas un principio de dispersion. Sin embargo, un cuerpo de dos mil *Drungus* (1), capitaneado por Marulli, y situado sobre un terromontero, resistió con denuedo el ataque de los *Piades*, y aun los rechazó repetidas veces con tan buen órden y valor, que llamó sobre sí el mayor peso de la batalla. Alentadas las cohortes por el ejemplo de aquellos buenos soldados, se rehicieron acudiendo de nuevo á la pelea; empero fueron rechazados otra vez, y con tanta pérdida de gente que comenzó á introducirse el pánico en sus filas. Libres los *Piades* del mayor número de enemigos, cargaron con tan incontrastable rigor sobre los *Drungus*, que los desalojaron de su posicion y los obligaaon á batirse en retirada; lo cual acabó por hacer desmayar completamente el corazon de los soldados imperiales.

Crítica y desesperada fué desde entonces la situacion de la infanteria española, viéndose en inminente peligro de ser totalmente envuelta por veinte mil enemigos, cuando ella apenas podia contar con seis mil soldados. En tan supremo instante, el esforzado Rocafort, cuya mirada recorria sin cesar todo el campo de batalla, en tanto que su brazo, blandiendo una pesada maza de armas, sembraba por do quier la muerte, se alzó sobre los estribos, y dirigiéndose al anciano Montaner, que hacia de su persona como el mas esforzado campeon, esclamó, con voz que dominó el tumulto de la pelea.

—Sent Jordi y Cataluña..... ¡A mi con los vuestros!

Y clavando los acicates hasta el talon en los hijares de un brioso caballo, se lanzó sobre los *Piades*, á la manera que un peñasco, desgajado de la cima de una montaña, rueda, bota arrollando cuantos obstáculos se oponen á su carrera, y solo se detiene en el valle, cuando ha terminado su obra de destruccion.

Alentados los *Drungus* con la presencia del invencible caudillo, sintieron renacer el valor en sus corazones, y apiñándose presurosos en su derredor, intentaron tomar la ofensiva para volver por su honra. Vana esperanza! oprimidos por el número de los contrarios tuvieron

(1) Tropas ligeras que existieron en el imperio griego, en que solo se admitian soldados fuertes, robustos y animosos que pudiesen resistir las fatigas de una campaña.—Moreti, *Diccionario militar*.

que retroceder, perdiendo en este último é infructuoso ataque la flor de sus soldados.

Huyen los *Drungus*, y con ellos todas las cohortes; mas queda Rocafort, quien sin cuidarse de que, ni Montaner le ha seguido con sus almogavares, por no haber oido sus voces y estar conteniendo á duras penas el empuje del emjambre del *Asabes* que tiene sobre los brazos, ni los griegos le guardan las espaldas, corre de aquí para allá contrarrestando él solo al enemigo, y dando tan descomunales y certeros golpes con la maza de armas, que cada uno estruja un turbante sobre el cráneo despedazado de un musulman; llegando, por último, á formar un ancho cerco de cadáveres en derredor de su caballo. Este con las narices dilatadas y rojas cual si brotaran sangre, y los ojos encendidos, secunda con el brio y agilidad de sus movimientos los deseos del guerrero, pareciendo tomar parte de propia voluntad en la carniceria.

Aterrados los turcos, se detienen, y ninguno osa ponerse ya al alcance de aquel temible brazo; empero, mientras el mayor número continúa el alcance de los vencidos griegos, doscientos de los mas audaces se juntan en cerco, y á la distancia de un tiro corto de flecha, arrojan un nublado de saetas que cubren al ginete y su caballo.

Las bien templadas armas del rico-hombre catalan rechazan como un muro de granito los dardos enemigos; mas no asi la cubierta de malla de su caballo, que se mira hecha pedazos á impulso de los repetidos golpes de las armas arrojadizas, quedando muy luego el animal á manera de un puerco espin erizado de flechas.

Rocafort sintió de pronto temblar bajo sus piernas al fogoso bridon, y adivinó que iba á caer en tierra abrumado de fatiga, y debilitado con la pérdida de la sangre que brotaba de sus infinitas heridas comprendió tambien, que el instante en que esto aconteciera seria el último de su vida; y entonces cruzó por su mente un vértigo que le hizo estremecer, mas no de miedo, sino de rabia y desesperacion al considerar que moriria en medio del oprobio de una derrota.

Exaltado hasta el delirio con esta idea, se alzó sobre los estribos, blandió con furor por encima de su cabeza la maza que goteaba sangre, y echando el cuerpo hácia adelante para ayudar al movimiento de su caballo, cuyas entrañas desgarró con los acicates, intentando lanzarlo sobre los turcos, esclamó, con gritos que se oyeron en todo el campo.

—Sent Jordi me valga!.... Aragon, Aragon!!.... A mi los almogavares!!!

Acababa de pronunciar la última sílaba cuando el corcel se desplomó de golpe exhalando un relincho prolongado que se apagó lentamente con su vida.

Rocafort cayó sobre un charco de sangre, y quedó con la pierna izquierda cojida bajo el cuerpo de su caballo; quiso incorporarse, mas los turcos se precipitaron sobre él dando desaforados gritos y descargando sobre todo su cuerpo una granizada de golpes de alfange.

En tanto que el costado derecho del ejército español se veia en tal aprieto, que sin el esfuerzo y teson de las compañías almogavares la derrota hubiera sido general é inevitable, en el ala izquierda, donde peleaba la caballeria, la victoria se mantenia indecisa entre uno y otro bando.

Poco esfuerzo habian necesitado los recios hombres de armas de Cataluña y Aragon para romper por entre las desordenadas é indisciplinadas masas de los *Akings*, que mal pertrechados, y sin armas defensivas ofrecieron abundante pasto a las hachas, espadas y lanzas de los mesnaderos. Empero no sucedia lo propio entre los valientes *Spahis* y la caballeria imperial; aquellos, soldados tan aguerridos como diestros jinetes, arrollaron desde luego los primeros escuadrones de griegos y masajetas, y los tuvieron por largo espacio de tiempo espuestos á una completa dispersion, de la que les salvó el oportuno refuerzo de algunas mesnadas de hombres de armas, que les enviara Roger de Flor, no estimando necesaria toda la fuerza que se habia reservado, para esterminar las masas de caballeria irregular musulmana.

Finalmente, batidos los *Akings*, y viendo Roger que huian, no para rehacerse, sino en completa dispersion lejos del campo de batalla, hizo una rápida evolucion con sus escuadrones sobre el flanco derecho de los *Spahis* y les obligó á dividir sus fuerzas para resistir las diferentes cargas que recibian por el frentes y costado á la vez.

La derrora de los *Akings*, y la de la infanteria irregular turca, por las compañías almogavares, fueron simultaneas y procedieron solo de algunos momentos á la muerte del caballo de Rocafort. Ugo, que arrastrado por el torbellino y los sangrientos accidentes de la refriega, se encontraba casualmente proximo al sitio donde cayera el

Senescal, oyó las voces con que demandaba socorro, y deduciendo de ella el aprieto en que debia encontrarse, torció riendas en aquella direccion, y seguido de un corto número de soldados llegó al tiempo que Rocafort recibia los primeros golpes asestados contra su vida.

Verle; lanzarse en su socorro; acuchillar á los que mas herian sobre el Senescal y dispersarlos fué obra de un minuto para el esforzado adalid. Acto continuo se apeó, y tomando por bajo de los brazos al mal parado caballero le ayudó á ponerse en pie.

Mientras que los almogavares seguian el alcance de los turcos, Ugo recojió del suelo la maza de armas de Rocafort, y se la entregó diciéndole con acento cordial y respetuoso,

—Cuidé, señor, que os hubieran herido.

Rocafor empuñó la maza, la sujetó á su muñeca con el cordon de seda, y pusose á mirar en todas direcciones para darse cuenta del estado de la batalla. Sus labios se plegaron con una impercitible sonrisa viendo á lo lejos los espesos remolinos de polvo que dejaban en pos de si la infanteria y caballeria irregular de los turcos, que huian á la desbandada hácia el desfiladero en busca de refugió; á su frente, los *Piades* que se las habian con las compañias almogavares y las cohortes griegas, y á su derecha los ginetes turcos acosados con rigor por las mesnadas aragonesas y la caballeria imperial.

Sus! el adalid.... Vamos á ellos! —esclamó dando dos pasos hácia adelante —que bien merecemos haber parte en la victoria, cuando tan mal parados nos tuvieron poco ha.

—Tomad mi caballo, señor,—replicó Ugo ofreciéndoselo por la brida —ca buena falta debe haceros.

Rocafort miró al adalid con una espresion en que se traslucia el temor de quedar obligado á un hombre cuya muerte tenia jurada; dudó un momento, pero al fin se decidió por aceptar el ofrecimiento. Cuando tenia puesto el pie en el estribo, dió su mano al generoso mancebo diciendole á media voz:

—Os debo la vida.... y hasta que vos pague la deuda que tengo con vos, os doy seguro y pongo amistad entre los dos.... á fé de caballero.... Empero, vencido el plazo, si os topo en mi camino, vos mataré en cualquier parte donde os encuentre; estad avisado, é no me tengais por alevoso.

—Señor, —dijo el adalid por cuyas encendidas mejillas rodaron dos gruesas lágrimas que el dolor arrancó de sus negros ojos —no me tornareis la amistad ni me matareis, ca nunca vos fice mal!

—Vos mataré! replicó el implacable Rocafort—para matar en voz el amor que teneis por la hija de en Roger.

—Decis bien, señor—esclamó el triste mancebo exhalando un hondo suspiro—ca solo asi pudiera arrancarseme del pecho..... Mas, quiero vos escusar tal malfetria, muriendo como bueno en la jornada de hoy.

Esto diciendo, Ugo partió á la carrera para reunirse con los almogavares; y Rocafort le siguio á rienda suelta.

Era cerca de medio dia, cuando todos los combatientes, rendidos por la sed, la fatiga y el insoportable calor que los abrazaba; andando por encima de montones de cadáveres ó metiendo los pies en sangre hasta los tobillos, y sintiendo que las armas se les escurrian de las manos, dieron tregua á la refriega sin que voz alguna lo mandase.

En tanto duró, y en medio de un silencio pavoroso, ambos ejércitos pudieron considerar su respectiva situacion y las pérdidas que habian tenido. Los turcos vieron con espanto sus filas considerablemente diezmada, y que todas sus tropas irregulares habian abandonado el campo de batalla; pero lo que sobre todo les llenó de terros, fué el haberse invertido el órden fundamental de ambas lineas de batalla, pues hallábase entonces el ejército cristiano ocupando las posiciones que ellos tuvieran anteriormente, cerrándoles asi la retirada hácia las montañas del desfiladero. Los soldados de Roger sintieron, por el contrario, ecsaltarse su entusiasmo y confianza al considerar que sus pérdidas eran mucho menores, que habian mejorado de posiciones y que los enemigos habian disminuido en mas de una mitad.

Apenas hubo trascurrido una hora, tiempo que los capitanes españoles ocuparon en ordenar sus compeñias y escuadrones, cuando mandáronse levantar en alto las banderas de Aragon y de Sicilia; los caudillos dieron el grito de guerra, que fué repetido por todo el ejército, y los almogavares, golpeando el suelo con sus espadas y picas gritaron desaforadamente, *despierta hierro, despierta!*

A esta señal, el ejército latino cerró de nuevo con los musulmanes, con tanto empuje y ardimiento, cual si fueran tropas descansadas que hasta aquel momento no hubiesen tomado parte en la refriega.

Empeñóse de nuevo la batalla, y de nuevo se inclinó la victoria

hácia el campo español. El enemigo se desordenó y comenzó la carniceria, ejecutando los almogavares su rigor y furia acostumbrada en los vencidos. Los turcos se defendieron todavia algunos momentos con heróico valor, dejándose por último matar gallardamente, porque no les era dado esperar piedad de los implacables y esforzadas soldados de España.

La noche y el cansancio dieron fin á la matanza. Los guerreros de Rojer la pasaron sobre el campo de batalla; y cuando el nuevo sol apareció sobre el horizonte, pudieron contemplar, no sin horror, aquel vasto cementerio donde yacian insepultos los cadáveres de seis mil jinetes y doce mil infantes musulmanes (1).

La inmortal victoria del paso del *Pile* ensoberbeció en tales términos al ejército, que los soldados pidieron con instancia ser conducidos allende los montes, y penetrar en la Armenia para llegar á los confines del imperio romano, y reconquistar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores; pero los capitanes templaron esta determinacion tan temeraria, midiendo, como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa (2).

Ocho dias se detuvieron en aquellos lugares; y fué poco tiempo para recojer el inmenso botin que los turcos abandonaron en su derrota. Trascurridos algunos mas, Roger, considerando que el otoño estaba prócsimo; que dejaba á sus espaldas una multitud de provincias, de cuya fidelidad no estaba asegurado, y que carecia de espia y gente práctica en aquellas tierras, para internarse en el corazon de los pueblos enemigos, resolvió, prévio acuerdo con los capitanes, retirarse á las ciudades marítimas del litorial del mar Egeo, y pasar en ellas el invierno, hasta que hiciese tiempo de entrar otra vez en campaña con todos las fuerzas que estimaba necesaria para la conquista definitiva del Asia menor.

Resuelta la partida, el ejército, arrastrando muchos carros y acémilas cargados con ricos despojos, se puso en marcha aceleradamente, temeroso de verse sorprendido en medio del camino por las

(1) Ramon Montaner, que se halló en la batalla, afirma que este fué el número de turcos que perecieron en ella.

(2) D. Francisco Moncada,

aguas y temporales de la otoñada. Sin embargó, el caudillo puso sumo cuidado en que la retirada se efectuase con órden y á manera de triunfo por todos los pueblos que reconocieran á la ida, á fin de que no se pudiese sospechar que el miedo aguijoneaba su hueste.

A fines de octubre llegó ante los muros de Magnesia del Meandro, donde Roger habia dejado sus riquezas y el tesoro del ejército; y queriendo entrar en ella, Ataliote, gobernador imperial, le cerró las puertas y se alzó con todo cuanto los españoles tenian recojido dentro de la ciudad.

Indignados los capitanes se prepararon para castigar tan ruin alevosia; y como la plaza era fuerte y se hallaba suficientemente provista la guarnicion, armas y víveres para resistir un largo cerco, Roger mandó construir con diligencia máquinas y artificios para batir sus murallas.

Comenzaba ya la plaza á mirarse en grande aprieto, y el ejército español á saborear el placer de una ejecutiva y merecida venganza, cuando se recibieron en el campamento despachos del gabinete imperial, y órdenes terminantes del emperador Andrónico para que se levantase en horas el sitio de la plaza, y que Roger se dirigiese con sus huestes á marchas forzadas á Constantinopla, para juntarse con el *Déspota* Miguel, y un ejército imperial que debia acudir en socorro del príncipe de Bulgaria, cuñado del Megaduque, que se veia despojado de sus estados por la rebelion de una parte de sus vasallos, capitaneados por un usurpador.

Fueles forzoso obedecer, y bien á su pesar levantaron el cerco, viendo que dejaban en manos de los desleales magnesiotas el fruto bien ganado en cuatro batallas campales, durante una tan penosa como inmortal campaña de un año; y, sin sospechar la traicion con que se pagaba sus esclarecidos servicios, se pusieron en marcha hácia la ciudad de Ania. Allí se reunieron con la armada, y en tanto esta navegaba en vuelta de la boca del estrecho, el ejército seguia á marchas dobles por las deliciosas costas de la Lidia y de la Misia.

Con la tristeza en el corazon, los soldados españoles atravesaron las balsámicas florestas del monte Ida; enterraron sus pies calzados con abarcas en las ruinas de Troya y en las cenizas de Aquiles, Patroclo, Priamo y Protesilao, cuyo venerando polvo se limpiaron en las aguas del Escamandro y del Simois, y llegaron finalmente á Lampsacus. En esta ciudad, que hizo célebre el concilio tenido por los

semi-arrianos en el año 364, se embarcó la hueste en las naves de la flota, y atravesando el Helesponto por donde penetrara Federico Barbarroja en Asia en la época de la tercera cruzada, saltó en tierra en la Tracia Quersoneso.

XVII.

RODRI. No necesita pretesto
para ser nuestra enemiga.
Es fuerza que inquieta vea
hay que su bandera exalta,
que otra bandera mas alta
al viento de Italia ondea.

A. LOPEZ DE AYALA,—*Un hombre de Estado.*

Sobre un promontorio de rocas calizas situado en la costa oriental y en la mediacion de la península Quersoneso Tracio, se levantan los muros de Gallípoli, pequeña ciudad, que era en 1304 la mas importante de aquella provincia del imperio griego en Europa. Su ventajosa posicion militar, la salubridad de su clima, la estension y seguridad de su puerto y la facilidad con que podia ser defendida por tierra y socorrida por mar, movieron á Roger de Flor á elegirla por plaza de armas y cuarteles de invierno de su ejército; que alojado en ella, y en las aldeas y pequeñas poblaciones que la rodeaban, descansaba con toda seguridad de las fatigas de su campaña del año anterior.

A Nor-oeste de la plaza, sobre una eminencia comprendida dentro del recinto de sus murallas, ecsistia un castillo de mediana fuerza donde Roger de Flor habia fijado su alojamiento. Era esta fortaleza, como la mayor parte de las de segundo orden de aquella época, una fortificacion irregular, tosca y grosera compuesta de cuatro mazi-

zos torreones cuadrados, de planta y elevacion diferentes en tamaño, y unidos por lienzos de muralla de ancho adarve y espesas almenas. Tenia, ademas de las cuatro mencionadas, una mas alta que dominaba á las demás, cuya base se apoyaba en el declive E. de la eminencia y desde cuya ancha plataforma se oteaba todo el puerto, la ciudad y sus contornos en algunas millas de distancia; estaba separada unos treinta pies del recinto de la fortaleza, y unido á ella por una cortina, á modo de corredor almenado; finalmente, su solidez y ventajosa situacion la hicieron acreedora al título de Torre del Homenaje.

En la tarde de uno de los primeros dias del mes de marzo de 1304 estaban reunidos en su sala de armas, y en derredor de una tosca mesa Roger, Rocafort, el almirante Fernando Ahones, y Ramon Montaner; Roger tenia la mano puesta sobre un legajo de pergaminos, algunos de los cuales mostraban sellos de oro pendientes con cordones de seda; Montaner escribia, y Ahones se paseaba por la sala deteniéndose con frecuencia frente á una estrecha ventana que miraba al puerto, para inquirir el estado del cielo que se iba oscureciendo por momentos, cubierto por densos nubarrones que avanzaban empujados por un viento N. O.; en cuanto á Rocafort permanecia silencioso y aparentemente distraido, segun su costumbre, paseando una mirada vaga del rostro de sus compañeros á las armas que estaban colgadas en las paredes, y de aquellas al cielo tan oscuro como su tétrica imajinacion.

Roger interrumpió el silencio diciendo al anciano Montaner:—Veamos, miser, las últimas razones de esa carta.

El caballero soltó la pluma y comenzó á leer con pausa lo siguiente:

«Los daños, Señor, que nos hicieron por cobdicia los genoveses, é los engaños hechos á voz, daños é engaños con que pretenden hacernos pasar por desleales; el hurto y sinrazon que nos hicieron los magnesiotas tomándonos todos nuestros haberes é el fruto que tan bien ganado habiamos; la órden que vos, mal aconsejado, nos dísteis para que levantáramos el cerco de la plaza, dejando asi, sin su merecido castigo tamaña malfetria, tienen descontentos á nuestros soldados, que se niegan á pasar á Asia en tanto no les sea hecha justicia; dado seguro de que en adelante no serán calumniados, robados ni maltratados, y aprontadas las pagas, que se les deben. Por ende, Señor, vos suplicamos, é seguiremos las suplicaciones hasta qne nos sea he

cha justicia, para que mandeis á los oficiales de vuestra casa, nos den el dinero que se nos debe por razon de buenos servicios; ca carecemos de lo necesario para nuestra manutencion y para aderezar la armada que nos ha de llevar á Asia para continuar la guerra.»

—Decís bien—interrumpió Roger—veamos ahora estotra demanda que se nos hace, para dar la contestacion.—Esto diciendo tomó entre los pergaminos dos pliegos que leyó para sí, diciendo cuando hubo terminado su lectura.

—El señor emperador demanda á nos, por esta su carta, con sello de oro, que enviemos un socorro de dos mil almogavares y cinco cientos caballos al príncipe Miguel, que está allegando hueste para hacer guerra en Bulgaria. ¿Qué le devemos replicar?

—Que nó!—esclamó Rocafort con acento breve é imperioso, mirando fijamente á Roger.

—Que nó, dijísteis, señor caballero?—replicó el caudillo—mas no cuidais que obraremos en deservicio del emperador, y seremos tenidos por malos y desleales?

—Si teneis en tanto amancillar vuestra opinion—dijo Rocafort—entre tan ruin jente como son los griegos, podeis, si os place, mandar vuestros hombres; pero yo no daré un solo soldado de mi hueste, ca esto seria enviarlos á sufrir muerte ó malfetría.

Roger se sonrió imperceptiblemente, y contestó con acento insinuante—Amigo Rocafort, no cuidais qui si nos negamos á pasar á Asia y á la par no mandamos el socorro de hombres al príncipe Miguel, esto equivaldrá á alzar pendones contra el emperador?

—Si cuido; y no se me dá nada de ello. ¿No los alzó él contra nosotros sacándonos de Asia poco menos que deshonrados, despues de haberla conquistado toda?.... ¿No nos forzó á dejar sin castigo á los traidores y felones de Magnesia?.... ¿No nos niega las pagas que nos debe á pretesto que hubimos cuantiosos despojos de los turcos? y por último, no es manifiesto que trata de dividirnos para darnos muerte á mansalva?

—Y vos ¿qué decís de esto?—preguntó Roger á Montaner.

Digo, señor;—replicó el interpelado—que el magnífico Rocafort no vá errado; cuido que lo de la guerra de Bulgaria es una traza de que se vale el señor emperador para dividirnos, como lo fué para sacarnos de Asia, cuya conquista temió quedára para nosotros.

—Pensais que quieran hacernos tamaña deshonra?

—Si pienso, señor; porque el emperador es un príncipe débil y tié-

nenle cercado grandes y poderosos enemigos nuestros. Decidme, señor; ¿no catásteis con cuanta sin razon y falsedad nos acusaron los genoveses y el partido en la córte del príncipe Miguel, de haber puesto á sacomano las ciudades del Asia; de haber tomado en Ania y Efeso, á fuerza, las riquezas de aquellos ciudadanos, á quienes, dicen, hemos cortado los miembros y atormentado con hierro y fuego para hurtarles los algos que habian? ¿No nos acusan de haber dado muerte al hijo del general George é con él á muchos masajetas; de haber querido enforcar sin razon al gobernador de Anchirao y doce de sus oficiales que eran unos cobardes y malsines, y no dicen que hemos hecho la guerra solo en provecho de nuestro señor rey de Aragon, puesto que hemos lidiado con sus banderas? Señor, nuestra ultima estaba en Constantinopla, ha debido probaros que todos en la córte nos miran con temor, recelo y envidia; el emperador, porque tenemos demasiado esfuerzo y valentía; el déspota Miguel, porque hemos vencido con poco mas de siete mil hombres un ejército que el año anterior él no fué osado á atacar, apesar de acaudillar con su persona una hueste de sesenta mil soldados del imperio; los genoveses por que han fundado temor de que los arrojemos de la Grecia por fuerza de armas, y la córte y el pueblo, porque cuidan que hagamos de Constantinopla la silla de un imperio latino donde se siente un príncipe de la casa de Aragon ó el rey Cárlos de Anjou.

—Grande es el aprieto en que nos ponen vuestras razones, miser,— respondió el caudillo,—mas no sospecho de tan gran mal, cuando no podemos contar todavia con amigos leales en la corte del emperador. Tomad, si no, esta carta,—dijo, presentándosela—que me envia mi esposa Maria, y vereis por ella, como el emperador no dá oidos á nuestros enemigos, y como habemos muchos grandes y personas de linaje que nos defienden y hacen cumplida justicia.

Montaner tomó la carta y se la ofreció á Rocafort, quien la rechazó con la mano, porque no comprendia en su orgulloso carácter, que un soldado fiara en un papel cuestiones que podia dirimir con la espada. Montaner la pasó por su vista, y la devolvió á Roger de Flor, diciendo.

—Señor, dánnos en ella seguridades de que moverán hácia nosotros el ánimo del emperador; mas no dicen que nuestros codiciosos ó desleales enemigos dejen de conspirar contra nos; muy al contrario, paréceme que arrecia el peligro, puesto que vos manifiestan ser conveniente la ida de algunos de los nuestros á Constantinopla para

conferenciar con el emperador. A mas, dícevos, la magnífica señora princesa Irene, al final de la carta, que será bueno useis de cautela é vos guardeis; é vos lo dice, ca ella, como ladrona de casa, conoce bien la condicion de los suyos.

—Esora, pues,—esclamó Roger, haciendo con los hombros un movimiento de impaciencia y fijando alternativamente su mirada en el rostro de Rocafort y en el de Montaner—que debemos hacer para tornar por nosotros y salvar la nota de desleales en que habremos de incurrir si no obedecemos las órdenes del emperador.

—Mantenernos unidos—replicó Rocafort—y no salir de nuestros cuarteles ni pasar á Asia hasta tanto que se nos den las pagas debidas; é si en lugar de pan nos quieren dar hierro, darles nosotros á morder la punta de nuestras espadas.

—Y moveremos una guerra con todo el imperio?—dijo Roger; y volviéndose hácia Montaner, continuó—Decidnos, miser, esa guerra será justa y razonable, ó dará lugar á que perdamos el concepto que hemos ganado en Asia, haciendo armas en Europa contra el señor que nos tomó á sueldo para librar y guardar su reino?

—Señor—replicó Montaner—la guerra defensiva siempre es justa; y con mayor razon cuando no ha sido provocada por ninguna malfetría; é nosotros no hemos hecho tal.

—Luego—esclamó Roger levantándose sobre los puños que tenia apoyados en la mesa—vos parece que debemos enviar mensajeros á Constantinopla con cartas de desafio;? que esto y no otra cosa será nuestra negativa á pasar á Asia y á enviar socorro de hombres al príncipe Miguel.

—No entra en mi ánimo aconsejaros cosa tal.

—Esora, que pretendeis?

—Que obreis, señor con gran seso, y que fieis á las negociaciones un caso que siempre habremos tiempo de esponer al juego de las armas.

—Negociaciones, decis,—esclamó el impetuoso Rocafor—cuando nor ultrajan?

—Sí, magnífico señor,—replicó Montaner—por que habeis de parar mientes en que las amenazas se dirijen siempre en proporcion al poder de quien las ha de recibir. Hora, el emperador se muestra ecsijente por que cuida que tenemos pocas fuerzas para tornar por nuestra razon, mañana que las vea mas crecidas, se mirará en ello.

—Mañana! por que?—preguntó Roger.

—Olvidais que el magnífico señor en Berenguer de Entenza, llegará muy presto á Gallípoli, trayendonos una escuadra y una numeroso hueste, y que entonces podremos poner condiciones á quien nos dicta leyes?

—Decis bien—esclamó Roger sonriendo con visibles muestras de satisfaccion—cuando seamos mas para la empresa, respetárannos, si es que no nos cobran mayor temor. Mas tiéneme con gran zozobra la tardanza de Berenguer pues desde que tuvimos nuevas de que habia llegado con sus galeras á Metellin, ha trascurrido sobrado tiempo, y devia encontrarse ya con nosotros.

—Señor,—replicó Montaner—en la mar no es como en la tierra; no basta al hombre el deseo de hacer diligencia ha menester que el viento y el agua ayuden á su propósito, y ya sabeis como van muchos dias en que reina el *terral* (1) ó la *tramontana* (2) vientos malos para combocar el estrecho y navegar por el Helesponto.

—Y, cuidais—interogó Roger—que tal sea la causa de su tardanza?

—Sí cuido, señor; porque no debe haber duda dello.... Catad si no el color del cielo, y escuchad el ruido del mar en el estrecho; ambos vos diran que el magnífico señor Entenza debe hallarse en muy gran priesa con sus naves.

Asi era, en efecto; desde la alta torre se oia el espantoso mujido de las olas, que encajonadas en el estrecho canal de los Dardanelos se estrellaban con espantosa y creciente furia contra los peñascos del promontorio de Gallípoli, y se veia un estenso horizonte cargado de pardas nubes surcadas por frecuentes exhalaciones, que manifestaban todas las señales de un prócsimo huracan.

Roger, despues de haberse cerciorado de la prócsimidad de la tormenta, esclamó dirijiéndose á Fernando Ahones:

—Decidnos, señor almirante, ¿imajinais que en Berenguer de Entenza sea osado de aventurarse en el estrecho con tan ruin tiempo? é sí lo ha hecho, que corra peligro de dar al traves con sus galeras?

Ahones, que durante los últimos debates de los caballeros habia

(1) Viento del N. O.
(2) Viento del N.

permanecido silencioso junto á la ventana, inquiriendo con inquietud la marcha del huracan, al verse interpelado por Roger, volvió la cabeza, hizo una señal con la mano para que se le acercasen sus amigos, y contestó.

—Si creo señor; y no puedo abrigar duda, cuando hace mas de dos horas que he divisado en las aguas del estrecho un número de naves que cuido sean las nuestras; pues solo es dado á los marinos catalanes el arrojo para entrarse en el canal con un tiempo tan cativo.

Los tres caballeros se apiñaron en la estrecha ventana de la torre, y divisaron, siguiendo la visual que les trazaba el dedo del almirante, en medio de una estrecha faja blanca que separaba en el cercano horizonte el cielo y las aguas, un número de naves, que no pudieron contar, que avanzaban haciendo fuerza de remo para romper las montañas de agua que las tomaban por la popa, y las atormentaban sin cesar. La inquietud que se apoderó de ellos en vista del inminente peligro que corrian los bajeles, que ya contaban como suyos fiados en las palabras del almirante, los hizo guardar silencio durante algunos minutos.

Señor almirante—esclamó de pronto Roger dando á sus palabras y jesto un acento de severa autoridad—Cuido que en Berenguer de Entenza ha cometido una muy gran falta con haberse aventurado en el estrecho en tiempo que amagaba tormenta.... Si acontece algun grave mal, tendrá que dar cuenta á Dios y al Rey de tantos hombres cuyas vidas espone á perecer.... Y en tanto llega el plazo, vos mando, que, si llegan á salvarse con el socorro de Santa Maria, jusgeuis, dentro de vuestra juredicion, como cumple á derecho, segun las ordenanzas de mar de Barcelona, á los cómitres y naocheres que no le han sabido apartar del peligro.

—Señor—replicó Ahones—pondran recusaciones al juicio mio y de mi consejo, porque ellos no tomaron parte en el acuerdo que me hizo almirante. Otro si, tendrán para su comun defensa, que fueron sorprendidos por la tormenta en medio del canal; ca segun mis cuentas, pasaron el estrecho despues del cuarto de alba, y á esa hora no soplaba la tramontana si no una ventolina del terral que les permitia navegar á remo.

Con las últimas palabras del almirante coincidió el estampido de un horroroso trueno, que fué seguido de una desencadenada racha de viento, y precedido por un relámpago de larga duracion, cuya sul-

furosa luz disipó durante algunos segundos la oscuridad que envolvia al cielo y á la mar, y comenzaba á reinar mas tenebrosa en la sala donde se encontraban reunidos los capitanes.

Al oir el estallido del rayo y el bramido del huracan, Ahones hizo la señal de la cruz, y esclamó, echándose de pechos sobre el alfeizar de la ventana de la torre.

—Jesus....! Vàlgalos Nuestra Señora Santa Maria!!

A favor de la ráfaga de luz producida por el chispazo eléctrico desprendido de las nubes, el almirante y los caballeros vieron unas olas levantarse, arremolinarse sobre la armada de Entenza, y luego estrellarse con fracaso horrible contra los peñáscos de las costas del canal para ceder su puesto á otras no menos jigantes y furiosas.

Los cuatro espectadores de aquella imponente escena permanecieron aterrados y silenciosos sin pedirse mútuo parecer, por temor á escuchar, en vez de una palabra de aliento ó esperanza, la confirmacion de la terrible desgracia que presentian. Empero, si las lenguas permanecian mudas, los ojos interrogaban al cielo y á la mar sobre la suerte de sus desventurados compañeros; el cielo contestaba con su densa y pavorosa oscuridad, y la mar con sus olas negras y jigantes, sobre cuya pendiente se divisaba á breves intérvalos unos trazos de luz fosforescentes, que tranquilizaron algun tanto al almirante, cuya esperimentada vista de marino, descubrió en ellos el golpear de los remos en el agua.

De pronto, vióse brillar en medio de la oscuridad una luz rojiza que oscilaba cual la péndola de un reloj, o subia y bajaba como el vuelo de una gaviota sobre la inquieta superficie del mar.

—Bueno, bueno!—esclamó el almirante dando gritos y palmadas de alegría—se han salvado con el socorro de Nuestra Señora Santa Maria!

—¿Qué decis,.....?—esclamaron á una voz los tres caballeros.

—Catad—continuó Ahones con las mismas manifestaciones de alegría—que la galera capitana ha encendido el *faron* en la gavia, y hace con ello señal á los demàs bajeles de la armada para que se le reunan y naveguen su via? Por ende, ya lo veis, se ha salvado Berenguer de Entenza y eso mismo puede haber sucedido á muchos otros bajeles.

Los capitanes espresaron el contento que recibian dando gracias á Dios por haber sacado de tan duro trance á sus compañeros; y Ahones continuó, despues de haber estado contemplando durante algu-

nos minutos el movimiento oscilatorio ó de vaiven de la luz encendida en la gavia de la galera guiadora (1).

—Hélos ya á menos de dos millas del puerto; vamos, señores, á la playa para mandar aparejar algunas barcas de crujia que tripuladas con recios remeros, salgan á recibirlos y los conduzcan sin riesgo al puerto; ca la noche está oscura, la tormenta no descrece y podria avenirles mal en la misma boca del puerto.

Habíanse separado los caballeros de la ventana y quedádose el almirante el último, para dirijir su postrer mirada hácia la galera capitana, cuando de improviso prorrumpió en una enérjica esclamacion; dió con el pié algunos golpes sobre el suelo, y echó el cuerpo cuanto pudo fuera del alfeizar, teniendo los brazos estendidos en direccion de las naves y los puños fuertemente cerrados y apretados.

Sorprendido al ver la actitud que tomara el almirante, Roger se llegó á él, y asiéndole por la manga del juboncillo, le preguntó el motivo de su repentina indignacion. Ahones se volvió con presteza hácia el caudillo, y con voz que hacia balbuciente la ira que se apoderara de su alma, esclamó, separándose de la ventana para que se asomara á ella Roger de Flor.

—Saña de Nuestro Señor Dios!.... Ruin é condenadas jentes! van á hacer dar al través la galera capitana!!

—Qué decís?—preguntaron alarmados los caballeros.

—Catad á mi mano derecha,—replicó Ahones estendiendo el brazo—aquella hoguera que han encendido sobre ese promontorio que está en la costa á media milla de Gallípoli.

—Y eso ¿qué vos asusta?—preguntó Roger.

—Que delante del promontorio—replicó el almirante—ha muchas é gruesas piedras so el agua, y que la galera capitana, dará en ellas, engañada por la hoguera, que sin duda cuidará se ha encendido en el puerto para marcarle la via que debe seguir..... Maldito sea el menguado que la encendió; que si lo ha hecho por codicia de haber los despojos del naufragio, he de mandarlo enforcar; é si con buen deseo, haré que le corten ambas orejas y que lo paseen por la crujía de una galera recibiendo azotes hasta que le salte la sangre, para que aprenda á ser mas avisado.

—Vamos presto á la plaza—interrumpió Roger—é acudiremos al

(1) Nave de vanguardia.

remedio, si es que se lo podemos dar.

—Vamos, pues,— replicó Ahones—y mandaré un condestable (1) con algunos ballesteros para que prendan al villano ruin que dió fuego á la hoguera, y la apaguen si es tiempo todavia.

Los cuatro caballeros salieron precipitadamente de la torre.

(1) Era el jefe inmediato de los hombres de armas y ballesteros á bordo de los buques de guerra.

XVIII.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido;
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistiò el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumerjido,
y la jente tragó del temor fuerte
á vueltas de agua la esperada muerte.

ERCILLA.—*La Araucana*, c. XV.

La sombra.
No me compadezcas; presta solo atentos
oidos á lo que voy á revelarte.
Hamlet
Habla, yo te prometo atencion.
La sombra.
Luego que me oigas, prometerás venganza.

SHAKESPEARE.—*Hamlet.*

A media milla S. de Gallípoli, se veian, sobre un terreno de rocas y arena situado á pocos pasos de la costa, las ruinas de una antigua fortaleza de construccion helénica, entre cuyos escombros se habia establecido una corta poblacion de marineros y pescadores griegos. En esta aldea, que como en todas las que se encontraban en el radio de una legua de la principal plaza de armas de los españoles, estaba alojado el ejército, medio acampado en la península, se hallaban acantonados doscientos infantes y cuarenta caballos de las

compañías de Roger de Flor, descansando de sus gloriosas fatigas del año pasado; empero disgustados de la forzada ínaccion á que se veian condenados y murmurando sin reparo de la perfidia é ingratitud de la corte de Bizancio que les habia arrebatado el fruto de su militar empresa.

A la hora de nona del dia que fué señalado con la tormenta qne dejamos indicada en el capítulo anterior, estaban reunidos veinte almogavares y algunos hombres de armas en un pequeño arenal, que penetraba á modo de lengua de tierra en el agua; defendido de los vientos del norte por un promontorio de rocas contra las que se estrellaban las olas, y resguardado al sur por un cerro aplanado sobre cuya eminencia se levantaba una torre circular, medio destruida por el tiempo, á la que los almogavares pusieron nombre de Torre Bermeja, por estar construida con piedras, ladrillos y tierra de color rojo.

Todos ellos estaban desarmados, y se entretenian alegremente en disponer los aprestos de una comida, que condimentaban como militares en campaña; es decir, haciendo á la vez de conmensales y cocineros. Habian degollado y limpiado un carnero; rellenádole con algunas aves y conejos, y atrevado por un palo cuyos estremos se apoyaba sobre dos recias horquillas de madera, se asaba lentamente al amor de una lumbre encendida al pie de un peñasco. En tanto que unos daban vuelta al grosero asador relevándose de cuarto en cuarto de hora, otros regaban el asado con aceite, zumo de naranjas agrias y especias, y los mas traian leña, la partian y atizaban el fuego, saboreando todos de antemano el placer que les esperaba.

Cuando estuvo el carnero en disposicion de ser comido, estendieron en el suelo un lecho de ramas y hojas secas, pusiéronlo encima, allegaron dos odres bien repletos de vino y algunos panes negros amasados con arinas de trigo y de centeno, y se sentaron alrededor con tanto apetito como alegria. El mas anciano de la reunion, y lo era Tallaferro, se arrodilló junto á la res asada, y sirviéndose de su ancho puñal comenzó á cortar trozos de carne, que arrojaba uno por uno á sus compañeros, quienes los recibian entre risas y espresiones de buen humor.

Cuando todos los estómagos estuvieron bien repletos de alimento, comenzó á moverse la algazara que es consigniente entre soldados que celebran un festin comprado á poca costa, y que tienen en su mente la perspectiva de otros iguales para endulzar los sinsabores de

una vida cercada de riesgos y siempre espuesta á fenecer de golpe de mano airada.

—Ala eh! el agüelo!—esclamó Cap de Estopa, arrojando un hueso que habia estado chupando y royendo hasta despojarlo de la ternilla y del tuétano—bota hácia acá ese brazuelo ó zancarron, pues he mas hambre que la mañana aquella en que dimos larga cuenta de los treinta mil turcos, que tanto quehacer nos dieron en el puerto del Pile.

—Dártelo hé—replicó Tallaferro—siempre que digas que diablos fuiste á hacer á Gallípoli al cuarto del alba.

—No habias menester pagarme la noticia para saberla—respondió Cap de Estopa, alargando las manos para recibir en ellas el trozo de carne que Tallaferro balanceaba en actitud de arrojárselo.

—Esora, toma, é dila presto.

Cap de Estopa cojió la tajada en el aire; cebó en ella sus dientes y contestó, mascando á dos carrillos al mismo tiempo que pronunciaba las palabras.

—Fui mandado por Wilda para traer á Ugo á este lugar, é vine sin él.... Cuerpo del Señor Sent Jordi! que bien que sabe este carnero..... Juro pues! que mañana he de traer uno como él..... aunque tenga que tomarlo como tomaron este Ginés de Agudells y Gramanet..... cortando las orejas á los canes griegos que guardaban el rebaño.

—No dice verdad el bellaco!—esclamó el aludido Gramanet que acababa de echarse al coleto una ancha escudilla de madera llena de vino—no le corté la oreja, cortéle un pedazo de cara porque no nos queria dar la res; é si vino con él una oreja cuido que fué torpeza de la mano, ca no por intencion que tuve de hacerlo.

—E, ¡quien vos manda maltratar así á los moradores de estos lugares!—dijo Tallaferro—¿no sabeis que ha órden de en Roger para no les hacer mal alguno?

—En Roger mandará á los criados de su casa como bien le plazca—replicó Ginés de Agudells, que estaba restregando una cabeza de ajos sobre un cortezon de pan, con tanto ardor como si intentara bruñir la calva de su bacinete de hierro—é nosotros haremos como mejor podamos para acudir á nuestras necesidades. Si las jentes de esta tierra no nos dan para comer, ¿habremos de morir de hambre por no osar tomarlo?

—No por San Cucufate—respondió Tallafero—pero habremos de

pagar la vitualla que tomemos, ca así lo mandó el capitan.

—Pagarlo.... ¿y con qué?—dijo Coll de Cabrills, guiñando sus ojos vizcos—será con los algos que sacamos de Asia? cuando solo trajimos mucha fatiga y muchas heridas en el cuerpo; é ni un bizantino de oro, ni un mal sus barcelonés, que todo nos lo furtaron aquellos villanos é masilnes de Magnesia.

—No, sinó pagaremos con la soldada que nos dá el señor emderador—esclamó un hombre de armas, atusando con aire militar su largo bigote.

—Mátenlo amen, con cuchillos cachicuernos!—replicó un almogavar,—é con él á todos los endiablados criados eunucos de la su córte; jente ruin é cobdiciosa, que guarda las pagas que nos deben é los despojos que hemos ganado, dándonos promesas en vez de moneda para llenar nuestros esqueros y zurrones.

—Esora—dijo Tallafero—pedidlo prestado.

—Prestado eh! cuando las gentes de esta tierra están dándonos vitualla cinco meses ha so palabra é sin moneda..... Ehora que cuidan no les hemos de pagar, porque saben que no habremos con que, se niegan á dar por valor de un solo blanquet de trigo.

—Brava empresa hemos acometido! y que bien que salimos de ella! —esclamó Cap de Estopa acariciando con la vista una escudilla de vino que le ofrecía un compañero—buen galardon hemos tenido despues de haber roto tantas veces al turco, y conquistado mas provincias que ganaran soldados bien aparejados para la guerra..... Hénos aquí desta guisa sin un ardite (1) en el esquero; sin paños para nos vestir; descalandrajadas nuestras ropas, é forzados á furtar la hacienda de los ciudadanos si no hemos de morir de hambre—Esto diciendo, tomó la escudilla, bebió un trago, y despues de haber paladeado el vino produciendo con la boca un ruido á manera de castañetazo, continuó:

—Para esto salimos de Sicilia é dejamos el regalo de la patria? Por Nostra Dona de Ripoll! qué hemos de hacer con los griegos lo que con los turcos; é habremos en Constantinopla lo que nos tomaron en Magnesia, é amas lo que nos deben por razon de sueldo de guerra.

—Somos pocos para tamaña empresa—dijo un hombre de ar-

(1) Moneda que en Aragon valia 14 maravedí

mas—ca no solo tendremos que lidiar con los griegos, sino que tambien con los italianos é los bárbaros á sueldo del emperador.

—Si somos pocos hoy—replicó Cap de Estopa—mañana seremos bastantes para no tornarnos á España con las manos vacias y las espadas mohosas..... E arderase el castañar para los que nos hicieron yerro. Presto ha de llegar el magnífico señor en Berenguer de Estenza, con buen socorro de gente de á pié y de á caballos, y entonces, vosotros podreis hacer muchas espolonadas por la tierra del griego é nosotros correrla toda en algarada.

—Sábese cuando llega?—pregunto Coll de Cabrills.

—Cuido que hoy,—respondió Cap de Fstopa—ca así lo entendí ayer por uno de los nuestros que vino de la plaza de armas, donde llevó la noticia una barca de crujía que habia reconocido dos dias antes la nuestra armada en Metellin; é amas, esta mañana vi hacer grandes aprestos en el puerto de Gallípoli para recibir al magnífico señor Entenza.

—Acertado lo has—esclamó Gramanet moviendo la cabeza y sonriendo con una espresion de burla—cata el cielo y la mar y ambos á dos te dirán lo que le espera á la armada del señor Entenza si se aventura hoy en el estrecho.

¿Qué le avendrá?—preguntó Tallaferro—dílo presto, ca tú lo has de saber puesto que fuiste marinero.

—Y cominal (1) en una galera de nuestro rey don Fadrique—respondió Gramanet con aire jactancioso—Avendrale muy gran priesa si navega la via en el canal con la tramontana que sopla tres dias ha, y que en lugar de cavalgar arrecia hoy con mayor fuerza anunciando recia tormenta. Catad sino como se rompen las vagas (2) en las peñas de la costa, ó como van é vienen cual si la empujaran á la par el terral y el jaloque.... (3) Con esta mar y este viento no hay remo en puño ni vela guindada que puedan tener un bajel en la mar; y si se aventura, la nave dará al través, salvo Dios y el socorro de Nuestra Señora Santa Maria.

—Dice bien Gramanet—esclamó Ginés de Agudells, mostrándose ufano de tener un amigo que tambien sabia esplicarse—Por ventura, ¿nó catais el color del agua y el del cielo?.... Reparar á mi mano de-

(1) Contramaestre.
(2) Olas.
(3) Viento del S. E.

recha el nublado que se aproxima, é alla, en lontonanza, á la zurda, aquella luz blanquecina que parece un cinto de plata entre el cielo y la mar..... Catad, catad las aves como rastrean por la tierra, é meten las alas en el agua, é gritan con dolor, é no estan quedas un momento, e llevan la cabeza metida en las plumas é las alas muy abiertas é moviéndolas aina sobre aina..... Señal es augurosa de recia tormenta.

—Valga Santa Madrona á San Telmo á los navegantes—dijo Gramanet santiguándose por tres veces—arrecia la tramontana; alzanse las vagas..... Güay de la nave que no esté amarrada en puerto; y aun la que lo esté garrará si no ha buenas ancoras.

—Porque tantos güayes é tales auguraciones?—esclamó Cap de Estopa, plegando las estremidades de sus lábios con un jesto de indiferencia ó desprecio hacia el peligro que amenazaba.

—Los güayes son para los cuitados que se han de afogar—respondió Gramanet—é las auguraciones sácalas, Agudells, del vuelo de las aves que anuncian malaventura para las naves que esten calando la mar con un tiempo tan catido..... Ved, sinó, el viento cual levanta la arena en las playas, é cerros de agua en la mar..... ¿No catais esas luces que brillan á lo largo de la costa de Asia... ..? pues es el fuego de San Telmo, que cuando se muestra tantas vegadas en una hora, dice á los navegantes que pidan solo á Dios el socorro para su cuita.

—Por San Cucufat del Vallés!—gritó Tallaferro, dando algunos pasos hacia la orilla y haciendo seña á sus compañeros para que le siguieran; los cuales le obedecieron y se apiñaron en su derredor.

—Qué es ello?—pregunto Coll de Cabrills sorprendido como todos del ex-abrupto del anciano almogavar.

—Qué ha de ser!—respondió Tallaferro con voz anhelante=Catad aquella columba (1) de mar que se mece boca arriba sobre el viento á un codo del agua, é que parece muerta tanta es la quietud de sus alas..,...! Hora, reparad aquella otra que bate las suyas aldesus, é se arroja sobre ella é vanse ambas á dos al fondo del agua.....! Güay del cuitado bajel que navegue la via durante la primera vigilia de la noche.....! No le quedará banda, banco de remero ni mastel que no trage la furia del mar.....! Pongámonos de hinojos é

(1) Paloma.

recemos una salve, para que Nuestra Dona Santa Maria se les aparezca con su hijo en los brazos, é les dé ayuda en tal cuita.

Arrodillóse el veterano y con él todos sus compañeros, y luego entonaron en coro la devota plegaria, cuyo murmullo se mezcló al zumbido del viento y al bramido de las olas, que se estrellaban contra los peñascos de la costa, salpicando su blanca espuma sobre las bronceadas frentes de los héroes de Cizico, Filadelphia, y del paso del Pile.

Acabada la oracion, pusiéronse en pié; é iban á retirarse á sus alojamientos despues de haberse cerciorado con la mirada que no se descubria nave alguna que pudiéra haber necesidad de su socorro, cuando Ginés de Agudells, esclamó, señalando con la mano hácia el cerro donde se levantaba la Torre bermeja.

—Catad, amigos, que es ello! es un diablo ó un espíritu malo que conjura la tormenta?

Todos fijaron la vista en un punto siguiendo la visual que les trazaba el dedo de Agudells, y vieron, no sin cierto temor supersticioso, sobre la parte mas saliente y vecina al mar de la colina, una estraña figura humana, que recortaba con dureza su negro perfil sobre el color ceniciento oscuro del cielo, y que, por efecto de su actitud y de una ilusion óptica, parecia alcanzar una desmesurada altura. Las ráfagas del viento qué á intérvalos desiguales soplaba con desordenada furia, arremolinaban sobre su frente algunos mechones de pelo que se veian blanquear heridos por el reflejo de la luz; de sus hombros y cintura arrancaban flotando, azotados por el vendabal, los pliegues del manto que la cubria y del largo brial que completaba su vestimenta; y permanecia inmóvil como una estátua de granito, sobre el pedestal de rocas en que apoyaba sus desnudos pies. Sin el movimiento de sus largos y descarnados brazos que ajitaba desordenadamente, ora alzándolos al cielo con las manos abiertas, ora estendiéndolos en forma de cruz con los puños cerrados; señalando á veces hácia el mar con un dedo y otras llevándose la mano crispada ya sobre la frente, ya sobre el corazon, hubiérase creido que era una de esas estravagantes y monstruosas figuras que suelen formar las nubes sobre un cielo tempestuoso á la hora de la puesta del sol.

Merced á la corta distancia á que se hallaban, pudieron los almogavares ecsaminar uno por uno todos los detalles de aquella caprichosa vision, y cuando la sorpresa hubo cesado, preguntáronse unos

á otros con inquietud, si era el demonio de las tempestades evocado por el huracan.

Tallaferro satisfizo todas las dudas, esclamando de pronto:

—Saña de Nuestro Señor Dios! Cuido que es Wilda. ¿Mas, qué conjuro ó maleficio estará haciendo esa sandia mujer?

En aquel momento vieron todos á un jinete que, espoloneando con rigor su corcel, trepaba por el cerro en direccion de la torre. El ruido del galope del caballo hubo de llamar la atencion de Wilda, pues se la vió volver con rápidez la cabeza, y arrojarse con los brazos abiertos y dando un grito al encuentro del caballero.

Por Nuestra Dona de Ripoll!—dijo Cap de Estopa—apostara veinte sueldos barceloneses á que es Ugo el que vá hácia la torre.

—Acertado lo has—replicó Tallaferro—mas ¿que ocasion lo llevara á ella? cuido que será de monta, é por ende voi para saber todo lo al... Vosotros retiraos á vuestros alojamientos, y estad aparejados para lo que sobrevenir pueda. Tu—dijo, haciendo seña a Cap de Estopa para que se le acercara—queda conmigo.

Cuando los almogavares y hombres de armas se hubieron retirado lo bastante para que Tallafero no temiera ser oido de ellos, continuó:

—Vamos, rapaz; di presto lo que te llevó á Gallípoli al cuarto del alba, y las pláticas secretas que tu tienes ha dos ó tres dias con Wilda.

Cap de Estopa movió la cabeza hácia los lados agitando su larga melena, segun lo tenia por costumbre cuando se veia interrogado y no encontraba contestacion satisfactoria que dar, y trascurridos algunos instante respondió, mirando con maliciosa espresion á Tallaferro.

—Y que cuidados tienes tu por lo que yo pueda tratar con Wilda?

—Importáraseme un ardit, si no estuviera por medio mi hijo Ugo.

—Esora, comprendo; ca hube temor que tus recelos fueran por la dueña é no por el hijo.

—Cedo con tus bellaquerias, é dí presto lo que quiero saber. Si has menester de galardon para hablar, darételo galanamente.

—No he voluntad mas que de la tu mano.... Hora pues,—dijo el almogavar estrechando afectuosamente entre las tuyas la que el veterano le presento—escucha:

—¿Recuerdas como en la batalla de Filadelfia hube una herida en

la cabeza que me dejara muerto si Wilda no me curara con su ciencia y sus bálsamos?

—He remenbranza del caso.

—Recuerdas, tambien, como en la del puerto del Pile, diéronme una saetada en el pecho, é della muriera si Wilda otra vegada no me hiciera sano tirandome el hierro de la herida?

—Si; é tambien que hubimos grande aprieto para sacarte de las manos de aquellos canes rabiosos, que te querian rematar á palos como á un buey.

—Por todo esto, Wilda, tomó derecho de mandar en mi como en su hijo, é yo propúseme galardonarla haciendo todo lo que me pidiera razonablemente. Ha pocos dias que teniendo ella nuevas de la venida del magnífico señor en Berenguer de Entenza, mandome recado con su morico Benaulí, para que fuese á la Torre Bermeja. Obedecí, é ella me dijo como por arte de adivinacion y encantamiento, habia llegado á entender que la estada del rico-hombre entre nosotros seria ocasion de grandes querellas é riñas en las huestes; ca el magnífico Entenza habia tornado la amistad á en Bernaldo de Rocafort, é venia, amas, aparejado para tomar el mando general de en Roger. Yo díjela que asi seria, pues anda el rumor entre los nuestro, que el señor emperador mandó sus cartas á en Berenguer, á Mesina, para que aprestase su venida á Constantinopla, donde le esperaban grandes mercedes, dignidades y el mando general de todo el ejército latino y griego..... Ruin proceder, por que hace deshonra á en Roger de Flor, faltando á las palabras que le dieron; é mas ruin todavia por que ha intencion de galardonar nuestros servicios metiendo entre nos causas de desavenencias é continuos desafios. Esora, Wilda me dijo, que debiamos estar apercibidos para no ser sorprendidos; ca no era razon que en Berenguer nos tomase con sus manos limpias la fama é provecho que tan bien ganáramos en Asia; é qué si queria hacernos tal deshonra le tallaramos la cabeza, sin haber temor de ser tenidos por alevosos. Otrosí, me dijo que la vida de Ugo estaba amagada, pues ambos á dos se habian desafiado en Mesina, en la posada de en Roger de Flor, teniendo aplazado el reto; que habia de ser contrario al adalid, porque siendo en Berenguer infanzon é rico-hombre de Cataluña no lidiaria como tal con un almogavar, é le haria dar muerte por sus criados.

—Voto á San Cucufát del Valles!—esclamó Tallaferro, dando con el pie sobre la arena—que ha razon la dueña en cuanto le dijo...!

Cata, sinó, como en Berenguer no quiso embarcarse en Mesina en la nuestra armada; por que en aquel entonces no tenia bastante hueste para presentarse en Constantinopla como par de en Roger, é viene hora con dos mil almogavares é cinco cientos hombres de armas, hueste que estima bastante poderosa para ser tenido por el primero. Mas padece engaño, é habrá malaventura si trae intento de obrar de esta guisa; ca tendrá en contra suya la hueste de en Roger, la de en Rocafort, é la armada del almirante Ahones. No ha temor, pues; é si viene el peligro sabremos lidiar para vencerle. Hora, dime lo que es de cuenta de mi hijo Ugo.

—Anoche, durante la primera vigilia llegó un almogavar de la cibdad á nuestro alojamiento, é díjome, que á la mañana habia entrado en el puerto una barca de crujia, veneciana, con la nueva de que la armada de en Berenguer estaba aparejando en Metellin para navegar la via de Gallípoli, é que llegaria muy presto. Fuíme á dar cuenta á Wilda, é ella tuvo gran cuidado é zozobra é mandóme hacer diligencia para buscar á Ugo, é traerlo á la Torre Bermeja. Obedecíla, é al cuarto de alba llegué á la cibdad, donde hallé al adalid, que no quiso venir en aquella hora; mas me prometió hacerlo antes de la puesta del sol.

Los dos soldados quedaron un momento silenciosos; trascurrido el cual, Tallaferro dijo, dando una palmada en el hombro á su compañero:

—Retírate al alojamiento, é guarda el secreto de cuanto aquí hablamos.

Cap de Estopa obedeció sin replicar una palabra, y el veterano tomó el camino de la Torre Bermeja, subiendo á paso lento la cuesta del Cerro.

En tanto que Tallafero se dirije hácia la derruida fortaleza, sordo á los bramidos del huracan y atento solo á los tristes presentimientos que embargaban su ánimo, penetremos en aquella triste y devastada mansion.

Figúrese el lector un aposento circular de poco mas de veinte pies de diámetro, en cuyo muro agrietado se cuentan una docena de flecheras practicadas en la pared en forma de cruz griega, por donde penetra la sulfurosa luz de los relámpagos y el viento que zumba por defuera, en cada uno de los mazizos comprendidos entre fleche-

ras vénse, ó un trofeo de guerra formado con armas latinas ofensivas y defensivas, mezcladas con otras de procedencia turca, ó aves nocturnas ó de rapiña, disecadas y puestas sobre ramas clavadas en las junturas de las piedras. En medio de la estancia, una piedra cuadrada sostenida por otras mas pequeñas, que tiene la forma de un altar druídico; á un lado un lecho de paja de heno, flores y yerbas secas; mas allá un monton de ropas y efectos acinados sobre una arca de madera oscura, é inmediato á la puerta de entrada, un haz de leña junto á una estrecha escalera de ladrillo que pone en comunicacion el piso bajo con el superior, empero que se encuentra obstruido por los escombros de la plataforma hundida por la accion del tiempo. Sobre la mesa-altar, un gavilan encaperuzado, de azulado plumaje, que fija sus inmóviles ojos sobre un ave de Diómedes, (1) recien muerta y que tiene estraidas las entrañas; algunas ramitas de alhucema, tomillo y otras plantas aromáticas; un libro grasiento y algunos pergaminos; tarros de tierra cocida y pomos de estaño, y, finalmente, sentados al lado de ella, en pequeños escabelos de madera, un mozo vestido con traje de jefe almogavar y una anciana de elevada estatura, flaca, rostro cadavérico y ojos que brillan como los del gato en la oscuridad. Alumbra tan singular y estravagante habitacion una gruesa tea de pino hincada en el intersticio de dos piedras, cuya rojiza llama ajitada en todas direcciones á impulso del viento que penetra por las aspilleras, esparce un humo denso, negro y acre que hace difícil la respiracion, y dá á los objetos que ilumina vagamente, un aspecto y color fantástico é indefinido, destacándolos sin perfiles, entre el vapor que los envuelve, sobre las masas de sombra que proyectan en el suelo en el techo y en el muro circular.

Tal era el aposento de la hechicera Wilda.

El lector habrá reconocido á Ugo en el jóven sentado cerca de la anciana, y en esta á la manceba de Tallaferro; escuchemos ahora el asunto de su conversacion.

—Norabuena esteis, mi señor—dijo la anciana, despues de haber estado contemplando al mancebo durante algunos instantes con una espresion de inefable ternura.

—Y vos tambien, cuitada—respondió el adalid, sonriendo cariñosamente—¿Querèisme decir luego que cuidados os movieron á llamarme á vuestra morada?

(1) La gaviota.

—Oh! muy presto os lo diré; ca el tiempo vuela, y se aprocsima el momento fatal! Tengo en mi mano la vida de un alto é poderoso caballero, que puede ser salvo ó morir de mala muerte como quiera mi voluntad..... Yo soy el sayon, é vos el juzgador que lo ha de sentenciar..... Si vos no sois quien creo, vivirá; mas si sois, no le valdrá pedir alzada sino es á Dios.

Al pronunciar estas palabras los ojos de Wilda brillaban con una espresion tal de maligna ferocidad, y erà su acento tan rudo y solèmne, que el adalid la miró frunciando las cejas y en actitud de reprender con enerjia el atentado que con tanta entereza se disponia á cometer.

Wilda hubo de conocer lo que pasaba en la mente de Ugo, y continuó, sonriendo con àmarga ironía.

—No me denosteis sin oirme, mi señor..... Catad que teneis delante una madre á quien le mataron un hijo y le robaron el otro; y que esta madre tiene por fin en su mano al hombre alevoso que le hurtó las prendas de su corazon!

El mancebo bajó la cabeza comprendiendo la vehemencia del sentimiento que hacia latir aquel ulcerado corazon, y la causa que ecsitaba su deseo de venganza.

Wilda continuó con creciente ecsaltacion—Años ha que le sigo por doquier amontonando sobre su cabeza conjuros y maleficios, amenazas é imprecaciones!..... Años há que miro su estrella marchar hácia Oriente seguida de una pequeña nube que cada dia crece y se hace mas oscura, y que hoy, por fin, ha llegado á velarla completamente para sepultarse con ella en las vagas del Helesponto!..... Solo mi mano puede romper el velo y dejarla salva, ó abandonarla á merced del hado fatal..... Catad esta columba de mar.... cuando le hinqué la punta de hueso en el corazon, dió tres gritos; y cuando le arranqné las entrañas movióse convulsamente siete veces, y el gavilan yantóselas batiendo las alas é dando con el pico y las garras sobre la piedra..... Cuando salí esta tarde de la torre para hacer el conjuro y las imprecaciones de maleficio sobre el mar, ví en lontananza las galeras que lo conducen á Gallípoli; y entonces brotó en el promontorio una llama que no fué el fuego de San Telmo, sino un relámpago del infierno que me mostraba el lugar á do he de encender la hoguera que alumbre la agonía del verdugo de mis hijos.....!

Calló la hechicera; y el jóven almogavar fijó en el rostro descompuesto de aquella sibila agorera de mal, una mirada de espan-

to, hija de las supersticiosas creencias de los hombres de su raza, que tenian entera fe en el sobrenatural poder concedido por el vulgo á los seres que entre ellos se dedicaban al ejercicio de la nigromancia y arte de las adivinaciones.

Al cabo de un minuto, la anciana rompió el silencio, diciendo en tono mas tranquilo.

—Guay de él! si mis sospechas son ciertas....! Mas si no lo son, la mano que arrancó las entrañas á la columba podrá tallar la cabeza al gavilan, ó en vez de encender la hoguera en el promontorio deshacer el conjuro é dejar llegar sanas é salvas las naves hasta Gallípoli,

—Y contra quien es vuestro intento usar el maleficio?—preguntó Ugo con visibles muestras de inquieiud.

—Contra el magnífico señor, en Berenguer de Entenza—contestó la hechicera enderezando el cuerpo y mirando fijamente al adalid.

—Por nuestro Señor Dios!—esclamó Ugo poniéndose en pié con tanta prontitud, que parecia haber sido impulsado por un muelle de acero—cuitada muger! vas á dar muerte al mas noble caballero y al infanzon de mas prez de toda Cataluña!

—Decid, mi señor—replicó Wilda sin dejarse intimidar por las coléricas miradas que le lanzaba Ugo—al matador de mi hijo.....! Al que vos matará tambien, si vos topa en su camino, siendo quien sospecho que sois.

—A mi? no ha razon, ca nunca le fize mal.

—Sentavos, mi señor,—dijo la anciana acompañando sus palabras con un movimiento de mano—el tiempo pasa, é no quiero perder la ocasion de darle muerte ó dejarle vida.

Ugo obedeció; y Wilda aprocsimó su escabelo hasta tocar sus rodillas con las del mancebo, á quien tomó una mano; y procurando dar á sus palabras un acento tranquilo, continuó:

—Díjevos poco ha, que seriais el juzgador é yo el sayon del magnífico señor Entenza. Esora responded con verdad á mis preguntas; é catad que vuestras palabras han de darme paz ó salvaros la vida.

Ugo, subyugado por el ascendiente que en aquellos momentos ejercia la anciana sobre él, hizo un movimiento de conformidad con la cabeza, y ella dió principio á su interrogatorio.

—Quién es vuestro padre?

—Fuelo Assolf, el adalid.

—E vuestra madre

—No la conocí, ca dicen murió asi que me vió nacido.

—Do nacisteis?

—En las montañas de Cataluña.

—Do vos criasteis?

—En la guerra de Sicilia.

—Quién cuidó de vuestra mocedad?

—Mi padre Assolf, antes de morir en Calabria; é luego su hermano Tallaferro; uno y otro enseñáronme á montar á caballo, jugar la espada y arrojar asconas; lo demas yo lo aprendí, ca ellos no me lo podian enseñar.

—No vos pregunto eso, sino quien vos cuidó siendo rapàz?

—Ellos.

—E de qué edad fuisteis à Sicilia?

—Tendria cinco ó seis años.

—E antes de ir allá ¿quién tuvo cuidado de vos?

—No se nada cierto; dudas y sospechas, he aquí lo que alimenta mi corazon.

—Cómo! no habeis remembranza de vuestros primeros años? é si fué dueña ó moza en cabellos la qne vos sirvió de madre desque fué muerta la que vos echó al mundo?

Ugo se puso una mano en la frente; bajó la cabeza y permaneció algunos instantes con los ojos cerrados en actitud pensativa. Wilda respetó su silencio mirándole sin pestañear, y haciendo oir el ruido de su respiracion anhelante. Al cabo de cortos momentos, esclamó, exhalando un hondo suspiro:

—Ha una cosa que nunca me he podido esplicar; y es, ¿por qué me aseguraron siempre que la mi madre murió cuando fuí nacido, é yo he remembranza desta madre que me besaba mucho é me queria con grande amor.

—Seria la dueña de algun almogavar que vos criaria cuando fué muerta la de Assolf—dijo la anciana apretando sus rodillas contra las del adalid—¿Y qué fué della? marchó con la armada à Sicilia?

—No, quedóse en Cataluña.

—Esora, no seria almogavar?

—Oh! no—respondió Ugo con una emocion tal de ternura, que brotaron dos lágrimas de sus ojos—ca era muy dulce y mui amorosa, y no vagaba por las montañas.

—Misericordiosa Señora Santa Maria!—esclamó la anciana toda trémula y dejándose resbalar del escabelo hasta quedar arrodillada y

con las manos cruzadas á los pies de Ugo. Quiso continuar mas su voz embargada por la ajitacion de su pecho y las lagrimas que corrian hilo á hilo por sus flacas mejillas, sólo pudo articular entre sollozos estas palabras.

—Cuidais, hijo mio,..... que esa fuera vuestra verdadera madre.

—Oh! si que cuido....ca nunca se aparta de mi corazon, é ella se muestra siempre á mis ojos como mi angel bueno.....!

—Madre de Nuestro Señor Dios!—esclamó Wilda—iluminad su razon!—Esto diciendo, alzó los ojos al cielo y se puso á orar mentalmente.

Concluida su plegaria, se enjugó los ojos y continuó, esforzándose por calmar la violenta ajitacion de su alma.

—Si con tanto amor vos queria la cuitada ¿no preguntásteis quien era, é por que no os acompañó á Sicilia?.....

—Si que lo pregunté; mas dijéronme siempre Assolf y Tallaferro que era una moza noble y pobre, que me dieron por ama, y que no se quiso embarcar para la jornada de Sicilia, é me abandonó quedándose ella en Cataluña.

—Mienten!—gritó en ecsaltacion la anciana, poniéndose en pie y alzando una mano al cielo como para tomarle por testigo de la verdad de su apóstrofe.

Ugo iba á dirigir una pregunta á la hechicera, cuando entró inopinadamente en el aposento el veterano Tallaferro. Al verle, el adalid se puso en pie, le salió al encuentro y tomándole una mano le dijo:

—Padre y señor, ¿vos aquí?

Al oir estas palabras, Wilda se lanzó entre los dos almogavares, y separándolos violentamente á toda la estencion de sus brazos, esclamó con voz trémula:

—Tu padre? no.....! Tu padre fué un noble y poderoso rico hombre, y este es un ruin é mísero almogavar.....!

—Por Nuestro Señor Dios! que dijistes? sandia mujer!—esclamó el veterano dando un paso hácia adelante, y empujando con tal fuerza á Wilda, que la infeliz cayó de espaldas sobre la mesa.

—Teneos, padre!—dijo Ugo, interponiéndose entre los dos ancianos.

Empero Tallaferro, sin cuidarse de la súplica de su hijo, continuó, amenazando con los puños cerrados á la hechicera.

—Hembra endiablada.... he de hacerte arrojar á palos de la compañía, ca tu no eres almogavar!

Wilda permaneció sobre la mesa trastornada por la violencia del golpe; empero se recobró muy luego, y haciendo un esfuerzo, se puso en pie é intentó dirijirse hácia Ugo.

En aquel instante penetró á través de la flecheras la luz de un relámpago que oscureció durante algunos segundos la llama de la tea, y dió á todos los objetos un color azulado deslumbrante; siguióse el estampido de un horroroso trueno que conmovió las entrañas del cerro é hizo oscilar el torreon sobre sus cimientos.

Tallaferro se santiguó; Ugo dió un paso en direccion de la puerta, y Wilda, cual si hubiera sido herida por una chispa eléctrica, lanzó un grito ronco y salvaje, y luego arrojóse sobre el haz de leña que tomó bajo de un brazo, arrancó la tea del muro, y se precipitó fuera de la torre gritando con voz que dominaba el fragor de los elementos.

—El es! el es...!! Justicia de Dios....! Guay de los que quieran arrebatarmelo atra vez...!

Ugo y Tallafero salieron del aposento sorprendidos y aterrados á la vez de lo que acababa de pasar á sus ojos, y vieron á la hechicera, que cual una furia, corria en direccion del promontorio, dando al aire su desgreñado cabello, y ajitando por encima de su cabeza la astilla inflamada, que dejaba en pos de si un ancho rastro de luz producida por los millares de chispa que arrancaba el viento á la tea durante la infernal carrera de aquella vengativa é implacable eumenide.

Tambien distinguieron en medio del canal una luz rojiza, que parecia suspendida en el espacio, y que avanzaba dando recios y desordenados balances hacia el cerro de la Torre bermeja.

De alli á pocos momentos, vieron brillar sobre la punta mas sasaliente del promontorio una hoguera, cuyas llamas ora se arremolinaban á impulsos del vendaval, ora subian en espirales hácia el cielo; y delante de la hoguera la silueta de Wilda que se recortaba negra sobre el fondo rojizo del fuego.

—Que serà ello! —esclamó Tallaferro que se sentia sobrecojido de espanto al contemplar un suceso que si bien no comprendia, recelaba estuviese preñado de desgracias.

—Cuido—respondió Ugo con trémula voz y limpiándose con la mano el sudor frio que bañaba su frente—que esa cuitada mujer va á hacer una gran deslealtad é malfetria.

—Qne dices, mio hijo....?

—Digo, que aquella luz que veis allí, es el faron que ha encendido en la gavia una galera en demanda de socorro..... E cuido que esa galera es la de en Berenguer de Entenza, que vá á dar al traves contra las piedras de esta costa, engañada por la hoguera que cuidará ser señal para ganar puerto.

—Saña del señor Dios!—gritó Tallaferro—corramos á apagar el fuego y á despeñar en el mar á esa endiablada muger!

—Vamos presto—replicó Ugo.

Ambos atravesaron á la carrera el espacio de tierra que los separaba de la hoguera.

Hubiérase dicho que la hechicera habia adivinado la intencion que los llevaba hacia ella; pues pocos segundos antes de que llegaran, lanzó un grito, y echó á correr, desapareciendo luego por una de las pendientes del promontorio, casi cortada á pico y que terminaba en el mar.

Los almogavares, que prescindieran por un momento de la primera parte de su propósito, y se adelantaran hasta el borde del precipicio para asistir á la que creyeron ser última agonia de Wilda, la vieron muy luego, con no poca sorpresa, aparecer de nuevo saltando de piedra en piedra con una agilidad sobrenatural, atendida su avanzada edad, y correr siempre en línea recta hacia la punta mas saliente de la lengua de tierra, ocultándose unas veces detrás de un peñasco ó apareciendo sobre otro; tan pronto envuelta en la sombra proyectada por una roca, como mostrándose en medio de la espesa y menuda lluvia que producia el incesante y furioso chocar de las olas contra el promontorio.

Ibanse á preguntar el uno al otro cual seria la idea que se ajitaba en la desordenada mente de aquella furia, cuando, habiéndoles llamado la atencion unas voces que á su derecha oyeron á pesar del fragar de las olas, miraron y vieron, en medio de la sábana de blanca espuma que producia el rompiente de las olas y se estendia muchas brazas á lo largo, el casco de una galera que avanzaba atormentada por el viento y el agua, en línea recta sobre las peñas.

Al considerar la catástrofe que iba á poner término á la vida de los desgraciados que la tripulaban, Ugo arrebatado por los sentimientos generosos de su corazon, se adelantó tanto hácia el borde del precipicio que estuvo amenazado de caer en él; y poniéndose ambas manos en la boca, á manera de bocina, gritó con toda la fuerza de sus robustos pulmones:

—Orza....! Orza...! Rema la siniestra banda!!

A estas voces solo contestó un grito de rabia que exhaló la implacable Wilda.

Ugo y Tallafero permanecieron con los ojos fijos en la galera, cuya jarcia comenzaron luego á distinguir, y sobre cuya cubierta, que invadian las olas á intérvalos desiguales, vieron correr aceleradamente en direccion de popa á proa, un hombre gentilmente vestido, en el que reconocieron, apesar de la poca claridad, á en Berenguer de Entena, por su alta estatura, elegancia y aire marcial que no podian desconocer; el cual se paró junto al bauprés, desde donde parecia sondear con la vista el mar y reconocer los escollos que amenazaban su nave.

—Por San Cucufat del Valles! hijo—esclamó Tallaferro, manifestando con un jesto la inquietud que le devoraba—vamos aina para apagar la hoguera; ca en tanto la vean encendida no iran de orza.

—Vamos presto—replicó Ugo echando á correr en aquella direccion.

Mas apenas los almogavares hubieron dado una docena de pasos, cuando se vieron cercados de ballesteros, que parecia habian salido de las entrañas de la tierra, y oyeron una voz imperiosa que les gritó:

—Daos presos!

—A quién!—preguntaron los dos soldados poniéndo mano á la espada.

—Al magnífico señor en Fernando Ahones, almirante de la escuadra—respondió la misma voz.

—La razon?—pregunto Ugo volviendo la espada á la baina.

—Por haber dado fuego á esa hoguera, con intento de hacer naufragar la armada del magnífico señor Entenza.

—Mientes por medio la barba....!—esclamó Tallaferro—é si lo tornares á decir, hete de tallar la lengua,

—Tened la vuestra—dijo la voz—ó por mi patron Sent Jordi, que os llevo á Gallípoli molidos á palos y amarrados como forajidos!

—Saña del Señor Dios!—continuó Tallaferro—sabeis, menguados, á quien hablais?

—Impórtame poco.

—Allegáos, pues; ca cumple que lo sepais—dijo el adalid.

Aprocsimóse el condestable que mandaba la fuerza, y despues de haber reconocido á los dos almogavares, esclamó:

—A, sois vos, señor Ugo? pídovos humíldemente perdon; mas es fuerza que cumpla el mandamiento del señor almirante.

—Cumplidlo, tal es vuestro deber—replicó Ugo con calma y dignidad—mas antes haced que apaguen esa hoguera, por si ha lugar todavia para que la galera reconozca el engaño.

—Ya es tarde!—esclamó Tallaferro dando un fuerte golpe con el pié en el suelo.

Asi era en efecto; acababa de oirse el ruido del estrave de la galera rompiéndose contra las peñas del promontorio, y el espantoso clamor de la tripulacion que invocaba á gritos el socorro de la Virgen Santísima y de los santos sus patronos.

—Señor condestable—dijo Ugo—soi vuestro preso; mas hora cumple acudir en ayuda de esos sin ventura, y despues iremos á Gallípoli.... Seguidme todos á la orilla del mar para ver de darles socorro.

Esto diciendo, bajó del cerro á la carrera seguido de su padre y de los ballesteros, y llegó en pocos minutos sobre las piedras donde se habia estrellado la galera de Entenza.

Desde ellas presenciaron el cuadro mas horroroso y desconsolador que darse puede.

Entre las jigantescas olas y la blanca espuma que en su incesante movimiento de flujo y reflujo producian; entre los innumerables peñascos que formaban los arrecifes ocultándose unos bajo el agua y asomando los otros sus agudas puntas por cima de ella, mirábanse, rodeados de fragmente de un bajel, unos trescientos hombres que luchaban con desesperacion contra la horrible muerte que les esperaba. Unos asidos á una tabla, un remo ó un mastelero, tan pronto se miraban lanzados en los abismos del mar, como subiendo por la pendiente de una ola hasta llegar sobre su espumosa voluta, desde donde se veian precipitados de nuevo en el seno del agua; otros, que habiendo logrado subirse sobre una peña distante de la tierra firme, pedian con gritos y lamentos favor y socorro, no sintiéndose con fuerzas para llegar á ella; muchos, en fin, que nadando alcansaban la orilla donde caian desfallecidos y ensangretados á consecuencia de los golpes que recibieran, empujados por el oleaje contra los escollos, y para completar tan espantosa escena, un cielo negro zurcado por frecuentes exhalaciones, una mar que azotada por el huracan se levantaba en montañas de agua, y el grito de agonia de cien víctimas que se veian prócsimas á ser sumerjidas.

Ugo se quitó una parte de su ropa, y se arrojó denodadamente al agua; generosa accion que fué imitada por la mayor parte de los ballesteros; y haciendo todos a cual mas, prodijios de destreza, valor y serenidad, lograron salvar muchos de aquellos desgraciados de una muerte que parecia inevitable.

Como el adalid nadara, seguido de Tallafero que no se separaba de él ni media vara, hácia un peñasco donde se hallaban dos infelices pidiendo auxilio, oyó cerca de si un lamento ahogado y muy luego asomar por encima del agua dos manos crispadas y en pos de ellas una cabeza de rostro lívido y desencajados ojos que volvió, a sumerjirse instantaneamente.

Verla, gritar.—A mi Talleferro!—desaparecer debajo del agua y reaparecer encima teniéndola asida por los cabellos, fué obra de un minuto para el esforzado mancebo, que ayudado por el veterano nadó resuelta y desembarazadamente hacia la orilla donde depositó, casi moribundo, al magnífico señor Don Berenguer de Entenza.

Acto continuó llamó á cuatro ballesteros de los que no se habian echado al agua por no saber nadar, y les mandó conducir con tanto cuidado como diligencia, á la casa mas cercana, el cuerpo del noble catalan. Los soldados obedecieron sin replicar, y el adalid se volvió al mar en busca de nuevas víctimas que arrebatarle.

Subiendo iban, y á duras penas, el repecho del cerro, cuando se llegó á ellos una mujer anciana que los detuvo para ecsaminar la cara del hombre que llevaban sosteniéndole por los brazos y las piernas; asi que hubo satisfecho su curiosidad les preguntó que á donde lo conducian, y ellos le respondieron que á la ventura, á la casa mas cercana.

—Esora, les dijo la mujer—tráelo a la mia.

Los ballesteros le agradecieron su generosa hospitalidad y siguieron en pos de ella hácia las ruinas de la Torre Bermeja.

XIX.

Berenguer d' Entenza, rich-om de natura
Partix sen escut en or é bermell
Sens pintar empresa. La fama asegura
Que son bisagüelo fonc rey en planura
De Prades de Entenza, e trobantse vell
Se feu batetjar, rendintse á Namfós.

MOSEN JAIME MARCH —*Trovas heráldicas.*

Sesenta y tres años de gloriosos triunfos militares que inmortalizaron el largo reinado de D. Jaime el *Conquistador*, durante el cual las armas de Aragon y Cataluña ganaron los reinos de Valencia, Murcia y Mallorca; vencieron treinta batallas campales contra los temidos restos del imperio musulman de España, y reconquistaron palmo á palmo la tierra que profanaban los infieles, batiéndolos en miles de encuentros parciales, que eran el alimento cotidiano de los hombres de entonces, no habian bastado para entibiar el ardor belicoso de aquellos esforzados guerreros, ni logrado poner coto á sus implacables reyertas, divisiones y luchas intestinas, ya entresí ya contra el rey; con las que entretenian sus ocios durante las treguas celebradas con el enemigo comun. Los nobles de aquella sociedad turbulenta para quienes la guerra, mas bien que una necesidad, era una costumbre; su estado normal, en una palabra, la fuente de todo derecho, ensangrentaban de contínuo el suelo patrio con sus feroces é implacables peleas, que tomaban origen lo mismo en una cuestion

de alta política, que en un caso de enemistad personal, nacida de un agravio inferido á su orgullo harto susceptible y antojadizo; lo mismo en una disputa por límites de heredades que en la deshonra hecha á dueña, pariente ó deudo; lo mismo en una falta contra fuero en materia de pastos, caza ó pesca, que en la prision de un vasallo noble ó pechero; en fin, bastó alguna vez la contienda habida en una taberna entre dos villanos de diferentes señoríos, para que estos se pusieran en armas y se declararan una guerra sangrienta, que solia terminar ó por la intervencion del *Justicia* y del Rey, ó por el esterminio de una de las dos familias que se habian *tornado la amistad*.

La guerra que se hicieron las familias de Rocafort y Entenza es una prueba de lo que dejamos dicho.

Estas dos casas que figuraban al lado de las mas poderosas de Cataluña, habian vivido, en el condado de Manresa donde tenian sus pueblos y castillos, unidas con los lazos de la mas estrecha amistad y tomando parte sus jefes, D. Gombal de Rocafort y D. Guillen de Entenza, en todas las venturosas espediciones militares que llevó á cabo D. Jaime el *Conquistador*; sin que en el trascurso de tantos años, y en medio de tantas vicisitudes como unidos ambos habian corrido, surjiera el menor motivo de disgusto que alterase ni pusiese á prueba la estimacion que se profesaban.

Estando el ejército aragonés ante los muros de Murcia, en enero 1266, tenia Rocafort un hermoso azor torzuelo (1) que estimaba en mucho; tanto que se negara á trocarlo por un caballo que Entenza le ofreció en cambio. Sucedió que un dia le vino ganas al rey de hacer una cacería, á fin de distraerse de los afanes y penalidades del cerco de la plaza, y convidó á los dos amigos para que le acompañaran. En ella, prendóse D. Jaime del azor, por su gentileza y maestría, y sin que lo solicitara, Rocafort se lo regaló; y con él el paje que lo llevaba en el puño. Este rasgo de generosidad disgustó en tales términos á Entenza, que en aquel mismo instante abandonó la cacería, y se retiró á su tienda, donde encerrado con sus deudos y amigos dió rienda suelta á su mal humor, diciendo, que D. Gombal le habia hecho grave ofensa dando gentilmente el azor que él solicitaba, á quien no debia tanta amistad como á él, ni era de muy mayor linaje que el suyo; pues si D. Jaime era rey de Aragon, los padres de sus padres

(1) Epíteto del halcon que es tercero en salir del nido.

habian sido reyes de la llanura de Prades de Entenza. Estas y otras razones, que amigos oficiosos llevaron y trajeron entre los dos caballeros, fueron causa de que á los pocos dias D. Gombal mandara á decir á D. Guillen que no queria su amistad de allí en adelante, y así quedaron declarados enemigos. Al cabo de dos meses de cerco la ciudad se rindió á las armas del rey D. Jaime, quien despues de dejar en ella por gobernador á D. Alonso García, con diez mil hombres de guerra para defender y poblar la tierra, despidió el resto de su ejército; con cuyo motivo Rocafort y Entenza regresaron á sus respectivos señorios.

Dos años despues, en el mes de marzo de 1266, falleció D. Alvaro de Cabrera conde de Urgel, dejando una hija de Doña Constanza de Moncada, y dos hijos de Doña Cecilia, hermana del conde de Fox; habiendo casado con la segunda en vida de la primera. (1) Muerto el de Urgel, D. Ramon de Folch, vizconde de Cardona y deudo muy inmediato de la casa de Fox, trató de apoderarse del condado para los hijos de doña Cecilia, en tanto que la casa de Moncada, que los reputaba ilegítimos por ser del segundo matrimonio, pretendia lo mismo para la hija de doña Constanza. Con este motivo hubo grandes turbulencias y disenciones entre los barones de Cataluña, que se dividieron en dos opuestas parcialidades. Desgraciadamente, don Gombal de Rocafort favoreció la causa de los Moncadas, y D. Guillen de Entenza el opuesto bando. Encendióse una guerra civil, que ya comenzaba á tomar proporciones alarmantes, cuando D. Jaime el *Conquistador* terció oportunamente en la contienda, aduciendo en favor de su derecho las grandes sumas en dinero que habia prestado á los testamentarios para pagar las deudas de D. Alvaro, y además, la cesion que le hiciera del condado de Urgel D. Guerao, hermano del difunto, que pretendia sucederle en el señorío por sustitucion hecha en su persona en el testamento de D. Ponce de Cabrera, padre de ambos. El rey puso guarniciones en los castillos que se tenian por él en el condado, y dejó algunas compañías de soldados para la defensa y conservacion de la tierra.

Esto obligó á los barones á renunciar á sus parcialidades, y todos depusieron las armas, escepto las casas de Entenza y Rocafort.

Ambos señores habian acojido con harta alegria la ocasion de medir sus armas, y habian comenzado á hostilizarse mútuamente con

(1) Zurita. *Anales de la Corona de Aragon.*

demasiado encono, para sacrificar en aras del bien público su injustificable ódio y su ardiente deseo de venganza. Asi que, continuaron sin treguas una guerra desoladora que ponia de contínuo á saco sus respectivos pueblos, campos y alquerías, y sembraba el luto y la desolacion entre todos sus inocentes vasallos. La superioridad que en hombres y en riquezas tenia la casa de Entenza sobre la de Rocafor, le dieron la mejor parte de la contienda; hasta que en 1276, á la muerte de D. Jaime el *Conquistador*, que se habia mostrado partidario de D. Gombal, coronó su triunfo y su venganza sorprendiendo una noche el castillo de su enemigo, que incendió y arrasó despues de dar muerte al señor de Rocafort, á su esposa, un hijo que tenia en la cuna y á todos sus criados y defensores; salvandose milagrosamente de la general matanza, Bernaldo, su hijo primogénito, jóven de diez y seis años, que fué llevado á la córte de Aragon y admitido en calidad de paje de D. Pedro III, sucesor de D. Jaime.

En ella se crió el mancebo muy estimado y favorecido del rey, que pretendia así indemnizarle de la desgracia que le habia dejado en la horfandad. Prendado el monarca de su gentileza, valor y gallardía, le honró con cargos importantes en la milicia, y le confió, cuando apenas tenia veintiun años, el mando de algunas espedicienes militares importantes, de las cuales regresó siempre el intrépido mancebo victorioso y coronado de laureles.

Tantas mercedes no bastaron á borrar de la memoria del jóven Rocafort la catástrofe que le habia arrebatado á su familia y riquezas, ni á disipar de su corazon la profunda melancolía, el ódio y deseos de venganza que abrigaba contra el matador de sus padres. Su carácter, sobrescitado por el ejercicio de las armas y el latente recuerdo de su desgracia, se hizo adusto, cruel y altanero en términos, que llegó á enajenarse la amistad de todos los nobles de la córte.

Cuando en 1282, D. Pedro de Aragon marchó á la conquista de Sicilia, Bernaldo acompañó al rey en su espedicion, esperando encontrar en la guerra que se preparaba un vasto campo donde dar rienda suelta á los ímpetus de sus pasiones y ambicion. Antes de embarcarse, vendió los pocos bienes que le quedaban en Cataluña y se convino á celebrar, á instancias de D. Pedro, un acto de reconciliacion con Entenza; que fue síncero de parte de este, empero no asi por la del último vástago de la familia de Rocafort.

En 1281 murió D. Guillen de Entenza, dejando una rica herencia y un apellido ilustre y respetado á su hijo primogénito D. Be-

renguer, el cual, como discreto y gentil caballero, y noble y esforzado capitan, logró alcanzar un puesto preeminente entre los primeros campeones de su época. Su linage, valor é inmensa fortuna le hicieron el encanto de la opulenta é ilustrada corte de Aragon; en la cual permaneció enamorando las damas, tomando parte en los certámenes poéticos, y distribuyendo sendos mandobles y botes de lanza á los franceses y á la morisma en los campos de batalla, hasta el año de 1290, en que pasó á Sicilia con una numerosa hueste que equipó á sus espensas, para alcanzar mas gloria, combatiendo las armas reunidas de la iglesia, Francia y Nápoles. Cuando D. Jaime II vino á España para tomar posesion del trono, vacante por muerte de D. Pedro III, quedóse en Sicilia al servicio de D. Fadrique, ganando fama, prez y renombre inmortal en aquella memorable guerra, hasta que, firmada la paz de Calatabelota, se vió, como los demas capitanes españoles, reducido á la inaccion; ofreciéndose en su consecuencia, á tomar parte en la jornada á Levante, que á solicitud del emperador Andrónico Paleólogo emprendieron los soldados de Aragon y Cataluña. Empero, retardó la pasada mas de lo que su deseo é interés le aconsejaban; porque su legítimo orgullo de infanzon y ricohombre, y la fama de esforzado capitan que habia noblemente adquirido, no le permitian subordinarse al aventurero Roger de Flor; á pesar de que este era su amigo y digno émulo suyo.

Por fin, dos años despues, con noticia que tuvo de la bienandanza de las armas españolas de Oriente, y ademas requerido una y otra vez por las cartas del emperador Andrónico, y últimamente, con una embajada particular que le envió en que le rogaba, ofreciéndole grandes mercedes, que acudiese prontamente á Constantinopla, dió vigoroso impulso á la venta de sus posesiones en Sicilia, y de algunas haciendas en Cataluña, y con el dinero que hubo de esta manera, aparejó una armada y equipó una hueste de dos mil infantes y quinientos caballos, con las cuales navegó prósperamente la vía de Constantinopla; hasta la funesta tarde del mes de marzo de 1304, en la cual, sorprendido en medio del Helesponto por una deshecha borrasca, vino á estrellarse la galera capitana que montaba, contra las peñas de un promontorio situado á media milla S. de Gallípolis, engañada por el brillo de una hoguera que tomara por las festivas luminarias hechas en el puerto para recibirle.

Era pasada la media noche; el huracan, cual si sumiso obedeciera á la voluntad de un ser sobre natural, terminada la mision para que fuera llamado, se retiraba lentamente dejando oir en lontananza el redoble sordo y prolongado de algunos truenos, que se apagaban en las aguas del canal ó detras de las cordilleras de montañas que se estienden á lo largo de la orilla derecha del Helespónto: las olas se estrellaban con movimiento tardo y acompasado sobre los peñascos de la costa, produciendo un ruido monótono que se mezclaba al zumbido de las ráfagas del viento, que á manera de quejido lastimero cruzaban el espacio y venian á morir contra las ruinas de la Torre Bermeja.

En el único aposento habitable de aquella lúgubre mansion, alumbrada en esta hora por la oscura luz de una tea resinosa, yacia, sobre un lecho de heno y hojarasca, el magnífico señor D. Berenguer de Entenza. Hubiérase dicho al contemplar su inmovilidad, la palidez de su hermoso semblante, y el desorden de su cabello y vestido, que la vida le habia abandonado, y que su cuerpo solo esperaba ya la hora de ser devuelto á la tierra.

A su lado se veia arrodillada una anciana mujer despeinada y con el vestido hecho girones, cuyos ojos desmesuradamente abiertos, destacándose fosforescentes sobre un rostro lívido como el de un cadaver, permanecian tenazmente clavados sobre el rostro del caballero, á quien tomara una mano para contar entre las suyas, uno por uno los latidos de su pulso.

De pronto el caballero se ajitó violentamente sobre el lecho; sus ojos se abrieron y volvieron á cerrar repetidas veces; sus labios murmuraron algunas palabras inentelijibles acompañadas de quejidos y lamentos, y exhaló leves gritos que espiraban en el momento de salir de su boca.

La fiebre adinámica que se habia apoderado del noble Entenza, á consecuencia de los golpes que habia recibido en el naufragio de su galera, y del tiempo que permaneciera bajo del agua, donde estuvo muy prócsimo á morir ahogado, había hecho crisis en aquel momento, y comenzado á resolverse en un delirio convulsivo, que se prolongó algunas horas, y que despues de agotar el vigor de sus órganos musculares le dejó postrado y sin fuerzas para hacer el menor movimiento.

Mientras le duró ese estado de ajitacion febril, tuvo una pesadilla horrible y espantosa.

Soñó, que se encontraba desnudo y amarrado por la cintura con una gruesa cadena de hierro, sobre el humedo y duro suelo de una hedionda caverna abierta naturalmente en una roca, que debia hallarse prócsima al mar, á jusgar por el ruido de las olas que se oian azotar el esterior de la peña. Una luz azulada y tenue iluminaba el interior de la gruta, en cuyas paredes tortuosas y erizadas de agudas piedras salpicadas de cristalizaciones salinas, veia multitud de esculturas exentas, que representaban monstruos con figura humana, ó animales horribles, agrupadas las unas y aisladas las mas, que le miraban con desencajados ojos y le amenazaban con sus jestos y actitudes. Uno de aquellos de formas indefinibles, pero mas repugnante y horroroso que los demas, se desprendió del pedestal de granito sobre el cual estaba subido, llegóse á él, y comenzó á moverse en su derredor describiendo una línea espiral que, partiendo desde su cuerpo, como de un centro, fué dando vueltas hasta el rincon mas apartado de la caverna, desde donde, y sin pararse tornó á desandar lo andado; continuando largo espacio de tiempo en este ejercicio, y acelerando progresivamente el paso que pronto se trasformó en carrera velocísima, hasta que, loco y jadeante vino á caer sobre él, y le dió un mordisco en el cuello.

Al sentirse herido, exhaló un grito de dolor, y el monstruo se puso en pié lanzando una carcajada que le mostró su ancha boca inundada en sangre; despues volvió á emprender su diabólica carrera sin fin.

Paróse de nuevo; pero esta vez, le vió tomar, sobre una piedra saliente de la pared, un enorme gavilan encaperuzado, abrirle el vientre con sus dedos, sacarle las entrañas, empapar en ellas una rama de tomillo, y rociarle la cara con sangre caliente cuyas gotas le quemaban el cutis, cual si fueran chispas desprendidas de un carbon encendido.

Poco mas de cinco minutos emplearia el monstruo en esta operacion, al cabo de los cuales dió en correr de nuevo con mayor velocidad. Por fin, se detuvo junto á él, y despues de ponerle su asquerosa mano sobre el corazon para cerciorarse de que latia, abrióse con las corvas uñas el pecho, y sacó de su seno un puñado de víboras, cuyas cabezas machacó entre sus manos, que sonaba al dar una con otra como el martillo de un herrero sobre el yunque, hasta que las hubo reducido á polvos finísimos de un color gris azulado; luego tomó un cubilete, lo llenó de un líquido verdoso que brotaba de una

hendidura abierta en un peñasco, echó en él los polvos, se rodilló á su lado y le aprocsimo á los labios los bordes del vaso emponzoñado.

Detuviéronse las palpitaciones de su corazon; sus miembros se agarrotaron, y sintió circular por sus venas el frio de la muerte.

Sin embargo, logró hacer un violento y desesperado esfuerzo para apretar los dientes y los labios de tal manera, que no se le introdujo ni una sola gota del líquido en la boca y se derramó todo por sus mejillas, cuello y pecho, donde dejó una mancha del color del zumo de la zarza-mora.

Viendo el monstruo ser vana su porfia, dió un grito á modo de rujido, y asiéndole por los cabellos, le zam rreó la cabeza con furor, intentando, inutilmente, hacersela pedazos contra las piedras que le servian de almohada.

Como no consiguiera su propósito, se alzó del suelo haciendo horribles contorsiones, y fuese dando saltos hacia un estremo de la gruta, de donde arrancó un enorme peñasco que tomó entre sus brazos, y con él se elevó por los aires.

Abrióse la bóveda de granito para dar paso al monstruo á quien muy luego vió á una inconmensurable altura cernirse sobre su cabeza, como el buitre que está en acecho de su presa, sin que á pesar de la distancia disminúyese sus proporciones ni el volúmen del peñasco que sostenia con sus brazos, el que, por el contrario, parecia aumentar de tamaño á medida que se alejaba en línea perpendicular de su cuerpo.

Asi se mantuvo por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales el monstruo comenzó á denostarle entre infernales carcajadas, soltando por último la piedra que decendió por el aire con la velocidad de una exhalacion, produciendo, al hendir el viento, un silvido agudo acompañado de un ruido parecido al flamear de las velas de un bajel.

Entenza cerró los ojos, contuvo involuntariamente la respiracion, é invocando el nombre de la Vírgen Maria, se preparó á recibir la horrible muerte que le esperaba.

Trascurridos algunos momentos de angustiosa anciedad, oyó un ruido de voces que hablaban todas á la par dentro de la gruta: hizo un esfuerzo, abrió los ojos, aunque sin atreverse á dirijirlos hàcia arriba por temor á ver llegar sobre su cabeza el instante fatal, y vió como todos los monstruos habian decendido de sus pedestales, y

colocados en círculo en su derredor parecian asistir con rostro impasible á su suplicio.

Luego sintió que le tomaban ambas manos sin hacerle mal alguno; que le rociaban la cara con un líquido, cuya frialdad reanimaba por grados sus paralizados miembros; que desataban las ligaduras que le sujetaban al suelo, y finalmente, que le suspendian en el aire y le colocaban sobre una mullida cama.

Entonces desapareció como por encanto el delirio que tuvo trastornada su razon durante aquella terribles horas, y comenzó á ver y á oir con los ojos y los oidos del cuerpo.

Vióse rodeado de muchos caballeros cuyos semblantes le fué facil reconocer, y de algunos hombres de armas que tenian en la mano hachones encendidos, con los cuales iluminaban un desmantelado aposento, que solo tenia de espantoso lo grosero de su mueblaje y la casi desnudez de sus paredes.

Oyó frases de respeto y cariño que devolvieron la tranquilidad á su espíritu, y por último, una voz amiga que reconoció por la de Roger de Flor, que decia:

—Vamos presto á Gallípoli; ca en este lugar no podemos dar al noble señor los socorros y cuidados que ha menester.

XX.

Entre tantos desórdenes se va disminuyendo el temor y la majestad del nombre romano.

Las naciones septentrionales que habitaban tierras frias é incultas, atraidas por la hermosura y riqueza de las del imperio, tientan por todas partes la entrada en ellas.

BOSSUET—*Discurso sobre la Historia universal.*

¡O estranjero, yo te conozco ...,! Sobre mi reino está pendiente un nuevo mundo, hácia la parte donde cayeron precipitadas tus lejiones Vuela y date prisa á cumplir tus designios. ¡Desolacion, despojos, ruinas! vosotros sois la esperanza del caos!!

MILTON—*El Paraiso perdido.*

Los estragos causados por la tormenta en la armada de Berenguer, quedaron, afortunadamente, reducidos al naufragio de la galera capitana y á la pérdida de algunos pocos soldados y marineros. Las demás naves, advertidas con tiempo del peligro, lograron salvar el escollo, y entraron en el puerto de Gallípoli donde sus tripulaciones fueron recibidas con estraordinarias muestras de regocijo, y alojadas dentro del recinto de la plaza.

Quince dias despues, Berenguer de Entenza completamente res-

tablecido de su pasado quebranto, se puso en marcha con su hueste hácia Constantinopla, donde, con repetidas instancias, le llamaba el emperador, que ansiaba ganarse su amistad para servirse de sus soldados contra el ejército del Megaduque, que se le habia hecho por demás temible y sospechoso.

El prudente Roger de Flor, noticioso por los muchos amigos que tenia en la corte, de los secretos manejos de Andrónico, acompañó en su viaje al infanzon Catalan, á fin de conjurar en persona la tormenta que sordamente rujia sobre su cabeza. Con él, pues, y seguido de una numerosa compañía de nobles y caballeros adictos á su causa, llegó á la capital del Imperio, donde fué recibido poco menos que en triunfo por los muchos griegos principales amigos y parciales suyos, y por una comision de patricios que mandara Andrónico saliera á recibir en su nombre á los dos ilustres capitanes.

Sin embargo, y contra todas las esperanzas, se retardó algun tiempo la recepcion de los españoles en la corte. La causa que motivó tan estraña conducta por parte de Andrónico no fué otra, sino el conocimiento que muy pronto llegó á adquirir, de que Berenguer de Entenza no venia dispuesto á hacer traicion á sus compañeros de armas; y que bajo ningun pretesto, ni halagado por merced ni promesa alguna, se quedaria en Constantinopla al servicio esclusivo del emperador. Esto lo supo por aquellas personas de su confianza que habia comisionado para que tratasen en secreto con el noble y generoso caballero, las cuales desde la primera entrevista tuvieron lugar de conocer toda la hidalguía y lealtad del magnífico Berenguer de Entenza. En su consecuencia, despechado Andrónico, se negó á recibir al rico-hombre catalan, pretestando que se le habia hecho sospechoso por haber venido á su servicio con mayor número de soldados de aquel que le habia pedido.

Empero un suceso imprevisto y funesto le obligó á desistir de su propósito, y á ocultar sus resentimientos en fuerza de las circunstancias. Por aquel entonces, llegó á Constantinopla la dolorosa nueva de haberse apoderado los turcos de la isla de Chio que guarnecian algunos catalanes y griegos; de haber vuelto los infieles á poner sitio á Filadelfia, cuyo cerco estrechaban con un ejército numeroso, y finalmente, de haber reconquistado la mayor parte de las plazas del Asia de donde habian sido arrojados por las armas españolas. El terror que se apoderó de la corte y del pueblo de Bizancio, hizo enmudecer por el pronto á los implacables enemigos de Roger, y obli-

gó á Andrónico á conceder á los capitanes la audiencia que solicita an.

En ella, el emperador, á fin de ocultar los recelos que abrigaba contra sus valerosos y leales aucsiliares, se manifestó pródigo de alabanzas y de mercedes; y tanto, que Roger y Entenza, llegaron á arrepentirse de las sospechas que habian concebido contra él. Antes de despedirse, el noble Roger, en presencia de toda la corte, renunció su oficio de *Megaduque* en la persona de Berenguer de Entenza; y, á pesar de las observaciones del soberano, se quitó el bonete, insignia de su dignidad, y con el sello y baston se lo ofreció á su leal amigo; diciendo en altas voces, para que todos los circunstantes lo oyesen: Que quien era descendiente de reyes y caballero de tan alta alcurnia é ilustre valor, debia tener el primer lugar en el ejército. Vana fué la resistencia de Berenguer, que al fin tuvo que aceptar el empleo de *Megaduque*, en vista de las reiteradas instancias de Roger; y el emperador por su parte, admirado como toda su corte de la cortesía del invicto caudillo, no quiso aparecer menos generoso en aquella circunstancia, y dió á este el título de *César*, que era la tercera dignidad del imperio, la cual hasta entonces permaneciera vinculada en los príncipes de la sangre, y á aquel, con el cargo de *Megaduque* el de *gran príncipe* del Senado, mandando le fuera entregada en el acto la vara dorada símbolo de su alta dignidad.

Tan señaladas mercedes prodigadas á los españoles, irritaron el ánimo de Miguel Paleólogo y del numeroso partido que tenia en la corte, el cual le favorecia en sus pretensiones de supremacía en el gobierno; y olvidados bien pronto todos ellos del aprieto en que recientemente les habian puesto los turcos, y del que, solo el valor de los soldados de Roger podia librarlos, condenaron abiertamente y sin rebozo la conducta de Andrónico; fundándose en que era contrario á las leyes y grandeza del imperio, el que se proveyeran en unos estranjeros cargos tan supremos como eran los de *César*, *Megaduque*, *Presidente* del Senado, *Almirante* de la flota y *Senescal* de la infantería.

Pocos dias despues, Miguel, no pudiendo encerrar dentro de su pecho la enconada envidia que le atormentaba, tuvo una entrevista con su padre Andrónico, y en ella, dando rienda suelta á su indignacion, le echó en cara que por su debilidad y criminal condescendencia, los españoles se habian convertido en tiranos del imperio; y que no contentos con las crecidas pagas que disfrutaban y los riquísimos despojos que sacaron del Asia, oprimian y maltrataban á los

pueblos, y se iban apoderando sagazmente de los cargos del imperio, sin duda con el objeto de saquear el tesoro imperial lo mismo que lo hacian con el bolsillo de los ciudadanos..... Que en vano su abuelo Miguel, de gloriosa é imperecedera memoria, habia sacado á los griegos de la servidumbre de los latinos, si él los entregaba por segunda vez, y voluntariamente á la merced de los catalanes; y por último, le dijo, que poco ó nada se habia adelantado con haber sacudido el yugo de los turcos si se veian abocados á ser uncidos á otro mas irritante, puesto que tenia por origen la traicion y deslealtad de quien faltando á la fé de los juramentos, se habia rebelado contra sus legítimos mandatos. Andrónico intentó calmar la cólera de su hijo, manifestándole que no su deliberada voluntad, sino la presion de las circunstancias le obligaban á obrar de la manera que lo hacia, y que solo esperaba una ocasion propicia para enfrenar la insolencia de los españoles ó esterminarlos hasta el último, si se obstinaban en luchar con él de poder á poder; y que en tanto esta ocasion se presentaba, era necesario usar de astucia y de cautela, pues creia empresa difícil el vencerlos estando todos reunidos. Estas prudentes razones en vez de calmar ecasperaron de ánimo de Miguel, quien despues de acusar la cobarde debilidad de su padre, le anunció que en aquel mismo dia iba á marchar á Andrinópolis, donde muy pronto reuniria un ejército de cuarenta mil hombres para salvar el imperio á pesar del emperador.

Entre tanto los genoveses aguijoneados por el deseo de venganza y estimando la ocasion propicia para alcanzarla, mandaron una comision al emperador para informarle, como tenian noticias de Poniente, de que los reyes de Aragon y Sicilia estaban equipando una poderosa armada con destino á los mares del imperio; y que los soldados de Roger y de Entenza en lugar de venir para la defensa de sus estados, eran solo una vanguardia de la temible cruzada que intentaba arrebatarle el trono, á pretesto de la escomunion que el pontífice de Roma habia lanzado sobre su cabeza, acusada en toda la Europa occidental de herege y cismática. Este engaño que los genoveses supieron cubrir con apariencias de verdad, fué creido por Andrónico, y motivó un tratado entre el gabinete imperial y los súbditos de la *Señoria*, por el cual, estos se obligaban á poner desde luego en la mar cincuenta navios que tenian aparejados, y otros tantos mas dentro del plazo de un mes para combatir á los españoles, y aquel, á

suministrar todo el dinero necesario para el equipo y manutencion de la flota

Asi las cosas, el emperador, antes de llegar al caso de un rompimiento definitivo, quiso poner de su parte una apariencia de razon; y para el efecto mandó llamar á palacio á los capitanes españoles, y les manifestó la imperiosa necesidad en que se veia de mandarles pasar al Asia con las dos terceras partes de su ejército, para hacer frente á las crecientes invasiones de los turcos, y lo conveniente que era á su servicio que el resto marchara sobre Andrinópolis para estar á las órdenes de su hijo Miguel.

En vano fué que Roger y Entenza le suplicasen aplazara la ejecucion de su plan hasta tanto que los ánimos de sus soldados se tranquilizaran de los temores que todos llegaron á concebir en vista de la sorda é implacable guerra que les hacian sus enemigos en la córte; en vano que protestaran una y mil veces de su lealtad y obediencia á los mandatos imperiales; que hicieran relacion detallada de sus méritos y servicios, y finalmente, que le pusieran de manifiesto la imposibilidad en que se encontraban de emprender la campaña contra el turco, faltos como estaban de dinero para pagar las deudas que habian contraido en Gallípolis por su manutencion durante aquél invierno, y para equipar las naves que los habian de conducir á las provincias marítimas del Asia. Andrónico se mostró sordo á sus justas reclamaciones, y no solo se negó á mandar librar el dinero que se les debia, hasta tanto que estuviesen del otro lado del mar, sino que llegó á amenazarle que si tardaban en obedecer sus órdenes, los declararia rebeldes y traidores, y los despediria de su servicio sin mas galardon que el perdonarles la vida y señalarles la ruta que habian de seguir para volverse á España.

La respuesta del emperador lleno de indignacion el pecho de los capitanes españoles, que reconocieron, aunque tarde, la perfidia del pueblo é cuya salvacion habian consagrado su ecsistencia; con ella vieron confirmados los temores que habian concebido al tener noticias del ejército que se reunia en Andrinópolis, y al saber las frecuentes entrevistas que se verificaban entre el emperador y los magistrados genoveses; y llegaron á comprender que no por las supuestas faltas de que se les acusaba, sino por no satisfacerles la cuantiosa suma que se les debia por razon de las pagas que el ejército devengara desde su salida de Cizico en marzo de 1303 hasta abril de 1304, moviase contra ellos en Constantinopla la enemistad de una parte con-

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

siderable de la corte, y el soberano aducia mentidos agravios que carecian de oportunidad y de justicia. En su consecuencia, Berenguer de Entenza pidió licencia al emperador para volverse con su hueste á Gallípoli, y aunque Andrónico procuró detenerle con ruegos y dádivas, de allí á pocos dias, se embarcó en sus naves; mas antes de abandonar el puerto, devolvió al soberano treinta vasos de oro y otros regalos que habia recibido de sus manos; y luego, en presencia de una comision de nobles griegos que acudieran á su galera para significarle el último deseo del emperador, arrojó al mar las insignias de *Megaduque*, y desnudando la espada, esclamó, haciendo pedazos con ella las cartas con sello de oro que Andrónico le enviara solicitando el aucsilio de sus armas.

—Id, caballeros, y decid al señor emperador, que me aparto de su servicio, y que estoy aparejado para hacerle la guerra á todo trance, porque hizo malfetría faltando á sus conciertos con en Roger de Flor, y trata de hacer deshonra á la nacion catalana..... Empero, si mejor aconsejado resuelve el tornarnos la honra, decidle que estaré en Gallípoli dispuesto á volver por la suya contra todos sus enemigos.

Los nobles se retiraron confundidos al ver tanto valor y grandeza de ánimo, y dieron cuenta á Andrónico de lo sucedido. Como era de esperar, la indignacion del soberano llegó á su apojeo; y no creyéndose ya en el caso de guardar consideracion alguna con los que tan audazmente desafiaban sus iras y su poder, envió órdenes á Andrinópolis para que el ejército griego se preparase á entrar en campaña; á los genoveses para que aparejasen la flota; dispuso que se formase con las tropas aucsiliares residentes en Constantinopla, búlgaros, masajetas y turcopeles, una hueste dispuesta para obrar con arreglo á las circunstancias, y por último, mandó que se impidiese á Roger de Flor la salida de Constantinopla con su familia y caballeros de su séquito, con el fin de guardarlos en rehenes.

Con Berenguer llegaron á Gallípoli las nuevas de lo que acontecia en Bizancio, y á las pocas horas se puso en defensa la plaza, hácia la cual comenzaron á replegarse todos los destacamentos; pormaneciendo acantonados, solamente aquellos que por su número, ó por la importancia del pueblo que ocupaban, podian hacer suficiente resistencia á un ataque de los que consideraban ya como enemigos declarados. Fué tal la alarma, que desde luego se dió mano á levantar buenas fortificaciones en todos aquellos parajes que se

estimaron á propósito para detener las armas de los griegos, y se dió principio á las hostilidades tomando rehenes, ganados y víveres en todos los pueblos de la Tracia Quersoneso, los cuales fueron conducidos á la plaza de prifncipal.

Sabedor, Andrónico, de lo que acontecia en el campo español, hizo severos cargos de ello á Roger, y llegó hasta amenazarle con la muerte si los soldados de Aragon no ponian coto á su conducta agresiva. El Cesar indignado rechazó con altaneria las injurias que le fueron dirijidas, manifestó al emperador su inocencia, y le anunció resueltamente la sangrienta venganza de sus soldados, si por falta de prudencia y consideracion, galardonaba sus esclarecidos servicios con la menor ofensa hecha á su persona.

Mostrabase inflecsíble el soberano, y ya los ánimos divididos unos en favor y otros en contrar de los españoles comenzaban á inquietarse seriamente en la córte y entre el pueblo, presintiendo todos graves acontecimientos que llenaran de luto y sangre las provincias del imperio, cuando llegó á Constantinopla una embajada de Berenguer de Entenza, la cual pidió al emperador, en nombre del ejército, todas sus pagas atrasadas á fin de pasar inmediatamente al Asia á continuar con fidelidad sus servicios contra el turco, ofreciendose á la par á reprimir con mano fuerte los escesos de los que se atreviesen á maltratar los pueblos amigos. Con su llegada coincidió la de cuatro mensajeros enviados por los majistrados de Magnesia, que traian la noticia de estar los turcos á punto de apoderarse de Filadelfia, en tanto que otro ejército infiel habia comenzado á sitiar su ciudad, que no tenia á la sazon bastantes fuerzas para resistir el enjambre de enemigos que se habian arrojado sobre sus murallas.

Al saberse tal nueva cundió el pánico en la capital del imperio, y sus ciudadanos, aterrados cual si los alfanjes de los sarracenos estuviesen ya amagando sus gargantas, acudieron en tumulto al palacio á pedir al emperador los librase de la muerte que creian versobre su cabeza. Con esto, el partido enemigo de los españoles en la corte, dió treguas á sus pérfidas maquinaciones, asustado de la inminencia del doble peligro que amenazaba al imperio, y los parciales de Roger recobrando la superioridad en el gobierno de la cosa pública, inclinaron el ánimo de Andrónico hacia una avenencia con el caudillo español, y recabaron de su autoridad que hiciese justicia á los latinos, y les mandara librar el dinero que solicitaban con justa razon, á fin de que cuanto antes marcharan al Asia á combatir un

enemigo que huia solo ante las banderas de Aragon.

Andrónico viéndose desamparado en tan críticos momentos de todos aquellos por cuyos consejos habia roto con los españoles, y buscando inútilmente en su derredor las naves genovesas, las cohortes de su hijo Miguel y las espadas de los bárbaros auesiliares del imperio, que todos habian recojido velas al anuncio de la tempestad que nublaba la atmósfera, condescendió con cuanto de él solicitaban, y no solo devolvió su amistad á Roger, sino que tambien le mandó entregar el dinero, y le dió órden para marchar sin pérdida de tiempo á equipar su ejército y armada para abrir la campaña contra el turco á principios del prócsimo mes de mayo; resolviéndose así la terrible crísis por que acababa de pasar su imperio.

Roger obedeció ejecutivamente; empero enseñado por la esperiencia propia á no confiar ciegamente en las palabras del débil Andrónico, llevó consigo á Gallípoli á la princesa Irene, su suegra, hermana del emperador, á su esposa Maria, su hija Elfa y toda la servidumbre de su casa, á fin de no dejar en manos de los griegos prenda alguna por cuyo rescate, en un caso dado, se viera en peligro su honra y la de sus soldados.

La presencia de Roger, y sobre todo el dinero que llevaba, calmaron la irritacion del ejército, que olvidando en aquel momento los agravios recibidos, victoreó al emperador y pidió á gritos la jornada á Asia.

Empero este entusiasmo y alegria tan solo fué un relámpago fugaz que brilló un solo instante para mostrar la sima del abismo donde debian muy pronto sepultarse montones de cadáveres.

Cuando los aragoneses y catalanes quisieron saldar sus cuentas con los griegos y darles cumplida satisfaccion, se encontraron con que la moneda de plata en que se les habian satisfecho sus pagas, era muy menoscabada en peso, y falta en casi dos tercios del valor por el cual la habian recibido, (1) negándose, en consecuencia, á recibirla los mercaderes, y proveedores del ejército español, y á continuar suministréndole los víveres que habia menester para su manutencion. Asi que, los soldados se vieron en la dura necesidad de obligar á

(1) Segun Montaner escribe, se mandó batir cierta moneda falsa, en talla y figura de ducados venecianos, para que de ella se pagase la jente; y valian los venecianos ocho dineros barceloneses, y los que el emperador mandó labrar, que se llamaban *basilios*, no valian tres dineros.—Zurita.—*Anales de Aragon.*

los griegos á admitir la moneda, y á buscar por fuerza de armas el alimento necesario en los pueblos de aquella provincia.

Tanta perfidia y tan negra ingratitud, acabaron de desengañar á los españoles, dándoles á conocer todo cuanto les era dado esperar de un pueblo tan soberbio, como cobarde y tan liviano como falto de fé, cual el griego. Asi es que viéndose de hecho relevados de la obligacion que habian contraido de servir los intereses del imperio, desnudaron la espada para volver por los suyos que se veian lastimados en demasía, y alzados pendones publicaron la guerra como última razon de su derecho.

En cuanto Andrónico tuvo conocimiento de los sucesos de Gallípoli, sintió un frio mortal apoderarse de su corazon, creyendo ya ver ondear sobre las torres de Constantinopla, de un lado las banderas de Aragon, y del otro los estandartes de la media luna. Sus ojos nublados por el terror, solo miraban por do quier enemigos encarnizados contra su persona, y el insondable abismo donde debia precipitarse con las reliquias del imperio de Constantino el Grande. Sin embargo, todavia encontró amigos desinteresados, que le mostraron el único medio de conjurar la tormenta que azotaba con furia su trono; el cual no era otro sino el renunciar generosamente á la política tenebrosa y desconfiada que desde algun tiempo venia usando con los españoles, y ofrecerles y aceptar á la par, las prendas de una amistad leal y sincera. Desgraciadamente, un espíritu maléfico endureció su corazon y dejó abiertos sus oidos solo á las interesadas sujestiones de pérfidos ministros, que alcanzaron con sus consejos hacerle adoptar el camino mas arriesgado y escabroso para llegar á sus fines; camino que muy luego se vió empedrado de cadáveres.

En su consecuencia, despues de repetidos mensajes y embajadas que se cruzaron durante muchos dias entre Constantinopla y Gallipoli, se celebró un tratado, el cual se juró solemnemente en el templo de Santa Sofia al pie del altar y delante de la imájen de la Vírjen, (segun costumbre antigua del imperio), por los embajadores de Roger de Flor, y los plenipotenciarios del emperador Andrónico Paleólogo.

En este tratado quedó estipulado con todas las formalidades de estilo, que Andrónico daba en feudo á los capitanes de Aragon y Cataluña, las provincias de la Anatolia; sin otro vasallaje que el de acudir con sus armas y á su costa, al servicio del emperador reinante y de sus sucesores, siempre que fuesen llamados—Que se les

abonarian las pagas que tuviesen devengadas hasta la fecha—Que serian socorridos en Asia con treinta mil escudos y ciento veinte mil modios (1) de trigo cada año—Que los capitanes españoles marcharian inmediatamente á tomar posesion por conquista, ó como mejor pudiesen, de sus feudos respectivos.—Que Roger de Flor, despues de recibidas las insignias de *Cesar*, y la primera anualidad que debia distribuir entre los capitanes, pasaria sin demora á Constantinopla con solos mil infantes y algunas compañías de caballos.—Finalmente; que el emperador no estaria obligado á dar sueldo alguno á la jente de guerra despues de la conclusion y ractificacion de todas las clausulas del tratado.

Cuando el ejército tuvo conocimiento de las particularidades de este concierto, movióse grande alboroto entre los cabos inferiores y los soldados de ambas armas, que acusaron en altas voces á sus capitanes de haber cuidado mas de su propio engrandecimiento é individual beneficio, que de los intereses generales del comun. Asi que, validos de su número y de la razon que les asistia viendose defraudados de sus lejítimas esperanzas, las tropas se amotinaron y representaron tumultuariamente á sus caudillos, que no obedecerian la cláusula que les oblígaba á dividir sus fuerzas, y que en cuanto á pasar al Asia, se negaban a hacerlo de otra manera que no fuera todos juntos, en un mismo dia y con sus caudillos los magníficos señores Roger, Entenza y Rocafort; ademas, pidieron les fueran dados rehenes que les respondieran de sus familias, pues no querian dejarlas á la merced de los griegos que ya manifestaban sin rebozo el odio que profesaban á la jente española.

Esta inesperada peripecia lleno de sobresalto el animo de los capitanes, que se vieron en la necesidad de escojer entre sus soldados y el emperador; es decir, entre amancillar su honra faltando á renglon seguido á la fé y compromisos reciente y solemnemente jurados, ó renegar de su patria y de su orijen, y renunciar para siempre á sus esperanzas de gloria y ambicion, que no podian ser satisfechas careciendo del apoyo de la gente de guerra. Por último, cedieron á las ecsijencias de sus soldados, conociendo que las sospechas y desconfianza estaban a punto de trocarse en abierta rebelion; y mandaron sus cartas al emperador, dándole cuenta de lo sucedido, y suplicandole tu-

(1) Medida para los áridos en Grecia, que equivalia á dos celemines de Castilla.

viese á bien modificar el tratado celebrado en Constantinopla, en aquellos artículos que habian sido reprobados por el ejército,

Esta declaracion acabó de ecsasperar el orgullo ofendido de Andrónico, que desde este momento rompió definitivamente con el partido español de su córte, y se unió al de su hijo Miguel. No obstante, antes de enviar sus cohortes contra los que ya consideraba como sus enemigos descubiertos, se resolvió, de acuerdo con sus consejeros íntimos á valerse de una pérfida estratajema para vencer á los que no se atrevia á combatir desde luego con las armas en la mano.

Al efecto, contestó á Roger manifestándose dispuesto á revisar el tratado con motivo de la súplica que se le habia dirijido, y ecsijió que Berenguer de Entenza y el almirante Ahones pasaran á Constantinopla para asistir á las nuevos deliberaciones á fin de que la revision se hiciese con arreglo á los intereses de las partes contratantes. Con objeto de desvanecer cualquier sospecha que su fácil condescendencia pudiera despertar en la mente de los españoles, envió á Roger de Flor las insignias de *Cesar* con el Gran doméstico Teodoro Chuno, y juntamente con sus cartas firmadas y selladas con sellos de oro, una parte del dinero que reclamaba el ejército, con la promesa de que el resto, y el trigo ofrecido, se entregarian sin falta el dia que la hueste se embarcara para pasar al Asia. Empero insistió en que el caudillo español marchara á Andrinópoli, para que tuviese una entrevista con su hijo Miguel, á fin de consertar el plan de la campaña que debia abrirse en aquella primavera; en tanto que Entenza y Ahones, en union de los miembros de su gabin, sanjaban en Constantinopla, á satisfaccion de todos, las diferencias últimamente suscitadas.

Las promesas del emperador calmaron la ajitacion que desde tanto tiempo reinaba en el campo español; y, dando al olvido recientes agravios, los soldados se entregaron sin reserva al regocijo y á la esperanza de hallar pronto el término de sus afanes é inquietudes.

XXI.

Dime, padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
Bartolomé Argensola.

Yo iré á servir de esclava, y en la frente
Me dejaré marcar; libre á mi hijo,
El viva y muera yo entre estraña gente.
D. N. Moratin.—*Guzman el Bueno.*

La llegada á Gallípoli de Teodoro Chuno trajo la alegria y abundancia en el ejército, y puso término á las frecuentes correrias hechas por los almogavares en la provincia, y á los malos tratamientos que recibian los griegos de una soldadesca medio insubordinada, que daba por disculpa de su demasias la necesidad y la miseria. Con esto, la ciudad vió muy luego trocarse el estado de continuos motines militares é incesantes alarmas, que durante tantos dias tuvieron sobresaltados á sus habitantes, en una calma y aparente paz, que hacian presajiar la procsimidad del dia en que los españoles, reanudando la rota cadena de sus victorias contra los turcos, devolvieran al imperio una parte de su antiguo esplendor.

Entretanto, la poblacion presentaba un aspecto de alegria y movimiento estraordinario; el comercio recobrada la vida y animacion; las plazas y calles se veian llenas de ciudadanos, que dando al olvido sus recientes agravios, fraternizaban con los soldados y les facilitaban sin disputar todo cuanto habian menester; el órden y la disciplina recobraban su imperio, y los capitanes se veian aplaudidos y victoreados por los valientes veteranos que ya solo ansiaban esgrimir

sus armas contra el enemigo comun. Por otra parte, reinaba el mayor entusiasmo y actividad en los trabajos de los talleres, herrerias y carpinterias militares, donde se confeccionaban á toda prisa, máquinas de guerra, armas y equipos. Escuchábase por do quier el incesante ruido de los martillos que forjaban arneses y espadas, enastaban lanzas, dardos y asconas, y el estrépito de las trompetas y atambores que indicaban el paso de los gruesos destacamentos que entraban y salian con frecuencia de la ciudad; mientras que en el puerto y en las atarazanas se divisaba, al traves de las densas nubes de humo impregnado del olor de la brea, las idas y venidas de los cómitres, pilotos, marineros y galeotes, y el movimiento de los carpinteros y calafates que carenaban, armaban y pertrechaban las galeras y las naves de la armada. Todo, en fin, daba indicios de estarse preparando el temible armamento que debia muy en breve llevar la guerra al otro lado del canal.

Si grande era el movimiento que reinaba entre los marinos y soldados, no menor era el que se advertia en el círculo de los capitanes, que llenos de celo y actividad, se apresuraban á encontrarse en todas partes para acelerar los apresios de la campaña, llenos de gozo, y confiando ciegamente en las promesas del emperador.

En medio, pues, de este estado de satisfaccion general, y cuando se miraba ya prócsimo el dia en que todo estuviera listo para emprender la jornada, sucedió que Roger, apremiado con instancia por Rocafort, á fin de que le cumpliese la palabra que le diera en Tralles cuando aconteció la muerte de Corbaran de Lahet, pidió una entrevista á su hija, con objeto de conferenciar con ella sobre este asunto que era de la mas alta importancia para él. Elfa acudió solícita al llamamiento de su padre. Cuando este la tuvo en su prepresencia, la hizo sentar á sus pies en un pequeño taburete, y tomando entre sus manos su hermosa cabeza, la dijo, despues de besarla cariñosamente en la frente:

—Norabuena estes, Elfa, para recibir la nueva que tengo que darte.

Elfa se estremeció imperceptiblemente, y fijó en los ojos de su padre una mirada inquieta, que revelaba no ser un misterio para ella lo que Roger tenia que comunicarla. El *César* le puso una mano sobre el hombro, y continuó,

—Es llegada la ocasion de que cumplas la palabra que me distes en Constantinopla, de casarte con Bernaldo de Rocafort cuando

no hubiera pretesto razonable para retardar la boda.

Elfa bajó los ojos, y Roger, aparentando no haber advertido su turbacion, prosiguió dando á su voz un acento cariñoso.

—No se me oculta la repugnancia que has de unirte al rico hombre catalan, yo mismo he de ello alguna contrariedad; empero debemos sufrir este pequeño quebranto para salvar otras mayores cuitas..... Voy á mostrarte, hija mia, mi corazon al desnudo para que leas en él, y perdones á tu padre si te hace fuerza para tomar marido contra tu gusto.

El buen padre quedó un momento silencioso, y despues de besar repetidas veces á su hija, cual si de estos estremos de cariño intentara sacar fuerzas para obligarla á sacrificarse, continuó con acento que tenia mas de suplicante que de imperioso:

—Hija mia; no has en el mundo otro amparo, salvo yo; ni madre, ni hermanos, ni parientes, ni amigos leales que tornen por tí si te acaeciere alguna desgracia; y yo soy un pobre caballero que no tiene familia ni deudos, y que no heredó de sus padres un solo palmo de tierra, ni otra cosa que un nombre oscuro que Dios y la fortuna quisieron engrandecer. Andando el tiempo me hice poderoso, y tuve señorio en villas y lugares y en numerosos vasallos..... Todo esto lo allegué para tí; mas luego los vendí para arrojarme en una grande empresa, que de salir bien de ella, debia ponerme al igual de los reyes y hacerme fundador de un señorío que levantara á mis herederos tan altos como los mas altos caballeros de la tierra..... En un principio, favorecióme el viento de la fortuna, dándome por muger una princesa de la sangre mas allegada de los emperadores de Oriente, y á mas, grandes victorias sobre los turcos, y con ellas honra y fama inmortal, y tesoros en el Asia tan ricos como los que dejara en Sicilia. Goceme en ello porque veia realizadas mis esperanzas; mas duróme poco, ca la adversidad vino luego á reemplazar la bien andanza..... Perdí mis tesoros en Magnesia; híceme odioso, sin merecerlo, al señor emperador, que me hubiera tallado la cabeza á no mediar entre los dos la gentil esposa que el cielo me dió, y sus numerosos amigos en la corte; y, para el completo de mis infortunios, híceme tambien sospechoso á los soldados españoles, que solo se acordaron que yo no era de su nacion, cuando conocieron que yo no les podia pagar..... Y como si tantas adversidades juntas no fuesen bastantes para aplacar la tenacidad de un hado inclemente, miro alzarse en mi derre-

dor grandes ambiciones que solo esperan una ocasion propicia para tomarme el mando del ejército, y dejarme reducido á la condicion de simple caballero..... Entenza, Rocafort, Ahones son otros tantos rivales mios; y rivales temibles, porque son ilustres, poderosos y capitanean huestes tan numerosas como la mia; hay mas; el prestigio de su nombre y los bienes que aun poseen en España, les permiten reparar en pocos meses cualquier quebranto que les avenga, comprando ó llamando á sí nuevas compañías de gente de guerra; en tanto que yo, si sufro una derrota y pierdo mis soldados, no me queda otro recurso que el morir ó hacerme criado de de la casa de algun infanzon; ca todo, todo lo vendí en Sicilia para pasar á Oriente...·....!

Roger se interrumpió para enjugar dos lágrimas ardientes que brotaron de sus ojos. Elfa tambien lloraba; mas dejaba correr las suyas porque nada hubiera podido atajarlas. El *César* continuó con aparente calma, vencida ya la dolorosa emocion que le embargara el uso de la palabra durante algunos segundos:

Ora bien, hija mia; no teniendo nada bueno que esperar de Andrónico Paleólogo, que cuido me engaña y conspira contra mí á pesar de sus palabras de amistad, y persuadido como estoy, de que la fortuna me ha vuelto las espaldas para ir á sentarse en los reales de Entenza, á quien el gabinete imperial llamó á Oriente para oponer su persona á la mia, y á quien el ejército adula encubiertamente porque tiene mayor confianza en él que en mí, solo me resta un medio para conjurar la desgracia; y es el de engrosar el número de mis parciales, ligándome á Rocafort con un lazo que le obligue á mirar mi honra, fama é intereses como los suyos propios..... Para bien mientes en mis palabras..... Si la jornada que vamos á emprender contra el turco es desgraciada, perderé, no lo dudes, el mando de la hueste, y tendré que ceder el puesto al magnífico Berenguer, que tiene mas soldados para hacer valer su derecho. Y si fuere muerto en ella ¿quién te amparará?..... Fuerza es, hija mia, que por el bien de entrambos, yo te dé un marido que cuide de tí, si Dios tiene decretado el tomarme la vida, y tú me des un amigo poderoso, y con él muchos parciales que me defiendan y ayuden á conservar un puesto, que por Dios, bien ganado le tengo.

Roger calló; mas su mirada fija en el rostro de su hija parecia suplicar una contestacion que calmara la inquietud que le devoraba. Elfa hizo un esfuerzo, y exhalando un doloroso suspiro, contestó,

levantando hácia su padre su rostro inundado en lágrimas:

—Padre y señor..... haced de mí como mas sea de vuestro agrado.....! No quiero tener el pesar de haberos faltado en vuestro quebranto..... Casaréme con Rocafort; y cuando la pena de mi corazon quiera manifestarse por el llanto de mis ojos, recordaré que he cumplido con mi deber, y esto me dará fuerzas para sufrir en silencio hasta el cabo de mis dias.

—Hija de mi corazon!—esclamó Roger, levantándola entre sus brazos y oprimiéndola contra su pecho.

Asi permanecieron por espacio de algunos minutos, estrechamente unidos y derramando lágrimas de dolor y enternecimiento.

Elfa, interrumpió de pronto los suspiros que exhalaba su pecho; desprendióse de los brazos de su padre, se dejó caer á sus pies, y juntando las manos en actitud suplicante, le dijo, dando tregua á sus lagrimas que enjugó con el lenzuelo:

—Padre y señor; una merced tengo que pediros; y no vos la pido en pago de mi sacrificio, sino haciendo llamamiento á la generosidad de vuestro corazon.

Roger sorprendido de la energia con que Elfa pronunciara las anteriores palabras, la miró fijamente, y luego tomándola una mano que estrechó entre las suyas, respondió sin vacilar:—Juro cumplir tu voluntad si hay fuerza y poder en mí para ello.....!

—Señor!—respondió Elfa con resolucion—pídovos que no le sea quitada la vida á Ugo el adalid; y si no ha poder en vos para le salvar, al menos quiero que no sea muerto de muerte afrentosa.....!

—Desgraciada!—esclamó Roger—tu le tienes amor.....!

—Ah!—prorrumpió Elfa ocultando entre las manos su rostro, y apoyando su pálida frente sobre las rodillas de su padre.

—Sí,—continuo Roger con acento vacilante que revelaba la emocion de su pecho—si, tu le tienes amor..... ha tiempo que me es notorio, y que lloro como tu vuestra mala ventura. ..... Mil veces hubiera dado la sangre de mis venas por hacerlo caballero, por darle un nombre y un blason que pudiera servirte de escudo..... mas no lo quiso el hado..... Yo tambien le tengo amor, ca me es notoria su gentileza y apostura, su esfuerzo, su valor y lealtad; y hubiera ofrecido por poder llamarle hijo, la mitad de todo cuanto tengo y valgo.....

—Esora, señor—esclamó Elfa trémula de alegria y cubriendo de

besos la mano de su padre—dadme, ya que otra cosa ser no pueda, su vida.....

—Ah!—dijo Roger moviendo la cabeza con desconsuelo—no está en mi mano: pues su causa no es de mi jurisdiccion.

—Pero, señor, ¿de qué le acusan?

—De haber encendido una hoguera para causar naufragio á las naves de Berenguer de Entenza.

—A él?—esclamó Elfa con vivacidad.

—A él, sí,—replicó Roger pronunciando lentamente las palabras—que lo hicieron preso, un condestable y cuarenta ballesteros, en el mismo lugar donde ardia la leña, y donde dió al traves la galera capitana de Entenza.

—Pero, señor, esa es una calumnia..... ¿Qué pudo moverlo, á él, tan noble y generoso, á cometer tamaña malfetria?

—Ninguno lo acierta; mas es la verdad que alli lo hallaron y con él á un soldado almogavar.

—Y él, lo confesó?

—No.

—Esora—dijo Elfa exhalando un largo suspiro cual si la palabra de su padre le hubiese quitado un peso enorme de sobre el pecho—¿Por qué lo condenan?

—Porque si bien no ha confesado, tampoco ha negado el hecho, guardando silencio sobre todas las partícularidades del suceso, á pesar de nuestros ruegos, y de que se le ha dejado suficiente tiempo para que lo piense y dé sus descargos.

—Y vos, padre y señor, ¿creeis eso de él?

—No; ca le conozco por bueno, y le tengo por incapaz de tal maldad é vil cosa. Empero, lo hallaron allí, y como no ha dado razon de por que se encontraba, ni qué ocasion le hizo salir de su alojamiento en Gallípoli y pasar al promontorio de la Torre Bermeja, tiénenle por autor de la traicion, y responsable del tuerto hecho á Berenguer de Entenza.

—Señor—esclamó Elfa con exhaltacion, y llevándose una mano al pecho—vos juro por nuestra señora santa Maria, que es inocente.....!

—Lo sé—contestó Roger confirmando sus palabras con un movimiento de cabeza.

—Esora, pues, ¿por qué no le perdonais?

—Hete dicho, hija mia, no es llamado á mi jurisdiccion; sino á

la del almirante Fernando Ahones, á quien atañen los juicios de las cosas de mar.

—Pedid, señor, al noble Ahones, como yo vos lo pido, que le perdone, y no vos lo negará.....!

—Héselo pedido con ahinco, como era deber mio; ca no puedo olvidar que Ugo me salvó la vida en el castillo de la Alícata, y queria pagar la deuda que tenia con él; mas fué vana mi porfia, pues el almirante me dijo que la sentencia del consejo de los cómitres se habia de cumplir, salvo si el sentenciado, pedida alzada al rey de Aragon, era absuelto segun fuero; lo cual no era posible atendido lo bien probado que estaba el yerro y maldad, y á no haber número de testigos que dijeren lo contrario.

—Señor!—dijo Elfa con voz desfallecida é inclinando su cabeza sobre el pecho—le dejareís morir.....!

—No lo podré evitar, pesiamí.....!—replicó Roger con abatimiento.

—Cuidad, señor,—esclamó Elfa con un arranque de febril energia—que si vos no le daís amparo, no le han de faltar valedores que lo saquen de las manos de los sayones.

—Y quiénes son?—dijo Roger alzando la cabeza con un gesto de autoridad.

—Los sus almogavares!—respondió Elfa con entereza.

—Eso no, vive Dios! que la sentencia se ha de cumplir, sea cual sea la cabeza que se halle bajo la espada de la justicia..... Como amigo puedo dolerme y pedir por Ugo..... mas como capitan general de la hueste, no puedo permitir que se ataquen los fueros de la ley..... Ven, sino, y mira.....

Esto diciendo, tomó á su hija por una mano, y la condujo hácia una ventana del aposento que daba sobre la plaza.

Elfa, vió con terror unos doscientos hombres de armas cubiertos con arnes de guerra y que tenian la lanza en puño, los cuales formaban cerco en derredor de una empinada horca que se destacaba negra y fatídica sobre el azul del cielo; luego un numeroso gentio que se apiñaba á espaldas de los soldados; algunos pelotones de caballos lijeros que cruzaban al paso en todas direcciones, y, en las ventanas de las casas, numerosos ballesteros que habian sido puestos allí, para ayudar con sus viratones á los hombres de armas, dado caso de que sufrieran una acometida por parte de los valedores del adalid.

Al contemplar las estraordinarias preocuciones que se habian tomado, la hija de Roger comprendió que el decreto de muerte lanzado contra Ugo iba á ser inecsorablemente cumplido, y sintió desvanecerse en su corazon hasta el último átomo de esperanza. Sobrecojida de espanto, lanzó un grito, y se dejó caer en los brazos de su padre privada de conocimiento. Roger llamó á las dueñas de su servidumbre, y les mandó la llevaran á su cámara, y diesen aviso de lo acaecido á la princesa Maria y á su madre Irene; y luego se llegó á la ventana para refrescar su frente que sentia bañada en sudor.

Echado de pechos sobre el alfeizar permaneció un cuarto de hora, durante el cual su inquieta imajinacion recorrió con la celeridad del relámpago todas las faces de su vida tan llena de peripecias y estraordinarias aventuras. Recordó sus primeros años pasado en el monasterio-fuerte de la órden del Temple, donde, pobre freire aspiraba solamente á un puesto inferior en aquella tan célebre como orgullosa milicia, combatiendo en el campo y desde los muros de Tolemaida las innumerables hordas musulmanas que vomitó el Egipto para arrebatar definitivamente el último baluarte de los soldados de la Cruz en la Tierra Santa. Luego, su vida de corsario, perseguido por su órden, anatematizado por el Papa, y ecsecrado por la cristiandad toda que le acusaba de haber despojado de sus bienes á los míseros cristianos que se refujiaron en su nave para salvar sus gargantas de los alfanjes mamelucos. Despues, sus proezas en Sicilia que le pusieron á la altura de los mas ilustres caballeros; su matrimonio en Oriente con la princesa Maria que le hizo igual á los reyes; y sus triunfos en el Asia que le merecieran el título de Gran Capitan de su época; y, como funesto término de tan brillante y estraordinaria carrera, el ódio de un emperador que tanto le debia; el desprestijio en que iba cayendo su nombre entre los valientes que tantas veces habia conducido á la victoria, á consecuencia de una série no interrumpida de recientes contrariedades é infundadas sospechas, y, finalmente, la perspectiva oscura de un porvenir que nada bueno le anunciaba.

Abatido y silencioso, fijaba su mirada en el cielo, suplicándole rasgase el velo que le ocultaba su futuro destino, ó paseaba una mirada inquieta sobre sus soldados y sobre los grupos que los rodeaban, cuando comenzó á notar entre estos últimos un confuso rumor y movimiento que fué aumentándose por instantes hasta que dejeneró

en una carrera general, que dejó la plaza completamente limpia de curiosos, y ocupada solo por los hombres de armas, que á la voz de sus cabos dieron frente á retaguardia y se pusieron en disposicion de rechazar un ataque. De allí á poco vió desembocar por todas las calles vecinas numerosos pelotones de almogavares que, con la pica al hombro y las asconas pasadas por el cinturon de la espada, fueron á situarse frente á los caballos, silenciosos y en actitud que nada tenia de hostil en la apariencia.

Sin embargo, Roger, que desde algun tiempo vivia en contínua alarma, se sobresaltó por lo que pudiera acontecer mas tarde en la plaza; y á fin de prevenir cualquier triste acontecimiento se disponia para ir á dar en persona algunas órdenes, cuando vió llegar á galope hácia su alojamiento, un grupo bastante numeroso de caballeros, entre los cuales reconoció á Entenza, Rocafort y Ahones.

Pocos minutos despues, hallábanse todos en su presencia, é interrogados por él sobre la ocasion de su venida, Ahones le respondió:

—Señor, aunque tarde, hemos llegado á entender que anoche durante la tercera vijilia, han ganado sijilosamente los adarves de la plaza mas de quinientos almogavares de las vuestras compañías, los cuales ocultáronse dentro de la ciudad, hasta que fuese hora de mover una asonada, para arrebatar de las manos de la justicia al alevoso adalid Ugo. Tambien se nos ha dado la nueva, de que habia gran movimiento de armas entre los almogavares alojados y acantonados en derredor de las murallas de la plaza, hácia la cual se aprocsiman para dar el asalto en tanto que los de dentro mueven la baraja. Por ende, venimos á vos para concertar lo que mas razonablemente convenga en este aprieto, y hacer que la sentencia se cumpla y tambien el castigo sobre los que intentan hacer agravio á la ley.

Roger permaneció meditabundo y silencioso durante algunos segundos, trascurrido los cuales, esclamó sin dirijirse personalmente á ningun caballero.

—¿Qué fuerzas tenemos dentro de Gallípoli?

—Eso lo sobreis vos—respondió Rocafort—ca vuestra hueste es la que dá presidio á la plaza.

—Decís bien,—replicó Roger—y hora recuerdo que solo tenemos aquí doscientos hombres de armas, cincuenta jinetes y trecientos ballesteros; pues con los almogares no hay que contar, por que se unirán al comun para la demanda.

—Y bien—dijo Entenza—¿que pensais obrar?

—Apretado en el caso—Respondió Roger—ca tenemos menos de seicientos hombres leales, en tanto que los rebeldes cuentan mas de dos mil.... Y, señores, en cuestiones de esta naturaleza, la autoridad no debe poner mano en las armas si no tiene asegurado el triunfo.... Por que si llega á ser vencida en la contienda, los que se alzaron pidiendo un puño de trigo, despues de la victoria no se dan por satisfechos sino con muchos sacos dél.

—No hayais temor—dijo Entenza—pues dando aviso con dilijencia á mi hueste que está en Lisimaquia, y á la de Bernaldo Rocafort que solo dista una jornada de la plaza, podremos reunir suficiente golpe de jente para castigar á los traidores que tal yerro hacen contra nos.

—Y, ¿quien nos dice,—replicó Roger.—que los valedores de Ugo darán lugar á que los opriman fuerzas mayores, y no acometerán el intento de dar libertad á su adalid antes de que podamos ser socorridos?

—Esora, pues,—dijo Entenza arqueando las cejas—habremos de dejarnos deshonrar por esos malsines, ó, qué debemos hacer?

Roger miró frente á frente y uno por uno á todos sus amigos como para prepararlos á oir una resolucion estraordinaria, y respondió:

—Dar libertad á Ugo.....

—Qué decís, vive Dios!—esclamó Entenza con acento colérico.

—Que es prudente, otorgar de buen grado lo que nos pueden tomar por la fuerza—respondió Roger con calma.

—Por Nuestro Señor Dios!—esclamó Ahones, dando un paso hácia adelante,—que si el respeto no sellara mi boca, vos diria con otras palabras, que obrais mal en amparar á un rufian y malhechor contra la legal sentencia de unos jueces honrados y autorizados.

—Teneos, señor almirante!—respondió Roger, alzando la cabeza con un movimiento de dignidad ofendida—teneos! y cuidad, que no amparo á un malhechor, sino á un inocente, y le amparo por tal, y por salvar otros mayores males.

—Inocente, decís....!—esclamó Ahones.

—Inocente, sí; porque no hay en toda la hueste, ni fuera de ella, persona que conociendo al adalid, le crea capaz de cosa tan vil como la de que se le acusa..... Decid, vos, en Bernaldo de Rocafort, vos que como yo le debeis la vida..... vos que lo habeis visto lidiar siempre como bueno y obrar siempre como honrado, decid si habeis sospecha de que él pueda ser autor de tal maldad y traicion.

—No—respondió Rocafort.

El laconismo de esta respuesta produjo entre los circunstantes mas efecto que las acaloradas palabras de Roger. Miráronse unos á otros con sorpresa y luego todos fijaron los ojos en el Cesar para animarle á continuar su defensa. Este, despues de estrechar entre las suyas una mano de Rocafort, continuó:

—Qué razones hay valederas para condenarle? qué testigos se han oido? en qué se funda la sentencia del consejo?—y esto diciendo, no apartaba los ojos del rostro del almirante.

Este creyendo por las miradas, que Roger le interrogaba, respondió:

—En que los ballesteros le toparon junto á la hoguera con otro hombre de su raza, y ningun otro viviente sobre quien hacer recaer las sospechas. En que preguntado una y otra vez por los miembros del consejo que es lo que hacia de su persona en aquel lugar, callóse; y tornado á preguntar si él habia dado fuego á la leña, callóse tambien..... Y quien calla otorga.....

—O, no dice nada.—replicó Roger con ironía—Aquí señores, ha un mal entendido, ó un secreto que debemos descubrir, no sea que por yerro ó por andar aina, demos al mas lozano, leal y batallador adalid de todo el ejército, la horca por galardon de sus proezas é grandes merecimientos.

—Tarde es ya para le defender—esclamó Entenza haciendo con los hombros un movimiento que denotaba impaciencia.

—Mas no para le salvar—respondió Roger, y volviéndose hácia Rocafort, continuó:—Unios á mí, en Bernaldo; ca vos como yo tenemos obligacion de tornar por él: pidamos su perdon, ó al menos que antes de ser enforcado, sea oido por última vez, aqui, donde nos hallamos reunidos.

Rocafort se puso al lado de Roger, significando con esto que se adhería á su deseo. Otros muchos caballeros imitaron su ejemplo; en vista de lo cual Ahones y Entenza consintieron en que el adalid fuese traido á su presencia para ser interrogado de nuevo.

Roger fué en persona á dar las órdenes al capitan de su guardia.

Un cabo inferior, seguido de cuarenta ballesteros y veinte hombres de armas, se dirijió á la prision, que estaba situada en la misma plaza, y prócsima á la morada de Roger, sacó de ella á Ugo y Tallaferro, y los condujo, usando todo género de precauciones, á la presencia del César. La escolta quedó en la puerta del alojamiento para

defender su entrada contra algunos grupos de almogavares, que se habian reunido allí en ademan hostil, asi que vieron, aunque por poco tiempo, á su adalid.

No bien el mancebo hubo entrado en el aposento cuando todas las miradas se fijaron con curiosidad en su semblante, manifestando las diversas sensaciones que su presencia habia producido.

Roger le miró con cariñosa compasion.

Ahones con jesto de severa é inflecsible autoridad.

Rocafort con mal disimulado encono.

Entenza con orgullosa altanería y soberano desprecio; y los demás caballeros, con mas ó menos lástima, curiosidad ó indiferencia.

Ugo se detuvo á una distancia respetuosa; cruzó los brazos sobre el pecho, y con los ojos fijos en los palos de la horca que se divisaban por la ventana abierta, esperó inmóvil las órdenes, ó el interrogatorio que tenia que sufrir.

No era ya el melancólico pero gentil trobador, el apuesto y marcial adalid cuya mirada resuelta, frente altiva, largo y perfumado cabello, y gracioso vestir arrancaban aplausos por do quiera que pasaba... Era el jóven y robusto álamo azotado por el huracan y tronchado por el rayo en la primavera de su vida.

Un mes de encierro en un oscuro calabozo; un mes viviendo bajo el peso de la acusacion de un crímen cobarde, que solo podia ser espiado con la afrenta de un suplicio ignominioso, habian ahondado sus tersas mejillas, apagado el brillo de sus ojos, y obligádole á inclinar la frente agoviada de dolor y de vergüenza. En vano acudia á su mente la idea de que un Dios todo justicia y misericordia, que leia en el fondo de su alma le daria en la otra vida el galardon merecido á su inocencia; en vano que al corazon tranquilo no ajitara en noches de insomnio el fantasma de los remordimientos, y en vano que el desprecio que sentia por su ecsistencia oscura y miserable, le animaran para arrostrar con frente serena el patíbulo..... Nada bastaba á devolver la enerjía á su cuerpo, ni á dar á su alma el heróico valor y la sublime resignacion del mártir. Todos sus pensamientos venian á estrellarse contra la idea del deshonor y de la infamia; y, como hijo de su siglo, sentia desmayar ese esfuerzo que los mas ilustres caballeros habian admirado en él sobre los campos de batalla, ante la perspectiva del suplicio afrentoso que iba á cubrir de aprobio su nombre, y á hacerle perder el aprecio de su dama.

Oh! si despues de haberle dejado lugar para sincerarse á los ojos

de Elfa, le hubieran llevado á morir descabezado como noble en vez de ahorcarle como á un villano, hubiera marchado sereno hácia la muerte.

Trascurrido un corto intérvalo de silencio, Roger se llegó al mancebo y con voz afectuosa y acento insinuante, le dijo.

—Veamos, el adalid ¿sois vos quien dió fuego á la hoguera que hizo dar al través la galera de en Berenguer de Entenza.

—No, magnífico señor—replicó Ugo con enerjía, pero sin separar los ojos del punto en que tenazmente los tenia clavados.

—Quién fué, pues?

El adalid no contestó.

—Esora, decid, ¿qué hacíais en aquel lugar con este soldado.

—Estando en la Torre Bermeja—respondió el adalid—vimos las llamas de la hoguera, y cuidando del mal que pudiera avenir á la armada, acudimos para apagarla; cuando á hacerlo íbamos, fuimos presos por los ballesteros.

—En la Torre Bermeja dijísteis?—esclamó Roger adelantándose un paso hácia el adalid—y, con qué ocasion os encontrábais en ella?

Ugo no respondió.

—Decidlo presto; ca vuestro silencio podrá tomarse por la confesion de la maldad de que se os acusa....!

El acusado no desplegó los labios.

—Por Nuestro Señor Dios!—dijo Roger, dando señales de impaciencia—que si no hablais, mozo, habreis de pagar con la cabeza el secreto que guardais; y, otrosí, quedareis deshonrado, y sereis tenido entre los vuestros por malsin, traidor y cobarde.... Ora bien, ¿quereis perder vuestra honra á la par que vuestra vida, cuando una sola palabra puede volveros ambas?.... ¿No hallareis una sola razon para mostrar que no sois autor del yerro?

—Juro! por Nuestra Señora Santísima María, que soy inocente de tal maldad—respondió Ugo, llevando la mano hácia el costado izquierdo para apoyarla sobre la cruz de su espada; mas al ver que no la tenia, dejó caer con desaliento el brazo á lo largo de la pierna y movió los labios con una imperceptible y amarga sonrisa.

—No habeis otra razon que dar?—preguntó Roger con desaliento.

—No, magnífico señor.

—Esto basta ya!—esclamó Ahones con manifiesto despecho—nobles señores, este mozo se acusa á sí mismo con su silencio; y la ley se ha de cumplir en él, para satisfaccion del entuerto que hizo

con su maldad al magnífico señor Berenguer de Entenza.

—Cúmplase.—repitieron varias voces.

—Teneos, señores,—dijo Roger—cuidad que así como los judios crucificaron á Nuestro Señor Jesucristo, por que no sabian entender sus palabras, vosotros podeis enforcar á este cuitado por no comprender las suyas.....! ¿Vais á matar á este hombre por que calla, y no vos dice que es él quien cometió la traicion?

—Quien calla otorga.—dijo Entenza—Si no es criminal, que lo diga, y si no, que muera; acabemos de una vez.

—Voto á San Cucufat del Vallés!—esclamó una voz bronca y estridente, que llenó de sorpresa á todos los circunstantes, y les hizo volver los ojos hácia Tallaferro, que lívido, con los ojos desencajados, y la barba y cabello en desórden, se dirijió á Roger, á cuyos pies se dejó caer de rodillas esclamando con voz trémula;

—Señor, señor! no lo mateis, que si por callar lo enforcan, yo hablaré para le salvar..... Esto, si vos me quereis escuchar; ca ninguno quiso dar oidos á mis razones dende que nos hicieron presos...!

—Callavos, padre!—esclamó Ugo separando por primera vez los ojos del cadalso para fijarlos con severidad en el rostro de Tallaferro.

—No haré tal!—replicó con desesperacion el veterano—Antes me dejara arrancar la lengua y mesar la barba por un genovés, que callar tu inocencia, y dejarte morir afrentado.

Ugo iba á insistir mandando guardar silencio á su padre, cuando Roger adivinando su intencion se apresuró á decir:

—Callad vos, el mozo; y dejadle hablar..... Sinó vos hago sacar deste aposento y mal que os pese sabremos de él lo que conviene.

Luego mandó á Tallaferro ponerse en pie, y hacer relacion del suceso.

Ugo, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio; asi como todos los circunstantes, á quienes la curiosidad hizo apiñarse en derredor del soldado.

Este, despues de haberse limpiado con el dorso de una mano las lágrimas que brotaban de sus ojos, dijo, con acento conmovido:

—Nobles señores; sepan vuestras mercedes, que quien dió fuego á la hoguera, fué una endiablada mujer, que tomé en Mesina é tuve por dueña hasta que acaeció el suceso.... que pasó como yo vos diré: Estábamos aquella tarde, algunos soldados yantando un carnero cerca del cerro de la Torre Bermeja, y cuando hubimos acabado, catamos á Ugo que iba á la fortaleza. Con deseo de verle y de cubrirme

de la tormenta, que ya descargaba con fuerza, fuíme allá y lo topé que razonaba con la cuitada. Denostéla por ello, y ella me denostó á mí; quise alzar la mano; mas ella tomó una tea y un haz de leña, y dió en huir para el promontório, donde luego catamos la leña encendida. Con temor del suceso fuimos aina sobre aina allá, y cuando quisimos apagar la hoguera, hiciéronnos presos los ballesteros. Esta es la verdad, que juro por nuestra Dona Santa María.

Una sonrisa de incredulidad asomó en todos los labios, y advertida por Tallaferro, continuó, mirando uno por uno á los caballeros.

—No vos riais, nobles señores; ca réstame por decirvos muy mayor cosa—y volviéndose hácia Berenguer de Entenza, esclamó, interrogándole con el jesto y la palabra—Magnífico señor ¿Sabeis quien vos sacó por los cabellos de las vagas donde íbais á morir ahogado?

—Quién?—preguntó con anciedad el infanzon.

—Mi hijo el adalid!—respondió el veterano alzando la voz.

Todos los circunstantes dejaron escapar un leve grito de sorpresa y admiracion.

—Es verdad lo que dice este soldado?—preguntó trémulo de alegria Roger.

—Si, noble señor—respondió Ugo sin alzar la cabeza.

—Y si no basta nuestra palabra,—interrumpió Tallaferro—preguntádselo á los ballesteros á quienes mi hijo entregó el cuerpo del magnífico señor Entenza, para que lo trujesen á la ciudad, en tanto tornábamos á meternos en el mar para salvar otros desventurados.

—Esora—dijo Roger abriendo los brazos, sonriendo con jubilo y mirando á los caballeros—¿habremos de condenarlo á morir?

Ninguno le contestó; mas la idea del perdon germinaba ya en todos los corazones.

El César tomó una mano á Ugo, y le dijo, con acento de reprension:

—Cuitado, ¿por qué no dijísteis la verdad, y nadie hubiera amancillado vuestra honra, ni puestovos en peligro de muerte?

—Por qué?—respondió Tallaferro viendo que Ugo permanecia silencioso—por que aquella endiablada mujer es hechicera, y tiénele hecho sortilejio y maleficio; y busca su muerte, por que dis que se parece á un hijo que le robaron en España, é que solo así lo podrá encontrar.....

—Callavos, padre—esclamó Ugo—no culpeis tanto á la desventurada, ca tiene mas amor que intento de hacerme mal.

—Hora, pues, señores—dijo Roger—sabiéndolo inocente, ¿debemos tardar en tornarle la libertad?

—Decid, el soldado—esclamó Ahones que habia permanecido silencioso é impasible durante la escena,—¿Qué fué de la mujer?

—Señor,—replicó Tallaferro, á quien iba dirijida la pregunta—vímosla despeñarse por la costa brava, cuando la galera del magnífico señor Entenza dió al través sobre las peñas. Despues, metidos en la prision, no hemos tenido nuevas de tan sandia muger.

—Buscarémosla—dijo Ahones—y en tanto no parece la culpable, no se puede dar libertad á los acusados; ca esto seria contra fuero de justicia.

—Qué decís!—esclamó Roger frunciendo el entrecejo—cuando esta manifiesta su inocencia, ¿pretenderá el consejo hacerle sufrir todavia los rigores de la prision....? Vámos señores—dijo paseando su mirada sobre todos los circunstantes—Uníos á mí para inclinar la balanza de la justicia hácia el lado de la clemencia.....! Aquí somos tres caudillos de hueste que debemos la vida á este esforzado mozo.... Vos, Berenguer, en las aguas del Helesponto; vos Rocafort en la batalla del paso del *Pile*, y yo en Sicilia en el castillo de la Alicata..... Y ¿seremos tan malos pagadores que no reconozcamos tal deuda.....? Dejaremos morir sin dar ayuda á aquel que nos salvó la vida?

Un murmullo de aprobacion acojió las generosas razones del noble Roger.

Entenza tomó la palabra el primero, y dijo á Ahones:

—Señor almirante; pídovos la libertad de este mozo, y me ofrezc por fiador de él,—luego se llegó á Ugo, y continuó en alta voz, ofreciéndole su mano—os perdono el agravio que me hicísteis en Mesina; tomad en prenda de amistad.

—Y yo,—esclamó el sombrío Rocafort.—Os prevengo, señor almirante, que no consentiré le sea hecho entuerto ni deshonra á este mancebo, y que estoy aparejado para retar por mentiroso é mal caballero á quien le acuse de aleve contra la persona de en Berenguer de Entenza,—esto diciendo se aprocsimó al adalid, y murmnró en su oido.—Os tengo pagada la deuda del paso del *Pile:*... Nada vos debo y os torno la amistad.... ¡Guay de vos si os encuentro en mi camino!

—Yo, señor almirante,—dijo Roger—me ofrezco por fiador con Entenza por el mozo, y reto con Rocafort al que no crea en su inocencia.

—Señores,—esclamó el inflecsible Ahones—cuidad que vuestros retos y fiaduras no pueden tener lugar, estando sentenciado ya por el consejo el pleito criminal. Obrar así es contra fuero de justicia y contra lo que prescriben los ordenamientos de mar. Por ende, el mozo ha de quedar en prision hasta que parezca la culpable; y todo cuanto podemos hacer en su bien, es el otorgarle un plazo largo para que busque á la que hizo la maldad.

Roger iba á contestar con alguna dureza al almirante, á juzgar por la sombria y amenazadora espresion que tomó su fisonomía, cuando un estrepitoso vocerío que se levantó en la plaza, le obligó a enmudecer y á asomarse con todos los caballeros á las ventanas.

Desde ellas, vió un numeroso grupo de almogavares, que, sin hacer uso de las armas, intentaban penetrar en su morada á despecho de la guardia, que formada en ala les cerraba el paso.

—Teneos!—gritó el César, indignado de tanta audacia, y dominando con sus palabras el tumulto—¿Qué quereis malvadas jentes?

—Ugo! Ugo....!—clamaron centenares de almogavares.

Entre los gritos, percibíase una desaforada y penetrante que se destacaba aguda en medio del ronco acento de la soldadesca.

Al oirla, Tallaferro se asomó atropelladamente á la ventana donde se encontraba Roger, y esclamó, señalando con la mano una mujer anciana, que, desgreñada y con el vestido hecho jirones, corria de un lado para otro escitando á los almogavares para que hiciesen uso de sus armas.

—Héla, héla!

—Quién?—preguntó Roger.

—La hembra endiablada que dió fuego á la hoguera....!

—Hola!—gritó el César—prended á esa mujer, y traedla de grado ó fuerza á mi aposento!

Seis ballesteros se destacaron para dar cumplimiento á la órden del caudillo; empero anticipándose á ellos, la anciana se precipitó hácia la entrada del alojamiento.

Los almogavares quisieron seguirla; mas los ballesteros, los tuvieron á raya encarando el tablero de sus armas.

Roger echó cuanto pudo el cuerpo fuera de la ventana, y con voz estentórea gritó, dirigiéndose al capitan que mandaba los hombres de armas:

—Guillem de Tous¡ Guillem de Tous! retiraos con los caballos á

los alojamientos..... Sus, los almogavares! romped los palos del cadalso.....

Al oir las voces del César, la caballería se formó en pelotones, y se retiró á trote largo en distintas direcciones. Los almogavares se arrojaron dando desaforados gritos sobre la horca, y la rompieron en astillas con sus espadas; luego hicieron un monton con ellas en medio de la plaza, y las pusieron fuego, no retirándose del sitio hasta que las vieron reducidas á cenizas que esparcieron por el viento.

En tanto, la hechicera, seguida de un grupo de soldados, penetraba en la sala, donde su presencia produjo un movimiento general de curiosidad y repugnancia entre los caballeros, que, cediendo á una idea supersticiosa, se alejaron todos de su lado cual si temieran mancharse con su contacto.

Wilda quedó sola en medio del semicírculo que formaron los nobles, paseando una mirada atónita en todas direcciones, hasta que sus ojos descubrieron á Ugo en un estremo del aposento. Entonces, dió un lijero grito y se precipitó hácia él; los caballeros se separaron para dejarla pasar, y la infeliz cayó á los piés del adalid, cuyas rodillas estrechó con delirio sobre su pecho.

Todos los circunstantes permanecieron silenciosos durante algunos segundos, manifestando con sus jestos y actitudes el deseo de poner fin de una manera ú otra, y con celeridad, á las tristes escenas que desde algunas horas se veian obligados á presenciar en la morada de Roger de Flor.

Este, á quien no se podia ocultar el disgusto de sus amigos, toda vez que participaba del mismo sentimiento, si bien mas enérgico en él, puesto que ansiaba poner inmedíatamente en libertad al adalid, rompió el silencio diciendo:

—Eh! la mujer; allegaos á mí:

Wilda volvió el rostro mirando con espanto al César, y se puso en pié ayudada de Ugo; mas como sus piernas temblaban en términos de impedirla obedecer con prontitud, tuvo que apoyarse en el brazo del mancebo, sobre cuyo hombro reclinó la frente, y asi, ayudada de él fuese á colocar frente al caudillo.

Roger la miró con severidad; y en tanto que procuraba leer en sus ojos el efecto que producirian sus palabras, la preguntó con acento imperativo:

—Diga la muger; ¿quién dió fuego á la hoguera que hizo dar al

traves la galera del magnífico señor Entenza?

—Yo, señor!—replicó la anciana con resolucion.

=Vos, cuitada! ¿y qué vos movió á cometer tal maldad?

—Salvar á mi hijo de la muerte, y libraros á vos y al magnífico señor Rocafort de quien vino á Oriente para hacervos entuerto.

—Quién es vuestro hijo?

—Ah! noble señor,—contestó la anciana mirando al adalid con inefable ternura—no lo sé todavia.....!

—Y ¿quién vos metió á cuidar de la honra de Rocafort y mia?

—El deber,

—El deber dijisteis.....? Sea; mas qué peligro puede correr la honra, no mia..... ca no he temor, y sabria defenderla, pero la de Bernaldo de Rocafort?

—El peligro, señor, de unas paces que se juraron en Aragon, se mantuvieron en Sicilia; empero se han de romper en Oriente,

—Basta!—esclamó Rocafort, dando con el pié en el entarimado de la sala—esta sandia muger es una cabeza atada, y no es razon que hombres cual nosotros se dejen burlar de ella.

—Ah! señor,—dijo Wilda lanzando sobre el caballero una mirada profunda, que ayudara con sus palabras á ecsaltar el odio latente y la sed de venganza que ardian en aquel corazon—nada vos dicen las ánimas de vuestro padre el magnífico señor en Gombal de Rocafort..... de vuestra madre la gentil señora Adalaiza y de vuestro hermano Gisper?

—Saña del señor Dios.....!—esclamó Bernaldo llevándose ambas manos al rostro, y comprimiéndose con ellas su frente y mejillas que se tornáron pálidas.

—Llevaos de aquí á ese diablo!—gritó Entenza, cuyas mandíbulas se ajitaron con un estremecimiento convulsivo.

A los gritos del caballero respondió Wilda con una imprecacion de malificio; y, cual si hasta aquel momento no le hubiese visto, se volvió con presteza, repuesta instantáneamente de su pasado desfallecimiento, midió al infanzon de los pies á la cabeza con una mirada vaga y desatentada, y dió algunos pasos en ademan de arrojarse con las manos alzadas sobre él. Entenza retrocedió, haciendo un gesto de horror, cual si hubiera pisado una serpiente venenosa.

Esto pasó con la rapidez de una exhalacion. El caballero se reparó del sentimiento de terror que embargara su ánimo, y miró á Roger con una espresion que parecia exigirle el cumplimiento de la órden

que diera anteriormente; Wilda, por el contrario, habia gastado en aquel esfuerzo el resto de su febril energia; asi que, dejó caer los brazos, y retrocedió lentamente hasta tropezar con el adalid.

La situacion era ya por demas molesta y enojosa para todos los circunstantes, que comenzaron á dar señales inequívocas de disgusto. Rocafort mas iracible que los demas, dió algunos pasos en direccion de la puerta del aposento, diciendo con gesto sañudo:

—Vámonos de aquí, señores....! Vos, en Roger, podeis mandar á los ballesteros que se lleven esta endiablada muger, y la despeñen en el mar, ó la entreguen á los galeotes para que la enforquen de la punta de una entena.

—Teneos, señor caballero, teneos!—esclamó la anciana cayendo de rodillas y juntando las manos en actitud suplicante, ante Rocafort.—Catad que mentí, vos lo juro, en cuanto dije..... Ca ni yo vos conozco, ni al magnífico señor Entenza, ni al adalid..... que no es otro, vos lo juro por nuestro Señor Dios, sino el hijo de Assolf el almogavar..... Todo cuanto hablé, fué por salvarme de la muerte; y hora que no me puedo librar, diré la verdad.....! Sabed, nobles señores, que si hice aquella vil cosa, fué solo por hurtar las prendas que las vagas habian de arrojar luego sobre la playa..... Tuve codicia, mas no otro intento..... Hora matadme; mas vivid seguros que Ugo es hijo de Assolf ó de Tallaferro..... no le hace.....

Asi aquella infelíz en la hora prócsima de su muerte, pensaba solo en su hijo, y pugnaba por alejar de su cabeza hasta el mas remoto peligro.

Ninguno de aquellos rudos guerreros comprendió la inmensidad del sacrificio de aquella desventurada; y todos, sin dignarse dirigirla una sola mirada de interés ni pronunciar una palabra de compasion en su favor, abandonaron silenciosos la cámara de Roger, escepto Ahones á quien el Cesar hizo señas para que se detuviese.

—Señor almirante—le dijo Roger cuando estuvieron solos—hora pues, ¿dareis libertad á Ugo?

—Sí—replicó Ahones—ca tengo la seguridad de que no es culpado.

—Y de esta cuitada muger ¿qué haremos—dijo Roger, señalando á Wilda, á quien el adalid y Tallaferro ayudaban á ponerse en pié.

Despues de un momento de refleccion, Ahones contestó:

—Dejarémosla salva; ca cuido, ó que está demente; y por tal la justicia de los hombres no alcanza hasta ella, ó enciérrase aqui un

misterio, ó un muy gran crímen que solo Dios puede penar.

—El vos guarde—dijo Roger, tomando una mano del almirante.

—Y tambien á vos—respondió Ahones saludando al Cesar y saliendo del aposento.

—Estais en libertad, cuitados—esclamó Roger dirijiéndose á Wilda Tallaferro—podeis retiraros á vuestras posadas.

Los dos ancianos se arrojaron á los pies del Cesar, y le besaron respetuosamente la mano que les dió para ayudarlos á levantarse.

Wilda y Tallaferro salieron de la presencia de Roger con los ojos arrasados de lágrimas. Al llegar á la puerta del alojamiento se despidieron dándose las manos; mas antes de separarse dijo el almogavar:

—Muger, espérame al quinto dia en la Torre Bermeja.

—No será allí—respondió la anciana—ca tengo en horror aquel maldito lugar; sino en las ruinas del castillo de Lisimaquia.

XXII.

Soy una Sibila animada de espíritu profético; y vengo á decirte, que no vayas á Roma porque te esperan allí muchos puñales.

Profecía de la Sibila hispalense á Julio Cesar.

Mas su saber y su poder es tanto sobre las piedras, plantas y animales, que alcanza por su ciencia y arte cuanto pueden todas las cosas naturales.

ERCILLA.—*La Araucana.*

A diez millas de Gallípoli, y en el punto en que el istmo que une la Tracia marítima con la península Quersoneso es mas angosto, ecsistian esparcidas en montones, las ruinas de una antigua ciudad fundada por Lysimaco, uno de los generales que á la muerte de Alejandro Magno, se repartieron el imperio de aquel célebre conquistador. Entre ellas, y ocupando una fuerte posicion, se alzaba un castillo de arquitectura bizantina, que tenia por nombre Examille; y en el cual, así como en todas las poblaciones y aldeas que le rodeaban, estaba alojada la hueste de Berenguer de Entenza.

Allí tambien, la implacable Wilda habia ido á establecerse, eligiendo por morada los escombros de un templo que dedicara Lysimaco á Júpiter Hammon, en memoria de Alejandro, que se decia hijo del padre de los dioses, representado por los egipcios con la

figura de un carnero desde la cabeza hasta el hombligo (1).

En la amanecída del quinto dia despues de los sucesos que dejamos referidos en el capítulo anterior, Tallaferro, ginete en un pequeño pero robusto caballo de la Anatolia, que llevaba galopando á media rienda, se dirijia hácia las ruinas de Lysimaquia, para cumplir el ofrecimiento que hiciera á Wilda al despedirse de ella en la puerta del alojamiento de Roger de Flor. Caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin mas armas que su espada; vestido con unas calzas de malla, un camison de paño que le cubria desde los hombros hasta medio muslo, redondo y justo, sin filetes ni recamos, y puesta en la cabeza una gorra de terciopelo morado, que sujetaba su blanco cabello que las brisas del mes de abril arremolinaban sobre su frente.

Con este traje, mas bien que almogavar parecia un hijo-dalgo pobre, criado de la casa de algun caballero.

Galopaba el veterano, triste y revolviendo en su imaginacion mil y mil ideas contradictorias que le hacian sonreir ó fruncir el ceño alternativamente. Y, en verdad, que razon tenia para ello el buen viejo, pues veia prócsimo el desenlace de la única y grave cuestion que le habia ocupado en su vida..... Ibase á decidir el destino de su hijo adoptivo, y este era suceso sobrado importante para él, que durante sesenta años de vida llena de peligros, y tantas veces espuesta á fenecer de mano airada en batallas, refriegas y motines, no habia conocido mas alegria que la de besar y llamar hijo al esforzado adalid, para que dejase de preocuparse con la suerte que le estaba reservada.

Ignoraba ciertamente quien era el padre de Ugo; mas no le quedaba duda respecto á su madre. La conducta observada por Wilda y las conversaciones que tuviera repetidas veces ella, le confirmaban en esta creencia, y esto era lo que mas llenaba su alma de congoja y temor; porque si teniéndolo por hijo de almogavar era su suerte tan despreciada y miserable, ¿cuanto mas adversa se haria en la hora que todos le reconocieran por hijo de una pérdida y escarnecida hechicera? Por eso habia ocultado tenazmente en el fondo de su corazon la historia de los primeros años de Ugo; por eso, y por entregar al mancebo, cuando la ocasion lo permitiera, la herencia en

(1) Quinto Curcio. *Vida y acciones de Alejandro Magno, lib. 4.°*

Cataluña de la madre del lejítimo hijo de Assolf, y las crecidas sumas que tenia en depósito en Barcelona.

Sin embargo, los recientes y estraordinarios sucesos que acababan de tener lugar, habian herido vivamente su imajinacion y sujeridole ciertas dudas que quiso esclarecer, siempre en beneficio del adalid. El atentado de Wilda contra el noble Entenza; las razones oscuras y misteriosas que dió para disculparse delante de Roger y los capitanes el dia que debió ser ajusticiado Ugo, y, sobre todo, aquellas, para él terribles palabras que profirió en la Torre bermeja:—Tu padre? no... Tu padre fué un noble y poderoso rico-hombre, y este es un ruin y mísero almogavar.—no se apartaban un solo instante de su imaginacion; y tanto pensó en ellas, tanto las comentó, que al fin llegó á fijarse en la idea, de que el adalid era hijo natural de uno de los capitanes que militaban en la hueste, y de Wilda, de quien lo tuviera siendo esta su concubina ó una ramera. En el primer caso, no veia ser tan desesperado el porvenir de Ugo, pues su ilegitimidad no escluia su condicion de noble con arreglo á las costumbres de aquella época, que permitian el amancebamiento público: (1) pero en el segundo si, y por ello adquirian sus temores proporciones desmesuradas.

Asi que, Tallaferro se impuso la obligacion de saber á toda costa quien era ese padre, y la condicion del nacimiento de Ugo, con el propósito de que, si era fruto de concubinato entre un noble soltero y una moza en cabellos (1), y el padre era suficientemente rico y poderoso para dar lustre á su hijo, revelarle el secreto de su nacimiento y pedirle para el adalid el cariño y proteccion paternal; aunque tuviera que hacer el sacrificio de la herencia que le tenia destinada. Y, si por el contrario, era hijo amancillado (2) reservar el secreto, y hacer perder las esperanzas á Wilda, desvaneciendo sus sospechas ó estraviando sus diligencias.

Abismado en un mar de reflecsiones y presa de la mas punzante inquietud, llegó cerca del arruinado pórtico del que fué templo de Júpiter Hammon, y dió voces llamando á Wilda para anunciarla su presencia y pedirla le trazara la senda que habia de seguir para

(1) Vease Asso y Manuel—nota al título V del Fuero Viejo de Castilla.

(1) Asi se llamaban las mugeres solteras, por la costumbre antigua de llevar el pelo tendido.

(2) El que nacia de ramera pública, noble ó plebeya.

llegar hasta ella, entre aquel laberinto de capiteles, cañas y pedestales de mármol y granito, esparcidos por el suelo, ya por medio de los montones de piedras y cascotes formados con los arcos, bóbedas y muros desplomados. A su llamada contestó con un grito, y sali endode detras de un pedestal, que se mantenia en pié sosteniendo el primer tercio de su columna, un morito negro como un etiope, esclavo que Wilda comprara en Asia; el cual tomó el caballo de Tallaferro, y despues de dejarlo amarrado en lugar seguro, condujo al veterano á un reducido aposento que se conservaba intacto entre los restos del edificio, hácia la parte que en los templos del paganismo se reservaba para los sacerdotes.

Al verlo entrar, la hechicera que se hallaba sentada junto á una mesa, y leyendo en un manuscrito, cerró precipitadamente el libro, apagó una lámpara de barro que sostenia sobre la cabeza un buho pardo disecado, y derramó en los carbones que ardian dentro de un pequeño anafe un cubilete de agua.

El aposento quedó medio á oscuras, iluminado solamente por un rayo de luz que penetraba por una pequeña claraboya abierta en su techo.

—Norabuena estes..... ¡cómo desta guisa tan galan y cortesano —dijo la ancíana aludiendo al vestido del almogavar; y luego se levantó para tomar un escaño que ofreció á Tallaferro.

=Hoy es dia de regocijo y luto en Gallípoli—replicó el soldado sentándose y haciendo seña con la mano á su compañera para que le imitase.

—Muy gran novedad debe ser—dijo la anciana obedeciendo—mas antes de saberla débote dar gracias por haber cumplido tu palabra.

—Habia yo demasiado deseo de ello, para que retardase el cumplimiento.

—Lo creo; y antes de otra cosa, dime la significacion de tus palabras que anucian luto y regocijo á la par.

—El regocijo es por haberse anunciado ayer á la hueste el matrimonio del magnífico señor en Bernaldo de Rocafort con la gentil señora Elfa.

—Huelgo de ello—replicó la anciana sonriendo complacida—ca tan lozano caballero bien merecida tiene tan noble y discreta dama; y á mas, porque acrecerá la grandeza de mi señor Rocafort, y no

tendrá ya que temer, el magnífico señor Roger, entuerto alguno que le quisiere hacer Entenza.

—Comprendido lo hemos todos asi, y por ende damonos mil parabienes.

—Esora, pues, ¿cuál es la ocasion del luto?

—Que á la hora de prima—respondió Tallaferro en tono bajo, y arrugando el entrecejo—el magnífico señor Roger, con su casa y servidumbre, y trescientos soldados entre caballeros y gentes de armas, sale de la plaza para marchar á Andrinópolis.

—Eso lo sabia yo—dijo Wilda; y tomando por un brazo al almogavar, continuó en tono vehemente—¿Sabes donde camina.....?

—A la muerte.....!

—Ah! pues si lo sabes.....! ¿por qué, cobardes y malos soldados, abandonais en el trance á vuestro caudillo.....!

—Hicimos de nosotros cuanto pudimos para le desviar de su perdicion; é ni por amenazas, ni por ruido de armas pudimos arredrarlo.

—Haberle hecho fuerza, aunque os acusara de alevosos.....!

—Salvo matarlo, todo lo hicimos para impedirle la salida..... Y no fuimos solo nosotros, ca tambien los capitanes todos nos ayudaron al empeño..... Mas fué vana la comun porfia..... Roger dijo que su deber de vasallo leal le mandaba acudir al llamamiento que el señor emperador y el príncipe Miguel le hacian en Andrinópolis, para concertar la jornada que vamos á emprender contra el turco, y que solo Dios podia, tomándole la vida, desviarle del cumplimiento de su deber.....!

—Ah! señor Dios!—esclamó Wilda—juntando las manos y elevádolas al cielo en actitud suplicante,—advertidle del peligro! arrancad la benda de sus ojos, ca la confianza le tiene ciego y le lleva á morir.....!

—Si no le dió aviso su santo patrono, diéronselo y muy cumplido sus amigos, y sus soldados; y á mas su propia familia, y la muy alta señora princesa Irene, que como ladrona de casa conoce la ruin condicion de los griegos..... pero dígote que todo fué vano.....

—Qué! ¿la voluntad de un hombre solo, por alto y poderoso que sea, valdrá mas que la de todos, si ha propósito leal de contradecirle?

—Si valdrá—replicó Tallaferro dejando caer con fuerza la mano derecha sobre la mesa—Oye si no: ayer amaneció un dia de alarma

y motin en Gallípoli: las calles y plazas estaban llenas de hombres de armas y almogavares que voceaban sin cesar pidiendo que el magnífico señor Roger no los dejase desamparados, y veíanse andar entre ellos á los capitanes y caballeros, que con palabras de temor y congoja movian el ánimo de los soldados para que no cejaran de su empeño..... Yo, con Cap de Estopa, y muchos de nuestra compañía fuimos à la plaza do está el alojamiento del Cesar; y bregando como diablos entre la multitud, llegamos á situarnos debajo de sus ventanas con intencion de entrar en él por escalada si es que no podíamos hacerlo por la puerta; mas luego hubimos de renunciar al propósito, ca oimos dentro razones que nos arredraron. Las damas lloraban cuitadamente, y decía la poderosa señora princesa Irene, que tenia cartas de Constantinopla diciéndole que moviese el ánimo de Roger para demorar su partida hasta tanto que el señor emperador no le diese seguro, ca sospechaban de una traicion á los de Andrinópolis; los capitanes, que habian sido llamado por las señoras princesas Irene y María para que las ayudasen á vencer la resolucion del magnífico señor en Roger, le referian los peligros de la jornada, y la oposicion de los soldados á dejarle marchar; empero el esforzado caudillo, que no ha otro temor, salvo el de Dios, mandábalos callar á todos con grandes voces, y deciales que solo muerto dejaria de acudir al llamamiento del señor príncipe Miguel. Esora dijéronle que al menos llevase consigo una hueste de cinco cientos caballos y mil almogavares, á lo que él se convino; y con esto tuvieron fin los alborotos de aquel dia; ca, si bien no habia modo de apartarle de la jornada, al menos se tenia la esperanza de que yendo con buena compañía de jente lucida, los griegos malsines no intentarian hacer ale ve con él.

Calló el veterano, y Wilda, aprovechándose de su silencio, le preguntó con estudiada calma:

—Y el noble señor Entenza, ¿qué hizo para disuadirle del empeño?

—Nada; porque amágale igual peligro que à en Roger.

—A él?—preguntó la anciana sonriendo con secreto placer.

—Si; ca debe ir á Constantinopla con el almirante Ahones y cuatro galeras, para conferenciar con el señor emperador, y pedirle las pagas que se nos deben, en tanto se hacen los conciertos de Andrinópolis.

—Y marcha?

—No marchará, á pesar de estar ya aparejadas las naves que lo habian de llevar con una pequeña hueste.

—Qué razon lo detiene?—preguntó Wilda haciendo un movimiento de sorpresa.

—Que á noche cambiaron de parecer los capitanes, y acordaron que en Roger, para no dar sospechas á los de Andrinópolis, marcharia solo con trescientos caballos; y que en Bernaldo de Rocafort le seguiria á tres jornadas de distancia, con doble número de caballos, y mil y cinco cientos almogavares, deteniéndose en Trajanópolis para estar á mano de darle ayuda si le mandaba aviso de haberla menester. Como con este acuerdo quedaba el ejército sin caudillo, resolvieron que el señor almirante Ahones fuese solo á Constantinopla, y en Berenguer permaneciese cuidando de la jente de guerra en Gallípoli.

—Mal consejo fué el dejarlo ir mal acompañado, pues podrá avenirle el quebranto antes que mi noble señor Rocafort pueda acudirle. Son los griegos jente menguada y traidora, y no ha que fiar nada de ellos.

—Cuando lo supimos era tarde para acudir al remedio.

—Si lo fué para vosotros, no lo será para mí—dijo la anciana con marcada intencion,

—Por San Cucufate!—esclamó Tallaferro, poniéndose la mano izquierda en la cadera, y echando el cuerpo hácia atrás para mirar con desembarazo á la hechicera—te muestras tan dispuesta, y tan sabedora de lo que acontece en nuestra plaza de armas y en Andrinópolis, que, ó estàs en trato con los griegos ó lo sabes por arte de adivinacion.

—Podrá ser que sea lo uno y lo otro.

—Sus, pues, la agüela, diga presto cuanto sepa—esclamó el soldado, doblando el cuerpo para adelante y clavando con tenacidad sus ojos en los de Wilda.

Los lábios de la anciana se plegaron con una espresion de orgullo, y respondió:

—Dirélo; mas no á tí, sino al magnífico señor Roger, cuando pase dentro de pocas horas por las ruinas de Lisimáquia, y le mostraré el muy gran peligro que le amaga.

Tenia el almogavar demasiada fé en los misterios de las auguraciones, para dudar un solo instante de la veracidad de la hechizera; así que, no insistió sobre este particular, confiado en que no tardaria

mucho tiempo en descifrar el enigma que encerraban las palabras de la anciana.

Ambos permanecieron silenciosos y pensativos durante algunos minutos, al cabo de los cuales Wilda esclamó, haciendo un movimiento con todo su cuerpo como aquel á quien acaba de asaltar repentinamente una idea de suma importancia:

—Que es de Ugo?

—Al cuarto del alba lo ví que se estaba aprestando para acompañar al magnífico señor Roger á Andrinópolis.

Wilda se puso lívida, dió un grito leve y prolongado á manera de quejido, y ocultó su cara entre ambas manos; luego las separó, y dijo mostrando su rostro que humedecian las lágrimas y arrugaba una sonrisa;

—El can no murió.....! quedó allí para dar testimonio del cuerpo muerto de su señor.....!

Tallaferro no comprendió el sentido de aquellas palabras, ni tampoco paró su atencion en averiguarlo; habiáse pronunciado el nombre de Ugo y esto bastaba para que le fuera indiferente todo lo que no tenia relacion con su hijo. Además, recordó en aquel mismo instante el objeto único de su visita á la anciana, y, en su consecuencia se dispuso para abordar resueltamente la cuestion.

—Oiga, Wilda— dijo aproximando su asiento al de la anciana, y tomándola una mano con cariño—del hijo que tú perdistes, ¿cuyo era el padre?

Wilda se hizo atrás con un brusco movimiento, y clavó en los ojos del almogavar una mirada profunda que parecia querer escudriñar uno por uno todos los secretos de su corazon. Luego, como si este ecsámen le hubiese sido provechoso, ó sujerídole un medio capaz de parar el golpe de tan estraña é intempestiva pregunta, se repuso sobre su asiento y esclamó en el mismo tono que su interlocutor:

—Oiga, Tallaferro; de Ugo ¿cuya es la madre?

El soldado arrugó la frente y respondió con mal disimulado enojo:

—Hete dicho muchas veces que lo fué Ermengarda, la dueña de Assolf.

La anciana se sonrió con ironía y murmuró, moviendo lentamente la cabeza de arriba á bajo:

—Y yo, debo pues pagarte con igual verdad, diciéndote quien fué el padre de mi hijo.

—Dí presto!—esclamó el veterano, cuyos ojos se crecieron con la alegria.

—Fuélo Martin Pelaez, un hombre de armas castellano, que vino á Cataluña huyendo de su tierra, donde habia muerto al Merino que no le quisiera hacer justicia y le hizo deshonra y entuerto. Andando en busca de fortuna llegó á mi aldea; prendose de mí, prendéme dél y nos casamos.

Lo que menos pasó por la imajinacion del soldado, fué que Wilda le engañaba; asi que, creyó al pie de la letra cuanto le dijera, y desde este momento renunció á hacer mas dilijencias que ya conceptuaba inútiles. Sin embargo, ofreciéronse á su memoria los recuerdos de los sucesos que tuvieron lugar en la Torre Bermeja y en el alojamiento de Roger, y sin que por ellos se le ocurriese poner en duda la verdad de las palabras de la ánciana, quiso preguntarla el significado de aquellas escenas, y dijo:

—Porqué muestras tanto amor por Ugo, y tanta saña por el magnífico señor Entenza?

—Hételo dicho ya; por que Ugo si no es mi hijo parécese tanto á él que le quiero con igual amor.....

—Pero ¿y la saña contra Entenza?

—Por que es enemigo de mi hijo y ha tornado la amistad á mi noble señor Rocafort.

—Saña del Señor Dios!—gritó Tallaferro cuyas sospechas se habian despertado de nuevo con las últimas palabras de la anciana—Que hay de comun entre Ugo y el noble señor Rocafort, y que peligro les puede venir por el lado de los Entenzas....! Dílo presto, ca se arde mi corazon por acudir á su defensa.....!

—Oh!—esclamó Wilda poniéndose en pie y alargando el brazo derecho hasta apoyar la punta de sus dedos sobre el hombro del soldado—tú lo has dicho, Ugo es mi hijo.... y no es el que parió Ermengarda....!

—Calla desgraciada....!—gritó Tallaferro levantándose.

—No callaré!—esclamó Wilda alzando progresivamente la voz—no callaré en tanto no me tornes á mi hijo, mi Gisper....! Y, acusarete à grandes voces en todo el campo de habérmelo robado!

—Sandia mujer!—gritó Tallaferro empujándola con violencia contra la pared—si eres osada á decir tal, donde puedan entenderlo otros oidos que los mios, juro por Nuestra Señora Santa Maria que te afogaré con mís manos.....!

Trastornada por la violencia del golpe, la infeliz quedó sin fuerzas para pronunciar una sola palabra.

El carácter de Talleferro era mas bien impetuoso é iracundo que cruel; así es que se sintió movido á compasion hácia la desventurada Wilda, cuyo solo crimen era su vehemente amor de madre; comprendió tambien, que no eran los malos tratamientos el camino que le convenia seguir para llegar á la meta de sus deseos, y sintió deslizarse en su corazon, por primera vez en su vida, un remordimiento por su inhumana conducta. En su consecuencia, llegóse despacio á la anciana, la tomó entre sus brazos, y la sentó con suavidad sobre el escaño. Wilda dejó caer la cabeza sobre la mesa y dió rienda suelta á sus lagrimas y sollozos.

Tallefero permaneció en pié á su lado, cruzado de brazos y mirandola con secreto pesar.

Transcurridos algunos minutos la anciana levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas, y fijó en el rostro del almogavar una mirada de dolor y desesperacion.

El soldado separó la suya dominado por la vergüenza y el arrepentimiento; empero repuesto luego de su emocion, esclamó en tono al parecer tranquilo:

—Cuitada, he gran pesar del mal que te hice, y pídote de corazon me lo perdones.

—Oh!—dijo Wilda con voz angustiada—no son los golpes en mi cuerpo los que me hacen mal....! es tu porfia en ocultarme la verdad...!

—Esora, pues, acabemos!—esclamó el veterano con resolucion—tiempo es ya que salgamos de dudas.... Dime, con juramento, quien es el padre del hijo que buscas, pues en tanto no lo sepa con certeza, no puedo decirte verdad; y júrote á mi vez, que si me lo dices he de ayudarte á encontrarlo.

—Dime antes si es Ermengarda la madre de Ugo,—replicó la anciana con acento suplicante.

—Saña de Dios!—gritó el soldado levantandose furioso y en ademan de golpearla—Todavia? hembra endiablada....!—Empero se repuso instantaneamente y despues de un momento de indecision salió de la estancia precipitadamente.

Wilda temiendo un nuevo arrebato de cólera de Talleferro, dobló la frente sobre el pecho, y esperó resignada el golpe que creia tener suspendido en cima de su cabeza. En esta actitud permaneció algunos instantes hasta que sorprendida del silencio y quietud que

reinaba en su derredor, se atrevió á levantar los ojos, y viéndose sola, dió un grito, espresion del terror que se apoderó de su alma.

Entonces tuvo realmente miedo, pareciéndole que el soldado se habia llevado, para no volverselas jamás, todas las esperanzas que alimentaba en su corazon; creyó que la despedida de Tallaferro habia sido para siempre, y miró roto por su misma mano el hilo que debia ayudarla á salir del intrincado laberinto en que estaba metida. Aterrada por esta idea, se llevó con desesperacion ambas manos á la cabeza, y entre lágrimas y sollozos salió en seguimiento del almogavar gritando como una demente.

—Tallaferro, Tallafero...! cata que el hijo que busco, éslo de en Gombal, y hermano del noble señor Rocafort....! Torna á mí, ca te digo verdad....!

Solo el eco de las ruinas contestó á sus palabras. No se desanimó por eso, y continuó corriendo entre los escombros hasta que descubrió al veterano; pero ya era tarde, pues acababa de montar á caballos y tomaba á toda brida la vuelta de Gallípoli.

Wilda, con la boca entre abierta y la mirada vaga y delirante, seguia la veloz y tortuosa carrera del almogavar, sintiendo disminuir los latidos de su corazon á medida que se aumentaba la distancia que los separaba.

Cuando esta fué bastante considerable para que el jinete y su montura, envueltos una lijera nube de polvo, perdiesen su forma original, la anciana se arrojó la faz contra tierra dando agudos gritos y golpeando su cabeza contra las piedras que tenia a su rededor.

Era tal su frenesí que indudablemente se hubiera quitado la vida en aquel momento, si no se le hubiese presentado á la imajinacion la idea de que no habia muerto para ella toda esperanza, siempre que pudiese presentarse en Gallípoli, y reunida con Ugo y Tallaferro referirles sin ocultarles el mas pequeño detalle, la historia de sus desgracias. Repuesta con este pensamiento de su momentánea enajenacion, echó á correr para cumplir su proposito, dando voces á su esclavo para que acudiese en su ayuda.

Pocos pasos llevaba andados, cuando vió alzarse en el camino que estaba resuelta á emprender, una nube de polvo bastante alta y poco espesa; su vista esperimentada la dió á conocer que procedia de un numeroso escuadron de caballos que se adelantaba en aquella direccion, y se detuvo sospechando que fuera Roger de Flor y su comitiva que se dirijian á Andrinópoli. Sentóse sobre un trozo de co-

lumna á fin de tomar aliento para luego obrar con entera calma segun lo ecsijieran las circunstancias, y esperó un cuarto de hora sin apartar la vista del objeto que fijaba su atencion.

Trascurrido este tiempo, sus ojos comenzaron á distinguir con alguna claridad lo que tanto deseaba su corazon; y como la comitiva entrase por un recodo que formaba el camino, pudo verla toda, y darse cuenta de las jentes que la componian.

Marchaba delante un corto escuadron de caballos lijeros; detras una gruesa masa de hombres de armas cuyos arneses brillaban heridos por los rayos del sol, y en medio numerosos caballeros sin arreos de guerra; que rodeaban algunas literas suspendidas entre mulas.

No quedando duda alguna á la hechicera respecto á quien pudieran ser los viajeros, regresó aceleradamente á su morada, donde encendió la lámpara y los carbones del anafe, puso sobre ellos un cazo pequeño de hierro que contenia una escasa porcion de plomo, y en la mesa un libro que abrió á la ventura. Terminados estos preparativos, salió, y fuese á situar entre las ruinas; pero esta vez en un paraje apropósito para ver de cerca á los viajeros.

De allí á poco pasaron por su lado, á trote corto, los caballos lijeros que iban de descubierta, y algunos minutos despues los nobles caballeros. Entre todos ellos, solamente fijaron sus miradas, Roger de Flor y el adalid Ugo, que caminaban departiendo amistosamente junto á una litera forrada con paños de seda azul celeste, y cuajada de labores doradas. Al verlos, Wilda, echó sobre sus espaldas, con un rápido movimiento de cabeza, los mechones de su blanco cabello, arregló su manto y vestido de forma que quedasen flotantes, y se precipitó dando saltos descompasados al encuentro de los dos jinetes.

—Deteneos, señor caballero!—gritó con acento imperioso, llevando al mismo tiempo su mano hácia la brida del caballo.

Espantado el animal, dobló el cuarto trasero, agarrotó los brazos; y con las orejas puestas casi horizontalmente hacia adelante, los ojos brillantes y las ventanas de la nariz desmesuradamente abiertas, permaneció inmóvil y como clavado en el suelo.

—Quien sois.... que me quereis?—esclamó Roger con acento colérico y echando el cuerpo para adelante.

—Soy Wilda, la hechicera!—replicó la anciana levantando los brazos al cielo, y sacudiendo desordenadamente su cabello de un lado

para otro á la manera del leon cuando ajita su melena—que vos anuncia trance de muerte con todos los vuestros si poneis la huella en Andrinópolis....!

Roger sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento convulsivo. Lo que no habian conseguido el motin de sus soldados, las suplicas de sus amigos ni las lágrimas de su familia, lo consiguió la supersticiosa fé que se tenia en aquellos tiempos en los nigrománticos y hechiceros; tuvo miedo y se arrepentió de haber emprendido la jornada con tanta confianza. Sin embargo, haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar su turbacion á sus amigos, esclamó, empero sin fijar la vista en el descompuesto rostro de la inspirada vieja.

—Idos de aqui, sandia mujer, ca no sois vos, sino Dios quien puede saber mi destino.

Esto diciendo, clavó las espuelas en los ijares de su caballo, que no se movió ni dió señal alguna de haber sentido los acicates.

La inmovilidad del fogoso animal á pesar del castigo; el jesto y las profecia de la hechicera y las inquietudes del ánimo, era mas de lo que en realidad necesitaba un hombre del siglo XIV, para sobresaltarse y temblar ante la prosecucion de cualquiera obra inaugurada con tan fatídicos pronósticos.

Roger, despues de mirar á Ugo, cuyo rostro encontró pálido como la cera, inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció pensativo. Algunos caballeros que se habian llegado cerca de él movidos de curiosidad, imitaron su actitud; y solo Dios sabe cuanto tiempo hubiera durado tan violenta situacion, si la hechicera, llena de orgullo al considerar cuanta era la fuerza de su temido poder, no esclamara, segura de infundir temor, á pesar de su miseria real, á todos aquellos ilustres y esforzados caballeros que la rodeaban contemplándola atónitos y con manifiestas señales de inquietud:

—Ah! noble señor; Dios da algunas veces á las criaturas ciencia para tener conocimiento de lo porvenir.... venid, pues y vos diré vuestro horóscopo; os mostraré el quebranto que podrá sobreveniros, y los ruines y desleales enemigos que intentan tomáros la vida.

El caudillo puso pié á tierra, mandó con un jesto á los caballeros de su comitiva que ninguno le acompañara y marchó silenciosos en pos de la anciana.

Cuando estuvieron dentro de su morada, Wilda le invitó á tomar

asiento y ella permaneció en pié observandole con mirada entre cariñosa y dolorida. Luego, llegóse á atizar la lámpara y á avivar los carbones del anafe; y cuando hubo terminado esta primera parte del trabajo que preparaba, tomó sobre la mesa el libro de los signos cabalísticos, leyó en él durante algunos segundos, y despues de enterada de lo que pretendia saber, lo cerró y volvió á colocar en el sitio donde lo tomara.

Roger, que gradualmente iba reponiéndose de su sorpresa, comenzaba ya á dar señales de impaciencia, cuando la hechicera le pidió su mano izquierda, que el caballero le dió sin vacilar. Estúvola contemplando algun tiempo, esclamando al fin con acento insrapido.

—Noble señor, güay de vos....! Catad sino vuestra mano? En ella se mira la raya de la buena-aventura, que nace honda en la muñeca y aluego viene á morir, sin dejar apenas señal, entre el monte de Marte que se levanta y el de Venus (1) que se aplana torciendo mucho hácia el primero. A mas, la mensala (2) teneisla quebrada en dos partes, y vuestra palma se estira y ponese amarilla como un pergamino, cual si no debierais tener jamas cosa alguna en ella....?

—Y bien! esclamó Roger palideciendo lijeramente—que agüero haceis de ello?

—La quiromancia enseña, noble señor, que estas son señales ciertas de trance de muerte para quien las ha.

—Y no podrá engañarse alguna vez?—preguntó el caballero bajando la voz.

—Nunca, señor; y para vos menos qne para otro alguno; ca los signos de vuestra mano, vienen á dar confirmacion á lo que me revelaron los conjuros que hize sobre vuestra jornada.

—Esplicaos presto y claro—esclamó Roger cuya inquietud iba en aumento.

Escuchadme—dijo la anciana con aparente calma—La grandeza de vuestra persona la debeis al matrimonio con la princesa sobrina del señor emperador, y los temores que cobija vuestro corazon á los envidiosos y desleales enemigos que os acechan en armas.... Trabóse la lucha entre los dos poderes que se disputan vuestra vida, Marte es el uno, Venus es el otro.... Hasta la ocasion presente

(1) Estos nombres daban los hechiceros á las pequeñas eminencias que hay en la palma de la mano á la raiz de algunos de los dedos.

(2) Raya de la mano que corre entre el dedo pulgar y el índice.

corrió vuestra felicidad entre los dos; mas hora esta desaparece y viene á fenecer junto al primero... Esto es deciros, que vencen vuestros enemigos, y que no debeis darles ocasion de alcanzar victoria....!

Roger púsose una mano en la mejilla, y permaneció un momento pensativo; luego esclamó:

—Eso dice la quiromancia; ¿mas que dicen las adivinaciones?

—Que os espera la muerte en Andrinópoli!—replicó la anciana en tono profético.

—Saña del Señor Dios!=gritó el caballero—referidme eso, y cuenta con decir verdad, ca sino vos mando enforcar.

La hechicera se sonrió con desden, y dijo dominando al caballero con su magnética mirada.

—Magnífico señor, ¿no es vuestra estrella una que se encuentra junto á las cuatro que forman las piernas de atrás de la poderosa y antigua constelacion que dicen el Centauro?

—La misma—respondió Roger sin vacilar—ca eso me dijo un astrólogo en Mesina.

—Esora, oidme—esclamó Wilda con acento solemne—ha tres dias que á la hora de nona se oscureció el cielo, y el disco del sol mostróse con una luz tan pálida, que se vieron las estrellas en mitad del dia.... Os acordais?

—Si que me acuerdo, ca hubimos de ello gran temor.

—Pues bien; mientras vosotros temblabais, yo leia en el firmamento buscando la significacion de aquel portentoso acontecimiento, y vi, que en tanto que los espacios celestes se nublaron, vuestra estrella lucia con fulgor estraordinario. Empero, cuando mas luz arrojaba, aparecióse súbitamente una nube errante, y en pos de ella una espada de fuego, estrella con larga cabellera que iluminó el firmamente con espléndida luz, y caminaba velozmente de levante á poniente dejando á su paso un camino de fuego hacia la rejion que abandonaba. Estábalo yo mirando con espanto, porque es agüero que anuncia el incendio universal que amenaza al mundo, cuando vi vuestra estrella fulgurar con vacilante resplandor como la llama de una hoguera azotada por el viento, y luego dirijirse sobre ella la cabeza del cometa, embestirla, envolverla en la luciente nebulosidad que despedia, y por último arrastrarla consigo hacia Andrinópoli... Despues, cuando el cometa hubo pasado, no la torné á ver en su lugar á pesar de que duró mas de una hora la oscuridad de los espacios celestes.... Esta, noble señor, es señal cierta que anuncia un gran-

de y prócsimo acontecimiento que no puede ser otro que el fin de vuestra vida, que esta estrecha y sobrenaturalmente ligada con esa partícula del éter que se apareció en el cielo el dia que vos nacisteis.

Roger se estremeció de pies a cabeza y miró con espanto á la hechicera.

Esta continuó, despues de una breve pausa:

—A mas, noble señor, ha noches que veo en sueño al señor rey que fundó á Lisimaquia, aparecérseme con vuestra misma faz, vestido con vuestras mismas ropas y lanzando quejidos que hiende el corazon.

—Que hay de comun en los dos?—dijo Roger hablando maquinalmente.

—Oh!—respondió la anciana sonriendo con amargura—él como vos, fué capitan al servicio de un gran rey, y ganó muchas provinsias en Asia; mas luego vino á esta tierra, la conquistó para sí y sus capitanes, y puso los cimientos de esta ciudad. Como vos, tuvo grandes enemigos entre sus mismos amigos, que le hicieron fuerza para salir de aqui.... Como vos, fuese en busca de un gran príncipe que le pagó sus buenos servicios haciéndolo matar en una batalla, donde quedara su mísero cuerpo olvidado y desconocido para todos, si un can leal no permaneciera junto á él para dar testimonio de quien era... (1)

Las cejas de Roger se plegaron marcando un profundo surco perpendicular sobre su frente.

La hechicera continuó, despues de un corto intérvalo de silencio, durante el cual estuvo contemplando tristemente al caballero.

—Véolo muerto con un puñal de misericordia hincado en el cuello por detras, y muchos masajetas que le cercan blandiendo con furor sus espadas sobre él..... Véolo con vuestro mismo semblante áspero,

(1) Lysimaco uno de los generales de Alejandro Magno, recibió, á la muerte de este célebre conquistador, de mano de Pérdicas, el reino de Tracia para que lo gobernase absolutamente. Tomó una parte activa en todas las sangrientas contiendas habidas entre los sucesores del hijo de Filipo, y se apoderó de la Iliria, los montes dalmatas y algunas provincias allende el Bosforo y el Helesponto. En 301 antes de J. C. hizo alianza con Seleuco el mas ilustre sucesor de Alejandro, y unidos ambos derrotaron en Ipso el ejército de Antigona que se titulaba rey del Asia menor. En 288 se apoderó de la Macedonia, que conservó bajo su dominio hasta que, por la muerte de su valeroso hijo Agatocles que él sacrificó al capricho de su madrastra Asinoé, se hizo odioso á á sus pueblos, y enemigo del gran Seleuco con quien habia vencido en Ipso. Indignado Lisimaco pasó al Asia con un ejército; mas fué derrotado por Seleuco en la batalla de Ciropedion, donde perdió el trono y la vida, en 281; su cuerpo fué descubierto por un leal perrillo que no se separó de él.

vuestra mirada esforzada y vuestro cuerpo lleno de magestad..... Quereis verlo.....? vos lo mostraré.....

—No—respondió Roger, mirando con espanto á la hechicera—ca podria llenar mi corazon de desfallecimiento.....!

—Mejor, con eso guardareis una vida que tan necesaria es para vuestros soldados.

Esto diciendo, tomó sobre la mesa un punzon de hueso y púsose á trazar con él algunas figuras en una tablita delgada de cera blanca, que tendria pié y medio de ancho por uno de alto. Cuando hubo terminado esta operacion, llenó un cubilete de un líquido hecon zumo de azofaifas, en el cual derramó algunas gotas de azahar y de jugo estraido de la flor de la mandrágora, y se lo presentó á Roger.

Este bebió con ansiedad: su sed era ardiente, y á trueque de satisfacerla, no se curó de lo que pudiera ser la bebida que le ofreciera la hechicera.

De allí á poco, sus ojos comenzaron á verlarse, y Wilda que seguia con inquietud los efectos que en su estómago y cerebro producia el soporífero licor, conociendo que era llegado el momento crítico de obrar, le obligó, ayudándole con sus manos, á ponerse en pié, y le situó, sin que él hiciera resistencia, frente á la lámpara que ardia sobre la cabeza del buho.

Cuando le vió allí inmóvil, silencioso y jadeante, puso la tabla de cera, á manera de pantalla entre su rostro y la luz, y esclamó con acento imperativo, señalándo con la punta del dedo índice de su descarnada mano izquierda:

—Noble y sin ventura caballero, catad, catad.....! y no separeis la vista un momento, pues hora vase á descorrer para vos el velo que oculta vuestro destino.....!

Roger, que se encontraba en un estado de completa atonía subyugado por el irresistible ascendiente que desde algunos momentos venia adquiriendo sobre su ánimo la hechicera, obedeció sin articular una sola palabra, que manifestase el horror y aversion que sentia hácia la supersticiosas prácticas del sortilejio; y fué tan ciega su obediencia, ó tan incontrastable la fuerza que le dominaba privándole de su libre alvedrio, que al sentir sus ojos cerrarse por el sueño que le ocasionó el narcótico, en lugar de usar de ese medio para apartar de sí la espantosa vision que presentia, estiró desmesuradamente los párpados á fin de no perder ni el mas pequeño detalle de la escena que iba á presenciar.

Por el pronto solo vió, merced á la trasparencia de la cera, los ojos brillantes del buho y el vago contorno de su cabeza iluminada por la rojiza luz de la lámpara. Luego descubrió en la tabla unas manchas salpicadas, rojas y negras que no guardaban relacion entresí ni representaban cosa alguna. Empero, habiendo aprocsimado la hechicera el cuadro á la llama, comenzó á operarse lentamente la licuefaccion de la superficie de la cera herida por el calor; entonces le pareció que las manchas se movian, se dilataban é iban tomando formas monstruosas, sin límites definibles, que muy luego comenzaron á trasformarse, de vagas é incorrectos, en imágenes, si no perfectas, bastante armonizadas todas sus partes entresí, para descubrir en ellas algo mas que el embrion de algunas figuras humanas.

Roger sintió levantársele el cabello sobre la frente; sus mandíbulas se agitaron con un temblor convulsivo, y tanto se aprocsimó para ver, arrastrado por la fuerza del espanto y de la supersticion, que á no haber tropezado con el canto de la mesa, hubiera dado con su rostro contra el cuadro.

Wilda, gozando con el triunfo de su ciencia, sonreia complacida, y sin separar su ardiente mirada del rostro del caballero, á quien, hubiérase dicho, tenia fascinado mas con el fuego que brotaban sus ojos que con los prodigios de su mágia, movia lentamente la tabla de cera, alejándola ó aprocsimándola á la llama, ya moviéndola de alto á bajo, ya de derecha á izquierda; pero con tanto acierto y oportunidad, que cada uno de sus movimientos era como un golpe de cincel maestro que producia una imágen de bulto.

Entonces comenzó á tener lugar el verdadero y sobre natural prodigio de la mágia. Al caos y confusion sucedió en aquel cuadro el órden y la regularidad; al tosco y mudo geroglífico la figura correcta que manifestaba fielmente la idea que estaba destinada á representar, en una palabra, á la duda y las tinieblas la luz de una aparente verdad. Ya no se veian en aquel estraordinario lienzo surcos abiertos con un punzon, ni manchas rojas y negras, ni gotas de cera que recorrieran su superficie cruzándola en todas direcciones, segun que la inclinacion del plano variaba al capricho de la mano que le comunicaba su movimiento, sino figuras humanas dotadas de espresion y aparente vida, que se movian y gesticulaban en términos de obligar á la razon á confesar la realidad de lo que ecsistia solo en la fantasía; allí habia espacio, luz, ambiente, vida y animacion; allí gentiles damas y apuestos caballeros, lindos pages, hombres

de armas, escuderos y criados que ya solos ó formando grupos mas ó menos numerosos, discurrian en todas direcciones, ó permanecian inmóviles y departiendo con bulliciosa alegria.

Entre todos aquellos personajes, Roger reconoció muchos sem blantes amigos y enemigos; empero, dudando todavia de la verdad de cuanto pasaba à sus ojos, quiso hacer una prueba que desvane ciese sus escrúpulos; al efecto, comenzó á llamarlos uno por uno con sus nombres, y cada vez que uno de estos salia de su boca, veia agitarse y revolverse hácia él la figura á quien se dirijia.

Sin embargo, los lábios del caballero no se desplegaron, y á pesar de ello llegaba claro a su oido el nombre del personaje, y sus ojos distinguian con precision el movimiento de la figurar. Era que Wilda, habiéndose abrogado la facultad de ver, oir y sentir por él, murmuraba cada uno de aquellos nombres, y movia al mismo tiempo la tabla de cera.

De pronto cambió instantáneamente la decoracion de la escena; transformóse el cuadro en la perspectiva de una vasta sala oscura y desmantelada, en la cual vió moverse, en primer término, un caballero que tenia su propia figura, y en el segundo muchos otros personajes, en los cuales reconoció á todos los caballeros que le acom pañaban en su viaje á Andrinópolis.

Estándolos contemplando absorto y sin que en su cuerpo se notara mas movimiento que el que producia en su pecho la respiracion, vió aparecer multitud de sombras que se deslizaban sin ser sentidas entre ellos, blandiendo puñales y dispuestas al parecer á hacer uso de ellos. Roger aterrado quiso dar aviso á sus amigos para que se guardasen y pusiesen á la defensiva, pero cuando fué á articular la primera palabra, vió que dos de aquellas sombras que habian tomado el aspecto y traje de los masajetas, se llegaron sigilosamente á su imágen, y soprendiéndola por la espalda la dieron una descomunal puñalada en el cuello.

Roger, no solo sintió el terror del suceso, sino que tambien recibió el dolor de la herida; mas no pudo gritar, porque creyendo tener atravesada en su garganta la hoja del puñal, halló una imposibilidad física en dar voces para pedir venganza ó denostar á sus cobardes asesínos.

A pesar, ó en medio de su agonia, vió y oyó la desesperada refriega que habian trabado sus amigos con las sombras; refriega en la cual los combatientes no proferian una voz, ni exhalaban

un solo gemido, empero en que se daban los mas descomunales y esforzados golpes, y mataban y morian con gallarda gentileza.

Esta duró hasta que fué muerto el último español, huyendo luego las sombras, como las hojas secas arremolinadas por el viento.

Entonces comenzó á estenderse la noche sobre aquel lugar de desolacion; la imágen de Roger hizo el postrero esfuerzo, se incorporó para contemplar los restos de sus amigos, y asi que los hubo contado con la vista, y satisféchose de que ninguno respiraba ya, se dejó caer otra vez en tierra, y exhaló el alma entre los borbotones de sangre que salian de su herida.

Aquí tuvo fin el mágico espectáculo; la lámpara se habia apagado, y Wilda retirádose á un rincon del aposento, donde acurrucada y temblando de pies á cabeza, oraba mentalmente y dirijia sobre el caballero miradas angustiadas que le demandaban misericordia; como aquellos embalsamadores egipcios, que despues de haber cumplido con su ministerio á solicitud de los parientes del finado, huian perseguidos á palos y pedradas por el pueblo, que no les perdonaba el haber puesto sus manos sobre un cadáver.

Cuando todo estuvo concluido, Roger se dejó caer sobre un asiento vencido por cansancio, el sueño y el horror.

Entre tanto, los nobles de su comitiva, recelando de su tardanza, fueron en número de diez ó doce á la morada de la hechicera á fin de averiguar la razon que la motivaba. Acompañólos Ugo, que penetró el primero en ella, y viendo á Roger dormido tranquilamente, fuése á dar cuenta de lo que pasaba á los nobles, que se habian quedado en la puerta, los cuales viendo que nada tenian que temer por la vida de su capitan, acordaron respetar su sueño y esperar en el paraje en que se encontraban á que despertase.

La presencia de Ugo sacó á la hechicera de su postracion y la dió fuerzas para incorporarse; hízole señas para que se le acercase, y cuando le vió á su lado le dijo en voz baja, estrechándole entre sus brazos.

—Ugo, hijo mio, si á pesar de lo que mostré al noble señor Roger, no se arredra de la jornada á Andrinópolis, estad prevenido; cuidadlo y cuidadvos, ca le quieren tomar la vida.....!

—Cómo sabeis vos eso, cuitada!—esclamó el adalid con sobresalto, pero en el mismo tono.

—Cómo! y vos me lo preguntais.....?—respondió la anciana sonriendo con ironia—¿ha algo de oculto para la ciencia que profeso?

....He mas que querer para leer en las estrellas lo porvenir de las criaturas.....?

—Ello es verdad—replicó el adalid almogavar mirando con timidez y respeto á la hechicera.

—Hora, pues,—continuó esta—quiero vos decir, para que esteis sobre guarda, lo que he sabido por otro camino á mas del de los conjuros y adivinaciones. Sabed, y haced el uso que querais de ello, que ha tres dias pasó por aquí, de retorno para Constantinopla, la embajada que el señor emperador mandara á nuestro capitan. Con esta ocasion detuviéronse muchos nobles griegos para catar estas ruinas, y hubo algunos entre ellos que llegaron á mi aposento y me mandaron les dijese su horóscopo. Hícelo así, y tuve gran cuidado de decirles á todos ellos en la plática, que muy luego iban á quedar triunfantes del enemigo que les habia venido de occidente; con otras muchas cosas que les fueron de muy gran contento. Salióme bien la tretilla, pues ellos con gran confianza en mi profecia no se recataron cual debieran en hablar delante de mí; y supe de sus palabras, que guardé en la memoria, que se aparejaba una negra traicion para nuestro daño; y que los encargados de hacer tan vil cosa, eran los masajetas para que se atribuyese nuestra muerte á venganza de los bárbaros, y no á infame alevosía de los griegos..... Ya veis, mio hijo, cuanta es la razon que tengo para deciros que vivais sobre aviso.

—Y sabe en Roger de Flor=pregundo Ugo mirando al dormido caballero—lo que me acabais de contar?

—Si, ca se lo mostré todo por arte de encantamiento; mas he gran temor de que no abándone la jornada,

El adalid permaneció silencioso y pensativo, y Wilda continuó, despues de haberle estado contemplando con enternecimiento por espacio de un minuto.

—Hijo mio, tendreisme presto en Andrinópolis para cuidar de vos, ca ninguno en el mundo os ama como yo, ni puede defenderos con armas tan poderosas.... Llevaos alla á Talleferro, pues cumple que estemos los tres reunidos para venir en averiguacion de un caso que decidirá de vuestro destino.

Ugo no oyó ó no hizo aprecio de las palabras de la anciana, pues respondió preguntando:

—Decidme, ¿la esposa y la hija del Cesar, habran peligro en Andrinópoli?

—No de la vida—contestó Wilda con lentitud—ca serán llevadas á Constantinopla; mas podrán sufrir deshonra.

—Deshonra díjísteis!—esclamó Ugo palideciendo y llevando instintivamente la mano sobre la cruz de su espada.

En esto, Roger dió un quejido, y se ajitó sobre su asiento como quien se despierta de un penoso sueño. Ugo y Wilda se llegaron á él y le ayudaron á incorporarse. El caballero dirijió en derredor suyo una mirada sombría, pero al verá Ugo, desarrugó la frente y esclamó:

—Vos aquí, el adalid....! Qué fué de mis caballeros?

—Hélos ahí, señor,—respondió Ugo señalando hácia la puerta.

—Vamos, pues, á ellos; y pondrémonos presto en marcha, ca la jornada de hoy es larga....

—Ah! señor,—dijo Wilda aprocsimándose á su lado toda encogida y con las manos juntas en actitud suplicante—nada puede arredraros de la ida á Andrinópolis....?

Roger se volvió dando un salto de costado como si hubiese llegado á su oido el rujido de una fiera, y esclamó mirando á la anciana, con ojos coléricos:

—Todavia! sandia mujer.... Idos de mi lado; ó por Dios que os mando enforcar en la puerta de vuestra posada.....!

Wilda sin dejarse intimidar por tan terrible amenaza, esclamó con acento de desesperacion:

—Si, noble señor, todavia, y en tanto aliente mi pecho.....! Voy á daros la postrer razon; y si despues de ella persistís en marchar á Andrinópolis, id señor, id! ca es que el Señor Dios tiene ya marcado el término de vuestros dias, y no ha poder en el mundo que tuerza su voluntad.

Esto diciendo, se precipitó hácia el fondo de su aposento, y regresó muy luego trayendo una paloma blanca y un cuervo negro en las manos.

—Catad! señor—gritó abriéndose paso entre los caballeros para salir al aire libre—catad! y si no vos basta este último aviso, güay....! güay de vos....!

Esto diciendo soltó la paloma blanca.

El ave se remontó en línea perpendicular hasta una considerable altura; detúvose, y comenzó á cernirse sobre la cabeza de los caballeros que salieran en pos de la hechicera, unas veces balanceándose

como una nave sobre el mar, otras describiendo círculos concéntricos como un remolino de agua. Así permaneció por espacio de cinco minutos, al parecer dudosa sobre el camino que le convenia tomar, hasta que descendió de improviso hácia tierra con mayor rapidéz de la que empleó en su ascenso, y se poso sobre un fragmento de columna; de aquí echó de nuevo á volar, pero esta vez en línea recta en direccion de Gallípoli.

Cuando Wilda la hubo perdido de vista, soltó el cuervo negro.

El carnívoro animal viéndose en libertad, dió tres graznidos, batió las alas, en un principio con lentitud para desentumecerse y luego con velocidad progresiva hasta que su vuelo se hizo rápido, dirijiéndose hácia Andrinópolis.

Los caballeros se miraron unos á otros manifestando sin rebozo en los semblantes la sorpresa é inquietud que embargara sus ánimos á la vista del prodijio.

Roger se llevó ambas manos á la cabeza y echó á correr como un demente hácia el grueso de su comitiva. Llegado que fué, sin decir una palabra, sin hacer un jesto ni una señal, montó de un salto á caballo, y dió de rienda y espuela al animal.

Wilda vió toda la comitiva partir á galope en pos del caudillo.

Algunos minutos despues solo descubrian sus ojos una blanca nube de polvo que caminaba haciendo remolinos en direccion de Andrinópolis.

XXIII.

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Papilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera
Y largos siglos ha de ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte á tu ingratitud recomendada?
¡Oh cuan poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
. . . . . .
. . . . . .

ARGUIJO—*Soneto á la muerte de Ciceron.*

Erase el dia primero de mayo; ocho llevaban de estancia en Andrinópoli, Roger y sus trescientos caballeros, sin que ningun presajio, ningun accidente sospechoso viniera á descubrirles la negra traicion de que habian de ser víctimas. Por el contrario, hubiérase dicho que griegos y aucsiliares tenian un particular empeño en desvanecer los temores de los españoles, festejándolos á porfia y tributándoles las mas señaladas pruebas de amistad y cordial afecto.

El príncipe Miguel, despues de haber mandado alojar y asistir espléndidamente al Cesar, tuvo varias conferencias con él, en las cuales reinó la mejor inteligencia y conformidad de miras res-

pecto á la futura campaña, para cuya ejecucion le ofreció mayor número de tropas griegas que el que tuviera en la del año anterior: á demas, puso á su disposicion una gran parte de la suma que el gabinete imperial debia á la hueste española, y le dió seguridades de que el resto, hasta la completa estincion de la deuda, seria religiosamente satisfecho al almirante Ahones en Constantinopla. Asi adormecia las sospechas del caudillo español; y, como los sacerdotes paganos, cubria de flores la víctima que debian inmolar.

En todas estas negociaciones, intervinieron, de buena fé, la princesa Irene y sus amigos, que ayudaron no poco con el peso de su autoridad y la ciega confianza que inspiraban á Roger, á resolver todas las diferencias y á estipular sobre bases seguras un concierto amistoso, que pusiera en armonia los intereses de los que hasta entonces habian vivido como enemigos encubiertos.

Por su parte los principales capitanes del ejército griego alojado en Andrinópoli, y hasta los mismos soldados, muchos de los cuales habian militado en Asia á las órdenes de Roger de Flor, se mostraban animados del mismo espíritu conciliador de su caudillo, y se deshacian en pompozos elojios sobre el esfuerzo de aquella milicia que no tenian reparo en calificar de invencible, y sobre el talento y habilidad del jefe que la capitaneaba, á quien llamaban el valeroso y *prudente* general latino.

Todo, pues, sonreia en Andrinópolis á los españoles, que no solo se manifestaban arrepentido y avergonzados de sus anteriores sospechas, si no que pagaban con usura las atenciones de que eran objeto; y hacian público voto de dar completamente al olvido sus pasados resentimientos y derramar hasta la última gota de su sangre en servicio del imperio, á fin de recuperar, para no volverla á perder, la nota de buenos y leales de que nunca debieran ser despojados.

Con este motivo, Roger envió sus instrucciones á Rocafort mandándole retroceder desde Trajanópolis á la península Quersoneso, á fin de que diese mayor impulso á los preparativos de la campaña, que creia habia de tener principio dentro de muy pocos dias; y á Fernando Ahones, que se hallaba cerca del emperador, para que obrase con la misma actividad en Constantinopla, haciendo fuerza al gabinete imperial, de quien habia de recibir el dinero para completar la suma cuya mayor parte él tenia ya á su disposicion.

Asi las cosas, y estando señalado el dia tres de mayo para el regreso del Cesar á Gallípoli, la antevispera pasó al alojamiento del caudillo español el príncipe Miguel seguido de una numerosa y brillante comitiva, con objeto de hacerle su despedida y tener la última y mas importante conferencia relativa á los asuntos de la guerde Asia.

Recibióle Roger con alborozo, y le besó humildemente la mano agradecido á tan señalada distincion, en presencia de su esposa y suegra, y de aquellos de sus amigos mas allegados. Despues de las ceremonias y cumplimientos marcados por la etiqueta imperial, el príncipe mandó salir del aposento á las personas que conceptuó no debian asistir á la entrevista, y cuando se vió rodeado solamente de aquellas que le inspiraban entera confianza, tomó asiento é invitó á todos los concurrentes para que hicieran lo propio, señalando lugar á su mano izquierda al Cesar, y á su derecha á la princesa Irene.

—Señor Capitan—esclamó cuando se hubo restablecido el silencio—quiero daros una cumplida satisfaccion de los agravios que involuntariamente os haya podido inferir, mal aconsejado por vuestros enemigos, que lo son tambien de las glorias del imperio toda vez que trataron de divorciarnos.

—Poderoso señor—respondió Roger cuyo corazon latia con violencia movido del agradecimiento—los príncipes no hacen agravio á sus leales servidores; hácenselo los ruines y malos consejeros, y contra estos tuviera yo mala voluntad, si vos no los hubierais condenado con las razones que acabais de decir; por ende, poderoso señor, doi al olvido lo pasado, y solo vos ruego me mantengais siempre en vuestra devocion, porque así, y solo asi podré cumplir bien y lealmente mis empeños y vencer todos vuestros enemigos.

El príncipe se mordió lijeramente el labio inferior; paseó una mirada, distraida en la apariencia, sobre el semblante de todos los concurrentes, y esclamó:

—Siempre os tuve por tan leal como esforzado, y quisiera tener motivo para pensar lo mismo de todos los demas capitanes de la hueste occidental.

—Y ¿hánlos dado en contrario? replicó Roger.

—Podrá ser que si—dijo el príncipe haciendo una pequeña pausa; y luego continuó, hablando con suma lentitud—La conducta de algunos de ellos, y los principales despues de vos, no ha sido cier-

tamente prenda de paz; y por ello ha producido las tristes diferencias que hasta este momento han reinado entre los griegos y los latinos..... En primer lugar, Jimenez de Arenos, sin haber licencia del señor emperador, os abandonó en Cizico, dejando el ejército debilitado en el momento de empezar la campaña. Si esto no fué cobardía, fué una insigne deslealtad; pues el caballero no vino á Grecia para serviros á vos, ni de vos tomaba los sueldos, que vino al de mi señor padre, y de él recibia la paga..... Esto, como debeis conocer, dió lugar á que desconfiáramos de unos soldados, que asi desoyen la voz del deber, y cuidan solo de su particular interés, sea ó no contrario á sus juramentos..... Mas tarde vino á Grecia el noble Berenguer de Entenza, el cual despreciando las capitulaciones de la bula sellada con sellos de oro, que el señor emperador le mandara á Mesina, se negó á dar presidio con su hueste á Constantinopla, y á obedecer toda órden que no fuese relativa á su entrada inmediata en campaña, y, últimamente, puso el sello á su altanera desobediencia cometiendo la infame y vil accion de arrojar al mar las insignias de la dignidad de Megaduque, y la vara dorada y los vestidos que eran la representacion de su ilustre cargo de gran duque del Senado..... Si despues de cometer tan inaudito ultraje á la majestad del emperador, era posible que los griegos fuesen amigos del noble Entenza, decidlo vos..... Sin embargo, el gabinete imperial, dejándose llevar de un deseo de conciliacion, al mismo tiempo que del agradecimiento que movieran en él vuestras grandes victorias sobre el turco, ni declaró traidores á los que tan vil cosa hicieron, ni menos os negó nada de lo que pretendíais; empero al mismo tiempo vos quiso dar á conocer la dependencia en que estábais por obligacion, y os dió diferentes órdenes que estimaba convenientes al buen servicio del emperador. A todas ellas ¿qué contestásteis? que vuestros soldados se negaban á obedecer en tanto no se les hiciera justicia del atentado cometido contra ellos en Magnesia, y en tanto no se les diera hasta el último maravedís de sus sueldos de guerra; disculpando con este pretesto vuestra manifiesta rebelion y dándonos á conocer que no fué vuestro intento auxiliar lealmente al imperio, contra sus enemigos, sino engrandeceros particularmente, y hacer de las provincias que ocupábais lo que hicísteis de la Sicilia; es decir, un estado independiente segregado del reino que os llamó en su ayuda; en cuyo caso debíais ser tan enemigos nuestros como los turcos,

á quienes aparentemente no tratábais de combatir con otro intento que el de ocupar las provincias de donde los desalojárais.

Roger, que desconocía los secretos resortes de la política y su lenguaje capcioso, y solo sabia combatír con la espada, no encontraba palabras para refutar los cargos que el príncipe acababa de formular, á pesar de hallarse plenamente convencido que la razon estaba de parte de los españoles; que si bien pudieron faltar á alguna de sus obligaciones, fué solo cuando hubieron apurado hasta la hez la copa del sufrimiento. Sin embargo, esclamó, despues de haber hecho un prodigioso esfuerzo para poner concierto en sus ideas:

—Señor, yo hice de mí cuanto razonablemente pude para obedecer.....

—Lo sé—le interrumpió el príncipe—y por ello os tenemos en grande estimacion; mas á pesar vuestro, prevaleció la opinion del soberbio Rocafort, quien nos declarara la guerra si vos no os opusiérais.... y ved aquí otro de los capitanes que se ha hecho de propia autoridad, enemigo nuestro, y ha llevado á tal estremo su insolente audacia, que en tanto vos hallábais en esta ciudad, donde ningun riesgo hay para vos, él se situó en Trajanópolis con una hueste sin duda para amenazarnos.

—No lo creais señor, no lo creais!—replicó Roger con vehemencia—Rocafort ni ninguno de los nuestros vos amenazaron; lo que hizo fué obrar como cuerdo poniéndose en estado de defensa, por si salian ciertas las sospechas que nos dieron á todos, sobre estarse urdiendo en Andrinópolis una negra traicion contra nuestras vidas....!

Al oir estas palabras, el príncipe Miguel palideció imperceptiblemente, y se pasó la mano por la frente varias veces á fin de ocultar su turbacion. Roger continuó:

—Empero cuando hubimos lugar de conocer que, no enemigos sino amigos leales eran todos los que nos acompañaban en esta ciudad, el noble Rocafort se retiró muy luego á Gallípoli; dándovos con esto testimonio de que nunca fué su intento amenazaros, sino cuidar de la comun salvacion.

El príncipe respiró con fuerza como aquel que se siente aliviado de un gran peso, y miró sonriendo y complacido á Roger que le decia, dando ahora á sus palabras un acento de respetuosa reconvencion, que por grados fué ecsaltándose.

—Ah! poderoso señor; que mal que conoceis á los españoles cuan-

do asi dudais de su lealtad..... No vos quiero hablar de su valor, de sus proezas, ca dice por ellos mas de lo que yo vos pudiera decir la campaña del año anterior en Asia; é dirálo tambien la que vamos á emprender en el presente, que ha de ver, para admiracion del mundo, dilatarse nuestras armas hasta los últimos confines del Oriente, y ondear sobre los muros de Jerusalem las banderas de la Cruz; sin que sea obstáculo para alcanzar nuestros fines la cortedad del número, ca para suplirlo tenemos nuestra disciplina, nuestra constancia militar, y nuestro esfuerzo en las batallas que nada arredra ni menos puede vencer; mas quiero vos hablar de otras virtudes que tienen, para que nunca mas volvais á tener dudas y sospechas de ellos.....! Señor, los soldados españoles, nunca, entendedlo bien, nunca hacen traicion á sus príncipes en tanto les mantienen la fé jurada é llenan cumplidamente sus obligaciones; porque ellos no saben mas, ni tienen otro deseo salvo el lidiar como buenos; y como para lidiar solo han menester pan é fierro, si se les da cuanto necesitan, cumplen su obligacion con lealtad. Decid sinó, señor; ¿vos pidieron nunca otra cosa? Mandasteislos conquistar el Asia y la conquistaron; si nó la guardaron fué porque no eran suficientes en número para dar presidio á todas las plazas. Mandasteislos salir de ella, y vos obedecieron sin tardanza, doliéndose en verdad por tener que dejar sin castigo la vil cosa que les hicieron en Magnesia; y si luego en Gallípoli se mostraron dudosos en obedecer las órdenes que se les dieron, fué por que creyeron roto el concierto, toda vez que se les negaban sus pagas que pedian, no por codicia si no porque habian menester de ellas para pagar á sus huéspedes todo cuanto les tomaron para su manutencion.... En suma, señor; el soldado español como recio y esforzado desconoce la falsedad y el engaño, y por ende fia siempre á su espada la satisfaccion de sus agravios; pide solo con justicia, ataca de frente y solo vuelve la cara ante la razon, jamás ante la fuerza... Dadle pruebas de amistad y ocasion de mostraros su obediencia, y no tendreis porque arrepentiros de haberlos llamado en vuestra ayuda...

—Tengo gran placer en escuchar cuanto decís.—replicó el príncipe mirando complacido al Cesar—y guardo en la memoria vuestras palabras, por que acaso no esta muy lejos el dia en que tenga, que ecsijiros su cumplimiento.... Recordad que habeis dicho que el soldado español guarda relijiosamente la fé jurada, y sirve con lealtad al señor que le toma á su servicio.

—Helo dicho—replicó Roger con entereza—y lo cumpliré.

—¿Sea cual sea el enemigo del imperio contra quien tengais que lidiar?—dijo el principe acentuando lentamente sus palabras.

—Sea cual sea!—respondió Roger llevando la mano derecha sobre el pomo de su espada.

=Y si fuera contra el rey de Aragon.

Roger, cual si hubiera sentido de improviso el dolor de una herida, se echó hacia atras, aspiró con fuerza el aire, y permaneció algunos segnndos sin espeler el aliento, manifestando en el semblante tanto temor y sobresalto, que el príncipe Miguel conoció que habia llevado demasiado allá sus ecsijencias; así que, esclamó, sin manifestar desagrado por el silencio que guardara el Cesar respecto á su pregunta:

—Tranquilizaos; quise decir de Nápoles:

Roger respiró con libertad, y volviendo á tomar su primitiva posicion, respondió con vehemencia:

—Contra el de Nápoles, el de Francia, el de Roma, y contra cualquiera que sea, estamos aparejados para lidiar.

—Os doi gracias—dijo el principe inclinándose hacia el Cesar—y ya que estamos en tan buen camino, quiero haceros una confianza que espero estimareis en lo que vale. Sabed que he recibido en el dia de ayer pliegos secretos de Constantinopla, que nos obligaran á variar el plan que teniamos trazado para emprender la campaña de Asia, á fin de acudir donde mayor necesidad hay.... En ellos se me anuncia que se han recibidos noticias, dignas de fé, de estarse aprestando en Occidente una poderosa armada con destino á levante. Dícese que un rey muy poderoso se ha puesto al frente de ella; que el Papa la autoriza á pretesto de la escomunion que ha lanzado sobre la cabeza de mi padre; y que alentados los occidentales con la nueva de las fáciles victorias que vuestro ejército á conseguido sobre los turcos, se han alistado en gran número en la cruzada, y esperan reconstruir sin gran trabajo el imperio latino en Constantinopla.... Decidme—continuó el príncipe despues de una corta pausa y clavando la mirada en los ojos de Roger—el noble señor Entenza ¿no vos dijo nada de esto?

—Nada, Señor—replicó el Cesar con la mayor injenuidad.

—Es estraño—dijo el príncipe, moviendo la cabeza en señal de duda—pues cuando salió de Sicilia debian estarse haciendo los aprestos....

—Señor—Dijo Roger que comenzaba á sentir cierta inquietud—¿quien vos dió tal noticia

—La república de Génova—respondió el príncipe al oido del Cesar.

—Ah! señor, catad que ella es vuestra única y verdadera enemiga; que quiere hacerse rica con vuestros despojos, y por ende os da sospechas de todo el mundo.

—Si será—replicó el príncipe con maliciosa sonrisa— y por ello las demas naciones dsl Occidente, envidiosas de la preponderancia de la *Señoría* en Constantinopla, quieren dar al imperio griego nuevo tutor,...

Miguel quedó silencioso durante algunos instantes, al cabo de los cuales esclamó aparentando indiferencia:

—Decidme; el rey de Aragon, ¿cuantos soldados puede poner sobre las armas?

—Señor, para la conquista de Sicilia llevó solo diez y ocho mil hombres; y bastáronle para triunfar de las armas reunidas de la Iglesia, Francia y Nápoles.

—Poca jente fué para vencer tan poderosos aliados.

—Qué os admira?—respondió Roger con orgullosa sonrisa—¿no hemos vencido con solo siete mil todo el poder de los turcos, que no habia podido ser contrarrestado hasta que se midió con el nuestro?

El príncipe lanzó sobre Roger una torva mirada al soslayo, y se mordió con tal fuerza el labio inferior que brotó una gota de sangre de él. Empero repuesto muy luego de ese involuntario movimiento de despecho, esclamó con aparente calma:

—Y, si el rey de Aragon tuviese en mientes una empresa mayor que la de conquistar una isla como la de Sicilia ¿de qué ejército pudiera disponer para salir con bien de su intento?

—Podria juntar hasta cuarenta mil hombres, con sobrado número de naves para conducirlos. Pero creed, señor, que solo en el caso de querer hacer suyo el mundo todo, reuniria tal número de soldados; para otra empresa cualquiera bastáranle los que llevó á Sicilia, y los que tiene en Oriente.

El príncipe tuvo que volver la cabeza hacia el lado opuesto para ocultar á Roger la impresion que le habian hecho sus últimas palabras, y esclamó, sin mudar de actitud.

—Decís, que con los que tiene en Oriente..... Luego si os llamara á su servicio ¿dejaríais el de mi padre?

—Noble señor, cumpliriamos el empeño que hemos tomado, y luego iriamos á servir á nuestro señor natural, como es de deber y de razon..... Recordad que el señor emperador nos dijo en Constantinopla, que la obligacion que habiamos contraido con él, no escluia la que por razon de naturaleza debiamos al rey de las costas del levante de España.

—Lo recuerdo—replicó el príncipe volviéndose hacia Roger—y hüelgo de ello, por que asi el imperio tiene una nueva seguridad de que hallará en vosotros buenos y leales defensores.

—Decid que hemos de hacer para mostrároslo.

—Escuchad; como la prudencia aconseja prevenirse en la paz para obrar en la guerra, el emperador, mi padre, ha dispuesto, considerando que no está lejano el dia en que la armada latina venga contra su trono, aparejarse en forma para recibirla. Para ello cuenta, no solo con los grandes recursos que en armas, naves y dinero tiene, sino tambien con la alianza que con el rey de Aragon contrajo mi abuelo Miguel Paleólogo..... Hora bien, como es prudente tener desde luego número bastante de soldados para resistir el primer ataque, creo seria conveniente que reforzárais vuestra hueste; decidme pues; si pidiérais nuevos socorros de gentes á Cataluña y Aragon ¿creéis os seria fácil obtenerlos?

—Si creo, señor.

—Y de que medio os habíais de valer?

—Mandando una nave á España con el dinero necesario para hacer el alistamiento, y cuido que dentro de dos meses habiámos de tener aquí el refuerzo.

—Esto es lo que yo tenia en mientes; empero con la diferencia, que en vez de una nave seria avisado mandar una armada; pues así salvariamos el peligro de que por la falta de ella, se retardase mas de lo que convenir puede la llegada del socorro, y á mas salvariamos los grandes gastos del flete.

—Pensais con gran seso, poderoso Señor.

—Puesto que estamos de acuerdo sobre este punto, he de deciros que he dispuesto mandar la vuestra, que se encuentra ya aparejada.

—La nuestra.... no; mandad la que los genoveses tienen en Pera.

—Porqué nó la vuestra?

—Por que negaranse á ello los capitanes.

—Otra vez!—esclamó el príncipe mirando con severidad á Roger

—¿No hay manera, pues, de hacer que sean obedientes?

—Cuidad, poderoso señor, que no es desobediencia, sino que la habemos menester para la pasada á Asia.

—Pasareis en las naves genovesas.

—No seria prudente dejar á la merced de un pueblo conjurado en nuestro daño, la suerte del ejército..... Bien sabeis, poderoso señor, cuán estrechamente unidos deben estar la armada con el ejército que pelea lejos de su patria, y en pais donde tiene muchos enemigos, por que si esta union falta puede ser su ruina.

—Dudais, pues, que os lleve á Asia?

—No lo dudo; ca una vez embarcados sabriamos hacerle fuerza.

—Luego, ¿cuáles son vuestros temores?

—Que cuando estemos allá, nos abandone, y nos quite el medio de recibir socorros cuando los háyamos menester.

El príncipe cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza é permaneció pensativo.

—Escuchad—dijo, cuando hubo puesto concierto en sus ideas y encontrado el medio de lograr el fin que se habia propuesto—ya no es prudente usar disimulo con vos, ni seria leal hacerlo cuando estamos á una mano para dar cima á nuestra funesta enemistad. Voy pues á confiar á vuestra hidalguía un secreto de Estado, para que, teniendo entero conocimiento de causa, no pongais reparo en ejecutar el plan que han combinado los consejeros del emperador mi padre. Sabed, pues, que el rey de Francia, Felipe IV apoyado por el papa Clemente V, tomando por pretesto la conquista definitiva de los Santos lugares, hora que vuestras victorias les han abierto y facilitado el camino, han resuelto reconstruir el imperio latino de Constantinopla, como único medio de libertarse de los desastres que acaecieron á las cruzadas anteriores, y poner en él un príncipe de la casa de Francia, despues de haber comprado del rey de Nápoles la cesion que de sus derechos le hiciera Balduino II. El emperador de Alemania ha entrado en la liga prometiéndose obtener de esta guerra grandes provincias que estiendan su dominacion por la Iliria, la Croacia y la Hungría; y las repúblicas italianas se han ofrecido á contribuir al logro de la empresa con sus naves y dinero, á trueque de obtener en pago nuevas posesiones en el Archipiélago, en las costas del Ejeo y del mar Negro..... Ya veis como tenemos conocimiento de los secretos de la política occidental, á pesar de que los confede-

rados usaron de mucha cautela, tanto por cojer desprevenido al imperio, cuanto por no alarmar á la casa de Aragon con cuyas armas no han contado. Hay mas; sabed que ya el rey de Francia ha puesto en movimiento hácia el Rin un ejército de cincuenta mil infantes y doce mil caballos.....

—Señor—le interrumpió Roger—cuido que esa hueste marcha contra las provincias flamencas que han sacudido el vasallaje de la Francia; muerto ú arrojado de su suelo á todos los franceses, y roto en Courtray un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, que dejó en aquellos campos seis mil soldados la flor de la caballeria francesa.

—Estais engañado—respondió el príncipe á quien no agradaba que el Cesar se manifestase tan enterado de lo que acontecia en la Europa occidental, por temor de que no le saliera bien la traza que tenia dispuesta.

—Señor, asi me lo dijo en Berenguer de Entenza.

—Os repito que estais engañado; porque la guerra entre Francia y las provincias flamencas ha concluido á satisfaccion de las partes; y si ahora dicen que se va á encender de nuevo, es solo un pretesto de que se valen para disculpar la reunion del poderoso ejército con el que intentan atacar por tierra el Imperio griego en union con los alemanes, en tanto que las flotas italianas nos combaten por la mar.

—Ello será así, señor—replicó Roger—y os creo, ca teneis sobradas razones para saberlo muy mejor que yo.

El semblante del príncipe espresó de una manera inequívoca el júbilo que rebozaba en su corazon, al ver con cuanta facilidad habia parado el golpe que Roger dirijiera contra su tenebroso plan, y continuó:

—Hora que sabeis el peligro que amenaza al Imperio, fuerza será que os diga los medios que hemos dispuesto emplear para conjurarlo. En primer lugar, hemos hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con el imperio de los búlgaros, y los reinos de Bohemia y Polonia por la parte del setentrion, y con la mayor parte de los estados esclavones por la del mediodia, haciéndoles ver el peligro que les amenaza si el emperador de Alemania llega á poner el pie en su territorio; esto con el fin de que detengan el ejército invasor que se adelanta por tierra, dejándonos asi en completa libertad para atender á la defensa de las costas y de las provincias marítimas del Im-

perio. Sin embargo, como nos encontramos sin marina, y no tenemos bastante seguridad en la de los genoveses, por ser pueblo que se vende á quien mejor le compra, y que, además, tenemos mucho que temer de la superioridad que la disciplina y modo de combatir dá á los latinos sobre las tropas aucsiliares del imperio, hemos acordado solicitar la alianza del muy alto y poderoso rey de Aragon, para que haga por la silla del imperio lo que esta hizo por él en la guerra de Sicilia. Al efecto, hé aquí lo que hemos acordado. El nobles caballeros Bernaldo de Rocafort y Fernando Ahones, irán con vuestra escuadra y el dinero suficiente á las costas de Cataluña para equipar una hueste tan numerosa como pueda ser; y además llevarán las bulas con sellos de oro del señor emperador, para ajustar un tratado de alianza entre el imperio y el rey de Aragon. En tanto, el magnífico señor Berenguer de Entenza se pondrá al frente del ejército que marchará á Asia, con el único encargo de libertar á Filadelfia; y cuando lo haya logrado, dejará en ella una guarnicion suficiente para librarla de nuevos ataques del turco, y regresará con su ejército á la península Quersoneso, donde se situará en atalaya para defender al imperio por la parte del Helesponto..... Vos, ilustre César, quedareis en Constantinopla, con algunas compañías de infantes y caballos, para tomar parte en las importantes deliberaciones que van á tener lugar en el consejo del emperador, y al mismo tiempo, para organizar y disciplinar el ejército griego á la usanza del latino.

El príncipe acabó de hablar; y, sin embargo, transcurrieron algunos segundos sin que Roger encontrase en su imajinacion una respuesta que darle, ni una pregunta que hacerle. El velo comenzaba á descorrerse ante sus ojos, y columbrada allá en lontananza negras y siniestras nubes que le anunciaban el prócsimo estallido del rayo. No porque tuviese pruebas de la falta de veracidad del príncipe Miguel, sino porque sospechaba de ella; y lo que mas sobresaltaba su inquieto corazon, no era el riesgo de la espantosa guerra que estaba á punto de poner en armas toda la Europa, sino el temor de ver fraccionado su pequeño ejército en el dia en que era mas inminente el rompimiento de las hostilidades. Esta refleccion le condujo á hacer estas otras:

Habiendo mostrado siempre el emperador y el príncipe Miguel una tendencia manifiesto á desunir á los españoles para vencerlos en detalle, y puesto en juego todos los medios imagi-

nables de fuerza, astucia y soborno para conseguirlo ¿no podria ser esta anunciada cruzada una estratajema de que se valian, en último resultado, para alcanzar el fin que se propusieran? ¿Que significaba, sino ese empeño manifestado en tantas ocasiones, de detenerle á él, ó en su defecto á Entenza, en Constantinopla con sus huestes respectivas, en tanto que el resto del ejército debia pasar á Asia aucsiliado con sestuplicadas fuerzas griegas;? ¿Que la descabellada ecsijencia manifestada en aquel momento de enviar à España la armada con Rocafort y el almirante Ahones? y sobre todo, ¿como un acontecimiento tan estraordinario cual la proyectada cruzada contra el imperio griego, suceso que debia necesariamente tener preocupada á la Europa entera, no habia llegado á sus oidos por conducto de Berenguer de Estenza cuya armada habia salido á fines de enero de los puertos de Sicila? Esta última idea fué para él mas que un rayo de luz, fué un torrente de claridad que iluminó las tinieblas en que hasta entonces estuviera sumido, y le permitió distinguir uno por uno los mas pequeños accidentes de la cuestion. Fijóse en ella, y tanto la analizó su mente, tanto la comprimió, por decirlo así, que acabó por convencerse que la cruzada que le anunciara el príncipe era una grosera patraña inventada para entregar el ejército español á la venganza de sus cobardes é implacables enemigos. En su consecuencia se resolvió á negar cualquiera cosa que se apartara de los términos del tratado celebrado últimamente, y jurado al pie del altar de Santa Sofía en Constantinopla. Empero, como prudente caudillo estimó obrar con suma cautela en una ocasion en que se encontraba á la merced de sus enemigos, y en la que no debia esperar pronto socorro, toda vez que Rocafort, por su mandato, habia regresado con la hueste á Gallípoli.

Asi que, cuando hubo puesto concierto en sus pensamientos, y tomada una resolucion definitiva, esclamó, aparentando la mayor injenuidad y calma:

—Poderoso señor; yo de mí puedo juraros que obedeceré vuestras órdenes; mas he temor que los otros capitanes pongan reparo en hacer lo mismo.

—Y ¿qué razones darán—preguntó el príncipe con acento insinuante—cuando el señor emperador manda, y vos que sois la primera cabeza de ellos estais dispuesto á acatar cual cumple sus mandamientos?

—Dirán, señor,—replicó Roger en el mismo tono—que se falta á la primera y principal clausula del concierto estipulado poco ha en Constantinopla, por la cual se les dan en feudo las provincias del Asia.

—Y quien se las niega!—esclamó Miguel aparentando admiracion.

—Nadie en verdad; empero si mandais á los unos marchar á España, á los otros quedar en Constantinopla y á los demas ir al Asia solamente para levantar al cerco de Filadelfia, y luego regresar á Gallípoli, claro está que no tendran lugar de tomar posesion de sus feudos.

—Os olvidais—respondió el príncipe clavando en el rostro de Roger una mirada triunfante que acompañó con una sonrisa maliciosa—que segun los términos de la clausula en que ellos pueden apoyar su negativa, los capitanes feudatarios se obligan por razon de vasallaje á acudir con sus armas y á su costa al servicio del emperador siempre que sean llamados...? Pues bien, la ocasion se ha presentado, y el emperador, usando del derecho que se le concede, los llama para la defensa de su imperio amenazado por los occidentales, y dispone de ellos de la manera que estima mas conveniente al servicio de su trono.

Roger conoció que estaba envuelto en una red de la cual no le seria posible libertarse, en tanto que para lograrlo solo emplease las armas de la diplomacia con cuyo uso estaba poco familiarizado; empero estimando que le era forzoso salir de una manera ó de otra de la difícil posicion en que se encontraba, se resolvió á cortar el nudo que no podia desatar.

Viéndole silencioso y en actitud pensativa, el príncipe que anciaba tambien poner término á la inquietud que le devoraba, esclamó con alguna severidad:

—Hora, pues, ¿que decis, ..? Quédavos algun temor de que vuestros amigos falten á la fe jurada....?—y luego continuó recalcando con marcada intencion las palabras—Los que son soldados leales, y nunca hacen traicion contra el príncipe que los mantiene ¿habrán dejado el cuidado de su opinion en España, y solo traido á Grecia su espíritu feroz y aventurero....?

—No, poderoso señor—replicó Roger haciendo un jesto de dignidad ofendida—el soldado español lleva siempre consigo á do quier que va el cuidado de su honra junto á la hoja de su espada.

—Entonces—dijo el príncipe procurando calmarle con una sonrisa—no hé temor que falten à los mandatos del emperador.

—Yo sí—respondió Roger moviendo lentamente la cabeza.

—Acabemos!—esclamó el príncipe medio levantàndose del asiento y contrayendo los músculos de su rostro con una espresion de ira y despecho reconcentrado—Sabed, que el emperador mi padre, està resuelto à hacerse obedecer de grado ó por fuerza; y güay! del que dé ocasion à ser tratado como rebelde.

—Sesegaos, señor;—dijo Roger con calma y dignidad—catad que no esta bien que amenaceis á vuestros mas leales servidores.

El príncipe se puso en pié, y fuese à colocar frente al Cesar, à quien dijo, miràndole con soberbia altaneria.

—Vos, Cesar del imperio ¿que hareis si vuestros amigos se niegan à obedecer las órdenes del emperador?

—Cumplir con mi obligacion.

—Es decir, poneros al lado nuestro!—esclamó el príncipe en cuyos ojos brilló un relàmpago de jùbilo.

—No—respondió Roger alzàndose del sitial—seguir la suerte de mis leales amigos.

El principe dió tres pasos retrocediendo hàcia el medio del aposento; se llevó ambas manos à la cabeza y esclamó, murmurando en voz baja:

—El lo quiere...! él lo quiere...! Cúmplase su hado fatal.

Roger nada oyó.

El príncipe se repuso instantaneamente de la violenta emocion que le ajitara; cubrió de nuevo su semblante con la hipócrita màscara que tuvo puesta durante toda la conferencia, y esclamó, con semblante placentero al mismo tiempo que daba su mano à Roger, quien la besó respetuosamente.

—Señor caballero, veo con sentimiento que hoy no nos podemos poner de acuerdo; ya sea porque no nos comprendemos, ya porque estimeis conveniente consultar el caso con vuestros amigos particulares; sea de ello lo que quiera, debo dejaros tiempo y libertad para pensar la contestacion que debeis darme, y al efecto me retiro à mi palacio donde os espero mañana despues de la hora sesta, para celebrar con un festin nuestra amistad y despedida..... Que creo —dijo sonriendo con diabólica espresion—serà tan beneficiosa para el imperio como estraordinaria para vos.

—Señor; doivos gracias por tanto favor—respondió el Cesar inclinàndose en señal de respetuoso agradecimiento.

—¿Ireis?

—Señor, por gusto y por obligacion.

—Cuidad, pues, de llevar con vos muchos de vuestros amigos à fin de dar mayor lustre al festin; que serà esplendido, no lo dudeis... Dios os guarde.

—El sea con vos, poderoso señor.

El príncipe, despues de haber dado los brazos à Roger y despedídose galantemente de las damas, abandonó el salon con paso precipitado y seguido de su comitiva.

Cuando el murmullo de las voces y pisadas del acompañamiento hubo dejado de oirse, la princesa Irene, que como todos los circunstantes habia guardado un profundo silencio durante la conferencia, corrió apresuradamente hàcia la puerta, y rejistró con la vista y el oido la antecàmara. No viendo en ella ninguna persona sospechosa, dejó caer una tupida cortina que interceptaba la comunicacion entre aposentos, y con el rostro demudado volvió al lado de Roger, esclamando con acento acongojado:

—Hijo, esta noche durante la segunda vijilia debeis salir cautelosamente con los vuestros de Andrinópolis; porque sospecho que os espera à todos una gran desgracia.

—Que decis, señora?—respondió Roger en tono de reprension.

—Que hay peligro para vuestra vida en esta malhadada ciudad.

—Como, señora, pensais todavia eso, cuando no ha tantas horas que os mostrabais arrepentida de las sospechas que me disteis en Gallípoli.

—Sí; porque si las apariencias me tuvieron engañada hasta hoy haciéndome creer que los temores que respecto à vos me daban un dia y otro mis amigos de Constantinopla, eran infundados, ahora que he escuchado al príncipe referiros con tanto desparpajo la falsa nueva de una cruzada, que solo existe en su imaginacion, y que intenta haceros creer porque asi conviene para realizar el plan que han trazado vuestros enemigos, vuelvo á mis anteriores recelos, pues no debe esperarse cosa buena de quien usa falsedad y engaño en sus tratos.

—Luego—esclamó Roger con vivacidad—lo de la cruzada es falso.....?

—No he lugar á la duda; porque á ser cierto, nuestros amigos en Constantinopla, y el príncipe Azan, mi hijo, que está en todos los secretos del gabinete imperial, me lo hubieran dicho.

Roger quedó silencioso, mirando á los caballeros con una espresion que parecia interrogarles sobre la resolucion que convenia tomar en tan difíciles circunstancias; mas estos, no menos preocupados que él, imitaron su silencio, dando á entender asi, que fiaban á su prudencia el cuidado de atender á la salvacion de todos.

La princesa Irene, se acercó á su hija Maria, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas, y tomándola por una mano la condujo al lado de Roger, diciendo con acento conmovido:

—Maria, hija mia; unid vuestras súplicas á las mias para apartar á vuestro esposo del muy gran peligro que le amenaza..... Decidle que no desmienta su opinion de avisado y prudente capitan, y que por ser tenaz, no vos esponga á quedar viuda, y á sus soldados á perder la sola cabeza que puede sacarlos con bien de entre las manos de todos sus enemigos..... Pedídselo en nombre de ese hijo suyo que llevais en el vientre, y vos escuchará.

La triste dama, á quien el mucho amor que tenia á su marido, se acrecia en vista del inminente peligro que le amenazaba, no pudo proferir una sola palabra, tan intensa era la emocion que embargada todas las facultades de su alma; empero lo que los labios no acertaron á pronunciar, lo manifestó el gesto con harta elocuencia, pues anegada en llanto, se arrojó en brazos de su marido, y le estrechó contra su pecho con el delirio y una madre y el cariño de una esposa.

—Reponeos, mi dulce señora,—esclamó Roger enternecido, empero separándola suavemente de su pecho—reponeos, y cuidad que no cumple á vuestra honra mostraros tan débil y amorosa delante de estos caballeros..... Señores y amigos—continuó volviéndose hácia los aludidos—debeis perdonarla si no supo refrenar su cariño y sobresalto; ca es esposa y madre, y ha temor por la vida del padre y la del hijo.

Los caballeros dieron á conocer con sus gestos que comprendian cual era el impulso que moviera el ánimo de la gentil esposa del César, y este satisfecho de ver que nadie acusaria de liviandad la demostracion de afecto de su muger, esclamó, procurando revestir su fisonomia de una espresion de dulce serenidad:

—No vos acuiteis, mi dulce señora; ved que el peligro, si lo hay, está á gran distancia de mí; porque aun tengo sobrados amigos y valor para resistir y aun vencer á todos mis enemigos.

Maria movió la cabeza de un lado á otro en actitud de duda, y su madre contestó acompañando sus palabras con una amarga sonrisa:

—Qué importa, señor, que el peligro esté distante de vos, si haceis diligencia por acercaros á él.....!

—Yo! ¿de qué manera?

—Aceptando el convite que os ha ofrecido para el dia de mañana el príncipe Miguel en su palacio.

—Y, ¿qué mal puede avenirme de esto?

—Lo ignoro; mas no quisiera que el sol de mañana vos alumbrase en Andrinópolis..... Ved, señor, que el príncipe es astuto y perverso; que dispone de catorce mil soldados en la ciudad, y que ha tiempo tiene jurada vuestra perdicion.....

—Que se me da de ello, si no me tiene tornada la amistad.

—Ah, señor,—dijo la princesa plegando los labios con una espresion de ironía—ved que en Grecia nadie torna la amistad ni da plazo para empezar la guerra..... Aquí se mata al enemigo donde y cuando se puede, sin que sea acusado de alevoso el matador, y sin que los parientes del asesinado puedan pedir su muerte á nadie.

—Cuidais, pues, que el príncipe intente tan vil traicion, y que halle caballeros honrados que le ayuden?

—Lo recelo; que todo se puede temer de un príncipe orgulloso y vengativo, que os tiene envidia porque os acreditásteis de gran general con ocho mil hombres, allí donde él dió pruebas de cobarde con sesenta mil; y temor, porque ha muchos años que conspira para apoderarse del trono de su padre, y mira en vuestro ejército un obstáculo para alcanzar el apetecido fin.

—Repítovos, señora, que no he temor alguno; porque el príncipe no querrá cubrir su opinion con la nota de infame, cuando mi muerte no le aprovecharia, quedando mi ejército y otros caudillos que le darian los mismos temores que yo.

—Luego ¿no quereis salir esta noche de Andrinópolis?

—No, gentil señora.

— Ireis mañano al festin?

—Sí, iré.

—Venid—dijo la princesa tomando por una mano á su hija—venid, vamos á ver al príncipe y á nuestros amigos, para ver de salvar mal de su grado á vuestro marido.

La aflijida esposa cubrió de besos y lágrimas las manos de Roger, y salió de la cámara siguiendo con lentitud los pasos de su madre.

Cuando las damas hubieron desaparecido por una de las puertas del aposento, los caballeros se agruparon en derredor del César; y con gestos de súplica y vehementes palabras, le rogaron que diera oido á las razones de la princesa Irene, y no espusiera su vida y la de todos á un trance fatal, donde no habia para el ejército ni honra ni provecho.

Roger se mostró sordo á todas sus observaciones, anteponiendo lo que él llamaba su deber, á su seguridad; sin embargo, procuró infundirles en el corazon la temeraria y funesta tranquilidad que reinaba en el suyo, y para mostrarles que no desatendia ninguna de las contingencias que pudiera sobrevenirles, mandó que fuesen á dar aviso á todos sus amigos y soldados, á fin de que se pusiesen sobre las armas; y que el número de ellos que estimasen necesario, se llegase sin ruido y sin aparato á su alojamiento.

Con esto se despidieron, estando ya próxima la puesta del sol

Aquella noche entraron en Andrinópolis, entre la primera y segunda vigília, dos mil soldados masajetas acaudillados por su general George, que saliera cuatro dias antes de Constantinopla, llamado por el príncipe Miguel.

Pocas horas despues, y siendo la de maitines, lo verificaron tambien algunos escuadrones de turcopeles, y varios cohortes griegas que se hallaban acantonadas en los alrededores de la ciudad.

Todos estos soldados penetraron tan sigilosamente en Andrinópolis, que ninguno de sus moradores tuvo conocimiento de su entrada.

XXIV.

¿Qué recurso le quedaba à Andrónico? El arma de los traidores. Roger fué cosido á puñaladas á vista de la emperatriz.

CANTÚ.—*Historia universal.*

..... y la arrebata
entre sus brazos arrogante y fiero.
Sobre el caballo sube..... y se alejan.. ..
mas de pronto relinchos de corceles
oyen en torno, y voces que semejan
el salvaje clamor de los infieles.

RUBÍ.—*Isabel la Católica.*

El dia 2 de mayo del año de 1304, amaneció el cielo oscuro y siniestro sobre la ciudad de Andrinópolis. Negros y espesos nubarrones corrian hácia el S. E., empujados por un viento tempestuoso, y descargando á intérvalos desiguales torrentes de lluvia, en tanto que el trueno mujia en lontananza y que multitud de exhalaciones rasgaban las pardas nubes que encapotaban el firmamento.

Sin embargo, las calles, convertidas en lagunas por los continuos aguaceros, se veian llenas de gentes que circulaban con paso tardio en todas direcciones, mas atentas á procurarse noticias, que à ponerse á cubierto de las molestias del temporal.

¿Qué estraordinario acontecimiento pudo hacer fuerza á los pacíficos ciudadanos de Andrinópolis para dejar las comodidades de sus viviendas?

Hélo aquí.

Las primeras personas que salieran de sus casas en la mañana de aquel dia para dar comienzo á sus tareas cotidianas, advirtieron con sorpresa la multitud de soldados que cruzaban por las calles; las puertas de la ciudad custodiadas por fuertes destacamentos de tropa, y las plazas y principales calles ocupadas militarmente por crecidas fuerzas de infantería y caballeria. Alarmados con la novedad, regresaron aceleradamente á sus moradas para ocultar sus riquezas, temerosos de las consecuencias de un motin, y dar cuenta á sus familias y amigos del inesperado suceso, á fin de que tomasen sus precauciones; con lo cual cundió muy pronto el sobresalto, y las puertas y ventanas de las casas se llenaron de curiosos que trataban de inquirir con la vista y las preguntas, pero sin hacer otra diligencia, la razon de cuanto pasaba.

Asi trascurrieron las primeras horas de la mañana, llenas de zozobra y sin que aconteciera cosa alguna que diese satisfaccion á la general curiosidad.

Ya bastante adelantado el dia, comenzó á circular vagamente el rumor de que los caballeros españoles residentes en la ciudad, iban á ser degollados todos en las calles ó donde se encontrasen; y que los bárbaros masajetas habian de hacer con el César Roger de Flor, lo que hicieran pocos años antes con Alejo Raul, *Gran doméstico* del emperador Andrónico; es decir, matarlo traidoramente para vengar ciertos agravios que tenian recibidos de él.

Nadie podia decir dónde ni cómo habia sabido esta noticia, ni qué grados de certeza pudiera tener; mas se repetia de unos en otros con tanto misterio é insistencia, que acabó por ser creida cual si su origen fuese el mas auténtico y conocido de todo el mundo; y como á la par se anunciaba un espléndido festin en el palacio del príncipe Miguel, al que habian sido convidados el caudillo español con sus amigos, y por dó quier se veian en la ciudad grandes aprestos militares, nadie dudó de su certeza; y el pueblo lleno de inquietud salió á la calle para asistir como espectador al sangriento suceso que se preparaba, y ver como morian unos hombres que gozaban la opinion de invencibles.

Habiéndose propalado que la señal de la matanza de los españoles se daria en el palacio del príncipe, dirijióse hácia él la multitud, para no perder una sola de las escenas del drama que con tanto temor como curiosidad esperaba.

El alcázar de los emperadores griegos en Andrinópolis, que estaba situado al E. de la ciudad, era un imponente edificio mezcla de palacio y fortaleza, construido sobre el área del antiguo pretorio romano. Estendíase por el oriente hasta las murallas, de las cuales era por esta parte la principal defensa, y tenia allí una poterna que daba sobre un puente de piedra que cruzaba el rio Tonzus confluente del Ebro (1). Las habitaciones destinadas á los imperiales huéspedes y su servidumbre, estaban situadas al poniente y caian sobre una gran plaza, en medio de la cual se alzaba una colosal estátua de mármol, que representaba al emperador Adriano, restaurador de la ciudad, á la que dió su nombre.

En esta plaza, pues, y al rededor de esta estatua, se apiñaba la multitud, silenciosa y fijando sus inquietas miradas en las ventanas del palacio por donde esperaban ver de un momento á otro arrojar los cadáveres de los caballeros españoles, que suponia encontrarse ya dentro de la imperial morada; sin embargo de que en casi todas ellas se veian grupos de nobles, capitanes griegos y auxiliares que conversaban en actitud pacífica.

Uno de estos grupos lo formaban el príncipe Miguel; Casiano, gran Primicerio; el gefe de las compañías llamadas *etriarcas*; Basila, general de los búlgaros; Meleco, gefe de los turcopeles, y George, cabeza de los bárbaros masajetas. Todos ellos reunidos en conferencia en un pequeño aposento de la cámara imperial, se habian aproximado á una ventana, desde la cual fijaban sus ojos con impaciente inquietud sobre la plaza.

El príncipe, cansado de esperar, ó no pudiendo vencer la violenta emocion que embargaba su ánimo, se dejó caer sobre un sitial y ocultó entre las manos su rostro descompuesto. Los que le acompañaban abandonaron su puesto y fuéronse á colocar en su derredor en actitud de esperar órdenes.

Asi permanecieron inmóviles y silenciosos durante algun tiempo, hasta que el estrépito producido por muchos caballos que cruzaban

(1) El Mariza moderno.

por la plaza, los sacó de su abstraccion, haciéndolos volver apresuradamente hácia la ventana.

Desde ella vieron llegar hácia el palacio, dos literas conducidas á brazo, á las que daba escolta Roger de Flor, magnificamente vestido, y acompañado de cuarenta caballeros no menos lujosamente ataviados que él; todos ellos traian el rostro alto, la sonrisa en los labios y la mirada serena, dando con esto una prueba de su noble confianza ó de su audaz desprecio del peligro.

El príncipe sintió deslizarse en su corazon un sentimiento de terror y de vergüenza, y se echó involuntariamente hácia atras, cual si temiera encontrar la mirada acusadora de sus futuras víctimas; los que le rodeaban le imitaron y bajaron los ojos para ocultar el rubor que cubrió sus frentes, escepto el general George que esclamó dirijiendo una mirada despreciativa sobre Miguel:

—Hélos ahí, señor; decidios pues..... Los momentos son preciosos, y si dejais pasar la ocasion, tarde ó nunca volvereis á encontrarla.....

El príncipe por toda contestacion cruzó los brazos, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Señor—continuó George alzando la voz progresivamente—ved lo que haceis..... Teniendo en vuestras manos la salvacion del imperio, seria mengua y cobardia dejarlo espuesto á perecer por falta de resolucion.....,. ¿Será necesario deciros que sois mas hijo de Andrónico que nieto de Paleólogo?..... Elejid pues, entre el esfuerzo y energia de vuestro inmortal abuelo que arrebató el imperio griego de las codiciosas armas de los latinos, ó la punible debilidad de vuestro padre que se lo entrega atado de pies y manos..... Hasta cuando hemos de ser juguete de una banda de feroces y ladrones aventureros, sin patria, sin nombre y sin fé!....., Soldados de fortuna que nunca se ven satisfechos de sangre ni de oro, por mas que hayan derramado la primera á torrentes, y por mas que se hayan enriquecido con los despojos del Asia y con todos los cargos del imperio griego.....! Señor, si os dejais llevar de pueriles escrúpulos ó de un vergonzoso temor de la venganza que puedan tomarse los españoles, ¡ay! de vos, pues se acerca el dia en que su ambicion, rota la valla de todo miedo y respeto, os quite en una oscura prision, con la esperanza de reinar, una vida que no sabeis defender..... Yo de mí sé deciros, que el sol de mañana me ha

de ver completamente satisfecho de la muerte de mi hijo, ó marchando con mis soldados hácia el Danubio, para no ser testigo de vuestra agonia y de la destruccion del imperio griego.....!

—Señor general—respondió con calma y dignidad el gran Primicerio—tened en cuenta que es demasiado grave el asunto para proceder con ligereza en él.

—Creo—contestó con altaneria el masajeta—que ya está demas toda discusion, porque yo no he venido de Constantinopla para conferenciar, sino para obrar; ni el señor emperador Andrónico me ha facultado para otra cosa que para destruir á sus enemigos.

—Y ¿creeis conseguirlo—replicó Casiano siempre con la misma calma—dando muerte á Roger de Flor y á sus trescientos caballeros? ¿Ignorais que despues de la muerte del César quedarán en el territorio griego siete mil españoles, cuya organizacion militar es de tal naturaleza, que la falta de su caudillo no cuenta absolutamente mas que como la de un hombre cualquiera entre ellos, puesto que les quedan Rocafort, Entenza y tantos otros capitanes que llenarán cumplidamente el puesto que deja Roger.....? Mirad bien, no la alevosia que vamos á cometer, puesto que en la guerra todas las estratajemas estan permitidas para esterminar al enemigo, sino el grande aprieto en que pondremos las provincias y pueblos que ocupan los españoles, en las cuales no lo dudeis tomarán sangrientas represalias..... Si nos fuera dado cercenar con un solo golpe todas las cabezas rebeldes, seria mengua detener el brazo; pero cuando ese golpe va á hacer buena su deslealtad, y á darles pretesto para satisfacer sus instintos feroces y codiciosos á espensas de la sangre de millones de griegos, no debeis estrañar que el príncipe vacile en pronunciar el decreto de muerte.

—Y qué, ¿pensais—replicó George pronunciando con lentitud las palabras—que serán mas funestas para el imperio las consecuencias de la muerte de Roger, que la union de su ejército con el que está próximo á llegar procedente del reino de Aragon?

—Estais seguro de que llegará?

—No es posible la duda, despues de la multitud de noticias que las repúblicas de Génova y Venecia han dado repetidas veces al gabinete imperial.

—En esa misma razon encuentro motivos poderosos para insistir en la necesidad de obrar con mucha cautela.

—No lo comprendo; esplicaos.

—Pues es bien manifiesto; escuchad. Muerto Roger de Flor, Berenguer de Entenza se pondrá naturalmente á la cabeza del ejército español, y nos declarará la guerra. Como las fuerzas de que puede disponer en la actualidad son escasas, habrá de mantenerse á la defensiva en la península Quersoneso Tracio, aprovechando las condiciones especiales de la localidad para fortificarse. En tanto llega la flota aragonesa con un nuevo ejército, que desembarca con toda holgura y sin riesgo alguno en el pais ocupado por Berenguer..... Hora bien, ¿comprendeis cuál será la suerte del pais cuando tenga sobre su suelo veinte ó veinte y cinco mil enemigos de la clase de los soldados de España?

—Hablais mas como cortesano que como militar—replicó George haciendo con los hombros un movimiento de impaciencia.

—Hablo como griego que se duele del quebranto que puede sobrevenir á sus conciudadanos; y vos como estrangero— dijo Casiano sonriendo con fina urbanidad.

—Pues yo vos digo, que nada de cuanto vaticinais tendrá lugar; porque las medidas estan tomadas para que á la misma hora en que tenga principio el degüello de los españoles en Andrinópoli se efectue á la par en Constantinopla, Cizico Metellin y todas las demas poblaciones donde se encuentran alojados ó dando guarnicion ..... Ya veis, pues, que la primera parte de vuestros temores no se realizará; y en cuanto á la segunda, probablemente sucederá lo mismo; porque, tened entendido, que mientras el ejército de Andrinópolis dé buena cuenta de los que puedan sálvarse en Gallípoli de la matanza general, las naves del imperio en union con las genovesas, se situarán en el estrecho del Helesponto para combatir la armada aragonesa antes de que pueda desembarcar el ejército latino.....Si es que sale de las costas de Cataluña; lo cual ni vos ni yo creemos como artículo de fé.

El príncipe Miguel, que durante la conversacion anterior habia permanecido silencioso y en actitud de profunda meditacion, al oir las últimas palabras del general masajeta, alzó la cabeza, y notando que todos los circunstantes daban con sus jestos señales de estar conformes en un todo con la opinion de George, esclamó, mirando con severidad al gran Primicerio:

—Parece que el oro de la princesa Irene ha tenido bastante

poder en vos para haceros cambiar de parecer desde ayer á hoy.....!

Casiano se inclinó respetuosamente, sin manifestarse ofendido por semejante ultraje, y respondió:

—Señor, es cierto que la entrevista que tuve ayer con la princesa me ha hecho ser algo mas prudente; pero no menos leal servidor de vuestra casa.

—Si sois leal servidor de mi casa—dijo al príncipe mirándole con gesto adusto, que se avenia mal con la palidez y desfallecimiento de su rostro—debiérais allanar el camino á mi justicia, en vez de amontonar obstáculos para hacerme retroceder.

—Señor; mi intento ha sido buscaros la senda menos escabrosa para alcanzar con menos riesgo el fin apetecido.

—Salvo la de una justicia terrible y ejecutíva, todas se han vuelto intransitables por el teson y suspicacia de los españoles.

—Señor, os pido perdon con humildad; empero, como os ví dudar poco ha, y ademas me consta que vuestro padre, el augusto emperador, ha condescendido con repugnancia en que se diera muerte á Roger de Flor, creí serviros dando ocasion á que se buscasen medios menos arriesgados.

—Tened entendido—respondió Miguel con resolucion—que no fué duda la mia en dar la órden, fué vacilacion porque me repugna hacer testigo á mi esposa y á mi familia de la espantosa escena que tendrá lugar, si se da muerte al César en la sala del festin..... No dudaba, sino que trataba de encontrar un medio de hacerlo matar antes que la corte tomase asiento en el banquete. Verbi gracia..... mandar cerrar las puertas del palacio, asi que se encontrase dentro; obligarle á repartir su acompañamiento en los aposentos, y quitarles á todos la vida sin peligro y sin que sus gritos llegasen á los oidos de mi esposa.

—Arriesgado es lo que proponeis, señor;—esclamó el búlgaro Basila—porque son muchos y esforzados, y nos podrá costar un rio de sangre el darles muerte.

—Y ¿quién sabe—esclamó George arrugando el entrecejo,—si la suerte será propicia á Roger de Flor, y logrará escaparse dejando sin venganza el asesinato de mi hijo Brienno? Nada; no encuentro medio mas fácil, pronto y seguro que el de cojerlos desprevenidos en la mesa, y á una señal descargar un solo golpe certero que los acabe de una vez.

El príncipe volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, manifestando asi cuanto trabajo le costaba resolverse por este medio.

El gran Primicerio se aprovechó del silencio de Miguel, y dijo:

=Creeis, señores, que será tan fácil cosa, dar muerte á los doscientos cincuenta caballeros españoles que quedarán en la ciudad, como á los cuarenta que nos han de acompañar en el banquete?

Por qué no?—esclamó el turcopel Meleco.—Lo mismo que sorprenderemos á Roger en el palacio, cogeremos desprevenidos á sus amigos en los alojamientos, donde no es facil tengan noticia de lo que acontecerá aquí.

—Os engañais!—respondió Casiano dirigiendose hácia la ventana—mirad, lo que pasa en la plaza..... y ello os dirá como los españoles no llevan traza de dejarse sorprender.

El príncipe y sus oficiales obedecieron á la indicacion del gran Primicerio, y vieron doscientos sesenta caballeros seguidos de numerosos criados armados, que penetraban á trote largo en la plaza, donde se formaron en batalla dando frente al palacio. Todos ellos venian cubiertos con arnes de guerra, y traian la lanza en puño, la visera calada, y sus caballos bardados. De allí á poco se divieron en tantos pelotones como boca-calles daban en la plaza, y fuese cada uno á sitnar convenientemente para cerrar el paso.

El pueblo comenzó á retirarse cen lentitud al principio, y dió luego en corres como si se viera cargado por la caballeria.

—Qué atrevimiento!—gritó el príncipe con furia—Vienen á desafiarme hasta las puertas de mi casa.....! Juro, por el Santo Madero, que les he de hacer pagar cara su demasia.....! En esta misma hora, señor gran Primicerio, mandad noticia á Constantinopla de que acaban de ser muertos el César y todos los caballeros de su comitiva.....! Vosotros—dijo volviéndose hácia Basila, Meleco, y el gefe de los etriarcas,—id á poner en órden las cohortes griegas; y cuando viéreis ondear en la torre mas alta del palacio una bandera roja, tened entendido que debeis cerrar espada en mano con los españoles y no dejad uno con vida..... Obedeced pronto....!

Los tres oficiales saludaron respetuosamente al príncipe, y salieron de la cámara para cumplimentar las órdenes que acababan de recibir.

Este, cuando se vió sin testigos con el general George, le dijo tomándole por un brazo y conduciéndole precipitadamente hácia el hueco de la ventana.

—Hora que estamos solos, podremos hablar con la libertad de que careciamos en presencia de los oficiales de mi casa, que me consta se han dejado seducir por el oro las princesas Irene y Maria, y de la de Meleco que sospecho está en trato para unirse con los turcopeles á los españoles, de quienes espera sacar mejor partido que de mi padre y de mi..... Decidme, pues, ¿os resolveis á ayudarme con vuestros soldados á conquistar el trono que comparto con mi padre, y al que me llama solo, el voto unánime de todo el imperio.

—Y vos—replicó George con entereza—os decidis á darme la cabeza de Roger de Flor?

—Necio—replicó el príncipe en el mismo tono—¿como os la he de negar, si ella ha de ser el pacto que selle nuestra mutua alianza? Si vos la necesitais para vengar la muerte de vuestro hijo, yo la necesito á fin de quitar á mis contrarios ese apoyo con que cuentan para desbaratar mis proyectos.

—Entonces, tregua á las palabras, y obremos que el tiempo urje.

—Una palabra todavia, ¿quiénes son los que daran muerte á los españoles que se han de sentar á la mesa del festin?

—Mis oficiales; pues no quiero confiar á otras personas tan espinoso asunto.

—Me alegro; porque no quiero que los mios tiñan su manos en esa sangre..... Decidles que daré dos mil bizantinos de oro al que me presente la cabeza de Roger..... Dadme vuestra mano, y jurad que sostendreis mi causa con vuestro poder y vuestra espada.

—Lo juro!—respondió George dando su mano derecha al príncipe y poniendo la izquierda sobre la guarnicion de su espada.

—Sea pues;—esclamó el príncipe trémulo de alegria—á vos la mitad de mi tesoro; la dignidad de César y el mando de todo el ejército imperial.

—Y á vos—contestó George con entusiasmo—el trono de Constantinopla.....! Vamos presto á sorprender al enemigo, antes de que tenga lugar para apercibirse y se vuelva en armas contra nosotros.

—Os prevengo—dijo el príncipe dirijiendo una mirada suplicante sobre su interlocutor—que no quiero presenciar con mi esposa el castigo de los culpables.

—¡Cómo!—esclamó George manifestando la mayor sorpresa—os negais á asistir al festin.....? Quereis que pese solamente sobre mi cabeza toda la responsabilidad de la muerte de Roger.....?

—No me habeis comprendido; lo que deseo es separar á mi familia de la sala antes que llegue el momento fatal; pues temo que enmedio del desorden que naturalmente acontecerá, la honra de mi familia y la magestad de mi persona reciban algun ultraje.

—Si no es mas que eso, estad avisado, que cuando me veais puesto en pié con una copa en la mano, será la señal para dar muerte á nuestros enemigos.

—Vamos pues, á vengar el imperio.....

—Vamos á vengar á mi hijo.

En tanto se fraguaba tan inicua traicion en la cámara del príncipe Miguel, en otro aposento del palacio, que daba tambien sobre la plaza, tenia lugar, entre dos personas, una escena muy diferente, aunque íntimamente enlazada con el sangriento drama que muy luego se iba á representar.

Uno de ellos era la hermosa Teodeta, que pálida y presa de la mas viva agitacion, se hallaba en pié con una mano fuertemente apretada sobre el corazon, cual si quisiera contener sus violentos latidos, y la otra apoyada en el alfeizar de una ventana, desde la que sus ojos registraban con inquietud todo el ámbito de la plaza.

El otro era un jóven masajeta de elevada estatura y formas hercúleas, vestido con el traje militar de los soldados de su raza; estaba inmóvil á pocos pasos de la dama, con los brazos cruzados sobre la laminada loriga que defendia su pecho, y los ojos fijos en el semblante de Teodeta, sonriendo unas veces con marcada ironia y otras arrugando las cejas con feroz espresion.

—Ilirico;—esclamó la hija de George, volviendo lentamente la cabeza hácia el soldado, y continuando la conversacion que por un mento dejara en suspenso— no me quereis decir verdad, y haceis mal en ello, porque os podrá pesar de la ofensa que me haceis desobedeciéndome.

—Os he dicho cuanto sé , señora;—respondió el masajeta inclinandose respetuosamente ante la dama—sino teneis fé en mis palabras, preguntad al general y él os dirá lo que yo ignoro.

=Entonces, ¿para que habeis sido introducidos en palacio?

—No sé nada.

—No sabeis nada! pues ¿no se os dijo, cuando salimos precipitadamente de Constantinopla que veniamos á Andrinópoli para dar muerte á los españoles?

—Eso se nos dijo; mas despues.....

—Despues, que?

—Se nos mandó estar apercibidos; pero no se nos señaló el dia, la hora ni la ocasion de obrar.

—Y esta mañana en palacio; ¿que ordenes se os dieron?

—Ninguna mas que la de estar aparejados para obrar si se nos daba aviso.

=Me sorprende este misterio, mucho mas cuando es llegado el momento crítico.....Acaso quieran usar de tanta cautela para no malograr el golpe.....De todos modos, escuchad; si recibis la orden de dar muerte á todos los españoles, quiero que salveis á uno.

—Dificil empresa será; pues para llevarla á cabo, seria nesesario que toda la compañia recibiera la misma orden.

—Bastará que vos y algunos de vuestros amigos la sepan.

—¿Y querran esponerse á las iras del general contraviniendo su mandamiento?.

—El general nada sabrá, porqne en medio del tumulto os será empresa facil el salvar á un hombre; y ademas, porque yo os ofresco mil bizantinos de oro en premio de vuestro servicio.

—Señora!—esclamó el soldado cuya codicia escitada con tan brillante promesa le hizo prescindir de todo escrúpulo y miramiento —mandad cuanto sea de vuestro agrado, y os prómeto que sereis obedecida.....¿Quien quereis que sea salvado de la muerte?

—Un jefe almogavar—respondió Teodeta lanzando sobre el soldado una mirada suplicante.

—¿Almogavar dijisteis? señora, solo caballeros son los que llegaron con Roger de Flor.

—Es cierto; mas tambien vino con ellos la persona que os he nombrado.

El masajeta se encojió de hombros é hizo un jesto que podia

traducirce por una confesion de su ignorancia; y la dama continuó:

—Os mando que cuideis no le sea hecho mal ninguno; y que lo tengais preso en lugar seguro, hasta que yo disponga de él.

—Solo resta, pues, que me digais donde habré de encontrarlo, para dar cumplimiento á vuestras órdenes.

—Creo que llegará con la comitiva de Roger de Flor; mas si contra mis esperanzas no víniese en ella á palacio, el gefe de mis eunucos, que por órden mia ha inquirido su paradero, os conducirá á su alojamiento, en las cercanias del cual os ocultareis con buen número de soldados; y cuando le veiais salir para acudir á la batalla que necesariamente se ha de empeñar, os arrojareis sobre él y le hareis preso; pero, os lo repito, sin causarle la mas leve herida, aunque al defenderse, como bueno y esforzado que es, os haga pagar cara la tentativa....Tened en cuenta, que el galardon será mayor en proporcion à las dificultades y peligros que ofrezca la empresa.

—Me dejaré matar, si preciso fuere, por complaceros—respondió el soldado haciendo con la cabeza un movimiento que manifestaba su resignacion.

En esto aparecieron en la plaza los caballeros españoles. Y Teodeta al verlos, dejó escapar un estraño grito mezcla de temor y de alegria; echóse hàcia atras cual si temiera ser vista, y esclamó, señalando con el brazo estendido en la direccion que indicaban sus palabras.

=Aprocsimaos, Ilirico; ¿Veis à la cabeza de la comitiva, y al lado izquierdo de Roger de Flor, que marcha á la derecha de aquella litera que tiene paños azules sobre las ventanas, un joven de rostro pálido y ojos negros, que lleva en la cabeza una gorra con pluma blanca, y sobre los hombros un jubon de grana con fajas y jaqueles en las haldas?

—Si veo, señora.

—Pues he ahí el hombre que debe salir sano de la contienda, si es que recibis órden de trabarla.

—Uniréme á él como la sombra al cuerpo; y os juro que habrán de matarme antes de llegar à tocarlo.

—Idos pues; y llevad con vos algunos de los vuestros para mayor seguridad.....No olvideis de venir à darme cuenta de su prision asi que la hayais verificado.

—Sereis obedecida.....Dios os guarde señora.

El soldado salió de la estancia, y Teodeta se dejó caer sobre un sitial ocultando su rostro entre las manos. De pronto se levantó con un brusco movimiento, y salió en pos del masajeta, murmurando:

—Es preciso que yo asista al festin..... que esté á su lado, y que vele sobre él.

Una hora despues de los sucesos que dejamos referidos al principio de este capítulo, y siendo cerca de la hora de nona, el huracan que desde la mañana reinaba sobre Andrinópoli habia llegado á todo su apojeo; el viento bramaba con incesante furia y la lluvia caia á torrentes sepultando á la ciudad en tinieblas cual si la envolvieran las sombras de la noche.

En tal momento fué cuando los convidados entraron en la sala del banquete, y ocuparon en silencio sus respectivos asiento. Hubiérase dicho, al contemplar lo tétrico de los semblantes, que todos los corazenes participaban de la tristeza del cielo, y que se ajitaba en ellos igual tempestad que la que nublaba el firmamento.

Y, sin embargo, la sala estaba espléndida y profusamente adornada y alumbrada; la mesa cubierta de vasos preciosos, jarros de flores, peboteros donde ardian deliciosos perfumes de la Arabia, y una rica bajilla de oro y plata; numerosos coros de músicos y cantantes, situados convenientemente, amenizaban la fiesta dejando oir suaves tocatas y melediosos cantares, que convidaban á disfrutar algunas horas de grato solaz, y los domésticos de todas jerarquias acudian con solícito afan al cuidado de los detalles mas minuciosos.

Nada, en la apariencia autorizaba la tristeza de los convidados, y no obstante, sentiase un inesplicable malestar en medio de aquella pompa seductora y deslunbrante.

Por fin, penetró el príncipe en el salon, dando la izquierda á Roger, precedido por las damas, y seguido de los caballeros españoles.

Miguel estaba estraordinariamente pálido. Al entrar, sus ojos recorrieron la sala con una espresion tal de espanto, y era tan sombría é inquieta su mirada, que todos los convidados, qué se habian

puesto en pie para recibirle, al ver lo demudado de su semblante volvieron la vista hácia otro lado conociendo que el decreto de muerte estaba ya pronunciado, y temblaron viendo la procsimidad de su ejecucion.

Solo los capitanes de Aragon aparecian serenos en medio de aquella imponente escena; empero, cualquier desapasionado observador hubiera conocido que bajo sus tranquilas miradas, y envuelto en la galante sonrisa que plegaba sus labios, se ocultaba el sobresalto y la sospecha.

Estrechábanse demasiado los unos contra los otros; interrogaban sus ojos todos los objetos con harta elocuencia, y dibujábanse con suficiente vigor los músculos de sus manos al estrechar los puños de las espadas, para que se pudiera dudar un solo instante, de que tenian un secreto presentimiento del peligro que les amenazaba; sin embargo, vano ó cierto no querian mostrarse temerosos de él, por no dar esa satisfaccion á sus enemigos.

Bien es verdad, que pocos momentos antes habian recibido todas las seguridades imajinables de que no les seria hecho mal alguno; y de esta confianza sacaban la mas pequeña parte del valor que manifestaban.

Roger habia pedido, inmediatamente á su entrada en palacio, una audiencia al príncipe Miguel, el cual se la concedió con la mas fina solicitud. En ella, el César, manifestó al hijo de Andrónico, los recelos que abrigan sus amigos y compañeros á consecuencia del inusitado aparato militar que se habia desplegado aquel dia en la ciudad, y le anunció que ninguno de ellos tomaria asiento en el banquete en tanto no se les diera una esplicacion que calmara su fundada alarma.

El príncipe, que no esperaba la serie de preguntas que le fueron dirijidas sobre el particular por Roger, comenzó por turbarse y tartamudear en sus respuestas; mas luego llegó á recobrarse, y á vueltas de mil y mil protestas de sínceridad y buena fe, manifestó que la razon de la llegada de aquellas tropas, no era otra mas que el deseo de obsequiar á los españoles con una fiesta militar como se usaban en el imperio, despues de la cual el César debia escojer las cohortes que habian de reforzar la hueste de Berenguer de Entenza para su jornada al Asia.

Con esto los caballeros hubieron de darse por satisfechos; desvaneciéndoseles por último todo temor, á consecuencia de las seguridades que

por el mismo órden dió la esposa de Miguel á la princesa Irene; con lo cual, depuesto ya todo recelo, se dirijieron á la sala del festin.

Ya en ella, y antes de tomar asiento, Roger se asomó á una ventana que daba sobre la plaza, para cerciorarse de que los demas caballeros de su comitiva estaban en órden de batalla, dispuestos y aparejados convenientemente para pelear, si llegaba el caso: su movimiento no pasó desapercibido para el príncipe, quien se llegó á él, y le preguntó el motivo y el objeto de aquella reunion de caballeros en las puertas de su palacio.

Roger le respondió que no era otro sino el de solemnizar la fiesta, y que si le desagradaba, los mandaria retirar á sus alojamientos.

Miguel se opuso á ello á pretesto de que, deseando repartir entre ellos algunas mercedes, aprovecharia la ocasion para verificarlo despues del banquete.

Por fin, sentaronse todos á la mesa; el príncipe en el centro sobre un pequeño trono que le levantaba á mayor altura que los demas convidados, teniendo á su derecha á suesposa; á su izquierda á la princesa Irené, y á su frente á Roger de Flor, que estaba sentado entre su muger Maria y su hija Elfa; al lado de esta se hallaba Ugo el adalid; y luego por el uno y el otro costado los cuarenta caballeros españoles, situados todos de manera que daban las espaldas á las puertas de entrada de la sala.

Un momento antes de servir las primeras viandas, entró el general George dando la mano á Teodeta, y seguido de unos cincuenta bárbaros, que fueron á colocarse detras de los españoles.

El general y su hija tomaron asiento á la derecha del príncipe, casi frente al César, á quien saludaron; él con una mirada sombria y ella con una irónica sonrisa.

El banquete empezo y se continuó en medio de un silencio imponente y fatídico; el príncipe y sus comensales se mantenian con la vista baja, atentos en la apariencia, solo á satisfacer su apetito, y á apurar con una especie de ajitacion febril las copas que los domésticos cuidaban de tener siempre llenas.

Entretanto el huracan mujia por fuera con incesante furia; y el golpear de la lluvia y el silvido del vendaval, se unian á intérvalos desiguales con los ecos de las melodias que los músicos y cántores entonaban en alta voz, haciendo inútiles esfuerzos por escitar la alegria entre los convidados. Poco á poco la música fue perdiendo el colo

rido brillante y entusiasta con que comenzó á dejarse oir, concluyendo por tornarse triste y desaliñada, en término de contribuir poderosamente al malestar é inquietud de todos los concurrentes.

Una hora llevarian de estar en la mesa, cuando el general George se puso en pié con un brusco movimiento, y levantó á la altura de su frente una copa de oro llena de vino.

A esta señal sucedió una sorda é inesplicable confusion; los convidados se enderezaron sobre sus asientos, las damas todas, ecepto, Maria y Elfa, se pusieron en pié; los músicos abandonaron silenciosamente la sala; el príncipe Miguel se ocultó el rostro entre las manos; oyéronse las pisadas de una multitud de bárbaros que penetraban en la estancia, y los caballeros españoles requirieron todos las espadas con la mano izquierda.

Sin embargo, no se oyó ni una palabra que diera motivo á semejante alarma; por el contrario continuó reinando el silencio, si bien se aumentaba progresivamente el estupor y consternacion general.

George seguía en pié dirijiendo miradas significativas el príncipe, que cediendo á las indicaciones de su esposa, habia levantado la cabeza y le miraba con desencajados ojos.

Teodeta tambien se habia incorporado, y hacia con los suyos señales á Ilirico para que cumpliese sus órdenes; el bárbaro la comprendió, y pusose á espaldas de Ugo con cuatro soldados bien armados.

Maria y Elfa habian asido cada una un brazo de Roger, que estrechaban entre sus manos con angustia y congoja.

Ugo, con un rápido movimiento de hombros, se despegó del cuello el jubon; sacó de debajo el camal de malla anillada, y se lo echó por encima de la cabeza: despues de esto, arrajo la espada sobre su costado, y miró á Elfa con una espresion de ternura y entereza tal, que á haberle visto la jóven, hubiera sin duda alguna recobrado una parte del valor que la habia abandonado.

Los convidados todos, escepto los españoles, muchos de los cuales habian elejido ya la víctima que estaban prontos á sacrificar á su venganza, si llegaban á ser ofendidos, permanecian mudos, inmóviles y aterrados como los del festin de Baltasar, cuando unos dedos como de mano de hombre escribieron frente del candelero en la superficie de la pared de la sala real, MANE THESEL, PHARES.

Tan angustiosa situacion no podia ser duradera, sopena de re-

solverse de distinta manera de aquella que tenian preparada los directores del drama que se venia ejecutando; asi que, para abreviarla, George puso la copa sobre la mesa dando un fuerte golpe que manifestaba su impaciencia, y dirijiendo al mismo tiempo una mirada llena de indignacion sobre el príncipe; quien comprendiendo lo que esta significaba, salió de su estupor, se levantó del trono, y dando la mano á su esposa abandonó la sala del festin.

Entonces el general masajeta tomó de nuevo la copa; y en tanto que su hija Teodeta, pálida como un cadáver y con la mirada delirante, se apoyaba sobre los brazos estendidos encima de la mesa y contemplando con desencajados ojos al adalid y á Ilirico, él, esclamó con voz sonora y vibrante, dirijiéndose á Roger de Flor:

—Antiguamente entre los tracios era costumbre que los convidados al banquete del rey bebiesen á la salud de este, y le hicieran un presente segun sus facultades..... Habiéndonos dejado el príncipe que comparte con su padre el trono de Grecia, bebo á la tuya ¡oh César! porque eres su representante en su ausencia, y te hago un regalo cual tú mereces y yo debo.....!

Esto diciendo, apuró la copa de un solo trago, y arrojó luego el vaso al suelo con violencia.

A esta señal, convenida anteriormente, los bárbaros masajetas se precipitaron espada y puñal en mano sobre los españoles.

El primer golpe fué dirijido contra Roger, que cayó de cara sobre la mesa, atravesada por el cuello.

Mil gritos salieron de todas las bocas, y comenzó una infernal confusion de heridas, denuestos y maldiciones; las damas huyeron dando alaridos y seguidas de los nobles griegos, que al verificarlo se llevaron en brazos á la princesa Irene y á la esposa del César; Elfa se habia desmayado en los del adalid, y los caballeros españoles, arrojando borbotones de sangre de la multitud de heridas con que los acribillaran sus cobardes asesinos por la espalda, habian desnudado los aceros y devolvian con usura la muerte que recibian por todos lados.

La escena fué horrible, espantosa; á los pocos momentos de empezada, cien cadáveres alfombraban la sala, y los vivos, cansados de herir y cubiertos de sangre, caian sobre los muertos.

Un cuarto de hora despues, el silencio de la tumba solo interrumpido por el estertor de la agonia de los moribundos, reinaba en

aquel salon, que poco antes rebozaba de vida, hermosura y gentileza.

Muerto el Cesar, Ugo solo trató de salvar á su hija; al efecto, la levantó con su robusto brazo izquierdo, la oprimió con desesperado ahinco contra su pecho, y blandiendo la espada intentó abrirse paso entre la turba de asesinos que le rodeaba, para sacarla de aquel ecsecrable lugar. No lo hubiera ciertamente conseguido, si Ilirico y los cuatro soldados que le acompañaban no hubiesen ayudado á su propósito, desviando de su pecho los aceros que le amenazaban y franqueádole la salida de lá estancia.

El adalid, seguido de sus guardadores, atravesó á la carrera galerias, pasadizos y salones en busca de un lugar seguro donde pudiera depositar su preciosa carga, lejos del tumulto y del peligro que dejaba à sus espaldas. Asi, huyendo á la ventura, llegó al estremo de un oscuro corredor, que no tenia salida, y hubo de detenerse aterrado y sin saber qué resolucion tomar, viéndose en la imposibilidad de seguir adelanto, y de volver atras, toda vez que se miraba acosado de cerca por un peloton de masajetas.

En tan apurado momento, se vió en la necesidad de resolverse á emprender el único camino de salvacion que le quedaba. Al efecto, acomodó de la mejor manera posible el cuerpo de Elfa sobre su brazo izquierdo, y volvió atras decidido á abrirse paso con la espada por medio de sus perseguidores. Estos retrocedieron lentamente; y animado el adalid al ver la poca resistencia que encontraba, avanzó con decision descargando recios golpes sobre sus enemigos, que se contentaban con pararlos sin hacer intencion de devolverlos.

Asi batallando llegaron al estremo opuesto del corredor, donde se abrió de pronto la puerta de un pequeño gabinete, y aparecieron providencialmente en su umbral la princesa Irene y el gran Primicerio. Al verlos, Ugo lanzó un grito de alegria, y se precipitó dentro de la estancia, donde esperaba hallar un refugio.

Los masajetas quisieron seguirles; mas la princesa los detuvo con un gesto imperioso, y cerró con violencia la puerta junto á la cual quedaron de centinela los cuatro soldados por órden dellirico, en tanto que él iba á dar cuenta á Teodeta del resultado de su empresa.

—Noble señora;—esclamó el adalid asi que se vió en lugar y seguro libre de sus perseguidores—¡Qué negra traicion, qué infame alevosia hicieron los vuestros con nosotros!

—No fueron griegos quienes cometieron el atentado—respondió el gran Primicerio—fueron los bárbaros que intentaron satisfacer asi su venganza.

—Griegos y masagetas—esclamó Ugo moviendo la cabeza con desesperacion;—los reto por traidores y desleales; y solo pido á nuestro señor Dios que me conserve la vida para venir con los mios y demandarles estrecha cuenta de su maldad....!

—Desventurado—dijo la princesa Irene mirándole con ojos compasivos—¿Cómo pudisteis salir de aquella funesta estancia y llegar hasta aquí?

—No lo sé; el señor Dios sin duda quiso dejarme la vida para salvar de los puñales de aquellos crueles asesinos á la hija de en Roger, y llevar á Gallípoli la nueva de la infame alevosia que hicieron con nosotros.

—¡Qué horrible acaecimiento!—esclamó la princesa cruzando las manos y levantando los ojos al cielo—¡Cómo pudieron engañarnos para arrebatarnos todos los medios de deshacer su inicua trama! y ¿no habrá un castigo para purgar la tierra de semejantes monstruos...?

—Sí que lo habrá; yo vos juro—dijo el adalid levantando la espada á toda la estension de su brazo—que los pendones de Aragon y de Sicilia, han de alzarse teñido en sangre sobre los muros de esta ciudad maldita.

—Imposible—respondió la princesa—insensatos, huid, huid en vuestras naves, porque la misma suerte os espera á todos.

—Huir sin venganza, no, ca pediremos justicia al señor emperador, y vive Dios que nos la hará.

—Necio—esclamó el gran Primicerio—no fieis en Andrónico, que si no es cómplice en vuestra ruina, no ha tenido siquiera valor para oponerse á ella.

—Esora—respondió Ugo con resolucion—Dios y nuestras espadas no bastarán para tornar por nuestra honra.....!

—Pobre y leal mozo—esclamó la princesa estendiendo los brazos para tomar á la desgraciada Elfa, que permanecia desmayada en los del adalid—dame á mi desventurada hija, que yo la cuidaré como una madre, dándola por hermana á la viuda de Roger....! Y vos, desventurado, permaneced oculto bajo mi amparo, hasta que haya pasado el peligro para vos, y podais regresar al lado de los vuestros.

—No!—respondió el adalid, retirándose hácia atras y estrechando con fuerza su preciosa carga contra el pecho—en tanto Dios me deje la vida, nadie, salvo yo, cuidará de la hija de en Roger.....! Si quereis tomármela habreis de mandarme matar, ca de otra manera seria imposible!

—Qué intentais hacer?—preguntó la princesa, manifestando sorpresa y espanto.

—Quiero reunirme con los doscientos caballeros que estan en la plaza, y, abriéndonos paso con la espada, salir de esta maldita ciudad.

—Desgràciado!—esclamó el gran Primicero—¿ignorais que á esta hora ellos tambien habrán sido muertos hasta el último?

—No lo creo! ca eran muchos, muy esforzados y dispuestos para la pelea!

—Y qué importa su número, si cuando daban muerte á Roger hicieron desde el palacio una señal para que cayesen sobre ellos diez mil soldados y los pasarán á cuchillo!

—Ah!—hizo el adalid, soltando la espada y estrechando con desesperacion entre sus dos brazos el cuerpo de Elfa.

—Ya lo veis—dijo la princesa—no hay salvacion para vos si no dais oidos à mis consejos. Dadme, pues, à Elfa, y vos dejad que os oculte en mis habitaciones.

—Jamas!—respondió Ugo recobrándose y recojiendo su espada del suelo—lo he jurado, y en tanto yo viva, no me separaré de la hija de en Roger, á no poderla dejar al cuidado de los capitanes españoles.

—Pero esa obstinacion puede seros funesta.

—Y, ¿qué me importa.....? El ánima del muerto me manda velar por ella, y cumpliré con mi deber..... Quiero, si me toman la vida, poder llegar á su lado para decirla: heme aquí; luché hasta morir, no pude hacer mas.

—Noble y generoso mancebo!—esclamó la princesa dándole la mano— ¡Qué hacer Dios mió! qué hacer.

—Todo cuanto vos querais—respondió Ugo besándola—menos obligarme á permanecer vivo ni un minuto mas en este palacio y en esta abominable ciudad.

—Escuchad—esclamó el Primicerio—háseme ocurrido una idea. Puesto que este mozo está resuelto á salir de aquí, creo que le po-

dremos complacer sin riesgo; pues cuido que mientras dura la pelea en la plaza, y el espanto en el palacio, han de estar mal guardadas las puertas de la fortaleza que dan sobre el rio Tonzus; en cuyo caso no será dificil proporcionarle la huida por la poterna del puente.

—Decis bien;—respondió la princesa—intentadlo, que Dios no nos desamparará.

—Seguidme—dijo el Primicerio á Ugo.

Este le obedeció, desprendiéndose no sin trabajo de los brazos de la princesa que le estrechaba contra su pecho, en tanto que cubria de lágrimas y de besos el pálido rostro de Elfa.

El adalid, siguiendo los pasos de Casiano, atravesó una porcion de habitaciones y galerias, que estaban desiertas, y bajó por último una escalera que daba á un gran patio interior del palacio, donde estaban situadas las caballerizas. El Primicerio, no viendo allí alma viviente, que todos los habitantes del palacio se habian escondído llenos de terror, sacó un arrogante caballo de las cuadras, lo ensilló y enfrenó con diligencia, y tomándolo por la brida se puso en marcha atravesando algunos pasadizos hácia el patio de armas de la poterna.

Llegado á él, vió con alegria que su presentimiento no habia salido vano; pues encontró un solo centinela que guardaba la salida. Este al verlos venir, cruzo su media pica para cerrarles el paso; mas Casiano se dió á conocer, y le intimó la órden, de parte del príncipe Miguel, para que dejase salir al caballero que le seguia. El soldado obedeció, é hizo jirar sobre sus enmohecidos gozнes la ferrada poterna.

Ugo saltó lijero sobre la silla, acomodó, ayudado de Casiano, sobre el arzon delantero el cuerpo de Elfa, y despues de dar las gracias con sus gestos y palabras á su generoso libertador, clavó con fuerza los acicates en los ijares del corcel, y salió del palacio á toda rienda volviendo la cabeza con frecuencia, en tanto atravesaba el puente de piedra, para lanzar su maldicion sobre las negras torres de aquel fatal edificio.

Pocos momentos despues, llegó al patio un peloton de soldados que traian órden de guardar la poterna, y no dejar entrar por ella ni salir de palacio á nadie.

Cuando Ilirico creyó tener al adalid lugar seguro y bien guardado, fuese en busca de Teodeta para pedirla nuevas instrucciones: y la halló, despues de muchas dilijencias, en un torreon de las fortificaciones del palacio, donde se habia refugiado con toda su servidumbre particular; asi como lo habian verificado en otros, el príncipe Miguel, su esposa, las damas y los domésticos de todas jerarquias, huyendo aterrados de las habitaciones que daban sobre la plaza, con él temor de verlar asaltadas por los caballeros españoles á los cuales suponian enterados ya del suceso.

Asi era en efecto; pues cuando empezó el deguello en la sala del festin, un noble catalan se habia asomado á una ventana y desde ella, con grandes voces pedido socorro invocando el nombre de Aragon. A este aviso los guerreros que estaban en armas se precipitaron hacia el palacio cuyas puertas intentaron abrir; mas como con su movimiento coincidiera la señal hecha con bandera roja para que las cohortes griegas atacasen la plaza, no pudieron llevar á cabo su propósito, y tuvieron que dar frente con celeridad al enemigo, que en gruesas columnas se adelantaba á la carrera por todas las calles que desembocaban en la plaza. Entonces trabose una encarnizada lucha en la cual el valor y la desesperacion de los españoles disputaron largo tiempo la victoria al centuplicado número de contrarios que los combatian con encarnizamiento. Empero, su heróica resistencia fué vana, porque como habian de luchar con ecsito aquellos trescientos héroes contra diez mil asesinos que los tenia encerrados en un círculo de espadas, lanzas y ballestas?; circulo que cada vez se fué estrechando mas y mas, hasta que llegó el momento de desaparecer en su propio centro, que lo formaban un monton de cadáveres de hombres y de caballos.

Todos, pues, perdieron la vida; pero la vendieron á tan caro precio, que los griegos y aucsiliares espantados de la atroz carniceria que habia diezmado sus filas, se retiraron consternados de aquel lugar de desolacion, dejando vivos aunque heridos á los tres caballeros catalanes Ramon Alquer, Guillen de Tous y Roudor de Llobregat que se habian encerrado en la torre de una iglesia, desde la cual hicieron tan desesperada resistencia que no fué posible matarlos sin rendirlos.

El estrépito de la batalla empeñada en la plaza, obligó á los témidos moradores del palacio á retirarse, como hemos dicho anterior-

mente á la parte de él que estaba fortificada, donde Ilirico, encontró á Teodeta.

—Señora—esclamó el bárbaro al entrar en la estancia donde esta se hallaba, recostada sobre unos cojines y entregada al cuidado de sus doncellas y eunucos—vuestras órdenes están cumplidas; el mozo español vive....

—Donde está?—preguntó Teodeta incorporándose con presteza sobre su lecho.

—Tiénenlo en su aposento, la princesa Irene y el gran Primicerio.

—Imbécil!—gritó la dama con voz trémula y desencajado semblante;—Te lo has dejado arrebatar?

—No, poderosa Señora, sino que él se entró allí amparado por ellos; mas yo dejé mis soldados en la puerta para que lo prendan cuando intente salir.

=Ah!—esclamó Teodeta con irritado acento—porque no lo prendistes allí! No conoces que en tanto los tuyos guardan una puerta él podrá huir por otra que no está custodiada....? Mal servidor, puesto que no supistes cumplir mis órdenes, no tocaran tus manos el premio que te ofrecí.

—No os desespereis, Señora, que aun no se ha perdido todo, y espero dejaros completamente satisfecha dentro de poco tiempo.

—Que intentas hacer—esclamó la dama poniéndose en pié y llegándose junto al soldado.

Ilirico retrocedió hasta una de las ventanas de la torre que daba sobre el rio Tonzus, à donde le siguió Teodeta, sospechando que lo que el soldado tenia que decirla era de tal naturaleza que no debia ser oido por ninguno de los circunstantes.

—Noble señora—dijo Ilirico bajando la voz—el mozo no ha debido salir todavia de palacio, ni lo habrá intentado por que esto seria correr hácia una muerte cierta; por ello, pues, voy con vuestra órden á practicar un escrupuloso rejistro en todos los aposentos, hasta hallarle y hacerle preso, de bueno ó mal grado de quien quiera que se oponga á ello.

—Anda pues—esclamó Teodeta poniendo una de sus manos sobre un hombro del soldado—y ten entendido, que si logras apoderarte de él, aumentaré al galardon que te tengo ofrecido.

—Que me dé su ayuda el cielo—replicó el bárbaro moviendo la cabeza de arriba á bajo con un jesto de seguridad—y os prome-

to que pronto lo habreis en vuestra presencia. Y con el fin de precaver cualquier impensado accidente, voi á dar órdenes á algunas compañías para que cerquen el palacio y detengan á todo el que saliere de él.

Ilirico quedó silencioso y esperando una palabra de su señora; mas con gran sorpresa suya, Teodeta no solo no la pronunció, sino que ni aun se dignó mirarle. Iba preguntarle la causa de su indiferencia, cuando la vió ponerse aun mas pálida de lo que hasta entonces estuviera, abrir desmesuradamente los ojos, fijarlos con tenaz inmovilidad en línea recta frente á la ventana, y por último, exhalar un grito y estender el brazo en la direccion que indicaba su mirada. El masajeta rejistró con la suya toda la campiña desde el pie de las murallas hasta el horizonte, limitado por las nubes que encapotaban el cielo, y descubrió al jóven almogavar que atravesaba el puente á todo correr de su caballo, y llevando entre sus brazos á una mujer, cuyos blancos vestidos flotaban en desorden ajitados por el viento.

—Condéneme Dios, amen!—esclamó el soldado rechiñando los dientes y apretando con furor los puños—si no es aquel el mozo almogavar que se nos escapa....!

—El es!—replicó Teodeta con desaliento—mas, ¿quien es esa mujer que lleva consigo?

—La hija del César Roger....

—Ah!—gritó la dama recobrando su enerjia á impulsos de los celos que se despertaron en su corazon—id pronto, y traerla muerta ó viva á mi presencia. ....! Os daré por ella la misma cantidad que os ofrecí por él.....!

—Comprendo, señora; quiere vuestra venganza hijo por hijo, para satisfacer á vuestro padre? sereis obedecida.

—Quiero—replicó Teodeta sin separar su sombria mirada del ginete que huia con la velocidad de una flecha,—satisfacer mi amor y mi venganza.....! Presto, Ilirico, presto á caballo y condúcelos vivos á mi presencia.—Y esto diciendo, se volvió hácia el soldado, le empujó con violencia hasta sacarlo del aposento, y fuese luego á ocultar sus lágrimas y su desesperacion entre los cojines de su lecho, sobre los cuales se arrojó exhalando gemidos.

Ilirico aguijoneando por la codicia, hizo tanta diligencia, que á los pocos momentos tenia reunidos y montados á caballo doce masajetas con los que se dirijio á la poterna para lanzarse en persecucion de Ugo.

XXV.

Si pruebas con la escritura, ¿quién puede contradecirte?

LOPE DE VEGA.—*La Dorotea.*

Y entrambos acicates aplicando
al generoso bruto, plegó el talle
y á la sierra de Córdoba guiando,
despues de una hora descendió hasta el valle
Franca la puerta halló de una cabaña,
y el palafren dejando, entróse en ella:
—¡Ha del huésped,—gritó.....

RUBÍ.—*Isabel la Católica.*

En la estremidad mas septentrional de la alta cordillera que forman los montes Ganos, que nacen en la costa oeste del golfo de Melas, ó Saros, y se estienden describiendo una curba de unas catorce leguas hácia el norte de la Tracia marítima, inclinándose luego y aplanandose sensiblemente en la direccion E. para terminar en la antigua ciudad de Tchwrli, ecsiste un paso cortado por bàrrancos, valles y desfiladeros, por donde cruzaban los viageros que en lo antiguo se dirijian desde Andrinópolis al Quersoneso tracio, y vice versa.

En este paso, pues, y en un lugar donde no se sabe que ad-

mirar mas, si el encanto que le presta una feraz y lozana vejetacion ó lo imponente y salvage del sitio, cortado por hondas quebraduras y profundas grietas, y cubierto de trecho en trecho por rocas jigantescas unas veces, y otras desparramadas y reducidas à fragmentos, como si un cataclismo de la naturaleza hubiese trastornado aquellas montañas en tiempo desconocidos, habia fijado su residencia, en una gruta abierta por la naturaleza entre una cantera que nacia en la cima de un cerro, cuyo pie bañaba un pequeño torrente, un anciano ermitaño que era, por su ciencia y las santas virtudes que se le atribuian, el oráculo que venian à consultar desde apartadas tierras los nobles y plebeyos de aquellas comarcas.

El padre Buddas, como se hacia llamar, era un hombre alto, enjuto de carnes, de rostro severo y de larga barba cana; que vestia un tosco sayal cuya capucha llevaba siempre caida sobre los ojos, y que hablaba poco; empero que poseia el estilo mas persuasivo del mundo para predicar la pobreza y la caridad; si bien al mismo tiempo usaba de la elocuencia mas irresistible para hacerse pagar con usura, ya en frutos ya en dinero, los consejos y exhortaciones que dirigia à los fieles que ponian á contribucion sus luces evanjélicas y su ciencia profana; pues ademas de cenobita era astrólogo, nigromàntino y agorero. Las limosnas que recojia por estos conceptos, eran tan cuantiosas, que le permitian proporcionarse una infinidad de pequeños goces con que endulzaba las mortales horas de soledad que pasaba en su vivienda, entregado, segun se decia, à la contemplacion y á la lectura de los libros sagrados.

Sin embargo, el buen anacoreta pasaba por un santo varon á quien de buen grado hubieran beatificado los sencillos labriegos y pastores, si les hubiera sido posible averiguar su procedencia, sus antecedentes, y sobre todo, si en sus pláticas y exhortaciones no hubiese dejado entrever cierta marcada predileccion por alguna de tantas abominables sectas como nacieron de la heregia de los maniqueos.

Muchas de aquellas obejas que mantenian à su pastor con sobrada generosidad, afirmaban que el anacoreta Buddas era un apóstol enviado por el Padre Eterno á aquellas montañas, para trazar à sus moradores el camino de la salvacion; otras, y estas eran las menos, pero las mas perspicaces, aseguraban que habia sido soldado en su juventud, mercader en su edad madura, y que por último, cansado

de los peligros militares y de las pocas utilidades del comercio, de cuyos ejercicios solo habia sacado un caudal de ciencia y de truhaneria se habia dedicado á la vida solitaria y contemplativa: ademas decian, que su doctrina tenia mas de mundana que de espiritual; fundándose en que no escrupulizaba ningun medio de gozar en este mundo de los bienes perecederos, preparándose al mismo tiempo para continuar la série de sus goces en el Paraiso. Esta diferencia de opiniones existia tambien respecto à su patria: unos le decian aleman, otros franco, y los mas griego, que habia viajado mucho por la Europa occidental; sin que durante un año que llevaba de establecido en aquellas montañas, hubiesen logrado ponerse de acuerdo los diferentes pareceres.

De todas maneras, es lo cierto, que el ermitaño Buddas, vivia holgadamente: predicaba á su manera, y gozaba de la opinion de santo.

Una noche, pues, y fué aquella del primer dia trascurrido despues de los sucesos que dejamos referidos en el capítulo anterior, y siendo el principío de su segunda vigilia, el buen anacoreta estaba disponiéndose para acostarse en su lecho de paja y hojas secas; no sin haber antes llenado su estómago, para proporcionarse un sueño tranquilo, con sendos tragos de un vinillo capaz de hacer prevaricar à un santo, y con suculentas lonjas de venado asado y fiambre: cuando oyó una vaz dolorida y suplicante que desde la entrada de la gruta le pedia hospitalidad por aquella noche en nombre y por amor de Dios.

—Maldita tea!—esclamó por lo bajo el humilde asceta—tu luz me ha descubierto y dado lugar á que algun importuno, y pobre ademas, pues no puede ser rico quien ande por estas trochas á tales horas, venga á interrumpirme la digestion!

Despues de tan cristiana y caritativa deprecacion, echóse la capucha sobre los ojos, atusó su larga barba, y contestó con acento un poco nasal.

—Entrad, hermano: la casa de Dios está abierta à todas horas para los que le piden misericordia.

—El os lo premie.....!—contestó, penetrando en el interior de la cueva, una anciana muger que venia rebozada en un manto negro, y empapada por la lluvia que caia sin cesar desde el dia anterior.

El anacoreta hizo un movimiento de sorpresa: mas repuesto luego, esclamó con voz humilde y encorvando lijeramente el cuerpo como si la edad no le permitiera tenerlo derecho.

—El Señor sea con vos, desgraciada..... ¿Quién sois, de dónde venis, á dónde vais?

—Soy—replicó la muger con trémulo acento,—una cuitada que viene de Gallípoli y va à Andrinópolis.

—Mucho debe interesaros esa jornada, cuando le disteis comienzo con un tiempo tan malo.....!

—Oh mucho.....! y tanto, que por cumplirla me echaria en una fosa de leones, ó atravesaria por medio de las llamas del infierno..... Mas hube temor de perder el fruto de mi diligencia cuando me ví estraviada en medio de estas soledades, sin una estrella que guiase mis pasos, y sin columbrar un albergue donde reposar de la fatiga que me quita el aliento y la vida..... En medio de mi angustia y dolor, cuando comenzaba à blasfemar del cielo que tan adverso se me mostraba, descubrí, desde un cerro donde habia subido para otear la tierra, la luz de vuestra vivienda que me ofrecia un abrigo contra la tempestad.....

—Maldita tea!—murmuró por lo bajo el anacoreta.

—Dí gracias à la Santísima Vírgen—continuó la anciana que no pudo oir la esclamacion del solitario—y me dirijí á ella para pedir un albergue por esta noche.

—Dios ama al que alegremente da, dijo San Pablo—murmuró el ermitaño cruzando devotamente las manos—y él es poderoso para hacer abundar en nosotros toda gracia..... Entrad, cuitada, descansad en esta santa y humilde casa, y disponed de ella como si fuera vuestra: pues dijo el Apostol, que quien escasamente siembra tambien segarà escasamente.

—El cielo os dé su bendicion por tanta caridad—esclamó la anciana enternecida.

—El nos dé la paz en la tierra, y la bienaventuranza en el cielo à todos.

Esto diciendo, el anacoreta sacó de un huéco abierto naturalmente en la pared, un puñado de frutas secas, una vasija de barro llena de agua, y lo puso todo encima de una piedra en forma de ara que habia en el fondo de la gruta, la cual le servia de altar ó de mesa indistintamente: luego allegó dos tarugos de madera, especie

de escabelos, se sentó en uno de ellos y ofreció el otro à la mu ger diciéndola, sin levantar la vista del suelo:

—Sentaos y comed; que buena falta debe haceros. La comida es frugal, pero es como manda el Apóstol. No os entregueis con esceso al vino, en el que hay lujuria: mas llenaos de Espíritu Santo.

La anciana se quitó el manto que arrojó hácia un rincon; se sentó sin vacilar y comió y bebió con voracidad, porque hacia muchas horas que no tomaba alimento.

A medida que se iban restableciendo sus desfallecidas fuerzas, sus mejillas se coloreaban, y sus ojos recobraban la vida y la animacion. El anacoreta que la miraba por bajo de su capucha, frunciendo el ceño y mordiéndose los labios con una espresion de reconcentrado mal humor, cuando creyó que con el descanso y el alimento se habria serenado lo bastante para hacerse tan franca y comunicativa como él la deseaba para satisfacer su curiosidad, esclamó, miràndola fijamente:

—Hija mia, Dios nos manda hacernos fuertes contra la adversidad, y buscar solo en su misericordia infinita el remedio de nuestros males..... Bien aventurados los que lloran porque ellos seràn consolados.

—Padre—replicó la anciana moviendo tristemente la cabeza—hase mostrado siémpre el Señor tan sordo à mis plegarias, que creo me tiene abandonada.

—No le habreis rogado con fé sincera y devocion vehemente.

—Oh! sí; siempre le rogué con todo el amor de mi alma y de mi corazon; porque no le pedia por mí, sino por mi hijo.

—Desgraciada!—esclamó el asceta ahuecando la voz—estareis bajo la tenebrosa influencia del mal principio?

—Cuido, que he nacido bajo el influjo de una fatal constelacion.

—Qué!—esclamó el anacoreta enderezando el cuerpo sobre su asiento—¿teneis fé en esos delirios de la astrología?

—Y vos,—replicó la anciana miràndole con sorpresa—¿dudais de las verdades sobrenaturales que ella nos revela?

—Si dudo; porque es una ciencia impia, que turba y oscurece nuestro entendimiento y nos lleva al fuego eterno..... El mundo no debe ser regido por la influencia de las estrellas, porque esto seria reconocer un tercer principio; y tal doctrina se opone à las

verdades demostradas por Manes, el divino Paracleto.

—No os comprendo,—dijo la anciana manifestando asombro.

—¿Quereis que os inicie en la doctrina del apóstol Cerdon?—dijo el ermitaño fijando en la anciana sus ojos, en los que brillaba una llama sombria.

—Hablad, os escucho; ca mi deseo es el aprender todos los secretos de la naturaleza—replicó la anciana con resolucion.

—Decidme antes, quién sois?

—Soy Wilda, la hechicera española que vino à Oriente con el ejército para estudiar y practicar la ciencia.

—Desventurada!—esclamó el anacoreta—sois hechicera, es decir, hija de Satanàs, padre del mal principio, y enemigo de Dios...,..! ¿Cómo quereis que su divina misericordia os ampare!

—Eso no; —respondió la anciana con ¡tímida altaneria—soy cristiana vieja, y en mi limpio linaje no se encuentra moro ni judio.

—Pero ofendeis á Dios sirviendo à su enemigo Satanás; aquel que nos puso el alma mala para luchar contra la buena que nos dió el Señor; aquel que nos vistió de carne mortal para tener el placer de martirizarnos en el infierno; aquel, en fin, que no procediendo de Dios, obra siempre contra Dios, de quien es igual!

—Blasfemásteis!—dijo Wilda con acento de reprension—nada en el universo es igual á Dios, y todo procede de él.

—Sois latina? bien se deja conocer—replicó el ermitaño acentuando lentamente sus palabras.—Sois hija de esa grande ramera que está sentada sobre la bestia de las siete cabezas y diez cuernos: que se embriagó con la sangre de los mártires, y tiene en su mano un vaso de oro lleno de abominacion y de la inmundicia de su pecado.....! Pero que ha de caer y se ha de convertir en morada de demonios: en guarida de todo espíritu inmundo, y en albergue de toda ave sucia y abominable.....!

—Y vos, ¿qué sois?—esclamó Wilda sobrecojida de espanto al escuchar las tremendas y misteriosas palabras de aquel hombre.

—Soy hijo del buen principio, apóstol del bien, y del número de los elejidos para combatir à Satanàs, es decir, al malo.

—No os comprendo—replicó Wilda cada vez mas y mas aterrada—¿no sois un ermitaño, como lo dice vuestra vestimenta, y en tal concepto apóstol de la doctrina de Dios? ¿Qué significa, pues, ese buen y mal principio, con cuya declaracion turbais mi entendi-

miento y me haceis dudar por la primera vez en mi vida.

—¿No dice la Escritura—respondió el anacoreta tomando el tono de un catequista lleno de inspiracion y paciencia—que el àrbol bueno no puede dar mal fruto, ni el árbol malo darlo bueno?

—Sí, dice.

—¿No dice el Génesis, que en la tarde y la mañana del sesto dia vió Dios todas las cosas que habia hecho: esto es, la luz, el firmamento, las lumbreras que separan el dia de la noche, y son para señales, y tiempos, y dias, y años: la tierra con sus yerbas, simientes, àrboles y frutos de todos géneros, sus ánimas vivientes, aves, animales, bestias y reptiles: los mares con sus grandes ballenas y todo animal que vive y se mueve debajo del agua: el hombre, en fin, à su imàgen y semejanza, al cual dió señorío sobre toda la tierra, sobre los peces, sobre las aves y sobre todos los animales que se mueven, y que cuando el Señor vió todo esto que habia hecho, le parecieron cosas muy buenas?

—Eso dice.

—Hora, pues, aqui teneis el árbol bueno qne no puede dar mal fruto; es decir, el principio del bien.....?No llama la Escritura á Satanas príncipe de las tinieblas y enemigo de Dios.

—Verdad es.

—Luego este serà árbol malo que no puede dar buen fruto, y por consiguiente el principio del mal.

—Comienzo á comprenderos— dijo Wilda clavando sus ojos llenos de asombro en el rostro del ermitaño.

—En este caso, espero veros pronto dispuesta à abjurar de la diabólica doctrina que pretende conceder á las estrellas facultades sobrenaturales, que à tenerlas, las constituirian en un tercer principio soberano é independiente à la par de Dios y de Satanás, para derramar sobre la tierra los bienes y los males, de los cuales cada uno de ellos es la única fuente inagotable.

—Mas ¿por qué quereis que renuncie á la práctica de una ciencia—dijo la anciana con marcada timidez é inclinando los ojos al suelo—que desde luengos siglos viene produciendo grandes bienes á todo lo creado; que nuestra santa madre la Iglesia no condena, y que mostràndonos abierto el libro de lo porvenir nos deja leer en él el destino del hombre, centro y objeto de la creacion, para que le apartemos del peligro y le conduzcamos con paso seguro

por el trabajoso camino de la vida?

—Porque es una impiedad, una doctrina obra de Satanás, el principio malo. Y como dice el apóstol san Juan en su revelacion: *Los hechiceros arderán en el lago que arde en fuego y en azufre, y no tendrán parte en el árbol de la vida, ni entrarán por las puertas de la ciudad.*

—¡Mas impia es la vuestra—esclamó Wilda asustada con tan tremendas amenazas—ca dijisteis poco ha, que el demonio es igual á Dios, y debe su ecsistencia á otro principio creador.....!

—No lo digo yo!—replicó el anacoreta con acento de profunda conviccion—que lo dice el divino Manes el Paradeto, Tomas, Buddas y todos los apóstoles de la sublime moral de su doctrina..,... El mismo san Juan, el discípulo muy amado de Jesucristo lo afirma cuando dice; *que el diablo no habla verdad, porque no hay verdad en él: cuando habla mentira, de suyo habla porque es mentiroso como su padre.*

—Como su padre!—esclamó la hechicera aturdida y asombrada al oir esta série de herejias que herian su imaginacion con tan rudos é impensados golpes.

—Sí, como su padre—respondió el ermitaño, acompañando sus palabras con un gesto afirmativo de cabeza.

—Pues ¿quién es su padre—preguntó Wilda en el colmo de la sorpresa.

—No es Dios, ciertamente; porque Dios no es mentiroso.

—¿Quién es, pues.....?

—Oidme—respondió el anacoreta con tono magistral y absoluto—Hay dos maneras de ser padre; ó por el medio de la generacion, ó por el de la creacion. Si Dios es el padre del diablo porque lo enjendró, el diablo será consustancial á Dios, lo cual es una consecuencia impia. Si Dios es el padre del diablo por medio de la creacion, Dios es mentiroso, lo cual es una blasfemia..... Menester es, pues, que el diablo sea hijo ó criatura de algun ser; este no puede ser Dios: luego, fuerza es confesar, que hay otro principio creador fuera de Dios, del cual procede Satanás.

El ermitaño lanzó sobre Wilda miradas triunfantes, creyendo, al verla tan turbada, que su anonadamiento nacia del camino que iba ganando en aquella alma la incontrastable fuerza de su herética doctrina. Mas poco le duró semejante satisfaccion, porque la hechi-

cera, despues de haber estado luchando visiblemente con una idea que atormentaba su cabeza, se levantó lentamente, esclamando con trémulo acento.....

—Sois maniqueo.....! dejadme salir de vuestra morada; ca sé que vuestra secta os prohibe dar hospitalidad y hacer limosna á quien no sea de los vuestros, y á mas porque cometeria yo pecado reposando en este aposento.

El anacoreta la miró entre sorprendido y enojado; empero fuera compasion al considerar el miserable estado en que se encontraba aquella infeliz, ó deseo de no soltarla hasta satisfacer la curiosidad que tuviera desde un principio por saber qué razon movia sus pasos hácia Andrinópolis, disimuló su enojo, y respondió con acento cariñoso:

—Sentaos, cuitada, que ni debo dejaros marchar á esta hora por medio de esas montañas con la oscuridad y la tormenta que las envuelve, ni soy lo que decis.

—Cómo! ¿no sois maniqueo? hiciéramelo creer vuestra doctrina y palabras.

—No soy maniqueo; soy hijo de la iglesia griega, la única verdadera y ortodoja.

—Esora, ¿por qué sustentais los principios del bien y del mal y haceis á Satanàs igual en poder é independiente de Dios?

El ermitaño cubrió su rostro con una máscara hipócrita de dulzura y compuncion cristiana, y respondió bajando los ojos:

—Os pido perdon; quise probar vuestra fé, y al mismo tiempo holgarme con vos; pues son tan pocas las veces que logro escuchar en estas soledades una voz humana, que cuando por acaso se me proporciona este consuelo, uso de todos los medios imaginables para entretener á mi lado aquella persona que Dios envia hácia mi.

Wilda se sentó de nuevo, y el anacoreta, aparentando humildad, continuó

—Hermana en Cristo, ved solo en mi un siervo de los siervos de Dios, y nada mas; olvidad todas las blasfemias que pronunciaron mis labios, mas no mi corazon que arde en la pura llama del amor divino; y tomemos la palabra en el mismo punto donde la dejamos al empezar nuestra plática..... Dijisteisme al entrar en esta santa casa, que os llevaban á Andrinópolis cuidados

tales que por ellos os echariais en una fosa de leones ó atravesariais por medio de las llamas del infierno..... ¿Cuáles son? decidmelos, y si puedo serviros con mi persona ó mis consejos habré de ello una muy grande satisfaccion ; porque como dice el apóstol san Juan: El que ama á su hermano en luz mora, y no hay escándalo en él..... Dudais?—continuó despues de una breve pausa, viendo que la hechicera no daba señales de querer descubrir su secreto—haceis mal porque yo puedo ser para vos el ángel que el Señor envió á su pueblo para que le sirviese de guia en la tierra de sus enemigos el Amorrheo y el Chananeo, á quienes quebrantó reciamente.

Wilda apoyó su frente sobre la palma de la mano izquierda, y permaneció en esta actitud de profunda meditacion por espacio de dos minutos, al cabo de los cuales esclamó, interrogando con el gesto y la palabra al anacoreta:

—¿Catásteis, ha doce ó quince dias, pasar por este desfiladero una comitiva de trescientos caballeros españoles que caminaban hácia Andrinópolis?

—Sí que los ví; y por Dios que era bizarra y lucida gente.

—¿Cuánto dista Andrinópolis de este lugar?

—Unas treinta á treinta y seis millas.

—¿Puede un hombre andar ese camino de sol á sol?

—A caballo, sí; porque la tierra es llana.

—Decidme,—esclamó la anciana manifestando la mas viva ansiedad—¿sabeis si en el dia de ayer, ó en el de hoy, vino de regreso por estas montañas alguno de los trescientos caballeros que fueron á Andrinópolis?

—Ninguno; vos sois el primer ser humano que miran mis ojos desde hace tres dias.

—Ah! gracias Dios mio, gracias!—esclamó la anciana postrándose de rodillas y elevando sus ojos al cielo.—Todavía llegaré á tiempo, ca de haberse consumado la traicion, alguno hubiere salvado de ella, y pasado por aquí.....!

Al oir estas palabras, el anacoreta se puso en pié como si fuera empujado por un resorte; su semblante tranquilo poco antes se descompuso visiblemente, tomando sus ojos una espresion tal de sorpresa é inquietud, y moviendo su cuerpo de un lado para otro con tan aparente sobresalto, que Wilda se incorporó tambien, y le

dijo, asiéndole con fuerza por un brazo;

—Me habeis engañado, señor.....! Ah! por piedad no me mintais! ¿sabeis algo de lo acaecido en Andrinópolis?..... ¿Han sido muertos todos.....! Por la Santísima Virgen!, ved que es una madre quien os ruega digais la verdad.

Y esto diciendo la infeliz cayó de hinojos á los pies del anacoreta, y le estrechó las rodillas contra su pecho.

—Alzaos, desgraciada—dijo este recobrándose lentamente de su pasada turbacion—puedo juraros que nada sé de cuanto me preguntais.

—Esora—díjo la anciana levántandose del suelo algo mas tranquila con las palabas del anacoreta— ¿por que os mostrasteis tan sobresaltado poco ha?

—Como hablasteis de traicion y de muertes—respondió balbuceando el ermitaño—hube temor de una desgracia; y.....como tambien dijisteis que habian de pasar por aqui algunos caballeros.... solo....crei que lo hubiese efectuado sin ser visto por mi....Decidme, ahora, buena muger, los que han de pasar de retorno por aqui ¿son aquellos guerreros españoles que llevaban tan lucidas armas, magníficos trajes, y tanta riqueza en fin, que era maravilla el verlos?

—Ellos, si, ellos.

Los ojos del anacoreta brillaron con luz siniéstra como la de un relàmpago, y esclamó sin tratar de ocultar la alegria que se manisfestaba en su rostro.

—Decis que han sido combatidos, y que los que puedan haber salvado de la muerte pasarán por aqui?

=No lo digo; mas lo sospecho—respondió la anciana moviendo la cabeza tristememte.

—Y ¿que razon teneis para hacer tales suposiciones?

—No vos lo puedo decir; ca habiendo vos maldecido la ciencia de que me valgo para leer en el libro de lo porvenir y descubrir los ocultos arcanos, no tendríais fé en mis palabras.

—Estais engañada si tal suponeis; aquello, como os dije, no fué mas que un deseo de holgarme con vos.

—Esora.....?

—Entonces; sabed que no son para mi un misterio los principios y las prácticas de la majia, y que conozco lo bastante esa

ciencia para no dejarme sorprender con sus verdades, ni engañar por sus truhanerías.

—Oidme pues; quiero vosio contar todo—dijo la anciana mirando con respetuoso temor á ese hombre, para ella estrordinario, que la tenia subyugada con su diabólica astucia,

Los dos interlocutores volvieron á ocupar sus respectivos asientos, y Wilda refirió con despacio al anocoreta la escena de majia que tuvo con Roger de Flor en las ruinas de Lisimaquia.

Cuando hubo terminado la primera parte de su naracion, se detuvo un momento para anudarla con la segunda, y luego continuó.

=Marcharonse, Señor; y yo quedeme desconsolada por no le haber podido apartar del camino de su perdicion. Hize intento de seguirlos à Aodrinópolis; mas faltáronme las fuerzas, ca estaba mala con un grán mal que hube miedo me tomara la vida. Empero sané, y al tercero dia levanteme del lecho: era de noche; púseme á estudiar los espacios celestes, y vi con gozo que la estrella del magnífico señor Roger, estaba, aunque pálida su luz, en su lugar, y rodeada de una nebulosidad luminosa, que cuidé fuera la causa del poco brillo que arrojaba. Asi permaneció muchos dias, y yo recobraba paso á paso la esperanza, cuando ha tres noches, y siendo la hora en que el gallo anuncia la procsimidad del dia, vi desaparecer de pronto la estrella, disiparse en los espacios celestes la nebulosidad luminosa que la rodeaba, lucir un fulgor en todo el firmamento, y luego oscurecerse la bóbeda del cielo...!.....

—Y pensais...,.....?

—Que el agüero será cumplido, y que en Roger ha de morir de muerte alevosa, y con él todos los que le acompañaron.....! Por ende púseme en camino de Andrinópolis, donde pienso llegar antes de que se haga tan gran maldad, y salvar de ella á mi hijo y á todos los caballeros que pueda.

El anacoreta levantó la cabeza y permaneció algunos instantes pensativo con los ojos clavados en la bóbeda de la gruta, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Qué teneis?—preguntó con inquietud la hechicera, cuya calenturienta imaginacion creia ver en todo un motivo de alarma.

—Que descubro cierta consonancia entre vuestras observaciones astrológicas,—respondió el anacoreta bajando la cabeza y fijando su mirada en el rostro de Wilda—y una vision que tuve la misma

noche en que vos decis, desapareció la estrella de Roger de Flor.

—Cuàl es? esplicaos.....

—Si diria verdad el pastor?—murmuró por lo bajo el ermitaño.

—Hablad! os lo ruego, en nombre de Dios!—esclamó la anciana con creciente ansiedad.

—Vi en sueños, como os estoy viendo à vos—respondió el anacoreta con voz sonora y actitud inspirada—una nube blanca; y sobre la nube uno que parecia rey, pues tenia corona en la cabeza y cetro en la mano. Salió de detras de la nube un àngel que tenia en la diestra una hoz aguda, y el que estaba sentado sobre ella, clamó en voz alta; Echa tu hoz y siega; porque es venida la hora de segar, por estar ya seca la mies de la tierra· Y el ángel echó su hoz, y la tierra fué segada y limpia de todas las profanaciones y abominaciones del estrangero.

—Pero esa vision ¿no pudo ser un delirio de vuestra mente....?

—Nó, fué un aviso del cielo, una profecia que pocas horas despues ha debido ser realizada.

Qué decis!—esclamó Wilda con los ojos desencajados, y temblando de los pies á la cabeza.

—Oidme: esta tarde, á puesta del sol, llegaron los pastores de estas montañas, como lo tienen de costumbre, á traerme una vasija de la primera leche de sus ovejas, y me dijeron que en Andrinópolis habia acontecido algo de estraordinario; mas que no sabian determinar qué cosa fuera.

—¿Cómo llegó la nueva tan presto à sus oidos?

—Como anda el canto del gallo, que en veinte y cuatro horas puede dar la vuelta à la tierra.

Wilda no pronunció una sola palabra, pero se levantó con tal prontitud y echó á correr con tanta velocidad hacia la salida de la gruta, que á pesar de haber pasado rozando su vestido con las rodillas del anacoreta y de haber hecho este intencion por sujetarla, no lo pudo conseguir, teniendo que levantarse presuroso para atajarla ya fuera de la cueva, donde la dijo, asiendola por los pliegues de su vestido que el viento hacia flotar desordenadamente:

—A do vais, desgraciada?

—A Andinópolis!—contestó la anciana luchando por desacirse de las manos del ermitaño—A Andrinópoli! à salvar á mi hijo y á los mios ó á morir con ellos.....

Deteneos, insensata.....¿no considerais que si son muertos todos, llegareis tarde, y si alguno se ha salvado, probable es que venga huyendo en esta direccion como dijisteis poco ha?

—Los toparé en mi camino.

—Imposible, con la noche tan oscura y lluviosa como está, no podreis dar un paso, ó cada uno de los que deis os estraviara en estas sendas de vos desconocidas.

—Verdad es!—esclamó la anciana dejando caer la cabeza y los brazos con desfallecimiento—y luego continuó levantando los ojos al cielo—Señor, Señor! tened piedad de él....!

—Escuchad—dijo el ermitaño empujandola sin violencia hácia la gruta— creo que será prudente encender una hoguera cerca de mi morada, para que su luz sirva de fanal á los caballeros que puedan haber huido de Andrinópolis, si nuestros temores han salido ciertos.

—Decis bien, santo varon—esclamó Wilda tomándole la mano, que besó con ardiente agradecimiento—ah! teneis el corazon ordenado para la caridad.....! el cielo vos lo premie.....!

Un cuarto de hora despues, ardia, sobre un pequeño terromontero situado á pocos pasos de la gruta del solitario, una inmensa candelada que irradiaba sus rayos de luz media milla á la redonda.

El anacoreta y Wilda habian vuelto á ocupar los respectivos asientos en el interior de la gruta, aguardando silencioso y con creciente inquietud el resultado de su señal.

Asi dejaron trascurrir una hora sin cambiar mas palabra en toda ella que las siguientes.

—Buena mujer ¿conocies personalmente á todos los caballeros que forman la comitiva del capitan español?

=Si; como si los hubiera criado á mis pechos.

=Luego, podreis decirme el nombre y las circunstancias particulares de cada uno de los que lleguen á pasar por aqui?

=Si.

—Habrá entre ellos algunos poderosos caballeros, ilustres por su sangre y sus riquezas!

—Hailos, señor, tan ricos, que si lo servis bien, pueden galardonaros con tal generosidad, que os sea empresa facil fundar un hospital en estas montañas, para dar alivio á los viageros menesterosos.

El ermitaño atrajo sobre sus ojos el borde de la capucha de su habito, temeroso de dejar traslucir la alegria que rebozaba en su corazon, y se retrataba en su semblante.

De improviso, se oyó una voz, no mui lejana, que gritaba con apagado acento:

—Ala, eh! ala eh! en nombre de Dios, socorredme.....

Y luego, se sintió el acompasado movimiento de las piernas de un caballo que atravesaba por medio de las aguas del torrente, y el ruido de sus pisadas que indicaba se dirijia hacia la gruta trotando sobre el humedo y pedregoso terreno.

El ermitaño y Wilda salieron precipitadamente de la gruta.

Algunos minutos despues regresaron;

El solitario traia entre sus brazos á la hija de Roger de Flor, que pálida y desfallecida, con el vestido en desorden, el cabello suelto, y los pies descalzos parecia un cadaver arrebatado á las aguas del torrente.

Y Wilda, sosteniendo penosamente entre los suyos á Ugo, quien, mas bien que andando venia arrastrando los pies para seguir los pasos de la hechicera.

El ermitaño colocó á Elfa sobre su lecho de paja y hojas secas.

Wilda sentó al adalid sobre un escabelo.

El se arodilló junto á la jóven finjiendo que oraba; ella á los pies del mancebo parà cubrir de besos sus manos y sus rodillas orando con fervor desde el fondo de su corazon.

El ermitaño puso término à aquella triste escena, levantandose para decir al oido à la hechicera:

=Quien es el caballero?

—Mi hijo!—respondió la anciana acompañando sus palabras con un suspiro que partia de todas las cavidades de su pecho; y mirando al anacoreta con una espresion tal de ternura é inefable amor de madre, que á ser el solitario lo que aparentaba, se hubiera comovido hasta las entrañas.

Por el contrario, aquel hombre hizo un jesto de colérico despecho, y murmuró algunas palabras que Wilda no pudo comprendes y casi no oyó. Empero mui luego hubo de arrepentirse de aquel inhumano movimiento de impaciencia, y esclamó cubriendose de nuevo el rostro con la hipócrita máscara que le ayudaba á ocultar sus secretos designios.

—Amémonos los unos à los otros: porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que ama, de Dios es nacido y conoce á Dios.

Al mismo tiempo que prenunciaba las anteriores palabras colocaba sobre la mesa altar de piedra, junto à la cual estaba sentado el adalid, un cubilete de estaño lleno de vino jeneroso, un pedazo de pan blanco y dos trozos de carne asada; diciendo à la anciana, cuando lo hubo puesto todo en orden:

—Haced que tome algun alimento para que recobre las fuerzas, y podais marcharos los tres al romper el dia.....Yo entre tanto voy á pedir á Dios que os mire con ojos de misericordia.

El cruel ermitaño se fué murmurando al ricon mas apartado de la gruta, donde se sentó en el suelo; y envuelto en la masa de sombra que producia la distancia à que se encontraba de la debil luz que iluminaba la cueva, se acurrucó como el gato que acecha su presa, y se puso en observacion pars ver sin ser visio cuanto pasara en su derredor.

Y vio, que la anciana hacia instancia al mozo para que comiese y bebiese; lo cual este se decidio á hacer, en un principio con desden y repugnancia, y luego con señales de ansiedad; empero sin apartar la vista de la joven que yacía sin moviento sobre la paja. Luego vió que los dos se llegaban á ella, se arrodillaban à su lado y la tomaban cada uno una mano que estrechaban contra su corazon murmurando algunas palabras à manera de plegaria. Despues de un cuarto de hora que permanecieron en aquella actitud, volvieron à sentarse junto á la mesa, y dieron principio á un dialago animado, pero en voz baja; del cual solo oyó los suspiros y dolientes esclamaciones de la anciana, y los votos pronunciados entre dientes y acompañados con jestos y amenazas del mancebo, cuyos ojos brillaban á manera de relámpagos en la semi oscuridad que le envolvia, y cuyas actitudes y movimientos revelaban que recobraba con celeridad el vigor y la enerjia de sus pocos años.

De pronto, oyóse el ruido de un tropel de caballos que atravesaban al trote las aguas del torrente, y luego muchas voces que venian en direccíon de la gruta.

Ugo, el ermitaño y Wilda se pusieron en pie con prontitud, y permanecieron inmóviles y silenciosos fijando la mirada en la entrada de la cueva.

De allí à poco vieron penetrar por ella, votando, y renegando, un peloton de soldados que vestian el traje de los bàrbaros masajetas.

—Por fin,—esclamó el que venia al frente de ellos, dirijiéndose á Ugo—estais en mi poder....!

—Venid à tomarme!—gritó el mancebo desnudando la espada.

—Deteneos; ved que toda resistencia es inútil, y que somos muchos; no vos queremos hacer mal, no nos obligueis á ello.

—Qué quereis, pues, de mí?

—Llevaros à Andrinópolis.

—Muerto! ca vivo no lo lograreis, salvo Dios....!

—Muerto ó vivo, poco importa..... Por última vez, daos preso!— y esto diciendo, el bárbaro se adelantó dos pasos con ademan resuelto.

Wilda lanzó un grito á manera de leona que mira en peligro sus cachorros, y se puso delante del adalid para servirle de escudo con su cuerpo. Ugo la separó con alguna violencia, diciéndola con acento imperioso y señalando con el brazo estendido hácia Elfa:

—Id à cuidar de ella; que de mi, Dios y yo sabremos cuidar como cumple!

La anciana obedeció y fuése à situar junto à la jóven; mas sin apartar sus ojos del adalid.

—Vanos cuidados—esclamó el jefe de los bárbaros sonriendo con insolente ironía—ni Dios os puede amparar, ni ella ni vos podrán escapàrsenos de las manos.

—Ribaldo y forajido! toma la justicia Dios—gritó el adalid dando un salto hácia adelante y descargando sobre la cabeza del masajeta una descomunal cuchillada, que este tuvo la suerte de parar oportunamente con la hoja de su espada.

—A mí los mios!—clamó el bárbaro devolviendo el golpe al adalid; quien muy luego se vió rodeado por doce soldados y otras tantas espadas que amenazaban su pecho.

—En tal momento, Wilda, se olvidó de la hija de Roger, y se puso de un salto junto á su hijo blandiendo furiosa en la diestra una pequeña ascona que sacara de debajo de su saya.

Esto dió un inesperado desenlace á la terrible escena que se preparaba; pues aprovechándose dos masajetas del movimiento de la anciana, se corrieron à espaldas del adalid, y le sujetaron los brazos.

Por pronto que el esforzado mancebo quiso desasirse de las manos que le aprisionaban, el resto de sus enemigos se arrojó sobre él y le oprimió con su número en términos de hacerle imposible la defensa.

El adalid conoció que toda resistencia seria vana, y que no habia poder humano que pudiese sacarle de las manos de sus enemigos; así que, se mantuvo silencioso, sin hacer movimiento alguno, y con los ojos alzados hácia el cielo á quien su mirada acusaba de implacable y de cruel.

—Sois mi prisionero—esclamó el jefe masajeta lleno de alegria—y esta vez, os lo juro, no os escapareis de mis manos como en el palacio de Andrinópolis y en las orillas del Agrianes.

Ugo permaneció silencioso sin dignarse bajar los ojos para mirar á su enemigo.

—Hora, pues,—continuó el masajeta, volviéndose hácia los suyos—camaradas, como no es cosa de pasar la noche en vela despues de las horas de fatiga que traemos desde nuestra salida de Andrinópolis, y que seria una demencia el ponerse otra vez en camino con un tiempo tan cativo, vamos á reposar hasta el prócsimo dia en esta cueva: amarrad al preso y dejadlo bajo mi custodia que bien guardado queda.

—Eso no!—esclamó el adalid con acento tranquilo pero que manifestaba una secreta indignacion—por que no soy forajido, sino preso en buena guerra, y por ende no debo ser agarrotado.

—Y quién me responde de que no intentareis huir?—dijo el barbaro con tono insolente.

—La palabra de un caballero!—respondió el adalid con una mirada tal de dignidad y nobleza, que el masajeta bajó los ojos avergonzado.

—Os la tomó.... Ea, pues, dejadlo en libertad—esclamó el jefe dirijiéndose á los que le tenian sugeto—y acomodaos todos por ahí para descansar, que yo velaré sobre él hasta el dia de mañana.

Sus órdenes fueron obedecidas, y en tanto que unos masajetas fueron á ver sus caballos que dejaron amarrados á las piedras que cercaban el esterior de la gruta, los otros se acostaron en el duro suelo. Ugo y el gefe se sentaron junto á la mesa de piedra.

Wilda, se fué á situar á la cabeza del lecho de Elfa, y el ermitaño, que desde el principio de esta escena se habia agazapado en un rincon, se llegó al gefe masajeta para ofrecerle un refrige-

rio, que este se guardó muy bien de reusar.

Una hora despues, reinaba el mas completo y engañador sosiego en aquel recinto que poco antes semejara al infierno.

Ugo, que permanecia con la cabeza tenazmente inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados en actitud de profunda meditacion, alzó de pronto la frente, y esclamó clavando en los ojos del masajeta una mirada profunda:—¿Quién sois, y qué os movió à perseguirme con tanto encarnizamiento?

—Soy—respondió el bárbaro=Ilirico, capitan de una compañia de caballos de la guardia personal de nuestro general George; y he recibido órden para llevaros preso à Andrinópolis.

—Y quién os dió esa órden.

—Una persona que me mandó guardar vuestra vida en la sala del festin, y cuando huisteis de la ciudad, seguiros hasta el fin del mundo; lo cual yo hubiera cumplido á riesgo mil veces de la vida,, pues me iba mucho en ello.

—¿Qué mal pude haceros yo para que useis de tanto rigor conmigo?

—Mal, ninguno; mas podeisme hacer mucho bien.

—¿Llevándome á poder de mis enemigos para que me tomen la vida?

—Eso no es de mi cuenta—respondió el bárbaro moviendo los hombros de arriba abajo.

—Mas ¿quién puede tener tal interés en apoderarse de mí?

—En primer lugar, yo, y despues.....

—Vos! y por qué..,...? No dijisteis que nunca os hice mal?

—Porque han de darme por vuestra prision y la de esa gentil damisela, dos mil bizantinos de oro.

—Ah!—dijo el adalid haciendo un gesto de desprecio,—¿con que no fué la enemistad quien movió vuestra saña, sino la codicia.

—Codicia si quereis—respondió el capitan con cínica indiferencia—ó deseo de hacerme rico para volver al seno de mí tribu, y pasar en la bienandanza el resto de mis dias.

—Ugo, despues de un momento de silencio reflecsivo, esclamó, sonriendo é inclinàndose hasta casi unir sus labios con los oidos del bárbaro:

—¿Cuànto dijisteis que os daban por hacernos presos?

—Dos mil bizantinos de oro.

—Y si yo os ofreciera cuatro mil por nuestro rescate, ¿nos dejaríais en libertad?

El masajeta sorprendido, se enderezó sobre el escabelo; sus ojos brillaron con la llama de la codicia escitada en él hasta el mayor grado, y deslumbrado por tan pomposo ofrecimiento no acertó á contestar.

—Respóndeme—continuó el adalid, aprocsimando su asiento—por cuatro mil bizantinos de oro, ¿nos tornariais la libertad?

—Sí—dijo el capitan con resolucion, despues de haber estado reflecsionando un momento—¿pero qué prenda me dais para asegurarme que no he de ser engañado?

Ugo sacó de su escarcela una bolsa llena de monedas, desabrochóse el jubon y se quitó del cuello la cadena de oro que el emperador Andrónico le diera como premio de su valor en el torneo, y esclamó ofreciéndoselo todo al bàrbaro:

—He aquí mis arras.

El capitan rechazó las prendas con la mano, y contestó frunciendo el ceño;

—Guardad ese oro, pues no monta á la décima parte de la suma ofrecida.

—Lo que resta—respondió Ugo—lo recibireis en Gallípoli, si quereis acompañarnos mañana al romper el dia; ó si no, lo tendreis dentro del tercero en el lugar que os convenga señalar.

El masajeta quedó silencioso y con la vista baja, buscando en su mente un medio de conciliar sus temores y su codicia. Cuando levantó los ojos para responder, vió sobre la cabeza del adalid la del anacoreta, que tenia clavada la mirada con ansiosa espresion en la bolsa y cadena que estaban sobre la piedra.

—Qué quereis, padre!—esclamó con acento colérico—idos de aquí... ó voto á Dios! que os quito la cabeza de los hombros.

—Hijo—respondió el ermitaño con voz humilde—enfrena la ira, que ella es vino que turba el entendimiento, y madre de la injusticia que nos conduce al pecado....

—Teneos con vuestro sermon, padre, replicó el capitan haciendo intencion de levantarse—ó por Jesucristo vivo, que os mando al infierno á predicarlo!

El ermitaño inclinó la cabeza y se retiró con paso lento dirijiendo miradas oblícuas al oro que veia brillar sobre la piedra; y el capitan dijo en voz baja al adalid:

—Tengo fé en la lealtad de vuestra palabra; mas no me es permitido tenerla igual en los terribles acontecimientos que necesariamente han de sobrevenir. Podria suceder que à pesar vuestro no pudiérais cumplirla, ó que el deseo de pagar una traicion con otra os moviese á dejarme burlado; y como no debo esponerme á perderlo todo, quiero usar de muchas precauciones para prevenir cualquier estratagema. Oid, pues, las condiciones que os impongo, en la firme inteligencia de que si no las aceptais tales cuales son, mañana al romper el dia sereis conducido con esa dama à Andrinópolis.

—Hablad!—respondió Ugo que sentia estremecerse su corazon.

—En estas cercanias hay un castillo construido en un lugar solitario é ignorado, en el cual estuve de guarnicion con una compañía de soldados, hará cerca de dos años, con motivo de algunos disturbios que se movieron en este pais que se negaba à pagar el tributo impuesto por el emperador; pues bien, á mi resuelto conducir à esa jentil señora, y tenerla en rehenes hasta que cumplais relijiosamente la promesa que me habeis hecho.

—Acepto—esclamó Ugo despues de un momento de indecision—¿qué plazo me otorgais?

—Tomadlo vos, y que sea breve.

—Seis dias à lo mas tardar.

—Convenido; os prevengo que à la puesta del sol del dia en que venza el plazo, os espero en esta misma gruta con la dama.

—Estaré, os lo juro.

—Güay de ella si faltais...! porque será despeñada desde la torre mas alta del castillo.

—Miserable!—Esclamó Ugo mirándole con ojos centelleantes.

—Teneos, y reparad que sois todavia mi prisionero.

El adalid hizo un poderoso esfuerzo por ocultar la cólera que hervia dentro de su pecho, y contestó:

—Juradme que en tanto llego de Gallípoli no le será hecho mal alguno ni deshonra.....!

—Os lo juro—dijo el capitan levantando la mano.

—Hora, pues, solo falta que me deis un caballo, para hacer diligencia del mio, reventado con la fatiga al llegar á la entrada de esta cueva, y palabra de permitir á esa anciana muger la estancia en el castillo para servir à la dama en cuanto pueda haber menester.

—Se hará como deseais—dijo el masajeta levantándose, y dirijiéndose hàcia la entrada de la gruta, desde donde esclamó alzando la voz—

ya comienza á alborear..... á caballo todo el mundo.

Las voces del capitan pusieron en pié á los soldados que salieron con paso tardío de la gruta para cumplimentar sus órdenes.

Mientras aparejaban sus corceles, Ugo se llegó á Wilda y la dijo en voz baja.

—Voy á Gallípoli á buscar nuestro rescate; vos os quedareis con mi señora Elfa cuidándola en el castillo á do van á conducirla. Mas tened entendido que no saldré de este lugar, hasta tanto que no vengais á traerme nuevas de él, pues conviene á mi propósito saberlas presto y muy cumplidas.

—Señor!—esclamó Wilda juntando las manos.

—Calladvos, ni una palabra debeis decir; haced cuanto os mando y confiad en Dios....! Hora, dadme vuestros brazos.

La anciana se arrojó en los de Ugo y le estrechó con delirio entre los suyos.

—Os espero, caballero—gritó Ilirico desde la entrada de la cueva.

—Vamos—respondió el adalid alzando entre sus brazos á Elfa, que permanecia aletargada, sin dar otras señales de vida que las de su desigual y doliente respiracion, y la sacó fuera de la morada del solitario.

Ilirico, á instancias de Ugo, dió un caballo á Wilda para que condujese entre sus brazos á la infortunada hija de Roger, y dejó otro al adalid para que se pusiese en camino; luego dió la voz de ponerse en marcha, y el pequeño escuadron arrancó á trote largo, perdiéndose muy pronto de vista entre las asperezas del terreno.

El sol comenzaba á dorar con trazos de brillante luz la cima de las montañas que se alzaban delante de la gruta del solitario, cuando este se dirijió hácia Ugo, que se habia acostado en el lecho que ocupara Elfa en donde se quedó aletargado, vencido su cuerpo por la fatiga, y su alma por los acerbos padecimieutos que venian torturándolo por espacio de cuarenta horas, y se puso á contemplarle con diabólica espresion de feroz alegria.

A medida que iba adquiriendo el convencimiento de que el mancebo dormia profundamente, iba acercándose con paso lento, como el tigre que se arrastra entre las malezas para caer de improviso sobre su presa, hácia el lecho; y cuando estuvo cerca de él, sacó de debajo de su sayal un puñal de hoja ancha y reluciente, se arrodilló junto al mancebo, alzó

la diestra, y buscó cun sus ojos rojos por la sangre que se habia agolpado en ellos, el sitio seguro para no dar mas que un golpe y que este fuera certero.

Empero al poco rato recojió el brazo sin descargar la herida; porque, habiendo visto à través de la abertura de su jubon que el adalid tenia puesto un saco de fina malla, cuyo camal arrollado en derredor de su cuello le hacia tambien invulnerable por este sitio, tuvo miedo que errando el primer golpe el mancebo no se despertara y le hiciese pagar muy cara su cobarde tentativa. Levantóse, pues, del suelo, y se alejó algunos pasos de su víctima para buscar en su imaginacion un medio de salir con bien de la criminal empresa.

Muchos se le ocurrieron; pero íbalos despreciando á medida que se desarrollaban á su vista, por considerarlos peligrosos ó insuficientes. La cuestion estaba reducida para él á dos puntos; seguridad en matar al primer golpe para no esponerse à una sangrienta represalia que le hiciera perder el fruto de su atentado, y prontitud en la ejecucion, á fin de salvar el riesgo de ser descubierto por algun pastor à quien la casualidad ó la hora condujese à su morada; y sin embargo, à pesar de la sencillez y claridad de estos datos, no acertaba á resolver el problema.

De improviso, dióse una palmada en la frente y exhaló un leve grito que manifestaba su alegria y la confianza que tenia en una idea que se acababa de ofrecer á su mente. En seguida, se echó la capucha sobre los hombros; quitóse la barba postiza con que ocultaba su rostro; desciñóse el largo y grueso cordon de càñamo que le sujetaba el sayal al cuerpo, lo cortó con su puñal en dos cabos iguales, y fuese á poner otra vez de hinojos junto al dormido adalid. Con una paciencia y destreza admirables, el falso anacoreta logró en pocos minutos enlazar los brazos y las piernas al mancebo en términos de quitarle todo movimiento, y cuando esto hubo conseguido, le cojió por una mano del jubon, y comenzó á sacudirle con tal violencia que Ugo se despertó sobresaltado y lanzando un grito de colera esclamó:

=¡Saña del Señor vivo! ¿quién es el menguado que puso la mano en mí?

—Yo, mi gentil caballero, respondió el bandido poniéndole una mano sobre el hombro y alzando la otra armada del puñal.

Ugo le miró con desatentados ojos; quiso incorporarse, mas sintiéndose fuertemente atado y en la imposibilidad de defenderse, de-

jó caer de nuevo la cabeza sobre la paja de su lecho, murmurando con desesperacion:

—¡Infames, oh! qué villana traicion!....

=Así os quiero—dijo el falso anacoreta sonriendo con diabólica espresion- resignado á morir, poque estaba escrito que uno de nosotros habia de quedar con vida en esta jornada.

—Pero vos, ¿quién sois, qué quereis de mí?... esclamó el desventurado mancebo dando diente con diente á impulsos del furor convulsivo que agitaba todos los músculos de su cuerpo.

=Soy un pobre anacoreta- respondió el bandido, cruzando las manos sobre el pecho- que vive de la oracion y de la limosna; y que toma lo que le dan, y lo que no le dan, cuando encuentra ocasion de tomarlo.

—¿Quereis mi oro? pues bien tomadlo; todo os lo doy; mas dejàdme la vida tan solo por ocho dias; despues os la abandono!...

—Eso mismo me han dicho otros muchos caballeros, ofreciéndoma como una gracia lo que yo me podia tomar, y exijiéndome en tregua lo que no podia otorgarles:—dijo el solitario cojiendo con los dientes el puñal á fin de quedar libre con las manos para despojar precipitadamente al adalíd de su escarcela y de la cadena de oro que tenia echada al cuello debajo de su jubon.

Ugo se agitó desesperadamente, é hizo inauditos esfuerzos para romper las ligaduras que le tenian sujeto y á la merced de su cobarde asesino.

—Recio y esforzado sois, caballero;-esclamó el bandido asombrado al ver con la violencia que se sacudia el mancebo para librarse de sus manos—y por Dios que me alegro de haberos amarrado bien los brazos y las piernas, porque de otra manera me hubiérais puesto en trance apurado.

Ugo le miró con ojos de tigre enjaulado, y levantó la cabeza con intencion de morderle en una mano que le tenia puesta sobre la garganta, para sujetarle.

—Hola, hola!—esclamó el bandido retirándola con presteza—parece que teneis mucho amor á la vida cuando la defendeis con tanto teson... Pues despedios de ella, y encomendaos á Dios, porque solo de él os es dado ya esperar misericordia.... Y como seria una lástima que vuestro cuerpo fuera á sepultarse en las aguas del torrente, amortajado con estas galas que tambien os sientan, vais á despojaros de ellas, porque en realidad, no las necesitais, para hacer compañía á otros caballeros, no

menos lozanos que vos, que fueron mal de su grado á bañarse en ellas despues de muertos.

Y esto diciendo, le arrancó de los hombros el jubon hecho jirones; la jaquetilla perfumada que llevaba debajo; el camal que le defendía el cuello, é intentó hacer lo mismo con el saco de malla que ceñia su cuerpo, à fin de dejarle el pecho al desnudo para dar el golpe certero y mortal. Mas viendo no serle posible, en razon de la resistencia que le opuso la malla de acero, dirijió la vista y la punta del puñal à su garganta.

Ugo cerró los ojos, y esperó la muerte resignado, pensando en Dios, en su dama, y en su venganza que no podia satisfacer.

En el momento que el asesino levantaba el puñal y endurecia los músculos de su brazo derecho para descargar el golpe con mas fuerza se oscureció la pàlida claridad que alumbraba el interior de la gruta, como si un cuerpo opaco se hubiera colocado de improviso en la entrada. El bandido volvió la cabeza en aquella direccion, y vió con espanto à la anciana madre del mancebo, penetrar aceleradamente en la cueva.

Furioso, y mas que furioso aterrado, al verse sorprendido en aquel terrible momento, se puso en pié de un salto, y se abalanzó hácia la hechicera.

Al verlo llegar con el puñal levantado, Wilda se detuvo, alzó el brazo armado con una ascona, describió un círculo con ella por encima de su cabeza, y dando un grito ronco y salvaje, la arrojó con vigor y ojo certero contra el ermitaño.

El dardo lanzado por una diestra ejercitada, se sepultó medio palmo en el pecho del asesino. Este exhaló una especie de rujido sordo en que el dolor y la rabia entraban por partes iguales; se llevó ambas manos con los dedos crispados sobre la herida, vaciló sobre sus piernas como un beodo, y cayó por último desplomado en tierra, revolcándose con movimientos convulsivos, y arrojando borbotones de sangre por la boca entre blasfemias y estertóreos quejidos de agonía.

Wilda se precipitó sobre él blandiendo un segundo dardo para darle el golpe de gracia, dado caso que lo necesitase; mas viéndole agitarse entre las últimas convulsiones de la vida, y considerando que nada podia temer ya de él, arrojó su arma, y fuese á desatar con presteza las ligaduras que sujetaban al adalid.

Renunciamos à describir, porque no encontramos palabras para hacerla, la escena que tuvo lugar entre aquella madre tierna y apa-

sionada que acababa de salvar la vida de su hijo del puñal de un asesino, y aquel mancebo generoso y agradecido que estrechaba entre sus brazos al ser, que en tan supremo momento fuera para él una segunda Providencia.

Hay situaciones que se conciben, se sienten y con las cuales llega uno á identificarse por la fuerza sensitiva del alma y el poder creador de la imaginacion; mas que no se pueden describir con el lenguaje ni la pluma sin arrebatarles la brillantez de su colorido y trocarlas en frias y lánguidas, de animadas y vehementes, que son en su representacion natural.

Cuando aquellos dos martirizados corazones hubieron derramado todas las lágrimas de sentimiento y alegria que guardaban; cuando les fué dado olvidar por un momento su terrible pasado para ocuparse del oscuro porvenir que se desarrollaba á sus ojos, Wilda refirió al adalid los detalles de su escursion por las montañas en compañía de los masajetas hasta el castillo de Lentulœ, donde Ilirico habia encerrado á Ena, sin permitirle á ella dar un solo paso dentro de su recinto.

Describióle brevemente la posicion de la fortaleza construida sobre una eminencia á orillas de un lago donde desaguaba el torrente que pasaba por delante de la gruta del ermitaño: sus altas torres y gruesas murallas al abrigo de las cuales una corta guarnicion de soldados valientes podian desafiar el poder de una numerosa hueste; el buen estado de conservacion de todas sus obras de defensa, á pesar de no tener, (segun dijo la anciana que le habian contado unos pastores) presidio militar cuando llegaron á ella, y de estar encomendada su custodia tan solo á una familia noble cuyo gefe se titulaba gobernador por Andrónico del castillo; y por último, refirió á su hijo, con los mas vivos colores, la emocion que esperimentó, cuando al llegar á la entrada de la gruta, abarcó con una sola mirada todo lo que pasaba en ella, y la resolucion que tomó en el acto de matar al cobarde asesino que veia estar con un puñal levantado sobre su garganta.

Cuando el adalid hubo recojido todas las noticias que necesitaba y que Wilda pudo darle, respecto al lugar donde estaba prisionera la desventurada huérfana, contó á su vez los detalles de la espantosa escena que habia tenido lugar pocos momentos antes en aquella caverna donde se albergaba el robo y el asesinato, cubiertos con la màscara de la penitencia y de la caridad cristiana. Despues refirió detalladamente á la hechicera cuáles eran sus propósitos, sus esperanzas y los medios con que

contaba para realizar unos y otros, todo lo cual habia ordenado en su imaginacion en tanto ella le daba los pormenores de lo que habia visto ó entendido.

La anciana aplaudió su resolucion y le ayudó con sus consejos; empero sintiendo ambos la necesidad de tener algunos detalles mas precisos respecto á los medios de defensa con que podia contar el castillo, así como la de velar directamente sobre la suerte de Elfa, en tanto permaneciera á la merced de su carcelero, trataron de encontrar un medio de llegar al fin apetecido, y permanecieron largo tiempo sin alcanzar á resolver la dificultad.

De pronto Wilda dejó escapar un leve grito de alegria, y esclamó señalando el cadáver del falso anacoreta:

—Mi señor, he aquí el medio de que se ha valido la Providencia para darme entrada en el castillo....!

—Qué decis! cuitada—respondió Ugo que no comprendió la significacion de las palabras de la hechicera.

—Digo, que vestiréme con las ropas de este vil alevoso, y estad seguro que con ellas no habrá puerta que esté cerrada á mi ruego.

Ugo, aunque con repugnancia, condescendió con la idea de la anciana, viendo que este era el único camino hábil para llegar al término de sus deseos. En su consecuencia trazaron con detenimiento el plan que les convenia seguir; acordaron volverse á reunir en aquel mismo sitio el dia que el adalid regresara de Gallípoli, á fin de comunicarse todas las noticias que estimaban convenientes para lograr la libertad de la desventurada hija de Roger, y cuando se hubieron puesto completamente de acuerdo sobre todos los puntos, despojaron de su sayal el cuerpo del bandido, arrastraron el cadáver hasta el torrente en cuyas aguas lo arrojaron, y Ugo montó á caballo y arrancó á toda rienda en la direccion de la plaza de armas del ejército español, acampado en la península Quersoneso Tracio.

XXVI.

Al cabo de una milla, y à la entrada
de un arcabuco lóbrego y sombrio,
sobre usa espesa y áspera quebrada
dieron en un pajizo y gran bohio:
la plaza en derredor fortificada
con un despeñadero sobre un rio,
y cerca dél cubiertas de espadañas
chozas, casillas, ranchos y cabañas.

ERCILLA.—*La Araucana.*

Dueños de Constantinopla, en 1208 los jefes de la cuarta cruzada Enrique Dándolo, dux de Venecia; Bonifacio, Marques de Montferrato, y Balduino, conde de Flandes, se repartieron las provincias del imperio griego à pesar de los entredichos del papa Inocencio III, dando asi al mundo el ejemplo del mas inícuo despojo, y à la cristiandad el escándolo de ver las armas de las cruzados ocuparse en la satisfaccion de ambiciones personales, en lugar de acudir à la reconquista de la Tierra Santa.

La rapidez con que los latinos ejecutaron sus victorias, exaltó en tales términos la fantasia de aquellos rudos barones, que se les vió crearse reinos y ducados por todas partes y á su antojo, y comprar feudos al imperio, aun no bien sometido, formando de esta manera multitud de nuevos estados que se alzaban sin mas derecho

que el de la espada, en todas las provincias europeas y asiáticas dependientes de la silla de Constantinopla.

La fama de tan brillante triunfo y de los pingües beneficios que proporcionó á los cruzados, cundió rapidamente por la Europa occidental, y viéronse mui luego acudir de todas partes hácia el nuevo imperio grandes y pequeños señores, para comprar á vil precio tierras y feudos con que ilustrar sus nombres y emgrandecer sus propias familias.

Tambien vinieron de la Palestina los caballeros Templarios y Hospitalarios para tomar su parte de botin; la cual les fué adjudicada tan generosamente cuanto lo permitian las circuntancias. Uno de los primeros, caballero natural de la Panonia, donde sus mayores fundaron un pequeño estado que él vendió para tomar la cruz, obtuvo de Balduino 1° emperador de Constratinopla, á título de venta y con cargo de vasallaje, un Estado que erijió en baronia, formado con los deliciosos valles y feracísimas tierras que se estendian desde la garganta mas setentrional de los montes Ganos, hácia las vegas de Rodocto, sobre la Pronpóntide.

El varon de Lentulœ, como se titulaba el afortunado Templario, conservó largos años su señorio; salvándose milagrosamente por su condicion de noble húngaro, de la cruel matanza que ejecutaron en los latinos dispersos los soldados de Joanicio, rey de los búlgaros, al cual declaraba temerariamente la guerra el emperador Balduino, en 1205; quien pagó con la vida y la sangrienta derrota de su ejército frances, la soberbia imprudencia que le moviera á recibir con la punta de la espada un amigo que le ofrecia los brazos.

En 1251 murió lleno de años y entre las lágrimas de sus vasallos, el ilustre templario que fuera una segunda providencia para aquella comarca. El gran maestre de su religion reclamó para la órden sus bienes y su castillo, los cuales le fueron cedidos por Balduino II; mas no llegó á tomar posesion definitiva de ellos, por no permitírselo el estado de anarquia y completa dislocacion en que se encontró el imperio latino durante los últimos años que precedieron á su ruina total.

Cuando por efecto de la molicie á que se entregaron los conquistadores se hubo enervado el valor de aquellos guerreros, y cuando á consecuencia de la falta de cordura en la administracion pública, y del réjimen feudal que aislaba todas aquellas soberanias

recientemente creadas y faccionaba el interes del comun en mil y mil intereses particulares diversos y encontrados, los griegos intentaron y consiguieron en 1261, reconquistar la silla de Constantinopla, todos los barones occidentales huyeron con Balduino II. y abandonaron sus esquilmados estados, que volvieron por este medio al dominio de los emperadores griegos.

El señorio de Lentulœ, como es consiguiente, corrió la misma suerte y desde aquel dia comenzó á ver trocarse en miseria el estado próspero á que le condujera su fundador.

En la época en que tuvieron lugar los sucesos que vamos narrando, habian desaparecido ya hasta los límites de la opulenta baronía, quedando solo en pie, para dar testimonio de su grandeza pasada, el castillo feudal que debió su fundacion al caballero templario.

Erase el tal castillo una imponente fortaleza construida con todas las reglas de la arquitectura militar de aquellos tiempos. Constituian su recinto fortificado un ancho foso que defendia, circumbalando, una recia barbacana; cinco macizas torres cuadradadas unidas por sólidos y estensos lienzos de muralla; un alto torreon que daba al norte, levantando su almenada corona por encima de los que le rodeaban, y finalmente en su centro, para alojar una numerosa guarnicion, espaciosas habitaciones cuyos muros aspillerados defendian por todos lados el patio de armas, y podian ser el último refujio desde donde la guarnicion hiciese una defensa desesperada en el caso que el enemigo se apoderase de la muralla. Empero, su principal fortaleza estribaba mas que en los poderosos recursos del arte, en su ventajosa posicion.

Levantábase sobre la meseta de un escarpado cerro lleno de asperezas que hacian casi imposible su ascenso, escepto por el lado sur donde la pendiente, por uno de esos caprichosos accidentes de las montañas, descendia aunque relativamente estrecha, con bastante suavidad hasta confundirse con la llanura que le rodeaba; pero en este parage, por ser el punto vulnerable del castillo, se habia construido un sólido torreon, en la contraescarpa del foso, que se comunicaba con la muralla por dos puentes levadizos opuestos, que se apoyaban sobre dos vigas, cuando se bajaban; pues la anchura del foso por esta parte no permitia establecer uno solo. Tal era por el lado del sur la defensa natural de Lentulœ.

Por el norte, era todavia mas recia é inespugnable su posicion,

pues el cerro estaba tajado casi perpendicularmente sobre un espacioso lago que se estendia á su pié, alimentado con las aguas del torrente que corria por delante de la gruta que fué morada del falso ermitaño Buddas, y por la multitud de pequeños rios que atravesaban por medio de las cañadas de los montes que circuian el delicioso valle que enseñoreaba el castillo; por esta causa, las obras de fortificacion eran menos importantes en este sitio, puesto que la ruda escabrosidad del terreno se habia encargado de su defensa.

Como se vé, la naturaleza y el arte habian aunado sus fuerzas para hacer del castillo de Lentulœ una importante fortaleza á la que solo faltaba dominar un pais menos agreste que aquel donde habia sido edificada, para tener derecho á ocupar un puesto entre las plazas de armas mas importantes del imperio.

Estamos en el principio de la segunda vijilia de la noche del sesto dia, término del plazo que Ilirico concediera á Ugo, para que fuese á Gallípoli á buscar el dinero para su rescate y el de la desventurada hija de Roger.

El cerro y el castillo de Lentulœ se destacan con dureza en el horizonte recortando su negra silueta sobre las tranquilas aguas del lago y sobre un cielo sereno, tachonado de estrellas, que comienza á iluminarse débilmente con los primeros resplandores de la luna que se levanta detras de las montañas que forman por do quier la barrera del valle.

Frente al castillo por el lado sur, se vé sobre un pequeño terromontero situado á un cuarto de milla de la fortaleza, brillar algunas hogueras cuya rojiza luz permite descubrir una multitud de sombras que se mueven silenciosas de un lado para otro; muchas viviendas construidas á modo de cono recto, con ramas y hojarasca cortadas en los vecinos bosques, y algunas tiendas de campaña, cuya blanca lona aparece en aquel momento de color de fuego herida por el vivo resplandor de las llamas.

Entremos en el interior de aquella que por los dos soldados, armados con largas picas, que guardan su entrada, y por su elevacion, revela ser la primera entre todas, y sepamos lo que pasa en ella.

Sobre un lecho formado con pieles de carnero adovadas, se encuentra recostado y desnudo de sus armas, Ugo el adalid; descan-

sando la cabeza sobre su mano derecha, cuyo brazo doblado por el codo le hace estar un poco incorporado, en tanto que con la izquierda acaricia las de un hombre con traje de ermitaño que se halla sentado en el suelo á su lado, teniendo las piernas cruzadas à la manera oriental. A juzgar por la anhelante respiracion del cenobita, debe haber andado mucho camino para llegar junto al adalid quien, por esta razon sin duda, se abstiene de interrogarle; empero pasado el tiempo necesario paro recobrarse, el ermitaño esclamó:

—Heos aqui, por fin, hijo mio, mucho os esperé, y aunque ya no habia temor de que faltarais, no tenia quietud en el ànimo hasta volveros á ver. ¿Cuándo llegasteis aqui?

—A prima noche.

—¿Quién vos condujo á este lugar?

—Unos pastores que topé al salir de la gruta donde esperé encontraros, ó á Ilirico, segun los conciertos que hicimos seis dias ha. ¿Quereisme decir luego, qué es de mi jentil señora Elfa, y despues por qué, ni vos ni el bàrbaro acudisteis à la cita?

—Mi señora Elfa, hàllase buena y abunda de cuanto puede haber menester en la prision donde la tienen guardada; é si yo no fuí à la gruta, ni tampoco el capitan Ilirico, fué por haber acaecido grandes novedades en el castillo, donde era conocida vuestra venida con la hueste, y donde llegó ha tres dias gente de refuerzo.

—Contadme eso—dijo Ugo con acento que revelaba la inquietud que las palabras de su interlocutor habian despertado en su pecho.

—Cuando marchásteis para Gallípoli—respondió el ermitaño despues de un momento de silencio, durante el cual estuvo poniendo concierto en sus ideas—vestíme con las ropas de aquel malsin, à quien dí muerte, y fuime aina sobre aina al castillo, donde logré entrar engañando con mis palabras y vestimenta á los masajetas que le guardaban. Lleváronme à la presencia de Ilirico, quien se mostró muy complacido de verme, y me dijo que tenia gran pesar de haber despedido á la vieja á quien confiara el mozo español la hija de en Roger; porque la gentil dama se negaba á hablar con otra persona que no fuera ella. Pedí licencia al capitan para verla, y me la dió. Cuando estuve solo con la jentil señora, que en un principio no quisiera recibirme, alcéme la capucha, quitéme la barba, y asi que ella me vió de esta guisa dió un gri-

to de placer por haberme conocido, y se echó en mis brazos preguntándome por vos.

—Por mí!—esclamó Ugo incorporándose, y sonriendo con una inesplicable espresion de alegria.

—Por vos; ca fué la primera palabra que salió de sus labios.

—Continuad, continuad—dijo el mancebo volviendo á recostarse.

—Díjela el concierto que habiais hecho con los masajetas, los planes que habiais formado, y vuestras esperanzas de venir aina á este lugar con buen golpe de gente para sacarla del poder de los ruines que la tenian aprisionada. No vos podré decir con cuanta alegria escuchaba la dama mis razones; pero debió ser mucha, porque sus mejillas tornàronse bermejas, sus ojos lucientes, y su cuerpo desfallecido, comenzó muy luego á recobrar la vida y el movimiento. De entonces, hube permiso del capitan para quedarme en el castillo todo el tiempo que fuera de mi agrado, y yo no quise perder la ocasíon de estar todo el dia en él desde la salida del sol hasta prima noche hablando con mi señora Elfa de su señor padre, asesinado villanamente, y de vos, de quien la jentil dama decia, habia de recibir pronto socorro.

—Y de nadie mas vos hablaba?

—De nadie, señor; ca parece que ha concluido para ella todo en este mundo, salva la memoria de su padre y vos, de quien hace grande aprecio.

—Eso me asegurais.....!

—Os lo aseguro: ca no vos apartais de su mente ni de sus labios. Si viérais con que alegria me escuchaba cuando le hacia relacion de vuestra jentileza, jeneroridad y esforzado valor; como lloraba con vuestras cuitas, y como se alegraba con vuestras bienandanzas..... como llamaba sobre vuestra cabeza las bendiciones del cielo, y como denostaba á los que vos quisieren mal..... Todas las tardes á la puesta del sol, saliamos de su aposento para andar los adarves de la muralla, y nos deteniamos junto al torreon que mira hàcia el camino de Gallípoli; allí, la jentil dama con un brazo puesto sobre una almena y la mejilla en la palma de la mano, lloraba pensando en su cuita, y me decia con voz tan dulce como la de los ángeles de Dios—¿Cuando vendrá el jentil adalid á tornarme la libertad?—y yo le decia—Esperad con fé, señora: ca si Dios no le toma la vida, presto le vereis escalar estos muros con sus soldados buenos, para llevarnos entre los nuestros.

—Luego tornábamos, ella para orar por vos dentro de su estancia, y yo para hacer conjuros dentro de la gruta, donde me retiraba todas las noches.

Wilda, (pues ya la habian reconocido nuestros lectores en el ermitaño) guardó silencio, y Ugo la imitó, hallandose demasiado enajenado con el placer de escuchar à la hechicera para encontrar palabras que espresasen la alegria que rebosaba de su corazon.

Trascurridos algunos minutos, la anciana continuó:

—Así dejamos correr los primeros tres dias, cuando una mañana llamóme à su alojamiento el capitan Ilirico y me dijo—Pídovos, padre, que esta noche, ni la de mañana, ni la de esotro dia salgais del castillo, ca yo marcho à Andrinópolis, y quiero que durante mi ausencia quede al lado de la jentil dama una persona que vele sobre ella con el amor de un padre.=Díjele que si no bastaba la familia del gobernador del castillo, y él me dijo que no: esora le pregunté por la ocasion que le llevaba à Andrinópolis, y él me contestó que habia temor de que vos en lugar de traer el rescate de los cuatro mil bizantinos, trajéseis buen golpe de gente para asaltar el castillo que no se podria resistir por tener poca guarnicion; y que asi marchaba en busca de refuerzo para encontrarse dispuesto à cualquier evento, y en todo caso no perder los dineros que vos le teniais ofrecido, y los que le habia de dar en Andrinópolis si os hacian preso. Yo no le quise contradecir por temor à despertar sus sospechas, y él marchó en aquella hora à la ciudad, de donde regresó al cuarto del alba del dia de hoy con ochenta masajetas y un capitan que los acaudillaba à todos, y al cual no he logrado ver à pesar de haber hecho mucha diligencia para ellos. Pocas horas despues se recibió nueva en el castillo de que venia por el camino de Gallipoli una pequeña hueste tomando lenguas para ponerse sobre la fortaleza; con esto se puso la guarnicion en armas, alzàronse los puentes levadizos y se aparejó todo para recibir al enemigo que llegaba con propósito de combatirla. Esta es la razon por la cual el masajeta no acudió á la cita que le teniais dada en la gruta, ni yo tampoco porque esperaba veros en el campo. Hora vos direis, mi señor, lo que aconteció en Gallípoli cuando llegàsteis con la nueva de la muerte dada à en Roger de Flor.

—Oh!—esclamó el adalid incorporàndose sobre el lecho en tanto que con la mano izquierda separaba de su frente los negros

bucles de su cabello, y con la derecha oprimia fuertemente las muñecas de la anciana cual si quisiera comunicarla el terror que se habia despertado en su corazon al oir la pregunta que le hiciera —fué una cosa terrible, abominable,..... todavia he las carnes despegadas de los huesos y el ànima atribulada.

—Qué aconteció!—esclamó Wilda sobresaltada con las palabras del adalid.

—Escuchadme; cuando fué llegado á Gallípoli, habíame ya precedido el rumor del suceso de Andrinópolis; así que encontré los portillos cerrados y bien guardados, y hube grande aprieto para que me dieran entrada. Conocido que me hubieron, rodeáronme los soldados y con muchas preguntas y grandes voces me llevaron al alojamiento de en Roger donde estaba reunido el consejo de capitanes con Entenza y Rocafort á la cabeza. Los caudillos me salieron al encuentro con el rostro demudado y la palabra cortada, admirados de verme y pidiéndome nuevas de los sucesos de Andrinópolis. Referíles lo acaecido punto por punto, y podeis figuraros la saña y desesperado coraje que se apoderó de ellos cuando supieron la muerte de Roger y de los trescientos caballeros que le acompañaban. En la misma hora comenzaron á deliberar para resolver lo conveniente en tan apretado caso, y entre otras cosas acordaron que Rodrigo Perez de Santa Cruz, Arnaldo de Moncortés y Ferrer de Torrellas fuesen con embajada al señor emperador de Constantinopla para pedirle le fuese hecha razon de tamaño desafuero y villania; ó declararle la guerra si en plazo corto no se le entregaban à los que tan vil traicion cometieran, para ser conducidos con buena escolta à Gallípoli, donde habian de morir enforcados y despeñados. Pero en tanto deliberaban los capitanes, las nuevas que yo trajera corrieron de boca en boca por la ciudad, y muy luego se vieron las plazas y las calles llenas de soldados que puestos en alarma y á grandes voces, pedian venganza. De improviso, y cuando los capitanes se disponian para ir á calmar el ànimo de los soldados, estos dieron en correr por todas partes con la espada en mano y dando desaforados gritos.... Luego levantóse en todo Gallípoli un espantoso clamor de ayes, lamentos y suplicaciones que debió oirse en muchas millas á la redonda,..... comenzóse á percibir un olor de sangre humana que emponzoñaba el aire que se respiraba, y vióse por algunos sitios brillar la llama de los incendios á traves del negro humo que se levantaba en columnas sobre la ciudad..... Eran los al-

mogavares y muchos ombres de armas que habian puesto mano á degollar todos los griegos de Gallípoli..... En vano acudieron los capitanes para atarjarles en la matanza.... nada los pudo arredrar..... La carniceria duró hasta prima noche, hora en que tuvo término por que ya no habia mas criaturas que degollar.... Nada respetaron aquellas fieras,... niños, ancianos, mugeres todos fueron despedazados por ellos; y la sangre vertida fué tanta que corria por las calles, ó formaba charcos donde quedaban sepultados los muertos y los heridos.

—¡Gran Dios!—esclamó Wilda cubriéndose horrorizada el rostro con las manos; y luego prosiguió con voz que el espanto hacia trémula y apagada—Matáronlos todos.....!

—Todos—replicó el adalid inclinando la frente—hombres, niños y mujeres.... y hasta los animales y las bestias de los griegos fueron degollados, y sus cuerpos tirados por las calles se juntaban con los de sus dueños..... La noche se pasó apagando los incendios que habian prendido en algunas viviendas, y cuando el sol del nuevo dia alumbró la tierra, fué preciso tratar de dar sepultura á tantos cadáveres pues comenzaba á sentirse un hedor tal, que se temió produjese una landre en la ciudad. Empero no habiendo bastantes brazos para abrir las cavas donde habian de ser enterrados, resolvióse arrojarlos al mar. Hízose así, y las aguas del Helesponto estuvieron recibiendo por espacio de ocho horas tantos muertos, que se cubrieron con una sábana de cadáveres que las ocultaba á la vista..... Al otro dia hubo que arrojar mucha agua en las calles de la ciudad, para limpiarlas de la mucha sangre de que estaba empapada la tierra y que ya comenzaba á corromperse..... Este ha sido el principio de la venganza catalana; y he temor que no pare hasta que con la muerte de los nuestros, se borre de su memoria el recuerdo del asesinato de en Roger y los trescientos caballeros españoles en las calles de Andrinópolis.

Ugo volvió á recostarse en el lecho, y permaneció silencioso cual si hubiera agotado sus fuerzas con la espantosa y lacónica relacion que acababa de hacer de la bárbara represalia tomada por los soldados por la muerte de su caudillo.

Wilda, cuya curiosidad no estaba completamente satisfecha, esclamó, á pesar del terror de que se sentia sobrecojida:

—Y despues de tan grande y terrible acontecimiento ¿de que traza os valísteis para reunir la hueste y salir de nuestra plaza de armas?

El adalid volvió à incorporarse y contestó:

—Junté todo mi oro y pedí prestadas algunas sumas para allegar los cuatro mil bizantinos que prometí à Ilirico por el rescate de mi señora Elfa; mas tuve el pesar de no poder completar la suma, ca mis amigos hallàbanse tan pobres como yo..... En este caso, quedábame el solo recurso de dar cuenta à los nuestros capitanes del aprieto en que se encontraba la hija de en Roger, y pedirles su ayuda para darla libertad; empero arredrome la idea de que si Rocafort, Entenza ó Montaner llegaban á entenderlo, intentarian tomar sobre sus hombros la empresa, y me quitarian la gloria y la satisfaccion de llevarla à cabo. En esta duda estuve cuatro dias, recelando á todos mi secreto, y buscando solo en mi la manera de salir del aprieto; por fin no hallé otra que la de lograr por fuerza de armas lo que no podia alcanzar con dinero. Para ello busqué à Tallaferro, y à los adalides Domingo Gil y Jordi Martorell, é díjeles si podria contar con ellos y trescientos almogavares para emprender una jornada fuera de Gallípoli; dijéronme que si, y que harian cuanto fuera de mi agrado; esora les dije que reuniesen aina sobre aina la gente que tenian en los alojamientos fuera de la plaza; y ellos obraron de tal guisa, que al cuarto de alba del siguiente dia estaban reunidos fuera de Gallípoli los almogavares, y amàs treinta caballos que el sarjento de armas Pedro de Artasona juntó para reunirse á la hueste; con ella emprendí el camino desta comarca donde llegamos hoy à la pueta del sol, y levantamos el campo frente al castillo. En tanto esto se hacia, fuí á la gruta donde esperaba encontrar á Ilirico ó á vos; mas viendo ser vana mi diligencia torné con los mios à quienes mandé reposar tranquilamente hasta el nuevo dia.

—¿Cuàl es vuestro intento.—preguntó Wilda con inquietud.

—Antes, era el de enviar un mensagero á Ilirico diciéndole que acudiese à mi tienda para recibir la parte del rescate que le traia, dándome él en trueque la libertad de mi señora Elfa, cuidando que el temor de mi hueste le hiciera fuerza para no se resistir; mas hora que entiendo ha número bastante de jente para negarse á mi demanda y para defenderse por armas, he intento de atacar el castillo y tomarlo por escalada.

—A cuando el asalto?—dijo Wilda poniéndose en pie.

—Mañana al comienzo de la alborada.

—Adios, pues; voy á dar la nueva à mi señora Elfa y à velar

por ella—esclamó la hechicera saliendo precipitadamente de la tienda del adalid.

El sol bañaba ya con su brillante luz las vertientes de las montañas y las faldas de los cerros que rodeaban el valle de Lentulæ, y las ramas de los árboles se inclinaban, mecidas por la brisa de la madrugada, hasta meter las puntas de sus verdes y nacaradas hojas en las trasparentes aguas del lago, que el céfiro rizaba y hacia murmurar para dar la bien venida al astro del dia, cuando salió de su tienda, Ugo, seguido de los jefes almogavares, que pocos momentos antes se habian reunido para concertar el ataque contra el castillo.

Acto contínuo, Pedro de Artasona mandó cabalgar sus jinetes, y puesto al frente de ellos partió á trote largo para forrajear por la comarca y dar una batida en los alrededores de la fortaleza; y Tallaferro, al frente cuarenta almogavares armados á la lijera, entre los que se contaban Cap de Estopa, Coll de Cabrills, Gramanet y Agudells, marchó á la carrera con su jente hácia el castillo, para reconocer las asperezas del cerro y buscar las sendas mas practicables para que la hueste diese el asalto.

Entretanto Ugo y los otros adalides puestos al frente de sus compañías, que habian formado en batalla al pie del terromontero donde establecieran su campamento, esperaban con creciente impaciencia el resultado de ambas esploraciones para dirigir el ataque.

Una hora despues regresaron, con intérvalo de algunos minutos, Artasona que traia una buena presa de bueyes y ovejas para abastecer de vitualla el campo, y de haces de forrage para el alimento de los caballos; y Tallaferro con dos heridos y noticias detalladas de las escabrosidades del terreno y de las dificultades que se ofrecian para dar el asalto. El sarjento de armas dijo, que durante su espolonada no habia tropezado con enemigos, y solo con algunos rústicos villanos que huyeron ante él y se ocultaron en la espesura de los bosques; y el anciano almogavar, que, habiendo logrado trepar, no sin gran fatiga por el enriscado cerro, habia recorrido toda la orilla del foso entre un nublado de dardos que disparaban sobre su jente los masajetas aparapetados detrás de las almenas de la muralla y de las torres; y convencídose, que el castillo no podia ser espugnado de otra manera que tomándo la torre que tenia fuera del recinto de sus muros, ó cegando el foso, que por algunos parajes no

era muy ancho, para asaltar luego la barbacana y desde ella la muralla.

En vista de estas noticias, Ugo, de acuerdo con el parecer de los jefes almogavares, aplazó el asalto hasta una hora antes de la puesta del sol, á fin de dar tiempo á la construccion de algunos pequeños manteletes que pudieran manejarse y trasladarse con facilidad de un lado á otro; al abrigo de los cuales consiguiesen los hombres aprocsimarse al foso, que habian de cegar con haces de leña, ramas, tierra y cuanto pudiesen haber á las manos, para dar el asalto á la barbacana con las escalas que labrasen al efecto.

Dadas las órdenes convenientes, la mitad de los almogavares, en un abrir y cerrar de ojos se despojaron de sus armas defensivas de una parte de sus ropas, para convertirse en carpinteros y leñadores.

Tanta actividad desplegaron, y tanta destreza mostraron en revirse de sus espadas y puñales á guisa de herramientas de carpintería, que en pocas horas talaron un pequeño bosque que habia á la derecha del campo, é labraron con sus despojos mas que suficiente número de manteletes y escalas para dar el asalto, y altos montones de haces de ramas para cegar el foso.

Y, como si tan penoso trabajo hubiese sido solo un juego para aquellos infatigables y duros soldados, armáronse luego cantando muy alegremente, y pidieron á voces ser conducidos con presteza al enemigo.

Ugo, mas impaciente que sus soldados, pues cada minuto que trascurría sin haber dado libertad á Elfa era un siglo de tormento para su amante corazon, tomó con celeridad las disposiciones para el ataque, y concluyó dividiendo su pequeña hueste en tres columnas, á quienes mandó avanzar simultáneamente cuando fuera hecha señal; acaudilladas la de la derecha por Domingo Gil, la de la izquierda por Jordi Martorell, y la del centro, la mas numerosa y que debia asaltar el torreon avanzado del castillo, capitaneada por él y Tallaferro que le servia de lugar-teniente.

A Pedro de Artasona dió el encargo de custodiar el campo con sus treinta caballos, pues eran completamente inútiles para el asalto en razon de su arma; mas le encargó que estuviesen dispuestos á cargar sobre los fujitivos de la guarnicion que tratasen de huir del castillo dado el caso probable de ser tomado.

Terminados los preparativos y puestas en órden las columnas,

Ugo se situó al frente de su veterana falanje; y desnudando la espada gritó con voz cuyo eco retumbó sobre los torreones de Lentulæ.

—Vamos, vamos! Sent Jordi y à ellos.....!

Las columnas avanzaron à la carrera.

Delante de cada una de las de los costados, iban los manteletes de su dotacion llevados uno à uno en hombros de cuatro robustos almogavares, y cada soldado conducia sobre sus espaldas, ó un voluminosos haz de ramas de árboles, ó una escala de mano para subir á la muralla.

En esta forma llegaron en pocos minutos al pie del cerro del castillo, donde se detuvieron para cobrar aliento. Los jefes ordenaron sus compañias, y cuando estuvieron repuestos de la fatiga, enderezaron los manteletes, detrás de cada uno de los cuales se aparapetaron ocho hombres y subieron con entusiasmo y decision dando gritos de triunfo hácia la muralla del castillo.

Sin embargo, el ascenso fué por demas lento y penoso para los soldados, que se miraban detenidos à cada momento por los accidentes del terreno, y que se encontraban embarazados con el peso de los manteletes que llevaban suspendidos ó arrastrando alternativamente, y el de los haces de leña que entorpecian todos sus movimientos; ademas, desde la mitad del cerro comenzaron à verse envuelto en una lluvia incesante de dardos y piedras que con grandes voces les arrojaba la guarnicion, y que les ocasionó algun quebranto, por hallarse mal cubiertos con los reparos que conducian á brazo.

Por último, llegaron con inaudito trabajo á la proximidad del foso, donde levantaron los manteletes, los colocaron paralelos à las murallas del castillo, y cuando los tuvieron afirmados en tierra, si tuáronse convenientemente detrás de ellos y comenzaron à arrojar sus temibles asconas contra los masajetas que guarnecian el adarve, para protejer los trabajos del rellenamiento del foso. Estos se ejecutaron con bastante prontitud y no menos seguridad, pues los almogavares cuidaron de arrojar, con las ramas, gruesas piedras y cuanta tierra pudieron, á fin de abrirse un camino transitable hasta la barbacana.

Cuando estuvo terminada esta operacion que se ejecutó á derecha é izquierda de la torre estramuros, la columna de ataque que habia estado combatiendo entre tanto la obra avanzada de la fortaleza, se dividió en dos mitades cada una de las cuales marchó á la carrera para dar el asalto.

En medio de una espesa nube de flechas que se cruzaban en

todas direcciones encima de los almogavares, ó caian sobre ellos hiriéndolos con rigor, atravesaron el foso y pusieron las escalas contra el muro de la barbacana. En este instante, el silencio que reinara entre los soldados durante los angustiados momentos en que estuvieron recibiendo la muerte sin poderla devolver, se trasformó en una espantosa gritería con la que se animaban unos á otros para arremeter jentilmente contra el enemigo, que aparapetado detrás de las almenas de la barbacana y de la muralla se defendian con denuedo.

Alentados con las voces y el ejemplo de sus jefes; arrebatados por su indomable valor y ciegos con la saña que ardia en sus pechos, todos ellos treparon gallardamente por las escalas espada en mano, y se apoderaron de la barbacana apesar de la desesperada resistencia que hicieron los masajetas encargados de la defensa de este primer recinto de la fortificacion del castillo; el cual abandonaron en desorden para refujiarse á los adarves de la muralla y sobre las plataformas de las torres, desde donde comenzaron à arrojar dardos, gruesas piedras y paja inflamada sobre los sitiadores.

Alegres con el buen suceso de su primer ataque, los soldados catalanes entonaron un cántico de victoria creyéndose ya dueños del castillo, cuando se vieron atajados enmedio de su triunfo por un accidente que no habian precavido cual debieran.

Las escalas que fueran muy cumplidas para expugnar la barbacana, se encontraron ser tan cortas para asaltar la muralla, que hubo que retirarlas por inútiles, y en consecuencia renunciar de mal grado á proseguir la victoria.

Con este motivo se movió algun desórden entre los almogavares, poco sufridos en las contrariedades, y sobrescitados por la ira y el despecho de verse burlados; y temerosos al mismo tiempo de algun contratiempo por la noche que se les venia encima, pidieron la vuelta al campamento, considerando completamente malograda su tentativa de aquel dia.

Ugo, que durante el asalto hizo á la vez de caudillo y de soldadado, acudiendo á todas partes para dirigir el ataque, y batiéndose à la par como el mejor y mas esforzado campeon, mandó á las trompetas dar la señal de retirada; y esta se efectuó con algun desórden, cuidando sin embargo de recojer todos los manteletes y las escalas que pudieron, á fin de utilizarlas al dia siguiente.

De regreso en el campamento, los gefes colocaron en lugar con

veniente algunas escuchas de infantería y caballería, una guardia avanzada de ambas armas para prevenir una sorpresa durante la noche, y tomadas todas las disposiciones que la prudencia aconseja cuando se tiene el enemigo al frente, dieron permiso á los almogavares para que cenaran y se entregaran luego al descanso.

Estos se despojaron de sus armas; encendieron hogueras, y despues con sus espadas degollaron algunas de las reses que trajera por la mañana Pedro de Artazona, y colocaron sus cuartos sobre las brasas para condimentarlos.

En tanto que los soldados cenaban alegremente contando sus proezae y burlándose de sus enemigos, cual si la funcion de aquella tarde hubiese sido una simple escaramuza de la que salieran victoriosos, Ugo se dirigió á su tienda, despues de haber permanecido mas de una hora en la que servia de hospital de sangre para los heridos de alguna gravedad, que lo fueron en aquel dia en número de veinte y cinco y que estaban al cuidado de dos almogavares versados en el conocimiento de las yerbas medicinales.

Iba ya à entrar en ella cabizbajo y preocupado con el mal éxito del ataque recien frustrado, que le hacia temer mayor resistencia de aquella con que contara, cuando le detuvo un grito de alarma que se dejó oir en lontananza. Prestó oido atento, y muy luego percibió otros muchos que decian:

—Quién va?

—Arredrarse!

—Guarda....! guarda....!

—Armar, armas....!

Y entre ellos una voz de muger que reconoció ser la de Wilda, que gritaba desesperadamente:

—Teneo...! Aragon, Aragon! Sent Jordi y Cataluña...!

Ugo se volvió hàcia algunos almogavares que habian acudido à su lado para recibir órdenes y les dijo, señalando en la direccion de donde venian las voces:

—Id presto; traedme esa cuitada, y que no le sea hecho mal.

Los soldados partieron á la carrera gritando:

—A de las escuchas...! teneos, teneos que es amigo el que llega...!

Pocos momentos despues regresaron custodiando á Wilda que venia en trage de ermitaños. Ugo la tomó por una mano y la condujo dentro de su tienda.

—Norabuena esteis—dijoel adalid presentàndola su mano derecha que la anciana estrechó contra sus labios—¿venís del castillo,... qué es de la gentil señora Elfa?

—Ah! mi señor—respondió Wilda con trémulo acento—déjola aflijida y llorosa con el temor que hubimos de que os aconteciera algun mal en la pelea de esta tarde. Por Dios que fué récia, y tanto que hubimos esperanza de veros espugnar el castillo.

—Asi hubiera sido, si las escala nos hubieran ayudado—dijo Ugo moviendo la cabeza en señal de despecho—¿vísteisla pues?

—Sí que la vimos, ca cuando llegaron los almogavares al pie del cerro, subimos á la plataforma de la torre; y en tanto duró, no nos apartamos de aquel lugar, donde puestas ambas de hinojos pedíamos con fervor á Dios que hubiérais victoria y con ella pocos muertos y feridos. Cuando os vimos dejar el asalto para tornar á vuestro campo, mi señora Elfa mandome con muchas lágrimas en los ojos que fuera á saber de vos y que le llevara nuevas muy presto. Esto era difícil, porque el castillo estaba cerrado y muy guardadas las puertas y no podia pedir la salida sin despertar sospechas. Andando en estas dudas ocurrióseme una treta, y fué ir en busca del capitan Ilirico y decirle, que en mi cueva del torrente tenia guardados bálsamos y yerbas medicinales que serian de mucho provecho para los heridos del castillo, y que iba por ellas para los curar, pues entendia yo muy cumplidamente de ello. El me lo agradeció muy mucho y mandó que me abrieran las puertas.

Ugo celebró con una sonrisa la ocurrencia de la hechicera, y le dijo:—Hora decidme ¿qué hicieron los del castillo cuando nos vieron llegar aparejados para combatirlos?

—Hubieron gran temor, y andaban desatentados de un lado para otro, mas cuidadosos de ver por donde huir que de hacer resistencia. Empero el capitan que vino de Andrinópolis, que es un imberbe pero gallardo y esforzado mancebo, que ha rostro mas de damisela que de caballero, vistióse el arnés y salió por vez primera al patio de armas del castillo, donde animó con grandes voces y promesas á su jente, y logró infundirla valor bastante para que se fuera á los adarves y peleara como buena.

Así lo hicieron; mas cuando los vuestros hubieron ganado la barbacana, fué tanto el espanto que de ellos se apoderó, que mas de una mitad pedian se les dejase salir del castillo; y si en aquella oca-

sion dais el asalto á la muralla, de cierto la abandonan todos sus defensores.

—Y por donde querian huir que no hubieran dado en nosotros y sido muertos todos?

—Señor; el castillo ha dos poternas secretas; una que dá al foso casi frente á la torre que está por defuera, y la otra sobre el lago por el lado del tajo; por esta última querian hacer la huida. Mas como os vieron retirar las escalas, cobraron brio y se contuvieron.

—Y, cuando nos vieron dejar el combate, ¿qué hicieron?

—Oh! esora dieron muchas voces con grande alegria, y dijeron denuestos contra vosotros. Luego los cabos se reunieron en consejo en un aposento de la torre que está junto al mio, y yo puse la oreja contra la pared é oí cuanto hablaban.

—Dígalo, pues podrá ser de gran provecho.

—Dijeron que habíais de volver al otro dia al asalto con escalas mayores, y que si lidiábais tan gallardamente como aquella tarde tomaríais el castillo, ca la su jente os habia cobrado temor.

—Acertado lo han—esclamó Ugo sonriendo con orgullosa satisfaccion.

—Mas dijo el alcaide del castillo, que estaba con ellos, que el sabia donde se guardaba mucho fuego griego, y que con él os podrian quemar á todos cuando llegárais otra vez á dar el asalto. Con esta nueva hubieron gran contento, y dijéronle que lo fuese á preparar para el dia siguiente; el alcaide dijo que así lo haria. Luego el capitan mozo dijo que queria marchar á Andrinópolis, ca nada tenia que hacer en Lentulæ, donde ningun provecho esperaba, y donde habia temor que le acaeciera algun quebranto; mas dijo que lo dejaria hasta la noche de mañana, pues queria holgarse con el gran mal que os iban á hacer. Con esto movióse disputa entre el capitan mozo é Ilirico, é se dijeron denuestos. Ilirico decia que era muy fea cosa abandonarlos cuando arreciaba el peligro, y que puesto que él se tornaba á Andrinópoli, ellos ya nada tenian que hacer en el castillo y que con esta ocasion se tornarian tambien. El capitan mozo le dijo que todo el quebranto nacia de haber sido él mal servidor y codicioso, y que lo habia de castigar por ende; porque si hubiera obedecido su mandamiento, en aquella hora estarian todos reposados en Andrinópoli, teniendo vos yá la jentil señora Elfa presos como era en deseo; lo cual era ya imposible con respecto á vos; y puesto que á ella la tenia en sus manos no queria esponerse á que

se la tomárais, y habia de llevarla á Andronópolis para tenerla en rehenes y obligaros á ir allá.

—Eso dijo el menguado!—esclamó Ugo con jesto sañudo.

—Eso dijo—respondió Wilda con desconsuelo,—y lo hará pues ha poder por ello.

Ugo comenzó à dar grandes pasos por la tienda con las manos cruzadas á la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, buscando allá en su mente un medio hacedero para salir de la difícil situacion en que se encontraba. Trascurridos algunos minutos, se detuvo delante de la anciana y la dijo mirándola fijamente.

—Es fuerza que hoy tome el castillo de Lentulæ...

—Si,—respondié la anciana,—ca si no lo haceis asi, en la noche de mañana llevaranse à mi señora Elfa à Andrinópoli, y vos no lo podreis evitar, no teniendo bastante golpe de jente para estar en el cerco y á la par rodear el lago, que es por donde cuido que se la han de llevar.

—Pero la empresa es difícil—continuó el adalid moviendo la cabeza con un jesto de despecho—y si se defienden los cercados con fuego griego, téngola casi por imposible.

—Esora ¿qué pensais hacer?

—Quiero usar de cautela ya que la fuerza no sirve para nada... Quiero recorrer yo mísmo el interior del castillo para ver de encontrar en él un punto mal guardado por donde podamos entrarlo; y si no lo hallo, reconocer desde el torreon el lago para ver por donde han de hacer la huida y poner en lugar conveniente mis treinta caballos para que se apoderen de mi gentil señora Elfa cuando la lleven à Andrinópolis.

La anciana que habia estado mirando al adalid con ojos desatenados, mientras proferia las anteriores palabras, esclamó acercàndose á él y tomàndole por un brazo cual si tratara de detenerle.

—Qué decís....? Desventurado....!

—Digo—replicó Ugo con la mayor calma—que el sol de mañana me ha de alumbrar dentro de los muros de Lentulæ.

—A vos...?

—A mí.

—Pero estais demente, mi señor—esclamó la anciana toda acongojada—¿no veis que os harán preso, y esora no habrá quien dé libertad á mi señora Elfa.

—Fio en Dios que no me acaecerá ningun quebranto.

—Pero señor,—dijo Wilda con trémula voz—¿de qué treta os habeis de valer para penetrar en el castillo sin ser visto.

—Pondreme vuestras ropas de ermitaño.

—Ah!—esclamó la ancíana cubriéndose el rosteo con ambas manos para ocultar sus làgrimas y su sobresalto—lo que intentais no debe ser; ca os harán preso y os daràn muerte.

—No he temor de nada ni de nadie, salvo Dios.

—Oh! no ireis, no ireis...!—dijo la anciana arrodillàndose delante de Ugo con los brazos abiertos para cortarle el paso.

—Iré—esclamó Ugo con resolucion,—ca no hay otro medio de dar libertad à la gentil señora Elfa; tenerlo asi entendido y dar treguas á vuestras làgrimas y razones que no han de torcer mi voluntad.

La anciana se levantó temblando de pies á cabeza, y procuró sofocar sus jemidos, persuadida que la resolucion de Ugo era irrevocable.

Conociendo la imposibilidad de vencerla, trató de darle instrucciones para entrar y permanecer en el castillo à fin de precaver todos los riesgos y contingencias que pudieran sobrevenir, y le dijo, enjugando las làgrimas que bañaban sus mejillas.

—Mi señor; ruda es la empresa que vais á acometer; cércanla muchos peligros, pensadlo bien, no sea que tengais que arrepentiros cuando sea tarde.

—Pensado lo hé—respondió el adalid haciendo con la cabeza un movimiento que denotaba impaciencia—mas estoy aparejado cumplidamente para lo que sobrevenir pueda; y sea ello lo que quiera, nunca será tan malo para mí como el perder á mi gentil señora Elfa.

—Hàgase como sea de vuestro agrado—respondió Wilda fijando en el rostro del adalid una dolorosa y melancólica mirada—Hora, pues, si Dios vos dá su ayuda, como lo espero, y haceis todo cuanto yo vos mande, he confianza en que saldreis con bien de tan atrevida empresa.

—Decid pues, como he de hacer.

—Mi señor, haced como yo; no mostreis vuestro rostro, ca el mio nunca lo vieron, que lo tuve siempre cubierto con la capucha; andad siempre con despacio, encorvado como si fuérais jiboso, y no mireis nunca á los lados; hablad poco ó nada, contestad sí ó nó á cuanto vos pregunten, y cuando los masajetas vos digan bellaquerías y vos tomaren por las haldas del sayal no vos mostreis enojado, y decid

con humildad: *Infelix ego homo.* Cuando háyais de entrar ó salir por las puertas donde topeis guarda, decid siempre: *Gratia vobis, et pax â Deo Patre nostro.* Para entrar en el aposento de mi señora Elfa, dareis tres golpes en la puerta y direis para darla aviso: *Væ secundum abiit;* si ella no vos contestare, no entreis, ca es señal que no està sola; mas si vos dijere, *veni*, entrad.

—Haré por guardar en la memoria todo eso que me decís; pero como no es bastante para no despertar sospechas, decidme hora como haríais vos para entrar en el castillo y llegar à vuestro aposento sin preguntar à nadie, y amás, como he de hacer si Ilirico me llama para curar á los heridos.

La anciana se detuvo à refleccionar, y al cabo de pocos instantes contestó:

—Cuando llegueis à la puerta de la torre que està del lado acà de la cava, direis las palabras latinas que vos mostré; os abrirán, y subireis una escala que està à la derecha, la que vos conducirá al piso primero donde encontrareis una guarda de masajetas á quien mandareis bajar el puente levadizo y hacer señal para que bajen el de la muralla; haràlo así, y llegareis sin tropiezo al patio de armas. Allí llamareis á Ilirico, que vendrà aina, y le direis como una tropa de almogavares que andaba poniendo á sacomano las alquerías de la comarca, os ha encontrado y furtàdovos los bálsamos é yerbas que llevàbais para curar á los feridos; y que vos dieron muchos golpes porque les dísteis la maldicion, lo cual os tiene quebrantada el ànima y el cuerpo, y que así vais luego á vuestro aposento para reposar de la fatiga. Dejaravos ir, y esora andareis para la torre redonda, que es la mayor del castillo, donde está guardada mi señora Elfa. Al pie de ella vereis uno como palacio que tiene muchas labores en las paredes de fuera; entrareis por una puerta cuadrada que está enmedio, en un aposento que hallareis alumbrado con una tea grande; subireis una escalera que està á la mano siniestra, y vos conducirá á un corredor largo que tiene tres puertas; llegareis á la que está en el fondo, y subireis otra escalera de piedra muy estrecha por la que ireis sobre el adarve desta parte de la muralla; à pocos pasos vereis la torre grande, y frente à vos la puerta de su entrada que estarà cerrada, mas que vos hareis abrir golpeándola y repitiendo las palabras que vos dije, al atalaya que la guarda; cuando esteis dentro vereis dos puertas que son los aposentos de mi señora Elfa; no vos detendreis en ellos, y subireis al otro piso de la torre

donde hay otros dos aposentos iguales á los de abajo; dejareis el primero y entrareis en el segundo que es el mío.

Ugo prestó suma atencion á las instrucciones que le diera Wilda, y procuró fijarlas y ordenarlas en su memoria de manera que no le fueran á faltar en el momento de ponerlas en ejecucion.

Hízola todavia algunas preguntas para prevenir cualquier accidente, y cuando creyó estar bien enterado de cuanto le convenia saber, mandó á uno de los centinelas, que velaban en los alrededores de su tienda, que fuera á dar aviso á Tallaferro para que acudiese inmediatamente á presencia suya.

El veterano no se hizo esperar mucho tiempo.

—Padre,—le dijo el adalid saliendo á recibirle hasta la entrada de la tienda y tomándole una mano que le besó respetuosamente—tengo muy gran secreto que comunicaros, y por esto vos mandé venir para que me ayudeis á la empresa.

Tallaferro irguió el cuerpo movió los pies de un lado á otro y se atusó la barba con cierta afectacion cómica, creyendo darse así mayor importancia y hacerse mas digno de la confianza que le dispensaba su hijo; luego esclamó, no sin haber pensado detenidamente lo que iba á decir.

—Comprendido lo hé, mio hijo; y haces bien en usar tanta cautela, ca podria malograrse la empresa.

—Pero ¿qué habeis comprendido?—replicó Ugo con sorpresa.

Tallaferro se llegó á su oido y le dijo en voz baja.

—No ha temor, hijo; degollarémoslos á todos y no dejaremos piedra sobre piedra en el castillo.

—Pero que estais diciendo, padre!—esclamó Ugo entre impaciente y suspenso.

—Fia en mí—contestó el veterano sin apercibirse de la sorpresa del adalid—obraremos con tanta cautela que los cojeremos á todos desprevenidos, daremos libertad á la jentil señora Elfa; y mañana no quedará de Lentulæ mas que el cerro donde se levanta..... ¿A que hora vamos á entrar el castillo?

—A ninguna—respondió Ugo sonriendo.

—Esora—dijo el soldado frunciendo lijeramente el entrecejo,—para qué me llamastes....? Cuidé que fuera para entrar el castillo durante la noche.

—Para eso fué; mas no sois vosotros quienes lo han de entrar.

—Quién, pues?

—Yo solo.

—Tú solo!—esclamó Tallaferro en el colmo de la admiracion —¡Pero no cuidas, desventurado, que te tomarán la vida.

—No ha temor—replicó Ugo procurando calmar la inquietud de su padre con una sonrisa y un movimiento de cabeza—todó está dispuesto de manera que nada malo me pueda sobrevenir, salvo Dios.

—Esora iré contigo para te defender si acaece algun peligro.....

—No habeis de venir, ca debo ir solo—dijo el adalid haciendo con la mano un jesto que denotaba su resolucion.

—Y cómo penetrarás en el castillo?

—Con esas ropas—respondió Ugo señalando á Wilda.

—Quién es este varon?—preguntó Tallaferro fijando los ojos en el ermitaño.

—Yo....!—esclamó la anciana echándoso hácia la espalda la capucha de su sayal y despojándose de la barba blanca.

—Por san Cucufat del Vallés!—gritó Tallaferro, retrocediendo dos pasos á la espalda y estendiendo los brazos hácia adelante como aquel que se mira amenazado de un golpe que ni puede parar ni evitar—que esto es cosa de màjia ó encantamiento...! Tú aquí cuitada..... Pero qué diablos haces en este lugar y con esta vestimenta.

—Estoy dentro del castillo guardando á mi señora Elfa—respondió la anciana sonriendo.

—Esora pues, todo lo comprendo y no he temor alguno—esclamó el veterano batiendo las palmas con alegria infantil, y precipitándose hácia Wilda con los brazos abiertos.

La anciana le recibió entre los suyos y le oprimió contra su pecho.

Tallaferro se repuso, y dijo à Wilda à quien tenia cojida una mano:

—Ha peligro para mi hijo dentro del castillo?

—Creo que nó; salvo Dios.

—Hicistes el agüero?

—No he menester.

—Esora pues cuando tu lo dices, verdad será; y yo depongo todo temor y cuidado. Mas ¿quisiera saber qué razon te lleva al castillo?—preguntó a Ugo.

El adalid le refirió en pocas palabras la conversacion que tuviera anteriormente con Wilda; y cuando creyó haberle dicho lo bastante para dejarle convencido, le dió las siguientes instrucciones:

—Nadie ha de saber en el campo que falto de él, hasta mi vuelta que cuido será en las primeras horas del dia de mañana. Si lo que Dios no quiera, fuere sorprendido, diré á mi señora Elfa que haga desde la ventana de la torre donde está su aposento una señal con un paño blanco; para que no sea perdida, vos, Wilda, que conoceis esta ventana, ireis á situaros en lugar conveniente, para poder dar el aviso al campo. Esora vos, Tallafero, direis de mi órden á los adalides que dén el asalto, y à Pedro de Artasona que vaya con sus caballos á correr las orillas del lago y que haga presa toda jente que vea salir en barquetas del castillo y saltar en tierra.

Los dos ancianos no tuvieron necesidad de hacérselas repetir; y Ugo, despues de haberse disfrazado con el trage de ermitaño de Wilda y abrazado á la cuitada que le cubrió de làgrimas y de besos, abandonó la tienda acompañado de Tallàferro que debia facilitarle la salida del campo por medio de los guardias y de las centinelas, que sin esta precaucion le hubieran detenido infaliblemente.

XXVII.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebata, quién un leño,
quién del fuego un tizon, y quién la espada,
quién aguija al baston de ageno dueño,
quién por salir mas presto, vá sin nada,
pensando averiguarlo, desarmados,
si no pueden á puños, á bocados.

ERCILLA.=*Araucana*.=Canto XIV.

Que solo allí con la muger que adora,
cuya hermosura la mansion encanta,
bastan apenas al mancebo ahora
los ojos, á admirar belleza tanta:
y el fuego que frenético atesora,
el corazon y su vigor levanta;
y su inquietud redobla, fulminante,
en ráfagas de luz brota el semblante.

ESPRONCEDA.=*Diablo Mundo*.=Canto IV.

No bien comenzara á despuntar la primera luz de la amanecida del dia siguiente, cuando las trompetas del campamento dieron el toque de alborada; á cuya señal los almogavares abandonaron diligentes sus tiendas de lona, ó de ramas y hojarasca. A la quietud y silencio de la noche, sucedió muy luego el alegre bullicio é incesante movimiento de los soldados que se disponian para emprender las faenas militares del dia, sin preocuparse con la idea de que el sol de mañana no habia de lucir para muchos de ellos. Insensibles ó indiferentes á lo porvenir, los soldados estiran sus entumecidos miembros, limpian sus armas, arreglan su vestido, atusan su barba y largos

cabellos, y se acicalan en fin, cual si debieran asistir á una fiesta donde todo fuera contento tranquilidad y bien andanza, y donde debieran ser vistos por un inmenso pueblo y aplaudidos por su marcialidad y apostura.

Y asi era en verdad; porque ¿qué mayor motivo de emulacion, para ellos, que la vista del castillo de Lentulæ, que se destacaba sombrío y amenazador sobre el azul del cielo? ¿Qué mejor testigo de su esfuerzo y jentileza, que aquellas altas murallas, recios torreones, y decidida guarnicion que debian poner à prueba su afamado valor?

Nunca se engalana el soldado con tanta satisfaccion y primor, como cuando tiene el enemigo al frente.

Terminada esta primera faena, y ya todos dispuestos para recibir las órdenes de sus cabos, comenzóse por el relevo de la gran guardia avanzada del campamento, y la retirada de las escuchas que habian permanecido en observacion durante la noche; y luego se enviaron algunos pelotones de soldados para que cortasen madera en los bosques vecinos, á fin de construir escalas suficientemente largas para dar el asalto á la muralla del castillo, y los caballos á recorrer la tierra para traer víveres al campamento.

En estos trabajos se pasaron las primeras horas de la mañana, sin que la ausencia del adalid caudillo hubiese sido notada por ninguno. Empero el secreto no podia durar mucho tiempo entre unos soldados acostumbrados á ver entre ellos, y à todas horas al gefe cuya actividad le hacia multiplicarse, por decirlo así, y hallarse en todos los puntos donde su presencia podia ser necesaria; asi que muy pronto circuló entre todos la noticia de su ausencia, y como ninguno podia dar la razon de ella, cundió muy luego la alarma, y se reunieron los jefes para deliberar sobre tan estraño acontecimiento.

Entre tanto, las horas de la mañana se sucedian sin que se tuviera la mas insignificante noticia del adalid; crecia el sobresalto, los almogavares reunidos en corrillos manifestaban con sus voces y palabras la inquietud que los devoraba, y los gefes daban cien órdenes encontradas y apuraban todos los recursos de su imaginacion, para descubrir su paradero, ó tomar un acuerdo que fuera bien recibido de la hueste para salir de tan difícil situacion.

Como es consiguiente, Tallaferro era el único que se mostraba tranquilo en medio del malestar general; y si bien su conformi-

dad debiera ser un motivo para templar el disgusto de todos los soldados, como sus làbios no habian pronunciado una sola palabra que aclarara el misterio, contentàndose con encojerse de hombros y hacer una mueca siempre que era preguntado por el paradero de Ugo, concluyeron los almogavares por creer que estaba tan ignorante como ellos de lo que preocupaba todos los ánimos. No faltaron algunos de le dirijieron en tono de reprension palabras que acusaban su inesplicable indiferencia; pero recibieron por respuesta una mirada tal que saña y encono, que nadie se atrevió á dirigirle nuevas preguntas sobre el particular.

Por último, dos horas antes de la de medio dia, apurados ya todos los comentarios y todas las suposiciones, el consejo de jefes y los corrillos se deshicieron, despues de haber acordado suspender toda hostilidad contra el castillo, y regresar à Gallipoli en el término de tres dias, si durante este plazo no volvia el adalid al campo, ó no se tenian nuevas de él, que hicieran modificar el acuerdo. Esta resolucion, si bien no calmó los temores que concibieran los almogavares respecto á la suerte que hubiese podido caber á Ugo, ni hécholes renunciar al propósito de vengarle cumplidamente si habia sido víctima de alguna infame traicion, los tranquilizó, como tranquiliza siempre una solucion cualquiera, dada á un asunto de graves y peligrosas consecuencias.

Empero á medida que renacia una calma aparente en el campamento, crecia la inquietud en el corazon de Tallaferro, que se sentia ya sobresaltado, con la tardanza de su hijo. Andando de un lado para otro mirando à cada momento hacia las torres del Castillo, llegó à un corro de almogavares que departian sobre el acontecimiento de aquella mañana, en tanto que daban fin á los cuartos de un carnero asado; y llamó á Coll de Cabrills, que hablaba y comia por cuatro dirigiendo un ojo à los huesos que arrojaba despues de haberlos roido hasta la médula y el otro à las tajadas que codiciaba. El soldado se puso en pie de un salto, y preguntó al veterano que es lo que queria de él.

—Ven conmigo, rapaz—contestó Tallaferro dàndole una palmada en el hombro.

Cabrills recogió del suelo su media pica, y al mismo tiempo tomó un pedazo de pan y una tajada de carne; y mascando à dos carrillos fuese en seguimiento de Tallaferro.

Cuando ambos estuvieron en un paraje donde no podian ser oi-



Pedro Artasona Sarjento de armas. **Tallaferro** y **Coll de Cabrills**, almogavares

dos de nadie, y medio ocultos detràs del arruinado muro de una casa; Tallaferro esclamó:

—Rapaz, catas à man siniestra del castillo, y en la direccion que señala mí dedo, una arboleda que tiene delante un prado y que llegan sus arboles hasta la orilla del lago.

—Sí,—respondió Cabrills, recogiendo la vista para ver mejor.

—¿Quieres ir á ella para hacer lo que yo te mande y guarda el secreto de ello?

—Haré por serviros, lo que mandeis.

—Que me place; vas á ir, por detrás de aquellos jarales, para no ser visto de la gente del castillo, y corriendo como diablo que ánima lleva, al estremo de la arboleda que da al lago; alli toparás à Wilda que està de atalaya, y preguntaràsla si acontece alguna novedad, que te la diga y tornarás aina sobre aina á darme la razon.

Coll de Cabrills se puso tan vizco, que las niñas de sus ojos se escondieron en sus lagrimales, y esclamó con gesto de estupefaccion:

—Wilda dijísteis....! ¿Pues, no está la cuitada en Lisimaquia?

—A Wilda ó al diablo poco te importa— replicó Tallaferro tomàndole por un brazo y empujándole con violencia hacia adelante— Sus, corre presto, ca conviene muy mucho que tornes luego para darme la nueva.

Coll de Cabrills no estimando prudente hacerse repetir una órden comunicada de una manera tan significativa, puso la pica sobre el hombro izquierdo, acondicionó con un movimiento de brazos el zurron sobre su espalda, y echó á correr con la velocidad de un gamo en la direccion que le marcara Tallaferro perdiéndose muy luego entre las matas y arbustos que cuajaban la campiña; el anciano permaneció en el mismo lugar esperando su regreso.

De allí á poco, Pedro de Artasona que andaba recorriendo á pie el campamento, pasó por allí, y viendo al veterano se llegó á él para entretener su ócio departiendo sobre el suceso que tenia en alarma á toda la hueste.

—Dios le guarde—dijo dándole su mano que Tallaferro estrechó entre las suyas—¿Sabeis alguna nueva del adalid?

—Esperàndolas estoy—contestó el anciano sin separar los ojos del camino que emprendiera Coll de Cabrills.

—Por nuestra Señora del Pilar—esclamó el sarjento de armas mirando fijamente al almogavar—que cuando esperais nuevas de *él*, es porque sabeis donde se encuentra!

—Si que lo sé

—Y por que no lo dijísteis, para tornar el sosiego al campamento.

Tallaferro conoció que habia dicho mas de lo que debiera, pero tambien que ya no le era posible recoger las significativas palabras que la inquietud de su pecho le habia hecho pronunciar involuntariamente; asi que, en vista de no tener remedio su imprudencia, se resolvió á cantar de plano y contestó:

—Avenga lo que Dios fuere servido, quiero vos decir lo que acontece para que me ayudeis con vuestro consejo; mas antes juradme no decir á nadie lo que yo vos diga, si no habeis mi permision para ello.

—Vos lo juro por la Cámara Angelical, y por la cruz de mi espada!—dijo Artasona llevando la diestra hácia el costado izquierdo.

Satisfecho con esas prendas que un soldado bueno no rescata de otra manera que cumpliendo religiosamente sus compromisos, Tallaferro refirió detalladamente á Pedro de Artasona la conversacion que habia tenido la noche anterior con el adalid; el temerario paso que este habia dado, y, finalmente, como habia mandado á Wilda un mensagero para ver de averiguar, si era posible, el motivo de la tardanza de Ugo.

Artasona, que como todos los demas soldados que componian la pequeña hueste, sabia parte del motivo que movió á Ugo á poner cerco á Lentulæ, se manifestó disgustado en un principio creyendo que solo el intento de conferenciar con la hija de Roger habia sido el móvil de la imprudente empresa de Ugo; pero cuando el veterano le hizo comprender que el arrojo del adalid tenia por pretesto, mas bien que un inconsiderado capricho, la necesidad de reconocer la fortaleza, que se habia hecho inespugnable desde el momento que sus defensores estaban dispuestos á hacer uso del fuego griego para rechazar el ataque, sintió que su mal humor se trocaba en admiracion hácia el generoso mancebo que así jugaba su vida por salvar la honra de todos, y quiso contribuir por su parte, aun á riesgo de la suya, al logro de la empresa del adalid. En su consecuencia, dijo á Tallaferro, que en aquel mismo instante iba á montar á caballo, y que seguido de algunos soldados de su armas, recorreria el cerro hasta la distancia de un tiro de saeta de la fortaleza, para tratar de ver, si por indicios siquiera, llegaba á tener noticias de lo que hubiese acontecido al adalid.

Tallaferro le dió las gracias con las lágrimas en los ojos, y pocos momentos despues, Pedro de Artasona seguido de diez hombres de armas, galopaba en direccion del bosque donde se ocultara Wilda para saber de ella los parajes que primero debia esplorar.

Esta salida intempestiva del sarjento de armas, llamó naturalmente la atencion del campamento; y como habia sido visto en conferencia con Tallaferro, muchos almogavares, y algunos jefes se dirigieron hàcia el anciano para saber la razon que moviera á los jinetes à abandonar el campo sin dar cuenta à los adalides de la intencion que llevaban; empero fueron vanas todas las instancias hechas en tono de súplica ó de mando para obtener de Tallaferro la esplicacion que solicitaban.

Media hora habria trascurrido empleada en inútiles preguntas y comentarios, y el cerco que los almogavares habian formado enderredor del veterano aumentádose considerablemente, cuando la voz de Cap de Estopa, llamó la atencion de todos los circunstantes hàcia un peloton de jinetes que acababa de salir de un bosque, y atravesaba el prado corriendo á toda rienda en direccion del campamento.

—Hélo, hélo! Pedro de Artasona!—gritaron multitud de voces, en tanto que otras decian:

—Mas; ¿qué diablos trae sobre el arzon delantero de la silla?

—Diríase que es una mujer....!

—Cata, cata Coll de Cabrills, como corre delante de los caballos.

—Saña del Señor Dios....! ahí cayó un jinete con su caballo.... no se paran á recojerlo.... Luego muy gran prisa traen por llegar...

—El hombre es muerto y el rocin sigue à los otros.

—Por las barbas del apóstol....! cayó tambien Pedro de Artasona con su caballo y la hembra que llevaba delante.... ¿Qué serà ello?

—Qué há de ser; que pasan cerca del castillo é les tiran viratones.

—Menguados....!

—Cata, cata; Artasona se alza del suelo.... dá la mujer á uno de sus hombres.... monta el caballo del jinete que quedó muerto....!

—Vamos à darles ayuda.

—No la han menester, ca corren como diablos y han pasado el castillo.

—Estàn salvos...! Sus! los jinetes.

—Ya están aquí.... Aragon, Aragon!.... Viva Cataluña!!

Y acompañados con las voces y palmadas de alegria de sus compañeros, los jinetes, cubiertos de polvo y de sudor llegaron donde estaban los almogavares. Estos se agruparon en su derredor y les dirijieron mil preguntas á las que ninguno, ecepto Artasona, supo contestar.

Tallaferro se precipitó al encuentro del que traia atravesada sobre el arzon delantero á Wilda, que venia desmayada; tomó entre sus brazos á la anciana, y la depositó en el suelo arrodillándose á su lado para espiar el momento en que recobrara el sentido y pudiera darle cuenta de lo que tanto le interesaba saber.

Como la infeliz, magullada por el golpe que recibiera al caer con el sarjento de armas y su caballo, tardara mucho en volver en sí, Tallaferro mandó á un almogavar que fuese á buscar un poco de agua; el soldado obedeció con prontitud, y la trajo dentro de su bacinete. Con ella rociaron la cara de la hechicera, que de allí á poco exhaló un jemido y abrió lentamente los ojos.

—Cuitada,—esclamó el veterano creyendo que podria oirle y contestarle—¿qué nuevas nos traes de Ugo?

La anciana se incorporó poco á poco hasta quedar sentada, dirijió en torno suyo miradas atónitas, y reconociendo á Tallaferro dió un pequeño grito y contestó con voz balbuciente y acento apagado:

—Güay de mí....! Prendiéronlo en el castillo; ca ví la señal en la ventana de la torre.

—Saña del Señor Dios! gritó el veterano poniéndose en pie de un salto y tirándose de la barba con desesperacion.

—Qué es ello!—esclamaron á la par los adalides Domingo Gil y Jordi Martorell que estaban en el grupo que rodeaba á los dos ancianos.

Tallaferro refirió el suceso en pocas palabras.

Los dos gefes se mostraron consternados y sin acertar á tomar un partido; pero los almogavares que habian oido la relacion del anciano, corrieron presurosos á referir el suceso á todo el que quiso escucharlos; con lo cual se movió grande alboroto en el campamento, y los gritos de armas, armas! mezcladas con votos, juramentos y voces que demandaban venganza, circularon por todas partes, mostrando el ardiente deseo que animaba el corazon de aquellos leales soldados por acudir prontamente al socorro de su caudillo.

El desórden y la confusion crecieron de tal manera, que los jefes creyeron necesario intervenir con su autoridad para refrenar el ímpetu de sus subordinados, que ya formados en masas, y habiéndose apo-

derado de los manteletes y de las escalas, se disponian á marchar contra el castillo sin esperar las órdenes de sus cabos. Mucho trabajo les costó hacerse obedecer; y acaso no lo hubieran conseguido, si Tallaferro que conocía ya la dificultad que ofrecia la empresa, indignado al ver la indisciplina de los soldados que comprometía visiblemente el écsito del ataque, no se precipitara espada en mano delante del grupo de los mas díscolos, y los detuviera amenazando con la muerte al primero que osara dar un paso hácia adelante contra el espreso mandato de los adalides.

La actitud y las palabras del veterano contuvieron el motin; y como la causa de él no era otra sino la generosa resolucion de acudir en defensa de Ugo, al ver los almogavares que el padre de este se oponia á su intento, juzgaron que equivocaban los medios de conseguir su buen deseo, y se detuvieron; si bien gruñendo como el perro á quien se arrebata de la boca el hueso que estaba royendo.

Empero duró poco la reaccion hácia la senda de la obediencia; pues como Tallaferro dijera que eran ruines y malos soldados los que intentaran marchar contra el castillo antes de que los gefes se hubiesen puesto de acuerdo y ordenado el ataque, salieran de las filas algunas voces diciendo, que era mengua entretenerse en razones livianas cuando urgia salvar al adalid, que podia ser muerto villanamente en tanto que ellos jugaban de lengua en vez de jugar de la espada. Con esto comenzaron de nuevo los murmullos, y dejáronse oir gritos de, vamos, vamos! que fueron acogidos con inequívocas señales de aprobacion por toda la hueste.

Fuera de si, Tallaferro, al considerar que la temeraria imprudencia de sus compañeros podia acarrear las mas desastrosas consecuencias, esclamó, quitándose el bacinete que arrojó con la espada violentamente contra el suelo:

—Ruin y malvada gente! no andareis un paso adelante si antes no me matais.....! ¿Queredes dar ocasion á aquellos traidores para que tomen la vida á Ugo, y para que luego os quemen á todos á mansalva con el fuego griego que tienen dispuesto sobre los adarves, para arrojároslo encima cuando esteis al pié de las murallas?

La aparicion inesperada de un egército de diez mil hombres que los tuvieran estrechamente cercados, no hubiera producido igual sorpresa y terror en los almogavares, que la que les produjo el anuncio del género de defensa con que contaba el castillo; el espanto se pin-

tó en todas las fisonomías y poco faltó para que el pànico se apoderase de todos los corazone

Es que para aquellos hombres acostumbrados á luchar sin temor brazo á brazo con triplicado número de contrarios, y á vencer cuanto se ponia al alcance de sus espadas, la idea de combatir contra un enemigo que no podian haber à las manos, que mataba desde lejos y que hacia completamente infructuoso el valor, la destreza en el manejo de las armas y la fuerza corporal, era espantosa y capaz por si sola de hacerles renunciar à la empresa. Asi que, al oir á Tallaferro mentar el fuego griego, los mas tímidos sintieron que la sangre se les cuajaba en las venas, y los mas resueltos y audaces apenas osaron dirijir una medrosa mirada sobre el castillo, que su fantasia les pintaba ya ardiendo como un volcan, y vomitando llamas que reducian à pavesa hasta las piedras del cerro donde asentaba su pié.

Hubo un momento de silencio é inmovilidad tal, en los poco antes turbulentas filas de los almogavares, que todos aquellos soldados parecian estàtuas de piedra puestas en línea, ó reos que esperaban la lectura de su sentencia de muerte.

Pasada la primera sensacion de terror y sobresalto general, Tallaferro recojió del suelo su espada y bacinete, y èsclamó mirando con marcado desprecio á sus compañeros de armas:

—Menguados! sois tan ruines ante el peligro, como voceadores cuando lo habeis léjos....!

Un murmullo de indignacion salió de las filas, y en muchos rostros se retrató la vergüenza de haberse reprimido por la amenaza anterior del veterano:

Tallafero, sin dejarse intimidar por la manifestacion de descontento con que habia sido recibido su denuesto, continuó alzando la voz:

—Lo dicho dicho, y estoy aparejado para sostenerlo...! mas tambien debo deciros, que el señor Dios tiene siempre puesto el remedio junto con el mal que nos envia.... Si los bàrbaros han el fuego griego para nos quemar, nosotros habemos mucho fierro en las manos para descabezarlos à todos hasta el último. Hora, pues, conviene obrar con cautela para conseguirlo, y dar tiempo á que se concierten por los adalides los medios de hacer vana la treta de los bàrbaros.

—A consejo à consejo!—gritaron muchas voces alentadas con la

esperanza que las palabras del veterano habian hecho nacer en todos los corazones.

— Sus pues; haced cerco — esclamó este estirando los brazos y describiendo con ellos dos arcos de círculo en derredor de su persona.

Los almogavares obedecieron con prontitud, y formaron un círculo tan estrecho como lo permitia su número, en medio del cual quedaron Tallaferro, Pedro de Artasona, Gil y Martorell. Segun costumbre de la milicia almogavar cuando perdia su caudillo, y tenia que tratar de cosas que interesaban al comun, se nombraron acto contínuo, y por mayoría de votos de la hueste, doce consejeros que ayudasen á los jefes á resolver sobre lo mas conveniente. Llenada esta formalidad, comenzó el consejo á deliberar en medio del mas respetuoso silencio de todos los soldados, que en su mayor parte se habian sentado en el suelo para asistir con mas comodidad al acto que se iba á representar.

Media hora larga duró el consejo, en el cual y despues de sérios y maduros debates, quedó acordado que el asalto contra el castillo se diera durante las primeras horas de la noche, á fin de ocultar al enemigo las operaciones del ataque, y ponerse á cubierto, merced á la oscuridad, del fuego que arrojasen los cercados. Decidióse empezar por la torre estramuros, reconocida la necesidad de tener un punto culminante desde el cual se dominaron los adarves, con el objeto de protejer con las armas arrejadizas la escalada de la muralla; y, finalmente, esto fué lo que mas gozo y confianza inspiré á la hueste, á propuesta del adalid Martorell, se acordó que el mayor número posible de soldados llevasen paveses labrados con tablas, bastante anchos y cubiertos con pieles de bueyes y carneros clavadas de manera que la carnaza quedase hácia arriba, para que el fuego arrojado por el enemigo se apagase en parte sobre la humedad de la piel y causara menos estragos en los sitiadores.

Ibase á dar por terminado el consejo cuando Tallaferro recordó ciertas palabras que oyera en boca de Ugo la noche anterior, y que mas tarde le confirmó la hechicera, respecto á algunos puntos del castillo que se encontraban en mal estado de defensa; y conociendo que una esplicacion mas estensa sobre este particular podria ser de gran provecho para el buen éxito de la empresa, pidió que el consejo no se disolviese hasta tanto que se hubiera oido á Wilda,

que habiendo, habitado durante algunos dias en el castillo, podria dar noticias detalladas de los medios de resistencia. El consejo convino en ello, y Tallaferro mandó comparecer á la anciana.

Wilda penetró en medio del corro sostenida en brazos de Cap de Estopa; la infeliz andaba con paso tardío y la espresion de su rostro manifestaba la congoja de su alma y los acerbos dolores que martirizaban su cuerpo. En vista de su desfallecimiento, los jefes permitieron que el soldado permaneciera á su lado para sostenerla durante el interrogatorio que iba á sufrir.

Tallaferro la preguntó, despues de haberla estado contemplando un corto rato con mirada compasiva:

—Eh! la mujer; diga cuanto sepa de la defensa que tiene el castillo.

Wilda refirió con voz tan doliente que daba lástima escucharla, todos los medios de defensa y artes de fortificacion que tenia el castillo por el Sur, Este y Oeste, sin ocultar lo inespugnable que se habia hecho desde el momento en que los sitiados disponian del fuego griego para resistir el ataque; empero al llegar á la descripcion de la parte Norte, es decir de aquella que daba sobre el lago, sus ojos cobraron alguna animacion y su voz se hizo mas entera, tratando asi de infundir en el corazon de sus oyentes la misma confianza que se abrigaba en el suyo, y dijo:

—Mis señores; por esta parte, el castillo no tiene mas reparos que la gran torre redonda, que sirve mas de alojamiento que de defensa, y una ruin muralla almenada sin barbacana ni foso; ca la guarnicion confia con razon, mas en lo inespugnable del cerro tajado sobre el rio, que en toda obra hecha por mano de hombre; y asi es, mis señores, ca salvo los gamos y nuestros almogavares, no hay pie humano que pueda sostenerse en tan empinada y enriscada pendiente.

—Bueno,—esclamó Artasona—por esta parte entraremos la fortaleza.

—No lo lograreis—respondió Wilda—ca es tan trabajosa la subida que la guarnicion vos matará é ferirá á todos antes que hayais subido la mitad del cerro.

—Que hacer, pues—preguntó Martorell.

—Haseme ocurrido una treta—respondió Tallaferro—combatiremos la torre de fuera y las murallas del Sur; y cuando la guarnicion se vea en gran prisa para la defensa de esta parte del castillo,

mandaremos buen golpe de gente que haga la escalada por el tajo.

—Y perdereis el tiempo y la jente—replicó Wilda ca se otean desde las torres todos los movimientos de los sitiadores; y cuando os vean dividir las fuerzas para combatir por dos puntos a la vez, mandarán algunos pocos hombres á los adarres de la torre redonda, los que bastarán para arredraros de allí matándonos muchos de los nuestros.

—No hay, pues, un medio de espugnar el castillo?=preguntó Domingo Gil.

—Hailo, mi señor—respondió la hechicera—sabed que en medio del patio de armas, está la boca de una sima muy profunda que taladra el cerro, y va hasta el lago, por la que la guarnicion toma el agua que ha menester, y sale cuando bien le place del castillo sin ser vista de nadie.

—Esora por ella atacaremos!—esclamó Artasona.

—Paso, mi señor;—dijo Wilda haciendo con la mano un movimiento como para moderar la impaciencia del brioso soldado—cabastaria que cuatro masajetas se pusieran en la boca de la sima con palos y piedras, para detener toda una hueste.

—Decidnos, pues, y presto, ¿qué medio hay facedero para alcanzar el logro de la empresa?—esclamó Martorell frunciendo el entrecejo.

—Mi señor,—replicó la anciana—cuido que lo mas cierto y seguro, será, que cincuenta hombres de corazon y robustos de miembros, aprovechando la ocultacion de la luna, que tendrá lugar á la tercera vijilia de la noche, se escondan en la arboleda que está à man siniestra y à pocos pasos del cerro; cuando ellos estén allí, vosotros embestireis con brio el castillo; y esora, à beneficio de la oscuridad y del aprieto en que pondreis á la guarnicion, lo que la obligará á reunirse toda en el paraje de mayor peligro para ella, los cincuenta hombres se meterán en el agua y marcharán cautelosamente hasta el pie del tajo; llegados allí, una mitad se entrará por la sima, y la otra escalará el cerro sin encontrar un enemigo que detenga sus pasos; lo demas, ya lo sabeis.

Todos los circunstantes aplaudieron estrepitosamente el plan de Wilda, que fué aprobado sin la menor objecion. Con esto se disolvió el consejo, y los jefes y soldados se dispersaron para ir à preparar los medios de poner en ejecucion lo concertado.

En tanto que los almogavares fracionados en pelotones, cortaban maden tosra, labrabacamente los paveses y degollaban las reses, cuyos

pellejos habian de servir para forrarlos, los cuatro jefes encerrados en la tienda de Ugo disponian el plan de ataque en esta forma:

Pedro de Artasona con sus caballos, siguiendo las instrucciones del adalid, comunicadas por Tallaferro, debia guardar las orillas del lago para impedir la huida y hacer preso á cualquiera que saliese del castillo. Domingo Gil, con cincuenta hombres de su eleccion habia de ocultarse en el bosque para dirigir el ataque contra la parte Norte de la fortaleza; y Martorell con Tallaferro, ponerse á la cabeza del resto de la hueste dividida en dos columnas de poco mas de cien hombres cada una para atacar la parte Sur; finalmente, convinieron en que dado caso que se apoderaran de la torre estramuros, Tallaferro se quedaria en ella con cuarenta hombres, bien provistos de asconas y dardos para proteger la fuerza que debia escalar la muralla.

Veamos ahora como habia tenido lugar la prision del adalid en el castillo, en tanto que se sucedian tantas y tan variadas peripecias en el campamento.

Siguiendo al pié de la letra las instrucciones que le diera Wilda, Ugo, andando á paso lento como un anciano, y llevando el rostro muy recatado con la capucha de su sayal, habian entrado en el castillo, cuyas puertas se le franquearon como por encanto al pronunciar las palabras de la Escritura, *Gracia vobis, et pax á Deo Patre nostro*, y llegado finalmente al aposento del ermitaño, donde vió merced á la claridad de la luna que penetraba por una rasgada ventana ojidal, un reclinatorio para la oracion y un tosco lecho en el cual se acostó, despues de cerrar cuidadosamente la puerta, para no verse sorprendido durante el sueño si llegaba á ser vencido por él.

Es de suponer que el adalid no durmiera en toda la noche, pensando en lo crítico de su situacion, en su gentil dama y en buscar los medios de obtener la libertad de ambos sin comprometerlo todo por una imprevision ó una temeridad. Verdad es, que la empresa en que se habia metido estaba espuesta á tantas contingencias y cercada de tantos riesgos á cual mas inminente que era necesario para no pensar en retroceder, aun despues de empezada, todo el amor y el valor que se encerraba en su entusiasta y gran corazon, y ese carácter novelesco y aventurero que le distinguia, y habia nacido con él.

Así pasó la noche sin cerrar los ojos, forjando en su imaginacion mil y mil quiméricos planes, hasta que la luz del alba vino á anunciarle que habia llegado la hora de ponerse en movimiento para realizar la parte mas importante de su temeraria aventura, que era la de reconocer detenidamente las fortificaciones del castillo para disponer el asalto con arreglo á sus observaciones, cuando estuviera de regreso en el campamento.

En su consecuencia se levantó diligente; y despues de haber asegurado á su rostro la barba postiza, echándose cuanto pudo la capucha sobre la frente, arreglado los pliegues de su sayal de manera que ninguno descubriese el camisote de malla que llevaba debajo, y requerido la espada corta y el puñal que traia ocultos, salió con paso cauteloso de su aposento, y subió, sin encontrar á nadie en el camino, á la plataforma del torreon, punto el mas elevado de la fortaleza, y desde el cual estimó conveniente empezar el reconocimiento.

La fresca y perfumada brisa que se respiraba en aquel lugar, templó la fiebre que atormentaba su cabeza, hija del sobresalto y la vigilia de la noche anterior; y el magnífico panorama que se desarrolló ante sus ojos, con sus montes cubiertos de lozana vegetacion; sus prados, arboledas, torrentes, riachuelos y aguas mansas, iluminado todo por la tibia y rosada luz del sol naciente, llenó de entusiasmo su corazon y le hizo postrarse de hinojos para rendir accion de gracias al Supremo Hacedor de tantas maravillas.

Terminada su corta oracion se levantó para dar principio á sus investigaciones.

Lo primero que reconoció, fueron las torres y murallas de la parte Sur, las cuales vió estar todas en el mejor estado de conservacion y defensa, y tendidos sobre los adarves y plataformas una gran parte de los soldados de la guarnicion, que dormian sobre las armas, en tanto que los centinelas velaban desde las atalayas para no ser sorprendidos y dar cuenta de los movimientos que vieran en el campo enemigo. Tambien vió pequeñas lumbres encendidas en determinados parajes de las murallas; y á distancias convenientes, teniendo un centinela al lado, sin duda para precaver alguna catástrofe, porcion de tubos cilíndricos de madera reforzados con aros de hierro, de diferentes diámetros y longitudes, en los cuales se encerraban las materias combustibles con que se producia el fuego griego.

De sus observaciones, por esta parte del castillo, dedujo grandes aunque no insuperables dificultades para espugnar la fortaleza; y su corazon se apesadumbró al pensar en el número de vidas que habria de sacrificar para lograr el éxito de la empresa; sin embargo, fiado en el esfuerzo y teson de sus almogavares esperó, que en haciéndose dueños de la torre estramuros, se haria posible la entrada del castillo á viva fuerza.

Terminada su inspeccion por esta parte, dirigióse hàcia la opuesta para reconocer la peña tajada, el lago y la salida à él que tenia el castillo; y vió, los mismos accidentes del terreno, las mismas dificultades y probabilidades de éxito que la hechicera debia referir algunas horas mas tarde al consejo de los jefes almogavares; hay mas, su mente concibió instantaneamente el mismo plan de ataque, con lo cual, su corazon lleno de alegría se congratuló con la esperanza de una victoria fácil y poco costosa.

Sin su ardiente deseo de ver à Elfa, acaso en aquella misma hora hubiese salido del castillo, y regresado al campamento para comunicar sus esperanzas á todos sus amigos y soldados, y concerta el plan para el ataque.

Mas ¿podia el jentil y amante adalid vivir una hora bajo el mismo techo, siquiera fuera él de una prision, con la hija de Roger de Flor, sin esponerlo todo, hasta cien vidas que tuviera, por verla un momento, embriagarse con el placer de escuchar una palabra de sus lábios, un suspiro de su pecho ó recojer una lágrima de sus ojos, y comunicarla la fé y el valor que rebozaban en su propio corazon?

Plenamente satisfecho del resultado de su detenido ecsámen, despues de haber permanecido dos horas en la plataforma de la torre, Ugo regresó à su alojamiento, dispuesto á salir del castillo en cuanto lograse tener una entrevista con su jentil dama.

Al efecto, bajó hácia el aposento de Elfa y llegado á la puerta dió los tres golpes que le encargara Wilda, y esclamó disfrazando la voz de manera que se asemejase á la de la hechicera:

— *Væ secundum abiit..*

— *Veni*—respondió un acento dulce y cariñoso como el de un niño.

Ugo se estremeció, y fué tanta la emocion de alegría que esperimentó al oir la voz de Elfa, que toda la sangre de sus venas refluyó con violencia hácia su corazon, originándole un temblor tal,

que tuvo que apoyarse contra el muro para reponerse y poder entrar en el aposento con rostro y paso tranquilo.

Sin duda su tardanza hubo de llamar la atencion de la dama y escitar su curiosidad, pues corrió hácia la puerta, y esclamó abriéndola con prontitud.

—Por qué tardásteis tanto en venir...? ¿Me traeis malas nuevas del campo?

Por la puerta abierta penetró en el corredor un rayo de luz que hirió de lleno al adalid, que se mantenia inmóvil y silencioso apoyado el hombro contra la pared. Elfa sorprendida de aquella quietud de que no podia darse cuenta, tomó á Ugo por una manga del sayal y le atrajo hácia sí diciendo:

—Qué haceis....! entrad presto.....

Y como el ermitaño se mantuviese inmóvil á pesar de sus palabras, esclamó con voz angustiada y palideciendo repentinamente.

—Qué me anunciais, cuitada.... es muerto el adalid.....!

Ugo levantó la cabeza y fijó en la dama una mirada llena de respeto y gratitud. Al ver Elfa aquellos ojos negros, rasgados, que brillaban como relámpagos á través de las largas pestañas que los sombreaban, con el fuego de la juventud y del amor, lanzó un débil grito y retrocedió hácia el medio de su aposento asustada al considerar que no era Wilda el ermitaño que tenia delante y á quien acababa de revelar su secreto.

El adalid hizo un poderoso esfuerzo para volver en sí de la enajenacion que tenia paralizados sus movimientos, y entró en pos de la dama.

—Quién sois, qué me quereis....?—dijo Elfa en el colmo de la sorpresa.

Ugo se levantó la capucha, y se quitó la barba postiza sin proferir una palabra.

—Señor Dios!—esclamó la dama con un grito ahogado en que se traslucía mas contento que sobresalto; y luego recobrada de su emocion, se aprocsimó con paso lento hácia el adalid diciendo con acento conmovido—vos aquí! qué demencia, ¿cómo llegásteis al castillo?

—Gentil señora—respondió Ugo sin apartar sus ojos del rostro de la jóven—hízelo por dar pronto cima á la empresa que traigo, de sacaros del poder de los villanos que os tienen aprisionada.

—Hicísteis mal—dijo Elfa en tono de dulce reconvencion—por que os espusísteis á ser preso y á malograrla..... Mejor os quisiera

en vuestro campo, que solo aquí á la merced de nuestros enemigos.

—Teneis en enojo mi venida?

—No—respondió Elfa ruborizándose imperceptiblemente—que me place; mas he temor de que seais descubierto.

—Tengo confianza en que Dios no me abandone.

Elfa permaneció silenciosa durante algunos minutos, y con la vista baja por temor de encontrar la apasionada mirada del adalid, que no se apartaba de su rostro, y la hacia estremecer con un sentimiento tan dulce como nuevo para ella; y esperó con ansiedad un jesto, una palabra del mancebo que la diese aliento para proseguir la conversacion. Empero, Ugo, mas conmovido y turbado que ella, permaneció callado, buscando en vano en su mente esa palabra que debia ser la manifestacion franca y respetuosa de lo que pasaba en aquel instante en su alma.

Era la vez primera que, despues de largos años de irrealizables esperanzas y gratas ilusiones, se miraban solos, frente á frente, aquellos jóvenes y amantes corazones, henchidos de amor y de amargura, puros é inocentes á la par, y latiendo de consuno con el mismo sentimiento.

Era tanto lo que tenian que decirse, tan dorados los sueños en que se mecian, que no hallaban voces que pudieran interpretar fielmente sus pensamientos, ni que fueran, por parte de Elfa, la espresion de su amor y gratitud, y por la de Ugo, de su pasion leal, y de su respeto por la hija del que fuera su caudillo.

Además, la estraordinaria y fatal situacion en que se encontraba, despues de la série de desgracias que desde algunos dias venia atormentándolos con los mas punzantes dolores, habia provocado en ambos corazones una lucha de afectos y sentimientos encontrados, y de tal naturaleza, que les hacia sonreir y verter lágrimas á la par; ¿Cómo mostrarse placenteros cuando se miraban salpicados con la generosa sangre de un padre asesinado villanamente? ¿cómo entregarse al placer de estar juntos, cuando el luto reinaba en sus almas, y la muerte se cernia sobre sus cabezas? Pero tambien ¿cómo dejar de manifestarse con los ojos, á falta de palabras, la tierna emocion que ajitaba sus pechos sobre todo en aquella hora tan deseada pero que podia ser la última de su vida ó la primera de su eterna separacion?

Sin embargo era preciso hablar, era necesario poner término á esa situacion tan embarazosa como grata, pues una voz secreta les

decia, que el tiempo corria velozmente, y que tenian contados los instantes. Pero ¿quién de los dos habia de romper el mudo encanto que los subyugaba? ¿quién habia de dar la señal para trocar el quimérico cielo en que se encontraban por la triste realidad de la tierra?..,,. Elfa, que á los diez y siete años poseia en alto grado ese valor qne parece innato en el corazon de la muger, para hacer frente á la adversidad, y para tomar una resolucion pronta y eficaz en los momentos en que los grandes sentimientos y pasiones hacen crisis en el corazon.

Así que, alzó los ojos del suelo, los fijó en el adalid, y al ver aquel jóven cuyo valeroso esfuerzo era proverbial, y cuya audacia sobre los campos de batalla corria pareja con su entereza y altanera dignidad delante de los mas ilustres caballeros, que pálido en aquel momento, y mostrando su semblante la timidez é irresolucion, no osaba pronunciar una sola palabra por temor sin duda de inferirla una ofensa, esclamó dando à su voz una modulacion cariñosa y tierna:

—¿Nada teneis que decirme? ved que habreis de volver muy pronto á vuestro campo y que entonces solo Dios sabe cuando habremos ocasion para hablar sobre las cosas que han pasado, y las que han de pasar, que mi corazon me dice seràn tristes y de muy gran cuenta..,.! Referidme, siquiera, la ocasion de hallarnos ambos aqui, y de qué medios os valdreis para darme libertad y tornarnos á Gallipol.

Ugo, gozoso de ver que la conversacion se iba á colocar en un terreno en que le seria fácil ocultar su secreto, pudo dominarse lo bastante para entrar de lleno y con serenidad en ella, y refirió sumariamente á la dama todos los sucesos acaecidos desde la muerte dada à Roger en Andrinópoli, hasta su entrada en el castillo.

Decir el cuidado con que Elfa escuchó las palabras del adalid, los terrores que agitaron su espíritu, las lágrimas que derramó, y el agradecido entusiasmo que hizo latir su corazon durante el relato de tan variada y triste historia, seria cosa muy larga de contar.

Cuando Ugo cesó de hablar, la jóven esclamó con acento conmovido, y enjugando las lágrimas que corrian por sus descoloridas megillas:

—Mucho os debo, generoso mancebo; quisiera poderos galardonar cual mereceis..... Pero ¡ay de mí! nada me queda ya en el

mundo, sino una alma que ofrecer á Dios en el rincon de un monasterio!

Ugo cerró los ojos, y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo sobre sí mismo para ahogar dentro de su pecho las palabras que estuvieron á punto de brotar de sus labios. Empero recobrado muy luego, dijo, mas bien que dirigiéndose á Elfa, contestando á su propio corazon:

—En un monasterio dijísteis....? ¡Ah nó! que aun han de lucir para vos dias de paz y de ventura..... Sois una joya harto preciosa y codiciada para que el mundo vos deje tranquila en la morada que habeis elegido.

—¡Quién se ha de acordar, sino Dios—respondió la jóven moviendo la cabeza con desconsuelo—de esta huérfana cuitada!

—¡Quién! gentil señora—esclamó Ugo clavando su mirada con tenacidad en los ojos de Elfa, y pronunciando con lentitud las siguientes palabras, que le quemaron los labios cual si fueran carbones encendidos—¿os olvidais que os espera en Gallipoli vuestro prometido esposo, el noble, el rico, el ilustre Bernaldo de Rocafort?

—¡Ah!—hizo la jóven palideciendo instantáneamente, y dejando caer la cabeza y los brazos con visible desfallecimiento.

—Sí—continuó Ugo acentuando con fuerza sus palabras, y complaciéndose en despedazar su propio corazon y el de la desventurada jóven, con esa bárbara satisfaccion que encuentra un amante que se mira sacrificado á un rival, y sabe tambien que es correspondido por el objeto de su amor, en alejar toda esperanza de su pecho, y en poner al descubierto la herida que le atormenta, para trasmitir sus dolores á aquella que es causa de su acerbo padecer—Sí, os espera para haceros olvidar con su amor la muerte de vuestro padre, para devolveros la honra, la riqueza que os quiso tomar el destino, y para enaltecer vuestro linaje y el suyo con un matrimonio aplaudido de todos y necesario á los dos..... Solo así vuestra causa, que es la de la justicia, podrá hallar numerosos valedores, y la memoria del poderoso Roger de Flor, quien la vengue de la infame traicion que hicieron con él.....

—Callaos!—esclamó Elfa que no pudo sufrir por mas tiempo la cruel ironía que envolvia las palabras del adalid, y la sarcástica espresion de su rostro.

—Qué!—continuó Ugo, que no habia agotado del todo el hervoroso despecho que sus mismas palabras habian provocado en su

corazon.—¿Dudais que el noble Rocafort cumpla con lealtad la promesa que hiciera á vuestro padre cuando vivo? Ah! no lo conoceis si eso pensais..... Sabed, que si no le hiciera fuerza su nobleza y el amor que vos tiene, haríasela el interés de las dos huestes que necesitan ya un solo caudillo; haríasela, en fin, el consentimiento que disteis de vos desposar con él, el cual le ata á fuer de buen caballero.....

—Callaos!—le interrumpió de nuevo Elfa levantando la cabeza con un jesto de dignidad; y dirijiéndole una mirada que envolvia una amarga acusasion, continuó despues de una breve pausa:

—Sí Bernaldo Rocafort, vos mandó venir á darme libertad, tornaos á Gallípoli y decidle que cumpla como caballero, y venga á dármela él; no fiando á manos estraña empresas que le atañen.

—No me lo mandó él, señora—contestó Ugo en voz baja, conociendo por la espresion que tomará el rostro de Elfa, que habia traspasado los límites del respeto y de la prudencia.

—Esora—dijo la dama sin deponer la severidad de que se habia revestido—¿quién vos mandó, y á qué vinísteis?

—Mandóme el deber, y vine por honrar la memoria de vuestro padre.

—El deber vos mandaba dar cuenta de lo que intentábais al que llamais mi prometido esposo, cuando estuvísteis en Gallípoli; y vos sin embargo le recatásteis vuestra empresa ¿por qué no hicísteis así?

—Ah! señora—respondió Ugo ahogando un suspiro en su pecho,—porque no queria dar á ninguno la gloria de morir por vos, y menos á Rocafort.

El acento tierno y conmovido con que el adalid pronunciara las anteriores palabras, hizo cesar el enojo de Elfa; y como el sarcasmo de que los dos hicieran uso, durante un momento, fue solo una lijera nube de verano, cedió al primer soplo de la brisa, y pasó sin dejar en pos de sí rastro alguno de la tormenta que encerraba en sus entrañas.

Ambos quedaron silenciosos dirijiéndose mútuamente miradas de dulce reconvencion. Elfa tuvo otra vez que interrumpir la primera el silencio, y dijo, sin duda con intencion de arrancar al adalid el secreto que revelaban sus ojos, pero que guardaba cuidadosamente en su pecho:

—Si Dios es servido dejarnos la vida y que entreis el castillo

por fuerza de armas, ¿dónde me llevareis?

—A Gallípoli, señora; donde estàn nuestros capitanes que tienen obligacion de vos honrar y defender.

—Pero allí està Rocafort—esclamó Elfa haciendo con la cabeza un imperceptible movimiento de impaciencia—y me pedirá el cumcumplimiento de la promesa que le hizo mi padre.

—Qué! ¿vos no la quereis cumplir?—dijo el adalid trémulo de alegría.

—No!—respondió la dama con resolucion.

—Esora; ¿cuál es vuestro intento?

—Muerto el padre que Dios me dió—respondió Elfa con lentitud—y no teniendo en el mundo persona que haya derecho para hacerme fuerza, haré de mí lo que sea de mi voluntad..... Encerraréme en un monasterio..... ó llevareisme á Constantinopla, al lado de la princesa María, que fué para mí otra madre y cuidará de mi horfandad....

—Allí no, señora, allí no! ca nunca os volverian à ver mis ojos, y los griegos os harian deshonra que yo no podria vengar.

—Esora—dijo Elfa sonriendo con maliciosa espresion—¿quereisme llevar à Gallípoli al lado de Rocafort?

—Ah! no; primero á un monasterio, ca asi cumplireis la última voluntad de un moribundo.

—De quién?—preguntó Elfa con sorpresa.

—De un buen caballero..... de aquel que estaba ordenado de todas las virtudes y jentilezas para saberos y poderos amar.

Esto diciendo sacó de debajo de su camisote de malla una banda bordada que traia sobre el pecho, y presentándosela á Elfa dijo mirándola tristemente:

—Conoceisla...?

Elfa la tomó entre sus manos, y esclamó con acento hondamente conmovido en tanto que dos lágrimas resbalaban por sus mejillas;

—Ah! esta banda yo la dí al bueno y sin ventura caballero, Corbaran de Lahet!

—Y él me mandó teñirla en su sangre—contestó Ugo en el mismo tono,—y que os la trajera diciéndovos: Que no diérais oidos á las razones de Bernaldo Rocafort; y que si no encontrábais un corazon ordenado como el suyo para amaros, que os guardáseis en un monasterio y pidiéseis á Dios por él, como él le pedirá por vos.

Elfa, á quien el triste recuerdo del noble caballero que debió ser su esposo, obligara á inclinar la cabeza sobre el pecho, en tanto que el adalid le daba cuenta de sus últimas palabras, la levantó de improviso con un rápido movimiento, y mostrando á Ugo sus ojos que brillaban con una indefinible espresion de gozo, y su rostro bañado por el carmin de la modestia, esclamó con acento vibrante que revelaba ser definitiva la resolucion que acababa de tomar:

—Cumpliré su voluntad..... Rocafort no será mi esposo, y guardaréme en un monasterio hasta que Dios sea servido mostrarme ese corazon que me sepa amar..... Si no lo hubiere en el mundo, consagraré mi vida á Jesucristo.

—Sí, le hay!—esclamó Ugo fuera de sí, y no pudiendo contener por mas tiempo dentro de su pecho la ardiente llama que abrasaba su corazon—Sí, le hay; mas al cielo plugo ponerle tan cerca de mereceros por su firmeza y lealtad, como distante de conseguirlo por su menguada condicion y la distancia que la despiadada ley de razas pone entre los dos.

—Quién es? nombradlo—esclamó Elfa bajando la voz y haciendo visibles esfuerzos para ocultar su turbacion.

—Dadle tiempo—contestó Ugo con creciente entusiasmo—para que gane nombre, fama y riquezas que le pongan tan alto como los mas encumbrados caballeros, y borren de su frente la marca que puso en ella la fatalidad..... Esora le vereis llegar á vuestro lado, y deciros: Héme aquí..... Pero en tanto, guardad vuestro corazon y la fé jurada á Corbaran de Lahet entre los muros de un monasterio, no sea que quieran haceros fuerza para torcer vuestra voluntad.

—Oh! ¿y no podré saber su nombre para pedir á Dios por él?—dijo la dama con timidez.

—Sí, gentil señora; mas antes dadle permiso para que os consagre su vida y todas sus obras buenas..... Para que le sea permitido invocar vuestro nombre en el duro trance de las batallas; y que pueda dedicaros las empresas que acometa y las victorias que Dios sea servido darle....

—Tomad! mi caballero....—esclamó Elfa enagenada, y ofreciendo con una dulce y apasionada sonrisa su blanca mano al adalid.

Ugo retrocedió un paso, sobrecogido con la inmensidad de una dicha á la que sus sentidos se negaban á dar crédito: y vaciló en aceptar la mano de su dama, temiendo, tal era el estado de apa-

sionada exaltacion de su alma, equivocar el sentimiento que guiaba el ànimo de Elfa.

La hija de Roger, adivinando lo que pasaba en aquel sencillo y noble corazon, no quiso pronunciar una palabra que pudiera aumentar su delirio, y permaneció inmóvil, silenciosa y con la mano estendida, significando asi al mancebo, que no por desvarío si no que por amor y agradecimiento se la ofrecía.

Ugo se recobró lentamente; y vencida su emocion se acercó à la dama doblada las rodillas y en actitud de caer de hinojos á sus pies.

Ya iba á estrechar entre las suyas aquella mano tan querida, cuando un sordo y agudo grito que se oyó en la puerta del aposento, le hizo volver la cabeza y ver en ella un jóven soldado, vestido con el traje de capitan masajeta, que los estaba contemplando inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Verle, exhalar un grito de rabia, desnudar el puñal, pasear una mirada ràpida como el relámpago desde la ventana del aposento que daba sobre el lago al pecho del temerario, y precipitarse sobre él para castigar su audacia con la muerte, fue obra de un segundo para el indignado y colérico adalid.

Mas al ir á ejecutar su intento, detúvole el brazo una voz que creyó salia de las entrañas de la tierra, diciéndole con irónico acento;

—Herid si os atreveis, señor caballero!

—Teodeta!!—esclamó Ugo soltando el puñal y llevándose ambas manos á la cabeza con frenética desesperacion.

—Teodeta, si, à quien el cielo, ó el infierno han dado su ayuda para apoderarse definitivamente de vos....! ¡Hola!—continuó la apasionada y vengativa masageta dirigiéndose á un peloton de soldados que estaba á sus espaldas,—prended á ese espía del campo contrario.

—Allegad si os atreveis!—gritó Ugo sacando la espada que traia bajo su sayal

—Teneos!—esclamó Teodeta—y reparad que la vida de esa muger me responde de vuestra obediencia.

Ugo rompió su espada como si fuera un junco, tomándola por el pomo y por la punta, arrojó los pedazos con furia contra el suelo, y se llegó á Elfa, que se habia dejado caer sobre la tarima de su reclinatorio presa de un terror convulsivo.



Elfa

—Señora—la dijo con voz gutural, y tan bronca, que con dificultad se entendian sus palabras—quedàbanos por apurar las heces del cáliz de la amargura, cuando insensatos cuidàbamos estar gustando la copa de la felicidad..... Empero, tened valor como yo lo tengo, ca todavia puede Dios tornar por nuestra causa..... Cuando esté fuera de aquí, asomaos á esa ventana y moved mucho vuestro lenzuelo blanco, pues esta es señal convenida con los mis almogavares para hacerles entender que me han preso en el castillo..... Adios, señora..... confianza en el Señor.....

Esto diciendo, tomó una mano de Elfa, que estrechó con delirio contra sus labios, y salió del aposento con paso firme y mirada altanera, rodeado de los soldados de Teodeta.

Cuando Elfa se vió sola, corrió precipitadamente á la ventana, agitó durante largo tiempo su pañuelo, luego se arrodilló al pié de la cruz de su reclinatorio, y oró con fervor.

XXVIII.

. . . . . .
Si el morir ella es forzoso,
¿por qué dejas mi amor vivo,
cuando mátas la que adoro?
. . . . . .

MORETO.=*El Defensor de su agravio.*

Son los celos una guerra
que aflige, asombra, y quebranta:
de quien la tierra se espanta,
y de quien tiembla la tierra.

ALCÁZAR.=*Definicion de los celos.*

Los nuestros hácia atrás se retrujeron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces, y otras tantas revolvieron
de vergonzosa cólera movidos:
gran pieza á la fortuna resistieron;
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerzas, lasos, desangrados,
y de sangre los hierros colorados.

HERCILLA.=*Araucana.*=Canto XI.

Ugo fué conducido à la habitacion alta de la torre, donde pasara la noche anterior, en cuya entrada quedaron de centinela los masajetas que le habian escoltado.

Un cuarto de hora despues, penetró en ella la hija del general George, vestida con el traje propio de su secso; cerró la puerta y fuese à situar frente al adalíd que estaba en pie junto á la ventana.

En menos de dos años la altiva Teodeta habia envejecido de dos lustros, su tez antes nacarada se habia vuelto pálida; sus ojos negros y aterciopelados, en vez de miradas lànguidas y amorosas, lanzaban ahora un fuego sombrío, y brotaban, al través de sus largas pestañas, relàmpagos hechos mas lucientes, porque salian de enmedio

del cerco amoratado que los rodeaba, y sus lábios, de húmedos y rojos como el coral, se habian tornado secos, delgados y descolori dos como los de un cadàvre.

Todo en ella revelaba la ecsistencia y los estragos de una pasion vehemente y contrariada; su paso lento, su cabeza inmóvil que se sostenia sobre un cuello descarnado é inflecsible, su mirada vaga y el desfallecimiento de todo su cuerpo, daban claro testimonio de que su ardiente imajinacion, ni su poderoso temperamento, habian podido luchar contra la pasion devoradora que destrozaba su corazon y no consentia un rato de sosiego à su alma enamorada y celosa.

Ugo estaba demasiado preocupado con su reciente desgracia y temeroso de los resultados que pudieran sobrevenir, para detener su imajinacion en el cambio físico que habia sufrido Teodeta; empero cuando esta se aprocsimó á él y pronunció las primeras palabras, notó en las inflecciones de su voz un eco tan diferente del que otras veces habia oido, que la miró con sorpresa; y viendo marcadas en su rostro, con trazos indélebles las huellas del dolor y sufrimiento, sintió deslizarse en su pecho un sentimiento de compasion, que desapareció muy luego ante el recuerdo de las lágrimas que Ella debia estar vertiendo en aquella hora.

—Por fin estais en mi poder, y para no serme arrebatado vivo —dijo Teodeta sonriendo con una espresion que revelaba mas bien un punzante dolor que una tranquila alegria.

—Que quereis de mí—esclamó Ugo dirijiendo à la dama una mirada que la abarcó desde la cabeza á los pies.

—No lo sé!.... Porque no os amo en Lentulæ como os amaba en Constantinopla.... ni tampoco os aborresco por que no me lo permite el cielo.... Quiero teneros à mi lado para siempre.... unirme á vos como la sombra al cuerpo.... miraros siempre como os miro ahora, y gustar con delicia la copa emponzoñada que el destino puso en mis lábios.

—Os engañais, señora,—respondió Ugo plegando la estremidad izquierda de sus lábios con un gesto de desprecio—ca mis soldados acudirán presto á mi defensa, y si el cielo no les dà victoria, antes que ser vuestro esclavo de por vida, sabré buscar la muerte.

—Vuestros soldados.....—esclamó Teodeta mirando al adalid entre una sonrisa y una amenaza—podràn tomar el castillo; pero no vos hallarán. ¿Pensais que habiendo comprado este momento à costa de torrentes de sangre y de año y medio de trabajos para mover

el ànimo de mi padre, sea tan insensata que pierda por una im prevision el fruto á tanta costa adquirido.. .? si lo pensais, el engañado sois vos; pues sabed, que están tomadas todas las medidas para sacaros del castillo y conduciros á Andrinópolis, asi que vuestros soldados den principio al ataque.

Ugo recordó en este momento las instrucciones que habia dado á Tallaferro para Pedro de Artasona, y en la seguridad de que serian puntualmente cumplidas, contestó:

—Ni aun así seré por mucho tiempo vuestro preso.

—Lo sereis apesar del mundo entero; pues tengo en la mano un medio de haceros fuerza á cumplir mi voluntad.... ¿Olvidásteis que está en mi poder la hija de Roger de Flor, y que ella es prenda que me asegura vuestra obediencia?

—No lo olvide, señora; pero tambien tuve en cuenta que sois una dama de buen linaje y que nunca haríais deshonra á quien nunca os hizo malfetria.

Teodeta permaneció silenciosa y pensativa, revolviendo en su mente mil pensamientos inconecsos de amor y de venganza, que hacian palpitar violentamente su corazon y aumentaban la fiebre que abrasaba su cerebro. Poco á poco sus lábios se colorearon ajitándose con un temblor nervioso; sus ojos se humedecieron con dos lágrimas ardientes, y sus mejillas se cubrierou de manchas sonrosadas, que parecian desprendidas de su rostro destacàndose nacaradas sobre la amarillenta palidez que les servia de fondo.

—Señor caballero—esclamó con voz vibrante y acento que pugnaba por parecer tranquilo—os conozco lo bastante para saber que vuestro cuerpo es insensible á los dolores y vuestra voluntad inflexible á mis ruegos. Asi que, renuncio á atormentaros por el lado en que sois invulnerable y á haceros participar de buen grado de la pasion que me abrasa, del tormento que me consume.... Sois libre de volver con los vuestros, decid una palabra y las puertas del castillo se abriràn ante vos.....

—Gracias! noble señora, ínterrumpió Ugo lleno de alegría por no haber comprendido el significado oculto de las palabras de la dama—nunca tuve duda de vuestra generosidad, y prueba de ello es, que hice llamada á vuestro corazon seguro de que no se mostraria sordo.... El señor Dios os lo premie, y en tanto, nosotros llamaremos todos los dias sobre vuestra cabeza su santa bendicion.

—Vosotros,—dijo Teodeta sonriendo con ironía—¿y quién sois vosotros?

—La huérfana cuitada de en Roger de Flor, y yo, su caballero.

—No me habeis comprendido; las puertas del castillo se abrirán para vos solo ....

—Eso no!—esclamó Ugo con vivacidad.

—Qué! ¿no quereis marcharos?

—Solo...,? antes diera cien veces mi vida, ca no debo dejarla sin defensa en vuestro poder—respondió Ugo con resolucion.

—¿Pues no decíais poco ha, que antes de ser mi esclavo de por vida sabríais buscar la muerte? ved como he sabido sinviolencia, sin hierros y sin prisiones ligaros por siempre à mí..... Y hora pues, que he llegado à conocer que no es tan duro vuestro corazon que no púeda doblarse á otra voluntad salvo la vuestra, tengo la esperanza de rendirle á mis pies y obtener de él un amor que, impórtame poco, proceda del alma ó de los sentidos.

Ugo quedó silencioso y consternado, comprendiendo que estaba à la merced de aquella impúdica mujer, que se mostraba dispuesta á todo por satisfacer su desordenado apetito. Conoció tambien que en esa lucha, en que la nobleza, la generosidad ni el valor, podian dar la victoria, habria de quedar vencido, y su corazon se llenó de angustia, no por temor al peligro que le pudiera sobrevenir, si no por el que cercaba à su dama.

Teodeta, gozándose en el dolor que se retrataba en el rostro del adalid, continuó despues de una breve pausa:

—Ya lo veis, señor caballero;. .. no hay barreras ni murallas bastante altas que puedan detener à una mujer enamorada, ni corazon, por empedernido que sea, que la constancia y la firme resolucion no lleguen à ablandar..... Lo que vuestra voluntad me ha negado, lo conseguiré por el temor..... no de vos, pues sé que no lo conoceis, sino por lo que pueda avenir á la dama de vuestros pensamientos.

—Pero, ¿qué intentais, señora!—esclamó Ugo cuyo sobresalto crecia por momentos.

—Hacerme amar de vos.

—Nunca!

—Mas pronto de lo que pensais—respondió Teodeta moviendo la cabeza con lentitud y mordiéndose despechada el labio inferior:—á no ser que esteis resignado á sufrir los tormentos que desde dos

años vienen lacerando mi pecho..... Tormentos de amor, tormentos de celos, tormentos de impotente venganza, que han hecho de mi vida un infierno, y que vos habeis de apurar si es que no quereis hacerme un lugar en vuestro corazon.

—Qué decís, señora!—esclamó Ugo que sentia el cabello erizársele sobre la frente al escuchar las amenazadoras palabras de aquella desenfrenada mujer.

—Que el sol de pasado mañana, ha de alumbrar en Gallípoli las bodas de la húerfana de Roger de Flor con el ricohombre Bernaldo Rocafort, á quien he mandado un mensajero diciéndole que salga al camino á recibirla.

—Ah!—esclamó Ugo cubriéndose el rostro con las dos manos.

—Y vos—continuó Teodeta, sonriendo con una espresion de orgulloso triunfo—sereis conducido á Constantinopla y encerrado en mi palacio de Megale, donde yo cuidaré en daros noticias de las fiestas de la boda y del amor que vuestra dama tendrá por su noble marido.

—No hareis eso, señora! no hareis eso; vos lo pido en nombre de Dios!—esclamó Ugo juntando las manos en actitud suplicante.

—Entonces,—contestó Teodeta con una calma y serenidad que acabó de aterrar al adalid—mandaré que la den muerte; pues no hallo otros medios de quitar á vuestro corazon toda esperanza de unirse á ella.

—Primero eso, que no casarla con Rocafort!—esclamó fuera de sí Ugo, cuya razon comenzaba á estraviarse.

—Ah....! cuánto la ama!—murmuró Teodeta alzando los ojos al cielo y moviendo la cabeza de un lado á otro; y luego continuó pronunciando con aparente calma estas palabras, que sabia habian de ser otras tantas puñaladas para el corazon del mancebo.

—Pero no, no debo sacrificar un inocente teniendo entre mis manos al autor de mi tormento.... Habéisme mostrado demasiado á las claras el estado de vuestro corazon, para que yo dejara de ver la parte sensible donde debe ser herido; y os juro, por Dios, que lo heriré sin piedad para satisfacer, ya que no mi amor, mi venganza... A vos toca ahora sufrir y llorar luengos años como yo he sufrido y llorado...! A vos, como á mí, en vez de los deleites del amor, el rencor, los celos y la desesperacion....! A vos la vista de un paraiso de amor, pero desde un infierno de tormentos.....! A mí la fruicion de la venganza y el placer de haceros sufrir la pena del Ta-

lion..... A ella, pura y santa criatura, que no me pudo ofender ni gozarse en mis dolores que ignora y por dicha desconoce, la paz del alma y el deleite del cuerpo en brazos de un esposo, que la ama y sabrà honrarla y enaltecerla como merece por su belleza, virtudes y linaje. Oh! mi corazon reboza de alegria al ver vuestro semblante descompuesto; vuestros ojos, vuestra boca ajitarse con la desesperacion del condenado; al oir vuestros dientes rechinar, y vuestra respiracion ahogada, que màs parece silvido de sierpe que aliento de pecho humano..... Creíais, desdichado, que era llegada vuestra hora de gozar, despues de haber pagado al destino, con una vida llena de miserias la deuda de sufrimiento que todos traemos al nacer; y os habeis engañado. Creíais haber bebido la copa del dolor luchando sin cesar con la grandeza de vuestros pensamientos y la ruin condicion de vuestra cuna, con la sed de gloria y la ambicion de nombre que os devora y el desvío que inspira vuestra raza despreciable! y, ya lo veis, aun os quedan sus hezes por apurar..... Soñábais, en fin, con la libertad, el lustre y la fortuna y os dispertais entre los hierros de la esclavitud..... con vuestra parte de Paraiso en este mundo al lado de la mujer que amais, y abrís los ojos para mirarla feliz y placentera en los brazos de otro hombre mas afortunado que vos..... Ah! vuestras rodillas flaquean, vuestras manos se juntan, y de vuestros ojos brotan làgrimas de fuego para mover mi compasion..... ¿Y la tuvísteis vos de mí....? No habeis dicho à mi amor que nunca le corresponderíais? pues yo os digo que jamás tendré piedad de vos....

Ugo, aturdido con la repeticion de golpes que la implacable masajeta descargaba sin tregua sobre su alma, sintió un vértigo furioso se apoderaba de su razon, y vió estenderse delante de su vista un velo de sangre; empero cerró los ojos y dió un paso atràs con los brazos estendidos hacia Teodeta, espantado de una idea que acababa de cruzar por su mente, y murmuró con ronco acento, como si fuese este el unico medio de detener el rayo que estaba próximo á estallar sobre su cabeza:

—Ah! mis almogavares, mis almogavares!

—Necio andais—esclamó Teodeta cruzando los brazos sobre el pecho y haciendo una contorsion con la boca que queria remedar una sonrisa—si esperais de su esfuerzo vuestra salvacion! Imaginais que quien tuvo su vista sobre vos desde que alzàsteis tiendas delante del castillo; quien conoció en el ermitaño una mujer de vues-

tra raza, que pusiérais cerca de Elfa, y un espía para que os diera cuenta de todo lo que acontecia en la fortaleza; quien os vió esta mañana, al romper el alba, subido sobre la plataforma de esta torre rejistrar desde sus almenas todas las fortificaciones, quien vela y aguarda, en fin, con sus ojos y cuidado, mas que la guarnicion que encierran estos muros, por conservar los rehenes que tiene en su poder, ¿habrá descuidado su venganza ó última hora y dejado algun cabo por atar?... Pobre mozo! quiero mostraros todo lo que puedo, para quitaros hasta el triste consuelo de una ilusoria esperanza..... Sabed que esta mañana he enviado secretamente dos mensageros, uno á Gallípoli, para que dé cuenta á Bernaldo Rocafort de lo que aquí está pasando, y otro á Andrinópoli, á mi padre, para pedirle refuerzo de jente. El interés de todos hará que se den prisa en ambas plazas de armas por acudir á Lentulæ; los unos por cobrar la esposa de Rocafort, y los otros por salvar á la hija del general George; y espero que se den tanta, que mañana á la puesta del sol las dos huestes estén sobre el castillo. Entre tanto, podrán vuestros soldados intentar un asalto contra la fortaleza; pero si tal hicieren, habrán de arrepentirse mucho de su temeridad, pues los dardos de la guarnicion y el fuego griego que tengo dispuesto sobre los adarves, no dejará vivo ni uno siquiera de los que lleguen á aproximarse á la muralla.

Este último anuncio, que mostró á Ugo la diabólica astucia é infernal prevision de aquella vengativa mujer, y le arrebató efectivamente, como ella dijera, hasta el triste consuelo de una ilusoria esperanza, exalto en tales términos el furor que ardia en su pecho que le condujo al frenesí de la cólera. Olvidado, en su exitacion nerviosa, de lo que se debia á sí mismo; loco, delirante se lanzó de un salto, con los brazos levantados, sobre Teodeta, resuelto á hacerla pedazos entre sus crispadas manos.

—Deteneos, villano!—gritó la dama sin retroceder ni una pulgada—Osaréis tocar á una muger.. .?

—Y mataros como se mata á un can rabioso—articuló el adalid, cuyas palabras, acompañadas de una especie de silvido, se filtraban á través de sus dientes apretados.

—A mí los mios!—clamó aterrada Teodeta, sintiendo ya la robusta presion de los dedos del adalid sobre sus delicados brazos, y viéndose arrastrada, á pesar de su desesperada resistencia, hácia la ventana de la torre que daba sobre el lago.

La puerta del aposento se abrió empujada con violencia, y un peloton de soldados se arrojó espada en mano sobre el adalid. Su numero y las fuerzas reunidas de todos, bastaron para arrebatarle de entre las manos á Teodeta, y derribarle en tierra donde lo sujetaron por los brazos y piernas de manera á imposibilitarle todo movimiento.

—Dejadle, no le hagais mal!—esclamó la dama cuando se vió libre.

Y esto diciendo se apoyó sobre el brazo de un soldado, y con paso lento salió de la habitacion presa de un temblor convulsivo.

Ugo quedó tendido en el suelo y privado de conocimiento.

La luna comenzaba á ocultar su disco de plata en el horizonte, y su débil claridad iba desapareciendo envuelta en las sombras de la noche y entre algunas nubes opacas, que el viento que sucede á la puesta del astro arrastraba por el firmamento, cuando los almogavares se reunieron en son de guerra aparejados para dar el asalto á Lentulæ.

En tanto que Domingo Gil y cincuenta valerosos soldados armados à la lijera para escalar con mas facilidad la peña tajada del castillo, corrian deslizándose como sombras entre los matorrales hacia la arboleda donde debian estar ocultos hasta el momento en que debian dar el ataque, el resto de la hueste, dividido en compactas masas esperaba, descansando el cuarto de las picas en tierra, que la fuera dada la señal de ponerse en marcha.

Cuando el cielo, la tierra, el castillo y el campamento estuvieron completamente envueltos en la oscuridad, Pedro de Artasona arrancó á galope con sus caballos, y dando un pequeño rodeo, para no ser visto ni oido de la guarnicion, fué à buscar el puesto conveniente para estar en observacion de las orillas del lago. Entonces, los jefes almogavares, situados al frente de sus respectivas columnas, esclamaron con vos breve é imperiosa.

—Vamos, vamos!

A esta señal sucedió un sordo murmullo, espresion fiel del ardor guerrero que inflamaba todos aquellos corazones, y las masas se movieron hácia adelante como un solo hombre.

Ni una voz, ni una palabra se oia entre las filas; hay mas, ni aun el ruido de las pisadas se llegaba á percibir; los soldados, obedeciendo á lo mandado por sus jefes, y andando con los pies desnudos para no hacer el mas leve ruido, parecian sombras que vagaban por un cementerio.

Asi, callados y poco menos que á la carrera, á pesar de ir cargados con sus armas, los anchos paveses, los manteletes, las escalas y voluminosas fajinas para cegar el foso, llegaron en pocos momentos al pie del cerro, que comenzaron á trepar diligentes sin haber descansado un minuto siquiera.

Fué tal el órden, silencio y celeridad con que avanzaron, que si las escabrosidades del terreno no hubiesen contenido sus pasos y obligádoles á fraccionarse en pequeños pelotones, indudablemente habrian llegado sobre el foso, y comenzado los trabajos para cegarlo sin que la guarnicion se apercibiera de su venida; pues la oscuridad de la noche era tanta, que las centinelas puestas en las torres, no los vieron mientras marcharon por la llanura; y aun habiéndolos visto, acaso los hubieran tomado por masas de arbustos, tan sin ruido y apiñados avanzaron.

Empero, cuando ya estaban á poco mas de tiro de ballesta de los muros, los sitiados se apercibieron de su venida, y dieron un grito de alarma que resonó en todo el castillo y puso sobre el quien vive á la guarnicion.

Acto continuo vióse lucir sobre los adarves entre almena y almena, un fuego brillante que semejaba un cordon de faroles de iluminacion, cuya luz alumbró la fortaleza y sus aproches con una claridad tal, que sitiados y sitiadores pudieron darse cuenta de sus respectivas posiciones, y aun contar su número cual si fuera en medio del dia.

Los almogavares viéndose descubiertos, se detuvieron algunos segundos para cubrirse con sus paveses y preparar los manteletes; y una vez embrazados los broqueles y defendidos por los movibles parapetos de tablones, avanzaron denodadamente á los gritos de

¡Aragon! ¡Aragon! Sent Jordi y á ellos!

No bien fueron llegados al borde esterior de la contra escarpa del foso, y comenzado á echar en él las faginas para cegarlo y dar principio á la escalada, cuando el castillo se vió trasformado como por encanto, en un volcan de cien cráteres, que vomitaban incesantes chorros de materias inflamadas, que antes de caer en tierra se

fraccionaban en millares de gruesas chispas, convirtiendo el circuito de la muralla en un foso ardiente que remedaba el fuego del infierno.

Los almogavares retrocedieron aterrados y mirándose unos á otros para pedirse el valor de que todos en general y cada uno en particular se sentia despojado.

Viendo el amago de retirada del enemigo, los sitiados cesaron de arrojar fuego, sin duda para economizarle.

Alentados los almogavares con esta tregua, dieron de nuevo su grito de guerra y se lanzaron con mayor denuedo hácia el foso.

El castillo volvió á abrir sus cráteres, y esta vez, no solo con mayor furia, sino que tambien viéronse saltar por encima de las almenas haces de sarmientos y de ramas secas, impregnados de fuego griego, los cuales arrojados con una fuerza ó artificio sobrenatural caian á larga distancia desparramándose por el aire.

Tan continuado fuego, comenzó muy pronto á producir sus desastrosos efectos; algunos soldados heridos por él se revolcaban en el suelo dando alharidos en medio de los mas atroces dolores; casi todos los manteletes se habian inutilizado, y no pocos broqueles se veian reducidos á cenizas.

Y si á esto se agrega el humo espeso y ácre que saturaba una atmósfera ardiente como la de un horno, que ofuscaba la vista y se agarraba á la garganta haciendo difícil la respiracion; los gritos de triunfo de los vencedores, y la falta de un caudillo autorizado que en tan supremo momento tuviera todo el prestigio suficiente para reanimar el abatido valor de sus soldados ¿quién estrañará que los almogavares se retirasen precipitadamente delante de aquella inmensa hoguera que amagaba devorarlos á todos, y que se manifestasen entre ellos síntomas de indisciplina, pidiendo á voces ser conducidos al campamento?

Sin embargo, Martorell y Tallaferro, rodeados de algunos esforzados soldados, lograron á duras penas con sus ruegos y amenazas contener el pánico, y aun rehacer las haces, para ver de intentar el último asalto, por un paraje que ofrecia menos peligro.

Por una inconcebible imprevision, los sitiados no habian puesto fuego griego en la torre estramuros del castillo, dejando su defensa encomendada únicamente á un reducido número de soldados, que desde la plataforma y por las flecheras tiraban multitud de dardos sobre los sitiadores.

Por esta parte, pues, y con arreglo al plan de ataque que habian discutido por la mañana en el campamento, los jefes se decidieron á dar la tercera embestida, despues de haber hecho comprender á los soldados en pocas, pero enérjicas palabras, que tal era su deber; y que cuando menos se conseguiria dar tiempo á que Domingo Gil atacase por el lado que se le habia designado, lo cual debia necesariamente hacer cambiar el aspecto de la refriega.

Obtenida la sumision de los almogavares, los jefes dividieron ejecutivamente su fuerza en tres columnas; dos de las cuales habian de llamar simultáneamente la atencion de los cercados por dos distintos puntos, en tanto que la tercera, capitaneada por Tallaferro, combatiría la torre.

Tomada esta resolucion, se dió la señal, y las columnas de ataque avanzaron por tercera vez. El castillo repitió sus fuegos; pero en tanto que la guarnicion acudia diligente á defender los parajes de la muralla amagados del asalto, el impertérrito Tallaferro y sus bizarros soldados atacaron con tal denuedo la torre, que á pesar de lo recio de su entrada, defendida por un pequeño foso que se unia en arco de círculo con el que circunvalaba las murallas del castillo, y de la lluvia de saetas y piedras que caian sin cesar sobre ellos, llegaron hasta la enrejada del rastrillo; y en tanto que el mayor número arrojaba sus asconas hácia la plataforma, por los intérvalos de luz que dejaban entre sí los maderos enlazados que formaban la compuerta, los mas audaces y lijeros subieron por el rastrillo, haciendo hincapié en los travesaños, y picaron con sus espadas las maromas que sujetaban el puente levadizo.

Esta atrevida maniobra tuvo todo el exito que se pudiera desear; cortadas las maromas, el puente cayó pesadamente sobre la orilla opuesta del foso, dejando franca la entrada de la torre á los valerosos soldados que la combatieran.

Dueños de ella, los almogavares dieron muerte á todos los masajetas que la guarnecian, y comenzaron luego á arrojar sus temibles asconas desde la plataforma, sobre los adarves del recinto del castillo, que dominaban de algunos pies. Empero este primer suceso debia costar muy caro á la hueste.

Así que Tallaferro se vió dentro de la torre, embrazó un pavés, y blandiendo con furor la espada gritó á voz en cuello:

—Saña del señor Dios! conmigo los mejores y mas esforzados!

Y esto diciendo, mandó bajar el puente levadizo que daba frente à la muralla, y se precipitó por él seguido de unos veinte heróicos almogavares.

Empero, al llegar á su estremidad vió que la distancia que la separaba del castillo era demasiado considerable para ser salvada de otra manera que bajando el opuesto rastrillo; y que por lo tanto, su temerario intento de forzar la entrada de la muralla como lo hiciera en la torre, quedaba casi frustrado, pues no habia otro medio de llegar á la enrejada que miraba à su frente, sino el de andar en equilibrio por las dos vigas que atravesaban el foso, y servian para dar suficiente resistencia al piso de los dos puentes, cuando se bajaban para dar salida ó entrada en la fortaleza á la caballería, carros ó màquinas de guerra.

Este obstàculo, que hubiera descorazonado á otros hombres que no fueran almogavares, solo sirvió para exaltar el ànimo de aquellos héroes. Así que, sin cuidarse del inminente peligro que los amenazaba, echaron á andar con gentil y resuelto continente por la senda estrecha y sin retorno que los podia conducir à la muerte.

Apenas los dos últimos hubieron asentado el pie sobre ámbas bigas y los dos primeros alargando las manos para asirse de los travesaños del rastrillo de la muralla, cayó sobre ellos una espesa lluvia de fuego que los envolvió enteramente.

Cuando á impulso de una ráfaga de viento el fuego y el humo se hubieron disipado, no se vió sobre las bigas, ni uno solo de aquellos veinte màrtires del valor y de la lealtad.

Un grito de horror y de consternacion se exhaló de los pechos almogavares; otro de triunfo y de satisfaccion le contestó desde las murallas de Lentulae.

El nombre de Tallaferro corrió de boca en boca, pues todos en el campo español habian visto su blanco cabello y su rostro marcial, á la luz precursora del incendio que le devoró, marchando sereno, bizarro y con planta segura por la biga que le conducia á la muerte.

Mas en pos de su nombre y de aquel grito de dolor, especie de fúnebre oracion con que los almogavares se despidieron para siempre de un anciano camarada, resonó uno de venganza, mezclado con otros de espanto, que hicieron estremecer las murallas del castillo sobre sus cimientos.

Las columnas de ataque de derécha é izquierda, y los soldadso

de la torre que habian dado treguas por un momento al combate para recobrarse del terror que les ocasionara la muerte de Tallaferro, notaron que sobre los adarves comenzó á reinar un desórden y confusion tal, que muchos masajetas las abandonaban precipitadamente, en tanto que otros corrian como dementes en todas direcciones, arrojando el fuego por la parte interior y la esterior del muro indistintamente.

Mas, ¡cuál fué su sorpresa y alegría cuando enmedio del ruído de armas que se hacian dentro del castillo, sintieron llegar á sus oidos, claro y distinto el nombre de Aragon y las voces de ataque propias de los soldados catalanes!

Un clamor general de victoria resonó en todo el campo español; y los soldados, sin esperar las voces de sus gefes, sin cuidarse del fuego, que aunque con menos intensidad les arrojaban desde los muros, se lanzaron al foso; y confiados en la longitud de las escaleras, que, por no haberse hecho todavía uso de ellas se conservaban intactas, comenzaron á subir como lobos hambrientos sobre la barbacana, y con igual celeridad sobre la muralla.

¿Qué estraordinaria peripecia habia trocado una derrota cierta en una fácil victoria?

Héla aquí.

Domingo Gil, como saben los lectores, se habia emboscado con los cincuenta almogavares en la arboleda próxima al castillo, á la que pudo llegar sin ser visto de los centinelas merced á la oscuridad; desde allí esperó impaciente la llegada de los sitiadores para combinar sus movimientos y obrar con arreglo á las circunstancias. Es de advertir, que se habia hecho acompañar de Wilda para que sirviese de guia á sus soldados en la escalada que habian de practicar por un terreno que les era totalmente desconocido.

Cuando la fortaleza se iluminó con el fuego griego, temió ser descubierto si sália de su emboscada, y consideró en este caso tan arriesgada y peligrosa su empresa que estuvo á punto de renunciar á ella; puesto que estribando su éxito en una sorpresa, esta no podia verificarse toda vez que desde el castillo habia de advertirse su movimiento.

Mucho tiempo estuvo dudoso en tomar un partido definitivo, hasta que por último, reconociendo el aprieto en que se hallaban sus compañeros por las voces que de sitiados y sitiadores llegaban hasta él,

y amonestado por Wilda se decidió á atacar el punto que se le habia señalado.

Para salvar la contingencia de ser vistos, á ruegos de Wilda, que dió el ejemplo marchando delante, los almogavares se metieron en el agua hasta la cintura, y avanzaron medio ocultos entre los cañaverales y plantas acuáticas que brotaban en la orilla del lago hacia el pie del tajo del cerro.

La fortuna quiso favorecerlos, y llegaron sin contratiempo á su destino, donde cesaron todos sus temores de ser descubiertos; puesto que haciéndose los fuegos por la parte opuesta, el cerro y el castillo arrojaban la oscura masa de su sombra sobre ellos y los dejaba envueltos en tinieblas.

Entonces, Gil, dividió su fuerza en dos mitades, y despues de reconocer como mejor pudo, las asperezas de la subida y la entrada de la sima, puso una de ellas á las órdenes de Coll de Cabrills, dándole por guia á Wilda, y le mandó que penetrase en aquella negra caverna, empero que no saliese al patio de armas del castillo hasta tanto que no entendiese, por las voces de Aragon Aragon, que él con sus soldados estaba dentro de la fortaleza.

No bien la primera mitad hubo desaparecido en las entrañas del cerro, cuando Gil, puesto al frente de la segunda que se componia de los soldados mas jóvenes y de mayor agilidad, comenzó á subir, él el primero, por la enriscada pendiente.

Haciendo prodigios de fuerza, equilibrio y lijereza, los almogavares, cual cabras monteses treparon por la escarpadura, agarrándose con ahinco, hasta romperse las uñas y ensangrentarse las palmas de las manos, en las piedras salientes y en las matas que encontraban poco menos que al tiento.

Una hora de desesperados esfuerzos é inaudito trabajo emplearon en la subida; llegando por fin, jadeantes y rendidos de fatiga, mas sin haber perdido un solo hombre, al pie de la muralla, donde se tendieron en tierra para descansar un momento y cobrar el aliento de que habian menester para trepar por ella de la misma manera que treparan por la escabrosa pendiente del tajo.

La escasa guarnicion que tenia el castillo y la ciega confianza de sus jefes en la imposibilidad material de ser atacados por esta parte del recinto fortificado, hizo que se encontrara enteramente desprovisto de guardia y aun de centinelas; pues todos los soldados

eran pocos para atender á la defensa de la parte sur, único punto donde, á su sentir; existia el peligro. Asi que, los almogavares, despues de haberse recobrado, escalaron la muralla, que por este punto no tenia foso y era ademas poco alta, con todo despacio y seguridad, aunque no sin fatiga, pues tuvieron que valerse del siguiente medio para conseguirlo.

Primero se pusieron ocho hombres, los mas robustos á un paso de distancia del muro, con las espaldas encorvadas y los brazos agarrotados y puestos á modo de puntal sobre sus rodillas ligeramente dobladas; sobre los hombros de estos ocho hombres subieron otros tantos que se mantuvieron en pie, mas con la cabeza y las manos apoyadas contra la muralla, y luego los demas, treparon como ardillas por esta escala de carne humana y ganaron con soltura el adarve; desde donde, y afianzándose con un brazo á las almenas, alargaron con el otro el cuento de sus picas á sus compañeros, que asidos á ellas y aprovechando las grietas y uniones de las piedras para asegurar los dedos pulgares de sus desnudos pies, subieron con igual ligereza, dando cima en pocos minutos á tan temeraria empresa.

Animados con el fácil éxito de su primer tentativa, y favorecidos por la sombra que el torreon arrojaba sobre el lienzo de muralla que habian ganado, se reunieron todos para aparejarse en son de pelea y acordar la manera de dar la embestida. Algunos manifestaron la conveniencia de correrse á lo largo de los adarves; mas hubieron de desistir de su propósito considerando que se verían atajados por las torres que interceptaban el paso; otros, y esta fué la opinion que se aprobó, dijeron que debian dirijirse desde luego al patio de armas, para dar la voz de alarma convenida, á fin de que sus compañeros salieran de la sima.

En su consecuencia, saltaron sijilosamente de la muralla, y fueron á la carrera á cumplir su propósito, favorecidos siempre por la oscuridad, y sobre todo por el aprieto en que estaban los masajetas, cuyo cuidado estaba esclusivamente fijo en el enemigo que tenian al frente.

Sin embargo, cuando los almogavares estuvieron en medio del patio de armas, hubieron de ser descubiertos; empero la sorpresa, duda y confusion que durante algunos segundos tuvo en suspenso á los cercados, les hizo perder un tiempo precioso y dió lugar á

que los soldados españoles se adelantasen hasta rebasar la boca de la sima para protejer la salida de sus compañeros. Entonces, seguros ya de poder atacar y defenderse cumplidamente, arrojaron sus asconas contra los atónitos masajetas, y dieron los gritos de victoria que fueran la señal convenida con Coll de Cabrills.

Todavia retumbaba el nombre de Aragon entre los muros del castillo, cuando salieron los almogavares de la sima, y parte de sus defensores bajó precipitadamente de la muralla para hacer frente al enemigo que les atacaba por la espalda.

Este fué un momento de espantoso desórden y confusion. Los masajetas, que habian perdido la superioridad que les dió el fuego griego y los reparos á cuyo abrigo se defendieran, se sintieron poseidos de terror y opusieron una débil resistencia à las espadas de los almogavares que se cebaron en ellos sin piedad.

Los que quedaran sobre los adarves, al ver lo que acontecia en el patio de armas, que el miedo les representaba lleno de enemigos, abandonaron las almenas y dieron en huir atropelladamente para ganar las torres y hacerse fuertes en ellas. Empero con los primeros pasos de su retirada del muro coincidió la aparicion en él de los almogavares de Martorell, que sedientos de venganza se lanzaron en su persecucion dando desaforados gritos, y penetraron mezclado con ellos en los últimos baluartes de Lentulæ.

Desde este momento cesó el combate en el patio de armas, en las torres y en las murallas de la fortaleza, y empezó la carnicería; los almogavares ejecutando su rigor y ferocidad acostumbrada degollaron y despedazaron cuantos enemigos pudieron haber à las manos entre gritos, blasfemias é imprecaciones.

Al abandonar la sima, la primera diligencia de Wilda fué llamar á algunos hombres para ir al torreon á dar libertad al adalid y á Elfa, que suponia estar encerrados en él; empero los soldados cuidando solo del peligro mas inmediato, y enardecidos con el deseo de la pelea, desatendieron por el pronto sus ruegos y continuaron batallando en el patio de armas hasta el momento en que creyeron segura la victoria; entonces seis almogavares se fueron en seguimiento de la hechicera, y penetraron por el palacio en la torre sin encontrar un solo enemigo que detuviera sus pasos.

Con la luz de una tea registraron el aposento de Elfa, donde no encontraron à la jóven; de aquí subieron al del adalid, cuya puer-

ta tuvieron que derribar por estar asegurada con cerrojos y candados, y vieron en él á Ugo acostado sobre la tarima que le servia de lecho.

—Mi señor!—esclamó Wilda arrojándose trémula de gozo y con los brazos abiertos sobre él—levantáos, ca estais en libertad y con los vuestros almogavares!

Ugo exhaló un grito intraducible de alegría, hizo un esfuerzo para incorporarse; mas volvió á caer al parecer desfallecido sobre su lecho.

—Gran Dios!—esclamó Wilda retrocediendo con espanto—estais herido!

—No,—respondió Ugo—hanme agarrotado los brazos y las piernas.

Wilda sacó un puñal, y cortó con celeridad sus ligaduras.

Cuando el adalid se vió libre y dueño de sus movimientos arrojóse de un salto fuera de la tarima, y gritó, corriendo hacia la puerta de su aposento:

—Seguidme; vamos á dar libertad á la huérfana de en Roger.

Deteneos—dijo Wilda atajándole en medio de su veloz carrera—ca no la encontrareis á do la vais á buscar.

—Do está?—preguntó Ugo mirando á la anciana con desencajados ojos.

—En otra parte que en su aposento, ca la hemos buscado, y no la hallamos en él.

—Vamos, pues, á registrar todo el castillo—esclamó el adalid saliendo á la carrera de su prision.

Conducido por los almogavares á quienes interesaba mas que buscar á Elfa, conocer el estado en que se encontraba la batalla que dejaran por seguir los pasos de Wilda, Ugo llegó fuera de sí y sin saber á donde era conducido, al patio de armas, donde los gritos de júbilo de su escolta y los de la anciana que anunciaban su presencia, se confundieron con las voces de triunfo de los soldados de España y el estertor de la agonía de los masajetas

La noticia de la libertad del adalid se comunicó de uno en otro grupos con la velocidad de una exhalacion, y los soldados dieron tregua á la carniceria por acudir á ver y victorear á su jóven caudillo. Este, cuando se hubo zafado, á duras penas, de los centenares de brazos que le estrechaban y querian alzarle sobre un pavés para pasearlo en triunfo, dió órden para que se rejistrasen todos los lu-

gares retirados del castillo con objeto de encontrar á la hija de Roger.

Esta órden dictada con un fin generoso, fué una involuntaria sentencia de muerte pronunciada contra todos cuantos enemigos respiraban todavia en la fortaleza; pues los implacables almogavares buscando con diligencia á la dama del adalid, encontraron muchos desgraciados que se habian escondido en los rincones mas apartados, y allí los sacrificaron sin piedad, siendo este el único resultado de sus pesquizas, pues Elfa no fué hallada.

Los primeros albores de la mañana comenzaban á iluminar el cielo, cuando los vencedores abandonaron aquel vasto sepulcro, y se retiraron al campamento, dejando una corta fuerza para que recogiese sus compañeros heridos, y las armas y demas objetos de valor que quedaban en él.

Ugo se tranquilizó un tanto respecto la suerte de Elfa al saber que, con arreglo á sus instrucciones, Pedro de Artasona con sus caballos habia ido á guardar las orillas del lago; y como Teodeta no fué tampoco encontrada en el castillo, dedujo de aquí la probabilidad que hubiese intentado la huida llevando consigo á la hija de Roger, en cuyo caso tenia fundadas esperanzas de que caeria en mano de sus ginetes. No obstante, como todas las precauciones le parecian pocas, mandó cuarenta almogavares divididos en pelotones de cinco y seis hombres para que diesen una batida en las cercanías del lago.

Entre tanto daban la vuelta, se encerró en su tienda y refirió á Wilda y á sus amigos mas allegados, como al empezar el asalto, Teodeta, seguida de algunos soldados habia entrado en un aposento, y querido hacerle fuerza para que la siguiera; mas que viendo su desesperada resistencia, le mandó atar de pies y manos á fin de sacarlo de la torre cuando fuese llegado el momento crítico. Despues se hizo referir los detalles de la toma del castillo. Al oirlos, su corazon se llenó de angustia considerando el rio de sangre que habia costado á sus soldados la conquista de aquellas funestas murallas, y lloró lágrimas de sentido dolor por la muerte de su padre Tallaferro.

Dos horas de dudas y creciente inquietud iban trascurridas, cuando un súbito clamor que se levantó en todo el campamento anunció al adalid alguna importante novedad. Con objeto de averi-

guarla, salió precipitadamente de la tienda, y sus ojos vieron, con indecible alegria de su corazon, los ginetes de Pedro de Artasona que subian al trote por el declive del terromontero conduciendo á Elfa y Teodeta, y unos cuantos masajetas amarrados á la cola de los caballos. Corrió al encuentro del sarjento de armas, y recibió entre sus brazos á la hija de Roger, que confió á Wilda para que la condujese á la tienda. Luego, esclamó dirigiéndose à Teodeta, que un hombre de armas sujetaba entre sus brazos sobre el arzon delantero de su silla:

—Aprended, señora, que hay un Dios, que vela por la inocencia, y pone su brazo sobre los malos..... Yo vos pudiera castigar por tanto entuerto y deshonra come me hicísteis.... Yo pudiera llevaros à Gallípoli para que los mios tomaran venganza en la hija del general George de la muerte alevosa que el bárbaro mandó dar al noble y poderoso señor Roger de Flor;.... mas, quiero mejor daros libertad, porque ha mas nobleza en mi pecho que en el vuestro, y porque curo que el castigo lo llevais en vuestro corazon, y que durará en vos tanto como os dure la vida. Id, señora, tornaos à Constantinopla para llorar alli vuestro despecho y mi victoria.

Ugo quedó un momento silencioso contemplando con un jesto de desprecio y compasion el rostro desencajado de aquella mujer, y su mirada febril que, con los síntomas de la demencia, vagaba desatentada de un lado para otro sin fijarse en ninguna parte; y luego esclamó, ansiando poner término á una escena que comenzaba à lastimar su corazon.

—Artasona, ruegoos que deis un caballo á esa dama para que torne con los suyos; y que pongais en libertad vuestros presos, que la han de acompañar y servir en el camino.

Esto diciendo volvió la espalda sin mirar á Teodeta, y fuese hácia su tienda.

Al penetrar en ella se detuvo para contemplar à Elfa, que recostada sobre el lecho de pieles y teniendo á sus pies á Wilda arrodillada, parecia entregada al sueño. El ruido de los pasos hubo de hacer abrir los ojos à la dama, que esclamó incorporándose y sonriendo al adalid.

—¿Qué milagro del Señor, hizo que os tornase á ver libre cuando ya toda esperanza habia muerto en mi corazon?

Ugo se acercó à ella y despues de besarla con cariñoso respeto

la mano que le presentara, le refirió circunstanciadamente todo lo acontecido desde que fué preso en su aposento de la torre, hasta que la volvió á encontrar en el campo almogavar. Cuando hubo concluido su narracion, Elfa hizo la de su salida del castillo de la siguiente manera.

—Encerrada en mi aposento oia el estrépito de la batalla sin poderla ver, ca no tenia ventanas que dieran sobre aquella parte del castillo. Llena de congoja y de temor, comenzé á orar pidiendo á Dios concediera la victoria á los nuestros, cuando percibí bajo la ventana un sordo rumor que me hizo estremecer; asomeme con cautela, y ví unas sombras que trepaban sobre la muralla y hablaban en voz baja, pero no tanto que no llegasen á mi oido algunas palabras que me dieron á conocer eran almogavares los que hacian la escalada. Contenta del suceso y sintiendo renacer la esperanza dentro de mi pecho, torné á ponerme de hinojos sobre la tarima de mi reclinatorio para pedir á Dios por ellos, hasta que oí dentro del castillo voces que apellidaban Aragon. Esora me levanté esperando por momentos veros entrar para darme libertad, cuando se abrió la puerta de mi aposento y llegóseme una dama con unos soldados que me tomaron en brazos y me sacaron de la torre. Lleváronme por muchos corredores, y aposentos hasta una escalera oscura y estrecha que bajaba á una cueva, por la cual anduvimos largo trecho hasta llegar á una boca que daba sobre el lago. Una vez allí, trajeron arrastrando una barqueta que estaba en la orilla oculta entre un cañaveral, echáronla en el agua, nos embarcamos en ella y remaron hácia la opuesta ribera. Comenzaba á lucir el alba cuando llegamos á ella, y saltamos en tierra, tomando luego á pie por una senda escabrosa, que entendí iba á un lugar donde debíamos tomar caballos. Llevaríamos andado una hora de camino, cuando vimos llegar sobre nosotros una compañia de jinetes, que asi que nos columbraron, apretaron el paso de los bridones y muy luego nos cercaron. Conocí que eran hombre de armas catalanes, y fuime para el capitan que los mandaba. Este saludóme por mi nombre, apeóse del caballo y vino á besarme la mano diciendo que era venido para servirme. Luego mandó á uno de sus hombres que tomara sobre el arzon delantero de su silla á la dama, á los otros que amarrasen á la cola de sus caballos á los masajetas, y despues que con mi permiso me puso sobre el suyo, montó tambien

y el escuadron arrancó á galope hàcia el campo.

Ugo escuchó el relato de la hija de Roger con la mas viva emocion, y se felicitó repetidas veces de su prevision en mandar á Artasona sobre el lago, sin la cual le hubiera sido arrebatada su dama por la vengativa Teodeta.

Todavia permanecieron largo espacio de tiempo conversando; empero mas sobre los temores de su oscuro porvenir, que sobre la felicidad de su presente que no necesitaban pintar por que les bastaba sentirla, y que sobre las tristes imágenes de su pasado que pugnaban por dar al olvido. Por último, acordaron levantar el campo al cuarto de alba próximo, y regresar à Gallipoli, donde esperaban realizar, con ayuda de Dios, los proyectos que acababan de trazar para fijar su futuro destino.

Hacia un instante que habian enmudecido, pero sus ojos no cesado de comunicarse esos mil secretos del corazon enamorado que la lengua desea pero no se atreve á revelar, cuando penetró un almogavar en la tienda dando la nueva de estar de regreso del castillo los hombres que quedaran en èl, conduciendo todos los heridos y los despojos que pudieron recoger. Ugo, habido el permiso de su dama, y acompañado de Wilda, salió á recibirlos, para darles los auxilios que pudieran proporcionarse en el campo, y tuvo la indecible satisfaccion de encontrar entre ellos al anciano Tallaferro; pero en un estado tan lastimoso que daba pocas esperanzas de vida.

El cuerpo del veterano estaba lleno de quemaduras, algunas de ellas tan profundas que parecia penetraban sus carnes hasta los huesos; su rostro era una sola llaga, entre roja y negra por la sangre que brotaba y la calcinacion de sus carnes; su blanco cabello y barba habian desaparecido, y, para colmo de desastres, habíase fracturado la mandíbula inferior, en su caida desde la viga al foso. Ugo le mandó conducir à una tienda preferente, donde le acompañó Wilda para tomar el cuidado de su curacion; los demás heridos fueron llevados á aquellas que se habian destinado para hospital de sangre.

Al romper el alba del siguiente dia, los almogavares levantaron el campo, à la luz de las llamas del castillo que habian incendiado pocos momentos antes, y emprendieron tristemente el camino de Gallípoli.

XXIX.

A lo que nos fuerzan los males de este cerco, confesámonos por vencidos.

MARIANA.=*Sitio de Numancia.*

¿De qué no es capaz el hombre, cuando el despecho le ciega?

CAÑIZARES.=*Teatro Real.*

Mientras el valle y castillo de Lentulæ eran teatro de las escenas que acabamos de referir, véamos los que acontecia en Constantinopla donde fueron enviados con embajada los tres caballeros catalanes Rodrigo de Santa Cruz, Arnaldo de Moncortés y Ferrer de Torrellas, y en Gallípoli donde todo era alarma y sed de venganza.

Presentáronse los embajadores en palacio, y en términos enérgicos pero respetuosos, dieron cuenta al emperador de los sucesos de Andrinópolis, y le pidieron satisfaccion del inicuo atentado cometido con Roger de Flor y sus caballeros, en nombre del ejército español. Andrónico que ya tenia conocimiento del suceso, viendo que no le era dado retroceder, al mismo tiempo que celebraba casi públicamente el crímen perpetrado por su hijo Miguel, respondió à los mensajeros, en presencia de la mayor parte de sus oficiales y ministros, que del suceso que lamentaban à nadie debian acusar mas quecà su atrevimiento y falta de obediencia, con que habian borrado

la memoria de los servicios que prestaran á su corona en la guerra de Asia; y como los embajadores tratasen de escusarse y con palabras respetuosas volver por la honra de los de su nacion, Andrónico los despidió con aspereza de su presencia, y les mando aguardar en Constantinopla su última resolucion.

Pocas horas mas tarde, el populacho de Bizancio, armado y escitado secretamente por los genoveses, y alentado con la noticia de lo que habia acontecido en Andrinópolis, acometió los alojamientos de los soldados españoles que vinieran con el almirante Fernando Ahones, y como si fueran á caza de fieras, los degollaron en sus cuarteles y en las calles de la ciudad. Terminada esta primera parte de su cobarde atentado, la plebe armada se dirigió al palacio de Raul Paqueo donde estaban alojado Ahones y los embajadores, y donde se habian refugiado muchos catalanes para atender á la defensa de su vida y de sus capitanes, y despues de tres horas de porfiado sitio logró dar fuego al edificio entre cuyas llamas perecieron todos sus defensores y habitantes. El patriarca de Constantinopla con su clero, muchos nobles y la parte mas sensata de los ciudadanos, salieron á reprimir por las calles la desenfrenada multitud, que incitada por los genoveses y por secretos mensajes de la córte, desoyó los consejos de la humanidad y prudencia, y continuó inflexible su obra de esterminio hasta que la vió completamente acabada.

En tanto que en Bizancio y en otras poblaciones de la Tracia donde se habian mandado secretas instrucciones, se representaba el sangriento drama de Andrinópolis, el príncipe Miguel temeroso de las represalías que los españoles tomaron por la muerte de Roger, reunió aceleradamente un ejército fuerte de doce mil peones y diez mil caballos entre griegos, masajetas y turcopeles, que puso bajo las órdenes del Gran Primiserio para que bloquease en Quersonero Tracio la principal fuerza de los latinos cuya tremenda venganza le causaba serias inquietudes; y él se dirigió á Panphílo para esperar los refuerzos que mandara á pedir en Tracia y Macedonia.

El ejército imperial llegó á marchas forzadas y en son de guerra al itsmo que une la península con el continente y sorprendió los primeros acontanamientos españoles, donde dió muerte á cuantos soldados pudo haber á las manos. Alentado con su primer suceso, avanzó hasta una legua de Gallipoli donde hubo de detenerse para dar comienzo á las operaciones del sitio de la plaza, que resolvió no

atacar en tanto no recibiese los refuerzos que esperaba.

Esta série de inesperados acontecimientos causó el mayor asombro é indignacion en Gallípoli y encendió en todos los corazones el deseo de una ejecutiva venganza; viéndose atacado sin prévia declaracion de guerra y pagados de una manera tan bastarda y alevosa sus esclarecidos servicios al imperio, capitanes y soldados juraron tomarla cumplida y se aparejaron para alcanzarla. Empero, como la sorpresa que les habian hecho, los obligaba á ponerse por entonces á la defensiva, reunióse el consejo de guerra para atender á la fortificacion de la plaza. La primera resolucion que se tomó, fué murar y abrir un foso en el arrabal para que el enemigo no se apoderase de él; y derribar muchas casas al abrigo de las cuales los griegos pudieran ofender impugnemente á los sitiados. Luego se levantaron algunas obras esteriores de defensa; se limpió y ahondó el foso, se reconocieron las murallas y torres que existian, y se labraron otras muchas para completar el sistema de fortificacion de la plaza; y despues de haber encerrado en ella suficiente guarnicion y víveres para muchos meses, se formaron algunas columnas volantes, con el escedente de la hueste, para que inquietasen al enemigo durante el cerco.

Terminados en muy pocos dias todos estos preparativos, y seguros de poder resistir, y aun de volver con probabilidades de éxito el ataque, los capitanes determinaron mandar otra nueva embajada al emperador Andrónico, para anunciarle que se apartaban de su servicio, y para retar al imperio á que ciento á ciento ó diez á diez, combatiesen en satisfaccion de su agravio y de la infame traicion hecha á Roger de Flor y los suyos por el príncipe Miguel.

Fueron nombrados para desempeñar tan delicada y peligrosa mision un caballero aragonés llamado Siscar, el adalid Pedro Lopez, dos hombres de armas, dos ginetes, dos ballesteros, dos almogavares y otros tantos marineros, en representacion de las diferentes milicias que componian el ejército español, para manifestar á Andrónico que todos á una le declaraban la guerra y estaban de acuerdo para ejecutar su venganza.

No pudiendo hacer el viaje por tierra, la embajada se embarcó en una saetia y navegó la via de Constantinopla, ignorante de la muerte dada á los primeros embajadores.

Mientras se recibia la contestacion del emperador, el ejército griego aumentado hasta el número de treinta mil infantes y cator-

ce mil caballos con los refuerzos que le enviara el príncipe Miguel, apretaba infructuosamente el sitio de Gallípoli, y perdia la flor de sus capitanes y soldados en las frecuentes salidas que hacia la guarnicion, y en las pequeñas batallas y contínuas escaramuzas que á todas las horas del dia y de la noche tenian que sostener con las fuerzas que operaban fuera de la plaza; las cuales validas de su conocimiento del terreno y de su práctica en la guerra de sorpresas, pudiendo ademas dividirse, fraccionarse, combatir en masa ó por pelotones un enemigo á quien la prudencia ó el temor no permitian desmembrar el grueso de su ejército, tenian en realidad cercados en su campo á los sitiadores de Gallípoli.

Por último; despues de quince dias de inútiles tentativas y repetidos descalabros que le costaron la cuarta parte de su fuerza, el ejército griego tubo que levantar el cerco de la plaza, convencido á precio de una costosísima esperiencia, que no podia entrarla; y se retiró lleno de ignominia léjos de aquellas murallas que amenazaban ser su sepulcro.

Enardecidos y gozosos con su brillante victoria, los capitanes organizaron tres divisiones de infanteria y caballeria, que al mando de jefes esforzadas y prácticos fueron pisando la retirada de las cohortes imperiales, hasta muy adentro de la Tracia marítima.

Aun cuando los acontecimientos que se sucedian con pasmosa rapidez en el campo español, eran de tal naturaleza, que parece debieran alejar el pensamiento de los caudillos de toda otra cosa que no estuviera inmediatamente relacionada con ellos, no por eso dejaba Rocafort de preocuparse de un asunto que interesaba su corazon, y entre el cual y los deberes de la defensa del ejército y de la plaza de armas repartia toda su atencion y cuidados.

Este asunto era, el que hacia referencia á la huérfana de Roger y al adalid Ugo. Empero tomémosle nosotros desde algunos dias anteriores á la llegada del ejército sitiador sobre los muros de Gallípoli, para la mas fácil inteligencia de las escenas que vamos á describir.

Sabida la muerte de Roger, Entenza y Rocafort con la aprobacion del consejo de capitanes, y el aplauso de los soldados, se repartieron el mando del ejército reservándose el primero el de la caballeria y el segundo el de los infantes. Luego tomaron todas las disposiciones necesarias para hacer frente á las eventualidades que pu-

dieran sobrevenir, y consiguieron dar treguas por algunos dias á las alarmas y temores que ajitaban la hueste.

Entretanto, crecia en el corazon de Rocafort la inquietud respecto á la suerte que hubiese cabido á la hija de Roger, su prometida esposa; y no teniendo otro medio para salir de dudas, envió secretamente un mensajero á Constantinopla, para que se avistase con los amigos de la princesa Irene y recabase de ellos noticias del paradero de Elfa. Esperando su regreso, supo como el adalid Ugo, sin autorizacion de ningun jefe y sin dar cuenta á nadie del objeto de su espedicion, habia abandonado los reales seguido de una pequeña hueste. Esta noticia fué un rayo de luz para el caballero, que adivinó muy luego el intento que movia el ánimo de su rival; y su corazon rencoroso se llenó de ira conceptuando que el adalid, no solo no habia renunciado á su amor por Elfa, sino que trataba de arrebatársela definitivamente. Ciego de despecho, mandó algunas compañías de caballos para que recorriesen la campaña, diesen alcance á la insubordinada hueste, y le trajesen preso y agarrotado al caudillo que le habia hecho faltar á sus deberes. Empero fué vana su dilijencia, pues los jinetes regresaron á Gallípoli sin haber podido dar cumplimiento á las órdenes que recibieran.

Sin embargo, Rocafort, no renunció á proseguir el intento de su venganza, y á fin de estar apercibido para ejecutarla, en cualquier tiempo y lugar, dió cuenta á Entenza de lo acaecido, y obtuvo su consentimiento para que se reuniese un consejo de guerra; el cual escitado por él, juzgo al rebelde adalid, y le condenó á ser muerto en castigo de su demasía, en cualquiera ocasion en que pudiera ser habido, reservando otras penas menores para los cabos que se habian dejado seducir por él.

Así las cosas, y cuando el soberbio catalan comenzaba á perder las esperanzas de satisfacer su ódio, en vista de los dias que iban trascurridos sin tener noticias del adalid, recibióse en la plaza de armas la noticia de estar de regreso en Lisimaquia la division espedicionaria que conducia á la hija de Roger.

La primera resolucion de Rocafort, fué montar á caballo; y seguido de Montaner, que le quiso acompañar con cincuenta caballos lijeros, tomó el camino del castillo de Examille, donde llegó á todo correr, pocas horas despues de haberse disuelto la hueste del adalid.

Acto contínuo se hizo conducir al alojamiento de Ugo, donde le encontró, guardando con la anciana Wilda á la hija de Roger.

Al entrar en la estancia, vió al adalid que sentado á los pies de la dama, estaba conversando con ella, ajeno á la tormenta que se cernia sobre su cabeza. Ciego de ira, esclamó dirigiéndose á él con los brazos levantados en actitud amenazadora:

—Villano! ¿cómo tuvísteis atrevimiento para hacer deshonra à la hija de Roger de Flor?

—Teneos, señor caballero!—respondió Ugo poniéndose en pié pàlido y con el semblante descompuesto—y cuidad que no la hice deshonra sino que la di libertad...!

—¿Quién vos dió poder para ello?

—Mi voluntad, y la obligacion que tenia con su noble padre.

—Eso no le tocaba á vuestra ruin condicion, sino à quien como yo tiene el deber de guardarla—esclamó el soberbio Rocafort lanzando una mirada de desprecio al adalid.

—Si me tocaba ó no—respondió Ugo mirando al caballero con una espresion de orgulloso triunfo—preguntadselo à ella.

—Basta, miserable!—gritó Rocafort que no podia ya contener dentro de un corazon la cólera que le inflamaba; y volviéndose hacia los soldados que le acompañaban, prosiguió—Hola! prended á ese mal hombre, y llevadlo seguro á la prision.

Los soldados obedecieron, y Ugo se dejó prender sin oponer la menor resistencia.

—Hora, gentil señora—dijo Rocafort suavizando cuanto pudo el tono, y llegàndose en actitud respetuosa à Elfa,—permitidme que os acompañe hasta el alojamiento de vuestro padre en Gallípoli.

—Vos, no!—respondió la angustiada dama, fijando sus ojos arrasados de lágrimas en el rostro del adalid que se despedia de ella con triste sonrisa y tierna mirada,

—Yo no!—replicó Rocafort conteniendo á duras penas la manifestacion de su sorpresa—pues decid cual es vuestra voluntad.

Elfa tomó las manos del anciano Montaner, y despues de besarlas con cariño filial, esclamó:

—He menester de un padre que cuide de mi horfandad, ¿quereis serlo vos, buen caballero?

—Sí,—contestó Montaner conmovido—quien fué amigo y servidor de vuestro padre, lo será de vos cual cumple à sus años y à su lealtad.

—Dios os lo premie—dijo Elfa—y volviéndose hácia Rocafort que la contemplaba inmóvil y teniendo los brazos cruzados sobre el pecho, prosiguió.—Podeis, señor caballero, hacer de vos como sea de vuestro agrado, que yo haré de mi como cumpla á la voluntad de quien quiere servirme de padre.

Rocafort inclinó la cabeza en señal de sumision, y esclamó con voz que el despecho hacia temblorosa:

—Hagase como vos quisiéredes, jentil señora;.....El cielo vos guarde —Y dirigiéndose al anciano caballero, prosigió—Os aguardo en Gallípoli, miser Montaner.

Y esto diciendo, saludó de nuevo á la dama y salió á paso lento de la estancia. En la misma hora montó á caballo y tomó la vuelta de la ciudad seguido de su escolta, que conducia preso al adalid.

Tres dias despues, los jueces encargados de la causa de Ugo, habiendo hecho comparecer al reo y no logrado obtener de él satisfaccion ó escusa del cargo que se le hacia, confirmaron la sentencia que dictaran anteriormente, y le condenaron por rebelde y cabeza de un motin militar á la pena de horca; cuyo castigo había de recibir dentro de dos dias en las afueras de la plaza de armas, en presencia de toda la hueste y en desagravio de la disciplina militar.

Esta noticia causó honda sensacion en el ejército, dónde el adalid era estimado de todos, lo mismo capitanes que soldados; mas como el delito estaba suficientemente probado, y como todos le acusaban á la par de los jueces, de haber inutilizado, entre muertos y heridos, un centenar de soldados, por una loca é injustificable temeridad, ninguno se atrevió á protestar en público ni en secreto contra la sentencia, limitandose todos á compadecerle y á pedir á Dios por aquel en favor de quien nada les era ya dado hacer en la tierra.

A pesar de la tácita aprobacion que el ejército de Gallipoli daba á la sentencia que condenaba al adalid á la pena de muerte, sus amigos no dejaban de trabajar para mover el ánimo de los almogavares de la hueste de Roger, á fin de que pidieran por gracia,

ó en su defecto por fuerza de armas su vida y libertad; empero la energía y actividad de Rocafor, á quien tardaba verse libre del hombre que le disputaba el corazon de su dama, frustró todas las tentativas, mandando salir de la plaza de armas, con el pretesto de relevo de algunos destacamentos, todos aquellos cabos y soldados que sabia hallarse dispuestos á mover una asonada para salvar de la muerte al adalid, y rodeandose de los hombres de su hueste y de parte de los de la de Entenza, que le segundaba en la ejecucion de su venganza; creyendo que la razon que le movia, no era otra sino el deseo de hacer un castigo ejemplar, que sirviese para mantener la subordinacion y disciplina, en unos momentos en que el enemigo con cuatriplicadas fuerzas se aprestaba para atacarlos, y en que, por lo mismo, se hacia de absoluta necesidad la mas ciega obediencia de parte del ejército, si se habia de triunfar del inminente peligro que los amenazaba.

De todos los moradores de Gallípoli, Elfa era acaso la única que ignoraba la muerte que estaba resarvada á Ugo, pues Rocafort, por un refinamiento de provision habia procurado que la noticia no llegase á sus oidos. La infeliz, poco menos que reclusa con sus dueñas en las habitaciones interiores del alojamiento que fuera de su padre, no recibia mas visitas que las de Montaner; quien sabedor ya del secreto de Rocafort, y sacrificando en esta circunstancia, sus sentimientos de humanidad y de aprecio hácia el desventurado Ugo, al interés general del ejército, que podia verse comprometido hasta su ruina si la desunion se introducia en él, no solo la ocultó cuanto pasaba, sino que la aconsejaba ya con ruegos, ya con severidad, que diese al olvido un amor desgraciado é imprudente, que se oponia á la voluntad de su difunto padre, contrariaba las esperanzas de todos y era irrealizable por lo desigual de las condiciones, y sobre todo, por las funestas consecuencias que podia acarrear.

Rocafort, triunfaba con la satisfaccion del triple sentimiento que enardecia su pecho; sentimiento de amor, de ambicion y de ódio. Podia al fin congratularse con la esperanza de ser esposo de aquella que su corazon elijió en mal hora, y de reunir por medio de este matrimonio, á la suya la hueste de Roger, union que necesitaba para hacerse superior en fuerzas á Berenguer de Entenza, y alcanzar el mando supremo del ejército; objeto de sus desvelos y secretas maquinaciones.

Todo, pues, conspiraba contra el sin ventura adalid, que encerrado en su prision, esperaba resignado el trance fatal, sin haber otro consuelo en su larga agonía, que el de la satisfaccion de haber cumplido con su deber, y el de morir, no por un delito afrentoso, sino por satisfacer el despecho de un rival, que á falta de méritos para hacerse amar de su dama queria intimidarla arrojándole su cabeza á los pies.

Empero, en tanto que el cielo parecia haberle abandonado, que sus amigos se alejaban forzosa ó voluntariamente de él, y que los mismos que pocos dias antes ensalzaban su valor, le aplaudian y admiraban, ahora solo tenian para él una mirada ó una palabra de compasion, velaba por su cabeza un ser oscuro, despreciado y miserable, en quien nadie fijaba la atencion, ni menos le concedia poder para hacer pedazos el inecsorable decreto que muy luego iba á borrarle de la lista de los vivientes.

Este ser era Wilda; quien sabedora del suplicio que le estaba reservado á su hijo, y reconociendo la insuficiencia, en esta circunstancia, de los conjuros y sortilejios, habia renunciado á ellos, y puesto mano al único medio de salvacion que ecsistia en el mundo para Ugo.

Tallaferro, como los demás heridos de la jornada de Lentulæ, habia sido conducido á Lisimaquia, y llevado al alojamiento de Ugo, que quiso tenerle á su lado, mientras su vida estuviera en peligro; mas cuando se vió preso y obligado á separarse de él, recomendó muy particularmente á Wilda que cuidase de sus heridas, y procurase mandarle á su prision de Gallípoli frecuentes noticias del estado de su salud. Esta recomendacion fué supérflua, pues la anciana, cuyo corazon presentia la catástrofe que esperaba al adalid, no pudiéndosele ocultar la grave falta que cometiera al sacar del ejército una fuerza respetable sin autorizacion ni permiso de los capitanes, puso en juego todos los recursos de su empírica ciencia de curar, á fin de que el veterano se hallase muy luego en estado de poderla comunicar su secreto respecto á los primeros años de Ugo, puesto que era llegado el supremo momento en que solo una mútua confianza pudiera salvarle del castigo que indudablemente le esperaba.

Apurando el prontuario de su memoria en lo que se refería á bálsamos, ungüentos, yerbas, filtros y conjuros para sanar las heridas, pasó los dias y las noches á la cabecera del enfermo, vien-

do cicatrizarse lentamente sus heridas, y gozándose en su prócsima curacion; empero sin atreverse á interrogarle por temor de agravar la calentura que le devoraba, hasta que tuvo noticia de la sentencia dictada contra su hijo. Entonces dió á un lado con todo escrúpulo y miramiento, y solo trató de entablar la conferencia que tanto interesaba á su corazon; al efecto, despues de dar al herido una bebida que calmase sus dolores, se sentó sobre el borde de su cama, y separando con tiento las bendas que envolvian la cabeza del veterano, puso á descubierto uno de sus oidos, y le dijo, aproximando sus lábios á su rostro:

—Tallaferro, tengo muy gran nueva que comunicarte.

El soldado no hizo movimiento alguno que diese á conocer habia oido las palabras de la anciana.

—No me oyes, cuitado? cata que ha peligro de muerte para tu hijo Ugo!

El veterano permaneció inmóvil é insensible á estas como á las anteriores razones.

Wilda dejó escapar un pequeño grito de sorpresa, y se incorporó; luego le tomó una mano, le movió con suavidad y dijo alzando la voz:

—Tallaferro, Tallaferro; sábete que he tenido nuevas de Gallípoli, é dícenme que Ugo va á ser enforcado por lo de Lentulæ.... Vamos, despierta y me ayudarás á buscar medio de sacarlo de mano de los sayones.... Dios mio! no cuidas de mis palabras..... diríase que estás muerto.... Tallaferro!—esclamó en altas voces y moviéndole con mayor fuerza—no cuidas de mis palabras..! Dígote que van á dar muerte á tu hijo!

El soldado contestó con un sordo murmullo á manera de gruñido y volvió lentamente la cabeza al lado opuesto.

El semblante de Wilda se contrajo manifestando espanto, y permaneció silenciosa mirándole con desencajados ojos. Empero herida súbitamente su imaginacion por una terrible idea que hasta aquel momento no le acudiera, esclamó, dando un grito y cubriéndose el rostro con ambas manos:

—Madre nuestra Santa María! el fuego griego, ¿le habrá puesto sordo como le dejara ciego...?

Asi era en verdad; la lluvia de materias inflamadas que cayó sobre el veterano y sus veinte heróicos compañeros, en el asalto de

las murallas de Lentulæ, debia necesariamente producir sus funestos resultados; y si la Providencia quiso, por un milagro, prorogarle la vida, en cambio le privó de los medios de hacerla útil á si mismo y á sus semejantes. El fuego griego, pues, no solo le habia quemado los globos de los ojos, dejándole completamente secas las cavidades donde se movieran, sino que tambien, habiendo penetrado algunas de sus partículas inflamadas, desde la concha de la oreja hasta el tímpano, habian producido tal alteracion en su órgano del oido, que le produjeron una casi completa insensibilidad en el nervio auditivo.

Wilda no tardó en convencerse de esta triste realidad, cuyo conocimiento le produjo una sobrescitacion nerviosa tal, que durante una hora anduvo como una demente dando vueltas por el aposento, invocando á Dios unas veces, y acusándole otras de cruel. Sin embargo, la idea de que el tiempo volaba y de que el plazo fatal de la vida de su hijo se aprocsimaba incesorable, sin que los ruegos ni las lágrimas de la desesperacion bastáran para detener su curso, la hizo volver en sí, y tratar de encontrar en su mente los medios de arrancarle al patíbulo que le esperaba. Conociendo que no era en Lisimaquia sino en Gallípoli donde podria encontrar el remedio, dado caso que lo hubiera, se decidió á ponerse en camino en aquel mismo instante hácia la plaza de armas; lo cual verificó, despues de dejar á Tallaferro encomendado al cuidado de aquellos de sus amigos que le habian ayudado á curarle las heridas.

Durante el trayecto, su imaginacion calenturienta formó cien y cien propósitos mas ó menos descabellados, ora tratando de emplear la fuerza, ora la seduccion para obtener la libertad de Ugo; mas todos ellos se estrellaron contra el conocimiento que habia adquirido en Lismiaquia, de haberse tomado por Rocafort tales y tantas precauciones, que todos sus proyectos, fuera del camino de los ruegos y de las lágrimas serian vanos para conseguir su intento; y aun este era tan angosto y deleznable que no le ofrecia la menor probabilidad de exito.

Por fin, en medio del borrascoso mar de sus cavilaciones, vió lucir un faro que le mostraba el anhelado puerto; recordó los lazos que unian á Ugo con Rocafort, y se decidió á revelar á este último el secreto de su mútuo origen. Entonces, y por la primera vez de su vida se le ocurrió que Entenza habiendo perdonado al hijo

mayor de en Gombal habia de obrar de la misma manera con el menor, y que por consiguiente, la vida de Ugo no quedaba espuesta al menor peligro por parte del infanzon; y en todo caso, se dijo á sí misma, que valia mas correr el azar de una contingencia remota, que dejarlo espuesto á la muerte inmediata que se cernía sobre su cabeza.

Sin embargo, su esperanza se vió muy luego aminorada con el recuerdo, de que no teniendo mas pruebas de la veracidad de su asercion que las conjeturas y presunciones que abrigaba respecto al nacimiento de Ugo, pues no podia aducir el testimonio irrecusable de Tallaferro, acaso no seria creida, y sus palabras se mirarian como una treta empleada para salvar la vida al adalid. Esta idea llenó su corazon de congoja, mas no quiso renunciar al propósito por ser este el único medio que conceptuaba podria llevarla á feliz término. Así, entre débiles esperanzas y punzantes dolores llegó en poco tiempo á Gallípoli, en hora en que el sol estaba próximo á sepultarse en su ocaso.

La primera diligencia de Wilda fué dirijirse á los alojamientos de los almogavares de la hueste de Roger, mas no encontrandolos en ellos por haber sido todos mandados salir de la plaza, dió en discurrir por las calles para tomar lenguas sobre la situacion de Ugo. Poco tardó en saber cuanto deseaba, y aun mas de lo que deseado hubiera, puesto que le anunciaron que el dia siguiente era el señalado para dar muerte en horca al adalid. Aterrada con esta nueva, corrió presurosa á la morada de Elfa cuya entrada le negaron los criados; de aquí fuese á la de Rocafort, donde sus lágrimas y súplicas tuvieron el mismo recibimiento, aconteciéndole lo mismo con todos los capitanes que quiso visitar para interesarlos en favor de su hijo.

Por último, ya bastante entrada la noche, fuese á la prision donde estaba encerrado, y pidió al capitan de los soldados que la custodiaban, la merced de verlo antes de morir; su ruego fué desatendido y la infeliz se vió arrojada poco menos que á golpes del cuerpo de guardia, á cuya puerta se dejó caer desfallecida y con el corazon despedazado por los mas acerbos dolores.

Sus ayes lastimeros hubieron de mover el ánimo de un soldado mas generoso ó menos cruel que los demás, pues se llegó á ella, y con palabras de lástima la preguntó la causa de su que-

branto. Wilda agradecida le abrió su pecho, y le narró entre gemidos la razon de sus dolores. El soldado enternecido solo pudo ofrecerla una estéril compasion y el socorro de algunas monedas, que era cuanto poseia.

En el discurso de la conversacion que ambos sostuvieron por espacio de media hora larga, y al referir el soldado los detalles del proceso de Ugo, las formalidades y precauciones que se habrian tomado en la plaza para que la egecucion se llevase á efecto al dia siguiente sin que nadie ni nada interrumpiese el curso de la justicia, hubo de hacer notar á Wilda, que no se habia encontrado en toda la hueste un hombre que, ni por ofrecimientos ni por amenazas quisiese servir de sayon para dar muerte al adalid; lo cual habia sido motivo de grande aprieto para los jueces, que por último se vieran en la necesidad de mandar despeñar al reo, ya que no podian hacerlo ahorcar, cuando un moro mallorquin, que habia venido con la hueste desde Sicilia, se ofreció á ser el verdugo, ganoso de tomar el dinero ofrecido por tal concepto.

Esta noticia sujirió á la anciana un pensamiento feliz, del cual sacó fuerzas para enjugar sus lagrímas y levantarse del suelo; y despues de dar gracias al soldado por su generosa conducta, le pidió las señas de la morada del codicioso verdugo; deseo que aquel se apresuró á satisfacer.

En alas del temor y de la esperanza, Wilda atravesó corriendo un laberinto de calles oscuras y solitarias, y llegó despues de un cuarto de hora de camino al pie del cerro sobre el que se levantaba el castillo que defendia la ciudad, en cuyas inmediaciones sabia encontrarse la casa que buscaba. Como las señas que le diera el soldado eran claras y precisas, no tardó en dar con ella, y se detuvo algunos minutos en su puerta para tomar aliento y poner concierto en sus ideas.

Los años que Wilda pasará en Sicilia, país que los serracenos de Africa y España habian dominado cerca de tres siglos, dejando en él á su salida muchos de sus usos y tradiciones, y sobre todo la práctica del arte de la májia y adivinaciones que los almogavares aprendieron de los árabes de España, la habian iniciado en los misterios de la religion musulmana, y familiarizádola con las costumbres y creencias de aquel pueblo; sobre este conocimiento, pues, Wilda estableció el proyecto que habia concebido al saber que era un moro

el verdugo del adalid, prometiéndose obtener lo que deseaba con la astucia y engaño, únicas armas que á la sazon podia esgrimir.

Ya recobrada de la fatiga, la anciana llamó dando tres recios golpes sobre la puerta

—Antrad—respondió una voz.

XXX.

O si con cien millones,
O con mas, si no bastan,
Retardará su golpe
La muerte sobornada.

N. DE MORATIN.=*Anacreóntica.*

Wilda empujó con timidéz un pequeño postigo, que se abria sobre un estrecho y lóbrego corredor al estremo del cual veíase lucir una débil claridad; sin aguardar segunda invitacion, penetró por él hasta una reducida estancia, cuyos muros desmantelados y ennegrecidos revelaban la miseria de quien se albergaba entre ellos. Todo el mueblaje se componía de un arcon viejo de madera, y un pequeño y raido tapiz, sobre el cual, y con las piernas cruzadas á la manera oriental, yacía sentado un hombre vestido con el traje musulman, el cual permanecía inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho como si no hubiera oido ni visto á la persona que en aquella hora llegaba á visitarle.

Creyendo la anciana que el moro estaba en oracion, y constándole el silencio y recogimiento que la ley impone á los mahometanos cuando se entregan á las prácticas de su religion, permaneció callada un momento; mas no pudiendo enfrenar la inquietud que la devoraba, esclamó por último, con voz lenta pero fuertemente

modulada, cruzando al mismo tiempo las manos sobre su pecho é inclinando la frente:

—*Allah latif magib* (1).

—*Allah alam* (2)—replicó el moro sin levantar los ojos ni hacer el menor movimiento.

Alentada Wilda con la contestacion que recibiera, se apresuró, á fin de desvanecer desde luego todos los escrúpulos que pudiera tener su interlocutor, á pronunciar las palabras esenciales del dogma del islamismo, aquellas que solo es permitido á un musulman pronunciar, por que son su profesion de fé:

—*La ila ella Allah ú Mahammed razul Allah*! (3).

Al oir esta fórmula sacramental, el moro dió punto á su oracion, y miró á la anciana con una espresion tal de benevolencia, que esta comprendió que ya la conceptuaba como creyente; á fin, pues de acabar de interesarle en su favor, prosiguió diciendo, pero esta vez en lenguaje mallorquin para acabar de completar su engaño.

—No niegues por avaricia á un fiel, hermano tuyo, lo que te pida en nombre de Dios (4).

—Inclino mi oreja á la peticion del pobre, obedeciendo el precepto del profeta—respondió el moro poniéndose en pie; luego prosiguió mirándola fijamente—Quién eres muger, y qué quieres de mí?

—Soy creyente—respondió la anciana con humildad—hija de Ben-Kaleb ben Abdala Zalenzi, de tierra de Mallorca: y vengo á pedirte la vida de mi hijo, que es tu hermano.

—La vida de tu hijo! pues, ¿cómo se encuentra en mis manos?

—No eres tu quien en el dia de mañana debe pasar el cordel por la garganta de un hombre.

—Yo?

—Tú no lo harás, desgraciado; cá no querràs caer de cabeza en el infierno, al poner la planta sobre el puente *Al-Sirat* que conduce los buenos al Paraiso y los malos á los tormentos eternos.

(1) Dios es clemente y debe ser glorificado.
(1) Dios es muy sabio y muy poderoso.
(2) No hay mas Dios que Dios y Mahoma es un profeta.
(4) Uno de los cuarenta preceptos (el 300), que dió Mahoma á su discípulo Salman.

—No hay pecado en obedecer los mandamientos del soberano que Dios nos dá.

—Pero lo hay en quitar la vida por codicia de dinero á un hermano..... Para los que tal hacen, Mahoma, escribió esta terrible sentencia: Aquel que mate á un fiel voluntariamente, tendrá el infierno por recompensa. En él permanecerá eternamente. Dios irritado contra el criminal que tal hace, le maldice y le condena á los tormentos mas espantables.

—Te engañas—dijo el moro estremeciéndose y volviendo la cabeza hácia un lado para ocultar su turbacion—Dios no me pedirá cuenta de la vida de un hombre que yo no mato..... mátale su delito y la sentencia de un tribunal.

—Pero tu has de ser el ejecutor de esa sentencia, no por obligacion, sino por codicia.

—Dios dijo al hombre; Trabaja segun tus fuerzas; yo te daré los beneficios de mi omnipotencia.

—Sí; pero tambien dijo, que los fieles deben formar una sociedad de amigos, y que aquel que dé la limosna en público ó en secreto, ó haga buenas obras, tendrá una vida llena de placeres, y gozará del fruto de sus merecimientos.

El moro quedó silencioso durante algunos instantes luchando indeciso entre los deberes de su conciencia y la codicia de oro que le atormentaba. Por fin, dijo, mirando fijamente á la anciana que le contemplaba inmóvil y con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Aquel que abandona el islamismo, y que vive en apostasia, hace vano todo el mérito de sus obras, y será entregado al fuego eterno.

—Por qué dices eso?—esclamó la anciana, sorprendida.

—¿Nó es almogavar el hombre que ha de morir mañana?

—Almogavar es.

—Entonces habrá combatido en Asia contra los turcos, y bañado sus manos en la sangre de sus hermanos.... Es, pues, apóstata, impío y no hay pena en la otra vida para el fiel que mata en esta á un réprobo.

—Su destino fatal le puso en ese camino; mas nunca dejó de ser buen creyente, ni dió parte á su corazon en tal maldad—esclamó Wilda aterrada al considerar que su estratajema venia por tierra ante la suspicacia y avaricia del sayon.

—¿Ignoraba—respondió el moro dando á su voz una entonacion amenazadora—que aquel que se separa de Dios y de su profeta tendrá por mansion eterna el infierno? y que de nada le servirá decir; Señor, la desgracia ha prevalecido contra mi; ¡Estaba ciego y sin conocimiento..... Insensato! no sabe que Dios ilumina á aquellos que caminan por el sendero de la salvacion, y que priva de los ojos á los que corren desatentados á su perdicion; y que está escrito que Dios llenará el infierno de demonios y de hombres reunidos!

Al oir estas palabras que anunciaban la firme resolucion del moro de no dejarse ablandar por sus lágrimas, Wilda comprendió que no le quedaba otro camino que el de los ofrecimientos para alcanzar su propósito; asi que, esclamó exhalando un hondo jemido.

—Ya que tu corazon se muestra sordo á la súplica de una hermana y madre, que te pide por su hijo, habré de ofrecerte, para que me ayudes á salvarle, mas oro del que te prometieron los jueces que dieron la sentencia de muerte. Dime, pues, cuanto quieres por servirme en lo que te pida, y te lo daré antes de salir de tu casa.

El moro miró á la anciana con una espresion que parecia dudar de su promesa, atendido el estado de miseria que manifestaba por el desfallecimiento de su rostro y el desórden de su vestido; y respondió suavizando el tono:

—No quiero abusar de tu quebranto, ni debo engañar á una creyente..... Ni tu puedes cumplir lo que me ofreces, ni aunque pudieras ganarias nada; pues si acepto tu dinero y salgo de Gallípoli esta noche, mañana habrá de encontrarse otro que dé la muerte al sentenciado.

—No es eso lo que solicito de ti,—dijo la anciana recobrando la calma al ver que el moro habia depuesto su adusto ceño.

—Que quieres, pues?

—Quiero que me ayudes á una treta que ha de salvar á mi hijo, y á ti te ha de valer mas del doble del dinero que te ofrecieron por hacer el oficio que en mal hora aprendistes.

—De que manera?—esclamó el moro lleno de sorpresa.

—Dando una falsa muerte al sentenciado.... Muerte que le ha de asegurar la vida á despecho de sus enemigos, que te habràn de pagar religiosamente, y á él habrán de perdonarle por fuerza.

—Me llenas de asombro, mujer; y juro por el profeta, que si

BIBLIOTECA · Granada · UNIVERSITARIA

lo que me propones es hacedero, y cumples tus palabras, te serviré cual solicitas.

—Gracias seánle dadas á Dios!—esclamó Wilda juntando las manos y levantando sus ojos al cielo; y despues de un corto intérvalo de silencio, prosiguió.—Tu sabes que es ley entre los cristianos, el dejar la vida al reo si no queda muerto al despeñarlo, ó si se rompe la espada al descabezarlo, ó si se quiebra el cordel cuando lo enforcan; porque en este milagro ven el juicio de Dios, que dá testimonio solemne de su inocencia.

—Cierto es cuanto dices, mujer.

—Esora, pues,—continuó la anciana sacando del seno una bolsa de cuero llena de monedas, aqui tienes el dinero que te ofrecí, si me ayudas á hacer de manera que los cordeles se rompan cuando mi hijo quede colgado de la forca.

—Y cómo habremos de hacer,—respondió el moro mirando alternativamente á Wilda y á la bolsa, hácia la cual alargaba lentamente la mano;—cómo habremos de hacer si los cordeles son nuevos, y hánmelos dado los jueces, despues de probados y asegurádose que no faltarán.

—Yo puedo hacer,—esclamó Wilda moviendo la cabeza de arriba á abajo con un jesto de orgullosa confianza en su saber y en los recursos de la ciencia que profesaba,—que esos cordeles se vuelvan yesca, y se rompan como un pelo, aunque fueran dos veces mas nuevos y dos veces mas fuertes.

—Allah me valga!—dijo el moro retrocediendo en el colmo del estupor,—¿Quién eres tú, que tanto puedes y sabes?

—Soy obrero de la Grande Obra!—respondió Wilda tomando una actitud majestuosa y dando á sus palabras un acento inspirado—estudio la ciencia hermética, y busco con ella á desentrañar todos los secretos de la naturaleza!

El moro inclinó la cabeza en señal de respeto, y aguardó inmovil á que la anciana continuase, no atreviéndose á interrogarla.

Esta gozosa al ver el efecto que sus palabras habian producido en el sayon, continuó con calma aparente.

—Tu has debido oir hablar de Abu-Mussah Djafar-el-Sofi (1)

(1) Famoso alquimista árabe del siglo VIII, vulgarmente conocido por *Geber*.

ese memorable alquimista, que careciendo de la *tierra adámica*, la tierra virjinal, primera materia y necesaria para preparar la piedra filosofal, tuvo que echar mano de la *materia cruda ó remota* para extraer la quinta esencia de los metales, con la cual se hace el oro; ese metal único, metal noble, que dá el poder, la salud y una larga vida satisfaciendo todos nuestros deseos.....!

—Sí;—respondió el moro, pronunciando lentamente este monosílabo, al mismo tiempo que fijaba sus ojos desmesuradamente abiertos en el rostro de Wilda.

—Pues bien—continuó la hechizera sonriendo con secreta alegría—Djafar-el-Sofi, buscando la quinta esencia para obtener la piedra filosofal, encontró un filtro, que blanco y trasparente como el agua, encierra en sí uno de los cuatro elementos, el fuego; filtro que puesto en contacto con todas las materias y metales, escepto el oro, las abrasa, consume y deshace hasta que desaparecen de nuestra vista.

Esto diciendo, Wilda sacó del esquero que traia colgado del cinturon, una pequeña redoma de barro cuidadosamente tapada con cera enrogecida con cinabrio, y prosiguio:

—Hé aquí el *fuego muerto* de Djafar, fuego á cuyo poder nada que cria la tierra puede resistir.

—Quién te dió ese secreto!—esclamó el moro retrocediendo espantado, cual si temiera abrasarse con el contacto de la redoma que le mostraba la hechicera.

—No hayas temor—dijo Wilda sonriendo de nuevo con satisfaccion—en tanto no lo destape, no producirá sus terribles efectos—y despues de una corta pausa, continuó:

—Djafar ocultó el fuego muerto, que fué un misterio para la ciencia durante cerca de cinco cientos años, hasta que el español Raimundo Lulio, hijo como nosotros de tierra de Mallorca, lo encontró á fines del siglo pasado, habiéndose dado al estudio de la alquimia por amor que profesaba á una gentil dama. (1) Menos vano con su secreto que estuviera Djafar, lo enseñó á sus discípulos de

(1) Raimundo Lulio, llamado el *Doctor iluminado*, nació en Mallorca en 1236. Enamorose de una dama llamada Leonor, que se negó á aceptar sus obsequios; y habiendo Lulio preguntádole la causa de su desvío, díjole ella que tenia un cáncer en el pecho. Lulio se dedicó al estudio de la alquimia para encontrar un remedio, que al fin tuvo la dicha de hallar, con el cual devolvió la salud á su dama.

Barcelona; y con esto se tuvo conocimiento muy presto en toda la Europa de este portentoso descubrimiento, que el llamó, el agua fortísima;.....

—Y dices muger—esclamó el moro aprocsimàndose á la anciana—que este filtro quema cuanto toca?

—Si quema.

—Entonces, nabrán de verse los cordeles quemados, y me daràn otros nuevos para hacer la justicia.

—No, porque no lo habrán de conocer. El agua fortísima no deja señal visible en el càñamo; redúcelo, sí, á yesca, y solo cuando se hace uso del cordel, vésele romperse entre las manos al mas pequeño tiron.

—Dame, la bolsa y la redoma—esclamó el moro con resolucion.

—La bolsa, si;—respondió Wilda,—pero la redoma no; porque si al destaparla te cayese encima alguna gota del filtro, te quemaria la piel, y te haria padecer grandes dolores.

—Entonces, ¿cómo habremos de hacer?

—De esta manera. Yo quedaré á tu lado hasta la hora en que te vengan à buscar para dar muerte á mi hijo, en cuyo momento, yo misma rociaré los cordeles con que lo has de enforcar; y si tu guardas el secreto y me sirves con lealtad, à mas de esta bolsa que te entrego ahora, te daré otra que contenga mas dinero.

—Que me place; harase todo como tu deseas. Hora, pues, descansemos hasta el nuevo dia.

El moro volvió á acurrucarse sobre su tapíz, y Vilda se recostó sobre el arcon de madera.

El sayon pasó la noche sumando en su mente los mitcales de plata (1) que habia de tomar de los jueces y de Vilda.

Esta, contando los minutos que la separaban de su hijo, y temblando con la idea de una impensada peripecia que frustrase su plan.

(1) El mitcal de plata valia la décima parte del maravedí de oro, es decir cinco reales de vellon actuales.

XXXI.

.....
y como puede imaginarse, cada uno de los dos gefes contempló al otro con no pequeño interés pues ambos habian llegado à una grande altura en materia de arriesgadas empresas.
PRESCOTT.=*Conquista del Perú.*

En la mañana del dia en que debia ser el adalid ajusticiado, y siendo la hora de prima, estaba Bernaldo Rocafort en la sala principal de su alojamiento, vestido el perpunte, ceñida la espada, y departiendo con miser Ramon Montaner, que en esta ocasion habia dejado su traje talar y cubiertose con sus armas cual si debiera entrar en batalla en aquella hora.

—Miser,—decia Rocafort, que sentado en un sitial de alto respaldo y con el codo apoyado sobre una mesa, mostraba en su semblante las señales de la mas viva preocupacion,—es decir, que mi gentil señora Elfa se niega resueltamente á cumplir los conciertos que su padre hizo conmigo!

—Ello es cierto—respondió Montaner que permanecía en pie frente al orgulloso caballero.

—Y qué razon da para hacerme tal deshonra?

—Dice que quiere consagrarse à Dios, y pasar el resto de sus dias en un monasterio.

—No hay verdad en eso; y vos sabeis como yo, que otra es la razon que tiene para obrar de esta guisa.

—Yo ignoro.....

—No ignorais tal ¡voto á mi patron Sent Jordi! La dama tiene unos amores idignos de quien como ella debiera tener en gran cuenta la honra de sus padres y la limpieza de su linage..... Esto que es ya notorio en el campo, no puede seros desconocido, toda vez que ha muchos dias estais á su lado y velais sobre ella como su segundo padre.

—Es verdad, señor;—respondió Montaner, conociendo que toda reserva seria vana, y solo conduciria à sobrescitar el irascible carácter de Rocafort; y acaso le precipitaria á cometer un atentado contra la voluntad de Elfa, haciéndola fuerza á contraer de mal grado un matrimonio que repugnaba.

—Pues si es verdad, ¿por qué me lo ocultais.... os habeis unido à mis enemigos para contrariar mi voluntad? Dareis lugar á que en estos angustiados momentos en que nos cerca la muerte y la deshonra por todas partes, haya desacuerdo en el campo por un motivo tan liviano?

—Desacuerdo decís?—esclamó Montaner, manifestando en su semblante la sorpresa.

—Desacuerdo, si; sabed que me es notorio que Berenguer de Entenza trabaja sin descanso por obtener el puesto de Roger de Flor en el ejército; y que para sus fines procura llamar bajo su bandera la hueste del finado César.... Ya tiene comprometidos la mayor parte de los caballeros y hombres de armas de Roger, y hora trata de llamar á sí las compañías almogavares, sin tener en cuenta que solo á mi pertenecen, puesto que soy el Senescal de la infantería. Hora bien, si en tales momentos se llega á entender que hago fuerza á la hija de Roger, y que mando dar muerte al adalid, no por castigar el desafuero que hizo, sino por cumplir mis celos y mi venganza, tomarán mis enemigos pretesto de aqui, para minar mi autoridad y arrebatarme el lugar que me pertenece.

—Abultais el peligro, señor caballero; porque, ni teneis tales contrarios en el campo, ni, caso de tenerlos, serian tan impruden-

tes que en esta ocasion intentaran nada contra vos.

—Los tengo miser, los tengo.... El esfuerzo, linage y riquezas de Entenza, hanle ganado muchos corazones que hasta hora me pertenecieron; y si el interés de la salvacion comun los enfrena en estos momentos, no es sin embargo tan poderoso en ellos, que con cualquier pretesto dejen de manifestarse las parcialidades,

—Señor; tengo á en Berenguer por noble y cumplido caballero, incapaz de amaños ni de hacer deshonra á sus amigos.

—Seralo, si quereis; mas tambien es ambicioso, y no lleva con paciencia que nadie, salvo el rey, suba á mayor altura que la que él alcanza.

—Pero es prudente capitan, y á más, es vuestro amigo.

—Mi amigo? no por Dios...! Olvidais que dió muerte á mi padre, madre y hermano; que dió en tierra con el castillo de mis mayores, y destruyó todas mis haciendas en Cataluña?

—No lo hizo él.

—Hiciéronlo los suyos que tanto monta.

—Mas él vos dió paz y amistad.

—Y ahora me la quiere tornar, tomándome la honra y el gobierno del ejército.

—Eso no; ca él no vos puede tomar esto último puesto que aun no lo teneis.

—Vive Dios—esclamó Rocafort dando con el puño sobre la mesa y mirando al mismo tiempo con saña á Montaner—que cuido sois de su parcialidad; y anduvísteis muy osado en decírmelo en mi cara.

—No lo creais—respondió Montaner con vivacidad, pero sin manifestar temor de la cólera que mostraba el caballero—yo nunca pertenezco á bandos ni parcialidades, ni sé mas que acatar las leyes y los mandamientos del señor rey de Aragon.

—Esora ¿por qué me negais el gobierno del ejército?

—Porque este solo puede pertenecer á quien lo reciba del consejo general de los capitanes y del voto de la hueste.

—Y ¿podra negármelo el consejo, cuando tan bien ganado lo tengo!

—No creo que vos lo niegue; mas en tanto no os lo concede, vuestros derechos pueden ser tenidos por dudosos.

—Vamos claros,—dijo Rocafort suavizando el tono y volviendo á ocupar su asiento—sentémonos, miser, y hablemos sin rebozo, y

sin vuestra palabreria de letrado. ¿Cuidais que Entenza logre tener mas votos en su favor en el consejo para la eleccion de caudillo.

—Puesto que quereis que os hable con franqueza, direvos que asi lo temo.

—Saña del Señor Dios!qué méritos son los suyos ni qué armas ha hecho en esta jornada para serme preferido? ¿Dónde estaba cuando lidiábamos un año entero en Asia...?

—Es de mucha razon cuanto decis; mas quisiera daros un consejo, y es que no pongais toda vuestra confianza en los derechos que por armas habeis adquirido, si no quereis veros burlado cuando menos os cureis de ello: Catad que en Berenguer de Entenza es astuto y muy precavido, y que tiene merecida reputacion de esforzado y prudente caudillo; y á más sabrá ganar las voluntades con su riqueza, alto linaje, y lo bien quisto que está en la córte de Aragon.

—Esora, pues, habladme como amigo; decid, ¿qué debo hacer para salir con bien de este aprieto, que, pesiamí, conozco no puede resolverse con la espada.

—Señor; debeis hablar con vuestros amigos; prometer honra y prez á vuestros contrarios, y ganaros así buen número de votos que estén de vuestro lado en el consejo.

—De eso heme cuidado tanto como debiera; y por onde he procurado apresurar mi matrimonio con la hija de Roger; porque asi estarán conmigo todos sus amigos; á más tomaré su hueste bajo mi bandera, con lo cual tendré muy mayor número de soldados que Entenza.

—Obrásteis con gran seso, señor; y tanto, que no alcanzo la razon de vuestros temores.

—No la alcanzais? pues bien clara es.... ¿No cuidais que si no caso con la hija de Roger, todo mi plan viene por tierra?

—Y ¿quién vos dice que no casareis?

—Vos! puesto que me dísteis á entender, que mi gentil señora Elfa quiere guardarse en un monasterio para no cumplir los conciertos que su padre hiciera conmigo.

—Eso mismo os dije; mas tambien os dijera otra cosa, si vos, en lugar de dejaros llevar de vuestra enemistad con Entenza, me hubiéreis dejado lugar para esplicarme.

—Conozco que hice yerro; y os pido perdon.... Ora, pues, dad

al olvido mis palabras y habladme como si nada os hubiere dicho.

—Que me place; oidme pues. A prima noche del dia de ayer, mandóme llamar la dama, y cuando fuí á su lado, vila toda llorosa y acongojada, y con señales de muy grande dolor. Preguntéle la razon de su quebranto, y ella me dijo que habia llegado á entender, y yo no se por donde, que en el dia de hoy habian de dar muerte al adalid Ugo. Es el hecho demasiado cierto para que yo tratase de ocultárselo; y ya que lo sabia no hallé razon para negarle la verdad; mas la dije que el mozo tenia bien merecida la pena por haber cometido un yerro de aquellos que nunca se perdonan en la milicia; y ella me contestó, que estaba bien enterada de todo, y que le daban muerte, no por el delito que hizo abandonando sus banderas sin licencia de sus capitanes, sino porque vos le teníais tornada la amistad, y á más queríais vengaros, dándole muerte, del amor que tenia hacia ella. Yo hube de negarlo; mas ella insistió tanto y me dió tales razones que me hizo callar. Entonces, me dijo que si le mataban siendo ella la causa, que en lugar de ir á un monasterio, se daria muerte de cualquier manera, pues no queria vivir con tanta pena en el corazon.

—Por el Señor Dios!—esclamó Rocafort llevándose la mano izquierda á la frente y apoyando su codo sobre la mesa—que es la dama enamorada en demasia, y liviana mas de lo que cumple á su honra.

—No es eso;—replicó Montaner dirigiendo al caballero una mirada con la cual parecia reprenderle el insulto que sus labios acababan de pronunciar—no es eso, sino muy honrada y muy noble como su padre.

—A serlo—respondió Rocafort con acento breve y bajando la voz—no pusiera los ojos en un ruin almogavar, y cuidara mas del cumplimiento de la voluntad de su padre.

—Y la cumplirá, señor; ca es bien nacida.

—¿Cómo ha de cumplirla si diz que se dejará morir si dan muerte al adalid.

—Porque pone por condicion de su cumplimiento que no den muerte á Ugo.

—Y quien puede anular la sentencia dada por los jueces.

—Vos.

—Yo!

—Vos; ca sabeis que si la dieron, fué por vos complacer; y por la misma razon desfacerán lo hecho si mostràseis deseo de ello.

—No, que la dieron por cumplir los fueros de la obediencia militar.

—Eso es lo que de público se dice; mas de secreto dícese otra cosa.

—Y, ¿quién puede poner trabas à las hablillas del vulgo? diràn mis enemigos lo que quieran de mi; pero mi conciencia está tranquila y esto me basta.

—Y dejaria de estarlo, si vos, usando de clemencia, pusiérais en juego todo el poder de vuestra autoridad para que la sentencia fuere revocada en bien del mozo?

—Y ¿qué ganaria yo en ello?

—Qué ¿quitar de vuestro corazon el remordimiento de haber sido azas cruel; y ganar honra y prez dando la paz á quien, si fué vuestro enemigo, fuélo si querer.

—Quien obedece á Dios y à la ley no puede obrar en contra de su alma—interrumpió Rocafort haciendo un esfuerzo por mostrarse inflecsible.

—Ni quien se muestra noble y generoso deja por ello de servir à Dios y á la ley.... Otorgad, pues, lo que os pido en nombre de la hija del sin ventura en Roger de Flor, y ella en pago será vuestra esposa... Vos le dais la vida del adalid por arras antes del matrimonio, y ella vos dará con su mano toda la hueste de su padre que busca bandera para combatir, todos sus amigos, que son muchos, y con unos y con otros el mando general del ejército, que nadie vos osará disputar.

—Pedisme así que compre lo que solo á mi corresponde? Por Dios! que no haré tal, y habré de capitanear la hueste y casar con la gentil señora Elfa, sin mas condiciones que mi derecho.

—Catad, señor, que es tan vil el precio que dais, que no será mengua para vos el darlo, sobre todo cuando asi se pueden evitar grandes males para vos y grandes turbaciones en el ejército.

—No, no lo haré; Sabed, miser, que mas de una vez dije al mozo que hiciera por no hallarse en mi camino, ca si lo topaba lo habia de enforcar; pues bien, à pesar de mi amenaza, apesar de haberle tornado la amistad; apesar en fin, de saber el quien soy yo, y cual es su ruin condicion, ha desafiado mi poder, mi autoridad, y arre

batàdome mi amor.... Tanta deshonra como me hiciera llevará su merecido.... Así que, tenedlo bien entendido, el mozo morirà enforcado, y la hija de Roger de Flor, será mi muger.

—Señor, tened cuenta con lo que haceis; ved que la dama está resuelta á no ser vuestra esposa si no haceis dar libertad al adalid, y que solo la fuerza bruta, que no creo quereis usar, podrá torcer su voluntad.

—Basta—esclamó Rocafort poniéndose en pié—ruégoos que torneis al lado de mi gentil señora, y que con vuestra autoridad y sabios decires, la hagais comprender lo que cumple al bien de todos. A la altura en que han llegado las cosas, es fuerza, miser, que aunemos nuestro poder para salvar grandes males; para ello, vos tendreis la discrecion y prudencia de que yo carezco, y yo el teson y firme voluntad que vos ya no teneis.

—Harase como cumple à vuestro deseo—replicó Montaner despidiéndose de Rocafort con un movimiento de cabeza.

En esto un escudero anunció la llegada de Berenguer de Entenza, quien pedia venia para entrar.

—Decidle que entre,—dijo Rocafort; y luego volviéndose hàcia Montaner, continuó en voz baja—Quedaos, miser; ca sospecho, que le trae á mi alojamiento una muy gran novedad.... quedaos que habremos necesidad de vuestro consejo.

Montaner permaneció en su puesto, y Entenza penetró en el aposento, vestido y armado en disposicion de guerra.

—Dios os guarde años ciento, señores caballeros,—dijo entrando el noble catalan, y dando luego sus manos á Rocafort y Montaner.

—El vos tenga en su gracia—le contestaron ambos.

—Sentémonos—prosiguió Entenza—ca tenemos que departir sobre cosas de mucha importancia.

Los tres caballeros se sentaron alrededor de la mesa, mirándose con una espresion que en cada fisonomía tenia distinto y marcado carácter. La de Berenguer manifestaba cierta inquietud à través de la cual brillaba un secreto placer apesar de los esfuerzos que hacia para ocultarlo; la de Rocafort espresaba el recelo y la sospecha clavando con tenacidad sus ojos en el semblante del infanzon; y la de Montaner, el temor de que tan inesperada entrevista y la manera con que habia comenzado produjese algun altercado entre los dos jefes, lo que bien podia acontecer atendido el estado de sobrescitacion de

ánimo en que se encontraba Rocafort en aquellos momentos.

Por fin, Entenza puso término al embarazo en que los tres se hallaban, esclamando con voz lijeramente trémula, sin duda por efecto del sentimiento de enojo que se pintó en su semblante al tomar la palabra.

—Señores y amigos; ha poco mas de una hora que recibí en mi alojamiento un mensagero que desde Lisimaquia me mandara en Guillen Siscar, con la nueva de hallarse en marcha contra nuestros cuarteles de Gallípoli una hueste numerora acaudillada por el alevoso príncipe Miguel, que viene decidido á ponernos estrecho cerco, para lo cual arrastra multitud de máquinas y pertrechos de sitio. En este aprieto, he creido de mi deber, despues de dar órdenes para que mis soldados vengan á encerrarse en estos muros, acudir dilijente á daros cuenta, en Rocafort, de lo que acontece, para que concertemos ambos à dos, los medios de acudir al peligro, antes de dar cuenta al consejo general de capitanes.

Al oir estas razones, Rocafort y Montaner se miraron sorprendidos, manifestándose mútuamente con los ojos cuanto les desagradaba la noticia dada por Entenza, pues les obligaba á aplazar la ejecucion del proyecto que acababan de concebir, ó á acelerarla, lo cual podia ser de funestas consecuencias en tan críticos momentos.

Entenza que ignoraba la causa del silencio en que habian quedado los dos caballeros, continuó, mirándolos alternativamente:

—Bien veo cuanto os sorprende la nueva, mas no acierto á comprender por que guardais silencio..... Si no os abonara la sangre y el esfuerzo, creeria que el temor al crecido número de enemigos os habia trabado la lengua.

—Eso no, vive Dios! - esclamó Rocafort con voz alterada por la ira y resentimiento que ocupaban su ànimo—No es el temor, ca nunca lo conocí, sino que el corazon se enciende en coraje, al ver con cuanta alevosía nos afrentan los griegos y nos hacen agravio sobre agravio.... No les bastó, á los menguados, dar muerte alevosa à en Roger y á nustros amigos allá en Andrinópolis, sino que vienen à buscarnos aquí sedientos por derramar hasta la última gota de nuestra sangre—Esto diciendo, dejó caer con fuerza su puño cerrado sobre la mesa, y despues de un corto intérvalo de silencio, prosiguió—¡De qué nos han servido tantas victorias alcanzadas, tantas provincias sometidas y tanta gloria como dimos á este malhadado impe-

rio, si en vez de darnos la recompensa tan bien merecida nos maltratan y deshonran con bárbara crueldad, y ejecutan contra nosotros, cosas que aun despues de vistas dudamos en creerla!

—Tregua—esclamó Entenza—á inútiles lamentaciones; ya no es tiempo de pedir satisfacciones, sino de tomarlas tan cumplidas, que el mundo entero se asombre al saber cual fué nuestra venganza.

—Sus, pues—respondió Rocafort—veamos como habremos de hacer en tales momentos.

—Oid lo que pienso debemos ejecutar—dijo Entenza bajando la voz—En trances tan apurados como el que nos aviene, la prudencia aconseja ser cautelosos y dilijentes para no perder momentos ni dar lugar á que el enemigo, sabedor de nuestro plan lo haga vano antes de que llegue á madurar. Por ende, pues, vamos à tomar aquí en secreto las disposiciones que creamos convenientes, salvo reunir mas tarde el consejo general de capitanes para darles cuenta de nuestro acuerdo y pedirle, no consejos, sino facultades para obrar con entera libertad segun nos dicte nuestra prudencia y el deseo de servir bien los intereses del comun.

—Hablad—contestó Rocafort, á quien halagaba la idea de no tener que subordinar la autoridad de que queria revestirse á los parecereces de un consejo.

Entenza dejó vagar por sus lábios una sonrisa de satisfaccion, y esclamó pronunciando lentamente las palabras cual si quisiera dar tiempo à que se gravaran una á una en el corazon de sus oyentes:

—Despues de la trajedia de Andrinópoli, representada tambien en todas aquellas ciudades del imperio donde teníamos guarnicion, cuyas funestas nuevas han ido llegando á nuestros oidos, todos nos deben tener por perdidos, ó por lo menos dispuestos à navegar la vuelta de Sicilia con los navios y galeras que nos quedan asi que veamos llegar sobre estas murallas las banderas del príncipe Miguel,... Mas ignoran que nuestro ànimo invencible, en la dificultad cobra valor, y en el mayor peligro mayor esfuerzo. Por ende, pues, guardaremos á Gallípoli, que por estar à la entrada del estrecho enseñorea dos mares, que podremos navegar como sea de nuestro agrado, siempre que no corran por ellos armadas superiores á la nuestra, y à mas es plaza fuerte y bien situada para recibir al enemigo y correr en algarada todas las comarcas circunvecinas para tomar satisfaccion cumplida de la deshonra que nos hi-

cieron. Empero ofrecesemе una gran dificultad, que por ser superior á nuestro gentil ánimo podria traernos males sin cuento, y darno el vencimiento y la muerte.

—Cual es?—preguntó Rocafort quien en vano trataba de comprender á donde iria á parar Entenza con este exordio.

—Que si bien la plaza es recia lo muy bastante para que no hayamos temor de verla ganada por el enemigo, faltàrànnos muy en breve el sustento por ser poca la vitualla que tenemos, y mucha la gente que la ha de consumir.

—Ello es cierto,—murmuró Rocafort con despecho—vèamos hora que medio se os ha ocurrido para salir del aprieto.

—A mas,—prosiguió Entenza -tenemos poco dinero para pagar la jente de guerra, y la escazes de estas cosas tan necesarias, podria dar lugar à que la plaza se rindiera, si el cerco se prolongara mucho tiempo.

—Decid, pues, como pensais acudir al remedio—esclamó Rocafort con señales de impaciencia.

—Oidlo; puesto que sóbranos jente para defender la plaza y fàltanos bastimentos y dinero, asi que el enemigo haya puesto el cerco, y en tanto todos nos creen harto cuidadosos de nuestra defensa y conservacion, yo tomaré los navios y galeras que nos quedan, y con ellos bien guarnecidos de soldados, atacaré las costas y las islas del imperio, en donde, amas de sacar ricos despojos para el abastecimiento de Gallípoli, lograré hacer mucho daño al enemigo alcanzando victorias que devuelvan el crédito y reputacion á nuestras armas. Esto daranos otro resultado no menos digno de tenerse en cuenta que los anteriores; y es, que obligaremos á los griegos á hacer una diversion con sus fuerzas para acudir à la defensa de los lugares que nuestra armada ponga á sacomano; con lo cual, los que de los nuestros queden dentro de estas murallas tendrán algun alivio en su trabajo.

Al oir estas últimas razones, el rostro de Rocafort se oscureció, y con voz alterada respondió poniéndose en pié.

—Señor caballero, si mal no entendí, cuido que dijísteis que era vuestro intento dejar á Gallípoli llevando con vos toda la armada y parte de la guarnicion?

—Eso dije, ¿qué hay en ello que os espante?

—Y parásteis mientes en vuestro dicho?

—Si que paré.

—Pues yo vos digo que nó.

—Que nó, ¿qué?

—Que ni parásteis mientes en ello, ni saldreis de estas murallas.

—Quién se opondrà à ello.

—Yo.

—La razon—esclamó Entenza poniéndose en pié.

—La razon? que haríais yerro notable en dividir nuestras fuerzas, ya harto pequeñas y desiguales al poder del enemigo que viene à ponernos sitio; por ende, pues, todos se opondrian à ello caveràn cierta la pérdida de Gallípoli así que saqueis la gente que està en su defensa para guarnecer la armada.

—No se opondrán cuando sepan que es con el fin cierto de traerles el sustento necesario.

—Y ¿quién vos dice que en tanto que robeis, destruyais y abraseis las costas vecinas, los pocos que queden dentro de la plaza no sean perdidos?

—Y à vos, ¿quién vos dice que lo serán?

—Y vos, ¿dónde aprendísteis que es de capitan avisado y prudente sacar de una plaza, que està cercada por muy grandes fuerzas, la mitad de su escasa guarnicion para emprender una jornada lejana y aventurada... Eso solo cabe en una cabeza atada, ó en quien cuida mas de su seguridad y provecho que de la honra de sus compañeros.

—Teneos! —esclamó Entenza, temeroso de que su iracible amigo llevase mas allá el ultraje—y reparad que en mi sangre y linaje no cabe tan alevoso intento.

—Caber no podrá; pero aunque vuestra sangre y hechos claros sean prendas seguras de vuestra honradez ¿quién quitará á vuestros amigos el temor y recelo de que la ida sea para no volver, á pesar de vuestro buen deseo, y à vuestros enemigos las sospecha de que tomeis ese pretesto para salvaros de la ruina que á todos nos amenaza.

—Saña del Señor Dios!—esclamó Entenza palideciendo de cólera—¿Quién será el menguado que tal sospeche?

—Quién? todo el que pare mientes en que vuestra ida arrebata á Gallípoli sus medios de defensa y nos deja à la merced del enemigo.

—Pero vos me ayudareis à desmentir tan calumniosa suposicion, y retareis conmigo à quien la haga.

—Yo nó, puesto que me opongo à vuestra jornada.

—Vos no hareis tal, porque me conoceis, y porque sois demasiado noble y honrado para tomar parte en las hablillas del vulgo.

—Sí haré; y si nó bastare mi autoridad y consejo, pediré alzada al de los capitanes y ellos como yo os prohibiràn la salida.

Entenza se sonrió con ironía y contestó bajando la voz:

—Podrá suceder que el consejo de los capitanes no sea de vuestro parecer, y dé por buena una jornada que vos os empeñais en dar por mala.

—Vos engaña el deseo, ca siendo todos hombres de esfuerzo y prudencia, no daràn su consentimiento.

—Para salvar ese inconveniente fué por lo que os dije que tomáramos en secreto nuestras disposiciones, reservàndonos dar cuenta mas tarde de lo concertado al consejo de capitanes.

—Está bien; mas si antes os dí á entender que convenia en ello, ahora me opongo con todas mis fuerzas á que tomemos ningun acuerdo sin consultar al consejo.

—Haced como sea de vuestro agrado; mas yo debo deciros que habiendo tomado mi resolucion, nada en el mundo me arredrará de ella.

—Yo sabré arredraros—contestó Rocafort dirijiéndole una mirada amenazadora—y para ello, voy á dar órdenes á fin de que se reuna el consejo à prima noche.

—Reunidlo, si quereis—dijo Entenza con sarcástica espresion—y sabreis mal, que os pese, que todos los prohombres que le componen están conmigo en esta ocasion.

El rostro de Rocafort se puso lívido, y clavando sus airados ojos en los de Entenza, esclamó con voz que la cólera que ardia en su pecho hacia trémula y enronquecida.

—¡Cuido, por Dios, que habeis madrugado mucho!

—Tanto como cumple à mi intento.

—Mas de lo que conviene al mio!

—Eso será de vuestra cuenta.

—Luego obrásteis por la vuestra?

—En asuntos que solo à mí atañen, no he menester consultar otra voluntad que la mia.

—Quién gobierna aquí!

—Quien puede.

—No; quien debe!

—Ese no será en Bernaldo de Rocafort.

—Ni en Berenguer de Entenza, en tanto Dios me conceda vida.

—Eso lo decidirá el consejo de capitanes.

—Sois hijo de D. Gombal de Rocafort,—díjo Bernaldo rechinando los dientes y dirijiendo miradas sombrias sobre su interlocutar.

—Y yo de D. Guillen de Entenza—respondió el infanzon con orgullosa altanería.

Rocafort dió un paso hàcia adelante, y con la mano puesta sobre la cruz de su espada, esclamó:

—En Guillen de Entenza, os torno la amistad!

—Y yo vos acepto por mi enemigo.

—Plazo—dijo Rocafort con acento breve.

—Treinta dias—replicó Entenza en el mismo tono.

—Os doy seguro de aquí allá; y despues os mataré donde os encuentre.

—Y os ahorraré el camino viniendo á buscaros.....! Dios os guarde.

—Tambien à vos.

Entenza, despues de saludar á Montaner con un movimiento de cabeza, salió de la estancia con paso lento y tranquilo.

Rocafort le miró marchar sin proferir una palabra; y en tanto sus ojos pudieron contemplarle, su mano requirió incesantemente la espada.

La última parte del diálogo pasó con tal rapidéz, entre los dos caballeros, que Montaner no tuvo tiempo ni ocasion de terciar en la contienda para ver de conjurar la tormenta que el ódio y la rivalidad de aquellos orgullosos barones iba à hacer estallar muy en breve; mas cuando quedó solo con Rocafort, esclamó con voz alterada por el temor que embargaba su ànimo.

—Ah! señor; ¿qué hicísteis?

—Defender mi derecho como cumple à mi razon.

—Y, no cuidàsteis de los grandes males que esto traerà sobre todos.

—Mi honra estaba delante.

—Mas tambien la paz de la hueste..... Y hora ¿qué hareis para acudir á ellos?

—Quedar casado hoy mismo con la huérfana de Roger de Flor.

—Dareis por ello la libertad del adalid Ugo.

—Y la del infierno entero, si preciso fuere y estuviere en mi mano=esclamó el colérico caballero, hiriendo violentamente el suelo con su pie derecho—Vamos presto, miser, á ver á la dama, y quede esto terminado de una vez.

—Hágase como sea de vuestro agrado.

XXXII.

Amor te mata:
Si él te ofende, Raquel, de amor te queja.
HUERTA.—*La Raquel.*

Rocafort y Montaner marcharon con paso acelerado en direccion de la morada de Elfa; mas al llegar allí fueron detenidos por una á su puerta, voz que los llamaba à grito herido; paràronse y vieron venir hácia ellos à todo correr un cabo de mesnada que vestía los colores de Rocafort.

—¿Qué quiere el buen Ferran Albalat?—dijo el caballero cuando lo tuvo cerca de sí.

—Señor, cumplir con lo que me mandàsteis anoche.

—Y que fué ello?

—Que os diera aviso en el momento que sacaran de la prision al adalid Ugo para ser conducido á la forca.

Rocafort hizo un jesto como quien recuerda de improviso una cosa que no debiera olvidar, y despues de dirijir una mirada al soslayo sobre Montaner, esclamó.

—El cuitado, ¿conoce su mala suerte y muéstrase animoso para el duro trance?

—Tanto, magnífico señor, que ni la color se le ha mudado, ni sus ojos lloran una sola làgrima.... Habla con los freires que lo ayudan á bien morir, y con nosotros, ni mas ni menos que si estuviera en su posada sentado en la mesa para comer.... Ah! señor! cosa es que contrista el ànima, verlo tan mozo y tan lozano y que tan presto ha de morir maldito y deshonrado.

—Quísolo así su destino, y habrà de cumplirlo, salvo Dios—respondió Rocafort, arqueando sus espesas cejas; y despues de una breve pausa, continuó:—Qué nuevas corren por la plaza? há temor que se mueva alguna baraja por los amigos del adalid? Hase puesto en armas toda mi hueste; y los caballos todos y los ballesteros, ¿estàn aparejados y aguisados para defender los fueros de la justicia?

—Señor, todo se hizo como vos mandásteis; la hueste del finado César Roger, està en Lisimaquia, y solo han quedado aquí vuestros soldados y los del magnífico señor Entenza aparejados para cuanto les mandeis.

—Créolo así, y tengo cumplida confianza en ellos; mas pudiera suceder que avisadas las compañía que marcharon á Lisimaquia, volviesen aina y se opusiesen con armas à la muerte del adalid; la distancia es corta, y ellos muy animosos y atrevidos.

—No volverán señor, no volverán; ca tendrán asaz trabajo en aquel lugar.

—Cómo!—esclamó Rocafort manifestando sorpresa.

—Qué! ¿no sabeis la nueva?.... Pues es de gran monta.

—Decidla presto.

—Sabed, señor, que los griegos alevosos vienen contra nosotros con muy crecida hueste.

—Eso ya lo sabia yo—respondió Rocafort recordando la conversacion que poco antes tuviera con Berenguer de Entenza.

—Y sabeis tambien las últimas nuevas que trujeron los que llegaron esta mañana huyendo de Lisimaquia?

—Qué dijeron?

—Qué los contrarios han sorprendido à muchos de los nuestros en las aldeas y alquerias que estàn allende Lisimaquia, y dádoles muerte á todos.

—Eso dijeron! ¡Saña del señor Dios!—esclamó Rocafort!

—Eso dijeron; y à mas, que arrecia tanto el aprieto, que si la hueste del finado señor Roger, no los puede arredrar en Lisimaquia, habrán de anochecer hoy delante de los muros de Gallípoli.

Y ¡cómo no se me dió la nueva mas presto!—esclamó Rocafort asiendo con coraje por un brazo al mesnadero.

—Señor,—dijo Ferrando con un jesto de dignidad—teneos cual cumple.

Rocafort se repuso instantàneamente, y el soldado continuó:

—Señor; cuando fui á vuestro alojamiento, pocos momentos ha, topé en él á algunos de los fugitivos de Lisimaquia que llegaban para daros el aviso; y como no vos encontramos allí, y que nos dijeron vuestros criados que no sabian donde os encontrábais, salimos corriendo todos en varias direcciones para buscaros y deciros lo acaecido; siendo yo quien tuvo la buena suerte de vos hallar.

Rocafort cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció un momento con la cabeza inclinada en actitud de profunda meditacion; cuando hubo puesto concierto en sus ideas, esclamó con voz en la que no se traslucia nada de la inquietud que alteraba su corazon

—Miser Montaner, dadme consejo, ca no fió en este momento, y por la primera vez en mi vida, de mi razon, y he temor de cometer yerro.

—Señor—replicó el anciano caballero tomàndole una mano que estrechó con fuerza entre las suyas—cumplid lo que al salir de vuestro alojamiento prometísteis hacer, y antes de una hora vereis amenguar el peligro que vos cerca; porque habreis à las manos bastante medios para obrar en defensa de los intereses del comun.

—Lo haré puesto que lo prometí y vos decís que conviene. Hora, pues, vamos á cumplillo; y puesto que yo cedo de mi derecho, tendré razon para llamar desleal y traidor à cualquier que obre de otra manera..... En cuanto à vos, buen Ferrando,—dijo volviéndose hácia el soldado—tornavos cerca del adalid, y acompañadlo hasta la forca; allí direis de mi órden al capitan de los caballos y al sayon, que no le den muerte, hasta dentro de media hora; pues podrà acaecer que antes de ella mande yo el perdon del culpado.... Id presto, y que el cielo vos guarde.

—Tambien á vuestras mercedes, magníficos señores—respondió el mesnadero despidiéndose de los dos caballeros con un saludo cortes.

Rocafort y Montaner penetraron aceleradamente en la casa de Elfa, y Ferrando Albalat dió en correr hàcia la prision de Ugo.

En medio de una pequeña llanura bañada por el mar, y que se estendia en la parte Sur y fuera del recinto fortificado de Gallípoli, alzàbase un cadalso, y sobre él una horca levantada á mayor altura de lo que se acostumbraba en aquellos tiempos; cual si la

severa justicia de los hombres, hubiese pretendido significar por este medio la magnitud del delito que debia castigar muy en breve. Numerosas fuerzas de caballeria lo custodiaban, formando un triple cordon de hierro en su derredor; y á espaldas de estos soldados mirábanse creidos grupos de hombres de armas desmontados, ballesteros, marineros y almogavares que hablaban en voz baja sin duda sobre el motivo que los reunia en aquel lugar.

A pesar de no manifestarse entre la multitud síntoma alguno de descontento ó prócsima insubordinacion, discurrian por do quier gruesos pelotones de jinetes, que llevaban la lanza en puño, y el ojo atento á fin de hallarse prontos para contrarrestar cualquier tentativa que viniese á turbar el curso tranquilo del acto que se preparaba.

Militares eran los curiosos allí reunidos, pues fuera temor á un probable motin, ó que el degüello general hecho pocos dias antes en la ciudad tuviese retraido en sus casas á los hombres del pueblo que habian salvado milagrosamente su vida de la venganza catalana, es lo cierto, que nadie mas que soldados españoles eran los espectadores del drama que se preparaba.

Asi que, no se oia entre los grupos el sordo murmullo especie de rujido de fiera, ni se percibia la inquietud y malestar, espresion fiel de la brutal impaciencia con que esa parte del pueblo ignorante y miserable, espectador obligado de todo acto de justicia hecho en la plaza pública, manifiesta su ansiedad por ver comparecer al reo, y por contemplar con estúpida y cobarde crueldad el último estremecimiento de su agonia: por el contrario, reinaba entre todos los hombres allí congregados para despedirse de un compañero de armas, tal órden y compostura, manifestábase en casi todos los semblantes tan sombrio pesar y marcada espresion de tristeza, que á no vestir todos el arnés de soldado, se les hubiera tomado por audaces conjurados que esperaban una señal para oponerse espada en mano á la ejecucion del reo.

—Por la Vírgen Santísima nuestra Señora del Pilar!—decia un apuesto mesnadero que llevaba la voz en medio de un crecido grupo compuesto de soldados de todas armas que le escuchaban como á un oráculo.—Juro á mi, que no ha razon para dar muerte al buen adalid; ca si el hizo lo que hizo, no fué en honra y provecho suyo, ni faltando á la obediencia, ni haciendo agravio á los capitanes; que

fué obrando como bueno y leal. Si non ¿díganme vuestras mercedes? á quien debia fidelidad y servidumbre? ¿no era á en Roger de Flor?

—Si, á él la debia—respondieron algunas voces.

—Pues seyendo así, cuando fué muerto el César, ¿no quedaba libre de hacer lo que mas fuera de su agrado?..... Esora, ¿porqué lo condenan los que nada tenian que ver con él, puesto que ni le daban soldada ni le tomaran juramento?

—Hablais como deudo ó amigo del adalid—esclamó un sargento de armas que vestia los colores de Rocafort y estaba en el corro—y no como soldado bueno, que acata como cumple los mandamientos de sus capitanes; é esto podria costaros caro....

—Errado andais, seor sargento—replicó el mesnadero con desenfado militar—ca no he cuentas que ajustar con otro salvo en Roger de Flor, á quien juré obediencia, y bajo cuya señera me aliste; y habiendo muerto este, soy libre hasta que me venga en mientes el darme otro capitan de mi gusto..... Hora bien, decidme ¿sería de justicia y de razon que me enforcaran por lo que dicho he?

—No por Dios—respondió el sargento bajando la vista.

—Pues, catad que eso es lo que hacen con el adalid.

—Catad vos que el no habló como vos hablais, si no que obró con armas.

—Mas obró con las suyas y no con las de otro alguno.

—Eso no; ca el ni acaudilla ni puede acaudillar hueste.

—E ¿quereis decirme cuya era la hueste que llevó al cerco de Lentulæ?

—De en Roger de Flor.

—Pues en Roger puede pedirle cuenta y no otro alguno.

—Si, mas advertid—dijo el sargento con voz amistosa, conociendo que su contrario llevaba lo mejor de la cuestion—que lo castigan no tanto por rebelde, cuanto por la muchas vidas del soldados buenos que se perdieron en el cerco del castillo.

—¿Y quién dió autoridad al magnífico señor Rocafort para que pida cuenta de esas vidas á quien no ha obligacion de se la dar? Por ventura ¿eran los muertos soldados suyos á los cuales el adalid sacara de la hueste con mal engaño? No, por Dios, que eramos todos amigos suyos, que fuimos con el de buena guisa y mejor talante, por que podiamos ir de nuestra propia voluntad; é á mas

porque ibamos á tomar venganza del aleve hecho con nuestro capitan Roger, y á dar libertad á la gentil señora Elfa..... Los que murieron en la jornada, ni ellos ni sus deudos piden sus vidas á nadie, y los que sacaron feridas, tiénenselas por buenas, y tampoco las piden,..... catad, pues con cuanto yerro y sin razon el magnífico señor Rocafort hace dar muerte al adalid....

—Que me place....!

—Bien dicho está....!

—El soldado ha razon....!

Asi esclamaron muchas voces celebrando con palmadas las palabras del mesnadero.

—Teneos,—gritó el sargento levantando la cabeza y dirigiendo una mirada amenazadora sobre los soldados, que formaban el corro—teneos, cá vuestra palabras son señales de motin..... y güay del que lo provoque, ca morirá alanceado, ó enforcado al lado del adalid!

—No hayais temor—esclamó el mesnadero moviendo la cabeza y sonriendo con amarga ironía—los hombres que son aquí son de las huestes de los nobles señores Entenza y Rocafort.

Estas palabras tranquilizaron al sargento de armas, quien conociendo que nada tenia que hacer en aquel corro, se retiró con paso lento y gesto altanero; cuando estuvo á distancia conveniente para no poder oir lo que se decia á sus espaldas, un ballestero esclamó, dando una recia palmada sobre el bacinete que llevaba en la cabeza.

—Mal haya el muy fornesimo, que de buen grado le fincara un viraton en el ojo!—y dirigiéndose al mesnadero continuó—dijísteis bien, fulan, hacen tuerto con enforcar al adalid..... á si estuvieran aquí los almogavares de la hueste de en Roger, no le enforcarian, porque ellos se opondrian, y nosotros no haríamos armas contra ellos.

Casi todos los circunstantes hicieron un gesto que denotaba estaban conformes con las palabras del ballestero, y este continuó:

—Diga el buen soldado ¿quiére nos contar la pelea que tuvieron con los del castillo de Lentulæ, puesto que se encontró en ella?

—Que me place; oidla, é sabreis la cosa mas grande que en armas se ha hecho desde que estamos en Gallípoli.

Los soldados que formaban el corro se apiñaron en derredor del mesnadero, y este dió muy luego principio á su narracion.

. . . . . .

. . . . . .

—Que nuevas hay, decid vos, Pero Lizan, vos que hablásteis con los corredores que llegaron esta madrugada de Lisimaquia?— preguntó un hidalgo que traia vestido el perpunte y ceñida la espada, aproximandose á un grupo de soldados que estaban conversando en voz baja.

Estos se apartaron saludando respetuosamente al caballero, que vino á quedar casi en medio del grupo y frente á frente á Pero Lizan.

—Hay, señor caballero—respondió el interpelado—que los griegos malsines y alevosos han atacado, sin declaracion de guerra, nuestras guarniciones y alojamientos de la Tracia, y como cojieron desapercibidos á los nuestros, han dado muerte á muchos de ellos; é si todos no fincaron sin vida, debido es á haber tenido á sus espaldas, para refujiarse, el castillo de Examille; y la hueste del finado en Roger, para rehacerse y dar frente al enemigo.

—Tan grande fué el aprieto y tantas las fuerzas que los atacaron que asi les pusieron á punto de morir todos?

—Dicen los corredores, que ha mas de veinte mil entre griegos, masajetas y turcopeles; y que á más están para llegar búlgaros é otros pueblos bárbaros; tantos hasta cubrir toda la península como las langostas que cubrieron el Ejipto en tiempo del rey Faraon.

—Siendo tantos los enemigos, ¿por qué no se retrujeron los nuestros que daban guarniciones? esto hubiera sido avisado, é hubiera quitado muchas muertes; cá ninguno está obligado á barajar solo contra ciento.

—Señor caballero, parad mientes en que los nuestros fueron sorprendidos, y lo fueron porque estando entre jentes que tenian por amigos no creyeron necesario el cuidado de guardarse. Asi acaeció que durante la noche de antes de ayer, en tanto que los nuestros yacian en sus alojamientos, en sus lechos y en todo descanso, la caballeria de los griegos entró en la comarca, sorprendió los casales y pasó al rigor de la espada todos los aragoneses y catalanes que topó. Las voces y jemidos de los que cruelmente se herian y mataban avisaron á muchos que se pudieron poner en seguro, y la codicia de los vencedores, que ocupados en el robo dejaban de ma-

tar, dió tambien lugar à que muchos se escapasen. (1)

Apesar de que el suceso era ya notorio en todo Gallípoli, y de que se estaba refiriendo y comentando de cien maneras, esta vez, como todas, produjo su narracion una especie de alboroto entre los que la escucharon; y como si la noticia fuese enteramente nueva y les hubiese cojido de sorpresa, los oyentes de Peron Lizan apretaron los puños, requirieron las espadas, dieron golpes con los pies en el suelo, y prorrumpieron en juramentos, votos é imprecaciones contra los griegos, que tan cobarde y villanamente trataban de pagarles sus esclarecidos servicios.

—Mal hayan los villanos y fementidos que tan vil cosa hicieron!—esclamó el caballero mostràndose no menos indignado que los veteranos que le rodeaban.—Juro à Dios, que habremos de matar en ellos como en canes gafos (2) que son.

—Matarémolos sin ninguna remision!

—E con ellos à sus mujeres é à los suos padres!

—E descuartizaremos hasta los niños de teta!

—E mataremos á todos suos rapaces é à mas las bestias é ganados!

—E daremos fuego á sus ciudades, é aldeas, é toda vivienda!

—E talaremos toda la tierra, non dejando hombre á vida nin piedra sobre piedra!!

—Llevadnos à ellos, é vereis que cuenta damos!

De esta manera gritando y jesticulando como furiosos, los soldados estrecharon el cerco en derredor del caballero, en actitud de elejirle por cabeza para que los condujese donde poder satisfacer su venganza, cual si los enemigos estuviesen próximos ya á los muros de Gallípoli.

—Callavos, diablos!—gritó el hidalgo haciendo movimientos con la cabeza, los brazos y todo su cuerpo para imponer silencio.—¿Olvidásteis que ha mandamiento de en Rocafort para non dar un grito en este lugar, y para que sea muerto incontinenti quien lo dé? ¿Non cuidais, cabezas atadas, que pueden tomar vuestras voces como señal de motin para quitar ál adalid Ugo de las manos de la jus-

(1) D. Francisco de Moncada.
(2) Perros leprosos.

ticia.....? catad, catad sino el golpe de gente que viene contra nosotros.....

Y esto diciendo, el caballero señaló con el brazo derecho estendido hàcia adelante, un peloton de caballos lijeros que se dirijia à trote largo hácia ellos, llevando los jinetes la lanza fuera de la cuja.

Los que le rodeaban miraron en la direccion que les señalaba el hidalgo, y al ver llegar á la caballería en aquel ademan que nada tenia de amistoso, se retiraron atrás, y se agruparon á espaldas del caballero, que permaneció impasible, con la frente alta y sin dar señales de temor, á pesar de ver que los ginetes enristraban lanzas y apretaban de espuela sus caballos.

—Teneos!—gritó al cabo que mandaba el peloton, cuando el hierro de la lanza de este, casi rozaba con su pecho.—Teneos y cuidad que somos de la hueste del magnífico señor Bernaldo Rocafort.

—Cuerdo anduvísteis en hablar presto, cá sino os metiera mi lanza por el cuerpo—replicó el cabo levantando su arma y deteniendo el paso de su caballo.—Hora, pues, arredravos todos del un lado y del otro, y callavos; cá sabido debeis tener que está mandado matar à quien quier que de voces.

El grupo se dispersó sin proferir una sola palabra, y los jinetes torcieron riendas y pusieron sus caballos al trote.

. . . . . .

. . . . . .

—Descabezado por moro zurdo me vea—esclamaba un almogavar, dirigiéndose con la vista al grupo de soldados de su raza del cual formaba parte, al mismo tiempo que con el brazo estendido señalaba el sitio donde acontecia la escena que acabamos de referir—si es que no ha comenzado ya la baraja..... ¿acudiremos á ella?

—Estamos prontos....!

—A fuera! á fuera....! pues...! respondieron muchas voces.

—Paso, paso!—gritó un adalid—quien la movió que la tire, ca nosotros nada tenemos que hacer allí... ¿Nó veis que son caballeros y hombres de armas los que se aprestan à entrar en ella?.... Por mi fé, que será por demás necio el almogavar que acuda al apellido.....!

—Dice bien Alazarch—esclamó un veterano poniéndose al lado

del adalid—al diablo los caballeros; quedaos todos, y en tanto no nos lleguen al pelo de la zamarra ninguno tire un palmo de espada fuera.

—A mas que fuera tarde—dijo un jóven y robusto almogavar—todo ha sido voces de mugeres y espanto de rapaces; catad sino como se apartan de la baraja, los caballos para un lado à los que dieron las voces para el otro...., Dejèmoslo pues, é tornemos á hablar de lo que nos conviene. ¿Decias tu, Cantallops, que los almogavares de la hueste del finado en Roger de Flor, mal contentos por que les tomaban la vida del adalid Ugo, non harian defensa en Lisimaquia? Juro à mi fé, que no lo creo; ca no se han de dejar matar por sacar una vida que ya no pueden guardar; á mas que no sabrán á tiempo el aprieto del adalid, por que han debido ser combatidos antes de que se les pudiera dar aviso de lo que aquí acaecia.....

—Ello será así,—respondió el aludido—mas ten entendido que lo que yo hablé no fué de mi cuenta, que fué por dichos que oí al rapaz Escapdellá, que està aquí, y os dirà las razones que tuvo con uno de los que huyeron de Lisimaquia al cuarto de alba.

—Eso, eso, diré yo—esclamó llamando la atencion hacia su persona, un almogavar mozo de pocos años—ca lo oí à los que llegaron esta madrugada á Gallípoli.

—Dígalo presto el rapaz—esclamó el adalid que hacia de gefe en aquel grupo.

—Qué he de decir?—respondió Escapdellá, fijando sus ojos atónitos en el rostro de su interlocutor.

—Que, qué has de decir, menguado? donosa pregunta...! Lo que dice Cantallops, que te dijeron los corredores que llegaron esta mañana de Lisimaquia.

Escapdellà tosió, se rascó la oreja y enderezando cuanto pudo su cuerpo, refirió con voz campanuda y aire jastancioso las ocurrencias de Lisimaquia. Cuando hubo concluido de hablar, el adalid le dijo, dándole un cariñoso pescozon, que le hizo juntar la barba con el pecho.

—No valia la pena que nos tuvieses con tanta boca abierta oyéndote contar lo que todos estamos hartos de saber, bellaco....!

El mozo levantó la cabeza haciendo un jesto entre alegre y colérico, y respondió á media voz:

—Si no era esto ¿qué me mandàsteis pues hablar?

—Si los de Lisimaquia te dijeron eran sabedores de la muerte que debe darse hoy al adalid Ugo, el hijo de Tallaferro.

—Eso no me lo dijeron ellos, que yo fuí quien se lo dije.

—Y ¿qué hicieron ellos al saber la nueva?

—Mostràronse muy despechados, y mas que todos, dos almogavares que venian son ellos, que lo eran Coll de Cabrills y Gramanet, con los que yo hablé largo tiempo; y tan desatentados y fuera de si se pusieron, que dieron en correr los dos hàcia Lisimaquia para dar la noticia á los suyos.

El adalid quedó un momento pensativo, y luego esclamó, dirigiéndose al mozo que poco antes habia interpelado à Contallops:

—Tenias sobrada razon, Sarratella, los de Lisimaquia no sabian nada cuando salieron de allí los corredores; por ende, no ha peligro de que puedan venir antes de que sea dada muerte á su adalid Ugo.

—Mas lo harán despues..... y bien pudiera acaecer que por pedir la vida del hijo de Tallaferro movieran la pelea con mas furor.

—Eso seria una vil cosa que hicieran ellos, y habria de costarle muy caro; ca ninguno quedaria con vida.

—Cómo así?—preguntó Sarratella frunciendo el ceño.

—Por que al tener los capitanes noticia de su rebeldía y de que venian en esta guisa á mover baraja, mandarian cerrar los portillos de Gallípoli, y saldrian á combatirlos por delante; en tanto que los griegos, que no ha duda vendrian en pos de ellos, los combatirian por la reguardia y así combatidos por ambas las partes habrian de morir todos.

—Eso nó—esclamó Cantallops—cà nosotros todos acudiríamos en su ayuda.....

—Cómo!—dijo el adalid Alazarch, dirijiendo en derredor suyo una mirada que en vano pugnaba por hacer enojada—¿así iríais contra el mandamiento de los capitanes?

—Y contra el de todo el mundo!—replicó Sarratellá—ca no es razon lo que hacen con el adalid Ugo.

—Bien dicho!—gritaron muchas voces,

—No tanto—esclamó el adalid alzando la voz—ca hacemos yerro y deshonra à nuestro capitan en Bernaldo Rocafort, à quien juramos vasallaje y obediencia alistándonos bajo de su señera....

—Si; mas fué para combatir á los enemigos del maldito emperador de Oriente, y no á nuestros propios hermanos—esclamó una voz en el corro.

—Callavos, callavos, é catad!—interrumpió Cantallops, señalando con un dedo hácia las murallas de Gallípoli.

Los almogavares torcieron la cabeza, y vieron salir de la ciudad una numerosa compañía de ballesteros precedida de un peloton de caballos lijeros, que marchaban à paso lento via recta hàcia el patíbulo.

—Hélo, hélo!! el cuitado!—gritaron centenares de voces.

Así era en verdad; el desventurado Ugo, acompañado de Ferrando Albalat, que en cumplimiento de las órdenes de Rocafort no se apartaba de su lado, y auxiliado por dos frailes domínicos, se dirijia al suplicio, sereno y altivo como si en vez de hallar un cadalso al estremo de su carrera, fuese en busca del enemigo sobre el campo de batalla.

El sonido doliente de una trompeta y la fatídica voz del pregonero, eran el único ruido que se escuchaba en la llanura. A medida que el reo avanzaba, los grupos de soldados se abrian para dar paso á la escolta, y saludaban silenciosos con una lágrima y un movimiento de cabeza ó de mano, al triste compañero de armas que un destino fatal habia sacado ileso de cien y cien combates, para hacerlo morir sobre un patíbulo afrentoso.

Cuando la comitiva hubo llegado al pie de la horca, Ferrando Albalat llamó á parte al cabo que la mandaba, y le comunicó la órden que traia de Bernaldo Rocafort. En su consecuencia se suspendió la ejecucion, esperando el vencimiento del plazo para llevarla á cabo ó poner en libertad al adalid.

Empero trascurrió la media hora sin que los ojos de todos los actores y espectadores de aquella terrible escena, que los tenian clavados con ansiosa inquietud en las puertas de la ciudad, vieran asomar por ellas el mensajero portador del suspirado perdon. Todavia el cabo que mandaba la escolta, concedió algunos minutos mas de espera; mas fuera en vano, pues escrito estaba, que nadie, salvo Dios, podia arrancar de la muerte al desdichado adalid.

Visto, pues, que no llegaba el perdon, Ugo fué entregado al verdugo; este le arrojó el lazo corredizo al cuello, y el mancebo puso el pie sobre el primer peldaño de la escalera.

En aquel momento se movió algun desorden en uno de los puntos del cerco que en derredor del cadalso formaban los hombres de armas; algunos caballos se arremolinaron, y todos los soldados pusieron mano á las armas; mas pronto cesó la alarma, al ver que la habia motivado una anciana mujer, que á viva fuerza habia penetrado en el cerco y acudía corriendo hácia donde estaba el reo; el cabo mandó á dos ballesteros que la sacasen de allí, mas hubo de dejarla quieta á ruegos del adalid.

Wilda, pues era ella, se arrojó á los pies del mancebo, y abrazada con sus rodillas le dijo entre lágrimas y una intraducible sonrisa de alegría.

—No hayais temor, hijo mio;.... Dios y yo velamos por vos.

Ugo dejó escapar una melancólica sonrisa, alzó los ojos resignado al cielo, y luego bajó la cabeza para besar en la frente á aquella que tanto le habia querido. Wilda cerró los suyos enajenada al sentir sobre su rostro los lábios del mancebo; y cuando los volvió á abrir, vióle en lo alto de la escalera, y al sayon que lo empujó para lanzarlo en el espacio.

La infeliz contuvo la respiracion, y se precipitó con los brazos estendidos debajo del cuerpo que oscilaba pendiente del cordel, para recojerlo en su caida.....

Cesaron las oscilaciones, y el cuerpo de la víctima quedó inmóvil.

Todo esto pasó en un segundo; mas fué un siglo para la desventurada Wilda, que cayó desplomada y privada de conocimiento en tierra exhalando un grito de rabia y de desesperado dolor.

. . . . . .

. . . . . .

El agua fuerte con que la hechicera habia rociado los cordeles que debian servir para el suplicio de Ugo, tenia ya perdida mucha parte de su virtud corrosiva por la accion del tiempo; asi que, su estratajema no correspondió instantáneamente á las esperanzas que la infeliz habia concebido.

. . . . . .

. . . . . .

Señor—esclamó miser Montaner, que habia escuchado sin des-

plegar los labios ni hacer el menor jesto que indicase su oposicion ó conformidad con las razones que aducia Rocafort, à fin de vencer la repugnancia que manifestaba la hija del César Roger à unir su destino al del orgulloso caballero.—Señor; parad mientes en que el tiempo vuela, y que el plazo que dísteis al adalid, si no ha fenecido ya, està para fenecer.

Rocafort que se habia interrumpido para tratar de leer con mas facilidad en el rostro de Elfa la impresion que en su alma habian hecho las terribles amenazas con que tratara de hacer fuerza á su voluntad, viendo que la dama continuaba, si bien llorosa y acongojada, firme en su resolucion de negarle su mano y su amor, pronunció entre dientes un denuesto y una blasfemia, y esclamó luego alzando la voz y dirijiéndose á Montaner;

—Vísteislo, y oísteislo miser..... De hoy mas, no á mí, sino á esta jentil señora habràn todos de pedir la vida del adalid, ca ella sola le da muerte, no mi venganza.

—Yo!—esclamó la desventurada Elfa juntando las manos y alzando los ojos al cielo.

—Vos;—se apresuró á replicar Montaner, llegándose à ella y tomàndola cariñosamente una mano—vos que haceis por vuestro amigo como pudiérais hacer con un enemigo; pues teniendo en vuestros labios su perdon, por no decir una palabra lo dejais á merced de los que lo han de enforcar.

—Oh! por el amor de nuestra Señora Santa María! ¿que me quereis decir con eso señor caballero?—esclamó Elfa dejándose caer desde el sitial á los pies de Montaner.

—Os quiero decir—respondió el anciano caballero levantándola entre sus brazos.—Que en este momento está Ugo al pie de la forca esperando por tiempo de media hora, una palabra con la cual ha de ser muerto avilladamente ó puesto en libertad..... Que esa palabra hala de pronunciar el noble señor Rocafort, y que solo vuestra obediencia ó desobediencia responderàn de la vida del adalid.

—Y ¡qué he de hacer Dios mio! qué he de hacer—esclamó sollozando la dama.

—Cumplir los conciertos que hicimos vuestro noble padre y yo,—respondió Rocafort suavizando el tono.

Elfa se estremeció al oir aquella voz; y esclamó, despues de un breve intérvalo de silencio, con el jesto y el acento de una persona

que acaba de tomar una resolucion que la espanta, y que quiere poner de manifiesto antes que el instinto ó la reflexion la hagan mudar de parecer:

—Juraisme, señores, á fé de caballeros buenos, que es verdad cuanto habeis dicho?

—Lo juramos!—esclamaron en uno los dos nobles caballeros llevando las manos á la cruz de la espada.

—Tomad, pues, mi mano—dijo la hija de Roger mirando con terror á su prometido esposo.

Rocafort, loco de alegría se precipitó á los pies de Elfa, y dando al olvido su orgullo, y sus resentimientos, la dijo mil palabras cariñosas y la hizo mil protestas de amor, atento solo á saborear el placer de su triunfo sin recordarse del sinventura que le esperaba al pie del cadalso.

—Señor, señor—esclamó Montaner que sentia correr los minutos con demasiada celeridad poniendo en peligro la vida de Ugo—catad que el tiempo pasa y el adalid espera....!

—Decís bien—respondió Rocafort poniéndose en pie, y permaneciendo al lado de su dama, cual si hubiera temor de que se la arrebatasen—id, vos ruego, y mandad un escudero que lleve el perdon al desventurado mozo.

Montaner se disponia gozoso para ir a dar cumplimiento á la órden, cuando se abrió la puerta del aposento dando paso à Ferrando Albalat. Rocafort y Montaner se estremecieron, y el primero preguntó al soldado la razon que le condujera allí.

—Magnífico señor—respondió Albalat inclinando la cabeza sobre el pecho—el adalid acaba de ser ajusticiado en la tierra, y su alma ya está gozando de Dios.

—Traidor!—gritó Bernaldo precipitándose sobre el mesnadero y poniéndole su mano sobre la boca.

Cuando el noble cahallero se repuso y volvió la cabeza para mirar á la dama, vióla caida en el suelo, pálida como un cadáver, y con la cabeza sostenida por miser Montaner, que puesto de hinojos á su lado lloraba amargamente el triste fin del mancebo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

EPÍLOGO.

Siete años se mantuvo el ejército español en Gallípoli, formando una república militar que se gobernaba por la autoridad de Rocafort y un consejo de doce capitanes. Durante este tiempo, derrotaron entre Apros y Gipsela en batalla campal el ejército griego mandado por el príncipe Miguel, que salió herido en la refriega, y vencieron en diferentes encuentros las huestes que el emperador Andrónico enviaba á combatirlos. En las faldas del monte Hemo, atacaron nueve mil masajetas que acaudillaba el general George; los vencieron y pasaron al filo de la espada, con tanto rigor, que solo pudieron escapar trescientos vivos; en justa venganza de la muerte que dieran á Roger de Flor. Durante esta espedicion, una escuadra genovesa, fuerte de veinticinco galeras al mando del almirante Antonio Spínola, llegó sobre Gallípoli y desembarcó un ejército que atacó gallardamente la plaza. Solo se encerraban dentro de sus muros ciento treinta y cuatro infantes y siete caballos debajo del gobierno de Ramon Montaner; el cual visto la superioridad del enemigo hizo armar dos mil mujeres de los almogavares, con las cuales rechazó tres asaltos de los genoveses, que hubieron al fin de abandonar la empresa, dejando el campo cubierto de cadáveres entre los que quedó el almirante Antonio Spínola.

En tanto los españoles daban y ganaban batallas, sitiaban y tomaban plazas, arrasaban ciudades, incendiaban poblaciones y llegaban con sus armas victoriosas hasta los muros de Constantinopla que tenian casi bloqueada, los griegos huian de la vecindad de sus implacables enemigos, abandonando sus moradas y las labores del campo; lo cual fué causa de que la vitualla llegase á escasear en

el campo español en términos de tener que andar los soldados diez y doce jornadas para traer víveres à Gallípoli. Por último, llegó á tal estremo la falta de ellos, que los capitanes resolvieron abandonar la plaza de armas, lo cual verificaron despues de desmantelarla, asi como todos los presidios que tenian en la Tracia.

Reunido el ejército, se puso en marcha hàcia Grecia por la Macedonia y la Tesalia; atravesó el célebre estrecho de las Termópilas, y pasados sucesos varios, se apoderaron del ducado de Atenas, despues de haber derrotado en una batalla al duque Gualtero, y dándole muerte con setecientos caballeros franceses la flor de su ejército.

Dueños del estado, mandaron pedir á D. Fadrique, rey de Sicilia, caudillo y gefe que los gobernase; y D. Fadrique les envió á su hijo el infante D. Alonso, que con diez galeras fué à tomar posesion del ducado de Atenas en nombre de los reyes de Aragon, guardando los catalanes y aragoneses el ducado de Atenas y Neopatria por espacio de ciento y cincuenta años.

Mis lectores tendrán curiosidad de saber cual fué la suerte que cupo á los diferentes personajes que han figurado en la relacion de los sucesos que dejo referidos, héla aquí.

El mismo dia en que fué ajusticiado el Ugo, la avanguardia del ejército griego llegó sobre los muros de Gallípoli; este acontecimiento y el acuerdo del consejo de los capitanes que autorizó á Berenguer de Entenza, para que con ochocientos infantes y cincuenta caballos y algunas naves saliese de la plaza, pusieron término, por entonces, à la division que se habia enseñoreado del campo español Berenguer pasó en triunfo las islas del mar de Mármara y las costas de la Tracia llevàndolo todo á sangre y fuego, hasta que fué hecho prisionero traidoramente por una escuadra jenovesa mandada por Eduardo de Oria. Puesto en libertad por reclamaciones del rey Don Jaime de Aragon, fuese á ver al Papa y al rey de Francia para que diesen la ayuda que el de Aragon negara à los catalanes de Gallípoli, á lo que no quisieron consentir; visto lo cual Berenguer de Entenza vendió en Cataluña parte de su hacienda, y juntó quinientos hombres con los cuales regresó al campo español despues de seis años de ausencia. Poco tiempo despues en la marcha que el ejército hizo desde Gallípoli á Atenas, Rocafort con los suyos dieron muerte á Berenguer con mas seiscientos cincuenta soldados de su hueste; así

cumplió su promesa el soberbio catalan.

No sabereó, Rocafort, mucho tiempo el placer de la venganza; pues dos años mas tarde, los amigos encubiertos de Entenza que permanecieran en la hueste, movieron el ánimo de los caballeros y jentiles hombres que en ella militaban, contra el caudillo à quien acusaban de cruel, codicioso y lascivo; y à despecho de los almogavares, que le defendian, movieron un motin militar, hallándose el ejército en las ruinas de la antigua Casandria en Macedonia, donde se habian hecho fuertes, en el cual hicieron preso à Bernaldo Rocafort, y lo entregaron à un caballero francés, llamado Tibaldo de Sipoys, que en aquel entonces se hallaba en la provincia con diez galeras, en nombre del rey Cárlos de Francia, para tratar nuevas confederaciones en beneficio de su soberano, que pretendia sostener por la fuerza sus derechos al imperio griego. Tibaldo llevó á Nàpoles à Rocafort, y lo entregó al rey Roberto, su mortal enemigo, quien le mandó dar muerte en satisfaccion de la ofensa que el caballero catalan le habia inferido, no queriendo entregar los castillos, segun los convenios del tratado de Calatabelota, que tuviera por el rey D. Fadrique, hasta que le fueron satisfechas las pagas que se le debian por razon de guerra. Tal fué el fin de Bernaldo Rocafort; el mas afortunado y valiente capitan de su época, y el mas digno de alabanza si hubiese sabido enfrenar su desmedida ambicion é irrascible carácter; el que nunca fué vencido, ni aun en pequeñas escaramuzas, no pudo vencerse á sí mismo y se labró con sus propias manos la mengua de morir sobre un cadalso.

Ramon Montaner, disgustado con la muerte de Berenguer de Entenza, y no atreviéndose à fiar mucho en la amistad que le profesaba Rocafort, ni en el cariño y respeto con que era mirado por todos los soldados de la hueste, entre los cuales se habian relajado, á la sazon todos los lazos de la disciplina y obediencia, abandonó el ejército y regresó á Cataluña, donde, despues de dejar á Elfa, en el monasterio de Santa María de Ripoll, en el que la infortunada hija de Roger de Flor tomó el hàbito, escribió su apreciabilísima crónica de los reyes de Aragon, y los detalles de la espedicion al Asia de los catalanes y aragoneses.

Wilda, se embarcó en la galera que condujo à Bernaldo Rocafort à Nápoles, en cuya ciudad murió loca y miserable en un muladar, despues de haber visto dar muerte al último vàstago de la familia de Rocafort.

De los capitanes y soldados que salieron de Sicilia á las órdenes de Roger de Flor, pocos, muy pocos, ó acaso ninguno regresó á España; todos murieron sobre el campo de batalla, ó en sus guerras civiles, en las que derramaron mas sangre que en todas las demàs que sostuvieron con los estraños. *Y aunque las guerras civiles son de ordinario ocasion de no tenerlas con los estranjeros, no sucedió esto á los nuestros, pues aun mismo tiempo acometian al enemigo y se mataban entre ellos.*

FIN.

Colocacion de las láminas.

Ugo, adalid-capitan de almogavares. . . . . Pàg. 47
Bernaldo Rocafort. . . . . Pàg. 220
Pedro Artasona, Tallaferro y Coll de Cabrills. . . . Pàg. 419
Elfa, en el castillo de Lentulæ. . . . . Pág. 438

NOTA.

Habiéndose equivocado las cuatro últimas planas del pliego 27, nuestros suscritores se servirán poner en su lugar, las que acompañan el último pliego.

8.000

-AN
-CA
-SXIX